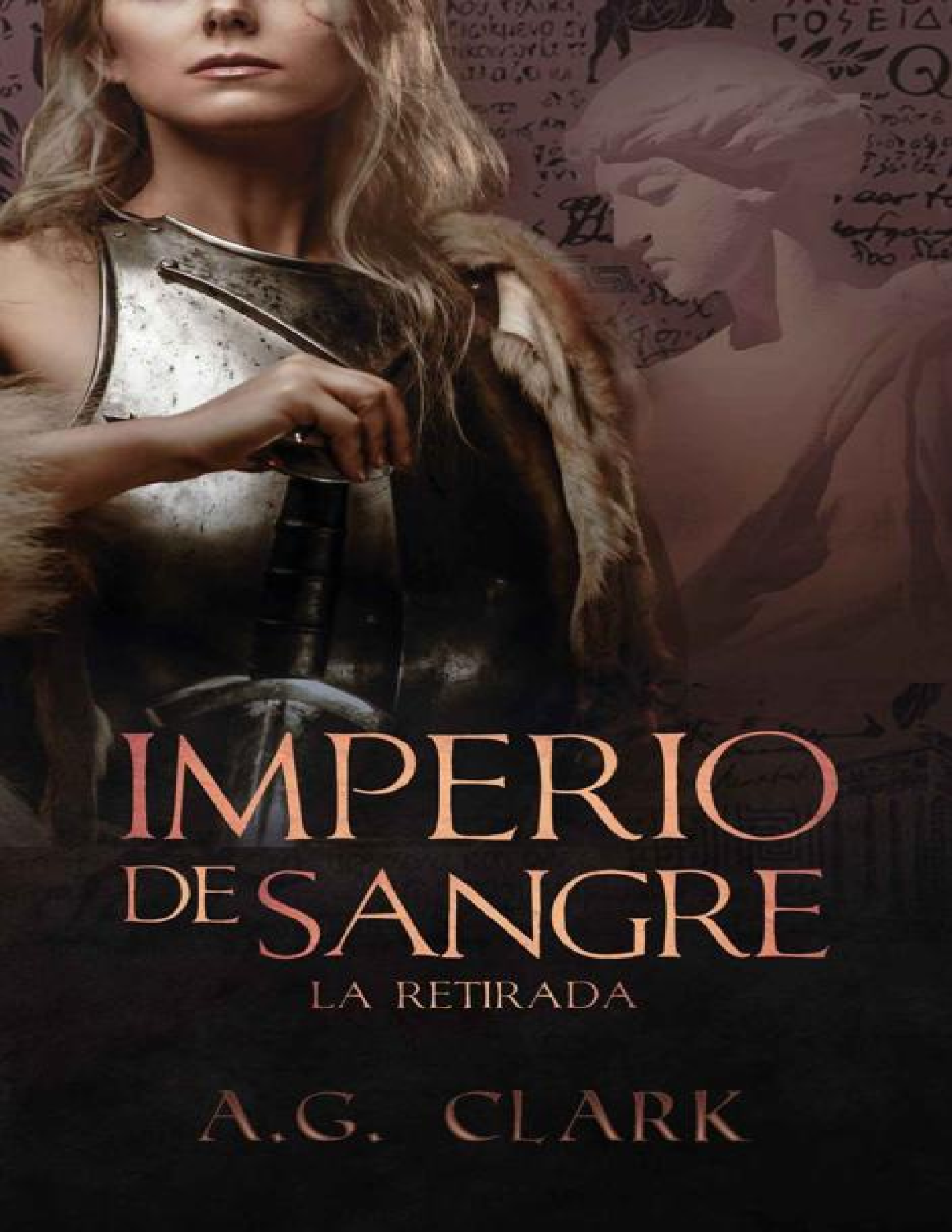




IMPERIO DE SANGRE

LA RETIRADA

A.G. CLARK

IMPERIO DE SANGRE

La Retirada

A. G. CLARK

independiente



Derechos de autor © 2024 A. G. CLARK

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor, excepto los hechos notoriamente históricos. Cualquier semejanza con nombres, fechas y sucesos reales es mera coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida por cualquier medio o forma sin la previa autorización del autor.
La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la Ley n° 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal brasileño y demás leyes donde sea publicada.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Ester Costa

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309

Impreso en los Estados Unidos de América

*¡El escudo firme armado contra el rival!
¡Huir, quejarse, que nadie pueda,
o incluso creerse ileso e inmortal,
o bajo la cama quedarse con miedo o poder
olvidar a los pares en la hora fatal.*

TIRTEO, poeta espartano, siglo VII a.C.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Epígrafe</u>	
<u>CAPÍTULO 1</u>	
<u>CAPÍTULO 2</u>	
<u>CAPÍTULO 3</u>	
<u>CAPÍTULO 4</u>	
<u>CAPÍTULO 5</u>	
<u>CAPÍTULO 6</u>	
<u>CAPÍTULO 7</u>	
<u>CAPÍTULO 8</u>	
<u>CAPÍTULO 9</u>	
<u>CAPÍTULO 10</u>	
<u>CAPÍTULO 11</u>	
<u>CAPÍTULO 12</u>	
<u>CAPÍTULO 13</u>	
<u>CAPÍTULO 14</u>	
<u>CAPÍTULO 15</u>	
<u>CAPÍTULO 16</u>	
<u>CAPÍTULO 17</u>	
<u>CAPÍTULO 18</u>	
<u>CAPÍTULO 19</u>	
<u>CAPÍTULO 20</u>	
<u>CAPÍTULO 21</u>	
<u>CAPÍTULO 22</u>	
<u>CAPÍTULO 23</u>	
<u>CAPÍTULO 24</u>	
<u>CAPÍTULO 25</u>	
<u>CAPÍTULO 26</u>	
<u>CAPÍTULO 27</u>	
<u>CAPÍTULO 28</u>	
<u>CAPÍTULO 29</u>	
<u>CAPÍTULO 29</u>	
<u>EPÍLOGO</u>	

CAPÍTULO 1

La noche fue larga y oscura. La constatación de que ahora estaban rodeados de enemigos por todos los lados golpeó al ejército griego como un rayo, sumiendo a todos en un estado de ánimo sombrío. Estaban en el centro del corazón del mayor Imperio del mundo.

Perseo recordaba las lecciones de Hipócrates, confirmadas por Atreu, el más instruido de todo el pelotón. El imperio persa estaba compuesto por más de veinte satrapías, o provincias, cada una con un gobernador o sátrapa. Su territorio se extendía desde el extremo oriental, en la frontera con una nación llamada India, hasta el Helesponto^[1] y las ciudades jónicas, además de Egipto, Arabia y Siria.

Numerosas naciones estaban sometidas a él, y eran estas las que proporcionaban tropas para el gran ejército real. Aunque superaban en número a los griegos, el gran defecto de este ejército era su heterogeneidad. Estas hordas carecían de organización y, cuando se enfrentaban a tropas homogéneas y bien organizadas, como las griegas, eran derrotadas. Eso fue lo que ocurrió en las batallas de Maratón y Platea, décadas atrás, y fue lo que sucedió el día anterior.

La noche transcurrió sin ningún indicio de que los persas planeaban un ataque. Nadie durmió más que unos minutos a la vez. Los soldados despertaban sobresaltados con cualquier ruido, creyendo que estaban siendo atacados.

Al amanecer, los primeros rayos de sol comenzaron a asomar en el horizonte, encontrando a las tropas despiertas y preparadas. Perseo no pudo dormir, pensando en el destino de Artemisia. *¿Estará muerta o habrá conseguido escapar? Conociéndola como la conozco, sé que ella nunca huiría.* Ese pensamiento llenaba su corazón de pesar, pues la muerte parecía ser su destino inevitable.

Diomedes y Petrus consiguieron encontrar algunas provisiones en los alrededores del campamento saqueado, pero no fueron suficientes para calmar el hambre de todos. El grupo estaba reunido alrededor de una fogata que alimentaban con los restos de las carrozas destruidas, tratando de calentarse en la fría mañana; sus rostros mostraban cansancio y preocupación.

En el centro del campamento, médicos atendían a los heridos de la batalla del día anterior. Sus gritos podían escucharse a largas distancias. Faltaban vendas, hierbas y medicinas, y usaban aguardiente para adormecer a los heridos y vino hirviendo para limpiar las heridas.

Caballeros se acercaron al galope, levantando polvo en la llanura. Perseo y sus compañeros se levantaron, tomando escudos y lanzas, preparados para un ataque, pero los caballeros fueron interceptados por las avanzadas centinelas y conducidos a las tiendas de los comandantes griegos; aparentemente, no eran enemigos.

Cansados, el grupo se sentó de nuevo alrededor de la fogata. El ambiente era denso; todos estaban sumidos en sus pensamientos. Una jornada que parecía destinada al triunfo ahora se transformaba en una rotunda derrota. Para Perseo, la tragedia era personal: la mujer que amaba estaba muerta. Solo tenía un pensamiento: *Necesito recuperar su cuerpo para rendirle los debidos honores fúnebres.*

Una hora después, los heraldos convocaron a todos aquellos que no estuvieran de centinela a una asamblea. El pelotón acompañó a Georgios hasta el centro del campamento, con excepción de Diomedes y Petrus, que salieron nuevamente a buscar más provisiones en el campo.

Los soldados aguardaban con rostros cansados y preocupados. Algunas carrozas

destruidas fueron apiladas formando un improvisado estrado, al que subió el general Clearco mientras los demás comandantes griegos se quedaban junto a la pila de escombros. Un silencio cayó sobre el campamento; todos estaban ansiosos.

—¡Compañeros, hermanos! —gritó Clearco— ¡Procles, gobernador de Teutrania, hombre honorable, descendiente de Damarates de Lacedemonia y Glos, hijo de Tamos, ha venido a confirmar la muerte de Ciro!

Un murmullo recorrió el campamento, las noticias del día anterior se confirmaron; muchos aún mantenían la esperanza de que Ciro estuviera vivo.

Clearco levantó las manos pidiendo silencio, y la conversación cesó.

—¡Trajeron un mensaje del general Arieo! Se retiró con sus tropas y se atrincheró en un campamento utilizado hace dos días. Dice que nos esperará un día, y mañana al amanecer se dirigirá hacia Jonia.

Esta vez, los soldados comenzaron a clamar que debíamos ir al encuentro de Arieo y con él regresar a Jonia, y de allí a Grecia. Nuevamente, Clearco levantó los brazos pidiendo silencio y, de forma lastimosa, continuó:

—¡Ojalá los dioses permitieran que Ciro viviera! ¡Pero ha muerto! Sin embargo, vencimos y desbaratamos el ejército persa de Artajerjes. ¡Debéis animaros y no decaer! ¡Podemos vencer cualquier tropa persa que el rey envíe contra nosotros!

Se oyeron gritos de acuerdo, y la moral se elevó. Perseo miró alrededor; a su lado, Laertes era uno de los más animados, Georgios mantenía el rostro cerrado y Atreu una expresión tranquila.

Clearco volvió a pedir silencio.

—Hemos respondido a los mensajeros asegurando a Arieo que, si quiere unirse a nosotros, lo pondremos en el trono, pues es nuestro derecho como vencedores. Enviamos a Quirísofo, de Lacedemonia, y a Menón, de Tesalia, quien es amigo de Arieo, para convencerlo. Ahora pregunto si están de acuerdo con nuestra decisión —preguntó el general.

El ejército respondió unánimemente, con excepción de algunos, como Georgios, que permanecieron en silencio mostrando su descontento.

—¡Ahuu! ¡Ahuu! —fueron los gritos animados.

—Muy bien, sé que nuestro campamento fue saqueado y nuestras provisiones esparcidas por los campos. Los exploradores han informado que no se han visto tropas persas en las cercanías. Recuperaremos todo lo que podamos, abatid algunos bueyes y mulas y alimentaos —ordenó Clearco, concluyendo la asamblea.

Perseo y sus compañeros se dirigieron a su posición. Él recordó a Georgios sobre la misión de reconocimiento en el lugar donde ocurrió la batalla entre Ciro y Artajerjes. Georgios dijo que hablaría con el capitán. Ordenó que los hombres prepararan las armas, y envió a otros para ayudar en la búsqueda de provisiones y animales bajo el mando de Laertes. Atreu y Perseo permanecieron con él mientras se dirigían a la tienda del capitán, pasando por varios grupos de soldados, ahora más animados.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó Atreu a Georgios mientras caminaban.

—Creo que estamos siendo comandados por locos. Artajerjes no nos dejará ir en paz, ni permitiría que nos uniéramos a Arieo, y aunque lo consiguiéramos, el ejército persa es inmensamente más grande. Ellos pueden vencernos por superioridad numérica. No sé por qué no lo han hecho aún —respondió Georgios.

—Ellos saben que podemos vencerlos —afirmó Atreu con esperanza.

—Tal vez, en un combate directo, pero pueden flanquearnos y rodearnos en cualquier

momento, y no tendremos oportunidad. De todas formas, solo nos queda esperar —el sargento observó el movimiento a su alrededor.

Si antes el campamento estaba envuelto en desaliento, ahora la situación era otra. Los soldados preparaban sus armas, reparaban sus escudos y corazas, la voluntad de sobrevivir había vencido a la desesperanza.

Llegaron a la tienda del mando del regimiento y encontraron al capitán Admeto. Como todos, él tenía un aire cansado y profundas ojeras alrededor de los ojos.

—¿Cómo va, Georgios? —saludó estrechando el antebrazo del sargento.

—Bien, mi capitán. Solicito autorización para enviar algunos exploradores a ver si hay rastros de los persas.

—¿No enviaron ya a los tracios? —preguntó Admeto intrigado.

—Sí, pero no confío en ellos. Enviaría solo a cuatro soldados —respondió mirando a su superior, mintiendo para conseguir la autorización para la búsqueda.

—Haz lo que consideres necesario, no tenemos previsión de marcha por ahora —Admeto hizo un gesto vago con la mano y un aire cansado.

—Gracias, señor —Georgios hizo un saludo y llevó a Perseo y a Atreu de vuelta a su posición.

Encontraron a Diomedes y Petrus esperándolos. Laertes también había regresado, y los soldados enviados a los campos bajo sus órdenes habían logrado recuperar parte de las provisiones y víveres dispersos. Otras tropas fueron enviadas a los lugares donde los griegos habían vencido a los persas para recoger todo lo que fuera posible: armas, madera de las carrozas de combate, carne de los caballos abatidos que aún no se hubiera echado a perder y que servirían para alimentar al ejército, además de recuperar los cuerpos de todos los soldados griegos que pudieran localizar.

Con todos reunidos, Georgios explicó que el capitán Admeto había autorizado una misión de reconocimiento, pero que en realidad el objetivo era otro, y solo aquellos que se ofrecieran voluntariamente participarían. Luego pasó la palabra a Perseo.

—Compañeros, iré al lugar donde Artemisia murió en combate para recuperar su cuerpo. No puedo pedirles que me acompañen, pues hay riesgo de que encontremos tropas persas —explicó, preparándose para partir.

—Estoy aburrido y necesito estirar las piernas —dijo Diomedes levantándose — Iré contigo.

—Y yo quiero ver si consigo algo de oro, esos persas de Ciro se vestían como reyes —rió Petrus.

—Artemisia luchó como una verdadera guerrera espartana, merece mi respeto. También te acompaño —dijo Laertes levantándose con una expresión seria.

—Alguien tiene que cuidar de ustedes —rió Atreu, abriendo las manos—. Iré también.

Perseo miró a sus compañeros, agradecido. No tenía palabras para expresar el orgullo que sentía por su amistad. Miró alrededor, los demás soldados del pelotón desviaron la mirada, él los entendía, no eran amigos, solo compañeros de pelotón. Estaban asustados, y con razón, la misión parecía condenada al fracaso y a la muerte.

—Lamentablemente no puedo ausentarme del campamento ni del pelotón, pero les deseo buena suerte. No se arriesguen y regresen lo antes posible —ordenó Georgios, apretando los antebrazos del grupo de rescate.

Perseo y sus compañeros se pusieron sus corazas, grebas y yelmos, armándose con escudos, espadas y lanzas. Atreu llevó un arco y un carcaj lleno de flechas; entre el grupo, él era

el mejor arquero. Cogieron algo de carne salada y llenaron nuestros odres de agua.

Salieron del campamento al trote acelerado, pasando junto a las centinelas, que los miraron con expresión interrogante, y pronto llegaron a la tierra de nadie. Diomedes, que era el mejor rastreador, encontró señales en el suelo del movimiento de las tropas de caballería y, basándose en el lugar donde habían combatido el día anterior, localizó la posición donde ocurrió la lucha entre Ciro y Artajerjes.

Cuando llegaron, el sol ya se acercaba al cenit. Se detuvieron para mirar la llanura, que estaba llena de cuerpos de caballos y soldados. Buitres y aves de rapiña circulaban sobre el campo de batalla, atacando los cuerpos de los muertos, devorando primero los ojos y luego, a través de las heridas abiertas, el interior de los cuerpos, arrancando trozos de carne con sus poderosos picos.

Al acercarse, las aves se apartaron, chillando irritadas. Los chacales de la llanura participaban en el festín macabro, gruñendo y huyendo con trozos de carne cuando eran ahuyentados. Un olor nauseabundo a sangre, vísceras y excrementos impregnaba la llanura, golpeando al grupo de lleno cuando la brisa soplaba.

—Por los dioses —murmuró Atreu—. Cuántos cuerpos.

—Y qué peste —se quejó Petrus, torciendo la nariz.

Distinguen las tropas de Ciro, Artajerjes y las amazonas, todas juntas, como en un abrazo mortal, habiendo olvidado ya sus desavenencias. Caminaron y encontraron lo que creían que era el centro de la batalla, donde había caído el príncipe. La cantidad de muertos era aún mayor, una pila de cuerpos de soldados persas de Artajerjes estaba dispuesta en un amplio círculo, en el centro los hombres de Ciro y, en mayor número, las amazonas. Andaban con cuidado para no pisar sobre los muertos; en caso de duda, se detenían para confirmar si quedaba algún superviviente.

Llegaron al centro del círculo, donde la mayoría de los cuerpos eran de amazonas. El grupo observó uno por uno, buscando a Artemisia. El corazón de Perseo latía con fuerza en su pecho, y las lágrimas amenazaban con inundar su rostro. Se controló apretando con fuerza el asta de la lanza que llevaba. De repente, encontraron el cuerpo de un hombre atravesado por flechas y dardos, era Artapates, confirmando lo que los testigos habían dicho sobre su muerte. Al lado de su cuerpo encontraron otro, ricamente vestido, que identificaron como el de Ciro; su cabeza y su mano derecha habían sido decapitadas y no estaban por allí.

—Tratamiento dado a los traidores —explicó Atreu.

Perseo miró a su alrededor y no encontró el cuerpo de Artemisia. Un hilo de esperanza brotó en su pecho. *Si no se habían llevado el cuerpo de Ciro, ¿por qué habrían de llevarse el de ella?* Pensó.

De repente, Petrus gritó:

—¡Perseo! ¡Aquí!

Perseo corrió hacia Petrus, que estaba agachado junto a una amazona. Su corazón casi se detuvo al acercarse, pero al ver el cuerpo se dio cuenta de que no era Artemisia.

—¡Está viva! —exclamó Petrus.

Atreu se agachó y examinó a la guerrera, tomando su pulso y verificando su respiración. Diomedes colocó suavemente su odre de agua en la boca de la amazona y vertió un poco del líquido. La guerrera murmuró algo y lentamente abrió los ojos, mirándolos con una expresión de odio que solo desapareció cuando encontró la mirada de Perseo, quien se agachó a su lado. La guerrera tenía una flecha clavada en el vientre y un brazo roto.

—¿Me reconoces? ¿Sabes qué ocurrió con Artemisia? —preguntó, ansioso.

La amazona murmuró algunas palabras que parecían ser en cita. Al darse cuenta de que no los entendían, cambió al persa. Diomedes asintió con la cabeza y murmuró algunas palabras a la guerrera.

—Dijo que, en el ataque final, Artemisia fue herida por una lanza que le alcanzó el yelmo. No recuerda mucho, pero recuerda que, antes de quedar inconsciente, vio a soldados persas llevándola —tradujo Diomedes.

La amazona tosió y una bocanada de sangre salió de su boca. Sus ojos se revolvieron y se desmayó. Atreu tomó su pulso y negó con la cabeza.

—Ha muerta —constató, con tristeza.

¿Viva? ¿Artemisia estaba viva? ¿Dónde estaría? ¿Quién la habría llevado? La mente de Perseo giraba sin cesar, buscando alternativas.

—Voy a intentar averiguar quién la llevó, vuelvan al pelotón y avísenle a Georgios que no regreso sin encontrarla —dijo con firmeza.

—Iremos contigo —decidió Atreu.

Todos estuvieron de acuerdo y el grupo caminó en dirección a donde habían venido las tropas de Artajerjes el día de la batalla. Diomedes rastreaba el suelo en busca de señales, y trotaron rápidamente durante toda la tarde, deteniéndose solo para beber agua y comer algunos trozos de carne que habían traído. Cuando el sol se acercaba al crepúsculo, Diomedes hizo una señal para que se detuvieran, se tumbó colocando la oreja en el suelo.

—Caballería —avisó de manera lacónica.

El grupo se dispersó, acostándose en la alta hierba. Pocos minutos después, una tropa de caballería persa galopó por la llanura desde la dirección que los espartanos seguían, pero no los vieron. Después de que desaparecieron en el horizonte, Perseo y sus compañeros se levantaron y continuaron corriendo, seguros de que iban por el camino correcto. Cuando la noche avanzó y las estrellas recorrieron la mitad de su trayecto en el firmamento, divisaron luces de fogatas en el horizonte.

El grupo se detuvo para tomar aliento. *Debe ser el campamento persa*, pensó Perseo.

—El plan es el siguiente; nos acercaremos lo más posible, luego yo y Petrus capturaremos a algún persa para saber de quién es este campamento y si Artemisia está aquí —explicó Diomedes.

Perseo asintió, no tenían otra opción. El grupo caminó lentamente para no hacer ruido. Cuando se acercaron al campamento, empezaron a arrastrarse. Al acercarse, podían oír algunas voces y risas de los soldados que aún no dormían, probablemente eran centinelas. Diomedes y Petrus hicieron una señal para que los demás esperaran. Estaban en una pequeña zanja en el terreno que les proporcionaba cobertura. La pareja se adelantó dejando sus escudos, lanzas y espadas, llevando solo sus puñales.

Perseo, Laertes y Atreu aguardaron en la oscuridad de la noche, atentos a cualquier ruido. El tiempo pasaba y el amanecer no tardaría en llegar; Perseo comenzó a ponerse ansioso. *¿Qué estaría ocurriendo?* De repente, escucharon un ruido fuerte y vieron a Diomedes, acompañado de Petrus, lanzándose en la pequeña zanja donde los demás estaban escondidos, asustándolos. —¡Por las pelotas de Zeus! —exclamó Petrus jadeando—. Casi nos descubren.

—Estábamos arrastrándonos cerca del campamento, intentando escuchar las conversaciones, escondidos en la oscuridad detrás de un arbusto, cuando un maldito persa vino hacia nosotros —contó Diomedes.

—Quería vaciar la vejiga, el maldito —murmuró Petrus con irritación.

—Sacó la polla y comenzó a orinar encima de Petrus —rio suavemente Diomedes.

—Le agarré de la pierna, puse mi daga contra su garganta y lo arrastramos lejos; el maldito se meó entero, ¡y ahora huelo como un maldito persa comedor de camellos! —afirmó Petrus, aún alterado, mientras resoplaba y arrugaba la nariz.

—Después de jugar un poco con la daga y amenazar con cortarle el miembro, cantó como un pajarito —añadió Diomedes con una sonrisa maliciosa.

—Estamos en el maldito campamento de Tisafernes, ¡que los dioses le pudran los cojones! —refunfuñó Petrus.

—Después de la batalla, Tisafernes fue al lugar y cortó la cabeza y la mano derecha del cadáver de Ciro; encontró a algunas amazonas aún vivas y las capturó, entre ellas a Artemisia. Dice el soldado que el sátrapa planea regalarlas a Artajerjes —informó Diomedes con rostro serio.

—¿Cómo está ella? —preguntó Perseo ansioso.

—El malnacido no supo decirlo; solo dijo que estaba viva y señaló la dirección de la tienda donde están Artemisia y sus amazonas —Diomedes señaló hacia las tiendas del campamento.

—¿Qué hicieron con él? —preguntó Laertes—. Podría delatarnos.

—No somos tontos —rió Petrus, pasándose un dedo por el cuello para indicar que habían degollado al soldado capturado.

—Escondimos el cuerpo lo mejor que pudimos. Antes de reunirse con sus dioses, dijo que cerca de la tienda de las prisioneras hay caballos en un pequeño cercado. Podríamos tomar algunos para viajar más rápido, ¿qué os parece? —preguntó Diomedes.

—Es una buena idea —respondió Atreu, mirando en dirección al campamento persa.

—Vamos entonces —decidió Perseo.

El grupo se arrastró por el suelo siguiendo a Diomedes y Petrus, dando un amplio rodeo alrededor del campamento antes de entrar en él. Divisaron a algunos centinelas sentados alrededor de una hoguera; parecían dormitar apoyados en sus lanzas. Los espartanos se acercaron en silencio y, en un instante, los soldados estaban muertos, con los cuellos cortados.

Entraron en el campamento agachándose entre las tiendas, apoyándose en ellas y atentos a cualquier sonido de pasos. En una de ellas, dos centinelas pasaron cerca de los espartanos. Con un movimiento sincronizado, Perseo y Laertes sujetaron sus rostros, cubriéndoles la boca, mientras deslizaban sus dagas por sus gargantas, cortándoles la tráquea y manchándose las manos con la sangre que brotó a borbotones. Después, arrastraron los cuerpos y los dejaron entre dos tiendas.

Tras unos minutos que a Perseo le parecieron siglos, divisaron una tienda más grande que las demás. En su entrada, dos enormes eunucos negros, armados con cimitarras, montaban guardia. Rodearon la tienda hasta lo que creían que era la parte trasera, donde encontraron a otros dos eunucos de pie. Con movimientos rápidos, Diomedes y Petrus los eliminaron silenciosamente con sus dagas.

El grupo se agachó, y Laertes cortó lentamente la tela de la tienda. Perseo fue el primero en entrar en silencio por la abertura. El interior estaba tenuemente iluminado por candiles de barro colgados de cadenas sujetas a las vigas del techo. En el centro, tumbada sobre varios cojines, vio a Artemisia inconsciente. Su corazón dio un brinco en el pecho. ¡Viva, Artemisia está viva!, gritó mentalmente, rebotante de felicidad.

Junto a la amazona, otro eunuco dormía, sentado en un pequeño banco con una gran cimitarra sobre su regazo. En el rincón opuesto al de Perseo, lejos de Artemisia, varias amazonas estaban encadenadas al suelo. Al ver al espartano, lo miraron con sorpresa; él les hizo un gesto

pidiendo silencio, y ellas asintieron con la cabeza, reconociéndolo como un soldado griego.

Silenciosamente, Perseo fue seguido por Diomedes, Petrus y Laertes, mientras Atreu permanecía fuera, vigilando la salida con su arco en mano. Perseo se acercó al eunuco; un odio silencioso hacía hervir su sangre. Antes de que el guardia tuviera oportunidad de despertar, el espartano le clavó su daga en el cuello. El infeliz abrió los ojos y emitió un leve gorgoteo; la sangre manchó de nuevo las manos de Perseo. Sujetó al persa y lo bajó lentamente al suelo, evitando que el ruido de su caída alertara a los hombres que estaban fuera.

Artemisia estaba envuelta en un tejido de seda. Un enorme hematoma cubría el lado derecho de su hermoso rostro, y una venda de seda manchada de sangre cubría su cabeza. Sus brazos y piernas estaban atados con tiras del mismo tejido. Perseo se agachó y, con suavidad, cortó las ataduras. La amazona no hizo ningún movimiento, su respiración era regular. El espartano acarició suavemente su cabello, y ella abrió los ojos lentamente. Al verlo, esbozó una débil sonrisa antes de volver a cerrarlos.

Mientras tanto, Diomedes y Petrus rompían los grilletes de las amazonas usando la punta de sus dagas, y pronto todas estuvieron libres. Eran unas cuarenta, muchas de ellas con vendas ensangrentadas en sus heridas. Una de ellas se acercó en compañía de Diomedes; Perseo ya la había visto algunas veces. Era una amazona imponente, tan fuerte como Petrus, pero ahora cojeaba de una pierna.

—No todas están en condiciones de huir —advirtió Diomedes, señalando a las guerreras.

—Tú, lleva a Artemisia con las demás. Nosotras nos quedamos y luchamos —ordenó la amazona, dirigiéndose a Perseo en un griego torpe, pero con un tono que no admitía réplica.

Perseo miró a Diomedes, que solo se encogió de hombros.

—Vámonos de aquí —respondió Perseo, hablando despacio para que la amazona lo entendiera.

—¿Prometes proteger a Artemisia? —preguntó la amazona, con los ojos brillantes.

—Con mi propia vida.

La amazona sonrió, tomó la cimitarra que estaba junto al cuerpo del eunuco muerto y, con una sonrisa de satisfacción, se dirigió a las amazonas, hablando rápidamente con ellas. Algunas se acercaron a la abertura que los espartanos habían hecho en la tienda y se quedaron allí esperando. La amazona se volvió hacia Perseo y, en su griego vacilante, dijo:

—Lleva a nuestra líder. Estas te ayudarán a protegerla —señaló a las guerreras que aguardaban en la entrada de la abertura—. Nosotras atacaremos a los persas —concluyó con un destello de odio en la mirada.

Perseo asintió en silencio. Tomó con delicadeza a Artemisia en brazos y se dirigió hacia la salida. Afuera, todo estaba tranquilo, pero el amanecer no tardaría en llegar, y pronto aumentaría el movimiento en el campamento. En silencio, caminaron hasta el cercado de los caballos. En ese momento, se escucharon gritos provenientes del otro lado de la tienda: las amazonas estaban atacando. Era la oportunidad para escapar.

El grupo abrió el cercado y montó en los animales. Una amazona ayudó a Perseo a colocar a Artemisia en el caballo que él montaba. El espartano la sostuvo con fuerza, mientras con la otra mano dirigía la montura. Como no había caballos suficientes para todos, algunas amazonas tuvieron que compartir el mismo animal, mientras otras se acomodaron en la grupa de los espartanos.

Los gritos aumentaron, y varios soldados persas aparecieron con expresión somnolienta y mirada asustada. El grupo galopó a través del campamento, arrollando a todos los que intentaron detenerlos.

A toda velocidad, se alejaron del lugar mientras escuchaban los gritos de guerra de las Amazonas. Perseo miró rápidamente por encima del hombro y vio tiendas ardiendo en llamas.

Cabalaron sin descanso durante horas, deteniéndose solo ocasionalmente para trotar y dar un respiro a los caballos. Artemisia, aún inconsciente, gemía de vez en cuando en los brazos de Perseo, pero no podían detenerse.

Pasaron por el lugar de la batalla donde la amazona había sido capturada, sin detenerse. La aurora llegó, encontrándolos todavía galopando. El sol comenzó a calentar, y los caballos se mostraban exhaustos, pero a lo lejos divisaron el campamento griego.

Las centinelas se prepararon para interceptarlos, pero Diomedes gritó que eran griegos, y ellas se apartaron rápidamente para dejarlos pasar.

Se dirigieron hacia las tiendas médicas en el centro del campamento, donde se detuvieron. Los pobres animales estaban exhaustos; algunos cayeron y no volvieron a levantarse. Estafetas griegas auxiliaron a las Amazonas. Perseo desmontó con Artemisia aún en brazos, ayudado por dos de sus hermanas.

Diomedes conversó con un médico y le entregó algunas monedas de oro. El médico los condujo hasta su tienda particular, indicando que colocaran a Artemisia sobre un jergón cubierto con pieles. Perseo la depositó con delicadeza, y el hombre procedió a examinarla. Tras quedar satisfecho, concluyó:

—Los médicos persas hicieron un buen trabajo. Aún está débil, pero puede sobrevivir.

—No escatime esfuerzos —afirmó Perseo, esperanzado.

—Ahora deben retirarse. Tenemos trabajo que hacer —ordenó el médico.

Antes de salir, Perseo depositó un suave beso en la frente de Artemisia. *Encontrarla con vida me hace creer en los dioses*, pensó mientras se retiraba junto a Diomedes y sus compañeros. Mientras tanto, las Amazonas heridas estaban siendo atendidas por médicos y sus ayudantes, gracias a las monedas de Diomedes.

—No sé cómo agradecerle —murmuró Perseo, apretando el hombro de su amigo.

—No hace falta. Somos amigos, y ellas son valiosas aliadas —respondió Diomedes encogiéndose de hombros.

En ese momento llegaron Admeto, Anaxandro y Georgios.

—Parece que no fue solo una misión de reconocimiento —comentó Admeto, dirigiéndose a todos.

—Señor, debo informar que localizamos el campamento de Tisafernes a menos de un día de marcha a caballo. Aprovechamos para rescatar a algunas Amazonas que estaban cautivas, incluida su líder, Artemisia —informó Atreu, golpeando su puño cerrado contra el pecho en señal de saludo.

Admeto miró al grupo por un momento, indeciso sobre qué hacer. Habían transgredido las órdenes; la misión debía ser de reconocimiento, no de rescate. Sin embargo, las Amazonas eran aliadas conocidas, y Artemisia, una comandante leal y capaz.

—Muy bien. Informaré al general que habéis rescatado a Artemisia. Estará satisfecho; era una aliada valiosa —decidió, y salió acompañado de Anaxandro.

Antes de partir, Anaxandro ordenó:

—¡Sargento, lleve a sus hombres a sus posiciones!

Georgios asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—Habéis escuchado, hombres. ¡Sígueme! —ordenó mientras salía del campamento médico.

Marcharon hacia sus posiciones. Antes de partir, Perseo miró hacia la tienda del médico,

pero no logró ver a Artemisia.

Al atardecer, los cuerpos de los soldados griegos caídos en los combates contra los persas, recuperados el día anterior, fueron apilados en una gran pira construida con madera extraída de los restos de las carrozas de guerra y de los carros del convoy de suministros.

A la mañana siguiente, el pelotón de Perseo fue asignado al servicio de centinela fuera del campamento. Relevaron a sus camaradas, tomando sus posiciones. Observaban el horizonte en busca de señales de tropas que se acercaran. El servicio era monótono, y no veían nada más que la hierba agitándose con el viento y las nubes cruzando el cielo azul. El día estaba caluroso, así que dejaron los cascos, lanzas y escudos apilados unos contra otros, al alcance de la mano.

Diomedes sacó sus dados y comenzó a jugar con varios soldados, pero hacía demasiado calor y pronto lo dejaron. Perseo no tenía ánimo para jugar; pensaba en Artemisa y se preocupaba por su estado de salud.

Al cabo de un tiempo, Laertes avisó que veía jinetes a lo lejos. Todos fijaron la vista en la dirección que él señalaba, y pronto distinguieron a varios jinetes que se acercaban. Al observarlos mejor, se dieron cuenta de que eran persas. Todos se armaron de inmediato, y Georgios se preparó para enviar a un soldado al campamento, que no estaba muy lejos.

Los persas, al ver a los espartanos, se detuvieron a una distancia segura. Uno de ellos, ricamente vestido y montado en un garañón negro, se destacó del grupo de jinetes y avanzó hacia ellos, mostrando con gestos y abriendo su túnica que estaba desarmado.

—Creo que han venido a pedir nuestra rendición incondicional —dijo Atreu con seriedad.

—Si es así, prefiero abandonar el campamento y tratar de regresar a casa lo antes posible. Si sois inteligentes, vendréis conmigo —se rió Diomedes.

—¿Por qué? —preguntó Perseo—. ¿Crees que no nos dejarían marcharnos?

—¡Qué ingenuo eres! —se burló Petrus.

—Si depusiéramos las armas creyendo que nos permitirán irnos en paz, antes de recorrer cinco estadios^[2] la caballería persa nos alcanzaría y nos masacraría. El rey Artajerjes jamás perdonará que nos hayamos unido a su hermano. No pienso morir como una oveja lejos de casa. Si ése fuera el caso, tal vez deberíamos tomar nuestras armas, abandonar el ejército e intentar llegar al mar. Esta campaña ya está perdida. Si logramos salir con vida, me daré por satisfecho —afirmó Atreu.

—Tal vez aún podamos sacar algún provecho durante el viaje de regreso —rió Petrus, guiñando un ojo de forma maliciosa.

—Retroceder o rendirse no es digno de un espartano, y nuestras santas leyes prohíben semejante sacrilegio —se ofendió Laertes.

—Entonces quizá deberías quedarte solo y defender nuestra retaguardia. A lo mejor algún dios baja del Olimpo para ayudarte —dijo Diomedes con ironía.

El jinete persa se acercó y se detuvo. Todos guardaron silencio, mirándolo fijamente. Georgios avanzó para encontrarse con él, mientras los demás permanecían en alerta, con los escudos en posición y las lanzas apuntando hacia el visitante. Los otros persas aguardaban a la distancia. En un griego perfecto, el persa se dirigió al sargento:

—Hemos venido en paz para negociar los términos de la rendición.

—Pues bien podrías chupar mi lanza —dijo Petrus con malicia, llevándose la mano a los genitales.

Georgios lo miró con irritación, mientras el persa esbozaba una leve sonrisa.

—Laertes, lleva a dos hombres y avisa al general Clearco —ordenó Georgios sin apartar

los ojos del jinete persa.

Laertes eligió a dos soldados y corrieron de vuelta al campamento. El persa permaneció montado en su garañón, que resoplaba con impaciencia. Al cabo de un tiempo, Laertes regresó acompañado de Clearco, varios comandantes y capitanes griegos, y escoltado por unos cincuenta jinetes tracios, que se quedaron atrás mientras Clearco avanzaba con cinco comandantes griegos.

—Muy bien, persa, llama a tus compañeros; los escucharemos —dijo Clearco dirigiéndose al jinete.

El persa inclinó la cabeza en señal de saludo y, girando su caballo, galopó hacia sus compañeros que esperaban a la distancia. Conversaron entre ellos durante unos minutos y, poco después, todos cabalaron hacia el general. Este se volvió hacia Georgios:

—Al primer signo de traición, ejecutadlos a todos.

—Sí, mi general —respondió Georgios.

Los jinetes persas se acercaron y se detuvieron a unos diez pasos de distancia. Uno de ellos, aún más ricamente ataviado, avanzó con aire de superioridad. Con una sonrisa desdeñosa, trotó lentamente en su garañón manchado hacia Clearco y los demás comandantes. Finalmente, se presentó:

—Soy Falino, griego como vosotros, al servicio de Tisafernes. Mi señor, como vencedor, exige, en nombre del rey Artajerjes, que depongáis las armas. Si aceptáis, mostraré clemencia y os permitirá marcharos en paz. Ciro está muerto, y nada os queda ya en Persia —dijo, haciendo una reverencia afectada.

Todos quedaron indignados al escuchar las palabras del persa. Perseo sintió el impulso de clavar su lanza en la garganta del traidor, pero la disciplina se impuso, y él, al igual que los demás, permaneció impasible en su posición.

Clearco respondió:

—Creo que tu amo debe de tener la mente nublada por los dioses. No corresponde a los vencedores entregar las armas —dijo con una sonrisa irónica.

Volviéndose hacia los demás oficiales, añadió:

—¿Qué opináis?

—¡Antes morir que entregar las armas! —exclamó Cleanor, de Arcadia, el más anciano de los capitanes.

—Falino —pronunció Próximo, de Tebas—, estoy sorprendido con tu propuesta. ¿Artajerjes y Tisafernes piden nuestras armas en calidad de vencedores o como amigos y a título de regalo? Si es como vencedores, ¿por qué no vienen a tomarlas en lugar de pedir las? Y si las solicitan de buena voluntad, que expliquen qué ganaremos a cambio.

—El rey Artajerjes se considera vencedor —respondió Falino— desde que mató a Ciro. En verdad, ¿quién podría disputarle el trono? En cuanto a vosotros, no estáis en condiciones de continuar esta campaña, ya que os encontráis en pleno corazón de sus dominios, rodeados de cursos de agua difíciles de cruzar. Al rey no le costaría nada enviar contra vosotros un mar de soldados que, incluso desarmados, terminarían por derrotaros.

—Mira, Falino —dijo Jenofonte, de Atenas—, no poseemos más bienes que nuestras armas y nuestro valor. Mientras tengamos armas, nuestro valor permanecerá intacto. Si las entregáramos, ¿cómo podríamos conservar la vida? No pienses ni por un instante que vamos a privarnos del único recurso que nos queda. Puede que incluso tengamos que usarlas para apropiarnos de las vuestras...

—Joven —replicó Falino con una sonrisa—, me gusta escucharte filosofar. Tienes el don de la oratoria, pero es una locura pensar que podéis resistir con ese valor al poder ilimitado del

gran rey Artajerjes, señor de Persia. Innumerables naciones, desde aquí hasta Grecia, son sus vasallas.

Volviéndose hacia Clearco, dijo:

—¿Y tú, Clearco, qué decides? —preguntó mirando directamente al general.

—Somos griegos, tú eres griego, todos los presentes aquí somos griegos. Como tal, pregunto tu opinión —respondió Clearco de forma maliciosa.

—Si tuvieseis una posibilidad entre mil de vencer a Artajerjes, diría que no entreguéis las armas. Pero si no hay salvación posible en la resistencia, entonces lo mejor es rendirse —respondió Falino, aún con una sonrisa de desdén en los labios.

—¿Ese es tu pensamiento? —replicó Clearco—. Ahora escucha nuestra decisión: ve hasta Artajerjes y pregúntale si debemos ser o no sus amigos. Si hemos de serlo, seremos más útiles conservando nuestras armas; si no hemos de serlo, es mejor luchar conservándolas que entregándolas.

—Haré saber al rey vuestra decisión. Estoy encargado de deciros que, si permanecéis en este campamento, el rey ofrece una tregua. Si lo abandonáis, ya sea avanzando o retrocediendo, las hostilidades se reanudarán. ¿Qué debo responder al rey? —preguntó Falino.

—Paz si nos quedamos y guerra si avanzamos o retrocedemos —Clearco dio por terminadas las negociaciones.

Falino, con una leve reverencia, se retiró y volvió junto a sus compañeros, quienes se alejaron al galope en la misma dirección de la que habían venido. Los griegos se quedaron observándolos partir.

—¿Y ahora, mi general? —preguntó Diomedes.

—Nos reuniremos con el ejército de Arieo. Nuestros camaradas han regresado con su respuesta: no quiere ser rey y está dispuesto a regresar lo antes posible a Jonia —respondió pensativo—. Esta noche hablaré en la asamblea.

Dicho esto, se retiró junto con los demás comandantes y capitanes, dejando a Perseo y a sus compañeros en el lugar, donde todavía les quedaba una hora de servicio de guardia por cumplir. Se miraron en silencio. Parece que habrá guerra, pensó Perseo.

Fueron relevados por el pelotón de Menelao. Todos se alegraron de verlo con vida, ya que no lo veían desde el inicio de la batalla contra Artajerjes. El sargento cojeaba de una pierna debido a una herida provocada por una flecha que le había alcanzado la pantorrilla.

El grupo regresó al campamento e intentaron preparar la cena. La voluntad de Perseo era correr hasta Artemisia, pero él era un soldado y debía seguir las órdenes. Gracias a Diomedes y Petrus, todos tenían suficiente para cenar.

El sol ya comenzaba a ponerse cuando todos fueron convocados para la asamblea en el mismo lugar del día anterior. Algunas hogueras, alimentadas con maderas de carretas y carruajes, ya ardían. De nuevo, Clearco, quien asumió el mando del ejército griego, subió al improvisado estrado y se dirigió a los soldados reunidos:

—¡Compañeros! Mandé sacrificar un toro a los dioses para saber si podríamos marchar contra el rey Artajerjes. Las entrañas de la víctima no auguraron nada bueno. Nuestros exploradores también informaron que el río que se interpone entre nosotros y Artajerjes solo se puede cruzar en balsas, y no tenemos balsas. Quedarnos aquí es imposible porque estamos sin suministros. Ahora, los augurios que tengo nos aconsejan unirnos a Arieo. Por hoy, descansen y coman; mañana, al alba, partiremos en formación de batalla a lo largo de la orilla del río. Lo que logremos recuperar del convoy de suministros irá al centro de la columna, bajo escolta de algunas compañías de la infantería ligera, peltastas y arqueros, además de los soldados heridos

que puedan manejar una lanza o espada. El resto de la infantería ligera irá al frente, la infantería pesada hoplita quedará en la retaguardia, y la caballería actuará como exploradora en todas las direcciones.

Murmullos de acuerdo recorrieron la asamblea. Los soldados se retiraron en grupos hacia sus posiciones para pasar otra noche. Las centinelas fueron distribuidas alrededor del campamento, y, a pesar de la oferta de tregua, nadie confiaba en los persas. Perseo y sus compañeros regresaron a su fogata y prepararon la cena con trozos de carne de caballo y vino mezclado con agua para que rindiera más. Atreu, que era el más instruido de todos, calculó la distancia de Éfeso, en Jonia, hasta el campo de batalla en seis mil cincuenta estadios.

—Es una distancia muy grande y puede aumentar, pues no creo que volvamos por el mismo camino por el que vinimos. Hemos agotado las tierras por donde pasamos, no encontraremos suministros suficientes —dijo pensativo Georgios.

Todos observaron en silencio las llamas de la fogata. El estado de ánimo, como el de todo el ejército griego, era sombrío.

Georgios autorizó a Perseo a visitar Artemisia en el hospital de campaña, pero debía regresar antes del amanecer. El espartano corrió hasta la tienda en la que ella se encontraba, una amazona con el brazo en una especie de cabestrillo guardaba la entrada con un puñal en la mano. Al reconocerlo, le permitió el paso con una sonrisa.

La tienda estaba en penumbra, solo un candil iluminaba el lugar. Perseo se sentó al lado de Artemisia; su respiración era lenta y rítmica. Él acarició el cabello de la amazona, pero ella no despertó, y el espartano terminó quedándose dormido sentado a su lado. Fue despertado por una mano que sacudía su hombro suavemente. Al abrir los ojos, sorprendido, se encontró con la mirada cansada del médico que había atendido a Artemisia.

—Disculpa, soy Perseo —se presentó mientras se levantaba, al recordar que no lo había hecho cuando dejó a la amazona bajo su cuidado.

—Soy Glauco —el médico indicó con un gesto que Perseo debía seguirlo.

Salieron de la tienda, el aire frío de la noche los golpeó y caminaron unos pasos alejándose del campamento.

—¿Cómo está ella, Glauco?

—Va a sobrevivir, sus heridas se están curando, solo no sé cómo está su mente. En los pocos momentos en que está semi-despierta la alimentamos con caldo, pero pronto vuelve al sueño —respondió, frotándose el rostro cansado con las manos.

—Seguiré viniendo todas las noches, si no te importa.

—Ven, habla con ella, tal vez logres traerla de vuelta —el médico sonrió tristemente.

El amanecer estaba cerca y Perseo regresó a su pelotón, sumido en sus pensamientos. Se preocupaba por el estado de Artemisia, pero en ese momento no había nada que pudiera hacer más que rezar a los dioses.

Al amanecer recibieron malas noticias. Durante la noche, Miltocites, de Tracia, desertó y pasó al lado de Artajerjes, llevando consigo a cuarenta caballeros y unos trescientos infantes de su nación. Los griegos en el campamento se armaron, guardaron en sus alforjas trozos de carne salada para comer durante el viaje y llenaron los odres con agua.

Se transmitieron las órdenes y tomaron posición junto con otras tropas hoplitas en la retaguardia de la columna. El ejército comenzó su marcha, con la caballería tracia actuando como exploradora en la retaguardia y en la vanguardia. Todos creían que, en cuanto los persas descubrieran que habían avanzado, caerían sobre ellos como fieras hambrientas.

Estaban rompiendo la propuesta del griego Falino; avanzar significaba reiniciar las

hostilidades.

CAPÍTULO 2

El ejército marchó todo el día hasta bien entrada la noche, con pequeñas pausas para descansar y comer trozos fríos de carne. Algunos pocos soldados, como Diomedes y Petrus, tenían frutas. Cerca de la medianoche, llegaron a una llanura desde donde, en el horizonte, divisaron las hogueras del campamento de un gran ejército. Los exploradores regresaron informando que se trataba de las tropas del general Arieo.

Clearco dio la orden de detenerse y montar el campamento, no demasiado lejos del antiguo general de Ciro. Las órdenes fueron claras: todos debían mantenerse alerta ante una posible traición por parte de este. Clearco y los demás comandantes griegos se dirigieron al campamento de Arieo escoltados por jinetes tracios, mientras el resto del ejército permanecía en sus posiciones, expectantes ante lo que se decidiera.

Perseo logró ausentarse un tiempo para visitar a Artemisia. La encontró aún inconsciente en una tienda, vigilada por sus guerreras, quienes le permitieron entrar. Se sentó a su lado y le habló, contándole pasajes de su entrenamiento en la agogé. También recitó versos de la *Ilíada* y la *Odisea*. Sin embargo, el espartano tuvo que regresar a su pelotón, ya que estaba asignado al servicio de centinela durante la fría madrugada.

A la mañana siguiente, se convocó una asamblea, y como era habitual, Clearco se dirigió al ejército junto con los demás comandantes griegos. En esta ocasión, subió a un carro reparado por los herreros y armeros que acompañaban al ejército.

—¡Compañeros! Anoche nos reunimos con el general Arieo, quien juró por los dioses ser nuestro aliado tras realizar los sacrificios correspondientes a las divinidades. Sus palabras y consejos han sido sabios. Nos recomendó no regresar por el mismo camino, ya que hemos agotado las provisiones de las tierras por las que pasamos y correríamos el riesgo de morir de hambre. En su lugar, sugirió una ruta más larga donde encontraremos suficientes provisiones. Marcharemos a paso acelerado para alejarnos del ejército de Artajerjes, que seguramente está reagrupando sus fuerzas. Quizás logremos ganarles dos o tres días de ventaja. Partiremos de inmediato.

Nadie cuestionó la decisión. Los soldados desmontaron nuevamente el campamento y reanudaron la marcha. El ejército griego seguía al del general Arieo, mientras los espartanos cubrían la retaguardia de la columna griega.

Marcharon durante todo el día. A primeras horas de la tarde, observaron a lo lejos humo de hogueras, probablemente de campamentos del ejército persa. Sin embargo, con prudencia, Clearco decidió no ordenar un avance contra ellos.

Todos estaban fatigados por la marcha acelerada y hambrientos debido a la falta de suministros suficientes. Los espartanos, al estar posicionados en la retaguardia, fueron los últimos en llegar al campamento griego. La algarabía era enorme: muchas tropas ya estaban instaladas, y Perseo y sus compañeros tuvieron dificultades para encontrar leña para la hoguera. Las escasas provisiones fueron distribuidas, y a ellos les tocó la peor parte: carne de caballo rancia.

—¡Porquería de carne de caballo! Parece que los generales quieren hacerle el trabajo a Artajerjes matándonos de hambre —resopló Diomedes mientras pateaba un trozo de leña hacia la hoguera, que acabó golpeando a un soldado cercano. Este gritó de dolor, pero al cruzar la mirada con la expresión severa de Diomedes, optó prudentemente por guardar silencio.

—¡Este vino está tan aguado que ni a una mosca emborracharía! —exclamó Petrus, escupiendo la bebida que había bebido de su odre.

—¡Dejen de quejarse y vayan a ver si consiguen algo de provisiones! —ordenó Georgios, molesto.

—Vamos, Petrus, busquemos algo que comer, aunque tengamos que matar a alguien —propuso Diomedes, dirigiéndose hacia las tropas que habían acampado antes que ellos.

Petrus se levantó con gran alboroto, armándose con su espada y lanza, y siguió a Diomedes.

—Van a meterse en problemas —rió Atreu.

—Déjalos ir. Si alguien puede conseguir provisiones, son ellos —respondió Georgios con un leve encogimiento de hombros.

—¿Permiso para ir al hospital de campaña? —preguntó Perseo.

—Puedes ir, Perseo, pero regresa rápido. No confío en Arieo —respondió Georgios, otorgándole su autorización.

Perseo se dirigió al hospital de campaña y encontró la tienda donde Artemisia permanecía bajo la escolta de sus guerreras. Una vez más, le permitieron entrar con una sonrisa. Se sentó junto a la amazona y continuó hablándole, aunque no recibiera respuesta. Esta vez, le expresó su deseo de mostrarle los campos de Laconia y le describió Esparta, así como la granja donde había nacido.

Cuando regresó a su pelotón, la madrugada ya estaba avanzada. Diomedes y Petrus aún no habían vuelto, pero llegaron mucho después conduciendo dos mulas cargadas con odres llenos de vino, grandes cortes de carne de res, frutas y alforjas con monedas en su interior.

—¿A quién le habéis robado esto? —preguntó Laertes, desconfiado, observándolos fijamente.

—Si no lo quieres, habrá más para nosotros —respondió Diomedes encogiéndose de hombros.

—Nos encontramos con unos oficiales del general Arieo que, muy amablemente, compartieron sus provisiones con nosotros —dijo Petrus entre risas, como si recordara un chiste.

—En realidad, casi nos suplicaron que nos lleváramos todo —añadió Diomedes con una sonrisa—. Los interceptamos cuando salían del campamento apresurados, cargados de oro y suministros.

—Estaban huyendo. Probablemente iban al encuentro de Artajerjes y, al vernos, casi mueren del susto —rió Petrus con estruendo.

—Les habéis matado, ¿verdad? Malditos traidores —exclamó Laertes, indignado.

—Claro que no. Para mí, son inteligentes. ¡Huyen mientras todavía tienen oportunidad! —replicó Diomedes, riéndose—. Después de aliviarles de los suministros y el oro, los dejamos marchar.

El grupo comió y bebió como hacía tiempo no lo hacía. Incluso distribuyeron parte de las provisiones entre los demás soldados del pelotón y enviaron otra parte a las Amazonas. Sin embargo, cuando Atreu sugirió repartir algo entre los soldados de otras compañías, Diomedes casi se atragantó.

—¿Estás loco? Si quieres, reparte tu parte. ¡Yo no les conozco tan bien como para hacer eso! —exclamó mientras devoraba un gran trozo de carne.

A la mañana siguiente, retomaron la retirada, nuevamente en formación de batalla. Los exploradores regresaban informando que los campamentos enemigos encontrados habían sido

abandonados apresuradamente, dejando atrás provisiones. Cerca del mediodía, unos heraldos de Artajerjes alcanzaron a los griegos con la intención de iniciar negociaciones.

Clearco dio la orden de detenerse y mandó que el ejército se formara en una formación compacta. Luego, pasó revista mientras los heraldos esperaban, observando con atención. Al finalizar, se aproximó a ellos y, alzando la voz para que el mayor número de soldados pudiera escuchar, preguntó:

—¿Qué deseáis?

Un persa, ricamente ataviado, dio un paso al frente y respondió directamente a Clearco:

—Venimos a negociar una tregua, por orden del gran rey —dijo en griego, haciendo una reverencia.

—Pues decidle a Artajerjes que no habrá tregua mientras no obtengamos provisiones, a menos que el rey nos abastezca —replicó Clearco con firmeza.

Los heraldos dijeron que llevarían la respuesta a Artajerjes y se marcharon galopando lejos. Clearco ordenó que todos descansaran sin deshacer la formación. Los soldados, exhaustos, cayeron al suelo y aprovecharon para comer carne fría. Tras dos horas, los heraldos regresaron.

—El gran rey —dijo el mismo persa que había iniciado las negociaciones— está de acuerdo, y estos hombres que nos acompañan —continuó, señalando a un grupo de jinetes persas que no se habían presentado antes— serán vuestros guías y os llevarán a un lugar donde podréis reabasteceros.

—Muy bien, mostradnos el camino —decidió Clearco, dando la orden de marcha al ejército.

Los guías marcharon al frente del ejército, conduciéndolo. Exploradores tracios patrullaban la vanguardia y la retaguardia, atentos a cualquier señal de emboscada. El propio Clearco dirigía a los hoplitas desde el final de la columna. Desde su posición, Perseo y sus compañeros podían verlo armado para el combate, caminando con paso orgulloso.

—¡Hijo de una perra! —exclamó Georgios, admirado—. Podrá ser un maldito arrogante, pero al menos sabe cómo liderar un ejército.

Tras dos horas de marcha, llegaron a una llanura atravesada por fosos y canales llenos de agua, destinados a regar los cultivos de la región. No había forma de cruzar a pie, y las barcazas de los lugareños no eran suficientes para transportar a todo el ejército.

Clearco ordenó que improvisaran puentes cortando las numerosas palmeras que crecían en la zona. Algunos soldados comenzaron a quejarse de la tarea, pero, para dar ejemplo, el general se quitó la armadura, quedándose solo con la túnica, y ayudó personalmente en el trabajo, como un simple soldado de infantería. Esto causó admiración entre todos.

El general dirigía la construcción de los puentes con entusiasmo, y siguiendo su ejemplo, todos trabajaron con renovado vigor, a pesar de tener el barro hasta las rodillas. Cortaron las palmeras y las ataron con lianas y cuerdas, logrando construir puentes lo suficientemente anchos para que un hombre los cruzara con seguridad.

El trabajo era lento. Cada vez que cruzaban un canal, debían arrastrar el puente improvisado hasta el siguiente. El ejército tuvo que atravesarlos con precaución, ya que, aunque los canales no siempre eran profundos, el lodo del fondo atrapaba al desafortunado que caía en él, llevándolo al ahogamiento.

Trabajaron sin descanso durante todo el día y la noche.

Al amanecer, terminaron la agotadora labor. Todo el ejército logró cruzar el campo inundado y, tiempo después, llegó a un pueblo al otro lado, en tierra firme y seca, guiado por los persas. Allí acamparon en las cercanías. En el lugar encontraron gran cantidad de trigo, vino de

palma, dátiles y ganado de engorde. Era un punto de abastecimiento para las tropas persas.

Clearco ordenó que todos descansaran, pero con las armas listas para cualquier eventualidad.

Los soldados cayeron al suelo sucios y exhaustos, sin fuerzas ni siquiera para comer. Con mucho esfuerzo y a base de amenazas, Georgios los obligó a montar el campamento en la retaguardia de la columna del ejército. Después de desayunar, se desplomaron de cansancio y solo despertaron cuando llegaba su turno de montar guardia en los puestos de centinela.

Los espartanos parecían tropas etíopes; sus rostros estaban ennegrecidos por el barro y la suciedad de los canales. La única excepción era Laertes, que ya se había bañado y había limpiado su equipo. Al final de la tarde, Georgios reprendió severamente al grupo y los obligó a limpiarse en los canales.

Clearco informó que permanecerían algunos días descansando en aquel lugar. Los soldados aprovecharon la tregua: se levantaban temprano, se bañaban en los canales cercanos, lavaban sus ropas y equipos, y reparaban y afilaban sus armas. Diomedes organizaba animados juegos de dados junto a la hoguera todas las noches, mientras Atreu recitaba versos de Homero para un pequeño grupo de rudos soldados que lo escuchaban con atención.

Por las noches, Perseo visitaba a Artemisia. Sus heridas parecían mejorar; el gran hematoma en su rostro se había reducido a una mancha amarillenta. Sin embargo, él aún no lograba encontrarla despierta. Sus amazonas, en cambio, parecían recuperarse rápidamente, y Perseo contó hasta veinticinco de ellas.

En el tercer día de estancia en el pueblo, una gran comitiva persa se acercó al campamento. Fue interceptada por las centinelas y escoltada hasta el puesto de mando de Clearco y los demás comandantes, despertando la curiosidad de los soldados.

Diomedes salió en busca de información y regresó dos horas después con noticias:

—¡El mismísimo Tisafernes ha venido a ofrecer una tregua! —exclamó, jadeando tras volver corriendo—. Dice que, tras la muerte de Ciro, no hay razón para que no volvamos a Grecia. Ha prometido hablar con Artajerjes para conseguir su permiso y garantizar que regresemos a casa en paz.

—¡Que los dioses pudran sus pelotas! —exclamó Petrus con rabia.

—No sé... Parece demasiado fácil. Si yo fuera Artajerjes, no dejaría escapar a quienes invadieron mis dominios —opinó Atreu, pensativo.

—Sea como sea, la tregua sigue en pie. Tisafernes ha prometido volver en tres días con la palabra de Artajerjes de que podremos partir en paz —concluyó Diomedes.

—Artajerjes ha sufrido una dura derrota. Aunque Ciro haya muerto, debe estar reorganizando sus tropas y movilizando refuerzos para interceptarnos en el camino. Seguro que es una trampa. Espero que Clearco se dé cuenta de ello —advirtió Georgios.

—Si Artemisia estuviera despierta, sería imposible detenerla después de que ese desgraciado intentó regalarla a Artajerjes —gruñó Perseo, apretando la mandíbula.

Durante veinte días, el ejército permaneció en el pueblo. Cada noche, Perseo visitaba a Artemisia, pero su estado no cambiaba. Físicamente parecía estar bien, pero seguía inconsciente. Mientras tanto, numerosos rumores corrían por el campamento: que serían atacados, que un gran ejército persa estaba en camino, que serían integrados a las tropas persas o que las promesas hechas por Ciro serían cumplidas. También se decía que los comandantes planeaban abandonar a las tropas a su suerte, entre otros murmullos inquietantes.

La inmovilidad comenzó a causar indisciplina en las filas. Muchos decían que deberían haber continuado la marcha, y algunos incluso hablaban abiertamente de desertar o destituir al

mando griego. Ante esta situación, Clearco se vio obligado a reunir al ejército nuevamente y dirigirse a la asamblea de los soldados:

—¡Compañeros! —empezó Clearco—. También yo desconfío de Tisafernes, pero si abandonamos este pueblo, los persas dirán que lo hemos hecho con el propósito de romper la tregua y reiniciar la guerra. En ese caso, no tendríamos guías, la población por donde pasemos no nos ofrecería refugio, y pronto nos quedaríamos sin provisiones. Arieo sería el primero en abandonarnos. ¿Quién sabe cuántos ríos tendremos que cruzar aún? Respecto al Éufrates, ¿alguien ignora que es imposible atravesarlo y combatir al mismo tiempo? Además, si debemos enfrentarnos a los persas, carecemos de caballería, mientras que la suya es excelente y numerosa.

—¿Y qué sucedería entonces? —continuó—. Si ganamos, Artajerjes podría enviarnos nuevos ejércitos. Si perdemos, estamos todos muertos. Por otro lado, no veo por qué Artajerjes, que dispone de mil maneras de eliminarnos si esa fuera su voluntad, lo haría después de firmar la paz con nosotros. Incurriría en perjurio, un pecado tan detestado por los dioses como por los hombres, y su palabra perdería valor tanto ante los griegos como ante los bárbaros. ¡Esperemos el regreso de Tisafernes con su respuesta! Y si vuelve con un ejército para atacarnos, nos defenderemos y venceremos nuevamente.

La asamblea aprobó la propuesta de Clearco, y la situación se calmó. Los soldados permanecieron en el pueblo, que era abundante en provisiones. Al cabo de cinco días, los exploradores avistaron un gran ejército. Todos recibieron órdenes de formarse para la batalla, pero pronto se acercaron heraldos persas anunciando que Tisafernes los acompañaría en su camino de regreso, ya que él mismo regresaba a su satrapía. Además, informaron que Artajerjes había accedido a garantizar un paso pacífico por su imperio.

Perseo temía que, si Artemisia estuviera consciente, podría tomar una decisión impulsiva con su agresor tan cerca.

Al día siguiente, reanudaron la retirada. Tisafernes y sus fuerzas marchaban en la vanguardia, preparando las ciudades para recibir a los griegos, seguidos por el ejército de Arieo. Por la noche, el ejército del ex general de Ciro acampaba junto al del sátrapa, mientras las tropas griegas establecían su campamento en la retaguardia, a una distancia prudente que les permitiera formarse para la batalla en caso de necesidad.

Durante estas marchas, ocurrieron diversos incidentes entre griegos y persas. Las peleas y discusiones eran frecuentes, ya fuera en los mercados o al recolectar víveres y leña en los campos cercanos. La desconfianza y el odio eran mutuos. Petrus, en dos ocasiones diferentes, luchó con soldados persas, causándoles heridas graves.

Una tarde, Laertes y Perseo tuvieron un enfrentamiento con cuatro persas por la prioridad para llenar sus odres en una fuente. Habían sido encargados de recoger agua de una fuente situada en un bosque cercano al campamento. Al llegar primero, les correspondía la prioridad, pero cuatro persas se presentaron en el lugar e intentaron obligarlos a ceder su turno. Laertes y Perseo se negaron, y pronto las espadas fueron desenvainadas.

Laertes, como un rayo, desenvainó su espada y asestó un golpe certero al cuello del persa más cercano, matándolo al instante. Sin detenerse, avanzó contra otros dos enemigos.

Perseo también desenvainó su arma y se lanzó al ataque. Un persa lo interceptó, descargando un golpe descendente con su espada que apuntaba directamente a la cabeza del espartano. Perseo esquivó con un salto lateral, haciendo que la hoja del adversario cortara únicamente el aire. Antes de que el persa pudiera girarse para enfrentarle de nuevo, Perseo hundió su espada en el costado desprotegido de su oponente. Giró el mango de la espada y lo

retiró con violencia, arrancándole un grito gutural. El persa cayó al suelo, agonizando. Cuando Perseo se volvió, vio que Laertes ya había eliminado a los otros dos soldados.

Con un leve movimiento de cabeza, Laertes mostró su aprobación. Sin intercambiar palabras, ambos llenaron sus odres de agua y abandonaron rápidamente el lugar, dejando atrás los cadáveres de sus enemigos.

Cada noche, Perseo visitaba a Artemisia. Ahora ella descansaba en una tienda propia, rodeada de sus guerreras. Artemisia seguía pasando la mayor parte del tiempo inconsciente o semiconsciente, y en esos momentos sus compañeras la alimentaban cuidadosamente. Le informaron a Perseo que, aunque aún no había recuperado la conciencia plena, su estado mostraba leves señales de mejora.

Después de tres días de marcha, el ejército llegó a las tierras de Media. Atravesaron extensas llanuras surcadas por canales de riego. En uno de ellos, tuvieron que cruzar por un puente, mientras que en otro utilizaron barcasas fijas para atravesar las aguas.

Al final del tercer día, alcanzaron las orillas del río Tigris y acamparon cerca de una ciudad populosa llamada Sítace. Los ejércitos de Tisafernes y Arieo cruzaron el río antes que ellos, perdiéndose de vista. Clearco ordenó a sus tropas mantenerse en alerta, ya que temía un posible ataque nocturno. Sin embargo, la noche transcurrió tranquila. Al día siguiente, los griegos cruzaron el río utilizando balsas fijas y, poco después, avistaron nuevamente al ejército de Tisafernes, que se mantenía a una distancia prudente.

El avance continuó durante cuatro días más, hasta que llegaron al río Fisco y a la ciudad de Ópis, situada en su orilla. Allí establecieron su campamento fuera de los muros de la ciudad.

Los exploradores informaron que un gran ejército, comandado por un hermano de Artajerjes y de Ciro, marchaba desde Susa y Ecbatana hacia Cunaxa para reforzar las fuerzas del rey. Sin embargo, confiados en el pacto de tregua, Clearco decidió que era el momento de exhibir la disciplina y el poderío griego.

Ordenó a sus tropas marchar en formación, entonando himnos en honor a Ares y Zeus. Los peltastas golpeaban sus pequeños escudos ovalados con los dardos, mientras los hoplitas marcaban el paso con fuerza, haciendo retumbar el suelo con sus pisadas. El estruendo de la marcha y la actitud desafiante de los griegos impresionaron profundamente al hermano de Artajerjes y a sus tropas, quienes observaron la demostración sin atreverse a intervenir.

Desde Ópis, avanzaron por el desierto de Media en una marcha de seis días. El terreno era pedregoso y árido. Perseo y sus compañeros, que marchaban en la retaguardia, sufrían constantemente por el polvo levantado por la columna griega. Para protegerse, envolvían sus rostros con mantos. Al final de cada jornada, terminaban cubiertos de tierra, pero la escasez de agua les impedía asearse. Quien más sufría con esta situación era Laertes, acostumbrado a mantenerse impecable. Diomedes y Petrus no podían evitar reír al verlo intentar limpiar su equipo con un paño húmedo. Sin embargo, a pesar de la falta de agua, la travesía transcurrió sin incidentes gracias a los suministros proporcionados por Tisafernes. Cuando finalmente salieron del desierto, el ejército parecía hecho de barro, cubiertos de polvo y suciedad de pies a cabeza.

Tras abandonar el desierto, llegaron a un grupo de aldeas que pertenecían a Parisátides, madre de Ciro y Artajerjes. Tisafernes, con la intención de deshonar la memoria de Ciro, autorizó que las aldeas fueran saqueadas, pero prohibió que los griegos tomaran esclavos.

Los griegos cayeron sobre las aldeas, saqueando todo lo que tuviera algún valor o pudiera ser consumido. Grandes cantidades de trigo y ganado fueron confiscadas, lo que ayudó a reforzar los suministros del convoy. Pocos habitantes fueron asesinados, solo aquellos que intentaron resistirse al saqueo. Georgios ordenó a Laertes que no matara a aldeanos indefensos. Cuando uno

de ellos intentó enfrentarse a él, Laertes simplemente lo golpeó con el borde de su escudo, dejándolo inconsciente. En las aldeas encontraron agua suficiente para bañarse, lavar sus ropas y limpiar su equipo. Permanecieron allí durante dos días.

A pesar de cumplir con sus obligaciones, Perseo no podía evitar sentirse atormentado por la preocupación que le causaba Artemisia. Los pensamientos lo acosaban constantemente: *¿Qué sucederá si nunca despierta? ¿Cómo podré protegerla? Aún tenemos un largo camino por recorrer hasta llegar a la costa jónica. Pero algo es seguro: aunque ella nunca recobre la conciencia, siempre estaré a su lado. Si es necesario, la llevaré hasta Esparta.*

Continuando la retirada, el ejército griego alcanzó la ciudad de Ceneia, al otro lado del río Tigris. La ciudad parecía grande y populosa, rodeada por un alto muro blanco. Desde sus murallas y torres, los soldados observaron a los habitantes locales armados, por lo que acamparon fuera de las murallas, a una distancia segura, fuera del alcance de las flechas de los arqueros. Se dieron órdenes para que los soldados pudieran entrar en la ciudad, turnándose para negociar con los mercaderes.

Diomedes, quien había sustraído monedas de los oficiales de Arieo cuando estos desertaron, afirmó que era su cumpleaños y quería celebrarlo. Él y sus compañeros se dirigieron a la ciudad durante la noche, atravesando sus calles iluminadas por antorchas. Los habitantes locales, así como soldados griegos y persas, caminaban y comerciaban con ellos.

Diomedes los lideró como si hubiera nacido en la ciudad y pronto encontraron una gran taberna cerca del mercado. Era un lugar sucio, con poca luz proporcionada por lámparas de barro, mesas largas y bajas dispuestas casi al nivel del suelo, y pequeños tamboretos usados como bancos. El aire estaba viciado y olía a sudor y cerveza rancia, una bebida fermentada común en todo el territorio persa, más barata que el vino. El lugar estaba lleno de soldados persas de Tisafernes, y algunos soldados griegos, ambos grupos separados, mirándose con desprecio y animosidad.

Con arrogancia, Diomedes se acercó a un grupo de nativos que estaban sentados en una mesa:

—¡Perros vagos, hagan espacio para Diomedes y sus compañeros, los conquistadores griegos! —exclamó de forma imperiosa.

Los habitantes de Ceneia se levantaron apresuradamente de la mesa, mientras los espartanos ocupaban sus lugares. Petrus gritó a un sirviente exigiendo vino. El infeliz se acercó con una mirada asombrada, y Georgios, con calma y gestos, le hizo entender que querían comer y beber.

—¡Coman y beban! ¡Hoy son mis invitados! —exclamó Diomedes, entusiasmado.

Laertes, Georgios y Perseo se sentaron a un lado de la mesa, mientras Diomedes, Petrus y Atreu se acomodaban al otro. Perseo miraba a su alrededor; algunos soldados persas en una mesa cercana los observaban. El sirviente se acercó corriendo, casi derribando una gran ánfora de barro llena de cerveza, en lugar de vino, y varios vasos. Petrus le quitó la ánfora de las manos, y al oler y probar el líquido que derramó en una taza de madera, maldijo al desafortunado camarero.

—¡Por los testículos de Zeus! ¡Estos bárbaros no saben lo que es vino! —gritó, quejándose mientras vaciaba su copa.

Diomedes habló en persa con el sirviente, quien corrió hacia la cocina y regresó poco después con varios odres pequeños de barro, colocándolos sobre la mesa.

—Cuidado, muchacho, no vayas a derramarlo sobre nosotros— Diomedes lo empujó de vuelta hacia la cocina—. ¡Y tráenos comida!

Petrus probó el contenido de uno de los odres y arrugó la nariz.

—Basura de vino de palma, no sé qué es peor... —dijo mientras vaciaba de un trago el contenido del odre.

Los espartanos bebían animadamente; la cerveza, aunque amarga, era sabrosa y sustituía al vino de palma, que ya les resultaba insoportable. A pesar de la animación de sus compañeros, Perseo pensaba en Artemisia. El médico le había asegurado que físicamente estaba bien, pero su inconsciencia persistía. Se sentía culpable por no haber ido a visitarla esa noche. Ella estaba acampada con sus amazonas al lado del convoy de suministros, un lugar seguro dentro de la columna griega.

Georgios percibió la preocupación de su soldado.

—Perseo, trata de no preocuparte demasiado, es cuestión de tiempo hasta que ella despierte. Tienes que distraerte un poco, te estás consumiendo —aconsejó de manera paternal.

Era cierto; siempre que podía, Perseo iba al campamento de las amazonas y se quedaba al lado de la cama de Artemisia. La falta de sueño, la tensión por la retirada, las marchas extenuantes y el servicio de centinela estaban cobrando un alto precio. Se sentía irritado, cansado física y mentalmente, y sus ojos mostraban profundas ojeras.

—Es voluntad de los dioses —intervino Atreu.

—No lo sé, parece que ella no quiere vivir. Paso horas a su lado conversando, pero no percibo ningún signo de que me escuche —suspiró.

—Intenta relajarte un poco —ordenó Georgios.

—Dejémoslo en manos de los dioses, hoy estamos vivos, mañana podemos estar muertos. ¡Vamos a celebrar! —sugirió Diomedes, quien había escuchado la conversación.

La comida llegó en grandes fuentes de barro; carne y vegetales. Petrus y Diomedes bebían sin moderación. Perseo pensó para sí mismo: *Es increíble la cantidad de vino y cerveza que esos dos pueden consumir*. Mientras los vapores alcohólicos lo dejaban aturdido, sonrió tontamente a sus compañeros, momentáneamente olvidando sus preocupaciones.

Diomedes subió a la mesa, con una jarra de cerveza en una mano y un odre de vino de palma en la otra. Se balanceaba peligrosamente de un lado a otro, a punto de caer, y miró a sus compañeros desde lo alto, soltando un largo eructo. Petrus sujetaba sus piernas, manteniéndolas firmes sobre la mesa para evitar que cayera.

—¡Vosotros, perros sarnosos! —Diomedes se dirigió a sus amigos— ¡sois mis hermanos de armas, nuestros lazos son más fuertes que los de sangre! No quería estar con nadie más en este día para celebrar mi cumpleaños, más que con vosotros, o tal vez con algunas mujeres.

Soltó otro eructo y volvió a balancearse peligrosamente, mientras sus compañeros golpeaban la mesa con sus jarras, aprobando su discurso.

—¡No te rías, Atreu! Tú, que te haces pasar por piadoso, ¡eres el más inmoral de todos nosotros! —afirmó, señalando con su jarra llena de cerveza hacia él.

Atreu levantó su vaso hacia Diomedes, saludándolo, y este, con una sonrisa, dio un trago de la cerveza y otro del odre con vino de palma.

—¡Petrus! Puede que no hayamos nacido de la misma mujer, pero eres mi hermanito —dijo, mirando hacia abajo, donde Petrus intentaba sujetarlo para que no cayera de la mesa.

Petrus sonrió tontamente.

—¡Tú, Laertes! Eres un maldito seguidor de reglas, pero eres nuestro maldito seguidor de reglas —apuntó con el odre de vino hacia él.

Laertes, generalmente controlado y frío, esbozó una sonrisa, levantó su vaso en honor a Diomedes y lo vació.

—¡Tú, Perseo! Llegaste a nosotros verde e inocente. Antes de que termine este viaje, vamos a convertirte en un verdadero guerrero espartano —se dirigió a Perseo después de otro eructo.

Diomedes volvió a balancearse peligrosamente, esta vez mirando el vaso en su mano, como si estuviera pensando en cómo había llegado allí. Entonces recordó y vació su contenido. Perseo lo saludó levantando su copa, vaciando su contenido también.

—¡A ti, Georgios! Viejo cascarrabias, pero para nosotros eres como un padre. Sin ti, ya estaríamos en el Hades hace mucho tiempo —continuó con su discurso, mientras trataba de llenar su copa con el odre de vino, mezclando ambas bebidas.

Todos golpearon la mesa con entusiasmo.

—¡Mis hermanos! ¡Ahora estamos aquí, en este maldito lugar, rodeados de nativos comedores de mierda, que sonríen y hacen reverencias, pero en realidad lo que quieren es clavarnos un cuchillo en la espalda! ¡Pero os digo! ¡No quisiera estar en ningún otro lugar que aquí con vosotros! —exclamó, agitando su copa y el odre, que derramaron vino y cerveza sobre la mesa y sobre la cabeza de Petrus, quien luchaba por mantener a Diomedes en pie.

Diomedes miró alrededor, observando a los persas que los miraban con semblante serio.

—¡Vosotros, comedores de mierda! —gritó hacia los persas— ¿Pensáis que no sabemos que queréis matarnos?

Los persas los miraron sin hablar, no entendían griego, pero percibieron el tono agresivo del espartano.

—¡Estáis estropeando mi celebración con vuestro olor repugnante! —afirmó arrogante.

Los soldados lo miraron con desdén. Diomedes sonrió y puso el odre de vino en su boca, dando un gran trago. De repente, lo lanzó hacia el grupo de persas. El odre se rompió al chocar contra la mesa, derramando vino sobre ellos, lo que les hizo levantarse indignados.

—¡Por vuestra salud! —brindó Diomedes, sonriendo, mientras hacía una reverencia burlona hacia los persas.

Los soldados, furiosos, avanzaron hacia los espartanos, eran diez guerreros. Diomedes no esperó a que se acercaran, y saltando desde la mesa, rompió un odre de barro que había cogido sobre la mesa en la cabeza de uno de los persas, mientras destrozaba una jarra de barro en la cara de otro. Petrus avanzó como un toro furioso, chocando contra dos de ellos a la vez, arrojándolos contra otra mesa, donde derraparon bandejas de comida, jarras y odres de bebida, ensuciando a los clientes, que se levantaron irritados.

Fue lo que bastó para que comenzara una pelea generalizada. Varios soldados persas corrieron a ayudar a sus compañeros, griegos de otras mesas se unieron a la lucha gritando sus gritos de guerra, y en medio, los habitantes de la ciudad.

Odres de vino, ánforas, jarras y bancos volaban por todas partes, acompañados de bandejas de comida. Petrus levantó un pesado banco y, usándolo como escudo, avanzó derribando a varios persas. Laertes rompió el brazo de uno que intentó atacarlo, aplicándole una llave. Atreu estaba siendo golpeado por dos persas, pero Perseo corrió hasta él, pateó la cabeza de uno, ayudó a Atreu a levantarse y lo animó a golpear al otro.

Georgios gritaba intentando imponer orden, pero no tuvo éxito. Un persa avanzó contra él, pero el sargento le propinó una patada en los genitales que lo hizo doblarse. Agarró una ánfora aún intacta, la levantó por encima de su cabeza y la dejó caer sobre el desafortunado persa, quien se desplomó pesadamente en el suelo, inconsciente.

La lucha destruyó la taberna. Los gritos y el alboroto eran enormes, y el infeliz propietario intentaba en vano detener la pelea. Sin saber cómo, pero de repente, Perseo y sus

amigos se encontraron corriendo por las calles de la ciudad. Atreu tenía un ojo morado, Laertes tenía un corte en el brazo, causado por un puñal persa. Perseo cojeaba de una pierna, herida por un banco, y Georgios sangraba por la nariz, resultado de los golpes recibidos. Solo Diomedes y Petrus no tenían lesiones.

Se detuvieron en la fuente de agua que había en el centro del ágora del mercado. Riendo como locos, se sumergieron las cabezas en el agua y bebieron como camellos sedientos. Salieron del lugar caminando abrazados, en dirección a las posiciones griegas fuera de la ciudad. Tambaleaban por el camino cantando a pleno pulmón canciones obscenas.

Al pasar por una casa de tres pisos, un nativo vació una bandeja de barro arrojando un líquido hacia abajo, golpeando directamente a Petrus y salpicando al resto del grupo. Diomedes se acercó a Petrus y olió su cabello.

—¡Por los dioses infernales! ¡El nativo te ha tirado orina! —se rió a carcajadas.

Petrus, enfurecido como un toro salvaje, corrió hasta la puerta de la casa, golpeándola con los puños. Con gran dificultad, sus compañeros lograron apartarlo de allí. Insultaba a los nativos, a la ciudad y a los persas de la manera más virulenta posible, mientras sus amigos se reían y lo arrastraban lejos. En el camino, aún encontraron fuerzas para enfrentarse a un grupo de hoplitas atenienses.

Se despertaron a la mañana siguiente con el cuerpo adolorido y con resaca. Diomedes y Petrus se levantaron como si no hubieran bebido ni una gota de alcohol. Cuando intentaron despertar a sus compañeros para que los acompañaran al mercado, estos los insultaron de los peores modos. La cabeza de Perseo parecía que iba a estallar; sentía una sed atroz y vació un odre de agua de un solo trago, pero solo después de bañarse en las aguas frías de una tina de madera se sintió un poco mejor.

A media mañana, Anaxandro apareció y les dio una reprimenda a todos los del pelotón al verlos en tan lamentable estado:

—¿Dónde están Diomedes y Petrus? —preguntó, gritando, casi pegando su rostro al de Georgios, que estaba en posición de firme.

—¡Fueron al mercado a comprar víveres, señor! —respondió Georgios, calmadamente.

—El gobernador de la ciudad presentó una queja a los generales, quienes se quejaron al comandante de la división, quien gritó al capitán Admeto, de quien tuve que escuchar muchas cosas. Controla a tus hombres, Georgios, o los veré en un consejo de guerra —gritó Anaxandro, saliendo furioso y pisando fuerte.

—Idiota —murmuró Georgios, dirigiéndose de manera despectiva al teniente.

Diomedes y Petrus regresaron solo al anochecer, ligeramente ebrios de nuevo, pero habían comprado gran cantidad de pan, queso y vino, además de varias piezas de carne que los cargadores llevaban sobre los hombros.

De manera generosa, Diomedes distribuyó entre todos los soldados de la compañía. Esa noche, asaron la carne en las fogatas y pudieron banquetear, aunque estaban prohibidos de entrar en la ciudad. Toda la compañía agradeció la generosidad de Diomedes, quien solo sonreía. Parte de los víveres, con la ayuda de Atreu, Perseo los llevó al campamento de las amazonas, distribuyéndolos entre ellas. Artemisia seguía inconsciente.

Los griegos partieron de Ceneia y finalmente llegaron al río Zábato, que era ancho y solo podían cruzarlo por barcazas. Acamparon durante tres días junto a un pequeño pueblo. Con la ayuda de los soldados de Arieo, se dispusieron barcazas de las poblaciones ribereñas para que el ejército cruzara el río.

Se rumoreaba que Tisafernes estaría tendiendo una trampa en este lugar, pero no existían

pruebas concretas. Los habitantes del pueblo instalaron un gran mercado entre los campamentos griego y persa, donde se podía comerciar de todo, desde comida y bebidas hasta armas y productos exóticos locales.

Para calmar a las tropas y acabar con los rumores, Clearco envió emisarios para negociar con Tisafernes. Al regresar, convocó una asamblea donde se dirigió a las tropas y a los demás comandantes reunidos:

—¡Compañeros! Tisafernes me ha enviado emisarios asegurando que no desea nuestro mal. Para acabar con los rumores de emboscadas y traiciones, nuevamente juró por los dioses que no tiene mala intención hacia nosotros y desea nuestra amistad. Le hice ver que le resulta más beneficioso tenernos como amigos que como enemigos. Él alega que personas de malas intenciones intentan envenenar nuestra confianza mutua con calumnias. Para acabar con esta desconfianza, desea reunirse personalmente conmigo y con nuestros comandantes, donde señalará quién entre nosotros está intentando causar discordia que podría llevarnos a romper la tregua.

El tumulto en la asamblea fue grande, muchos estaban a favor y otros en contra. Georgios pidió la palabra:

—Mi general, esta solicitud de Tisafernes no debe ser aceptada, no es de confianza. Si todos los comandantes se presentan ante él, ¿qué le impide retenerlos o matarlos? Nos quedaríamos sin líderes experimentados, necesarios para llevar a cabo nuestra retirada con éxito —concluyó.

Muchos soldados estuvieron de acuerdo con la opinión de Georgios. Clearco y los demás comandantes griegos conferenciaron durante unos momentos hasta que llegaron a un acuerdo. El general se dirigió nuevamente a la asamblea:

—Muy bien, me acompañarán mañana Próxeno, de Beocia; Menón, de Tesalia; y Ágias y Sócrates, de Acaya, además de veinte oficiales superiores entre comandantes, capitanes y tenientes. Como medida de cautela, doscientos soldados nos acompañarán de lejos, como si fuéramos al mercado que está cerca del campamento persa —determinó Clearco, poniendo fin a la asamblea tras la aprobación de la tropa reunida.

Todos se retiraron a sus fogatas, preocupados. Si era una trampa, perderían al general que había estado liderando el ejército en la retirada después de la batalla de Cunaxa.

Georgios era el más inconforme.

—Esto es una trampa, ¿es que están ciegos? —preguntó irritado.

—Pueden apostar sus vidas a que seremos seleccionados para esta misión de escolta, esto podría acabar con nuestras vidas —suspiró Diomedes.

—Pues a mí no me importa, estoy cansado de esta retirada, deberíamos haber avanzado contra Artajerjes —dijo Laertes—. Esos persas afeminados no son rivales para nosotros.

—Tienes mierda en los ojos —se rió Diomedes.

—Su madre era una mula que se acostó con el dios Apolo —soltó una carcajada Petrus.

—Idiota —respondió Laertes, acomodándose su impecable equipo.

Un suboficial se acercó a la fogata y convocó a Georgios para una reunión con los comandantes griegos. Unas dos horas después, regresó con el rostro serio y dijo:

—Muy bien, chicos, preparen equipos ligeros, nada de armadura, escudo o grebas, vamos a formar parte de los doscientos soldados de escolta. Cuando la comitiva de Clearco y otros oficiales se dirija a la tienda de los persas mañana, los seguiremos hasta el campamento como si fuéramos al mercado local. Lleven solo escudos y espadas, algunos arqueros cretenses irán con nosotros y llevarán sus arcos escondidos. Las lanzas y los escudos que llevaremos serán

ocultados en medio de la leña y en cestas. Partiremos mañana antes del almuerzo, cuando haya más movimiento en el mercado. Intenten dormir y descansar, mañana será un día difícil.

Esa noche, Artemisia finalmente despertó.

CAPÍTULO 3

Parecía que el espíritu de Artemisia flotaba lejos de su cuerpo; no sentía nada: ni hambre, ni sed, ni dolor, solo una oscura y confortable quietud a su alrededor.

No tenía conciencia del tiempo ni del espacio, solo sentía una fuerza que la arrastraba hacia una oscuridad cada vez más profunda. De repente, experimentó un dolor insoportable en su alma; los recuerdos llegaron en oleadas a su mente: *Mis padres, mi hermano, Mardoc, Ikarnas, mis compañeras amazonas, Ciro y Perseo... ¡Dioses inmortales! Las memorias de nuestros momentos juntos aumentan mi dolor. ¿Qué le habrá sucedido a él?*

Dolorosamente, la amazona recordó la batalla: Ciro siendo herido, sus últimas palabras antes de morir en sus brazos, una declaración de que siempre la había amado, la feroz disputa por sus despojos, la muerte de Ikarnas, su mejor amiga, quien se sacrificó por ella también en sus brazos, sus hermanas luchando valientemente mientras el combate se libraba a su alrededor. Fue entonces cuando la amazona recibió el golpe y se sumió en la oscuridad.

¿Y Perseo? ¿Cuál fue su destino? Los griegos comandados por Clearco no avanzaron como se les había ordenado, lo que causó la derrota de Ciro. ¿También habrán sido derrotados? ¿Estará Perseo muerto? Artemisia luchó contra la fuerza que la arrastraba hacia la oscuridad, y lentamente logró salir de ella. Una luz difusa la rodeaba, como una habitación en penumbra.

¡Perseo! Pensó, sintiendo los dedos del espartano acariciando su cabello. Al abrir los ojos, encontró su rostro preocupado. Intentó sonreír, pero la oscuridad volvió a engullirla. Ahora, la amazona volvía a sentir dolor y malestar, como si la estuvieran sacudiendo de un lado a otro. Quería gritar para que pararan, pero aún no tenía voz.

Artemisia no tenía conciencia del tiempo. A veces la oscuridad la envolvía y ella olvidaba su existencia, pero lentamente, la conciencia de sí misma luchó y emergió en su mente.

Se aferró a sus recuerdos con Perseo: sus momentos juntos, el toque de sus dedos y sus labios sobre su cuerpo, su mirada llena de cariño, su sonrisa feliz, un amor condenado para ambos. *¿Estará él también en el Hades esperándome como prometió?* Lentamente, Artemisia comenzó a luchar contra la oscuridad y la corriente que trataba de arrastrarla. Flotaba entre dos mundos. A veces sentía un tierno beso en su frente y en sus labios; otras veces, parecía escuchar la voz de Perseo a lo lejos, pero por más que lo intentaba, no lograba entenderlo ni salir de la oscuridad.

A veces sentía en su boca algo caliente que descendía por ella, escurriéndose por su garganta; podía sentir manos delicadas sosteniendo su cabeza. La amazona volvió a escuchar la voz de Perseo, ahora lograba identificar algunas frases sueltas. Parecía que él le contaba algo sobre su infancia y juventud, pero el esfuerzo de concentración era grande, y pronto caía nuevamente en las sombras.

Flotar en la oscuridad era cómodo; en ella, Artemisia no sentía dolor, solo nostalgia por las personas que había amado. Pero no podía permanecer en ese mundo indefinidamente; parecía sentir las miradas de sus hermanas y de Ciro, al otro lado del río Estigia^[3], clavadas en ella. La amazona debía regresar del mundo de las sombras para vengarlos.

Con un esfuerzo titánico y gritando sin voz, regresó de la oscuridad. Sus ojos estaban

cerrados, pero percibió la claridad del entorno en el que se encontraba. Artemisia sintió una caricia delicada en su rostro. *¡Perseo! Reconocería su toque aunque estuviera ciega*, pensó.

—Mañana parto en una misión. Si no regreso, sabe que te amo más que a mi propia vida —murmuró Perseo con voz suave, acariciando el rostro de la amazona. Al enterarse de la misión, él había venido a despedirse de ella, satisfecho al ver que ya no usaba las vendas que cubrían sus heridas, ahora cicatrizadas.

¡Dioses! ¡Perseo está vivo! Pensó la amazona en la oscuridad de su mente.

Artemisia sintió un beso delicado en sus labios y, con un esfuerzo enorme, abrió los ojos. Por un momento, la claridad la deslumbró, lo que la obligó a cerrarlos nuevamente. Sin embargo, logró abrirlos lentamente y enfocar la vista, observando el rostro de Perseo que la miraba sorprendido. *¿Estoy muerta? ¿Sigo soñando en la oscuridad? ¿Mi deseo de volver a verlo me está causando alucinaciones?*

—Perseo, ¿estoy en el reino de Hades? ¿Eres real? —murmuró con voz frágil, sintiendo la boca y la garganta secas.

Sintió que él tomaba sus manos entre las suyas.

—Sí, soy real, ¡estás viva! —Perseo sintió que el alivio inundaba su alma.

—¡No! ¡Mis hermanas y mi rey, muertos! Fallé con ellos, no soy digna de liderar a las Amazonas ni digna de tu amor —la amazona gimió desesperada, con la fuerza violenta de los recuerdos asaltando su mente.

Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro; las imágenes de Ciro caído en el suelo, Ikarnas muriendo en sus brazos, sus hermanas muriendo a su alrededor, volaban en su mente exigiendo atención.

—¡Debí haber muerto con ellas! —nuevamente gimió desesperada.

Dos Amazonas entraron en la tienda y se arrodillaron junto a su líder, consolándola en la lengua cita.

—Artemisia, estamos aquí, los dioses nos dejaron vivas por alguna razón —murmuró una de ellas, una Amazona de mediana edad llamada Hircania, quien comandaba uno de los escuadrones de Amazonas que había seguido a Artemisia.

—Nos encargaremos de ti, no te preocupes —dijo la más joven, con una mirada dulce, pero Artemisia no lograba recordar su nombre.

El dolor que sentía en el alma era inmenso.

—¡Vete, Perseo! Déjame sola —sollozó, queriendo apartarlo de su presencia. Aunque lo amaba más que a nada en el mundo, se sentía devastada por la falta con su rey y sus hermanas. *Estoy cubierta de vergüenza, mis hermanas murieron en combate y yo sobreviví, fallé en mis deberes.* Pensó.

—Pero... —comenzó a responder Perseo con mirada desesperada.

—Si me amas, déjame, por favor —pidió la Amazona, dándose la vuelta avergonzada, ocultando su rostro para no enfrentarse a los ojos tristes del espartano.

Artemisia percibió que él salió de la tienda y comenzó a llorar desconsoladamente. Lloró por Ciro, su querido amigo que siempre la había amado y no había sido correspondido; por Ikarnas, su amiga más leal; por sus hermanas muertas, pero sobre todo, lloró por ella y por Perseo, por su amor condenado.

Estamos malditos por los dioses, pensó. *Afrodita lanzó su maldición años antes cuando la desprecié. Yo amaría y sería amada de la misma manera, pero ese amor no duraría mucho; esa fue la maldición. Si Perseo sigue a mi lado, morirá. Ese era el significado de los sueños. Si no, ¿por qué sobreviví cuando las probabilidades de hacerlo eran casi nulas?* Esta certeza la

golpeó con dureza, y llorando, la amazona decidió dejar que él siguiera su destino. No sería responsable de su muerte; ya se sentía lo suficientemente culpable por la pérdida de sus hermanas y de Ciro.

Una amazona empujó suavemente a Perseo fuera de la tienda. Él se quedó parado, aturdido; no era eso lo que esperaba, estaba confundido. Regresó a su pelotón, donde les contó que Artemisia había despertado, omitiendo sus palabras. Todos se alegraron por él.

Perseo intentó dormir, pero solo logró dormir un poco, mientras sus pensamientos turbulentos llenaban su mente. *¿Por qué me echó?* trataba de entender, pero la respuesta se le escapaba. *Nos separamos antes de la batalla de Cunaxa como dos amantes, yo le pedí que me acompañara hasta Esparta, y ella dijo que me seguiría a cualquier parte del mundo. ¿Qué ha cambiado?*

Cuando las lágrimas se secaron, Artemisia miró a Hircania.

—Cuéntame qué ocurrió —pidió con voz aún débil. Necesitaba saber cómo había sobrevivido.

Hircania asintió, moviendo la cabeza, y por un momento reflexionó, recordando los momentos por los que había pasado.

—Cuando caíste herida, los persas intentaron arrastrarte hacia ellos, pero nosotras lo impedimos y luchamos a tu alrededor. Durante un tiempo logramos mantenerlos alejados, cubriendo el campo a tu alrededor con sus cadáveres. Pero eran demasiados; por cada uno que matábamos, otros tres ocupaban su lugar. Poco a poco nos fueron dominando, nos golpeaban en las piernas y en los brazos, hiriéndonos. Al final, sucumbimos, y unas pocas de nosotras fuimos prisioneras de los "Inmortales" —explicó.

Artemisia se dio cuenta de que su hermana se sentía avergonzada por haber sido dominada. Ella apretó sus manos y sonrió en señal de agradecimiento, pues sabía que habían luchado lo máximo posible para evitar que su líder fuera capturada.

—Yo tenía una herida en la pierna y en el brazo. Ninguna amazona quedó ilesa. Una por una, nos ataron las manos y ejecutaron a los soldados de la guardia real que encontraron, así como a nuestras hermanas que estaban demasiado heridas para ser llevadas cautivas. Un persa se acercó al cuerpo de Ciro y, después de quitarle a Artapates de encima, le cortó la cabeza y la mano derecha —dijo, tratando de controlar la emoción.

Artemisia ya no tenía lágrimas para llorar, pero el sentimiento de desolación en su alma aumentó al saber el trato ignominioso que recibió el cuerpo del príncipe. Era el castigo tradicional persa para los traidores.

—Después nos llevaron a todas a un campamento y nos encerraron en una tienda. Médicos persas atendieron nuestras heridas en contra de nuestra voluntad, y cuidaron de ti, quitándote la armadura. El maldito Tisafernes observó todo atentamente, se quedó al lado de los médicos, mirándote desnuda mientras ellos trataban tus heridas —dijo con una mirada feroz, recordando lo sucedido.

¡Maldito! Pensó Artemisia. Aún saldremos cuentas, en esta vida o en la siguiente.

Desde que despertó, Artemisia se dio cuenta de que la herida que había recibido cuando una flecha atravesó su cuerpo entre la cadera y la costilla había sido cosida, sintiendo la piel

tirante por la cicatrización. El golpe en el pecho no dejó secuelas, y el golpe en la cabeza, que la había dejado inconsciente durante tanto tiempo, ahora solo le causaba un leve dolor. Aparte de eso, algunos cortes ya cicatrizados indicaban que la amazona se estaba recuperando.

—Tisafernes, entonces, a través de un intérprete, dijo que seríamos llevadas a Susa y presentadas al rey Artajerjes, quien decidiría nuestro destino. A ti te llevarían a Sardes, donde te convertirías en su concubina —dijo Hircania, apretando la mandíbula, como si la ira de ese día comenzara a arder nuevamente en su espíritu con el recuerdo de lo sucedido.

—Prefiero morir —dijo Artemisia, apretando también la mandíbula al pensar en la idea de Tisafernes.

—Cuando todo parecía perdido, creo que un día o dos después de la batalla, Perseo y sus compañeros entraron en la tienda, cortaron la parte trasera y nos liberaron. Varias de nuestras hermanas estaban gravemente heridas y decidieron quedarse para luchar contra los persas para que tuviéramos tiempo de escapar con los griegos —explicó, avergonzada—. Todas queríamos quedarnos y morir luchando, pero tú estabas inconsciente y los griegos vinieron a rescatarte. Penélope ordenó que fuéramos con ellos para protegerte, mientras ella y varias guerreras se quedarían a luchar.

Artemisia pensó en Penélope. Era una amazona de casi dos metros de altura, noble y valiente, comandante de escuadrón.

—Partimos con los griegos, que tomaron algunos caballos. Perseo te llevó en su regazo, mientras algunas de nosotras subíamos en la parte trasera de los caballos de sus compañeros. Mientras nos alejábamos, escuchamos los gritos de batalla de nuestras hermanas —la amazona trató de controlar las lágrimas que amenazaban con inundar su rostro.

Después de cerrar los ojos y respirar profundamente, Hircania la miró nuevamente, y ahora sus ojos brillaban con una ferocidad salvaje.

—Cabalgamos sin parar hasta llegar al campamento griego, donde nos dejaron bajo el cuidado de los médicos. Allí mismo juramos que te protegeríamos con el sacrificio de nuestras propias vidas, haciendo valer el sacrificio de nuestras hermanas —concluyó Hircania.

Artemisia apretó las manos de su hermana, mientras trataba de controlar las ganas de ponerse a llorar.

—Estuviste inconsciente durante varios días. Te alimentábamos con caldo caliente y bañábamos tu cuerpo con paños húmedos. Tu conciencia venía y se iba, como si estuvieras entre los dos mundos. Perseo aparecía casi todas las noches; algunas veces pasaba la noche a tu lado, sujetando tus manos y murmurando en griego. Nunca perdió la esperanza —explicó Hircania, mirando hacia fuera de la tienda.

—Lo sé, a veces, flotando en la oscuridad, sentí su presencia.

Pobre Perseo, pensó. Se arriesgó junto a sus compañeros para rescatar mi cuerpo, y después de encontrarme aún viva, me trajo de vuelta y ahora yo lo hago sufrir, alejándolo de mí.

Hircania suspiró profundamente, como si los recuerdos la desbordaran.

—Nuestras hermanas nos esperan en los Campos Elíseos —murmuró Artemisia—. No dejemos que sus sacrificios sean en vano, hagámoslas un ejemplo para nuestras vidas.

Hircania asintió con los ojos llenos de lágrimas. Artemisia sabía lo que sentía; también deseaba haber muerto junto a sus hermanas, pero las crueles Moiras, que controlaban el destino de los mortales, no permitieron lo que habría sido el fin natural. De ellas. Hircania comenzó a llorar y Artemisia la abrazó, mezclando sus lágrimas con las de ella, lamentando a sus hermanas y a su amigo Ciro. *Él no merecía el destino que tuvo.*

Cuando ya no quedaban más lágrimas y lo único que me quedaba era un gran vacío en el

alma, Hircania contó que, al llegar al campamento, uno de los griegos, amigo de Perseo, les dijo que el ejército se retiraba de vuelta a Jonia, ya que Ciro estaba muerto y Arieo se había negado a tomar el trono de Persia.

Los griegos se consideraban vencedores por haber derrotado a la tropa liderada por Tisafernes y por haber resistido otros intentos de los persas por rodearlos, luego de las confusas horas posteriores a la batalla cerca de Cunaxa.

Contó que Artajerjes, a través de Tisafernes, propuso una tregua. El último guiaría a los griegos hasta la costa de Jonia y les proporcionaría suministros, a cambio de que los griegos se abstuvieran de saquear las ciudades por las que pasaran.

—Ya hace días que el ejército griego se retira, seguido de cerca por las tropas de Tisafernes y de Arieo, quien regresa a su satrapía después de haber sido perdonado —explicó Hircania.

—¿Pero los griegos no se dan cuenta de que Tisafernes los traicionará? ¿Están ciegos? —se irritó Artemisia.

—Los soldados rasos desconfían, y han comenzado a circular rumores de que Tisafernes se prepara para traicionarlos. Los comentarios han llegado a tal punto que el general griego que dirige la retirada ha fijado un encuentro con Tisafernes para mañana —dijo Hircania con aire desanimado.

—Es una trampa, ¿no se dan cuenta? ¿Están ciegos?

—Yo también lo creo, pero el general griego piensa que los persas les temen —respondió con un tono fatalista.

—Ayúdame a ir hasta su tienda —pidió Artemisia, levantándose con dificultad.

Con el apoyo de Hircania y dos amazonas más, caminó hasta la tienda de mando, pasando por innumerables fogatas y algunas tiendas donde los soldados cenaban. Al llegar, un oficial al verla llamó a Clearco, quien salió sonriendo.

—¡Artemisia! ¡Qué alegría verte bien! —exclamó, invitándola a entrar.

La tienda era pequeña, iluminada por un candil de barro. Una cama de piel estaba en un rincón, y en un pequeño taburete había una jarra de barro con vino, que Clearco vertió en una copa y me entregó, llenando otra para él.

—Te invitaría a sentarte, pero como ves, somos un pobre ejército en retirada —sonrió, señalando los pocos enseres en el lugar.

—No importa —respondió la amazona, apoyada en Hircania—. He venido hasta aquí para advertirle que no confíe en Tisafernes.

Clearco, pensativo, se rascó la barba que había crecido desde la batalla de Cunaxa.

—Sé que no te cae bien, a mí tampoco, pero después de la batalla él ofreció una tregua, porque sabe que fuimos los vencedores. Si no fuera por la muerte de Ciro, los papeles estarían invertidos —dijo, esbozando una media sonrisa.

Artemisia se contuvo para no echarle en cara al general que la muerte de Ciro era su culpa. Si él hubiera obedecido las órdenes y atacado el centro del ejército de Artajerjes, la victoria habría sido de Ciro, y él estaría vivo, sentado en el trono persa, Tisafernes estaría preso y ejecutado, y ella podría vivir en paz con Perseo en algún lugar del mundo, lejos de la guerra.

—Solo le aconsejo que no confíe en él —masculló, saliendo de la tienda con la ayuda de Hircania y las otras amazonas.

A la mañana siguiente, Artemisia se dirigió al perímetro defensivo griego. A lo lejos, observó a una compañía de soldados espartanos salir del campamento en dirección a un mercado

abierto al lado persa, a cientos de pasos de distancia. La amazona divisó rápidamente a Perseo y sus compañeros entre ellos. Clearco y varios oficiales salieron poco después, montados en caballos, dirigiéndose al campamento persa, y superaron a la escolta.

Artemisia permaneció observando. Su deseo era cruzar esa distancia y matar a Tisafernes, pero estaba tan débil como un gatito recién nacido, y eso sería un suicidio. Se contuvo, pues sabía que necesitaba estar en plena forma para buscar su venganza.

El día estaba soleado, con algunas nubes en el cielo. A lo lejos, todo parecía tranquilo en el lado persa.

Tal y como se había acordado, los espartanos salieron del campamento antes que la comitiva del general Clearco. Perseo y sus compañeros se unieron a otros pelotones, además de arqueros cretenses y cincuenta peltastas bajo el mando del capitán Admeto.

Los soldados conducían asnos que cargaban pilas de leña en sus lomos, entre ellas se podían ver lanzas. En otros animales, los escudos estaban ocultos dentro de grandes cestas que se utilizaban para transportar suministros.

—Hay un mercado al lado del campamento persa. Tisafernes autorizó que los mercaderes lo acompañaran y montaran sus puestos cada vez que los ejércitos pernoctaran —explicó Hircania, señalando un grupo de puestos de madera cerca de las tiendas.

—Parece vacío para ser un mercado —murmuró Artemisia, observando. Los mercados que acompañan a los ejércitos siempre están llenos, con soldados comprando y vendiendo, pero aquel parecía casi abandonado.

Los griegos continuaron avanzando a paso lento, su objetivo era esperar a que Clearco los superara. Estaban a mitad de camino cuando la comitiva griega pasó cabalgando, liderada por el general, y los comandantes Próxeno, Menón, Ágias y Sócrates, además de veinte oficiales, en dirección a las tiendas del mando persa.

A medida que se acercaban al campamento persa, Georgios se fue poniendo tenso y se dirigió a Atreu:

—Asume el mando, voy a buscar al capitán Admeto. No me gusta esto, esto huele a trampa. ¿Ves cómo el mercado parece vacío? —apuntó hacia el mercado a lo lejos—. A esta hora debería estar lleno de actividad. También hay muchos soldados con equipo completo y no veo caballería...

—Es cierto, les diré que se preparen —respondió Atreu, mirando en la dirección indicada.

Georgios se alejó para hablar con Admeto.

—Muy bien, chicos, estén alerta y prepárense. En los asnos que estamos trayendo, en medio de la leña que cargan, hay lanzas. En cuanto se dé la orden, corran hacia allí, armen y asuman la formación de batalla —ordenó Atreu.

La inquietud comenzó a extenderse entre la compañía. En la vanguardia de la columna, se veía a Georgios conversando con Admeto. Este último miraba a su alrededor con preocupación, asintiendo con la cabeza. Pronto, el sargento corrió hacia la compañía y otros oficiales comenzaron a gritar órdenes para que todos estuvieran atentos.

Clearco y su comitiva llegaron a las tiendas persas, y de inmediato, una gran cantidad de soldados apareció corriendo desde el interior del campamento hacia ellos. Los arqueros persas lanzaban sus flechas contra los soldados griegos de la escolta, otros tomaban las riendas de los caballos de los oficiales y los derribaban violentamente, dominándolos. Todos fueron atados y llevados al interior de la tienda de Tisafernes. Varios soldados de la escolta intentaron defenderse, pero el número de persas era mucho mayor y fueron masacrados.

—¡Están siendo atacados! —exclamó Hircania, viendo el ajetreo a lo lejos.

El corazón de Artemisia latió desbocado. *¡Dioses! Proteged a Perseo.* Oró en silencio.

El miedo de los griegos dio paso a la indignación. La comitiva viajaba bajo la bandera de la tregua y la ley de la hospitalidad. La indignación se transformó en ira, que se tradujo en disciplina: todos corrieron hacia los asnos y se armaron con lanzas y escudos.

Apenas habían comenzado a formar filas cuando apareció una gran nube de polvo en el horizonte, seguida por el estrépito de caballos. La caballería persa avanzaba desde el norte para interponerse entre los griegos y su campamento, que ya mostraba signos de gran actividad. Frente a los espartanos, tropas de infantería corrían y se posicionaban para proteger las tiendas del mando persa.

—¡Vamos, inútiles! —gritó Georgios— ¡En formación si queréis vivir, preparad las lanzas para el impacto con la caballería!

—¡Arqueros! —gritó Admeto— ¡Formad detrás de las líneas, preparaos para disparar a mi señal!

Con la experiencia que da el entrenamiento, la compañía, aunque compuesta por soldados de diferentes tropas y ciudades-estado griegas, se alineó rápidamente. Los hoplitas en la primera línea, los peltastas justo detrás, y finalmente los arqueros. Temiendo el cerco de la caballería, Admeto ordenó que sus soldados formaran un cuadrado defensivo.

—¡Griegos! —gritó Admeto— ¡Hemos sido traicionados! Los persas han roto los juramentos de hospitalidad, un juramento sagrado ante Zeus, el dios de los rayos. Habéis visto cómo han matado a nuestros compañeros; lo que les espera a nuestros generales, que han sido capturados y llevados a la tienda del traidor Tisafernes, es aún peor. ¡No esperéis socorro de nuestros compañeros en el campamento ni clemencia de los persas! La salvación depende de nuestro propio valor. ¡Sed firmes al enfrentar a la caballería, ellos no vienen acompañados de infantería! ¡Nuestra oportunidad es romper su ímpetu y aniquilarlos! ¡Apoderaos de sus caballos y tratad de llegar al campamento lo más rápido posible! Recordad: no hay esperanza si os rendís. Mejor morir con gloria en la batalla.

— ¡Ahuu! ¡Ahuu! —fue la respuesta unánime.

Perseo miró a su derecha; Laertes estaba listo, y cómo había conseguido su armadura completa era un misterio, a su lado, Atreu. A la izquierda de Perseo estaba Diomedes, quien lo miró y guiñó un ojo en señal de ánimo, junto a él, Petrus. Perseo rezó en silencio a todos los dioses para que no le faltara coraje, para que no avergonzara a sus amigos, a sus ancestros ni a la mujer que amaba.

La caballería persa se acercaba rápidamente, vestían pantalones y camisas de mangas largas, con gorros de piel, escudos de mimbre y lanzas en las manos, avanzaban a gran velocidad. Dos filas detrás de Perseo, escuchó a Georgios gritar:

— ¡Hombres! ¡Firmes, firmes, preparad todo!

Perseo apretó la mandíbula y se preparó, apuntando el asta de su lanza al suelo. Sintió la presión de la fila tras él, dándole firmeza, un compañero le apoyaba la espalda con un escudo.

— ¡Arqueros, disparad! —gritó Admeto.

Las flechas volaron, alcanzando caballos y jinetes que galopaban en dirección a los griegos. Varios cayeron impactados, otros fueron aplastados al caer con sus animales heridos, mientras los arqueros lanzaban una secuencia ininterrumpida de flechas. Sin embargo, la caballería persa era numerosa y seguía avanzando.

—¡Peltastas, lanzar! —se oyó otro grito, seguido de una lluvia de dardos que cayó sobre la caballería, a menos de treinta pasos de distancia.

Perseo apretó los dientes, sostuvo con firmeza el escudo y agarró la lanza, apoyándola en el suelo en un ángulo que alcanzaría el pecho del caballo o del jinete.

Cinco pasos.

—¡Zeus, Ares, Hércules! —alguien gritó, y pronto Perseo se oyó gritar junto a otros doscientos compañeros— ¡Ahuu!

¡Impacto! La lanza que estaba apoyada en el suelo atravesó el cuello de un caballo que avanzaba directamente hacia Perseo, derribando al animal antes de que pudiera alcanzarlo. El jinete voló de la silla, cayendo detrás de la primera línea, donde fue inmediatamente abatido. Un soldado de la fila de atrás le pasó otra lanza, ya que la suya se había roto con el impacto.

Los griegos mantuvieron la carga de la caballería persa, que no pudo romper la falange. Un torbellino de lanzas, escudos, caballos y guerreros se desató en la línea de frente.

Los caballos y los jinetes se enredaban en el suelo, los relinchos agudos de los animales y los gritos de los hombres heridos llenaban el aire. Los persas gritaban en su lengua bárbara, pero los griegos ignoraban sus gritos; su único objetivo era matar a todos.

La formación compacta de lanzas detuvo el ímpetu del ataque. Con la segunda lanza que Perseo recibió, comenzó a golpear a todos los que estaban a su alcance. A su lado, Laertes mataba fríamente a los persas con movimientos fluidos como los de un atleta olímpico. Incluso en la matanza, mostraba una elegancia en sus golpes. A la derecha de Perseo, Diomedes y Petrus mataban y reían salvajemente, maldiciendo a los persas con nombres que Perseo nunca había oído antes.

Un jinete persa que había caído al suelo avanzó contra Perseo, asestando un golpe con su espada. Pero el espartano interceptó el golpe con su escudo y arrojó su lanza contra el cuello expuesto de su adversario, atravesándolo. Al retirar la lanza con violencia, trozos de la tráquea quedaron pegados a la hoja.

Otro jinete lanzó su caballo contra la formación, pero Perseo consiguió clavar su lanza en el pecho musculoso del animal, que, relinchando, cayó al suelo. El jinete, en un movimiento acrobático, saltó por encima del escudo del espartano intentando alcanzarlo, pero un soldado que estaba detrás de él usó su lanza para empalarlo, haciéndolo caer pesadamente al suelo.

La caballería persa intentaba romper la formación atacando por todos los lados. Un jinete lanzó un hacha contra la posición, pero Perseo logró interceptarla con su escudo. El metal vibró, y el hacha quedó clavada en él. El espartano arrojó su lanza contra su atacante, acertando en el centro del pecho. Sacando su espada, intentó mantener la formación de escudo con escudo de la falange espartana. El joven estaba en trance; ya no oía el relincho de los caballos ni los gritos de los persas heridos, solo sentía el olor a sangre y vísceras, y un frenesí asesino recorría su cuerpo.

—¡Segunda línea, avanzar! —gritó Georgios.

La segunda línea avanzó, tomando el frente, seguida por la tercera, que pasó por encima de los cuerpos de caballos y hombres. Los peltastas y arqueros continuaban lanzando sus proyectiles, apuntando a los caballeros aún montados. Perseo intentó respirar, pero el aire se le escapaba de los pulmones. Estaba cubierto de sangre, pero no sentía dolor alguno, solo cansancio. Entonces palpó sus miembros en busca de heridas, pero no encontró ninguna; estaba bañado en sangre persa.

De repente, Perseo recibió una bofetada en la cabeza. Laertes, furioso, le dijo:

—¡Vas a fastidiar! ¿Crees que estás en una excursión para follar a las beldades persas? ¡Vuelve a la formación! —gritó.

—¡Que te jodan! —respondió Perseo, irritado, y volvió a alinearse con sus compañeros, tomando su posición en la tercera fila.

La matanza se extendió por todo el perímetro defensivo. Los persas desmontados intentaban flanquear a los griegos, pero la formación era perfecta. La caballería persa sufrió bajas severas. Probablemente pensaban que los griegos se desbandarían con su carga, pero pronto se dieron cuenta de que no retrocederían. Aterrorizados, comenzaron a retroceder desordenadamente, mientras los arqueros y peltastas griegos ahora apuntaban a sus espaldas expuestas, causando aún más bajas.

¿Cuánto tiempo ha pasado? Pensó Perseo. El sentido del tiempo se desdibujó. De repente, lo que quedaba de la caballería persa huyó hacia el campamento, mientras que las formaciones de infantería enemiga, que habían estado observando la carga de la caballería, comenzaron a moverse en dirección a los griegos.

—¡Hombres, retirarse! —gritó Admeto— ¡Socorran a los heridos y agarren los caballos que puedan, retrocedan hasta el campamento! ¡Arqueros, adelante, corran y tomen posición para cubrir la retirada!

—¡Hoplitas atrás! —ordenó Anaxandro, gritando— ¡Tomen posición frente a los arqueros, peltastas por último!

Los griegos corrían como si el propio perro Cerbero^[4] estuviera pisándoles los talones. Socorrieron a los compañeros heridos, cargando a algunos sobre sus hombros y colocando a otros en los caballos persas capturados. Nadie sería dejado atrás con vida. Cuando la herida era demasiado grave, por misericordia el soldado recibía un rápido golpe en la yugular. Con los arqueros y peltastas cubriendo la retirada, los soldados lograron llegar al campamento griego, donde las demás tropas estaban formadas en combate, esperando el ataque persa.

La tropa perdió cuarenta y cinco hoplitas, quince peltastas y dos arqueros, entre muertos y heridos.

Perseo y sus compañeros atravesaron las filas griegas hasta la retaguardia y se tiraron al suelo, exhaustos. El corazón de Perseo parecía querer explotar en su pecho; jadeaba como un viejo y cayó de espaldas, mirando al cielo azul. Un pensamiento tonto pasó por su mente: *¿Será que los dioses aprecian estas batallas? ¿Nos están observando?*

Los estafetas de la cocina de campaña corrieron para llevar agua y vino. Perseo recibió un odre de agua, que se arrojó al rostro, bebiendo con avidez.

—¡Mezcla de orina de oveja! —gritó Petrus, haciendo una mueca ante el vino de palma, que un estafeta con los ojos llenos de terror le entregó. Sin embargo, no dudó en vaciar todo el contenido del odre.

—¡Hoy no, hijos de puta, hoy no! —gritó Laertes, de pie, levantando una mano cerrada en desafío hacia las filas persas.

Artemisia, desde su posición, respiró aliviada al ver a lo lejos a Perseo y sus compañeros entrar en el campamento.

Gracias a los dioses, está vivo, oró mentalmente.

Se volvió hacia su tienda, irritada. Había advertido a Clearco que no confiara en Tisafernes, y ahora probablemente él sería asesinado junto con los demás oficiales que lo acompañaban.

Perseo permaneció tumbado en el suelo, sin fuerzas para hacer nada. Miró a su alrededor buscando alguna señal de las Amazonas, pero no las encontró. Deben estar en la retaguardia protegiendo a Artemisia, pensó.

El descanso no duró mucho.

—¡A formar, volvamos a las filas! Si estos hijos de puta deciden atacarnos con toda su fuerza, necesitaremos a todos para detenerlos —ordenó Georgios.

Perseo y sus compañeros regresaron a las filas tras colocarse las grebas, los yelmos y las corazas, siendo asignados a la retaguardia como fuerza de reserva. La ansiedad y la tensión eran palpables; sus ojos estaban fijos en el campamento persa a lo lejos, donde una gran tropa de infantería maniobraba para posicionarse en formación de batalla.

Unos trescientos caballeros persas salieron de las filas enemigas avanzando lentamente hacia la posición griega a un trote pausado. Se detuvieron a una distancia segura, fuera del alcance de los arqueros. Un heraldo desarmado se acercó e informó que Arieo deseaba parlamentar y que los comandantes griegos debían acercarse para recibir las órdenes del gran rey Artajerjes.

—¡Si quieren parlamentar, que vengan! ¡No somos traidores como vosotros, persas! —respondió Jenofonte, el comandante ateniense, quien había asumido la defensa del campamento.

El heraldo regresó al grupo de caballeros persas para dar la respuesta, mientras un pequeño destacamento de diez caballeros se acercaba, aparentando ser nobles. Algunos de ellos, antes de la batalla de Cunaxa, habían sido amigos del joven Ciro. En medio de la comitiva, se encontraba un hermano de Tisafernes y Arieo, el antiguo aliado de los griegos.

Se detuvieron a diez pasos de las filas griegas. Cleanor, de Orecómeno, Sofeneto, de Estínfalo, y Jenofonte, de Atenas, se adelantaron para encontrarse con ellos.

— ¡Griegos! —gritó Arieo— Clearco transgredió el tratado y violó los juramentos, recibiendo el castigo que se merecía. Próxeno y Menón, que denunciaron la perfidia de Clearco, han recibido grandes honores y son ahora nuestros invitados. El gran rey exige que mañana entreguen sus armas y se rindan.

—Arieo, rey de los bandidos, ¿vosotros que decíais ser amigos de Ciro, ya no respetáis ni la ley ni la santidad? ¿No jurasteis tratarnos como amigos? Y ahora, ¿acaso no habéis conspirado contra nosotros con Tisafernes, el más infame y vil de los hombres? Pero, ya que tan cobardemente asesinasteis a unos y traicionasteis a otros, ¿qué otra cosa podíais esperar? —respondió Cleanor.

—Se ha demostrado que Clearco conspiraba contra Tisafernes y contra todos los que estaban en su compañía —replicó Arieo.

—Si bien Clearco faltó a su palabra con desprecio por los juramentos, ya ha pagado —dijo Jenofonte—. Es justo que los perjurios mueran. Pero hacednos el favor de devolvernos a Próxeno y Menón, que son nuestros comandantes, ya que tanto los exaltáis como amigos. Además, como son nuestros amigos y vuestros, no dejarán de dar buenos consejos a ambos ejércitos.

Los persas se alejaron y se confabularon entre sí, regresando al campamento persa sin dar respuesta.

Cleanor, Sofeneto y Jenofonte regresaron al campamento griego.

—¡Griegos! —gritó Jenofonte— ¡Pongan guardia, mantengan las armas listas, coman y descansen por turnos, en breve convocaremos una asamblea para decidir nuestro destino!

El general griego se alejó hacia el centro del campamento para reunirse con los demás comandantes.

Artemisia, que había vuelto a su tienda y se esforzaba por no buscar a Perseo, fue llamada por un oficial para asistir a una reunión de comandantes.

La retirada atravesando el Imperio Persa no sería pacífica; ahora estaba claro que Artajerjes no permitiría que los griegos regresaran en paz a su patria.

CAPÍTULO 4

Artemisia pensó en no atender la convocatoria, reunir a sus guerreras, conseguir monturas y partir lo más rápido posible. Solas tendrían más posibilidades de llegar a Escitia que acompañando al ejército griego, que combatiría durante todo el trayecto y se vería obligado a saquear y robar provisiones para sobrevivir. Las dificultades serían inmensas: tendrían que atravesar todo el Imperio persa, además de cruzar territorios dominados por pueblos indómitos y belicosos que no permitirían el paso de extranjeros por sus tierras.

Pero si parto, significará que abandono a Perseo a su suerte, pensó angustiada. Lo conocía lo suficiente para saber que el joven espartano jamás abandonaría a sus compañeros, y estos, a su vez, nunca desertarían. Ahora Artemisia entendía la admiración de Ciro, Artapates y Mardoc por los espartanos. Eran soldados valientes que obedecían a su propia ley, la cual les exigía una lealtad y obediencia absolutas.

No, jamás abandonaré a Perseo y a sus compañeros. Arriesgaron sus vidas para rescatarme y, aunque he decidido apartarme de él, deseo verlo llegar con vida a la costa jónica, pensó.

No había otra decisión que tomar. Artemisia autorizaría a sus hermanas regresar a Escitia mientras ella acompañaría al ejército griego, al menos hasta su patria adoptiva, para asegurarse de que Perseo llegase sano y salvo. Después enfrentaría su destino: había partido en contra de las órdenes del rey Cnéias y probablemente sería juzgada por traición.

Con la decisión tomada, Artemisia se dirigió a la tienda de mando griega. Aún estaba débil, pero ya podía caminar sin apoyo, aunque con pasos lentos. Varios oficiales estaban reunidos fuera de la tienda, entre ellos el espartano Quirísofo. Recibieron a la amazona con sonrisas nerviosas y cansadas; en algunos rostros era palpable el miedo.

—Es un placer verla recuperada —saludó Quirísofo—. Nos gustaría contar también con sus consejos.

—Gracias.

Cuando todos los oficiales convocados estuvieron reunidos, Jenofonte tomó la palabra.

—¡Camaradas! No puedo dormir ni descansar con el panorama que tenemos ante nosotros, y estoy seguro de que a vosotros os ocurre lo mismo. Es tan claro como el agua que el enemigo no habría roto la tregua con nosotros si no se sintiera preparado. ¿Y nosotros qué hacemos? ¿Qué medios adoptamos para defendernos? Si por descuido caemos en manos de este rey, que tuvo la barbarie de ordenar que cortaran la cabeza y la mano derecha de su propio hermano tras matarlo, y que luego las colgaran en una cruz, ¿qué suerte nos espera a nosotros, que marchamos contra él para reducirlo a la esclavitud o matarlo, si estuviera en nuestra mano? ¿No recurriré a los mayores tormentos, a la muerte más infamante, para asustar al mundo y desalentar a cualquiera que se atreva a enfrentarlo? Camaradas, es nuestro deber hacer todo lo posible para no caer en sus garras. Dejadme deciros algo: grandes han sido mis penas como griego mientras duraron las treguas. Sentía envidia por la prosperidad de este Artajerjes y su pueblo al contemplar la vastedad y la fertilidad de sus tierras, su abundancia, la cantidad de esclavos, de ganado, de oro, de todo. Pero, luego, al observar la situación de nuestros soldados, que no podían disfrutar de esos bienes salvo mediante el saqueo, y que, incluso entonces, pocos

podían hacerlo debido a los juramentos que nos prohibían emplear otros medios, la paz me impacientaba más de lo que hoy me atemoriza la guerra. Al romper el pacto, ¿no pusieron ellos mismos precio a sus burlas y a nuestra integridad? Los bienes que estos persas disfrutaban son un premio reservado al más digno. Entre ellos y nosotros, los dioses se declararán de nuestro lado. ¿Y cómo no habría de ser así? Ellos han ofendido a los dioses con sus perjurios, mientras nosotros, rodeados de tentaciones, nos hemos mantenido fieles a nuestros juramentos y a los dioses inmortales. A mi parecer, podemos salir a la batalla con mayor confianza que ellos. Por nuestra complexión física, estamos más preparados para resistir el frío, el calor y las adversidades. Nuestras almas también tienen mayor temple. Con la ayuda de los dioses y bajo nuestras espadas, los hombres de ellos caerán como pájaros, más débiles y menos resistentes que nosotros en todo. Sé que lo que pienso también lo habrán pensado otros. Por los dioses, ¡no perdamos tiempo esperando que alguien más venga a exhortarnos! ¡Demos nosotros el primer ejemplo de valor que todos puedan imitar! Vosotros, mostrad que sois oficiales valientes, más dignos de ser líderes que los propios capitanes. Por mi parte, donde vayáis, yo iré. Si queréis que sea vuestro jefe, estoy presente. No usaré mi juventud como excusa, pues me considero con fuerza suficiente para asumir las responsabilidades que se me confíen.

Los oficiales presentes se animaron mutuamente y acordaron que Jenofonte asumiera el mando del ejército. Apolónides, un capitán de Beocia, tomó la palabra:

—Es una locura completa suponer que hay otro medio para salvarnos, salvo implorar a Artajerjes que se apiade de nosotros. Las dificultades que enfrentaremos son imposibles de superar —dijo con aire temeroso.

—¡Cobarde! Conozco personalmente a Artajerjes y a Tisafernes, y os aseguro que son perjuros y, en este momento, deben estar tramando vuestra perdición. ¡Yo advertí a Clearco que no confiara en ellos! Nuestras dificultades son inmensas, pero no insuperables. El imperio persa está lleno de riquezas; atravesaremos tierras con grandes cantidades de ganado y provisiones. Solo necesitamos tomarlas con la fuerza de nuestros brazos. Si debemos luchar, ¡que así sea! Es mejor morir combatiendo que vivir de rodillas —exclamó Artemisia, irritada.

—¡Artemisia tiene razón! ¡Oh, hombre estúpido! ¿Para qué quieres los ojos si no sabes ver, y la memoria si eres un idiota de mente vacía? Tú mismo eres testigo de cómo Artajerjes, lleno de vanidad tras la muerte de su hermano, nos exigió entregar las armas. En lugar de entregárselas, nos ceñimos con ellas y acampamos junto a él. ¿Y qué hizo entonces para obtener la paz? ¿No recuerdas que nos envió embajadores y nos proporcionó víveres hasta que selló un tratado de alianza con nosotros, que él mismo fue el primero en solicitar? Ahora dime: ¿no fue confiando en la fe jurada, sin armas —como tú desearías vernos ahora—, que nuestros generales y oficiales fueron a reunirse con ellos? ¿Y dónde están ahora nuestros camaradas? ¡Sabes todo esto y aun así llamas insensatos a los que defienden la resistencia, mientras nos aconsejas implorar la piedad de Artajerjes! Mi opinión, camaradas, es que este hombre debe ser expulsado de nuestra compañía y enviado a Tisafernes y Artajerjes. ¡Un griego como él es una vergüenza para Grecia! —se enfureció Jenofonte.

—Este hombre —declaró Agasias de Estínfalo— no tiene nada en común con Beocia ni con Grecia. ¡Es más un bárbaro que un griego! ¡Que sea expulsado!

Cubierto de improperios, Apolónides salió de la tienda de mando con una mirada llena de odio.

—Reunamos a los oficiales del ejército —decidió Quirísofo, refiriéndose a los sargentos, tenientes, capitanes y comandantes de las diversas tropas griegas.

Los oficiales se dispusieron a convocar a sus subordinados para una asamblea. Cuando

Artemisia se preparaba para salir, Jenofonte y Quirísofo la detuvieron un momento, invitándola a entrar en la tienda. En el interior había una pequeña mesa plegable y, sobre ella, un mapa enrollado hecho de piel de buey.

—Lamentamos la muerte de Ciro. Sabemos cuánto le estimaba, y nos alegró mucho cuando la rescataron. Usted es nuestra invitada, y nos gustaría contar con su consejo en los consejos de guerra —dijo Quirísofo.

—Sí, su experiencia y conocimiento del imperio nos serán de gran utilidad —afirmó Jenofonte.

—Os agradezco, señores —respondió la amazona con una leve inclinación.

—Nos gustaría conocer su opinión sobre nuestros próximos pasos. Seguimos las indicaciones de Tisafernes hasta llegar aquí, pero ahora nos resulta imposible regresar por el mismo camino —Jenofonte desplegó el mapa sobre la pequeña mesa.

—Nuestro objetivo es llegar a la ciudad de Trebisonda, en la costa, y desde allí embarcarnos hacia Grecia —explicó Quirísofo.

Artemisia observó el mapa. El ejército tendría que atravesar las montañas de los carducos, Armenia y la Escitia.

—Es un camino largo, señores, y nos encontraremos con varios pueblos hostiles, especialmente los carducos, que controlan las montañas en nuestro camino. Recomendaría rodearlas —sugirió la amazona, señalando un punto en el mapa.

Los griegos examinaron el dibujo de las montañas.

—Es un rodeo largo, y puede que no podamos darlo. Intentaremos ir por aquí y cruzar este río —Jenofonte señaló otra ruta en el mapa.

La amazona observó nuevamente el mapa. La ruta no era tan rápida como la de las montañas, pero tampoco implicaba un desvío tan grande como el que ella había sugerido. Sin embargo, atravesaba regiones con una alta concentración de ciudades persas, lo que significaba enfrentarse a más tropas.

—Aunque no crucemos las montañas de los carducos, está Armenia, gobernada por un sátrapa fiel a Artajerjes, que podría intentar bloquear nuestro paso. Y, después de Armenia, nos espera Escitia —explicó la guerrera.

—¿Y los escitas? —preguntó Quirísofo—. Tú vienes de allí, ¿verdad?

—Sí, soy de Escitia. Es un pueblo belicoso, pero cuando partí para unirme a Ciro habían decidido mantenerse neutrales. Conozco al rey actual y podría intentar llegar a un acuerdo para que el ejército cruce sus tierras —respondió Artemisia, pensando en Cnéias.

—Agradecemos tus consejos, Artemisia —sonrió Jenofonte.

—Y aceptamos tu ayuda —añadió Quirísofo.

Mientras esperaban la llegada de los oficiales, Jenofonte ofreció a los presentes tazas de vino caliente y queso de cabra. Poco a poco, los oficiales comenzaron a llegar y se agruparon frente a la tienda, donde aguardaron.

Georgios apareció entre ellos y, al ver a Artemisia entre los generales, le dedicó una sonrisa discreta. Ella le devolvió el gesto con sutileza.

Una vez que todos estuvieron reunidos, Jerónimo, de Élide, veterano de la tropa de Próximo, tomó la palabra:

—Compañeros, nuestra situación es crítica y es indispensable que todos nosotros la analicemos. Jenofonte, haznos el favor de repetir lo que expusiste hace un momento.

—Todos sabéis —comenzó Jenofonte— que Artajerjes y Tisafernes no apresaron ni mataron a más griegos porque no pudieron. También es evidente que seguirán buscando la

manera de atraparnos a quienes quedamos y aniquilarnos, si se les presenta la oportunidad. El problema, entonces, consiste en escapar de sus manos y, si es posible, hacerles a ellos lo que planean hacernos a nosotros. En mi opinión, lograrlo depende, sobre todo, de nuestra voluntad. Los soldados tienen la mirada puesta en sus oficiales: si nos ven desanimados, no os extrañéis si ellos actúan como cobardes. Pero, si nos ven decididos, dispuestos a enfrentarnos al enemigo y les animamos con firmeza, sin duda actuarán con valentía y heroísmo. Esa es nuestra obligación. Sois oficiales, capitanes, tenientes, sargentos; diferentes, por tanto, de los soldados rasos. En tiempos de paz disfrutasteis de mayor paga y honores. Ahora, en la guerra, debéis demostrar vuestro valor superando a los soldados; si es necesario, destacaros por vuestra prudencia y valentía. Lo primero que debemos hacer es reemplazar a los capitanes que han muerto. Sin líderes, nada definitivo ni útil se puede lograr, especialmente en la guerra. La disciplina es la salud del ejército; la indisciplina, su muerte segura. Elegid nuevos líderes. La primera tarea será reanimar el ánimo de los soldados. Convocadlos y hablad con ellos. Ayer por la noche todos vimos con qué desánimo empuñaron las armas y la desgana con la que las centinelas se dirigieron a sus puestos. Soldados así no sirven para nada. Si encontráramos la manera de desviar su pensamiento hacia otro objetivo; si, en lugar de obsesionarse con el mal que puede sucederles, se enfocaran en el daño que pueden infligir al enemigo, sin duda su ánimo cambiaría. Sabéis que en la guerra no es la multitud ni la fuerza lo que asegura la victoria; siempre es la voluntad inquebrantable, con la ayuda de los dioses, la que prevalece. He notado también que aquel que busca salvar su vida a toda costa suele perecer sin honor ni gloria. Pero aquel que comprende que la muerte es inevitable y decide, si ha de morir, hacerlo de pie y vendiendo cara su vida, tiene mayores probabilidades de sobrevivir sano y disfrutar de una vida larga y dichosa. Convencidos de la sabiduría de estas máximas, no tenemos otra opción que ser valientes y dar ejemplo a los demás.

Tras estas palabras, Jenofonte se sentó. Quirísofo se dirigió a él:

—Antes de escucharte, no sabía mucho de ti, Jenofonte. Solo sabía que eras ateniense. Pero no puedo evitar aplaudirte con todo mi corazón. Si todos fueran como tú, no habría problema que no pudiéramos resolver. Ahora vamos a lo importante: separémonos. Aquellos que no tengan capitanes, que se encarguen de elegirlos. Luego, todos reuníos en el centro del campamento. Debemos convocar a las tropas. Que el heraldo Tólmides no se aparte de mi lado —ordenó.

Dicho esto, Quirísofo se levantó para evitar retrasos en el cumplimiento de sus instrucciones. Los nuevos comandantes generales fueron elegidos rápidamente: Timasión, de Dardania, en lugar de Clearco; Xanticles, de Acaya, en lugar de Agias; Filesio, también de Acaya, en lugar de Menón; y Jenofonte, de Atenas, sucedió a Próximo.

Artemisia regresó a su tienda mientras los heraldos convocaban a los soldados. Se cubrió con un manto y capucha, evitando ser vista por Perseo. Se mezcló entre los soldados que se reunían para la asamblea, procurando mantenerse lo más alejada posible de los espartanos. Aunque deseaba verlo, no quería encontrarse con él. Temía que, al verlo, no pudiera resistir el impulso de lanzarse a sus brazos.

Los comandantes distribuyeron órdenes para posicionar a los soldados en líneas defensivas alrededor del campamento. Se enviaron peltastas como centinelas fuera del campamento en todas las direcciones, con la misión de permanecer alerta ante cualquier intento de ataque sorpresa por parte de los persas.

Los soldados que habían combatido más temprano fueron autorizados a descansar y atender a los heridos. Perseo y sus compañeros se reunieron alrededor de una hoguera y disfrutaron de una comida compuesta por carne seca, pan y algunas frutas, además de un poco de vino aguada de palma que los estafetas habían traído.

—¡Menuda porquería de comida! Y este vino no emborracha ni a una hormiga —dijo Diomedes con desprecio, escupiendo la bebida que acababa de probar.

—La última cena de los condenados —añadió Petrus con un tono melancólico.

—No os quejéis —intervino Georgios—. Preveo días en los que suplicaremos por una miga de pan y tendremos que conformarnos con hierba.

—Siempre tan pesimista —se rió Diomedes.

—Si salgo vivo de esta, me encerraré en un burdel durante un mes, y mi vida será solo comer y follar —soñó Petrus mientras se relamía los labios.

Todos se echaron a reír, pero aquellas risas no eran más que un intento de aliviar la tensión tras la batalla. Pronto, el silencio se apoderó del grupo mientras comían, observando las llamas y sumidos en sus propios pensamientos. Perseo intentó imaginar cómo estaría su familia, pero sus pensamientos acabaron centrados en Artemisia. Deseaba buscarla, pero sabía que era imposible; estaban en máxima alerta, y nadie podía abandonar su puesto. Miró hacia el interior del campamento, pero no alcanzaba a ver las tiendas de las amazonas.

Una hora después, fueron convocados para participar en la cremación de sus compañeros caídos en combate más temprano. Los cuerpos habían sido recuperados, ya que los persas habían solicitado una tregua para recoger a sus propios muertos. Un sacerdote sacrificó un macho cabrío blanco al dios Hades, suplicando que las almas de los soldados caídos pudieran acceder sin impedimentos a los Campos Elíseos, pues habían muerto como guerreros.

Entonces, entonaron un cántico en honor al dios del inframundo:

—Oh, dios de corazón implacable, habitante del hogar subterráneo, de los campos tartáreos y sombríos, lúgubre y esquivo a la luz, Zeus ctónico, rey del cetro. Acoge con beneplácito estos sacrificios. Hades, guardián de las llaves de toda la tierra, tú que cada año otorgas la abundancia de frutos a los mortales, que recibiste tu parte del mundo, la subterránea, junto a la reina de todo lo oculto. Morador de los inmortales, firme sostén de los mortales, tú que estableciste tu trono en las tierras tenebrosas: el Hades profundo, incansable y sin vientos, y el oscuro Aqueronte, que ocupa las raíces de la tierra. Tú que otorgas a los mortales el don de la muerte, oh anfitrión de multitudes. Consejero, tú que un día tomaste como esposa a la hija de la purificadora Deméter, arrebatándola de los prados hasta el mar, y con tu cuadriga la llevaste a una cueva ática en Eleusis, donde están los portales del Hades. Nacido para ser juez de los actos claros y ocultos, todopoderoso divino, el más sagrado, regocijado en los insignes misterios consagrados y venerables. Te imploramos que seas propicio y aceptes estos sacrificios, y que recibas las almas de estos valientes guerreros caídos con honor en combate.

Las piras fueron encendidas y ardieron durante toda la tarde. El ánimo en el ejército estaba bajo; todos lamentaban la masacre del general Clearco y de los demás oficiales, maldiciendo a Artajerjes y a Tisafernes por haber perjurado los juramentos hechos a los dioses y por su traición.

Se encontraban muy lejos de Grecia, aislados, y ninguna población estaba dispuesta a suministrarles víveres de buena gana. No tenían suficiente caballería para hacer frente a los persas, cuyo número era abrumador. En realidad, el ejército de Artajerjes superaba con creces al de los griegos, y con la traición de Arieo estaban solos. Debían enfrentarse a un ejército de más de cuatrocientos mil soldados. El hecho de que aún no hubieran sido aniquilados era un misterio

para todos.

Desde la tienda de Jenofonte, Georgios ordenó que se mantuvieran alerta y se dirigió a la reunión. Regresó al campamento solo al caer la noche.

—¡Levantaos! —ordenó, dando un puntapié a los pies de los soldados tumbados en el suelo.

Todos se reunieron a su alrededor, ansiosos por las noticias.

—En la reunión se decidió que Timasión, de Dardania, asumirá el mando en lugar de Clearco; Xánticles, de Acaya, en lugar de Agias; Filesio, también de Acaya, en lugar de Menón; y Jenofonte, de Atenas, en lugar de Próxeno —explicó Georgios, mirando a sus hombres detenidamente.

—Demasiados jefes para tan pocos soldados —bromeó Diomedes—. ¿Quién mandará de verdad? —preguntó con una sonrisa irónica en el rostro.

—Por lo que percibí en la reunión, los que más hablaron y mostraron liderazgo fueron Jenofonte y Quirísofo —respondió Georgios.

—¿Podemos confiar en ellos? —preguntó Perseo con ansiedad.

—Jenofonte^[5] es ateniense. Dicen que es discípulo de un famoso filósofo llamado Sócrates^[6]. Sirvió en la guerra entre Atenas y Esparta como parte de la caballería ateniense, pero después de la guerra apoyó al gobierno instalado por Esparta —explicó Diomedes, quien, habiendo vivido en Atenas, había asistido a las asambleas populares y conocido a varias figuras importantes de la ciudad.

—Era amigo de Próxeno —que Hades lo reciba en los Campos Elíseos—. Fue él quien lo convenció de participar en esta campaña —añadió Atreu, refiriéndose a uno de los comandantes griegos asesinados por Tisafernes.

—A Quirísofo ya lo conocéis. Es espartano como nosotros y trajo una tropa de setecientos hoplitas que desembarcaron en Issos —concluyó Georgios.

Perseo recordó Issos y su extensa costa, donde acamparon durante tres días esperando el desembarco de las trirremes. También evocó la última noche que pasó allí, junto a Artemisia en la playa. Aquella noche, ella le confesó que no podía alejarse de él, y él se dio cuenta de que sentía lo mismo. *Parece que eso ocurrió en otra vida*, pensó.

—¿Y qué se decidió? ¿Lucharemos o suplicaremos indignamente por piedad? —gruñó Laertes, impaciente.

—Lucharemos. Se nombrarán nuevos sargentos y oficiales para reemplazar a los que han muerto desde Cunaxa. La disciplina debe mantenerse. Nos reuniremos en el centro del campamento, donde los oficiales se dirigirán a las tropas —respondió Georgios con firmeza.

Al final de la ceremonia, anunciaron que todos los oficiales y sargentos debían reunirse. Perseo y sus compañeros se dirigieron al lugar indicado para la reunión. Por todo el campamento, los heraldos corrían convocando a los soldados, excepto a aquellos que estaban en las primeras líneas defensivas, atentos a cualquier movimiento del ejército persa.

En el centro del campamento, un carro sin animales de tiro estaba estacionado junto a una fogata que lo iluminaba tenuemente. Varios oficiales aguardaban pacientemente a su lado, con expresiones graves. La noche avanzaba, y un viento frío barría la llanura. Finalmente, cuando todo el ejército estuvo reunido, Quirísofo subió al carro y se dirigió a los soldados congregados:

—¡Soldados! La pérdida de nuestros generales y capitanes ha hecho nuestra situación más difícil. Para empeorar las cosas, hemos sido traicionados por las tropas de Arieo, quien antes era nuestro aliado. Pero para todo hay un remedio, y debemos salir de esta situación como los griegos valientes que somos. En lugar de dejarnos desmoralizar, luchemos con renovado valor

por nuestras vidas. Es mejor morir que rendirnos a un enemigo vil y sanguinario.

Terminó de hablar, y el ejército respondió con gritos de aprobación. Subió entonces al carro, en lugar de Quirisofo, el comandante Cleanor, de Orcómeno:

—Todos los soldados conocen bien el perjurio del rey Artajerjes y su impiedad. También conocéis la traición de Tisafernes, quien, tras presentarse como un nuevo amigo que tenía el mayor interés en salvarnos, nos juró paz y nos tendió la mano solo para luego arrestar a nuestros generales y capitanes. No temió ni siquiera a Zeus Hospitalario. Nos engañó invitando a Clearco a su tienda y mesa. Y este Arieo, a quien quisimos elevar al trono, quien juró ser nuestro aliado y prometió regresar con nosotros a Jonia, ¡este traidor perjurio, sin temer la ira de los dioses ni respetar la memoria de Ciro que lo honró, se pasó al lado de Artajerjes y busca nuestra perdición! ¡Que los dioses castiguen a estos malvados! Testigos de esta traición, debemos estar siempre alerta contra ellos. ¡Pero avancemos! ¡Avancemos contra los traidores y confiemos en la voluntad de los dioses!

A continuación, subió al carro Jenofonte. Iba con su armadura completa y un manto rojo que cubría sus hombros, ondeando al viento. Había sido invitado a unirse a la expedición por el difunto Próxeno. Miró a los soldados, eligiendo cuidadosamente sus palabras:

—Cleanor os ha hablado de los perjuros y la perfidia de los bárbaros. Supongo que estáis bien informados. Si nuestras deliberaciones se tratasen de reconciliarnos con ellos, necesariamente tendríamos que olvidar las injurias sufridas por nuestros capitanes, quienes, confiando en su palabra, acudieron a su encuentro sin sospechar nada. Pero si lo que nos proponemos es vengarnos con la fuerza de las armas del mal que han cometido contra nosotros, tenemos la esperanza, con la ayuda de los dioses, de superar esta prueba con honor y gloria.

Los griegos estallaron en gritos de euforia, y la moral se elevó. Jenofonte continuó su discurso:

—Así pues, mientras nos ocupamos de nuestra salvación, Zeus nos enviará buenos augurios. Hagamos la solemne promesa de ofrecerle un holocausto a él en particular y a los demás dioses inmortales según la devoción de cada uno, tan pronto como alcancemos tierra amiga. Aquellos que estén de acuerdo, ¡levantad el brazo!

Nuevos gritos de ánimo resonaron; todos levantaron el brazo apuntando sus lanzas hacia el cielo, y juraron por los dioses mientras se entonaba el peán a Apolo. Jenofonte esperó a que el ejército se calmara y prosiguió:

—Decía que tenemos esperanza de superar esta prueba con honor y gloria. Primero, porque somos respetuosos con los juramentos que hacemos invocando a los dioses como testigos, mientras que nuestros enemigos los han violado con la mayor desvergüenza. Contemos, por tanto, con que los dioses combatan a nuestro lado, ellos que con un simple gesto derriban a los poderosos y ensalzan a los humildes, protegiéndolos del peligro. Y ya que hablo de peligro, voy a recordaros el que afrontaron nuestros generales, para que comprendáis cuánto importa que os comportéis con valentía. Con la ayuda de los dioses, no hay fortaleza enemiga que no podamos vencer.

Cuando los persas y sus aliados avanzaron al frente de un formidable ejército contra Atenas, los atenienses decidieron resistir y vencieron. Más tarde, cuando Jerjes reunió un ejército aún mayor y marchó contra Grecia, nuestros soldados lo derrotaron tanto en tierra como en mar, asegurando la libertad de las ciudades griegas en las que nacisteis y os criasteis. Hace apenas unos días, os alineasteis en combate frente a los descendientes de aquellos enemigos que vuestros padres vencieron y, con la ayuda de los dioses, derrotasteis tropas muy superiores en número. Entonces luchabais con valor para colocar a Ciro en el trono; hoy, al tratarse de vuestra

propia salvación, debéis redoblar vuestra voluntad y coraje.

Atacad con más audacia y confianza. Los bárbaros, por numerosos que sean, no osarán atacarnos de frente. En cuanto a la traición de las tropas de Ciro, no penséis que nos han debilitado con su desertión. Son aún más cobardes que las tropas de Artajerjes. No lamentemos su pérdida; más vale que estén con el enemigo que con nosotros. Cobardes como son, habrían sido los primeros en huir.

Si alguno de vosotros se desanima por la falta de caballería, mientras que el enemigo dispone de un gran número, recordad que diez mil jinetes no son más que diez mil hombres. Jamás nadie murió en batalla por la mordida o la coxa de un caballo. Los hombres son quienes deciden el destino de las batallas. El infante tiene siempre mejor apoyo que el jinete. Montado, no solo debe cuidarse de los golpes que le llegan desde abajo, sino también estar atento a su caballo: dos preocupaciones. En cambio, el infante pisa tierra firme y, por ello, su golpe es más fuerte y certero. La única ventaja del jinete es huir con mayor rapidez.

Las tropas estallaron nuevamente en gritos de aprobación. Tras un instante, Jenofonte alzó los brazos y continuó:

—Supongamos ahora que, aunque confiados, os preocupe la idea de que carecemos de guías o que tengamos que luchar por provisiones. ¿No es mejor ser guiados por personas que elijamos entre las que capturemos, sabiendo que pagarán con su cuerpo cualquier traición que intenten? Y respecto a los suministros, los tomaremos donde los encontremos. ¿Que hay ríos y grandes corrientes que atravesar? Sí, sin duda, pero los ríos perjudican tanto a los persas como a nosotros, y podemos vadearlos buscando puntos más fáciles de cruzar.

Jenofonte hizo una pausa, observando las reacciones, y con la aprobación ruidosa del ejército prosiguió:

—Me queda exponer cómo marcharemos a casa de forma más segura. Opino que, primero, debemos quemar los carros para avanzar más rápido. También debemos destruir las tiendas, pues solo nos estorban. Es necesario deshacernos del equipaje superfluo, quedándonos únicamente con las armas para combatir y los utensilios para alimentarnos. Así tendremos más hombres en las filas y menos en el tren de suministros.

Por último, habréis notado que los persas reiniciaron las hostilidades tras eliminar a varios de nuestros generales y capitanes, creyendo que nos desorganizarían. Ahora es preciso que los nuevos comandantes sean más vigilantes que los anteriores y que la disciplina se mantenga con la ayuda de todos.

En breve el enemigo vendrá. Quienes aprueben lo que acabo de decir, que lo manifiesten. Y si alguien, incluso un soldado raso, tiene una sugerencia, que no se acobarde y la exprese. Así lo exige la salvación de todos.

La respuesta del ejército fue unánime:

—¡Ahuu, Ahuu, Ahuu!

Jenofonte alzó los brazos, pidiendo silencio, y cuando los soldados se calmaron, ordenó:

—La mejor formación para la marcha será disponer a los hoplitas en una columna con alas abiertas y situar en su interior a los demás combatientes. Quirísofo comandará la vanguardia, ya que es espartano; los dos capitanes más veteranos estarán a cargo de los flancos; y yo, junto con Timasión, los más jóvenes, nos quedaremos en la retaguardia. Recordad: quien quiera regresar a casa y ver a sus seres queridos solo tiene un camino: luchar con todo su valor. Quien ame la vida, que luche por la victoria. El vencedor mata; el vencido muere—. Con estas palabras concluyó el discurso y dio por terminada la asamblea.

Con la moral restaurada, los soldados obedecieron las órdenes. Quemaron los carros de

suministros, salvo algunos que serían utilizados para transportar a los heridos incapaces de caminar. Los víveres fueron distribuidos entre todo el ejército, y las tiendas se destruyeron. Aquellos que tenían objetos saqueados y no podían cargarlos los abandonaron en un montón en el centro del campamento.

—Hasta que no habla tan mal para ser ateniense —bromeó Laertes.

—Tal vez tengamos una oportunidad —comentó Atreu, pensativo.

—Quizá... estaremos bajo las órdenes de Timasión y Jenofonte en la retaguardia —concluyó Georgios.

—Cuanto antes comencemos a marchar, antes llegaremos a casa —afirmó Diomedes.

Pasaron el resto de la noche preparándose para retomar la marcha al día siguiente, mientras los persas continuaban observándolos a la distancia.

Al amanecer, algunos jinetes persas se acercaron a la tierra de nadie entre ambos ejércitos. Los griegos notaron que los persas llevaban lanzas con algo clavado en sus puntas.

Antes de llegar al alcance de una flecha, se detuvieron y clavaron las lanzas en el suelo. Ensartadas en sus extremos estaban las cabezas de Clearco, Próximo, Menón, Agias y Sócrates.

La visión de las cabezas de sus comandantes causó una profunda indignación entre las tropas, y los oficiales tuvieron que emplearse a fondo para evitar que los soldados cargaran desordenadamente contra el ejército persa.

—¿No veis que esto es exactamente lo que Tisafernes espera? ¡Si atacamos en desorden y siendo tan inferiores en número, seremos derrotados y masacrados! —gritaba Jenofonte junto a los demás oficiales.

El día transcurrió entre intercambios de insultos con los persas, quienes, aunque en formación de batalla, no se decidían a presentar combate. Finalmente, cayó la noche.

Durante la noche, Perseo intentó hablar con Artemisia, pero sus amazonas no le permitieron acercarse a la tienda de la guerrera. Decidió entonces no insistir, al menos por el momento. Diomedes, que lo acompañaba, explicó a una de las guerreras, quien entendía algo de griego, cuál era la decisión de los generales.

Ambos regresaron al campamento espartano. Timasión, que había sucedido a Clearco en el mando, reunió a las tropas que antes dirigía este y les habló:

—¡Compañeros! No deseo ocupar el lugar de Clearco, a quien habéis servido durante años con lealtad y coraje. Todos sabéis que Clearco poseía un gran talento militar. Mientras Esparta estuvo en guerra con Atenas, Clearco sirvió a su nación con valor. Una vez firmada la paz, persuadió a los éforos de que los tracios oprimían a los griegos. Con el consentimiento de estos, equipó una escuadra para combatir a los tracios que habitaban el norte del Quersoneso y la ciudad de Perinto, convirtiéndose en tirano de Bizancio. Cuando los éforos le ordenaron regresar, se negó a obedecer y fue condenado a muerte por los magistrados de Esparta. Exiliado, buscó refugio con Ciro y supo ganarse su confianza. Este le dio diez mil dáricos. Con ese dinero, en lugar de entregarse al ocio, reclutó un ejército —muchos de vosotros formáis parte de él— y combatió a los tracios. Los derrotó en batalla campal y saqueó su territorio antes de que Ciro requiriera sus tropas. Así partió con él en esta temeraria expedición. Basta con enumerar estos hechos para comprender la pasión de este hombre por las armas. Podía haber vivido en paz, pero prefirió la guerra. Renunció a los placeres por las penalidades de las marchas. Pudo disfrutar de su fortuna sin riesgos, pero la sacrificó en empresas militares. En lugar de derrochar su riqueza en mujeres, la empleó con gusto en la guerra. Amaba el peligro, y sin embargo, en las situaciones más arriesgadas, ya fuera de día o de noche, actuaba con prudencia. Sabía cómo abastecer al ejército y mantener la disciplina, incluso siendo severo si era necesario. Con su mirada dura y su

voz áspera, castigaba con rigor cuando era imprescindible, aunque a veces mostraba arrepentimiento. Creía firmemente que la disciplina era el primer pilar de la fuerza de un ejército. Según él, un soldado debía temer más al capitán que al enemigo. Por eso, en los momentos más peligrosos, se prefería su liderazgo. Bajo su mando, os convertisteis en soldados disciplinados y valientes, forjados en la experiencia y el hábito de la intrepidez.

Los espartanos escucharon en silencio, reflexionando sobre las palabras de Timasión. Perseo, quien había servido poco tiempo bajo el mando de Clearco, reconocía la verdad en lo dicho.

—Ahora os pido un voto de confianza: que sigáis luchando con el mismo valor bajo mi mando que el que mostrasteis con Clearco —concluyó el nuevo comandante.

—¡Ahuu! ¡Ahuu! ¡Ahuu! —respondieron unánimemente las tropas.

Tras disolver la asamblea, Perseo y sus compañeros regresaron a su fogata. Diomedes repartió varias copas mientras Petrus vertía vino de un gran odre.

—Un brindis por el general. Que Hades le conceda el paso a los Campos Elíseos —proclamó Diomedes alzando su copa de vino.

Todos alzaron sus copas en memoria del general.

Las amazonas no poseían ningún bien, salvo la pequeña tienda que Artemisia usaba. No tenían monturas, y las carretas de suministros junto con las sirvientas que las conducían habían desaparecido tras la batalla de Cunaxa.

Hircania había conseguido espadas, arcos y flechas, pero nada más. Artemisia albergaba la esperanza de que su corcel, Deimos, un regalo de su añorado padre adoptivo, hubiera sobrevivido a la batalla, aunque sabía que esa esperanza era infundada.

Artemisia reunió a sus hermanas para un pequeño consejo. Eran veintiséis amazonas las que habían sobrevivido de las cerca de quinientas que partieron de Escitia. Se sentía culpable por la muerte de tantas guerreras.

—Hermanas mías, el pesar consume mi alma, y la culpa por la muerte de nuestras compañeras me acompañará hasta el final de mis días —comenzó, mirándolas una a una.

Todas tenían algún tipo de herida, pero ninguna las incapacitaba para montar y luchar.

—Las libero del juramento de servirme. Quiero que consigáis monturas y partáis hacia Escitia —afirmó Artemisia con resolución.

—¿Y tú? —preguntó una joven amazona.

—El honor me exige acompañar al ejército griego. Necesito asegurarme de que Perseo y sus compañeros, quienes arriesgaron sus vidas por nosotras, lleguen con vida a la costa jónica. Después de cruzar Escitia, me presentaré ante Cnéias para responder por mis actos.

—Lo siento, Artemisia, pero nosotras te seguimos por decisión propia desde que partimos de Escitia, y continuaremos sirviéndote, sea cual sea tu decisión —respondió Hircania, quien había asumido el liderazgo de las amazonas como segunda al mando.

Artemisia las observó; todas la miraban con orgullo y determinación. No había palabras que pudieran hacerlas cambiar de opinión, y ese gesto la llenó de orgullo y tristeza, pues había sido su liderazgo y su voluntad de servir a Ciro lo que había llevado a la muerte a tantas guerreras.

—Que así sea, hermanas mías. Seguiremos con los griegos hasta Escitia, y una vez allí, decidiremos qué hacer —concluyó con una sonrisa cansada.

Tengo que cargar con el peso de la responsabilidad de liderarlas un poco más de tiempo, pensó la amazona.

CAPÍTULO 5

Al amanecer, los griegos comenzaron los preparativos para reanudar la marcha de retirada y recibieron la noticia de que durante la noche, un capitán llamado Nicarco, de Arcadia, había desertado con veinte hombres.

A la hora del almuerzo, Mitrídates, uno de los generales de Ciro, antes aliado de los griegos, se acercó con una escolta de treinta y cinco jinetes. Las centinelas les impidieron entrar en el campamento. Mitrídates se adelantó solo y llamó a los generales. Algunos soldados corrieron a avisarles mientras permanecíamos en guardia. Tan pronto como los generales se acercaron al perímetro exterior del campamento, el general persa gritó para que todos pudieran escuchar:

—¡Griegos! Sabed que siempre me mantuve fiel a Ciro y que siento simpatía por vosotros. Por eso vivo en un continuo sobresalto. Si viera que seguís un camino seguro, me uniría a vosotros con toda mi gente. ¿Cuáles son vuestras intenciones? Recordad que habláis con un amigo que solo vela por vuestro bien y está dispuesto a ayudaros.

Los generales conversaron entre ellos mientras las tropas cercanas al perímetro escuchaban atentamente. Tras deliberar, Quirísofo respondió gritando:

—Hemos decidido que, si nos permiten regresar a nuestra tierra, atravesaremos Persia causando el menor daño posible; pero si nos impiden el paso, lucharemos con nuestras armas, y si estas nos faltan, haremos la guerra con uñas y dientes.

Mitrídates replicó:

—¡Valerosos griegos! Es imposible que escapéis, a menos que Artajerjes lo consienta. Sería mejor que depusierais las armas.

—¿Qué palabras son esas que escapan por la barrera de tus dientes? ¿Cómo puedes pedirnos que depositemos las armas cuando vienes acompañado de un pariente del infame Tisafernes? Desde el momento en que traicionaron a Clearco, masacrando a valerosos griegos y deshonorando las leyes de los hombres y de los dioses, no hay otra salida que la guerra. Una guerra sin tregua ni cuartel. Que Artajerjes intente detenernos si puede —respondió Jenofonte.

Mitrídates regresó con su escolta mientras los soldados que habían escuchado la conversación les lanzaban insultos.

Tras un frugal almuerzo, el ejército se puso en marcha: primero la vanguardia, compuesta mayoritariamente por tropas peltastas, seguida del convoy de suministros y heridos, y, al final, la infantería hoplita comandada por Jenofonte.

Perseo y sus compañeros aguardaron en sus posiciones mientras la vanguardia se alejaba con su marcha. Estaban atentos a los movimientos de las tropas persas, pero, a pesar de observar al ejército griego en movimiento, los persas solo miraban. Cuando un mensajero procedente de la vanguardia informó que el grueso del ejército griego había cruzado el río Zabato, los espartanos de la retaguardia comenzaron a retroceder de manera organizada, listos para desplegarse en formación de combate en caso de ataque. Sin embargo, los persas continuaron observando y pronto los griegos los perdieron de vista.

Los espartanos marcharon a paso rápido para no distanciarse demasiado de la vanguardia y llegaron al río Zabato. Las barcazas colocadas entre ambas orillas por la vanguardia griega seguían intactas, bajo la vigilancia de varias compañías de peltastas y arqueros que les esperaban.

Cruzaron el río usando las barcazas y las hundieron al pasar, dificultando así una posible

persecución por parte del ejército de Tisafernes. A pesar de marchar a paso acelerado, no tardaron mucho en divisar a lo lejos, liderados por Mitrídates, a unos doscientos jinetes persas armados con pequeños escudos y lanzas, seguidos por una tropa de arqueros y honderos^[7], estos últimos especialistas en lanzar proyectiles con hondas.

Los atacantes se aproximaron rápidamente.

—¿Cómo han cruzado el río? ¿No estaban las barcazas vigiladas por soldados griegos? —preguntó Perseo preocupado, observándolos mientras trotaba junto a sus compañeros.

—Deben haber encontrado un lugar poco profundo para vadear el río —explicó Atreu.

Los espartanos recibieron órdenes de detenerse y formar en línea de combate: una fila de cien escudos con cuatro líneas de profundidad. Detrás de ellos, los batallones de arqueros cretenses y peltastas aguardaban para apoyar.

En cuanto los persas llegaron a distancia de tiro, se detuvieron y lanzaron sus proyectiles contra la posición espartana en una larga parábola, pero los griegos alzaron sus escudos para defenderse. Perseo, protegido tras su escudo, escuchaba el repiqueteo de las flechas y los proyectiles de los honderos. Algunos espartanos resultaron heridos y fueron socorridos y evacuados por los peltastas.

Los arqueros griegos respondieron al ataque, pero el alcance de sus arcos era inferior al de los persas, y las flechas cayeron inofensivamente sobre la llanura. Jenofonte y Timasión, al mando de la tropa, ordenaron que los espartanos avanzaran a paso acelerado contra las posiciones enemigas.

Perseo y sus compañeros escucharon el sonido de la trompeta y avanzaron. Los pulmones del joven espartano parecían a punto de estallar por el esfuerzo. Los soldados corrían con paso cadenciado para no romper la formación. Estaban a punto de alcanzar a los arqueros y honderos persas, que seguían atacando, pero estos dieron la vuelta y huyeron.

Los espartanos rugieron de frustración y rabia. Al no portar equipamiento pesado, los persas podían correr rápidamente.

Se dieron órdenes para detener la persecución, y los soldados, jadeando, miraron a su alrededor. La caballería persa avanzaba hacia sus posiciones.

—¡Hombres, preparaos para el impacto! —gritaron los sargentos.

Perseo se preparó, su escudo protegía a Diomedes a su izquierda, mientras que Laertes lo cubría con el suyo, y así sucesivamente. A pocos pasos del impacto, la caballería persa cambió de dirección, galopando paralelamente a la línea griega.

—¡Vamos a ser flanqueados! —gritó Georgios.

Los espartanos recibieron la orden de retirarse. Dieron la espalda y corrieron tan rápido como pudieron. La caballería persa cargó de nuevo contra ellos, pero al acercarse quedaron al alcance de los arqueros y peltastas griegos, quienes lanzaron una lluvia de flechas y dardos, causando varias bajas y obligándolos a retroceder. Nuevamente, los espartanos recibieron la orden de avanzar contra los persas, pero la caballería se retiró hacia la posición donde se encontraban sus arqueros y honderos.

Los griegos se detuvieron fuera del alcance de los persas. Las rodillas de Perseo temblaban y el sudor corría bajo su casco, nublándole la vista. Finalmente, recibieron la orden de retirada. Los persas se mantenían a distancia, observándolos. Marcharon a paso rápido de regreso a la columna principal del ejército, que no había detenido su retirada y se distanciaba de ellos.

Solo cuando cayó la noche los espartanos llegaron a una aldea que había sido abandonada ante la proximidad de los griegos y que ya había sido saqueada por la vanguardia de la columna. Allí se prepararon para pasar la noche.

—¡Idiota arrogante! ¡Jenofonte casi nos mata! —exclamó irritado Georgios.
—Estupidez atacar sin el apoyo de la caballería —murmuró Atreu.
—Cobardes, los persas no tuvieron valor para enfrentarnos —reclamó Laertes.
—Son inteligentes. Si estuviera en su lugar, tampoco me arriesgaría a un ataque frontal —dijo Diomedes, avivando el fuego.
—Tengo hambre —se quejó Petrus.
—Siempre tienes hambre —rió Diomedes.
—Soy un hombre grande, necesito grandes cantidades de comida —insistió Petrus con tono quejumbroso.

Perseo no tenía apetito y comió poco. Esta vez, Georgios le permitió ausentarse para que pudiera ver cómo estaba Artemisia.

La amazona y sus guerreras habían caminado junto al convoy de suministros, ya que aún no estaban en condiciones de asumir la función de exploradoras, aunque esa era la intención de Artemisia.

El ejército acampó en un pequeño pueblo al caer el crepúsculo y, tras montar el campamento, Artemisia envió a Hircania a buscar noticias de Perseo. Ella regresó informando que los espartanos de la retaguardia se habían reunido con el resto del ejército y que Perseo estaba bien.

Los pensamientos de Artemisia estaban dispersos. Pensaba en Perseo y en el largo camino que tenía por delante hacia Escitia. Había decidido acompañar a los griegos al menos hasta Escitia, pero, aunque no lo admitiera, no deseaba alejarse de Perseo.

¿Podré mantener mi decisión de no volver a verlo? ¿Seré capaz de abandonarlo definitivamente cuando llegue a mi patria adoptiva?

Sólo después de saber que Perseo estaba bien, la amazona pudo relajarse de su vigilia y se retiró a su tienda tras cenar con sus hermanas. Aunque no lo deseaba, sus compañeras insistieron en que su líder debía tener una tienda privada, y lograron montar una con restos de materiales que Diomedes había conseguido para ellas.

Tarde en la noche, Artemisia fue despertada por la voz de Perseo, que parecía indignado. Ella observó por la rendija de la tienda, cinco Amazonas lo habían detenido y, con espadas en mano, lo impidieron avanzar, iluminadas por las luces de la fogata.

—¡Me conocéis! —exclamó Perseo, indignado.

—¡Perseo, hoy no! —dijo una de las Amazonas en un griego vacilante.

Perseo pensó en forzar el paso, pero sabía que las Amazonas eran decididas, y si actuaban de esa manera, era porque su líder lo había ordenado. Por eso, volvió a su posición cabizbajo, después de lanzar una mirada hacia la tienda donde Artemisia estaba. *¿Por qué Artemisia actuaba así?*, pensó.

La amazona se sintió desolada por el dolor que observó en sus ojos, pero estaba decidida a no verlo más.

Más tarde, Diomedes apareció en el campamento de las Amazonas. Al escuchar su voz y su risa, Artemisia salió temiendo que algo le hubiera sucedido a Perseo. Hizo un gesto para que sus hermanas lo dejaran acercarse y se sentó a su lado frente a una fogata. Con una sonrisa, él le ofreció una odre de piel de cabra.

A Artemisia le gustaba ese espartano, siempre había sido simpático con ella y con sus hermanas, aunque no perdía oportunidad de bromear con las Amazonas. Desde el rescate tras la batalla de Cunaxa, él las había estado ayudando.

—Es aguardiente persa —dijo Diomedes, extendiendo el odre.

Artemisia aceptó y dio un trago, la bebida era fuerte y descendió ardiendo por su garganta.

—Me alegra que estés bien —Diomedes le dio una amplia sonrisa.

—Mis hermanas me contaron sobre el rescate. Vosotros y vuestros compañeros os arriesgasteis mucho, os estoy eternamente agradecida —dijo la amazona, sonriendo avergonzada.

—Perseo es nuestro amigo y te ama, habría partido solo si no hubiéramos ido con él. Conocemos su valentía y lo consideramos parte de nuestra pequeña familia, y no olvidamos que te arriesgaste para buscarlo en el desierto —tomó el odre de las manos de la amazona y dio un gran trago.

Con una sonrisa, Artemisia observó cómo el manzana de Adán del espartano subía y bajaba mientras vaciaba casi todo el contenido del recipiente.

—¡Ahhh! Néctar de los dioses —sonrió satisfecho, limpiándose la boca con la mano.

—¿Cómo está él? —preguntó Artemisia, ansiosa.

—Confuso y sufriendo, te ama mucho. En Cunaxa, antes de la batalla, cuando Clearco dio la orden de permanecer en la misma posición, él estaba inquieto, como si quisiera unirse a ti, pero no podía —Diomedes sonrió, ahora triste.

—Lo entiendo —Artemisia recordó que si Clearco hubiera obedecido la orden de Ciro, tal vez el rumbo de la batalla habría sido otro.

—Cuando finalmente vencimos a los persas y nos reunimos, él estaba desesperado por ir a buscarte. Cuando Georgios llegó con la información de lo que había pasado, quedó destrozado. Habría ido a buscarte, aunque fuera de noche, si Georgios no lo hubiera prohibido —explicó Diomedes, observando las llamas danzar en la fogata.

Artemisia se controló para evitar que las lágrimas se asomaran a sus ojos.

—Pero gracias a los dioses, os encontramos vivos. Él se mantuvo a tu lado en todo momento posible. Nunca perdió la fe en que te recuperarías y soñaba con este momento. Cuando lo apartaste, todos notamos lo destrozado que quedó —concluyó el espartano, suspirando mientras daba otro trago al odre que tenía en las manos.

—No quería que él sufriera, pero es mejor así, no quiero que muera por mi causa. Pretendo regresar a Escitia y reclutar un nuevo ejército. Mientras Tisafernes no esté muerto, no tendré paz —explicó, pensando en cuánto estaba haciendo sufrir a Perseo.

—Sabes que él te seguiría a donde fueras.

—Sí, lo sé —la amazona no pudo evitar que una lágrima solitaria resbalara por su mejilla.

Diomedes extendió nuevamente el odre y ella dio un largo trago. Al devolvérselo, lo miró.

—Pero quiero que él regrese a Atenas, tal vez aún tenga una oportunidad con la madre de su hijo, y puedan vivir en paz —explicó, angustiada.

Diomedes la miró fijamente, como si ella fuera una esfinge^[8] que le hubiera planteado un enigma para descifrar.

—Cuídalo por mí —pidió la amazona, sintiéndose la peor de las mujeres.

—Lo cuidaré, pero no será fácil, él no va a rendirse contigo —prometió, levantándose—. Ahora debo regresar a mi puesto, pero si necesitáis algo, sólo pedidlo.

Con una reverencia, Diomedes se alejó, no sin antes bromear con las Amazonas que estaban en su camino. Artemisia se quedó sentada un largo rato observando las llamas consumir la madera. No deseaba hacer sufrir a Perseo, pero todas las personas a las que había amado habían encontrado la muerte de forma violenta. Sus padres y su hermano; Mardoc, a quien había

querido como un padre; Ciro, que la había amado más que una amiga; Ikarnas, su hermana más querida; y sus guerreras Amazonas que la habían seguido.

No deseo ese destino para el hombre que amo desesperadamente. Él tendrá una oportunidad de ser feliz si consigue regresar a Atenas con vida, allí hay una mujer que lo amó y le dio un hijo, algo que yo nunca podré darle. Aún podrá tener la oportunidad de un futuro y una familia. Con estos pensamientos en mente, Artemisia tardó mucho en dormir.

A la mañana siguiente, el ejército reanudó la marcha después del desayuno. Nuevamente, la vanguardia encabezaba, seguida del convoy de suministros. Las Amazonas caminaban a su lado, y Artemisia sentía cómo sus fuerzas volvían rápidamente; pronto estaría, nuevamente, al frente junto con sus hermanas, avanzando como exploradora. La Amazona no quería ser un inconveniente para los griegos.

Los espartanos mantuvieron su posición en la retaguardia. Cuando la columna comenzó a alejarse, ellos iniciaron su retirada de manera ordenada. Apenas habían comenzado, cuando una tropa persa, aún mayor que la del día anterior, con caballería, infantería, arqueros y honderos, fue avistada en la retaguardia, nuevamente liderada por Mitrídates. Esta vez, los persas contaban con al menos cinco mil soldados.

Los soldados persas tomaron posición para cubrir la retaguardia de la columna griega, formándose en una línea de doscientos escudos, con ocho de profundidad, además de una compañía de caballería tracia, con unos cincuenta caballeros, que había sido reunida para darles cobertura, junto con algunas compañías de peltastas y arqueros cretenses.

La tropa persa, confiada en su superioridad numérica, avanzó, pero antes de que pudieran tomar su posición, sonaron las trompetas ordenando el ataque, y los espartanos corrieron en paso acelerado hacia ellos. La caballería tracia, aunque en inferioridad numérica, se lanzó contra la caballería enemiga. Tomados por sorpresa, los persas no se decidían entre huir o atacar. Su infantería ligera se posicionó, mientras los arqueros y honderos lanzaban sus proyectiles contra los griegos.

—¡Levanten los escudos, ahora! —gritó Georgios.

Los espartanos se protegieron en el momento exacto; tres flechas se clavaron en el escudo de Perseo, quien escuchó el agudo impacto de los proyectiles lanzados por los honderos al chocar contra el bronce de su protección. Eran pequeñas piedras mortales, pulidas en forma ovalada, o pequeños proyectiles de plomo también ovalados.

Varios soldados griegos fueron alcanzados y tuvieron los huesos rotos, incluso los cascos y las grebas no los protegían eficazmente de esos mortales proyectiles. Muchos soldados quedaron caídos en el suelo, heridos o muertos, pero los espartanos no se detuvieron a socorrerlos, pues no había tiempo.

Con un rápido movimiento de su lanza, Perseo rompió las flechas clavadas en su escudo y siguió avanzando. Finalmente, llegaron a una distancia que les impedía ser alcanzados por las flechas y proyectiles persas. Los espartanos bajaron los escudos para protegerse los torsos y apuntaron las lanzas hacia la fila de infantería persa. Con un último esfuerzo, manteniendo firmes las lanzas y los escudos, se lanzaron contra los adversarios. Aquellos que no fueron atravesados por las espadas sufrieron la fractura de sus huesos debido al impacto de los pesados escudos de bronce.

La fila persa cedió en el primer impacto. Después de derribar a un soldado persa con su

escudo, Perseo lanzó su lanza al frente, acertando el pecho de otro soldado, que cayó al suelo con un gemido mientras él retiraba la lanza.

La masacre fue terrible. La infantería persa, que no usaba coraza ni grebas y estaba armada solo con lanzas y escudos de mimbre, pronto dio la espalda y huyó en desbandada, con los espartanos persiguiéndolos. En su frenética huida, sobrepasaron a sus arqueros y honderos, que quedaron a merced de la ira de los griegos. Sus armas eran para el combate a distancia, y solo contaban con pequeñas espadas y puñales con los que intentaron defenderse, pero el ataque fue tan rápido y feroz que no tuvieron oportunidad y fueron masacrados.

Perseo lanzó su lanza con fuerza contra un arquero que intentaba huir, acertándole en la espalda y atravesando su torso. Al caer al suelo, la lanza se partió en dos, pero el espartano desenvainó su espada y avanzó contra un hondero que lanzó un proyectil contra él. Perseo levantó el escudo a tiempo, oyendo el sonido agudo del impacto de la piedra en el bronce. Al alcanzar al persa, le atravesó la garganta con la espada, tirando violentamente de la lanza, mientras la sangre brotaba, empapándolo por completo.

La caballería tracia, aunque en inferioridad numérica, puso en fuga a la caballería persa. Las trompetas sonaron para dar la señal de alto, y los espartanos se detuvieron, jadeantes, cubiertos de sudor y sangre. Perseo miró a su alrededor y vio a Laertes matando con su lanza a soldados enemigos heridos, se acercaba y, con un golpe seco, acertaba en el corazón de los desdichados. Diomedes y Petrus saqueaban los cuerpos de los muertos en busca de comida u oro.

Georgios intentaba reorganizar nuevamente el pelotón. Varios soldados cortaban las cabezas y extremidades de los muertos. Intentó protestar, pero el capitán Admeto le dijo que era para dejar una lección a los persas. Las cabezas decapitadas fueron empaladas en lanzas y fijadas en la campiña. Después de terminar con la espantosa tarea, los espartanos recibieron la orden de retirada. Recogieron a los muertos y heridos, dejando a los persas, cuyos cuerpos estaban terriblemente mutilados, para los lobos y las aves carroñeras.

Durante el resto del día no fueron molestados. Marcharon hasta el anochecer, llegando a las orillas del río Tigris, donde alcanzaron a la vanguardia del ejército. En las orillas, los espartanos se encontraron con una ciudad llamada Larisa. Poseía gruesos muros de cien pies de altura. A pesar de esto, los exploradores enviados para sondear el lugar regresaron informando que estaba abandonada y con las puertas abiertas.

Atreu contó que Larisa, antaño habitada por los Medos, fue sitiada por el rey de Persia cuando los persas dominaron a los medos, tomando el imperio de Asia. Durante el asedio, no había forma de que la ciudad se rindiera hasta que un mago tapó el sol con una nube, lo que alarmó a los habitantes, quienes abrieron las puertas.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Petrus, irritado.

—A diferencia de ti, que solo te preocupas por el oro y las mujeres, a mí me gusta estudiar la historia de los territorios por donde pasamos —respondió Atreu con aire de condescendencia.

—Pues esos papiros que lees solo sirven para una cosa, encender una fogata o limpiarte el culo —rió Diomedes.

La verdad era que Atreu, entre todos los del pelotón, era el más culto. Siempre que podía, conversaba con los habitantes locales, sus sacerdotes y ancianos, tratando de aprender la historia y las costumbres de las tierras por donde marchaban.

El ejército decidió pasar la noche en el lugar y se permitió a los soldados saquear la ciudad. Como perros olfateando a un lobo, recorrieron las calles desiertas, sus casas, mercados y templos, pero no encontraron a nadie; todo lo que pudiera tener algún valor fue saqueado.

Se permitió a las tropas de retaguardia buscar refugio en las casas abandonadas para descansar y atender a los heridos, mientras que el resto se turnaría para hacer guardia durante la noche.

Las amazonas encontraron un patio en el interior de un palacio cerca de la muralla, donde decidieron pasar la noche.

Perseo, después de descubrir dónde se encontraba Artemisia, convenció a Georgios de buscar refugio al lado de las amazonas.

Cuando llegaron, las guerreras miraron a los espartanos con desconfianza, pero al reconocer a Perseo y Diomedes, no dijeron nada. Solo había una tienda montada, donde Artemisia dormía. Perseo pensó en acercarse a ella, pero Georgios no lo permitió:

—Dale tiempo para recuperarse, Perseo, hoy no es el momento —aconsejó con tono paternal.

Artemisia estaba cansada e intentaba descansar dentro de su tienda cuando, de repente, escuchó voces masculinas en griego. A través de una rendija en el tejido que cerraba la entrada, observó el pelotón del sargento Georgios, entre ellos Perseo, quien miraba hacia la tienda.

Perseo no la vio tras el tejido, y la amazona aprovechó para observarlo detenidamente. Él estaba completamente equipado, parecía cansado y desanimado. A pesar del deseo de estar a su lado, Artemisia volvió a las pieles que le servían de cama y se acostó, triste por tenerlo tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. *Dioses, es tan insistente*, pensó, dejando aflorar una sonrisa en sus labios.

Los espartanos registraron el palacete en busca de algo de valor, pero no encontraron nada. Rompieron los pocos muebles que había en el lugar y encendieron una hoguera en el atrio. Diomedes había conseguido un cabrito, y después de destriparlo, comenzaron a asarlo. Cuando estuvo listo, Georgios llevó la mitad a las amazonas, que lo aceptaron con gusto.

Artemisia escuchó risas y el sonido de las hogueras crepitando. No pasó mucho tiempo antes de que un delicioso aroma a carne asada se esparciera por el aire. Hircania entró poco después en la tienda con un cuenco de barro con trozos de cabrito asado y una bolsa de vino mezclado con agua.

—Los griegos dividieron su comida con nosotras —sonrió mientras le extendía la comida.

—Gracias, Hircania, no olvides dejar algunas guerreras de centinela —agradeció Artemisia con una sonrisa la atención de su hermana.

La líder amazona se obligó a comer la pequeña ración a pesar de no tener apetito. Necesitaba recuperar fuerzas lo antes posible; odiaba depender de otras personas.

Escuchando las voces de los griegos que conversaban animadamente e intentando identificar la voz de Perseo, terminó quedándose dormida en un sueño sin sueños.

Perseo, junto a una hoguera con sus compañeros, escuchaba a su sargento.

—¡Chicos, chicos! —comenzó Georgios, después de que todos se sirvieron la carne asada —, nuestra jornada no va a ser fácil, ustedes vieron que los persas no nos dejarán ir en paz, tendremos que luchar todo el camino.

—Volveremos más pobres de lo que partimos —suspiró Atreu desanimado.

—Habla por ti —rió Diomedes—. Mis monedas nunca se alejan de mí —afirmó, mostrando una pequeña bolsa atada a su cintura que sonaba con su movimiento.

—Yo tampoco pretendo quedarme con las manos vacías —concordó Petrus con la boca llena de carne.

—Yo ya me conformaría con salir con vida —suspiró Atreu.

—¿No pensáis en la gloria que nuestros nombres alcanzarán? Se harán poemas narrando nuestra epopeya, seremos equiparados a los héroes de la Ilíada —preguntó Laertes, inflando el pecho de orgullo.

—Debes tener la cabeza llena de mierda persa —se rió Diomedes—. Por mí, puedes quedarte con toda la honra para ti, solo quiero salir de esta jornada con vida y algunas monedas.

—Espero volver a ver a mi esposa e hijos —suspiró para sí mismo Georgios, con la mirada fija en las llamas de la hoguera. De repente, sus ojos se humedecieron, pero se controló y disimuló.

Todos se quedaron en silencio; Georgios era el único del pequeño grupo que estaba casado. Perseo pensó en Elana y en su hijo, y se dio cuenta de que, desde la batalla de Cunaxa, casi no había pensado en ellos; sus pensamientos eran solo para Artemisia, en la tienda a unos pasos de distancia, y se sintió avergonzado de su egoísmo.

—Voy a hablar con nuestros oficiales —avisó Georgios, levantándose bruscamente y saliendo del patio, mientras todos lo observaban en silencio.

Para ese grupo de soldados, Georgios era como un padre; cuidaba de todos como si fueran sus hijos, era riguroso pero justo, siempre verificaba si todos tenían qué comer y beber. El grupo podía contar con él para evitar ser enviados en alguna misión suicida, siempre estaba dispuesto a escuchar a sus subordinados y siempre tenía buenos consejos que dar. Mantenía al grupo unido y disciplinado, sabían que amaba a su esposa y a sus tres hijos, siempre se volvía emotivo cuando los recordaba, pero ahora la situación era desesperada, temían que el viejo soldado no soportara la presión.

Georgios solo regresó al amanecer, sin hablar con nadie, se envolvió en su manto, se dio vuelta y aparentó dormir. Desde su lugar, donde Perseo estaba acostado, lo observó. Pensó en Artemisia, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, miraba su tienda con la esperanza de verla, pero ella no salió en ningún momento. Pensó en Elana y en su hijo. *¿Cómo reaccionará ella cuando descubra que estoy enamorado de la amazona? ¿Cómo estará mi hermano y mi madre? ¿Habrá llegado la noticia sobre la campaña a Esparta?*

La noche avanzó y pronto el pequeño campamento se sumió en el silencio.

CAPÍTULO 6

Artemisia no sabía precisar la hora, pero debía ser de madrugada cuando despertó asustada. Miró a su alrededor, recordando dónde estaba, y se quedó alerta, solo el sonido de las fogatas rompiendo el silencio. La amazona se sentó sobre la cama de pieles, atenta a cualquier ruido extraño. *Algo no está bien*, pensó.

Con los pensamientos dando vueltas sin cesar en su mente, Perseo observaba las estrellas en el firmamento. A pesar del cansancio, el sueño no llegaba. Miró a su alrededor, todos parecían dormir. Se levantó en silencio y caminó por el patio sin acercarse a las amazonas. Dos de ellas lo miraron, su mirada severa advertía que no debía acercarse a la tienda de Artemisia.

Perseo caminó hasta el pórtico del palacio. La puerta de madera había sido rota y transformada en leña. Miró por la calle de piedra pulida; todo estaba en silencio y oscuridad. En algunas casas, las llamas de las fogatas ardían donde los soldados griegos habían montado campamento.

El espartano sintió un escalofrío en la nuca y una sensación de que estaba siendo observado. Oyó un leve ruido, como metal chocando contra metal, y enfocó la vista hacia la calle que llevaba al centro de la ciudad. Todo estaba oscuro. De repente, oyó un silbido agudo y se agachó justo a tiempo para evitar una flecha que pasó volando y se clavó en el umbral del pórtico donde él había estado.

¡Estamos siendo atacados! Pensó y gritó:

—¡Alarma!

Perseo corrió al interior del patio, sus compañeros y las amazonas ya se levantaban.

—¡Estamos siendo atacados! —gritó mientras tomaba su escudo y espada, sin tiempo para ponerse la coraza ni las grebas.

—¡Defiendan el pórtico! —ordenó Georgios mientras despertaba a los demás a gritos.

Los griegos se levantaron y se armaron rápidamente, corriendo hacia el pórtico del palacio justo en el momento en que varios soldados enemigos avanzaron tratando de entrar en el lugar.

La amazona se levantó y tomó su arco y la aljaba de flechas, colocando también la espada en la cintura, y salió de la tienda donde sus guerreras ya estaban despertando y preparándose para la batalla.

Artemisia observó a los espartanos sosteniendo el ataque con sus escudos.

Perseo y sus compañeros mantuvieron el ataque, chocando los escudos contra sus enemigos. Empujó a uno al mismo tiempo que asestaba una estocada en su vientre con la espada. Petrus sostenía con su escudo el ataque de dos persas, mientras Diomedes trataba de matarlos. Un soldado del pelotón cayó al suelo con una lanza atravesándole la cabeza.

—¡Barricada de escudos! —ordenó Georgios.

Los espartanos lograron formar una barrera en la entrada del pórtico, los muros del palacio eran altos y por el momento solo había una entrada. Se escuchaban a lo lejos los sonidos de batallas y gritos. *Parece que mi alarma evitó una masacre*. Pensó Perseo mientras sentía la presión de los enemigos para entrar en el patio.

De repente, todos escucharon una voz femenina gritar:

—¡Preparen una salva de flechas! —ordenó Artemisia a las amazonas que se alinearon detrás de la línea de los soldados griegos.

Artemisia encajó una flecha en la cuerda de su arco y lo tensó, apuntando a la espalda de los griegos.

—¡Agáchense, ahora! —gritó.

Los soldados se agacharon, dejando a la vista a los atacantes, momento en el que las Amazonas dispararon una salva de flechas, acertándolas y haciendo que varios cayeran con flechas clavadas en el pecho y la cabeza.

—¡Atacad ahora! —ordenó Georgios.

Los espartanos avanzaron empujando a los persas con los escudos. Perseo logró desequilibrar a un guerrero con un golpe y saltó sobre su cabeza cuando él cayó, escuchando el sonido de huesos quebrándose. El espartano no miró atrás y siguió avanzando. Laertes, a su lado derecho, atravesó el cuello de un persa con un golpe certero. Perseo esquivó un golpe circular que iba a su cuello, agachándose para luego estocar su espada en la costilla expuesta de su adversario. Torció la hoja y la retiró violentamente, escuchando el grito de dolor del persa que cayó al suelo. Diomedes atravesó a dos soldados al mismo tiempo con su lanza, quedando ambos empalados mientras intentaban retirar la lanza. Petrus pasó por encima de ellos y, con dos golpes, les cortó las cabezas.

Artemisia observó a Perseo luchando valientemente junto a sus compañeros, y siempre que encontraba una oportunidad, disparaba sus flechas contra los persas que lo atacaban.

Los espartanos avanzaron ganando la calle. El combate parecía haberse extendido por toda la ciudad, y más tropas enemigas descendían desde el interior de la ciudad. Algunos soldados griegos aturdidos salían de las casas cercanas.

—¡Griegos! ¡Aquí! ¡Barricada de escudos! —gritó Georgios lo más fuerte que pudo.

Varios soldados corrieron hasta el pelotón de Georgios y lo ayudaron a formar una barricada de escudos en la calle. Los enemigos se acercaban gritando y blandiendo sus armas. Antes de que los alcanzaran, varios cayeron alcanzados por las flechas de las Amazonas que se habían posicionado en la retaguardia, lideradas por Artemisia.

Por un breve instante, Artemisia se dio cuenta de que Perseo la miraba por encima de su hombro, pero pronto él volvió a concentrarse en la lucha, impresionado por la fluidez de los movimientos de la Amazona, que eran rápidos y precisos. *No era sin razón que imaginé que ella fuera la diosa de la caza Artemisa, desde nuestro primer encuentro. Artemisia es bella y terrible.* Pero sus pensamientos fueron interrumpidos cuando los persas se estrellaron nuevamente contra los escudos griegos y el espartano centró su atención en el combate.

Los griegos mantuvieron el ataque e iniciaron la matanza. Se escuchaban terribles gritos de ambos lados, y la matanza se extendió por toda la línea. Tropas que estaban acampadas fuera de los muros de la ciudad avanzaron, los combatientes luchaban bajo la luz de los incendios que ahora consumían las casas cercanas.

De repente, los persas dieron la vuelta y huyeron hacia el interior de la ciudad. Los espartanos hicieron ademán de seguirlos, pero Georgios lo impidió.

—¡Mantengan la posición! ¡Esperen los refuerzos y el amanecer! —ordenó levantando la mano para que se detuvieran.

Los soldados se desplomaron donde estaban. La garganta de Perseo ardía de sed. Miró a su alrededor, muchos soldados griegos yacían en el suelo muertos o heridos, pero sus compañeros estaban bien. Laertes, cubierto de sangre, limpiaba su coraza con un trozo de tela. Diomedes y Petrus compartían una cantimplora. Atreu estaba sentado con los ojos cerrados, y Georgios organizaba la línea de defensa. El joven espartano buscó a Artemisia, pero no la vio, ni a sus Amazonas.

El amanecer llegó para la ciudad condenada.

Comenzaron a transmitirse órdenes. Los soldados debían limpiar la ciudad matando a todos los que encontraran y quemándola hasta sus cimientos. El capitán Admeto y el teniente Anaxandro organizaron el regimiento que avanzaría por el interior de la ciudad. Los soldados invadieron las residencias en grupos de combate. Petrus, siendo el más fuerte, derribaba la puerta con una patada y avanzaba hacia el interior cubierto por su escudo. Los demás caminaban detrás de él, protegidos contra flechas. Cuando avistaban a algún persa, lanzaban las lanzas o atacaban con espadas.

El combate fue brutal, los persas luchaban de casa en casa. Muchas veces, los griegos incendiaban la casa en la que estaban y esperaban. Los persas, impedidos de salir, corrían hasta el tejado tratando de saltar a otra casa. Cuando no lo lograban, eran alcanzados por las llamas. Los soldados los veían arder. Algunos arqueros intentaron acertarlos con flechas, pero fueron detenidos:

—¡Dejen que se quemen!

Los desdichados saltaban desde las alturas para acabar con su sufrimiento, y sus gritos eran terribles.

Los combates siguieron todo el día.

Cuando llegó el crepúsculo, la ciudad estaba ardiendo en llamas. El olor a madera quemada, mezclado con el de los cuerpos, causaba náuseas. La ciudad fue arrasada hasta sus cimientos. Al anochecer, los soldados acamparon fuera de los muros, bajo la luz de los incendios que arderían toda la noche. El ejército griego sufrió muchas bajas, pero gracias a los dioses, la alarma se dio a tiempo para evitar una matanza.

Perseo y sus compañeros se dirigieron hasta las orillas del río, donde cayeron exhaustos. Alguien sugirió encender una fogata, pero no obtuvo respuesta. El cuerpo entero de Perseo dolía, su pecho ardía por el humo inhalado.

Los espartanos tosían como ancianos, sus rostros estaban cubiertos de polvo y hollín, y permanecieron acostados mirando la ciudad de Larisa, antes tan próspera, arder.

Después de que Georgios impidiera que sus soldados persiguieran a los atacantes, Artemisia aprovechó para retirarse con sus guerreras fuera de la ciudad, mientras Perseo y sus compañeros se sentaban en el suelo, exhaustos. Fuera de los muros, el movimiento era intenso, tropas entraban en la ciudad, mientras otras se preparaban. Las órdenes eran arrasarlo el lugar.

Quirísofo pasó junto a la amazona con un grupo de oficiales y se detuvo.

—¿Qué está pasando? —preguntó con el semblante de quien acaba de despertar.

—Los persas estaban escondidos dentro de la ciudad, sus exploradores no deben haberla inspeccionado correctamente —respondió Artemisia de manera lacónica.

—Incompetentes —masculló irritado.

—Si lo desea, puedo comandar la vanguardia de los exploradores —sugirió la amazona mirándolo fijamente.

—¿Ya se ha recuperado lo suficiente?

—Sí, ya estoy recuperada.

Aunque Artemisia sentía algo de dolor y malestar debido a sus heridas, no deseaba quedarse acompañando el convoy de suministros. Sus hermanas podían ser pocas, pero eran

amazonas, su lugar estaba al frente del combate.

—Acepto su oferta, considérese comandante de los exploradores, pondré una tropa de peltastas bajo su mando —decidió Quirísofo mientras se alejaba hacia el interior de la ciudad con su escolta.

El amanecer llegó para la ciudad condenada, el humo de los incendios pronto se esparció, elevándose hacia las alturas. Una fila de soldados griegos heridos comenzó a salir del interior de los muros, relatando que el combate había sido brutal y que los defensores de la ciudad habían tenido que ser expulsados casa por casa.

La limpieza del lugar duró todo el día. Cuando llegó el crepúsculo, el combate terminó y las tropas griegas salieron de la ciudad, que ardía en llamas.

Artemisia se preocupó, no había visto a Perseo ni a sus compañeros salir de la ciudad y se dirigió hacia la orilla del río, donde las tropas combatientes se sumergían en las aguas frías para limpiar la sangre y el hollín que cubrían sus cuerpos.

Los muertos estaban siendo apilados en la orilla para ser cremados. Mientras la amazona observaba para ver si encontraba a Perseo, una de sus guerreras, una joven de dieciocho años, llamó su atención.

—Artemisia, ahí está el griego y sus amigos, cerca de la orilla del río, a la derecha —señaló con la mirada al espartano que estaba sentado, entre soldados cansados y esparcidos por todos lados, mientras los heridos eran llevados al hospital de campaña.

La líder de las amazonas miró en dirección a donde indicaba la guerrera, y ahí estaba Perseo mirándola, al lado de sus compañeros. Ella notó que él iba a levantarse y le dio la espalda.

—Vamos, salgamos de aquí —ordenó, alejándose del lugar seguida por sus guerreras.

Perseo se tumbó en la hierba desanimado y miró al cielo, donde las estrellas brillaban sin preocuparse por las desgracias causadas por los hombres. Terminó durmiendo donde estaba, un sueño sin sueños.

Las amazonas recogieron las tiendas y las montaron fuera de los muros de la ciudad, donde pasaron la noche. Ninguna de ellas resultó herida en los combates.

Cuando llegó el amanecer, dismantaron el campamento y Artemisia se dirigió hacia la orilla del río. A lo lejos, escuchó a Jenofonte dar un discurso a las tropas reunidas frente a la pira de los cuerpos de los muertos en combate:

—¡Compañeros! Como habrán atestiguado, nuestro regreso a Grecia no será pacífico, los persas en su perfidia intentan emboscarnos en todo momento. Debemos mantenernos alerta, esta noche, gracias a algunos soldados, conseguimos evitar una masacre, pero estuvo por poco, y pagamos el precio de nuestra desatención con la vida de estos valiosos griegos que ahora honramos.

Luego, apoyó un antorcha en la pira. Las llamas lamieron la madera y pronto los cuerpos de los soldados muertos comenzaron a arder.

Cuando solo quedaron cenizas y huesos en la pira funeraria, varios esclavos los recogieron, y después de bañarlos en vino, los trituraron y los guardaron en grandes vasijas. Sus cenizas serían llevadas de vuelta a Grecia o depositadas en el primer templo griego que se encontrara, lejos de la ciudad maldita por los sacerdotes que aún ardía.

Después de la ceremonia, el ejército reinició la marcha, la vanguardia y el convoy de suministros pasaron junto a nosotros, Artemisia y sus amazonas marchaban junto con una

compañía de peltastas que tomaron la delantera de la columna. Pasaron al lado de Perseo, pero con excepción de una o dos amazonas que lo miraron, las demás lo ignoraron, y su líder fingió no verlo.

No pasó mucho tiempo antes de que la vanguardia con el convoy de suministros llevando a los heridos se alejara, haciendo que Perseo perdiera el contacto visual con ellos. Solo entonces la tropa de la retaguardia reinició la marcha, siguiendo sus rastros y cubriendo la retirada.

Después de la ceremonia, una tropa de cincuenta peltastas liderados por un joven teniente llamado Edipo se presentó ante mí.

—Estamos a sus órdenes, señora —dijo el joven, que no debía tener más de veinte años.

Artemisia observó a los peltastas, todos jóvenes, entre veinte y treinta años, y parecían estar en buena forma.

—Muy bien, avanzaremos al frente del ejército. Formen grupos de diez y dispersen por todas direcciones. Al primer signo de enemigos, regresen y comuniquen conmigo o con Quirísofo —ordenó.

Las amazonas siguieron a los peltastas que avanzaban al frente, marcando el terreno. De reojo, Artemisia notó que Perseo la observaba cuando pasaron junto a él y sus compañeros, pero a pesar de su deseo de hablarle, lo ignoró nuevamente.

Tras medio día de marcha, llegaron a una gran fortaleza, junto con un grupo de diez peltastas. Las amazonas entraron cautelosamente al lugar, con las flechas listas en sus arcos.

La fortaleza tenía una gran sala principal y varias habitaciones que debían servir como dormitorios, además de una enorme cocina, pero después de revisar todas las habitaciones, no encontraron a nadie, estaba abandonada.

Cerca de la fortaleza se alzaba la ciudad de Méspila, antaño habitada por los Medos. El muro, en su base, era de piedra labrada, incrustada con conchas sobre ladrillos, cada parte midiendo cincuenta pies de altura.

La ciudad también parecía estar deshabitada, entraron cautelosamente por las puertas abiertas y recorrieron algunas calles cercanas al muro, invadiendo varias casas, pero todo estaba en silencio. Se notaba que los habitantes habían dejado sus hogares con prisa, pues en algunas casas aún había platos con comida que no se había echado a perder.

Por precaución, esperaron la llegada del resto de la columna del ejército fuera de los muros.

Artemisia se presentó ante Quirísofo para informarle de lo que había descubierto. Él esperaba con una escolta de peltastas cerca de las puertas.

—Parece estar abandonada, pero no avanzamos mucho hacia el interior. No puedo asegurar que no haya persas escondidos, como en la ciudad de Larisa —advirtió la amazona mientras observaba al ejército griego extendiéndose por los alrededores de los muros.

—Evitemos sorpresas —dijo Quirísofo a un oficial a su lado—. Ordena que se saquee la ciudad y luego continuaremos la marcha.

No pasó mucho tiempo antes de que los grupos de soldados invadieran y saquearan el lugar. Esta vez no hubo sorpresas, y Artemisia observó a los griegos salir, cargando los pocos objetos de valor que encontraron.

Tras el saqueo, el ejército reanudó la marcha, que no se detuvo hasta que el crepúsculo se aproximó. Fue entonces cuando los soldados montaron el campamento en la llanura. Junto con

los peltastas, las amazonas acamparon en la vanguardia, pero antes Artemisia ordenó que veinte de ellos avanzaran y se escondieran en puestos avanzados, con la orden de regresar si observaban algún movimiento de tropas enemigas.

Las amazonas y su tropa auxiliar de peltastas marcharon durante dos días, acampando siempre en la vanguardia y lejos de las tropas de retaguardia, donde se encontraba Perseo. Para la amazona, era un alivio no verlo, así la pena que sentía era menor.

Perseo y sus compañeros llegaron a la ciudad de Méspila. Atreu contó que, según la leyenda, la reina Medea se refugió allí cuando los persas subyugaron a los medos. La ciudad fue sitiada, pero el rey persa no pudo dominarla por la fuerza; solo cuando Zeus envió un terrible trueno que asustó a los habitantes, la ciudad se rindió.

La ciudad también estaba abandonada, y después de saquearla, el ejército reanudó la marcha, acampando en la llanura cuando el crepúsculo se aproximó.

Marchamos durante dos días, acampando siempre a cierta distancia de la vanguardia y del convoy de suministros. En la mañana del tercer día, los exploradores informaron que un gran ejército persa se aproximaba por la retaguardia vigilada por los espartanos, era aún mayor que el que enfrentaron en Cunaxa.

Los soldados tomaron posiciones de combate y esperaron. El ejército persa también se formó en batalla, y por el estandarte que llevaban, se dieron cuenta de que el propio Tisafernes estaba al mando.

El día estaba nublado, las nubes cargadas presagiaban una tormenta, el aire estaba sofocante y sin brisa, los soldados sudaban bajo las armaduras debido a la tensión y al calor. De repente, varios arqueros y honderos avanzaron desde las tropas persas, pero esta vez los espartanos tenían una sorpresa preparada para ellos; Jenofonte había destacado una tropa de unos doscientos soldados rodios, expertos en hondas, para que acompañaran a la retaguardia, junto con el cuerpo de caballería tracia.

Los arqueros cretenses habían mejorado sus arcos a la manera de los persas, de modo que el alcance de sus flechas se igualó al de los persas. Cuando estos se acercaron, confiados en que podrían atacar a los espartanos a distancia, los honderos y arqueros griegos lanzaron una lluvia de proyectiles contra ellos, causando bajas pesadas que los hicieron retroceder hasta sus líneas.

El ejército enemigo se quedó parado a distancia, sin decidirse a atacar. Finalmente, después de una hora de espera, los espartanos recibieron órdenes de reiniciar la retirada. La vanguardia del ejército griego estaba fuera del alcance de los persas, que los seguían a distancia. Varias veces, los arqueros y honderos persas avanzaron para atacar, pero fueron contenidos por los rodios y los cretenses.

Diomedes se encantó con la honda y, durante la marcha, logró comprar una de un rodio. Durante una pausa para descansar, el soldado le enseñó la técnica para lanzar los proyectiles de plomo y piedras pulidas.

Al final de la tarde, los persas avanzaron de nuevo. Esta vez, el pelotón de Perseo estaba en reserva, detrás de las primeras líneas de hoplitas. Los rodios y los cretenses tomaron posición y comenzaron a disparar sus proyectiles. Diomedes corrió hacia ellos y usó su honda. Tras el primer disparo, gritó:

—¿Lo vieron? —se giró hacia sus compañeros que estaban justo detrás de él—. Acerté de primera.

—Deberías hacerle parte a él —murmuró Laertes dirigiéndose a Georgios, quien lo ignoró.

—Dispara otra, que no vi nada —invitó Petrus animado.

—Entonces miren allá, hacia ese arquero persa que está un poco más adelantado —apuntó Diomedes hacia un arquero que se encontraba al frente de sus filas, mostrando valentía.

Diomedes preparó de nuevo su honda, retrocedió un paso y la giró con velocidad, mirando al arquero persa adelantado. Con un rápido movimiento, soltó una de las cuerdas, y el proyectil de plomo fue lanzado a gran velocidad. Inmediatamente después, vieron al arquero persa caer al suelo, tocándose la cabeza como si hubiera sido golpeado por un rayo. Movi6 las piernas en un movimiento convulsivo y se inmoviliz6. Dos arqueros avanzaron y r6pidamente retiraron el cuerpo del lugar. Diomedes se gir6 hacia sus amigos, riendo como un ni6o con un juguete nuevo. Lo cierto es que 6l era bueno en todo lo que hac6a.

Esa vez, los persas se retiraron y los espartanos no los volvieron a ver. Una fuerte lluvia comenz6 al anochecer, y despu6s de marchar durante parte de la noche bajo el agua, alcanzaron la vanguardia del ej6rcito griego.

Todos estaban empapados y temblando de fr6o.

CAPÍTULO 7

Tres días después de abandonar la ciudad abandonada, Artemisia y sus Amazonas encontraron un conjunto de tres aldeas cercanas entre sí y regresaron para avisar a Quirísofo.

El clima, que había estado nublado, cambió, y una fuerte lluvia cayó, congelando a todos.

Los generales ordenaron que las aldeas fueran saqueadas. Los peltastas se esparcieron por los campos atacándolas. Sus rebaños fueron sacrificados, y la carne distribuida entre las tropas; todo lo que era comestible fue saqueado. A lo lejos, las Amazonas escuchaban los gritos de mujeres siendo violadas, los hombres de edad para empuñar una espada eran asesinados, y las jóvenes más bellas y varios adolescentes eran capturados, su destino era la esclavitud, si lograban sobrevivir a la retirada.

Esos saqueos hacían que los recuerdos de la infancia de Artemisia regresaran con fuerza. En esos momentos, se sentía avergonzada, había jurado vengarse de los hombres que habían destruido su familia y robado su inocencia, pero los dioses se rieron de sus planes y se enamoró de un espartano, un ciudadano de la ciudad que fue responsable de los ataques a la casa de la Amazona durante la guerra entre Esparta y Atenas. Sin embargo, luego el sentimiento de vergüenza desaparecía y pensaba que nunca había sido tan feliz como cuando conoció el amor al lado de Perseo y, ahora, por amarlo demasiado, debía dejarlo partir.

El deseo de Artemisia era ayudar a las prisioneras, pero no había nada que pudiera hacer. *Si me vuelvo contra los griegos, nuestro destino será el mismo que el de estas pobres desgraciadas, algo que Perseo y sus compañeros no permitirían, y si ellos intentaran ayudarme, podrían ser muertos por mi culpa, algo que nunca permitiré*, pensó.

Los prisioneros capturados fueron atados para seguir con el convoy de suministros en el centro de la columna. Algunos griegos heridos fueron llevados por sus compañeros a un hospital de campaña instalado en una de las aldeas, donde las Amazonas instalaron sus tiendas fuera de los límites de la misma.

Artemisia ordenó que Hipólita, una Amazona de veinte años que sabía algo de griego, fuera en busca de información sobre lo que estaba sucediendo. Después de un tiempo, regresó corriendo hacia la hoguera donde estaban sentadas.

—Los griegos de la retaguardia entraron en combate contra un ejército persa. Me dijeron que el propio Tisafernes estaba al mando —relató con ansiedad.

—Tal vez sea nuestra oportunidad de vengarnos de él —gruñó Hircania con un brillo salvaje en los ojos.

—¡Maldito sea! —gruñó Artemisia—. Iré a buscar a los generales, esperadme aquí.

La líder Amazona buscó la tienda de mando, donde Jenofonte, Quirísofo y otros oficiales la recibieron con alegría.

—Bienvenida, Artemisia —saludó Jenofonte ofreciéndole un vaso de vino.

—Generales —saludó la Amazona a todos—. Tisafernes sigue tras nosotros.

—Sí —respondió Quirísofo—. Parece que no descansará hasta que nos destruya.

—Estaba preparado desde nuestro último encuentro y dejé una tropa de unos doscientos soldados rodios, especialistas en hondas, y toda nuestra caballería disponible. Me complace decir que sorprendimos a los persas y huyeron —explicó Jenofonte.

—Pero no se rendirá, y con él en nuestro seguimiento no podremos avanzar mucho —explicó Artemisia, sabiendo lo traicionero que era Tisafernes.

—¿Qué sugieres? —preguntó Quirísofo.

—Atacarlos durante la noche, cuando estén descansando. Si los sorprendemos, tal vez no puedan seguirnos durante varios días —respondió Artemisia, imaginando que podría tener la oportunidad de matarlo.

—Es una buena idea, analizaremos tu plan y te avisaremos —respondió Jenofonte.

Artemisia salió de la tienda y regresó junto a sus guerreras. *Si los generales griegos aceptan mi idea, esta será mi oportunidad de vengarme de Tisafernes*, pensó.

Al llegar al campamento, ordenó a sus hermanas que se prepararan.

Mientras Artemisia afilaba su espada en el interior de su tienda, escuchó voces. Mirando por la rendija de la tela que cubría la entrada, vio que cuatro amazonas habían detenido a Perseo, quien caminaba hacia ella.

La líder amazona había ordenado a sus hermanas que no deseaba encontrarse con el espartano, y que si él aparecía, debían impedirle el paso.

Perseo y sus compañeros no participaron en el saqueo de las tres aldeas y fueron informados de que permanecerían allí durante tres días, descansando y atendiendo a los heridos.

El joven espartano logró localizar el campamento de las amazonas y se dirigió a la tienda de Artemisia, pero cuatro guerreras lo interceptaron.

—¡Perseo, hoy no! —dijeron, bloqueando su paso.

Nada me impedirá ver a Artemisia esta vez, pensó irritado, empujando a una de las amazonas a un lado y avanzando. Dos guerreras, con las espadas en mano, apuntaron sus hojas a su pecho, con miradas desafiantes.

—¡Artemisia! —gritó Perseo— ¡No me iré sin verte ni hablar contigo!

¡Dioses inmortales! ¿Por qué me hacen esto?, pensó la amazona, luchando contra el impulso de correr hacia sus brazos, pero estaba decidida a olvidarlo.

Perseo apartó las espadas con un movimiento brusco y continuó avanzando hacia la tienda de Artemisia. Una de las amazonas, con un grito, intentó golpearlo con la empuñadura de su espada, pero él agarró sus muñecas y, con un giro rápido, la lanzó al suelo. Sin embargo, recibió un golpe en la nuca de otra guerrera, que lo hizo caer de rodillas. Entonces sintió una hoja fría presionando contra su cuello.

Perseo se levantó enfurecido; la presión del filo de la espada comenzó a romper su piel. *Tendrán que matarme si quieren detenerme*, pensó, empujando la hoja hacia un lado. Observó cómo la espada se dirigía hacia su cuello y creyó que moriría. Por eso, sonrió. Pero antes de ser alcanzado, escuchó un grito:

—¡Deteneos! —ordenó una voz femenina, autoritaria.

La espada se detuvo a centímetros de la garganta del espartano. Perseo giró la cabeza hacia la voz. Artemisia estaba de pie en la entrada de su tienda. Parecía pálida; su cabello rubio estaba recogido en una trenza apretada. Llevaba una coraza pectoral y dos espadas sujetas a la cintura con un cinturón de cuero. *Sigue siendo hermosa*, pensó Perseo.

Artemisia hizo un gesto para que las amazonas lo dejaran pasar y entró en la tienda. Perseo se frotó el cuello, que ardía. Al mirar su mano, notó rastros de sangre. *¿Habrían llegado a matarme si Artemisia no hubiera intervenido?*, se preguntó.

Perseo entró tras ella. Un pequeño candil iluminaba el lugar con una luz tenue. Artemisia, con los brazos cruzados, lo miraba con intensidad, como si ese gesto pudiera protegerla del deseo de caer en sus brazos. Sus ojos azules parecían más oscuros. Él intentó acercarse.

—No, Perseo —dijo Artemisia, retrocediendo.

—Artemisia, no entiendo. ¿Qué está pasando?

—Perseo, la Artemisia que conociste murió en aquella batalla. Ahora soy una sombra rechazada por Hades. Debería estar con mis hermanas, que murieron valientemente. —La amazona torció las manos sin atreverse a mirarlo.

—No te culpes. Luchaste con valentía. Todo el ejército griego conoce tu coraje y el de tus hermanas. Fue un milagro que sobrevivieras. —Él dio un paso hacia ella.

—¡Estoy viva solo para matar a Tisafernes y Artajerjes... o morir intentándolo! ¿No lo entiendes? ¡Mis hermanas están muertas! ¡Fallé al proteger a mi rey! Estas mujeres que me acompañan también se consideran muertas; solo queremos reunirnos con nuestras hermanas en el Hades. —exclamó, mientras las lágrimas caían por su rostro, llevándose consigo el dolor de la pérdida y la culpa que sentía.

—¡No seas insensata! —gritó Perseo, irritado—. ¡Jamás podrán acercarse a Tisafernes o a Artajerjes! Los dioses te han dado una nueva vida. ¡Yo estoy aquí, contigo, y te amo! ¡Juntos podemos superar cualquier cosa!

—¡Basta, Perseo! Márchate. Tu presencia solo aumenta mi dolor. —La amazona cubrió su rostro con las manos y se dio la vuelta.

¡Dioses, hacedle entender!, pensó, desesperada.

—¡Te amo! —Perseo puso una mano sobre el hombro de Artemisia.

—¡Pero yo no te amo! ¡Se acabó! —exclamó ella, apartando bruscamente su mano y girándose para mirarlo a los ojos.

Sé el dolor que le causo, pero su presencia también me inflige un sufrimiento insoportable en el alma, pensó.

Perseo se sintió devastado; aquellas palabras lo hirieron más profundamente que cualquier hoja enemiga podría haberlo hecho.

Artemisia mantuvo su mirada fija en la de él. Sus ojos, de un azul oscuro, reflejaban una tristeza tan profunda que parecía imposible de ocultar.

—¡Vete! Sobrevive y regresa con tu hijo y su madre en Atenas. Serás más feliz con ellos. A mi lado, solo encontrarás un destino: el reino de Hades. —La amazona pronunció estas palabras mientras las lágrimas corrían por su rostro.

El espartano intentó acercarse nuevamente. Deseaba abrazarla, decirle que todo estaría bien, que estarían juntos, pero Artemisia retrocedió y gritó algo en su lengua escita. De inmediato, cuatro Amazonas entraron corriendo, espadas en mano.

—¡Vete, Perseo! —ordenó Artemisia con dureza, su hermoso rostro endurecido por la irritación ante la insistencia de él, pero odiándose a sí misma por cada palabra pronunciada—. Juro por todos los dioses que les ordenaré matarte si no te marchas.

Perseo dio otro paso hacia ella, decidido. Artemisia lo miró y comprendió lo que pretendía: abrazarla, consolarla. *No puedo permitirlo. Si me abraza, no resistiré. ¡Dioses! No puedo condenarlo a morir por mí. Mi senda de venganza tiene un único final: la muerte*, pensó mientras retrocedía un paso más.

Resignado, Perseo salió de la tienda y regresó a su posición. Por ahora, no había nada más que pudiera hacer. Sin embargo, en su interior sabía que no renunciaría tan fácilmente a la mujer que amaba.

Cuando él desapareció de su vista, Artemisia cayó de rodillas y rompió a llorar.

Los dioses me han maldecido al hacer que lo ame tanto, pensó, recordando una vez más el sueño con Ares y Afrodita.

Debo elegir entre servir al dios de la guerra o entregarme a este amor maldito por la diosa. Pero incluso si elijo el camino de Afrodita, Perseo terminará muriendo... como todos los que he amado antes.

El ejército reanudó la retirada, con las amazonas en la vanguardia explorando el terreno junto a las tropas de peltastas bajo el mando de Artemisia.

Al quinto día, las llanuras dieron paso a sierras, colinas y montañas.

Las amazonas cruzaron la primera sierra, pero al iniciar el ascenso de la segunda, arqueros y honderos persas comenzaron a lanzar sus proyectiles. Esto obligó a los peltastas que las seguían a retroceder con los heridos que pudieron rescatar, dejando atrás a varios griegos muertos en el lugar, mientras las amazonas cubrían su retirada disparando flechas hacia las posiciones enemigas.

Artemisia y sus tropas retrocedieron hasta el campamento y se dirigieron a la tienda del general Quirísofo para informarle que el camino estaba bloqueado.

—Solo con el apoyo de la infantería pesada podremos atravesarlo —explicó la amazona.

—Convocaré a algunas compañías de hoplitas de la retaguardia —decidió el general, mientras un ayudante salía en busca de un mensajero.

El mensajero se presentó y Quirísofo le ordenó que llamara a Jenofonte, quien comandaba a los hoplitas en la retaguardia.

Mientras Artemisia esperaba, el general le sirvió una copa de vino y le contó algunas historias de su vida como soldado. Ella escuchaba fingiendo interés, aunque en realidad pensaba en Perseo, a quien no había vuelto a ver ni había recibido noticias desde su último encuentro.

Jenofonte llegó con otros oficiales un tiempo después. Tras discutir las opciones, se decidió que una división de quinientos hoplitas avanzaría para tomar las cumbres de las sierras.

El regimiento de Perseo fue seleccionado, junto con otros, para la misión, y se desplazaron hacia la vanguardia, mientras el resto del ejército permanecía estacionado fuera del alcance de los persas.

Los oficiales y sargentos se reunieron para discutir el plan elaborado por los generales. Georgios regresó con malas noticias:

—Avanzaremos de cien en cien. Nuestra compañía, bajo el mando del capitán Admeto y del teniente Anaxandro, será la primera. He echado suertes con los demás sargentos, y nuestro pelotón ha sido elegido para liderar el primer asalto —anunció mientras miraba a sus hombres.

—Siempre nos toca el trabajo más duro —murmuró Diomedes con desdén.

—Cállate, Diomedes —reprenió Georgios—. Escuchadme bien: el terreno es accidentado, lleno de sierras, colinas y montañas. La vanguardia del ejército fue sorprendida por arqueros y honderos persas en la segunda sierra. La infantería ligera tuvo que retirarse. Los persas tienen la ventaja de estar en terreno elevado, lo que aumenta el alcance de sus disparos. Por esta razón, no tendremos apoyo de nuestros arqueros ni de nuestros honderos.

—Que Atenea tenga piedad de nosotros —murmuró Atreu con resignación.

—Nos van a masacrar —rió Petrus de forma amarga.

—¡Callaos todos! —ordenó Georgios con dureza—. Debemos cruzar esas sierras. Solo la infantería pesada puede avanzar. Tenemos que desalojar a esos persas o acabaremos rodeados. Tisafernes sigue en nuestra retaguardia. El plan es sencillo: subimos lo más rápido posible y los expulsamos.

Con resignación, los espartanos se armaron con su equipo completo y salieron en formación, intentando mantener una línea cohesionada de tres filas de doce soldados.

Cuando los hoplitas pasaron frente a la tienda de mando, Artemisia los observó buscando a Perseo. Lo divisó entre los griegos que marchaban, y el corazón de la amazona se aceleró como si fuera una adolescente enamorada. Concentrándose en su decisión de dejarlo ir, la guerrera apartó los pensamientos de sus encuentros, que la asaltaban sin descanso. *Debo acostumbrarme a estos encuentros*, pensó.

Junto a los generales, la amazona siguió a lo lejos a los hoplitas mientras subían la sierra, hasta que desaparecieron tras una colina.

El pelotón comandado por Georgios abrió camino subiendo la primera sierra sin encontrar dificultades. Comenzaron el descenso mientras el pelotón de Menelao ocupaba la cima de la sierra, seguido por el resto de las tropas de asalto.

Al llegar al pie de la segunda sierra, miraron hacia la cima del próximo monte, pero no vieron a nadie. Con precaución, Perseo y sus compañeros iniciaron el ascenso. El terreno era irregular y no les permitía avanzar en formación de falange.

—¡Dispersaos! —ordenó Georgios.

Los soldados comenzaron a dispersarse. En ese instante, varios arqueros y honderos persas aparecieron en la cima y lanzaron sobre ellos una lluvia de flechas y piedras. Los espartanos alzaron sus escudos para defenderse. Perseo escuchaba el silbido de las flechas cortando el aire y sentía el impacto metálico de los proyectiles de los honderos contra su escudo; dos flechas chocaron contra él y cayeron al suelo. El espartano estaba en la primera fila, a unos pasos de Laertes y Atreu a su derecha, y de Diomedes y Petrus a su izquierda.

Con cautela, Perseo miraba por encima del borde de su escudo hacia la cima del monte, intentando localizar a los persas mientras se concentraba en el difícil ascenso, procurando exponerse lo menos posible. *Mi casco no me protegerá de la muerte si esos malditos proyectiles de piedra o plomo me alcanzan*, pensó, justo cuando escuchó un grito de dolor desde la fila trasera, seguido rápidamente de otro.

—¡Atención! ¡Anticipad la llegada de las flechas y piedras, levantad el escudo! ¡Seguid avanzando! —ordenó Georgios, gritando para hacerse escuchar.

—¡Malditos persas! ¡Voy a arrancarles las cabezas y metérselas por el culo cuando los alcance! —gritó Petrus en dirección a los persas.

El ascenso era lento. El equipo pesado protegía a los espartanos, pero al mismo tiempo les impedía avanzar con rapidez. Con esfuerzo, dejando a cinco heridos atrás, se acercaron a la cima de la sierra. A cincuenta pasos de alcanzarla, los proyectiles dejaron de caer; ahora ya no veían a los persas. A veinte pasos, los soldados avanzaron corriendo tan rápido como podían, con las lanzas listas para caer sobre los persas, pero al llegar a la cima no encontraron a nadie.

Los espartanos gritaron con rabia y frustración, maldiciendo a los persas con los peores insultos que conocían mientras los veían correr colina abajo, fuera del alcance de sus lanzas. Perseo y sus compañeros miraron a su alrededor y solo vieron sierras, montes y colinas en el horizonte. *El terreno es demasiado accidentado*, pensó, desanimado.

Todos se sentaron exhaustos y bebieron agua de sus odres; algunos afortunados, como Diomedes, bebían vino. El pelotón de Menelao los alcanzó y, tras un breve descanso, los superaron, asumiendo la vanguardia para tomar la siguiente sierra donde los persas los estarían esperando.

Pasaron horas en ese esfuerzo. Cada vez que los espartanos alcanzaban la base de un monte o una sierra y comenzaban a ascender, eran atacados por los persas. Al llegar a la cima, no encontraban a nadie. Después de perder a cincuenta hombres entre heridos y muertos, el regimiento recibió órdenes de mantener posición en la cima del último monte que habían

alcanzado.

En la tienda de mando, llegó un mensajero informando que los hoplitas no lograban avanzar. No pasó mucho tiempo antes de que varios soldados descendieran la sierra llevando a compañeros heridos y muertos sobre sus hombros.

Angustiada, Artemisia se acercó y los observó caminar hacia las tiendas de los médicos. *Gracias a los dioses, Perseo no está entre ellos*, pensó.

—Enviaremos a los peltastas para atacar por los flancos y a los arqueros y honderos para cubrir a los hoplitas —sugirió Jenofonte.

—Muy bien, daré las órdenes —asintió Quirísofo, haciendo una señal a un comandante.

—Iré con mis guerreras —decidió Artemisia, sabiendo que Perseo y sus compañeros estaban enfrentando dificultades.

—Toda ayuda es bienvenida —respondió Jenofonte—. Puedes liderar al grupo de apoyo.

La tropa de apoyo se unió a los hoplitas. Perseo observó a Artemisia y a las amazonas con sus mortíferos arcos, pero ella no lo miró, y él permaneció en silencio mientras la contemplaba. *La amo, pero la dejaré en paz, por ahora*, pensó.

Después de que Artemisia distribuyera órdenes y explicara el plan, los hoplitas avanzaron de nuevo, seguidos de cerca por las amazonas. La líder de las amazonas observó la espalda de Perseo mientras avanzaba lentamente junto a sus compañeros.

Artemisa cazadora, protégelo, oró mentalmente.

De repente, soldados persas en la cima de la sierra intentaron detener el avance de los griegos, pero cuando asomaron en lo alto para atacarlos, las amazonas dispararon con sus arcos, acertando a varios de ellos. Gritos de dolor se escuchaban en la cumbre.

Los arqueros y honderos que avanzaban por los flancos junto a los peltastas lograron llegar a distancia de tiro y lanzaron una lluvia de proyectiles contra la posición enemiga, intensificando los gritos.

Cuando los hoplitas griegos alcanzaron la cima, los persas ya la habían abandonado, dejando atrás varios muertos y heridos.

Los peltastas más ágiles ya habían escalado el monte y mutilaban con odio los cuerpos de los persas, matando a los heridos que encontraban. Tres de los heridos estaban siendo atacados con los dardos de los peltastas. Los soldados, enfurecidos por la pérdida de sus compañeros, se desquitaban brutalmente. Con mucho esfuerzo, Admeto, Georgios y los demás oficiales lograron rescatarlos.

—Deben ser interrogados por los oficiales de inteligencia —gruñó Admeto—. Georgios, tú y tus hombres seréis responsables de ellos. Llevadlos a la retaguardia.

—¡Habéis oído! Poned a estos persas en pie —ordenó el sargento.

Laertes se dirigió a ellos de inmediato, propinándoles patadas:

—¡Vamos, hijos de una prostituta ateniense, levantaos y marchaos! —gruñó con odio en la mirada.

Los persas, con dificultad, se levantaron, excepto uno que estaba demasiado herido para caminar. Laertes miró interrogante a Georgios y Admeto, quienes asintieron con la cabeza. Sin dudar, el espartano desenvainó su espada y la hundió en el corazón del persa, quien murió instantáneamente. Ataron las manos de los otros dos y, empujándolos con las lanzas, los obligaron a marchar hacia la retaguardia.

Perseo pasó junto a Artemisia, que estaba rodeada por sus guerreras. La miró fijamente, pero la amazona desvió la mirada. Resignado, el espartano siguió a sus compañeros.

Las tropas de peltastas y hoplitas se dispersaron por las sierras adyacentes, pero no había más señales de los persas. En la cima de una de ellas, Artemisia acampó con sus guerreras. Encendieron una hoguera para pasar la noche, ya que llevaban provisiones suficientes para dos días: carne seca, un pan duro como una piedra y odres con cerveza y vino.

El crepúsculo se acercaba mientras el sol se ponía en el horizonte, tiñendo las nubes a su alrededor con los más variados tonos de rosa y rojo. Es una visión hermosa, pensó Artemisia mientras permanecía sentada, observando y reflexionando sobre todo lo ocurrido en los últimos días: los sonidos e imágenes de la batalla de Cunaxa atormentaban sus pensamientos; Ciro, su declaración de que siempre la había amado; la lucha sangrienta por sus despojos; la muerte de Ikarnas y de casi la totalidad de sus guerreras. *He fallado. Las traje desde Escitia para morir en una tierra extranjera, lejos de nuestros hogares.*

Una lágrima solitaria resbaló por el rostro de la amazona. *¡Dioses! ¿Cuándo conoceré la paz?*, pensó.

Con la noche ya avanzada, las Amazonas observaron desde la distancia cómo la infantería hoplita se desplazaba hacia una sierra situada a la derecha de su posición. Artemisia envió a Hircania en busca de información, y esta regresó una hora después, informando que los hoplitas iban a atacar una aldea que servía como depósito de suministros para el ejército persa.

Los espartanos regresaron a la retaguardia donde los oficiales se encontraban reunidos y entregaron a los prisioneros a Timasión, quien a su vez llamó a un enorme soldado arcadio, ordenando que arrancara toda la información útil de ellos. Perseo y sus compañeros regresaron a la vanguardia, alcanzando al resto de la tropa de asalto, ya que los persas habían desaparecido y no intentaron emboscar al ejército nuevamente.

La noche estaba casi llegando, cuando un mensajero los alcanzó y se dirigió al comandante de la división que lideraba la tropa de asalto. Después de escuchar el mensaje, este convocó a los oficiales y sargentos para trazar una estrategia. Pasados algunos minutos, Georgios regresó ordenando que todos se prepararan, a pesar de que el pelotón ahora se había reducido a veinte soldados, con los muertos y heridos evacuados a la retaguardia.

— El mensajero vino con información, los persas capturados dijeron que después de esa sierra — explicó el sargento señalando una sierra a la derecha de nuestra posición — hay un gran pueblo que sirve de depósito de suministros para el sátrapa de esta provincia. Vamos a atacarlo por todos los lados. Las órdenes son no perdonar a ningún hombre con edad para empuñar una espada.

—¿Vamos a saquear el lugar? —preguntó esperanzado Petrus.

—Nada de saqueos, vamos a dominar el lugar y esperar al resto del ejército —respondió Georgios.

—Esta excursión ya empieza a cansarme —rió Diomedes mientras se ponía el casco y ajustaba las correas de su escudo.

Avanzaron bajo la oscuridad de la noche. Al cruzar la sierra indicada por los prisioneros, vieron a lo lejos pequeñas luces en el horizonte, que parecían fogatas. Bajaron y entraron en una llanura, dividiéndose. Orientados por las luces distantes, caminaron rápidamente rodeando el lugar. Al acercarse a las fogatas, se dieron cuenta de que había varios soldados persas alrededor de ellas cenando, y cayeron sobre ellos como un rayo.

Corriendo en silencio, Perseo alcanzó la fogata más cercana, apuntó a un persa y atravesó su pecho con la lanza en el momento en que este intentaba sacar su espada. Petrus agarró a otro y metió su cabeza dentro de un caldero en el que probablemente estaban cocinando la cena. El

persa gritó de dolor. Diomedes, que le cortaba la garganta a otro soldado, regañó a su compañero.

—¿Quieres estropear la comida?

—Tienes razón, ¿dónde estaba con la cabeza? Estropear la comida con un persa lleno de piojos —rió Petrus mientras sacaba la cabeza del desafortunado del caldero y, con un golpe violento, le quebraba el cuello.

Los espartanos avanzaron hacia el interior del pueblo, que estaba rodeado por todos lados. Los soldados persas que estaban en el lugar fueron masacrados, y el pelotón hizo diez prisioneros. Laertes, fríamente, les cortó la garganta a todos.

Registraron el lugar y encontraron varios depósitos de suministros: harina de trigo, vino, cebada para los caballos, carneros y bueyes. No se encontró ningún habitante; todos fueron evacuados por los persas cuando supieron que el ejército griego se dirigía hacia ellos. Se enviaron mensajeros informando que el lugar había sido tomado, mientras esperaban, los soldados comieron el guiso que los persas estaban cocinando, no podían permitirse el lujo de desperdiciar una comida. El resto del ejército avanzó y ocupó el pueblo y sus alrededores.

Permanecieron en el lugar durante tres días, había muchos heridos que requerían cuidados médicos. Los soldados muertos fueron cremados en presencia de todo el ejército. Al cuarto día reiniciaron la retirada, esta vez en un terreno plano. Nuevamente, los espartanos se posicionaron en la retaguardia de la columna del ejército. No pasó mucho tiempo antes de que a lo lejos avistaran el ejército persa comandado por Tisafernes siguiéndolos, pero no se presentaron para el combate y mantuvieron su distancia.

La retirada era lenta, los griegos tenían que cargar a los heridos en camillas improvisadas, soldados con heridas leves y esclavos ayudaban en el traslado, los heridos más graves eran transportados en las pocas carreteras disponibles. Aquellos que estaban más allá del auxilio médico eran sacrificados con un golpe en el corazón.

Marcharon todo el día, llegando al anochecer a una pequeña aldea. El ejército se detuvo para pasar la noche en el lugar en formación de combate, y se colocaron centinelas alrededor.

El ejército persa de Tisafernes, que seguía a los griegos a distancia, con la llegada del crepúsculo se alejó, desapareciendo de la vista de los griegos. No les gustaba combatir durante la noche.

CAPÍTULO 8

Las Amazonas continuaron en la vanguardia, explorando el terreno para evitar emboscadas.

En el crepúsculo del cuarto día, un mensajero avisó a Artemisia que Quirísofo la convocaba para una reunión en la tienda de mando.

Cuando la Amazona llegó, Quirísofo, Jenofonte y otros oficiales estaban reunidos, la preocupación y el cansancio eran evidentes en el rostro de todos.

—Artemisia, qué bueno que te uniste a nosotros —saludó Quirísofo con una sonrisa cansada.

—Los persas nos siguen nuevamente, Tisafernes está al mando y parece incansable en nuestra persecución —afirmó Jenofonte, contraído de mandíbula.

—Nuestro ritmo es muy lento, tenemos muchos heridos —dijo un oficial llamado Agasias.

—Conozco a Tisafernes, ya lo dije, ese perro no dejará de perseguirnos si no le damos un golpe decisivo. Los persas no les gusta luchar durante la noche, por eso se alejan. Si los atacamos mientras duermen, podemos causar gran mortandad y confusión entre ellos, lo que nos dará tiempo para avanzar —Artemisia enfatizó su plan anterior mirando a los presentes.

—Hemos pensado en tu propuesta —dijo Quirísofo.

—Estamos de acuerdo con tu idea, marcharemos durante la noche mientras una tropa de asalto comandada por Epaminondas hará un ataque sorpresa —explicó Jenofonte señalando a un oficial de mediana edad junto a la mesa.

—Atacaremos al anochecer —interrumpió Epaminondas presentándose.

—Iré contigo —afirmó la Amazona categóricamente.

—Serás bienvenida —el oficial sonrió ligeramente.

Después de acordar los detalles del ataque, Artemisia se dirigió a su campamento y reunió a sus guerreras.

—Hermanas, Tisafernes ha estado persiguiendo al ejército griego sin descanso, planean atacar a los persas esta noche. Es nuestra oportunidad de vengarnos de ese maldito. No les ordenaré que me acompañen, pero si hay una sola oportunidad de matarlo, por pequeña que sea, quiero estar presente —explicó.

—Todas iremos —afirmó Hircania.

—Entonces prepárense —Artemisia se animó con la posibilidad de matar a Tisafernes.

Los espartanos apenas empezaron a preparar la fogata para la cena nocturna cuando Anaxandro apareció:

—Georgios, pon a los hombres en formación y sígueme —ordenó.

—Señor, los hombres aún no han cenado —reclamó el sargento.

—Lleven lo que puedan comer en el camino, nuestras órdenes son reunirnos con una tropa de asalto que se está organizando —respondió el teniente, de mal humor.

—Siempre nosotros —murmuró Diomedes, arrojando un trozo de leña en la fogata que aún no se había encendido.

—¿No escucharon al teniente? ¡Rápido! —ordenó Georgios, con el rostro tenso.

Los soldados se pusieron los equipos y se armaron, uniéndose al pelotón del sargento Menelao. El teniente Anaxandro y el capitán Admeto los comandarían. Se dirigieron al punto de encuentro donde el resto de la tropa de asalto, bajo el mando del comandante Epaminondas, de Tebas, aguardaba. Eran unos doscientos hoplitas, ciento cincuenta peltastas, cincuenta arqueros cretenses y cincuenta honderos rodios, además de Artemisia y sus veinticinco amazonas.

Perseo se sorprendió al verla, hizo un gesto para acercarse, pero Georgios lo detuvo con la mano en su hombro, moviendo la cabeza negativamente. La amazona lo vio y sintió una punzada de tristeza. *Parece que los dioses disfrutan acercándonos*, pensó.

La tropa de asalto se preparó para salir del campamento mientras observaban el movimiento del resto del ejército, que reiniciaría la retirada: todos desarmaban las tiendas recién instaladas y apagaban las fogatas mientras los sargentos y oficiales los apresuraban.

Epaminondas y sus oficiales pusieron en formación a la tropa y, antes de partir, los exhortó:

—¡Compañeros! ¡Los dioses honran a los audaces! Los soldados persas odian luchar de noche, por eso siempre se alejan de nuestro ejército al caer el anochecer. Nuestro plan es simple, vamos hasta el campamento persa, caeremos sobre ellos con un ataque rápido; maten a todos los que encuentren, incendien las tiendas, suelten los caballos, causen el mayor caos posible, al sonar la orden de retirada, retrocedan rápidamente bajo la cobertura de los arqueros y honderos. El resto del ejército reiniciará la retirada, como ven, así que después del ataque debemos ser rápidos para alcanzarlos, los soldados gravemente heridos serán sacrificados. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada, Perseo observó nuevamente a Artemisia junto a los oficiales, ella llevaba un casco espartano con crin de caballo, a su cintura estaban sus dos espadas sujetas por un cinturón de cuero que cruzaba su pecho, en la espalda llevaba un carcaj lleno de flechas y en la mano derecha un pequeño arco.

Perseo intentó ver sus ojos, pero estaban ocultos en la oscuridad, y sintió una profunda tristeza, una fatiga amenazó con dominarlo. *¿Por qué dejé Esparta? ¿Por qué Afrodita me hizo enamorarme de la amazona?* Alejó esos pensamientos. *Voy a la batalla, debo mantener la mente limpia y enfocada si quiero salir con vida.*

Partieron en una columna doble, los hoplitas al frente, seguidos por los arqueros y honderos. Los peltastas los adelantaron tomando la delantera, actuarían como exploradores, su misión era rastrear y encontrar al ejército persa, lo cual no era difícil, ya que el rastro de una tropa tan numerosa era fácilmente localizado.

Artemisia y sus amazonas caminaban a unos pasos apartadas de la columna.

Marcharon durante mucho tiempo, un viento frío recorría la llanura ondulada por pequeños montes, la luna ya había recorrido la mitad de su trayecto por el cielo y aún no habían visto las luces del campamento persa.

—Ahora ni siquiera podemos dormir —murmuró Petrus.

—Los generales deben pensar que somos caballos que pueden caminar dormidos —rió Diomedes.

—Tenemos que alejarnos del ejército persa, nuestra mejor oportunidad es durante la noche, ellos se alejan de nosotros para pernoctar, después de que caigamos sobre ellos, la confusión será tal que solo se darán cuenta de nuestra retirada mucho después —explicó Atreu.

—¿Desde cuándo eres estratega? —rió Petrus—. Ve a rezar a los dioses.

—¡Silencio! —regañó Georgios.

A pesar de la orden, se podía escuchar el susurro de los soldados impacientes, pero

finalmente los peltastas localizaron el campamento persa y los guiaron rápidamente al lugar, donde avistaron a lo lejos las luces de las fogatas.

Los soldados se reunieron detrás de un pequeño monte, lejos de la vista de posibles centinelas. Varios grupos de peltastas fueron enviados para eliminarlos silenciosamente. Tras un tiempo, algunos regresaron informando que el camino estaba libre y que el campamento parecía estar dormido.

Trajeron consigo a un prisionero.

—¿Dónde está la tienda de Tisafernes? —preguntó Epaminondas.

El prisionero los miraba con ojos llenos de terror, pero parecía no entender griego. El sargento Georgios hizo una señal para que Diomedes se acercara. Él se levantó y agarró a Perseo del brazo al ver que Artemisia se acercaba a los oficiales.

—Vamos, hermano, tal vez tú consigas hablar con ella —rió al darse cuenta de que Perseo no apartaba la mirada de ella.

Se agacharon junto a los oficiales.

—Tradúzcalo para mí, soldado —ordenó Epaminondas.

—Con gusto, señor —respondió Diomedes.

Perseo miró a Artemisia, pero ella desvió la mirada concentrándose en el prisionero.

Epaminondas se dirigió al persa, mientras Diomedes traducía la pregunta:

—¿Dónde están las tiendas de Tisafernes y sus oficiales?

El soldado balbuceó algunas palabras, y Diomedes las tradujo.

—Por lo que entiendo, señor —dijo dirigiéndose a Epaminondas—, las tiendas del mando persa están en el centro del campamento, rodeadas por la guardia personal de Tisafernes.

—Podríamos atacarlas. Si matamos a Tisafernes, nuestros problemas se reducirían mucho —sugirió el teniente Anaxandro, rascándose la cabeza mientras se quitaba el casco.

—Demasiado arriesgado. La confusión no durará mucho, y si nos rodean, la muerte será segura. Seremos torturados antes de morir —respondió Epaminondas.

—Al menos podemos intentarlo. Puedo avanzar con mi compañía directamente hacia el centro del campamento. Si no conseguimos éxito antes de que suene la señal de retirada, retrocedemos rápidamente bajo la cobertura de los arqueros y honderos —explicó Admeto.

—Yo y mis amazonas iremos juntas. Si hay oportunidad de matar a Tisafernes, lo haré —intervino Artemisia con voz tajante.

—Está bien, Admeto. Tú avanzas con tus soldados y las amazonas directamente hacia el centro del campamento. Nosotros atacaremos a las tropas en la periferia. Cuando suene la señal de retirada, ustedes retroceden y se unen a nosotros lo más rápido posible. Los arqueros y honderos darán cobertura para nuestra retirada —ordenó Epaminondas.

—De acuerdo —asintió Admeto.

Epaminondas hizo un gesto con la cabeza, y un soldado que lo acompañaba cortó la garganta del persa, dejando su cuerpo caído en el suelo.

Perseo intentó acercarse a Artemisia, pero ella le dio la espalda y caminó hacia sus amazonas.

Georgios y Menelao reunieron los pelotones; la compañía de Perseo contaba con sesenta hoplitas espartanos. Admeto informó a todos sobre el plan: avanzarían directamente hacia el centro del campamento, matando a todos los que se interpusieran en su camino e incendiando el mayor número de tiendas posible.

Los soldados escucharon en silencio, nadie se atrevió a cuestionar las órdenes; eran espartanos ante todo.

Nuevamente marcharían al combate, pero ahora, en lugar de defenderse como lo habían hecho desde Cunaxa, esta vez atacarían.

La tropa de asalto avanzó lo más silenciosamente posible bajo la oscuridad de la noche, pasando por los cuerpos de varias centinelas persas, cuyos cuellos habían sido cortados por los peltastas, y se acercaron al límite exterior del campamento, que era enorme.

Incontables fogatas ardían, soldados persas dormían junto a ellas, las tiendas estaban esparcidas por todo el lugar, unas cerca de otras. Si lograban incendiar una, el fuego se expandiría por todo el campamento. Pequeños cercados mantenían grupos de caballos atados, que pertenecían a la caballería persa. En otro rincón, varias carrozas de guerra estaban estacionadas, una junto a la otra, y serían un objetivo fácil para un incendio.

Como una criatura mortal y silenciosa, la tropa de asalto avanzó contra los soldados dormidos junto a las fogatas. Se cortaron gargantas y se clavaron lanzas en sus corazones, los desdichados morían en silencio. Los grupos de soldados griegos cortaban las cuerdas que mantenían las tiendas fijas, haciendo que las lonas cayeran sobre los hombres en su interior, embistiéndolos, luego lanzas y espadas se clavaban entre el tejido, que se teñía de sangre.

Antes de que los persas se dieran cuenta, los griegos estaban a medio camino del centro del campamento. De repente, se oyeron gritos en la retaguardia, anunciando que habían sido descubiertos. Las tiendas comenzaron a arder, y gritos de batalla y de hombres heridos llenaron el aire, mezclados con los relinchos aterrados de los caballos.

La tropa de asalto corría por el sendero entre las tiendas, y no mucho después avistaron un área abierta, en el centro de la cual se encontraban enormes pabellones que podían albergar fácilmente a cincuenta soldados. Era el puesto de mando persa. Oyeron gritos a ambos lados del sendero, los soldados persas se levantaban asustados, pero las amazonas, sin detenerse, disparaban sus flechas contra ellos.

Admeto ordenó que Menelao dividiera su pelotón en dos y atacara ambos lados del sendero, mientras que el pelotón de Georgios avanzaría contra las tiendas, seguido por las amazonas.

—¡Avancen! —ordenó el sargento, gritando.

Los griegos se dispersaron en duplas y tríos, avanzando contra los soldados persas que comenzaban a despertar. Las amazonas, lideradas por Artemisia, disparaban sus flechas sin cesar. *Qué puntería tan magnífica, no erraban ni un solo objetivo*, pensó Perseo mientras avanzaba con Atreu a su lado hacia una tienda. Un enorme oficial persa estaba saliendo de su interior y el espartano le clavó la lanza en el vientre. El persa la sujetó y lo miró, asombrado. Inmediatamente, Atreu dio un golpe circular con su espada y decapitó al oficial. Perseo arrancó la lanza con fuerza y siguió avanzando.

Laertes, después de matar a dos soldados que intentaban levantarse junto al fuego donde habían dormido, cogió un trozo de leña en llamas y prendió fuego a una tienda cercana. Luego, corrió entre varias tiendas incendiándolas. Algunos soldados de su pelotón le daban cobertura, protegiéndolo de los persas que avanzaban.

La confusión era enorme. Mientras la mayoría de los persas corrían aterrados, los oficiales que se habían despertado gritaban órdenes intentando organizar una línea de defensa contra el ataque.

La tropa de asalto avanzó unos pasos más, hasta que un oficial ricamente vestido intentó impedir la huida de un grupo de soldados. Usando hábilmente un látigo, logró reunir a un grupo de unos veinte persas. Georgios gritó para que fueran eliminados. Con Diomedes y Petrus en la vanguardia, los espartanos cargaron contra ellos. Los persas no soportaron el impacto de los

escudos de bronce. Miembros y cabezas fueron decapitados, mientras las amazonas seguían disparando sus flechas sin detenerse.

El oficial persa usó el látigo contra los griegos, pero Petrus consiguió bloquear el golpe con el antebrazo derecho. El látigo se enroscó en su brazo. Durante un momento, ambos midieron fuerzas, cada uno tirando del látigo hacia sí mismo, hasta que, en un movimiento violento, el espartano empujó con tal fuerza que desequilibró al persa, quien cayó hacia él. Con un golpe brutal con el borde de su escudo, Petrus le rompió el cuello.

Los pocos soldados que sobrevivieron giraron sobre sus talones y huyeron. La tropa de asalto avanzó rápidamente, mientras los persas escapaban desesperados.

Los espartanos y las amazonas lograron alcanzar el centro del campamento. Las tiendas de Tisafernes y sus generales estaban cerca, pero una tropa enemiga ricamente vestida, con lanzas y escudos de mimbre, se interpuso entre ellos. A diferencia de los soldados que habían encontrado hasta ese momento, estos no mostraron miedo.

Era la guardia personal del sátrapa, formada por los soldados conocidos como los “Inmortales”.

¡Maldito! Ha llegado su hora. Pensó Artemisia.

Los griegos formaron dos filas de combate, con algo más de veinte soldados en cada una, y las amazonas se posicionaron detrás de ellos, disparando sus arcos. Los persas eran cinco veces más numerosos. Un oficial gritó y ellos avanzaron corriendo hacia los griegos. Algunos cayeron, alcanzados por las flechas de las amazonas.

Los espartanos fijaron sus escudos y apuntaron sus lanzas hacia adelante. El choque de los escudos de bronce contra los de mimbre fue estruendoso, y los gritos de los heridos y de batalla se elevaron al aire.

Perseo sintió que su lanza, tras una pequeña resistencia causada por un escudo de mimbre, encontró carne blanda. La retiró con violencia, retrocediendo el brazo para lanzarla de nuevo contra los persas, que continuaban avanzando.

La masacre fue terrible. Los espartanos lanzaban sus lanzas y arrojaban sus escudos contra los persas. Al mismo tiempo, volvían a arrojar las lanzas violentamente hacia adelante, alcanzando a los enemigos y causando varias bajas. Sin embargo, otros persas tomaban el lugar de los caídos, lanzándose contra la barrera de escudos e impidiendo que los griegos avanzaran.

Por encima de los hombros de los griegos, las amazonas disparaban sus flechas. Artemisia concentraba su ataque en los enemigos que avanzaban hacia Perseo, pero eran muchos, y él estaba constantemente en combate. Incluso en medio del calor de la lucha, ella lo observó. El joven espartano luchaba con valentía, y la amazona no pudo evitar que su pecho se llenara de orgullo. *Mi corazón eligió bien a quién entregarse, pensó mientras disparaba sus flechas. Aunque ahora sufro por tener que dejarlo ir.*

La lucha se recrudeció. Los persas no conseguían deshacer la formación griega, y los espartanos, a su vez, no lograban avanzar. Los soldados de la segunda fila entraron en la matanza, atacando por encima de los hombros de sus compañeros, pero la inferioridad numérica empezó a prevalecer, desequilibrando la lucha a favor de los persas.

Los griegos retrocedieron tres pasos, los persas rugieron, creyendo que la victoria estaba asegurada, y avanzaron intrépidos contra los escudos espartanos. Sin embargo, estos soportaron el impacto y continuaron con la matanza. Perseo, aún en la primera fila, sentía los hombros y los brazos doloridos y pesados debido al tremendo esfuerzo.

Las flechas de las amazonas estaban casi agotándose. *Pronto tendremos que luchar junto a la infantería, pensó Artemisia, mientras percibía que los persas intentaban flanquear la tropa de*

asalto por los laterales. Disparó su última flecha, acertando en el cuello de un guerrero que atacaba frente a la posición de Perseo.

—¡Hermanas! ¡Saquen las espadas! —gritó por encima del estrépito de la batalla.

Las amazonas se unieron a los griegos, luchando en sus flancos para evitar que fueran rodeados. Pero cada vez más soldados persas corrían hacia ellos para enfrentarlos; pronto serían cercados.

La confusión era enorme; las tiendas ardían por todos lados, iluminando el combate encarnizado.

Un persa avanzó contra Artemisia, desenvainando un golpe descendente hacia su cabeza. Pero ella se defendió cruzando sus dos espadas, interceptando la hoja de su adversario. Con un movimiento rápido, retiró una espada y la clavó en el vientre desprotegido del persa, que cayó al suelo retorciéndose.

De repente, se oyeron gritos.

—¡Por Ares, señor de la guerra!

Soldados griegos, bajo el mando de Menelao y Admeto, atacaron, reforzando la línea del pelotón comandado por Georgios y rechazando a los persas. Por un momento, los “Inmortales” se mostraron indecisos, lo que bastó para que los griegos avanzaran varios pasos, empujándolos con sus escudos y lanzas. Los persas retrocedieron, pero a diferencia de las demás tropas que habían enfrentado, estos persas de élite no huyeron ni dieron la espalda, sino que se retiraron de forma organizada.

—¡Vamos a retirarnos, vienen refuerzos! —gritó el teniente Anaxandro por encima del bullicio del combate.

Los oficiales persas gritaban en la retaguardia; los refuerzos estaban llegando y la derrota de los griegos se acercaba con pasos rápidos. Artemisia se sintió frustrada, tan cerca y a la vez tan lejos de las tiendas de Tisafernes.

A lo lejos, los combatientes oyeron sonar el toque de retirada griego.

—¡No! —gritó Artemisia, avanzando contra los “Inmortales” con aún más ferocidad, seguida de sus pocas hermanas. *¡No dejaré escapar la oportunidad de vengarme!* pensó mientras sus amazonas avanzaban intrépidamente, atacando con furia renovada.

Utilizando sus espadas, Artemisia cortó el pecho de un persa al mismo tiempo que clavaba la otra hoja en el cuello de un “Inmortal” que avanzaba. El ataque brutal de las amazonas hizo que los persas retrocedieran dos pasos, pero sin lograr romper su formación.

La superioridad numérica de los persas aumentaba con cada momento que pasaba.

—¡Retírense! —gritó Admeto.

—¡A por las amazonas! —gritó Georgios.

Perseo y sus compañeros se unieron a las amazonas en el ataque, y la fila persa retrocedió un paso más. El joven espartano se acercó y abrazó a Artemisia por la cintura, tirando de ella hacia la fila griega, mientras ella se debatía por avanzar.

En ese momento, Artemisia vio a Tisafernes. Él estaba de pie, tras una barrera de escudos, mirando a los griegos con una expresión de desprecio y una media sonrisa irónica en sus labios. A su lado, un persa de casi dos metros de altura tenía la mirada fija en la líder amazona.

¡Ese hombre! ¡Ya lo he visto antes, tal vez en alguno de mis pesadillas! pensó Artemisia, sintiendo una sensación de horror amenazando con dominar su mente.

La líder amazona se concentró; en medio del tumulto de la batalla, no tenía tiempo para pensar de dónde conocía a ese guerrero, y su atención se centró en Tisafernes, el hombre

responsable de la muerte de su padre adoptivo y de su amigo Ciro.

—¡Suéltame! ¡El maldito está allí! —gritó la amazona descontrolada, señalando a Tisafernes.

—¡Todos vamos a morir, tenemos que retirarnos, ¡ahora! —gritó Perseo en su oído.

Artemisia miró a su alrededor. Varias amazonas estaban heridas, algunas caídas al suelo muertas. El persa de dos metros avanzó contra la frágil línea griega con un hacha; en un solo golpe mató a dos griegos, mientras los demás intentaban detenerlo.

La amazona miró a Perseo y vio preocupación en su mirada.

Miró de nuevo a Tisafernes, quien aún sonreía. *¡Maldito! Está inaccesible, moriría antes de alcanzarlo, condenando a mí misma, a mis guerreras y a Perseo, que sé que no me abandonará.* Pensó frustrada.

—¡Retirémonos! —gritó Artemisia a sus guerreras, que retrocedieron junto a los griegos, aunque algunas aún seguían luchando.

Dos amazonas enfrentaban al gigante persa, quien sonreía mientras luchaba. Cuando los griegos comenzaron a retroceder, cortó la cabeza de una de ellas. Artemisia intentó avanzar contra el guerrero, sintiendo una mezcla de dolor y odio, pero Perseo la sujetó fuertemente por la cintura, deteniéndola.

—¡Retirémonos! ¡Ahora! —gritó Admeto nuevamente.

Los griegos arrastraron a las amazonas que aún luchaban salvajemente. Varias estaban caídas en el suelo muertas, junto con griegos y persas, estos últimos en mayor número. La tropa de asalto dio la espalda y corrió lo más rápido posible, Perseo sujetando fuertemente la muñeca de Artemisia, arrastrándola con él para evitar que volviera a luchar.

No había tiempo para ayudar a quienes no pudieran correr. Pasaron corriendo junto a un soldado griego caído en el suelo, con una pierna decapitada por debajo de la rodilla. Con una sonrisa triste, al ver a sus compañeros retrocediendo, sacó su puñal y se lo clavó en la garganta.

La tropa de asalto llegó al límite del campamento y ya no vieron más soldados griegos, mientras más y más persas corrían desde todas las direcciones; algunos huían, otros intentaban controlar el incendio, varios trataban de interceptarlos.

Un persa se interpuso en el camino de Petrus, quien con un golpe de su escudo lo lanzó lejos. Otro persa desató un golpe de hacha contra Diomedes, quien saltó hacia un lado al mismo tiempo que hundía su espada en las costillas expuestas del atacante.

Al salir del campamento, oyeron un grito en griego:

—¡Agáchense!

Perseo tiró de Artemisia hacia abajo. Los arqueros, fundibularios y peltastas que estaban ocultos en la oscuridad lanzaron una lluvia de flechas, dardos y proyectiles contra las tropas que seguían a la tropa de asalto, causándoles bajas significativas. Los persas se detuvieron y retrocedieron desordenadamente, perseguidos por los proyectiles griegos.

—¡Vamos, retirémonos! —gritó la misma voz.

Perseo se levantó tirando de Artemisia por el brazo. Por un momento, sus miradas se cruzaron. Él esbozó una sonrisa que ella no correspondió, aún furiosa por no haber alcanzado a Tisafernes. El espartano escuchó un silbido agudo reverberando dentro de su casco y un dolor violento atravesó su cabeza. Sintió sabor a sangre en la boca y su vista comenzó a nublarse. Perseo intentó concentrarse, pero sin éxito; la oscuridad avanzaba, cubriendo su visión, sintiendo que se desmayaba.

¿Voy a morir? Pensó mientras su vida pasaba en un instante por su mente: Esparta, su madre, su padre, su hermano, Hipócrates, Elana y su hijo, y por último, Artemisia.

—¡Perseo! ¡Perseo!

Perseo escuchaba la voz distante de la amazona llamándolo, intentó responder, pero no pudo emitir ningún sonido. Su lengua parecía atrapada en su boca.

Con alivio, el joven espartano se sumergió en la oscuridad y el olvido.

Artemisia, desesperada, intentó sostener al espartano que caía lentamente al suelo, pero no lo consiguió. La amazona se dio cuenta de que sus ojos perdían el brillo y se giraban en sus órbitas. Lentamente, él cayó al suelo con la cara en la hierba.

Los recuerdos de la muerte de Ciro en sus brazos la asaltaron, y la amazona se desesperó. *¿Habrá llegado la hora fatal en que la maldición de la diosa se cumplirá y Perseo descenderá al Hades?*

CAPÍTULO 9

—¡No! —gritó Artemisia desesperada mientras intentaba levantar a Perseo, que estaba inconsciente.

La amazona miró por encima de sus hombros, a lo lejos vio al gigante persa. Él sonreía, y junto a Perseo había una maza de guerra. *¡Dioses! Si fue lanzada por el gigante, su precisión es impresionante, ya que la distancia es enorme. Si estuviéramos más cerca, la cabeza de Perseo habría sido aplastada por el golpe.* Pensó.

Algunas amazonas se unieron a su líder para protegerla de los persas que intentaban acercarse. Petrus, Diomedes, Georgios, Atreu y Laertes regresaron y ayudaron a las guerreras, mientras que los arqueros y honderos griegos lanzaban sus proyectiles, matando a algunos incautos y manteniendo alejados a los demás persas, con excepción del gigante persa, que, armado con una espada y un escudo redondo griego, avanzó corriendo.

Al observarlo con el escudo griego viniendo hacia ella, Artemisia fue asaltada por el horror. Los recuerdos invadieron su mente, amenazando con llevarla a la locura. *El persa, lo he encontrado antes, en Halicarnaso, él era más joven, pero su rostro aterraba mis pesadillas por mucho tiempo, hasta que logré enterrarlo en los recovecos de mi mente. Pero su mirada bestial, ¡esa nunca la olvidé! ¡Es el griego que primero me violó junto a los cuerpos de mis padres y mi hermano!*

Laertes saltó al frente e interceptó al guerrero, el choque de sus espadas produjo chispas, ambos intercambiaron una serie de golpes con una velocidad impresionante. Atacaban y se defendían con sus espadas y escudos.

Mientras la amazona observaba la lucha, atónita, los recuerdos de aquella noche de horror en su casa la asaltaron, y sumado a la preocupación de que Perseo tal vez estuviera muriendo a sus pies, casi la llevó a la locura. Su deseo era unirse a Laertes y luchar hasta matar al persa o morir intentándolo.

Artemisia se controló, respirando profundamente como le enseñaron Ikarnas y Himósia. *Luchar movida por el odio solo lleva a la derrota.* Pensó, guardando los recuerdos en un rincón de su mente. Lo más importante ahora es salvar al hombre que amo.

Petrus, con la ayuda de Georgios y Atreu, pusieron a Perseo sobre sus hombros y corrieron en dirección al resto de la tropa de asalto, que ya se distanciaba, mientras Diomedes corría hasta Laertes y lanzaba su escudo contra el persa, quien sostuvo el ataque.

La amazona se levantó y observó la lucha por un momento. Diomedes y Laertes luchaban en pareja contra el gigante, quien lograba defenderse y atacarlos al mismo tiempo.

—¡Vámonos! —gritó una voz en griego, mientras una nueva lluvia de flechas y piedras era lanzada contra los persas que intentaban acercarse.

Artemisia miró alrededor, había varios enemigos muertos, con los cuerpos atravesados por flechas. Corrió y tomó algunas, todavía tenía su arco colgado en la espalda, y después de armar una flecha, apuntó al gigante que luchaba como un demonio.

No puedo fallar o golpearé a los compañeros de Perseo. Pensó, apuntando, y se quedó observando. Con un golpe violento, Laertes logró hacer que el persa soltara su escudo, pero aún así conseguía defenderse con su espada.

Era la oportunidad que la amazona esperaba. Disparó una flecha que pasó a centímetros de la cara del persa, quien desvió en el último instante.

—¡Corran! — gritó la amazona a Diomedes y Laertes.

Artemisia disparó dos flechas más en rápida sucesión. El gigante persa saltó hacia atrás y logró derribar las flechas con su espada antes de que lo alcanzaran.

Ahora, los arqueros y honderos griegos tenían una línea libre de tiro y lanzaron una lluvia de flechas contra el persa, que nuevamente saltó hacia atrás mientras usaba la hoja de su espada para defenderse.

Artemisia vio a Diomedes tirar de Laertes del brazo, quien parecía aún querer continuar luchando. Un grupo de "Inmortales" se acercó al gigante y lo protegió con sus escudos de mimbre.

Mientras Diomedes y Petrus corrían hacia la amazona, ella apuntó con su última flecha y disparó. Nuevamente, el gigante interceptó la flecha con un golpe de su espada.

Se miraron por un momento. El gigante sostuvo la mirada de Artemisia y sonrió de manera burlona. Su mirada parecía quemar el alma de la amazona, quien estuvo a punto de soltar el arco y sacar la espada para enfrentarlo. En ese momento, Diomedes pasó junto a ella y la agarró del brazo, obligándola a seguirlo, junto con Laertes.

Mientras corría, Artemisia miró por última vez por encima de su hombro. El gigante persa seguía mirándola con una sonrisa en los labios. Con lágrimas en los ojos, se volvió hacia adelante y siguió a los griegos. ¡Dioses! ¡Salven a Perseo! Oraba en silencio mientras corría, tratando de no pensar que ese maldito guerrero era el hombre responsable de la destrucción de su familia y su inocencia.

La tropa de asalto corría dejando atrás el campamento persa en llamas. Los compañeros de Perseo se turnaban para cargarlo, con la amazona a su lado. Tras un largo tiempo, pararon para descansar y atender a los heridos, tres griegos que habían sido cargados por sus compañeros, con heridas muy graves.

Epaminondas se acercó a ellos, los examinó y negó con la cabeza. Con una señal, un oficial que caminaba a su lado sacrificó a los soldados con un golpe certero en el corazón.

Perseo estaba en el regazo de Artemisia, donde sus compañeros lo habían depositado suavemente mientras recuperaban el aliento y bebían agua de sus odres. Atreu se arrodilló y lo examinó. El yelmo del joven espartano estaba hendido en la parte posterior, su cabello era una masa sanguinolenta mezclada con el bronce retorcido, señal de que tenía una herida en la nuca. Usando un odre de agua, Atreu limpió el yelmo y examinó la herida.

—Parte del metal se fijó en su cabeza con el impacto —murmuró, palpando el yelmo.

—¿No podemos retirarlo? —preguntó Artemisia desesperada.

—No, es él quien está impidiendo que el sangrado aumente. Debemos llevarlo a un médico lo más rápido posible.

—¿Es un caso para sacrificarlo? —preguntó Epaminondas, que se había acercado y observaba atentamente.

—Su estado es muy grave, su respiración es irregular, al igual que los latidos de su corazón —respondió Atreu, sintiendo el pulso de Perseo tras observar su respiración irregular.

—Quiero saber si es un caso para sacrificarlo. ¿No se puede despertar? —insistió Epaminondas.

—No creo que se pueda despertar. No soy médico, lo mejor es llevarlo rápidamente a uno. Pero no, no creo que sea el caso de sacrificarlo —Atreu miró fijamente a Epaminondas.

Varios soldados se acercaron y se agruparon alrededor de Artemisia y Perseo, incluidos los compañeros del espartano.

—Si no puede ser despertado, entonces debe ser sacrificado —ordenó Epaminondas,

haciendo un gesto al oficial que había liquidado a los griegos heridos.

El oficial se acercó con el puñal aún manchado de sangre.

—¡No! —gruñó Artemisia, mirando al hombre fijamente.

Admeto y Anaxandro, que acompañaban a Epaminondas, protestaron.

—Nos retrasará, no puedo exigir que sus compañeros lo carguen todo el camino de vuelta —explicó Anaxandro.

—Debe estar sufriendo, lo mejor es sacrificarlo —afirmó Admeto con una mirada triste.

En ese momento, los arqueros y peltastas, que se habían quedado atrás para evitar un contraataque de los persas, llegaron corriendo. Uno de ellos se dirigió a Epaminondas.

—El campamento persa está en llamas, no hay señales de persecución.

Epaminondas observó a Perseo en el regazo de Artemisia, evaluando la situación.

—Sacrifíquelo y vámonos —ordenó nuevamente.

El oficial que había sacrificado a los tres soldados heridos se acercó con el puñal en alto.

—¡No! —gruñó Artemisia, dejando a Perseo sobre la hierba y levantándose, desenvainando sus espadas.

Las amazonas se colocaron al lado de su líder, apuntando las espadas hacia Epaminondas y Anaxandro. Varios soldados griegos desenvainaron sus espadas de manera amenazante contra las guerreras.

—¡Si alguien lo toca, juro que lo mato! —gruñó Artemisia, apuntando con su espada al cuello de Epaminondas.

Los compañeros de Perseo también desenvainaron sus espadas y se colocaron junto a la amazona y sus guerreras.

—¡Georgios! ¡Controla a tus hombres! —gritó Anaxandro, irritado.

—No permitiré que sacrifiquen a mi soldado —respondió Georgios, poniéndose al lado de Artemisia.

La tensión aumentó; algunos gritaban que Perseo debía ser sacrificado, mientras otros no estaban de acuerdo.

Epaminondas levantó los brazos pidiendo calma.

—Muy bien, Artemisia, no lucharé contra una valiosa aliada, pero no me hago responsable por él o por ustedes. Si quieren llevárselo, no es problema nuestro, no los esperaremos y no obligaré a nadie a ayudarlos —decidió, alejándose del lugar.

—Enterrad a esos tres infelices —ordenó Admeto, obligando a los soldados a dispersarse.

Anaxandro se alejó con el rostro sombrío, acompañado de varios soldados.

—Gracias —Artemisia agradeció a Georgios con una sonrisa.

—No tienes que agradecer, él haría lo mismo por nosotros —respondió Georgios, arrodillándose para examinar a Perseo.

La amazona sonrió agradecida a los compañeros de Perseo y se arrodilló al lado de él. Su respiración era débil e irregular. Atreu intentó despertarlo, pero sin éxito. Ella miró alrededor, había perdido a diez de sus guerreras y no había logrado matar a Tisafernes.

La tristeza por la muerte de las amazonas, por el estado de Perseo, y por descubrir que el hombre responsable de la destrucción de su familia estaba vivo y era un persa, abatieron a Artemisia, quien, desesperada, cubrió su rostro con las manos, controlando las ganas de llorar.

—Confía en los dioses —murmuró Atreu, poniendo la mano sobre el hombro de la amazona.

—Parece que me han abandonado —respondió amargamente.

—No digas eso, al final todo saldrá bien —consoló Atreu, sonriendo.

Artemisia agradeció con una tentativa de sonrisa, aunque su mayor deseo era llorar.

Después de enterrar a los tres griegos sacrificados, la tropa de asalto marchó el resto de la madrugada y todo el día, con pequeñas pausas para descansar, en busca del resto del ejército. Los compañeros de Perseo se turnaban para cargarlo, tratando de no agitarlo demasiado.

—Por las pelotas de Zeus, ¿quién era ese persa? —preguntó Diomedes mientras acompañaba a Atreu y Laertes, que cargaban a Perseo sobre sus hombros.

—No lo sé, pero el maldito era muy rápido —dijo Laertes, impresionado.

—Nunca vi a nadie luchar como él. Si no estuviéramos en pareja, creo que nos habría derrotado —sonrió Diomedes.

—Habla por ti mismo, yo lo vencería si tuviera tiempo —bufó Laertes, irritado, mientras se esforzaba por no balancear demasiado a Perseo.

Diomedes simplemente se echó a reír. Sin embargo, Artemisia se preocupó. *Obviamente es un lacayo de Tisafernes, pues los vi juntos, pero no recuerdo haberlo visto en mi tiempo en la corte persa. La amazona apartó sus pensamientos del guerrero. Sea quien sea, ahora está lejos y tengo más con qué preocuparme*, pensó mientras observaba a Perseo inconsciente sobre los hombros de sus compañeros.

Cuando el crepúsculo se acercaba, avistaron el campamento del ejército griego a lo lejos. Al llegar, corrieron hacia las tiendas del hospital de campaña donde se encontraban los heridos.

Glauco, el médico, los recibió, mientras sus sirvientes atendían a los heridos leves. Él examinó a Perseo. Con movimientos precisos y utilizando un cuchillo fino y afilado, el médico cortó y retiró el casco de la cabeza del espartano, y la sangre brotó de la herida empapando el suelo.

Rápidamente, el médico cortó la masa sanguinolenta que se había formado en los cabellos de Perseo, mientras un sirviente vertía agua sobre la herida, dejando al descubierto un corte profundo, un poco por encima de la nuca. Usando una pinza, Glauco retiró fragmentos de bronce del casco que se habían incrustado en la cabeza del joven espartano.

Con la ayuda de Atreu, el médico vertió un líquido lechoso de olor desagradable, que dijo que era bueno para limpiar las heridas. Luego, utilizando una aguja y un hilo hecho de cabello humano, cosieron la herida, y nuevamente vertieron el líquido en el corte antes de cubrirlo con un trozo de tela limpia.

—Es una mezcla de aguardiente y hierbas, ayuda a limpiar y cicatrizar —explicó el médico—. Si la herida se hincha, tendremos que drenar el líquido malo.

En ese momento, comenzaron a oírse órdenes, el ejército reanudaría la marcha. Debían aprovechar que los persas habían cesado la persecución para distanciarse lo máximo posible.

—Lo colocaré en una carreta con otros heridos —avisó el médico.

Artemisia miró desesperada a su alrededor, quería quedarse junto a Perseo. Diomedes percibió la aflicción de la amazona e intervino.

—No te preocupes, Glauco. Compraré una carreta y él podrá estar bajo los cuidados de Artemisia —dijo.

—Gracias —murmuró la amazona sonriendo en señal de agradecimiento.

—Sé rápido, porque estamos por partir —avisó el médico, levantándose y dejando a Perseo bajo el cuidado de Artemisia.

Diomedes salió acompañado de Petrus y regresaron un rato después con una carreta tirada por una pareja de bueyes.

—Puedes usar esta —sonrió el espartano.

—Gracias de nuevo —respondió Artemisia. Sabía que Diomedes debía haber pagado una

gran suma para comprar la carreta.

—No te preocupes, Perseo es nuestro amigo —se encogió de hombros mientras ayudaba a la amazona a ponerlo dentro de la carreta.

Artemisia se acomodó junto a Perseo; había pieles en el suelo de madera que servían de cama. Dos guerreras asumieron la conducción de la carreta, mientras la líder de las amazonas se sacudía en su interior, intentando mantener a Perseo inmóvil, acariciando su rostro pálido. *Dioses, no permitáis que se vaya*, oraba mentalmente mientras lágrimas silenciosas recorrían su rostro.

Un largo tiempo después, cuando la columna del ejército se detuvo, el médico apareció para ver cómo estaba Perseo.

Al girarlo para examinar la herida, Artemisia se asustó; una gran bola inflamada apretaba los hilos de la costura y un líquido escurría de ella.

—Tendré que drenarlo —avisó el médico saliendo de la carreta.

Glauco pronto regresó con un sirviente que lo ayudó a bajar a Perseo, colocándolo boca abajo sobre el suelo. Otro sirviente esperaba, llevando un gran cuenco de barro, una botella y un pequeño candil encendido con el que calentaba una ancha hoja de metal.

Atreu, que había venido a ver cómo estaba su compañero, se acercó y ayudó al médico. Hábilmente, Glauco cortó los hilos y presionó la hinchazón, un líquido rojo y amarillento salió a borbotones.

—No tiene fiebre —constató Atreu colocando las manos sobre la frente de Perseo.

—Eso es buen signo —respondió el médico, vertiendo el líquido lechoso en la herida.

Luego, Glauco abrió la herida con suavidad con los dedos y, con la hoja calentada que el sirviente le entregó, la acercó a su interior y a los bordes, un olor a carne quemada se esparció por el aire. Después, hábilmente, volvió a coser la herida y la cubrió con un trozo de tela limpia.

—Si no le sube fiebre, quizá se salve —dijo Glauco.

—¿Qué puedo hacer para ayudarlo? —preguntó Artemisia angustiada.

—Ora a los dioses —fue la respuesta lacónica del médico, que se levantó y salió para visitar a otros pacientes.

Atreu ayudó a la amazona a colocar a Perseo de nuevo en el interior de la carreta, donde ella se instaló a su lado.

El ejército reanudó la retirada, deteniéndose solo tarde en la noche para un breve descanso, pero antes del amanecer ya estaba de nuevo en marcha. El tiempo pasó, Artemisia solo salía de la carreta para satisfacer sus necesidades. Los compañeros de Perseo se turnaban para visitarla y traerle comida que ella se negaba a ingerir.

La amazona permaneció al lado de Perseo durante todo ese tiempo, acariciando sus manos y su rostro, dormitaba por momentos, despertándose asustada ante la posibilidad de que él hubiera muerto mientras dormía.

En las largas horas de vigilia, ella analizaba sus recuerdos. *No tengo dudas, ese persa que hirió a Perseo es el mismo que invadió mi finca años atrás, pero ¿cómo puede ser? Los hombres llevaban armaduras griegas, hablaban entre sí en griego. ¿Será un desertor que luego se unió a los persas?* La mente de la amazona daba vueltas buscando una respuesta que nunca encontraba, por lo que decidió concentrarse en Perseo.

Cuando el sol estaba en el centro del cielo, el ejército se detuvo para que todos descansaran y comieran. Las amazonas estacionaron la carreta en la llanura, y los compañeros de Perseo aparecieron para ayudar a sacarlo de ella, colocándolo bajo la sombra que ella producía.

El médico apareció para examinar al joven. Parecía estar recuperándose; el color de su

rostro había vuelto y la hinchazón en su herida había disminuido, pero su conciencia no regresaba.

CAPÍTULO 10

Perseo flotaba en la oscuridad en silencio, no sentía su cuerpo, el tiempo no importaba y parecía estar suspendido en ese lugar. *¿Estoy muerto? ¿Este es el reino de Hades?* Pensó. La oscuridad era confortable, no sentía miedo, sed, hambre ni dolor. Perseo no tenía conciencia de quién era, y no le importaba, lo único que deseaba era permanecer suspendido en esa negrura.

Una chispa de luz se formó. El espartano no quería mirarla ni acercarse a ella, pero la luz se acercó a él, abriendo una cortina en la oscuridad. Al otro lado de la oscuridad, vislumbró campos de trigo dorado y plantaciones de olivos a lo lejos, el sol brillaba en un cielo azul sin nubes.

Este paisaje me parece familiar. Pensó, concentrándose en sus recuerdos. Como un rayo que cruza los cielos, las memorias lo invadieron: su infancia, sus padres y hermano, Hipócrates, Elana y su hijo, la campaña en Persia y, por último, Artemisia. En ese momento, un dolor atravesó su alma.

La cortina de luz creció, llegando hasta él, que ahora se encontraba en el límite entre la luz y la oscuridad. Perseo miró nuevamente hacia el paisaje y lo reconoció: *¡Esparta, la finca donde nací!* Un hombre con coraza, grebas y un casco con crines de caballo lo observaba desde el campo. *¿Cómo no lo vi antes?* Perseo intentó hablar, pero no pudo. *¡No tengo voz!* El guerrero le parecía familiar, y el joven se concentró en él. El hombre retiró lentamente el casco, sosteniéndolo con una mano, y Perseo lo reconoció inmediatamente: *¡Xeron! ¡Padre!*

El hombre que parecía ser Xeron sonrió tristemente. Perseo quiso acercarse a él para abrazarlo. De repente, el joven sintió su cuerpo, sus pies firmes en el campo. Dio un paso hacia él y la oscuridad detrás de él comenzó a desvanecerse. Pero antes de dar el segundo paso, Perseo escuchó su nombre ser llamado:

—¡Perseo! ¡Perseo! ¡Mi amor, no te vayas! ¡Quédate conmigo!

Perseo reconoció la voz: *¡Artemisia!* Nuevamente, el dolor atravesó su alma. Miró a su padre, indeciso, deseaba estar con él, quería preguntarle si se sentía orgulloso de él, pero al mismo tiempo, quería ir hacia su amada. Xeron sonrió, ya sin tristeza en su rostro, y dio media vuelta. El campo comenzó a ser envuelto por las sombras, hasta que solo quedó una chispa de luz. Perseo se giró y se sumergió de nuevo en la oscuridad, hacia la voz que lo llamaba.

Lo primero que sintió fue un dolor violento en la cabeza, como si una compañía entera de hoplitas hubiera marchado sobre ella. Perseo intentó hablar, pero no pudo. Abrió los ojos y un rayo de dolor lo atravesó, haciéndole cerrarlos inmediatamente, sintiéndose mareado.

Respirando lenta y profundamente, Perseo abrió los ojos, esta vez lentamente. Su vista estaba turbia, parecía que alguien lo estaba mirando. Intentó enfocar las imágenes y nuevamente el mareo lo invadió, pero el joven no tenía nada en el estómago. Volvió a respirar profundamente y lentamente, y de nuevo abrió los ojos. Esta vez logró enfocar las imágenes: *¡Artemisia!*

Ella sonrió y Perseo intentó hablar, pero no pudo. La amazona tocó sus labios con los dedos, una lágrima recorría su hermoso rostro, y a su lado, Diomedes, Georgios y un griego que el joven reconoció como el médico Glauco lo observaban.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Georgios.

—Bien —respondió con un susurro.

—No te esfuerces, recibiste un golpe violento en la nuca que causó un hinchazón, tuve que cortar para drenar los líquidos que podrían envenenar tu cuerpo —explicó el médico

mientras volvía a abrir sus párpados y examinaba sus ojos.

—Si no fuera por el casco, tu cabeza habría sido partida —dijo Diomedes.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Perseo con voz débil y áspera, mirando fijamente a Artemisia.

La amazona sostuvo sus manos entre las suyas y respondió:

—Después de que fuiste herido, tus compañeros me ayudaron a cargarlo, dejando atrás a los arqueros, fundíbulos y peltastas que nos daban cobertura, pero pronto nos alcanzaron diciendo que el campamento persa estaba en llamas y no había señales de persecución —explicó la amazona acariciando el rostro del espartano.

—Epaminondas ordenó que disminuyéramos la marcha, pero que mantuviéramos el paso acelerado. Los peltastas se quedaron atrás para emboscar a posibles perseguidores. Paramos para descansar media hora, tres soldados griegos que estaban muy heridos tuvieron que ser sacrificados, los enterramos en la llanura tratando de no dejar rastros de sus tumbas para que los persas no las profanaran —dijo Diomedes.

—Algunos pensaban que tú también debías ser sacrificado —contó Georgios—. Tu herida parecía gravísima, tu casco estaba rajado en la nuca y había mucha sangre saliendo de la herida, no tuvimos valor para quitártelo. Algunos soldados fueron más insistentes, no estuvimos de acuerdo y nos pusimos a tu lado. Artemisia y sus amazonas sacaron las espadas, amenazando de muerte a quien se acercara.

—Intentamos despertarte sin éxito —añadió Diomedes.

Perseo miró nuevamente a Artemisia, y ella sintió su rostro sonrojarse mientras él apretaba sus manos.

—Tus compañeros se quedaron a nuestro lado —sonrió la amazona.

Perseo sonrió agradecido.

—Epaminondas acabó cediendo, con tal de que nos encargáramos de ti y no retrasáramos la retirada. Marchamos el resto de la madrugada y todo el día, con pequeñas pausas para descansar. Tratábamos de no sacudirte demasiado. Cuando el crepúsculo se acercaba, avistamos el campamento del ejército griego y te llevamos, junto con los heridos, a los médicos —concluyó Diomedes.

—Perdimos alrededor de cincuenta soldados, además de diez amazonas —dijo Georgios con pesar.

Artemisia apretó las manos de Perseo con más fuerza al recordar a sus hermanas caídas. El espartano intentó transmitir con su mirada cuánto sentía la pérdida de las amazonas y ella respondió con una sonrisa triste.

—¿Cuánto tiempo inconsciente? —murmuró.

—Dos días —respondió la amazona.

—Ella no se apartó de tu lado —dijo el médico.

—Pensábamos que nos libraríamos de tu fea cara —rió Diomedes.

Perseo miró nuevamente a la amazona, quien vio preocupación y amor en su mirada.

—Ahora descansa, mi amor —murmuró la amazona, besando suavemente su boca.

Perseo cerró los ojos y se quedó dormido. Lo pusieron de nuevo en la carreta, ya que el ejército reanudaría la retirada en breve.

Artemisia lo observaba mientras dormía. *¡Por los dioses! Casi lo pierdo. La proximidad de su muerte la alcanzó de forma dolorosa. ¿Qué sería de mí si él muriera? No soportaría el dolor y me lanzaría a buscar la muerte en la primera batalla que ocurriera.*

El traqueteo de la carreta hizo que Artemisia se quedara dormida, ahora estaba más

tranquila, Glauco había explicado que lo peor ya había pasado.

Perseo durmió un sueño sin sueños, feliz por estar nuevamente con Artemisia. Despertó con el sol golpeando su rostro, filtrado por un tejido.

Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que estaba en una carreta que se balanceaba de un lado a otro, con Artemisia sentada a su lado. Ella tenía los ojos cerrados, como si durmiera, y él la observaba en silencio. *Sigue siendo tan hermosa como siempre*, pensó al ver que la amazona llevaba su coraza y grebas, con su cabello recogido en una trenza y, a su lado, en el piso, al alcance de las manos, había un arco, una aljaba de flechas y dos espadas.

El amor que sentía por ella inundó su corazón. Perseo deseaba poder abrazarla y protegerla. Ella sintió que la observaban y abrió los ojos sonriendo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó la amazona, acercándose al rostro del espartano.

—Bien —respondió él. En realidad, se sentía mucho mejor; su voz estaba firme, su vista ya no estaba turbia, y solo sentía un leve latido en la nuca y un hambre voraz.

Artemisia sonrió y lo ayudó a sentarse en el piso de la carreta. Sacó de un saco trozos de pan y queso y se los ofreció al joven, que los devoró con avidez bajo la mirada atenta y divertida de la amazona. Después de que terminó, ella le pasó una cantimplora con agua, que él bebió ávidamente.

Satisfecho, Perseo se recostó contra la pared de la carreta.

—Pensé que te perdería —murmuró la amazona, tomando las manos de Perseo.

—Creo que bajé al Hades por un momento, encontré a mi padre, pero al escuchar tu voz volví. Estaba flotando en un lugar oscuro cuando apareció una luz y vi a mi padre observándome desde nuestra finca. Parecía triste mientras me acercaba, necesitaba preguntarle si estaba orgulloso de mí. De repente, escuché su voz y supe que debía regresar. En ese momento, mi padre sonrió, como si entendiera —relató la visión que tuvo.

La amazona, al escuchar que él había regresado al escuchar su voz, sintió el deseo de abrazarlo.

—¿Por qué me rechazaste después de Cunaxa? —preguntó Perseo suavemente.

—Cuando Ciro murió, decidí que moriría defendiendo su cuerpo, era mi sagrada obligación, aunque quisiera verte de nuevo y estar contigo. Pero los dioses no lo permitieron. Cuando desperté y te vi, por un momento mi felicidad fue completa, estabas vivo, pero los recuerdos de Ciro y mis hermanas muertas me golpearon —respondió, recordando nuevamente lo que había ocurrido.

—¿Lo amabas? —Perseo sintió celos.

—Sí, como a un hermano. Hay mucho sobre mí que aún no te he contado —Artemisia recordó el beso que le dio a Ciro, su propuesta para que ella se convirtiera en su reina y sus últimas palabras.

—Me gustaría saberlo —murmuró él.

—Tal vez algún día te lo cuente —pensó la amazona, imaginando lo que Perseo diría al saber el sentimiento que Ciro había tenido por ella.

Perseo meditó sobre eso. Artemisia le había contado cómo se había convertido en una amazona, pero había muchas cosas que él desconocía, especialmente su relación con Ciro y el porqué de su odio hacia Tisafernes.

La amazona notó que el espartano fruncía el ceño preocupado. ¿Acaso sospecha de lo que ocurrió entre mi amigo real y yo? ¿*Debería contárselo?* ¿*Tendrá alguna importancia?* Pensó, sintiéndose triste.

—Te amo, Perseo, perdóname si te he hecho daño. Cuando fuiste herido y caíste al suelo,

me di cuenta de que si morías, yo moriría contigo, me lanzaría entre los persas hasta ser muerta por alguno de ellos —la amazona dejó que la emoción la dominara, permitiendo que las lágrimas cayeran de sus ojos, que tomaron un tono azul claro.

—¡Y yo te amo! Fue por ti que regresé desde la puerta del Hades —él besó las manos de la guerrera.

—Intenté alejarte de mí, maldije a Afrodita y sus misterios, pero ahora ya no me importa nada más. Si tengo que pagar con mi vida por tu amor, no me importa —exclamó, consciente de que era la verdad, recordando su sueño y las visiones.

—No entiendo, Artemisia, ¿qué quieres decir con eso?

—No importa, quiero aprovechar el tiempo que me queda para estar contigo —la amazona se acercó.

Nada más me importa, pensó, si mi vida es corta, si estoy maldita por los dioses, aprovecharé cada momento junto a Perseo. Rezaré a los dioses y haré cualquier sacrificio para que solo yo pague por mis errores. Se inclinó sobre Perseo y lo besó dulcemente en los labios.

El espartano la abrazó, atrayéndola hacia su cuerpo, sus manos torpemente intentando abrir los broches y tiras que sujetaban la coraza de la amazona.

—Parece que tienes otro tipo de hambre —rió Artemisia mientras se quitaba la coraza y las grebas, quedando solo con la túnica.

La pareja se desnudó y se besaron con pasión, amándose tiernamente en el piso de la carreta que se balanceaba suavemente, sincronizando sus movimientos hasta llegar al clímax.

—Cuánto te extrañaba, mi amor —murmuró la amazona mientras besaba y mordía los labios y el cuello de Perseo.

Se quedaron acostados en el piso de la carreta, exhaustos. Artemisia se apoyó sobre el pecho de Perseo, mirándolo con sus hermosos ojos.

—Parece que tu herida no ha afectado tus otros atributos —rió de manera traviesa.

El espartano sonrió de vuelta. Hacía tiempo que no la oía reír, su risa era como música para sus oídos.

—¿Crees que el conductor lo escuchó? —rió bajito, feliz como un niño.

—No te preocupes, es una de mis hermanas —dijo la amazona, con una sombra cruzando su rostro al recordar a sus guerreras muertas.

—Lo siento mucho por tus hermanas —dijo él, conmovido.

Una lágrima brotó de los ojos de la amazona.

—Ahora somos solo dieciséis —susurró.

—¿Qué pasó en Cunaxa? —preguntó con suavidad.

Artemisia meditó por un instante. Su rostro se contrajo, como si sintiera un dolor físico al recordar, había días en los que la amazona bloqueaba esos pensamientos; pensar en lo que ocurrió le causaba un dolor indescriptible.

Perseo se arrepintió de haber hecho la pregunta.

—No necesitas contármelo, lo siento.

—No, no puedo olvidar ni huir de lo que pasó —suspiró tristemente.

Artemisia miró hacia fuera de la carreta, que se sacudía suavemente. A través de las rendijas de la tienda que la cubría, observó a sus pocas hermanas caminando tras ella, riendo y conversando. Los sonidos de un ejército en marcha llegaban al par de ellos amortiguados por la lona, y entonces la amazona se giró hacia el espartano, mirándolo fijamente.

—Ese día, Ciro decidió combatir como caballero en lugar de usar su carro de guerra. Siempre fue audaz e imprudente, a pesar de los consejos de su estado mayor. Se negó a quedarse

en la retaguardia, decía que era indigno actuar de esa manera. Si quería reinar, debía inspirar a sus soldados. Yo estaba a su lado junto con Artapates y otros oficiales. Mientras las tropas de Artajerjes avanzaban, el mensajero regresó de las filas griegas informando que Clearco había aceptado la orden de atacar el centro de las fuerzas de Artajerjes —comenzó mientras tomaba las manos de Perseo.

—Estaba cerca cuando el mensajero transmitió la orden, pero después de que se fue, Clearco ordenó que mantuviéramos nuestra posición. No puedes imaginar cuánto me preocupé por ti —murmuró.

—Y yo pensaba en ti —continuó la amazona—. Las fuerzas de Artajerjes avanzaron rápidamente, y a pesar de los consejos, Ciro decidió atacar antes de que Clearco avanzara. Seguí a Ciro con mis amazonas. El choque fue brutal y la batalla comenzó. Estábamos en inferioridad numérica, pero luchábamos con valentía. Me mantuve al lado de Ciro protegiéndolo. Durante la batalla, Artagerse, el gobernador cadusiano, avanzó contra nosotros gritando que Ciro era un traidor de su propio hermano, y lanzó una lanza que lo alcanzó en la coraza, haciéndolo desequilibrarse del caballo. Estuvo a punto de caer, pero pude ayudarlo.

Artemisia sintió una punzada de tristeza casi física al recordar esos momentos dolorosos.

—Artagerse intentó huir, pero Ciro le lanzó una lanza que atravesó su cuello, derribándolo del caballo. Ciro entonces ordenó que nos lanzáramos directamente contra las tropas de Artajerjes. Había visto las banderas de su hermano. Logramos abrirnos paso entre las tropas enemigas, mis hermanas luchaban como las míticas amazonas de las que descendemos —dijo con orgullo, a pesar de la tristeza, al recordar la valentía de Ciro.

Artemisia sintió los ojos humedecerse y permitió que las lágrimas corrieran libremente por su rostro. Perseo la observó con el rostro contraído por la tristeza, sintiéndose el peor de los hombres por haberla hecho revivir tan dolorosos recuerdos.

—Durante el enfrentamiento, pude apuntar a Artajerjes, pero cuando disparé mi flecha, el caballo de él se levantó y lo alcancé en lugar de a ese maldito —dijo, con las mandíbulas apretadas por el odio.

Perseo apretó las manos de la amazona y ella le sonrió tristemente.

—Su guardia personal se interpuso entre él y yo. Disparé varias flechas, pero sus hombres lo protegieron. Muchos descendieron al Hades ese día, pagando con la vida la protección que dieron. ¡Estuvimos tan cerca! —exclamó, con la emoción de la recuerdo—. Tiribazo, un oficial persa, logró poner a Artajerjes en un caballo, pero Ciro lanzó otra lanza que lo rozó. Disparé otra flecha apuntando a su pecho, pero un oficial se tiró frente a él, los dioses estaban del lado de ese maldito.

Artemisia meditó unos minutos, perdida en los recuerdos de aquel día. Sintiendo una mezcla de odio y dolor, se giró hacia Perseo.

—Satiferne, que había estado luchando en el ala derecha, avanzó con una tropa de infantería pesada y socorrió a Artajerjes, interponiéndose en nuestro camino. Montaron una barrera de escudos que detuvo nuestra carga de caballería. Una lanza fue lanzada y alcanzó a Ciro en el pecho, haciéndolo caer del caballo. Inmediatamente desmonté, seguida por mis amazonas y la caballería de la guardia personal de Ciro. No iba a permitir que su cuerpo fuera despojado de sus armas y profanado.

Perseo la abrazó, y Artemisia dejó que las lágrimas fluyeran libremente, sintiendo su protección y amor que la calmaban.

—Lo intenté, Perseo, juro por los dioses que lo intenté. Cuando Ciro cayó, me di cuenta de que el destino de mis hermanas y el mío estaba sellado. Iba a descender a la casa de Hades esa

tarde. Pensé en ti por un instante, imaginando si estarías bien, y oré a los dioses para que al menos sobrevivieras —dijo mientras intentaba secarse las lágrimas.

Él la besó dulcemente en la frente.

—También pensaba en ti durante la batalla. Cuando llegaron las noticias, decidí que buscaría tu cuerpo o moriría intentándolo.

La amazona movió la cabeza, como si la tristeza la aplastara, y continuó:

—Cercamos el cuerpo de Ciro, fuimos rodeados por la infantería. Artapates luchaba valientemente, era un buen amigo mío. Las tropas de Artajerjes intentaban tomar el cuerpo de Ciro y nosotros las enfrentábamos. La masacre fue terrible. Oímos los gritos de Artajerjes exigiendo nuestra muerte. En ese momento, fui tomada por una furia que nunca antes había experimentado. Por su culpa, mi rey estaba muerto, por su culpa, quizás el único amor de mi vida, tú, estuvieras muerto o condenado. Avancé con mis hermanas, nuestras espadas estaban teñidas de rojo con la sangre de los enemigos. Logramos hacer retroceder a la infantería varios pasos, por muy poco no alcanzamos a ese maldito, pero Artajerjes es y siempre fue un cobarde. Montó en un caballo y huyó. Grité de odio y frustración. En ese momento, me alcanzó una lanza, rozándome, tambaleé, pero mis hermanas me ampararon y me llevaron de vuelta junto al cuerpo de Ciro. Hicimos un círculo y seguimos luchando.

Artemisia torcía las manos nerviosamente.

—Estábamos rodeadas, oímos las órdenes para que los arqueros dispararan, una nube de flechas se elevó en el aire y descendió sobre nosotras. Intentamos protegernos con nuestros pequeños escudos, pero estos están hechos para el combate cuerpo a cuerpo, no para defendernos de las flechas. Muchas de mis hermanas murieron atravesadas por las flechas, algunas dieron su vida protegiéndome. Artapates se arrojó sobre el cuerpo de Ciro y murió valientemente. En ese momento, muchos soldados de la guardia personal huyeron, la batalla estaba perdida. Solo quedamos mis hermanas y unos pocos valientes. Luchamos con fiereza, pero de repente sentí un dolor violento en la cabeza, donde me alcanzó un dardo. Mi yelmo me protegió de la muerte, pero sentí que me desmayaba, creí que estaba muriendo. Mi último pensamiento fue para ti, deseé que estuvieras vivo y pudieras llegar a tu patria.

Las lágrimas inundaban su rostro, y Perseo la abrazó nuevamente, consolándola.

—¿Cuáles son tus planes ahora?

—Ordené que mis hermanas abandonaran el ejército griego y regresaran a Escitia, pero se negaron. Solo volverán si yo las lidero.

—¿Y qué has decidido? —insistió Perseo, temeroso de que la amazona respondiera que los abandonaría y regresaría con sus hermanas.

—Vamos a seguir al ejército griego. El camino que recorreréis para llegar al mar pasará por Escitia. Allí nos separaremos de vosotros y regresaremos a nuestra tribu —murmuró, apartando la mirada.

—¿Y luego? —preguntó, insistiendo.

—Intentaré reclutar un ejército para atacar a Tisafernes —la amazona lanzó una mirada dura hacia el exterior de la carreta, como si su odio pudiera alcanzar al sátrapa. Pensó mucho desde que despertó; su deseo era reunir un nuevo ejército de Amazonas y continuar la guerra contra el sátrapa.

—Volveré contigo, ¡lucharé por ti! —respondió Perseo con determinación.

Artemisia sonrió por dentro. *Sé que me acompañarías, sé que morirías por mí, pero eso es algo que no permitiré. Solo he rezado para tener un poco más de tiempo a tu lado. No quiero pensar en lo que sucederá cuando lleguemos a mi tierra adoptiva. ¿Cómo podría permitir que*

me acompañes, sabiendo que el camino de la venganza puede matarnos a uno de nosotros o a ambos? pensó.

—Mi dulce Perseo —murmuró, acariciando el rostro del joven.

Perseo permaneció en la carreta durante dos días más, hasta que se sintió lo suficientemente fuerte como para regresar a su pelotón. Sus amigos lo recibieron con alegría y prepararon un pequeño banquete de bienvenida.

Durante las noches, regresaba a los brazos de Artemisia.

CAPÍTULO 11

El ejército, en su retirada, llegó a un desfiladero y se detuvo en su entrada. Las amazonas, junto con la compañía de exploradores peltastas bajo las órdenes de Artemisia, avanzaron explorando el terreno.

Al acercarse, encontraron una fuerza persa apostada en las cumbres, que, al verlas, lanzaron dardos y flechas en su dirección. Sin embargo, fueron precipitados y los proyectiles cayeron lejos.

Con cautela, las amazonas y los peltastas retrocedieron, y Artemisia se dirigió a Quirísofo, quien cabalgaba al frente de la vanguardia del ejército.

—Hay un desfiladero en nuestro camino, y está custodiado por los persas —informó la amazona al encontrarlo.

El general ordenó a sus auxiliares que dieran la señal para que el ejército se detuviera y acampase en el lugar.

Mientras las órdenes se transmitían, desmontó y entregó las riendas de su caballo a un soldado.

—Esto no es bueno —respondió rascándose la barba y golpeando el suelo con los pies para relajar los músculos.

—Si no los expulsamos de la cumbre, no podremos cruzar el desfiladero —explicó la amazona, observando al general, que parecía cansado.

—He recibido noticias de la retaguardia informando que el ejército persa se acerca de nuevo —avisó Quirísofo—. Voy a convocar a Jenofonte para decidir qué hacer.

Llamando a un mensajero, el general ordenó que fuera a la retaguardia para convocar a Jenofonte, mientras él y Artemisia se dirigían hacia la cercanía del desfiladero con un regimiento de peltastas y arqueros.

A lo lejos, observaron el movimiento de los persas en la cumbre.

Tras un tiempo, Jenofonte apareció montado en un caballo tordo, desmontó ágilmente y se acercó a Quirísofo, después de saludar a Artemisia con una sonrisa.

—Los persas han tomado la cumbre del desfiladero que debemos cruzar —dijo de manera lacónica Quirísofo.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Jenofonte.

—Levanta la vista —respondió Quirísofo—. El enemigo ocupó la cumbre antes que nosotros, y no hay otro remedio que expulsarlos de allí. ¿Por qué no trajiste a los hoplitas?

—No podía desguarnecer la retaguardia, pues es allí donde el enemigo atacará —respondió Jenofonte, mirando las cumbres.

—¿Pero cómo desalojar al enemigo desde lo alto? Tenemos que atravesar estas montañas —replicó Quirísofo.

—Hay un sendero que lleva hasta la cumbre —intervino Artemisia, explicando que había mapeado el terreno antes de la retirada.

Jenofonte examinó nuevamente la sierra que impedía el paso del ejército griego y el sendero que conducía a la cumbre, después de que la amazona señalara su posición.

—Lo que tenemos que hacer —dijo el ateniense— es subir a la cumbre por el sendero, cueste lo que cueste, y rápidamente. Si conseguimos alcanzar la cima, el enemigo no podrá sostener la posición. ¿Prefieres quedarte aquí o avanzar?

—Elige tú —respondió Quirísofo.

—Soy más joven que tú, por lo tanto, debo tomar la delantera, mientras tú esperas. Pero traer tropas de la retaguardia llevará mucho tiempo, así que utilizaré a los peltastas y arqueros —decidió Jenofonte, observando aún la sierra.

—Puedes contar conmigo —se ofreció Artemisia para la misión.

Quirísofo aceptó y cedió un escuadrón de trescientos hombres, soldados elegidos por su valentía y coraje, los cuales él mismo comandaba, además de las amazonas.

Jenofonte comandó personalmente el ataque. Tras agrupar a los soldados en el pie de la sierra, el grupo de combate avanzó rápidamente por la ladera. Artemisia y las amazonas seguían juntas, con los arcos listos.

Sin embargo, los enemigos se dieron cuenta del ataque y gritaron pidiendo refuerzos que se encontraban en las sierras cercanas a la que estaban atacando. Comenzó entonces una carrera mortal, los griegos intentando ocupar la cumbre y los refuerzos persas tratando de llegar antes.

Cuando llegaron a la distancia de tiro, Artemisia y sus amazonas se detuvieron, hicieron puntería y dispararon flechas contra los persas desprevenidos que se mostraban en la cumbre, intentando lanzar dardos y piedras contra los griegos. Algunos cayeron desde lo alto, con el cuerpo atravesado por flechas.

El grupo de combate aceleró el paso, corriendo vertiginosamente cuesta arriba en medio de una gran algarabía. Los griegos se animaban unos a otros, mientras escuchaban a los persas exhortar a sus compañeros a que vinieran a apoyarlos.

Jenofonte, que estaba montado, galopaba de un lado a otro en su corcel, incitando a los griegos:

—¡Compañeros, valor! ¡Recordad que ahora es cuando se decide si volveréis a ver Grecia, vuestras mujeres e hijos! ¡Un último esfuerzo y el resto del camino será fácil! ¡Adelante! ¡Adelante!

—¡Desde arriba del caballo puedes ordenar! —gritó Sotérides, de Sición—. Si estuvieras a pie y llevaras el escudo como yo lo llevo, no serías tan fanfarrón.

Al escuchar estas palabras, Jenofonte desmontó del caballo, empujó al soldado fuera de la formación y, arrancándole el escudo, comenzó a correr junto a los demás. Pero como llevaba la armadura completa y no estaba acostumbrado, empezó a cansarse. A pesar de ello, no dejaba de animar a los que iban adelante para que siguieran avanzando, y a los que venían detrás para que pasaran adelante, sin importarse por su propio agotamiento.

Los soldados repararon en lo absurdo de la situación y, después de empujar a Sotérides, insultarlo y lanzarle piedras, lo obligaron a tomar el escudo del general y volver a su posición. Jenofonte, entonces, saltó nuevamente a su caballo y avanzó, exhortando a unos, advirtiendo a otros, mientras el camino aún era transitable. Luego, desmontó de nuevo y corrió a pie junto con los soldados.

Finalmente, llegaron a la cima antes que los refuerzos enemigos. Infantes persas los recibieron armados con pequeños escudos de mimbre y lanzas; algunos portaban hachas de guerra y espadas. Comenzó una lucha encarnizada por la posesión de la cima.

Artemisia desenvainó sus espadas y avanzó con sus hermanas. Un persa intentó detenerla lanzando su hacha contra su cabeza, pero ella se agachó, dejando que la hoja pasara por encima. La amazona aprovechó la oportunidad y, clavando ambas espadas en el abdomen de su adversario, lo empujó hacia adelante, haciendo que cayera al suelo con un grito de dolor. Pasó por encima de él y avanzó contra otro soldado que intentó estocarla con su lanza, pero la amazona se desvió a un lado y, sin dejar de correr, lo superó cortándole el cuello con un golpe.

La guerrera miró a su alrededor. Griegos y amazonas luchaban juntos, y el propio Jenofonte combatía con valentía contra dos persas armados con espadas. Artemisia lanzó una de sus cuchillas contra uno de ellos, acertándole en la costilla, mientras Jenofonte liquidaba al otro con un golpe que le atravesó el pecho de lado a lado. Él sonrió agradecido y siguió avanzando.

Los pocos persas restantes comenzaron a retirarse en dirección a sus compañeros, que se detuvieron en medio del camino. Mientras descendían la colina a toda prisa, las amazonas y los arqueros sacaron sus arcos y dispararon contra las espaldas desprotegidas de los fugitivos. Con satisfacción, Artemisia observó cómo varios caían al suelo con flechas clavadas en sus cuerpos.

Con esta maniobra, las tropas griegas ocuparon las montañas. Ahora, el ejército de Tisafernes se vería obligado a rodearlas, alejándose de los griegos.

Descendieron la colina junto con los refuerzos enviados por Quirísofo y llegaron a un gran poblado sin haber tenido que entrar nuevamente en combate ni avistar a soldados persas.

Artemisia entró en el pueblo con sus hermanas y se detuvieron frente al pozo en la plaza central, donde sacaron agua para refrescarse. Mientras tanto, observaron a los griegos aprisionando a los habitantes. Los desafortunados serían obligados a cargar los suministros y a los soldados heridos, su destino sería la esclavitud.

Con disgusto, la amazona vio cómo las mujeres eran violadas, mientras que algunas niños, jóvenes y ancianos eran asesinados por algunos soldados, hasta que un oficial les prohibió continuar con la matanza. Artemisia salió del pueblo con sus hermanas y montó un pequeño campamento fuera de los límites del mismo. Estaba cansada de presenciar el masacre de inocentes sin poder hacer nada. *Gracias a los dioses, Perseo y sus compañeros abominaban tal práctica*, pensó.

Perseo y sus compañeros esperaron largo rato el regreso de Jenofonte, quien había ido a desalojar a los persas de la cima de una colina. Finalmente, recibieron órdenes de continuar la marcha. Atravesaron un desfiladero donde vieron a soldados griegos en los picos y llegaron nuevamente a la llanura al otro lado. Las tropas de vanguardia tomaron un gran pueblo sin bajas.

Como en todo saqueo en tierras enemigas, muchas mujeres fueron violadas, niños, jóvenes y ancianos fueron asesinados. Algunos oficiales intentaban mantener la disciplina, entre ellos Georgios, quien amenazó a sus subordinados con los castigos más severos si los sorprendían abusando de mujeres o niños, además de la expulsión de sus pelotones. Todos respetaron sus órdenes, algunos porque compartían su modo de pensar, como Perseo, Diomedes, Petrus, Atreu y Laertes; otros, por miedo a ser expulsados, ya que Georgios era un suboficial respetado en el ejército espartano.

Los días eran agotadores, con marchas y alertas de pronta acción. Artemisia se preocupaba por Perseo, que luchaba en la retaguardia, y él, por ella, que marchaba en la vanguardia. Durante la noche, el espartano la buscaba cuando no estaba de centinela o demasiado alejado en la retaguardia, y se amaban con pasión. Pero antes de que el alba asomara en el horizonte, él partía nuevamente junto a sus compañeros.

La región por la que avanzaban era rica en provisiones debido a que estaba bañada por el río Tigris, y muchos pueblos se encontraban a lo largo de sus riberas. Los habitantes de los pueblos huían, dejando todo atrás, al percatarse de la cercanía del ejército griego.

Durante cinco días, patrullas fueron enviadas a capturar el ganado abundante que había en los pastos. Los pastores fueron capturados y sus rebaños tomados cuando buscaban un punto de cruce del río hacia la otra orilla.

El pelotón de Georgios recorrió la región en busca de suministros y llegó a una pequeña

aldea abandonada por sus habitantes. Los soldados registraron el lugar, pero no encontraron nada de valor.

Georgios los llevó hasta la orilla del río, donde sorprendieron a algunos pastores que buscaban un punto para cruzar con sus carretas cargadas de provisiones. Los espartanos tomaron todo lo que transportaban: trigo, harina, vino y algunos cabritos, y les ordenaron acompañarlos, prometiéndoles liberarlos si los ayudaban a llevar las provisiones hasta el campamento griego.

El pelotón avanzaba por la llanura escoltando las carretas cuando avistaron una patrulla de caballería persa galopando hacia ellos.

—¡Atención, formación de batalla, línea doble! — ordenó Georgios.

Los soldados tomaron posición, formando dos filas de diez hombres. Esta vez, Perseo quedó en la segunda fila. Los caballeros se acercaban rápidamente a la posición espartana. Diomedes tomó su honda, y tras girarla, lanzó un proyectil de plomo. El comandante de la patrulla persa cayó de su caballo, siendo pisoteado por los caballos que venían detrás.

Diomedes se rió y preparó otro proyectil, mientras Petrus también sacaba una honda. Girándola, lanzó un proyectil que acertó en la cabeza de un caballo, derribándolo junto con su jinete. Petrus sonrió como un niño. *Cómo consiguió la honda y cómo aprendió a usarla era un misterio.* Pensó Perseo, intrigado.

La caballería persa dudó, sin saber si continuar o no con la carga.

—¡Avanzar! — gritó Georgios.

—¡Ahuu! — respondieron todos al unísono.

Los espartanos corrieron lo más rápido posible en un silencio mortal. Algunos jinetes persas dieron media vuelta y huyeron, mientras que otros avanzaron unos pasos, pero los espartanos lanzaron sus lanzas contra ellos, acertando a varios. Sacaron las espadas y, gritando como locos, corrieron hacia los rezagados, alcanzándolos rápidamente. Un jinete, mientras intentaba controlar su montura, asestó un golpe descendente con su espada contra la cabeza de Perseo, quien lo bloqueó con su escudo al mismo tiempo que clavaba su propia espada en el vientre de su adversario, derribándolo. Al mirar a su alrededor, Perseo se dio cuenta de que no quedaba nadie con quien luchar; la batalla había sido breve.

Diez jinetes yacían en el suelo, algunos sin vida, otros heridos. Perseo y sus compañeros sacrificaron a los caballos heridos y ejecutaron a los soldados enemigos con un golpe en el corazón. Solo hubo una baja entre los espartanos: un soldado del pelotón recibió una lanza atravesándole el pecho, y otro sufrió un corte profundo en el brazo derecho, el cual fue atado con un trozo de tela cortado de las ropas de los muertos.

Al regresar, los pastores que habían capturado huyeron, abandonando sus carretas. Cargaron el botín hasta el campamento griego sin más contratiempos. Varias patrullas sufrieron ataques similares, ya que la caballería persa estaba activa en la región. Muchos soldados griegos fueron muertos o capturados. Mientras Perseo y sus compañeros regresaban al campamento, observaron varios focos de incendio ardiendo en la llanura; los persas estaban incendiando los pueblos para que los griegos no pudieran obtener más suministros.

Al llegar al campamento, los ánimos estaban exaltados, reflejo del desacuerdo entre Quirísofo, quien quería atacar a los persas, y Jenofonte, que prefería incendiar las tierras por donde pasara el ejército, pero sin arriesgar un enfrentamiento directo. Finalmente, Jenofonte impuso su opinión.

Las Amazonas acamparon en el mismo pueblo donde Quirísofo y Jenofonte habían instalado sus tiendas, mientras el ejército se dispersaba por la región.

Durante cinco días, se enviaron patrullas griegas para capturar el ganado abundante que había en los pastos; los pastores fueron capturados y sus rebaños tomados, sorprendidos mientras buscaban un punto para cruzar el río, que estaba crecido, hacia la orilla opuesta.

En estas incursiones, los griegos generalmente se encontraban con tropas de caballería persa que avanzaban, dejando atrás a la infantería, y libraban combates encarnizados. La caballería griega que quedaba después de la batalla de Cunaxa era pequeña y mal entrenada, y no lograba hacer frente a los persas, que atacaban a los griegos en los campos y luego huían.

Quirísofo entonces encontró una solución y convocó a Artemisia.

La amazona caminó hasta la tienda donde se encontraba el mando griego; el sol de la mañana brillaba con fuerza y una brisa fría barría la llanura. Perseo y sus compañeros estaban en los campos saqueando la región. Un soldado de guardia frente a la tienda, al verla, abrió la entrada.

—¡Ah, Artemisia! —saludó Quirísofo con una sonrisa.

—Quirísofo —la amazona asintió con la cabeza.

Junto al general griego, dos oficiales la observaban atentamente.

—¡Tengo buenas noticias para ti! Logramos capturar varios caballos excelentes en una de nuestras incursiones, y como nuestra caballería está reducida en número y la mayoría de los jinetes son inexpertos, pensé que tal vez te interesaría unirme a mi cuerpo de caballería —propuso Quirísofo, ampliando su sonrisa.

Las amazonas aprendían a montar antes incluso de caminar. Para ellas, acostumbradas a cabalgar por las llanuras, la larga marcha a pie durante la retirada era tediosa y frustrante.

—Sería un inmenso placer —sonrió la amazona amablemente.

—¡Perfecto! Neon, mi oficial, te llevará hasta las monturas. Tienes total autorización para patrullar la región, y me gustaría que entrenaras a algunos voluntarios para que podamos aumentar nuestra caballería —señaló hacia uno de los oficiales, un hombre de unos treinta años, con una barba triangular que le cubría el mentón. Como todos los griegos, llevaba una coraza y grebas.

—Sígueme, señora —invitó Neon con una sonrisa mientras salía de la tienda.

Caminaron por el campamento hasta un área más alejada, donde dentro de un cercado de madera, alrededor de cuarenta caballos y yeguas pastaban tranquilamente.

—Parecen dóciles, pero no te fíes, son salvajes —explicó el griego.

—Eso no será un problema —respondió la amazona, observando a los caballos, que eran animales hermosos.

—Hay suficientes sillas en las cercas —Neon señaló un conjunto de ellas colocadas sobre las maderas del cercado.

—Te agradezco. Traeré a mis hermanas para que elijan sus monturas —Artemisia se alejó en dirección a su campamento.

Al llegar y contarles que habían recibido caballos, Artemisia notó un brillo en los ojos de sus guerreras que hacía tiempo no veía. Pronto estaban eligiendo las monturas dentro del cercado; la líder de las amazonas eligió una bella yegua blanca e indomable, que la lazó y montó.

Al principio, la yegua pateó y trató de levantarse, pero la amazona la controló sin dificultad. *No es la primera vez que doma un caballo*, pensó, recordando que uno de los entrenamientos de las amazonas consistía precisamente en domar caballos salvajes. Las guerreras solo podían montar los animales que ellas mismas hubieran domado, con la excepción de su corcel, Deimos, que fue un regalo de Mardoc y domado por Ikarnas.

Las amazonas pasaron el resto de la tarde felices domando y entrenando los indómitos

caballos y regresaron al campamento casi al anochecer. Esa noche, Perseo no apareció, ya que estaba de centinela en uno de los muchos puestos avanzados del campamento griego.

A la mañana siguiente, al primer indicio del amanecer, las amazonas salieron del campamento en dirección a las praderas. Después de cabalgar hasta la hora en que el sol estaba en lo alto del cielo, avistaron a lo lejos un campamento. Unos cuarenta caballos estaban atados con cuerdas sujetas a estacas en la hierba, y sus jinetes, desmontados, estaban alrededor de una fogata con un gran caldero sobre ella, donde estaban preparando el almuerzo cuando las vieron.

Artemisia golpeó con más fuerza el flanco de su montura para que aumentara la velocidad, mientras tomaba el arco y encajaba una flecha en él. El campamento era persa, y reconoció la ropa tradicional de sus caballeros: túnicas, pantalones y botas de fieltro. Cerca de la fogata, varios pequeños escudos rectangulares de mimbre estaban apoyados unos contra otros, con lanzas a su lado.

Las amazonas imitaron el movimiento de su líder y se dieron cuenta de que los persas comenzaron a correr hacia sus caballos, pero antes de que pudieran montar, ellas ya estaban al alcance de sus arcos. Apuntando a un persa que intentaba montar su caballo, Artemisia disparó una flecha que lo alcanzó en la espalda.

El aire se llenó con el silbido de las flechas volando en dirección a los soldados. Estos corrieron de vuelta, dejando sus caballos y tomando sus escudos y lanzas. Las amazonas galoparon alrededor del campamento formando un amplio círculo, disparando siempre sus flechas. Con cada disparo, un jinete caía, ya que mientras se defendía con su escudo, generalmente era alcanzado en la espalda por otra amazona que rodeaba el lugar.

Cada vez más estrecharon el círculo hasta que el último persa cayó al suelo, atravesado por flechas. Las amazonas desmontaron en el campamento lleno de cuerpos y contaron cuarenta caballeros abatidos. Mientras algunas guerreras recuperaban las flechas clavadas en los muertos, una de ellas miró dentro del caldero que seguía sobre el fuego.

—Es un guiso de carne —sonrió.

—¿Qué tal si comemos? No hay razón para desperdiciar una buena comida —preguntó Hircania.

—De acuerdo, aprovechemos la comida preparada —respondió Artemisia con una sonrisa.

Después de recuperar los caballos persas y recoger las flechas, las amazonas comieron el guiso de carne y verduras, que les pareció delicioso. Una de las guerreras encontró varios odres con cerveza y vino, que ayudaron a bajar la comida. Al final del improvisado banquete, regresaron al campamento griego, llegando cuando el crepúsculo se acercaba.

Quirísofo se mostró sorprendido y contento con el botín; en una sola tarde, las amazonas habían conseguido cuarenta hermosos caballos, todos con sillas, además de haber aniquilado a un escuadrón de caballería enemiga que estaba atacando los pelotones griegos que salían al campo a saquear la región.

Sin embargo, el ambiente en el campamento era turbulento y los ánimos estaban exaltados. Quirísofo invitó a Artemisia a quedarse en su tienda mientras esperaba a Jenofonte y otros oficiales para participar en una reunión. Había desacuerdo entre los generales sobre los próximos pasos que el ejército debía tomar.

Jenofonte y dos oficiales llegaron y entraron en la tienda, y Neon sirvió copas de vino que vertió de una ánfora de barro.

—Necesitamos decidir nuestro próximo paso, no podemos quedarnos aquí indefinidamente —comenzó Jenofonte después de dar un sorbo a su copa.

—Mi opinión es retroceder y ofrecer combate al ejército persa que nos persigue —afirmó Quirísofo—. Estoy harto de huir, es vergonzoso para un espartano retirarse.

—Enfrentar a los persas, que son más numerosos y mejor abastecidos que nosotros, es arriesgarnos a una derrota. Ellos tienen fuerzas de reserva, algo que nosotros no tenemos, además de caballería. Y, por otro lado, tenemos muchos heridos de los que preocuparnos —discrepó Jenofonte.

—¿Y qué sugieres tú? —preguntó Neon.

—Cruzar el río y continuar hacia la costa, entrando en combate solo cuando sea necesario —respondió Jenofonte.

—¿Y cómo propones hacerlo? Varios exploradores descendieron y subieron por el río, que está crecido, y no encontraron puntos en los que pudiéramos vadearlo —afirmó Quirísofo, visiblemente frustrado.

—Podríamos usar balsas —sugirió Agasias, tratando de calmar los ánimos.

—¿Y cómo las produciríamos? —preguntó Neon—. Saqueamos toda la región y no encontramos madera suficiente para hacer balsas.

—No podemos quedarnos aquí, con la espalda al río, sin una ruta de escape —Jenofonte se frotó nerviosamente la barba.

—Podríamos retroceder —intervino Artemisia en la discusión, señalando un mapa de piel de buey que estaba sobre la pequeña mesa de madera.

Los oficiales miraron el mapa.

—Continúa —pidió Jenofonte.

—Si retrocedemos hasta aquí —explicó la amazona, señalando un punto del mapa—, podremos seguir en esta dirección y llegar a las montañas carducas. Si conseguimos atravesarlas, ahorraremos tiempo, pero les advierto que los carducos son guerreros belicosos y no les gustan los extranjeros en sus montañas, que consideran sagradas. La otra opción es rodearlas, pero en ese caso nos llevaría semanas.

Jenofonte y Quirísofo discutieron sobre el plan, y su desacuerdo era evidente: mientras que el segundo quería atacar a los persas, el primero deseaba incendiar las tierras por donde pasaran, pero sin arriesgarse a un enfrentamiento directo. Finalmente llegaron a un acuerdo: el ejército retrocedería e incendiaría los campos en represalia contra los persas, pero solo entrarían en combate si eran atacados.

Esa noche, Artemisia se encontró con Perseo. Ella observó al joven acercándose al pequeño campamento de las amazonas, que consistía en la tienda de su líder y dos carretas, que ahora eran conducidas por cuatro esclavas cilicias. Estas habían sido rescatadas unos días antes de un grupo de seis soldados griegos, quienes discutían qué hacer con ellas, ya que habían sido esclavizadas por un oficial en Cilicia que había muerto víctima de una fiebre.

Los soldados discutían entre ellos quién tendría derecho a las esclavas, mientras las cuatro las observaban con los ojos desorbitados de terror.

Artemisia, que pasaba cerca en compañía de Hircania, regresando de una reunión con los oficiales de Quirísofo, decidió intervenir. Se irritó por la situación, estaba harta de presenciar los abusos cometidos por los soldados griegos sin poder hacer nada.

—Ellas no les pertenecen a ninguno de ustedes, el hombre que las esclavizó murió y no dejó herederos, por la ley persa, ellas son libres —afirmó la amazona, acercándose.

—No te metas en lo que no te incumbe, mujer —gruñó uno de los soldados de forma amenazante, dirigiéndose hacia Artemisia.

En el mismo instante, la amazona le dio una patada en los genitales, haciéndolo doblarse

de dolor, mientras sacaba las dos espadas y las cruzaba a su alrededor, apuntando al cuello del soldado. Bastaba con un poco de presión para que su cabeza rodara del cuerpo. Hircania, a su lado, apuntaba sus espadas a los demás griegos.

—¿Alguien más cree que no debo meterme en este asunto? —preguntó Artemisia, mirando a los soldados con mirada desafiante.

Los griegos miraron a las dos guerreras, y, enfadados, se alejaron gruñendo. Artemisia, mientras tanto, le dio una patada en la cara al griego que aún estaba arrodillado, dejándolo inconsciente. Las esclavas corrieron hacia ellas llorando y se arrojaron a sus pies.

Artemisia las levantó y, en persa, les explicó que estaban libres, pero ellas dijeron que no tenían adónde ir y le suplicaron a la amazona que les permitiera servirles. La amazona acabó aceptándolas, y ahora ellas conducían las dos carretas, cocinaban para las guerreras y limpiaban sus ropas y equipos.

Esto había ocurrido hacía dos días, y ahora las Amazonas dormían alrededor de las carretas, junto al fuego que encendían todas las noches.

Perseo caminaba con pasos firmes, su andar era altivo, como solo un guerrero podía tener. Llevaba su escudo atado a la espalda, por encima de su manto rojo; en una mano sostenía su lanza, mientras que la otra descansaba en el mango de su espada, que colgaba de su cintura en una vaina de cuero. El corazón de Artemisia se llenó de amor. *No me canso de admirarlo, posee una belleza simple y rústica, que contrasta con sus ojos inocentes*, pensó.

Sonriendo, el espartano se acercó a la amazona, la tomó en sus brazos y la besó ardorosamente.

—Qué ganas tenía de verte —murmuró él, mirando a Artemisia.

—Ya lo veo —respondió ella, sonriendo feliz.

Artemisia lo tomó de la mano y lo condujo hacia el interior de su tienda. Lentamente, retiró su coraza pechera y las grebas, dejándola solo con la túnica. Con un movimiento rápido, él se desnudó. Sonriendo sensualmente, la amazona retiró su túnica lentamente, dejando que se deslizara por su cuerpo, cayendo a sus pies. No llevaba nada debajo, ya que lo esperaba.

Con una sonrisa y una mirada llena de deseo, Perseo la abrazó, acostándola suavemente sobre la cama de pieles, y pronto se amaron hasta quedar saciados. Después, quedaron tumbados, entrelazados, respirando pesadamente.

Con un suspiro de felicidad, Artemisia se acurrucó en el pecho de Perseo, quien acariciaba sus cabellos. *¡Dioses! Ojalá esta felicidad dure un poco más*, pensó la amazona en su mente.

Artemisia durmió en los brazos de Perseo, y cuando despertó, él ya había regresado a su posición. Ella sonrió para sí misma. Antiguamente, era yo quien partía dejándolo dormido, pensó mientras recordaba el inicio de su romance. *Jamás olvidaré aquel día en el bosque de la ciudad de Oleiros. Yo, que nunca me había enamorado de ningún hombre, ni siquiera de mi querido amigo Ciro, experimenté un sentimiento arrollador al ver a Perseo escondido en un arbusto, y me dejé llevar por mis instintos, permitiendo que los sentimientos y deseos que había tenido reprimidos por tantos años en mi interior estallaran.*

A veces, la amazona se preguntaba si lo que sentía por el espartano realmente no era una trampa de Afrodita, un sentimiento que podría llevarlos a la perdición.

Temo por su vida, deseo más que nada confrontar al persa que vi en el campamento de Tisafernes, necesito saber si es algún renegado griego, necesito vengar la muerte de mis seres queridos y lo que me hizo cuando aún era una niña, pero ¿cómo lo haré? Si Perseo me acompaña, podría morir.

Con estos pensamientos turbulentos, Artemisia se levantó para afrontar un nuevo día.

La amazona no tuvo la oportunidad de contarle a Perseo que ahora las amazonas formaban parte del cuerpo de caballería de Quirísofo.

CAPÍTULO 12

El ejército retrocedió, y esta vez los espartanos tomaron la vanguardia. Las amazonas avanzaron por el flanco de la columna que marchaba, buscando señales del ejército persa que habían avistado a lo lejos, pero no se atrevieron a ofrecer combate.

Perseo y sus compañeros caminaban por la llanura, la niebla de humo cubría el sol, resultado de las aldeas incendiadas por la caballería e infantería griegas. Los cuerpos de los nativos yacían extendidos sobre la hierba, asesinados mientras intentaban huir.

El joven espartano intentaba no mirarlos mientras su mente se veía asaltada por dudas. *¿Dónde está la gloria en semejante matanza? Desde temprana edad nos enseñaron a ver la guerra como una aspiración que todo espartano debía desear, pero no nos explicaron los efectos colaterales de ella: víctimas no combatientes, arrastradas por la marea de furia y destrucción. ¿Qué riesgo representaban esos pobres infelices, atrapados en medio de la disputa entre dos ejércitos? ¿Qué sabían o entendían acerca de la expedición de Ciro y su ambición de convertirse en rey, que originó el conflicto? ¿Acaso sabían siquiera que existía una Grecia? ¿Que éramos mercenarios contratados para luchar por dinero? Ahora comienzo a entender los motivos por los que mi hermano no estaba de acuerdo con mi idea de servir como mercenario. Hay una gran diferencia entre luchar por tu patria y tus seres queridos, y luchar por dinero en una guerra extranjera.*

Perseo caminaba inmerso en estos pensamientos cuando escuchó el sonido de caballos galopando desde la retaguardia. Todos miraron hacia atrás; el ejército griego estaba esparcido por toda la llanura, pero un escuadrón de caballería se acercaba rápidamente.

Al acercarse, se dieron cuenta de que eran las amazonas. Artemisia, que lideraba la columna, detuvo su montura al ver a Perseo. Estaba triste; era deprimente darse cuenta de que los griegos actuaban como cualquier bárbaro inculto. *Muertes innecesarias y crueles, en mi opinión,* pensó desanimada mientras guiaba a sus guerreras.

Con un gesto, ordenó a sus compañeras que desmontaran para unirse a los espartanos. La amazona se acercó sonriendo y emparejó su montura con la de Perseo, sujetándola por las riendas.

—¿Habéis conseguido monturas? —sonrió el espartano al saludarla.

—Sí, Quirísofo me ofreció los animales y nos asignó al cuerpo de caballería. Mis hermanas se sentían incompletas sin sus caballos. Las guerreras escitas aprenden a montar antes de aprender a caminar —sonrió satisfecha.

Perseo asintió con la cabeza. Artemisia percibió su estado de ánimo sombrío y preguntó:

—¿Cómo estás? —apretó su mano discretamente.

—Cansado, quería verte anoche, pero es imposible —murmuró.

Desde el cruce del desfiladero, la pareja había tenido pocas oportunidades de estar a solas.

—Yo también te echo de menos —murmuró la amazona, para que nadie la oyera.

Perseo apretó suavemente sus dedos, y ella sonrió mientras se sonrojaba.

Caminaban por el sendero que seguían y entraron en un pequeño pueblo, cuyas humildes chozas ardían. Aldeanos y animales muertos yacían dispersos por las calles de tierra batida. Algunas pocas mujeres estaban sentadas en el suelo, con el rostro cubierto de cenizas, con mirada apática; los niños lloraban de forma estridente, parecía que llamaban a sus madres;

cuando veían a los soldados, corrían de nuevo hacia los campos.

Perseo pensó en su padre y su hermano. *¿Habrán sido acaso testigos de tanta miseria y muerte de personas inocentes como yo? Combatir soldados es parte de mi trabajo, pero no soporto escuchar el llanto de los niños y las mujeres; me parte el corazón y me hace dudar de la existencia de los dioses. Ya no creo en lo que los instructores me enseñaron durante mi infancia; me decían que la guerra era noble, ¿dónde está la nobleza en lo que yo veo?*

Artemisia también estaba perdida en sus pensamientos. *Mis padres y mi hermano fueron muertos en un ataque de espartanos o sus aliados, liderados por el renegado griego que vi en la tienda de Tisafernes. Durante la guerra contra Atenas, incendió mi granja, causó la muerte de mis seres queridos y violó mi inocencia. Ahora camino al lado de un espartano a quien amo más que a mi propia vida, yo que juré nunca acostarme con un hombre y que pasé años de mi vida odiándolos, especialmente a los espartanos. Los dioses deben complacerse manipulando nuestros destinos de forma tan irónica.*

—Qué triste es la guerra —suspiró Atreu, mirando las chozas incendiadas, sacando a la pareja de sus pensamientos.

—Luchar en una guerra y cubrirse de gloria es la mayor aspiración de un espartano —respondió Laertes con desdén.

—¿Dónde está la gloria en incendiar miserables chozas? —replicó Georgios, furioso, pateando un trozo de leña carbonizada.

—Estos pobres desgraciados, además de que les han saqueado sus bienes, ahora pierden sus casas y campos —afirmó Diomedes.

—Que los dioses nos perdonen —murmuró Atreu.

—Son enemigos —respondió secamente Laertes, apresurando el paso y apartándose del grupo.

—Laertes nunca será feliz en tiempos de paz, ama esto —señaló Georgios, apuntando a la desolación que los rodeaba.

Siguieron marchando en silencio. Artemisia sentía una inmensa piedad por las víctimas. *¿Qué puedo hacer? Estamos reducidas a pocas guerreras y cuatro sirvientas, acompañando a un ejército en retirada.*

Salieron del pueblo incendiado. Los cuerpos de los aldeanos que intentaron huir estaban dispersos por la llanura, perseguidos y muertos por la infantería ligera griega o por escuadrones de caballería que tomaron la vanguardia. Diomedes se acercó a un cuerpo que yacía boca abajo; parecía un hombre joven.

—Herida de lanza en la espalda —dijo, moviendo la cabeza—. Pobre bastardo, no tuvo ninguna oportunidad.

El grupo se detuvo para descansar y observar. De repente, escucharon un gemido y prepararon las lanzas. Georgios pidió silencio, el gemido aumentó.

—Viene de allí —señaló Atreu, apuntando a un gran arbusto no muy lejos del cuerpo del aldeano.

Georgios y Atreu se acercaron lentamente al arbusto, los demás los siguieron dándoles cobertura, las Amazonas tensaron sus arcos. Los soldados griegos seguían marchando por el sendero sin preocuparse por ellos. El sargento, con un movimiento rápido, apartó el arbusto con su espada, preparado para asestar un golpe, pero se detuvo de repente.

En el suelo, detrás del arbusto, una joven mujer parecía estar dormida. En su pecho, protegida por sus brazos, había una niña que intentaba succionar uno de sus pechos. Los soldados bajaron las lanzas, atónitos ante la escena. Atreu se arrodilló y tocó el hombro de la

mujer; ella no reaccionó, la niña, que debía tener alrededor de un año, comenzó a llorar.

—Está muerta —constató Atreu tristemente.

—Probablemente era esposa de ese hombre —señaló Diomedes, apuntando al cuerpo del aldeano.

—La niña parece estar bien —Georgios sonrió cuando la niña le agarró el dedo con su manita.

—Lo mejor y más piadoso es matarla —afirmó Laertes, que había regresado al notar que sus compañeros se quedaban atrás, desenvainando su espada.

—Si la tocas, te arranco la cabeza —amenazó Petrus, gruñendo.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó Perseo.

—Déjame cogerla —intervino Artemisia, mientras tomaba delicadamente a la niña de los brazos de la mujer muerta y la mecía en los suyos. *Qué sensación tan maravillosa.* Pensó mientras acariciaba la mejilla de la niña, con sus guerreras sonriendo y los soldados griegos, barbudos y con los rostros cubiertos de hollín, alrededor de ella.

Perseo observaba la escena. La amazona sonreía a la niña mientras usaba una de sus manos para acariciar su mejilla. Por un momento, la imaginó meciendo a una niña suya en una granja en cualquier parte del mundo donde no hubiera guerra, y ese pensamiento lo llenó de felicidad.

Georgios se rascaba la cabeza. Eran un ejército en retirada, perseguidos por enemigos que los superaban en número, dentro de un territorio hostil. No era el lugar ideal para una niña.

—No podemos abandonarla, moriría —dijo Atreu, conmovido.

—Tal vez algún aldeano haya escapado y la acoge —Georgios miró a su alrededor.

—Es más probable que la encuentre un lobo, ya casi está oscureciendo y ustedes vieron lo que nuestras tropas hicieron —señaló Diomedes, apuntando a los cuerpos dispersos y al pueblo en llamas.

—No podemos abandonarla —respondió Perseo, pensando en su hijo, Hipócrates.

—¡No la voy a abandonar! —exclamó Artemisia, decidida.

—Están locos —refunfuñó Laertes.

—La llevaremos con nosotros —resolvió Artemisia.

—Vosotros cuatro, enterrad a la mujer y al hombre juntos —ordenó Georgios, señalando a Perseo, Diomedes, Petrus y Laertes.

Los soldados obedecieron la orden, usando las espadas para cavar una tumba superficial donde acomodaron los dos cuerpos, poniendo algunas piedras encima. Laertes refunfuñó durante todo el trabajo, mientras la niña lloraba suavemente.

—Debe tener hambre —murmuró Artemisia.

—Vamos a encontrar leche para ella —decidió Diomedes, saliendo del lugar seguido por Petrus hacia el convoy de suministros.

—Esto nos costará la cabeza —resopló Laertes.

—Hablaré con Admeto en cuanto acampemos —resolvió Georgios.

—No es necesario, Georgios, mis hermanas y yo nos ocuparemos de ella —advirtió Artemisia, mientras las demás Amazonas se acercaban para ver a la niña.

—¿Es niño o niña? —preguntó Perseo, curioso.

Todos miraron curiosos a Artemisia, quien había arropado a la niña en sus brazos y destapó los pañales que la cubrían.

—Es una niña —exclamó, sonriendo.

—Tenemos que darle un nombre —se animó Perseo.

—Helena —sonrió Georgios, algo avergonzado—. Siempre quise tener una hija con ese nombre.

—La esposa de mi hermano también se llama Helena —dijo Perseo.

—Que sea —decidió Artemisia—. Que los dioses la bendigan, pequeña Helena.

Salieron del lugar y marcharon rápidamente para alcanzar la retaguardia del ejército, que en ese momento ya los había dejado atrás. Cuando lo alcanzaron, el sol ya se estaba poniendo y el ejército comenzaba a montar el campamento nocturno. Artemisia y sus amazonas consiguieron dos carretas, conducidas por las cuatro mujeres que habían liberado.

Las amazonas se dirigieron hacia las carretas con la niña, seguidas por los espartanos. Las sirvientas se mostraron encantadas con la pequeña, mientras Diomedes y Petrus regresaban con una bolsa llena de leche de cabra, que entregaron a Artemisia. Ella empapó un trozo de tela en la leche y lo colocó en la boca de la pequeña Helena, que mamó con avidez. Todos rieron, felices.

—Estas son Cera, Ivana, Parinemes y Antara —presentó Artemisia—. Fueron capturadas en Cilicia como esclavas, pero logramos liberarlas. Ahora nos sirven por su propia voluntad. Podemos confiar en ellas para cuidar de la pequeña Helena.

Todos observaron cómo las sirvientas rodeaban, sonrientes, a Artemisia y a la niña.

—Pueden visitarla cuando quieran, nosotras nos encargaremos de ella —afirmó la amazona con una sonrisa feliz.

Una de las sirvientas extendió los brazos pidiendo a la niña. Artemisia dudó un momento, pero terminó entregándosela. La mujer la tomó en sus brazos con una expresión de ternura y luego miró a los demás y sonrió.

—Muy bien, vamos a encontrar nuestra posición —ordenó Georgios.

Los espartanos se despidieron de la niña, incluso Laertes, a regañadientes, acarició su cabeza. Perseo avisó a Artemisia que intentaría regresar más tarde y siguió a Georgios y sus compañeros hacia la posición del pelotón, donde prepararon una hoguera para la cena y pasar la noche. Mientras tanto, el sargento y Atreu salieron en busca de nuevas órdenes.

Las amazonas se acomodaron y prepararon su propia fogata para pasar la noche. La pequeña Helena ya dormía en los brazos de una de las sirvientas. Artemisia la observó. *Dioses, cómo desearía que ella fuera mía y de Perseo, pero sé que nunca podré tener un hijo. Ese es otro de los secretos que no he contado. ¿Me odiará por eso? ¿Seguirá conmigo?* La amazona se sumió en estos pensamientos mientras preparaban la cena.

En el horizonte, la llanura estaba iluminada por los incendios que consumían las pequeñas aldeas y las plantaciones dispersas.

Un mensajero de Quirísofo se acercó a ella y le informó que al día siguiente se dirigirían hacia el norte. Artemisia conocía el camino: partirían hacia las montañas carducas, una ruta peligrosa, pero la más rápida para llegar al mar. De lo contrario, el ejército tendría que dar una gran vuelta para rodear las montañas, tal como ella lo había hecho con Ikarnas años atrás.

Más allá de las montañas carducas se encontraba el territorio de Armenia y luego la Escitia, su patria adoptiva. El recuerdo de este momento la afligía. Recordaba que se había unido a Ciro en contra de la voluntad del rey y de los líderes tribales. *¿Permitirán que el ejército griego cruce en paz? ¿Y Perseo? ¿Le pediré que me siga, aunque ya esté decidida a volver a luchar contra Artajerjes y Tisafernes?*

En el horizonte, la llanura seguía iluminada por los incendios que arrasaban aldeas y campos.

En el campamento de los espartanos todo estaba en calma.

—Bien, ¿quién quiere jugar a los dados? —preguntó Diomedes con malicia.

Solo Petrus aceptó, el resto de nosotros se mantuvo en silencio. Perseo pensaba en su hijo Hipócrates. *No conviví con él. Si lo reconozco, entrará en la agogé y será sometido a un entrenamiento intenso. No podré criarlo ni educarlo. ¿Realmente querría un destino así para él? Pensó en Artemisia. ¿Y si tuviéramos un hijo? Nunca hablamos de eso. Finalmente pensó en la pequeña Helena. ¿Tendrá alguna oportunidad de llegar viva a Grecia o a otro lugar?*

Somos soldados, no tenemos muchas esperanzas. Desde pequeños nos enseñaron a aceptar la muerte en combate como algo glorioso. Nos enseñaron que la guerra es la mayor aspiración de un hombre, pero ahora tengo dudas. Ya he visto mucho de la guerra y aprendí que no tiene nada de gloriosa ni honorable. Después de todo, ¿dónde está el honor en masacrar aldeanos indefensos, quemar sus casas y campos, esclavizar a sus hijos, violar a sus esposas? Perseo meditó mucho sobre esto y no se dio cuenta de cuándo Georgios y Atreu regresaron.

—¿Alguna noticia sobre a dónde vamos? —preguntó Diomedes sin apartar los ojos de los dados.

—Sí, pasé por la tienda del comando y las órdenes son que nos dirigiremos hacia el norte, hacia las cordilleras donde habitan los carducos —respondió Georgios.

—Por los dioses infernales, ¿quiénes son esos carducos? —preguntó Petrus, tratando de disimular que estaba intentando hacer trampa en el juego.

—Mira esos dedos tontos —recriminó Diomedes dándole un golpe en la mano y, volviéndose hacia Georgios, preguntó—. ¿Quién nos guiará por esas tierras?

—Algunos prisioneros capturados conocen el camino. Parece que estos carducos no se sometieron al Imperio Persa, son salvajes y belicosos, viven en las montañas al norte del río Tigris. Con suerte podremos negociar nuestra paso por sus tierras, sino tendremos que luchar por cada paso. Después de las tierras de los carducos, llegaremos a Armenia —respondió Georgios.

—Partiremos mañana temprano, después del sacrificio a los dioses que los comandantes tienen planeado —añadió Atreu.

—¿Puedo ausentarme, sargento? —preguntó Perseo.

—Puedes ir, Perseo, pero regresa antes del amanecer.

Perseo se dirigió al campamento de las amazonas, donde encontró a Artemisia y sus guerreras alrededor de la niña, que dormía en una pequeña cama hecha de pieles, envuelta en un manto. Las amazonas parecían encantadas con la niña.

Artemisia se dio cuenta de que él la observaba y caminó hacia él, tomándolo de la mano, lo condujo hacia el interior de su tienda.

—¡Es tan hermosa, Perseo! —exclamó emocionada—. Si regresamos a Escitia, ella irá con nosotras y la criaremos como una amazona.

Hacía tiempo que Perseo no veía a la amazona tan feliz.

—Me alegra verte tan alegre —la besó apasionadamente en los labios.

Ella respondió al beso, dio dos pasos hacia atrás, sonrió y se quitó la túnica, quedando desnuda. Perseo no dejaba de admirar su cuerpo. Ella se acercó y le ayudó a quitarse la túnica. Se abrazaron, pegando sus cuerpos, él la acostó suavemente en la cama de pieles y se amaron durante mucho tiempo, hasta alcanzar el clímax.

Quedaron acostados, exhaustos y felices.

—¿Y si tuviéramos un hijo? —preguntó Perseo mientras Artemisia acariciaba su pecho.

La amazona, recostada sobre el pecho de Perseo, levantó la cara y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo podríamos tener un hijo en medio de esta guerra? —preguntó, desviando la mirada, con el corazón apretado por la verdad que no se atrevía a contar.

Perseo pensó en ello. *Es una locura lo que sugerí. Estamos en retirada, y cada día corremos el riesgo de ser atacados y masacrados. ¿Cómo pude haber imaginado a Artemisia llevando a un hijo nuestro en una situación así?*

—Perdóname, creo que me dejé llevar al verte con la pequeña Helena —el espartano tocó suavemente el rostro de la amazona para que lo mirara.

—Dejémoslo en manos de los dioses, tal vez después de salir de Persia —respondió Artemisia, escondiendo su rostro en el pecho de Perseo.

El espartano acarició el cabello de la amazona y ambos se quedaron dormidos. Antes del amanecer, estaban de pie, Artemisia para cuidar a sus amazonas y Perseo para regresar a su posición.

Se despidieron con un largo beso.

Los arduos trabajos de Ares los llamaban de nuevo. La guerra por la supervivencia continuaba y ahora la pareja tenía a alguien más a quien proteger.

CAPÍTULO 13

El ejército se reunió con los primeros rayos del sol. Estaba alineado, observando el movimiento de los oficiales frente a las tropas, mientras las amazonas, montadas en sus caballos, estaban listas para partir al frente.

Todos esperaban pacientemente, mientras en un brasero encendido frente a las tropas, un acólito echaba incienso, dispersando un aroma delicado en el aire.

Un sacerdote se acercó, varios jóvenes lo seguían conduciendo un toro y, al posicionarse frente al ejército, inmovilizaron al animal con cuerdas, que mugía tristemente.

El sacerdote levantó un cuchillo hacia los cielos, y su hoja brilló cuando los rayos del sol la iluminaron.

—¡Zeus, portador del rayo! ¡Hércules, nuestro guía! ¡Dioses y diosas inmortales que habitan en el Olimpo! ¡Aceptad esta ofrenda! ¡Concedednos un paso seguro por las tierras bárbaras que vamos a atravesar! —gritó para que todos lo oyeran.

El sacerdote entonces cortó la garganta del animal con un golpe violento, y la sangre se derramó sobre el suelo. Los acólitos colocaron bacías de barro para recoger parte del líquido derramado. Luego ayudaron a abrir el vientre del toro. El sacerdote metió las manos en el interior del animal y extrajo sus vísceras. Tras observarlas por unos instantes, las arrojó al brasero.

—¡Los presagios son favorables a nuestra marcha! —exclamó.

Las órdenes fueron transmitidas, y la columna del ejército comenzó la marcha con la misma formación anterior, con los espartanos en la retaguardia.

—¡Atención! —gritó Anaxandro, mientras acompañaba a sus hombres— ¡Cuando lleguemos a las tierras de los carducos, se prohibirán los saqueos! ¡Aquellos que desobedezcan serán ejecutados!

—¿Por qué, señor? —gritó Diomedes, atrevidamente, desde su posición.

Georgios lo fulminó con la mirada. Anaxandro respiró hondo, y todos pensaron que no iba a responder, pero Admeto, que se acercaba y había escuchado la pregunta, respondió:

—Tenemos esperanzas de conseguir un acuerdo con el líder de esas tribus para que nos permita pasar de forma segura por sus tierras —sonrió, ya conocía a Diomedes desde hacía mucho tiempo y sabía lo impertinente que podía ser.

Los espartanos marcharon durante horas. La llanura comenzó a dar paso a sierras y montes. A lo lejos, grandes montañas rodeaban el valle por el que avanzaban, con sus picos cubiertos de nieve. Varias aldeas estaban dispersas por la región, pero los griegos no se acercaron a ellas.

Cuando el crepúsculo se aproximaba, habían terminado de escalar una empinada sierra y se detuvieron en su cima para descansar. Perseo miró alrededor; el paisaje era deslumbrante, el sol se ponía en el horizonte, esparciendo un brillo dorado sobre las sierras y los picos nevados de las montañas distantes. En el pie de la sierra, la vanguardia del ejército se acercaba a un pequeño pueblo, ya cubierto por las sombras del atardecer.

Tras el breve descanso, el pelotón reanudó la marcha, descendiendo con dificultad por la sierra, y llegaron, ya entrada la noche, a las inmediaciones del pueblo que habían avistado. Encendieron una fogata para pasar la noche.

Georgios fue convocado con otros sargentos para reunirse con los oficiales superiores. Regresó después de una hora, cuando el pelotón ya estaba cocinando la cena, que consistía en

una sopa de verduras con trozos de carne. Todos lo miraron en silencio, expectantes. Atreu le pasó un cuenco con la sopa, que él recogió con una sonrisa de agradecimiento, sorbiendo un gran trago.

—Muy bien, chicos, estamos de centinela en el último turno de la noche. Las órdenes son estar atentos. Nuestros exploradores intentaron iniciar una negociación con los carducos, pero no se mostraron receptivos. Al ver nuestra aproximación, abandonaron sus aldeas y pueblos —el sargento tragó los trozos de carne de la sopa.

—Maldición —murmuró Diomedes—. Tendremos que atravesar esta tierra olvidada por los dioses luchando.

—Que vengan, no tengo miedo de esos bárbaros —afirmó, orgulloso, Laertes.

—¿No te cansas de tu sed de sangre? —preguntó con desdén Petrus.

—Cállate, macaco ignorante —Laertes hizo ademán de levantarse.

—¡Cállense los dos! —cortó Georgios—. No quiero saber de peleas. ¡Guarden la energía para cuando nos ataquen! Coman y descansen, mantengan las armas listas. Los despertaré a ustedes y al resto en la hora de la vigilia —ordenó, terminando la discusión. Comió el resto de la sopa y se levantó, dirigiéndose a las demás fogatas del pelotón.

—Hoy no vas a encontrar a tu amazona —rió Diomedes, dirigiéndose a Perseo.

—Vas a tener que conformarte con dormir con nosotros —añadió Atreu.

—Si quieres, yo te puedo calentar —se burló Petrus.

Perseo apenas sonrió, no había nada que decir, aunque su deseo era ir hasta Artemisia.

—Siento en mis huesos que vamos a tener problemas —suspiró Diomedes, y todos prestaron atención, pues confiaban en sus instintos.

—Esos carducos parecen tan pobres como nosotros, probablemente saldremos de aquí con las manos vacías —murmuró Petrus.

Después de comer, Perseo se envolvió en su manto e intentó dormir. Su lanza y escudo estaban a su lado, y sujetaba con fuerza su espada contra el cuerpo. El espartano se quedó mirando el cielo estrellado; su deseo era estar con Artemisia, pero no era posible. Sabía que la amazona estaba bien, su campamento siempre estaba cerca del convoy de suministros.

El joven pensó en sus seres queridos, en su hijo y en Elana. *¿Cómo le contaré sobre la amazona? Esta duda lo atormentaba constantemente. No quiero herirla, la amé mucho, pero ahora solo siento un gran cariño por ella. Además, ya está casada.* Con esos pensamientos, finalmente se quedó dormido.

Después del sacrificio, Artemisia y sus Amazonas avanzaron al frente con el objetivo de explorar el terreno, mientras Perseo y sus compañeros cerraban nuevamente la retaguardia del ejército.

Las órdenes eran avanzar con cautela, los saqueos estaban prohibidos bajo pena de muerte. Los generales tenían la esperanza de obtener autorización para atravesar las montañas carducas en paz.

La pequeña Helena viajaba en el carro de las Amazonas bajo el cuidado de las siervas cilicias, junto al convoy de suministros. Además de sus hermanas, Artemisia ahora comandaba veinte jinetes que Hircania y las Amazonas habían entrenado. Eran peltastas, seleccionados entre los que habían estado bajo su mando como exploradores y que poseían cierta habilidad para montar.

Cabalgaban por la llanura hasta que ésta comenzó a dar paso a sierras y montes rodeados de grandes montañas. Varias aldeas se encontraban dispersas por las sierras, y el grupo se acercó

a una de ellas en el camino que seguiría el ejército.

Cautelosamente, las Amazonas la observaron, pero no notaron movimiento, por lo que avanzaron al trote, con los arcos preparados y las flechas encajadas, y los jinetes justo detrás con dardos en las manos, listos para ser lanzados.

Recorrieron la calle principal, pero no había señales de vida; ni siquiera se avistaron animales domésticos. La aldea había sido abandonada por sus habitantes.

Artemisia y su grupo retrocedieron y se dirigieron hacia el ejército, encontrándose en el camino con Quirísofo y su escolta, que se acercaron en sus monturas, emparejándose al lado de las Amazonas mientras todos observaban las aldeas a lo lejos.

—¿Qué me dices, Artemisia? Sé que conoces bien esta región —preguntó Quirísofo, interesado.

—No nos dejarán pasar, no les gusta que los extranjeros crucen las montañas que consideran sagradas —respondió ella, recordando que ya lo había advertido antes.

—Esto va a ser un problema, no podemos rodearlas, perderíamos un tiempo precioso y eso permitiría que Tisafernes nos alcanzara nuevamente —dijo Neon.

—Recomendaría un alerta total, general, especialmente durante la noche —aconsejó la Amazona, conocedora de la fama de los Carducos por atacar bajo el amparo de la oscuridad.

—La noche se acerca —constató Quirísofo observando el horizonte, donde el sol ya rozaba el crepúsculo.

—Después de esa sierra hay una aldea —la Amazona señaló la dirección de donde venían—. Estuvimos allí, está abandonada.

—Vamos a dirigirnos allí y pasar la noche, quizás aún logremos algún contacto amigable con los Carducos —decidió Quirísofo.

Atravesaron la sierra y pronto llegaron a la aldea abandonada, donde la vanguardia del ejército montó campamento. Artemisia dio instrucciones a las siervas de no alejarse de las tiendas y a sus hermanas de turnarse en el servicio de centinelas, aunque los carromatos estaban acompañando el convoy de suministros, que era estrictamente vigilado.

La líder Amazona se reunió en la tienda de comando con los oficiales, entre ellos Quirísofo y Jenofonte, quienes realmente decidían los movimientos del ejército. Algunos exploradores enviados por ella a una aldea cercana regresaron informando que habían avistado una concentración de soldados en una ladera de la montaña, en medio de un denso bosque.

—Enviaremos un emisario con regalos —sugirió Quirísofo, llenando varios copas con vino que sacó de una piel.

—Es una buena idea —murmuró Jenofonte pensativo mientras recibía una copa.

—Tenemos una espada persa con empuñadura de oro y plata —sugirió Neon.

—Convoca un mensajero —ordenó Quirísofo—. Y trae la espada.

Mientras el general terminaba de servir copas de vino a todos los presentes, Neon se retiró para cumplir la orden, regresando poco después con una hermosa espada persa. Su empuñadura era de oro, con una piedra preciosa roja incrustada, y la vaina de cuero estaba adornada con grabados en plata.

—¿Qué opinas, Artemisia? —preguntó Neon con una sonrisa mientras mostraba el hermoso arma.

—Es un arma hermosa, pero no sé si ayudará. Los Carducos no aprecian el oro ni la plata —respondió ella, intentando esconder su irritación. Ya les había advertido que no tendrían un paso seguro por las montañas.

Antes de que Neon o cualquier otro respondiera, el mensajero se presentó: era un hombre

de mediana edad.

—Timotates, tengo una misión para ti. Hay un grupo de carducos no muy lejos de aquí. Ofréceles este tesoro y trata de conseguir la autorización para atravesar las montañas —instruyó Quirísofo—. Neon te acompañará con una compañía de peltastas y arqueros, y un prisionero persa que conoce el idioma irá contigo.

—Como desee, general —respondió Timotates.

Mientras Neon se retiraba con el emisario para reunir la escolta, Artemisia intentó hacer que los griegos se dieran cuenta del error que estaban cometiendo.

—Generales, es más fácil que los carducos maten al emisario que aceptar el regalo —advirtió, devolviendo la copa de vino a un oficial asistente.

—Tenemos que intentarlo, Artemisia, nuestras tropas están cansadas —dijo Jenofonte, encogiéndose de hombros.

Tontos presuntuosos, pensó la amazona, irritada.

—Muy bien, acompañaré a Neon con mis guerreras —decidió Artemisia, saliendo de la tienda, inconforme con la terquedad griega.

Artemisia buscó a sus guerreras y a sus nuevos reclutas y se unió a la tropa comandada por Neon, que ya se alejaba en dirección al lugar donde habían sido avistados los carducos. La luna llena, que surgió entre las montañas, iluminó todo a su alrededor. Tras casi una hora trotando, avistaron a lo lejos hogueras en la ladera donde se encontraba el ejército carduco. No se estaban esforzando por esconderse.

La tropa se detuvo mucho antes de llegar al principio de la pendiente. El emisario, desarmado, montado en un caballo y llevando el presente, se alejó confiado en dirección a los carducos, acompañado del intérprete, quien había recibido la promesa de ser liberado una vez los griegos cruzaran las montañas.

Pasada una hora, se oyó un grito fuerte que resonó por las montañas.

—¡Nrank' ch'en ants'ni! —gritó una voz potente.

—¡Uhhhhhhhh! —respondieron al unísono cientos de voces.

Iluminados por las fogatas y la luna llena, los griegos y las Amazonas observaron cómo cientos de guerreros carducos avanzaban y retrocedían algunos pasos mientras blandían dardos y hachas de guerra.

La voz volvió a gritar:

—¡Nrank' ch'en ants'ni!

—¡Uhhhhhhhh! —respondieron los guerreros carducos, avanzando y retrocediendo.

—Creo que han respondido —dijo Artemisia amargamente a Neon, que observaba asombrado.

—¿Qué dicen? —preguntó con preocupación.

—¡No pasarán! —respondió la amazona lacónicamente. Ella conocía un poco el idioma carduco, pues, en ocasiones, hacían negocios con los escitas.

En ese momento, un caballo emergió de entre los guerreros carducos, galopando hacia los griegos. Artemisia lo reconoció como el caballo del emisario, que parecía estar montado, pero algo no estaba bien: el ángulo de su cuerpo no coincidía con el de alguien cabalgando.

Cuando el caballo desbocado se acercó, una guerrera amazona lo dominó ágilmente. Atado a la silla estaba el cuerpo del emisario, y en lugar de su cabeza, que había sido decapitada, la espada que Quirísofo había enviado estaba clavada hasta el pomo.

Los griegos observaron a los carducos: un guerrero enorme, vistiendo un grueso manto de piel de oso, avanzó. En sus manos, sujetando los cabellos, llevaba una cabeza humana.

—¡Nrank' ch'en ants'ni! —gritó el guerrero mientras lanzaba la cabeza del emisario hacia los griegos.

La cabeza recorrió los aires en una gran parábola, cayendo entre las dos tropas, rodando por el suelo hasta detenerse.

—¡Uhhhhhhhhhhh! —gritaron cientos de voces.

—Malditos bárbaros —gruñó indignado Neon.

El intérprete persa ya no fue visto. Según lo que Artemisia conocía de los carducos, él sería torturado y ejecutado.

—Es mejor que retrocedamos —sugirió la amazona—. No tenemos fuerza suficiente para atacarlos, ellos están acostumbrados a luchar de noche y conocen el terreno.

—Es una buena idea —decidió Neon, aún observando a los carducos, que continuaban avanzando y retrocediendo con sus gritos respondiendo a la voz que bramaba rítmicamente:

—¡Nrank' ch'en ants'ni!

La tropa regresó al campamento griego, y Artemisia y Neon se dirigieron hacia la tienda donde Jenofonte y Quirísofo los esperaban ansiosos.

—¿Y bien? —preguntó Quirísofo al verlos entrar.

Neon relató lo sucedido.

—Pobre infeliz —murmuró Quirísofo, refiriéndose al emisario, mientras llenaba un vaso de vino que bebió de un solo trago.

—Está claro que no nos permitirán el paso —explicó la amazona lacónicamente a los oficiales.

—Da órdenes para que todos se mantengan alertas —ordenó Jenofonte, apretando la mandíbula.

—Tendremos que cruzar estas montañas, aunque tengamos que luchar por cada maldito paso, no podemos retroceder ni rodearlas, el invierno se acerca y todo se complicará aún más —afirmó Quirísofo.

—Entonces prepárense, el camino por entre ellas es estrecho, los carducos no nos enfrentarán en campo abierto, nos atacarán desde las salientes de las rocas —explicó Artemisia.

—¿Cuánto tiempo nos llevará cruzar? —preguntó Jenofonte.

—Unos siete a diez días, dependiendo de la velocidad —respondió Artemisia—. Nuestra otra opción es rodearlas, pero eso nos llevaría semanas.

—Eso está fuera de cuestión, no tenemos tanto tiempo. Cruzaremos las montañas —decidió Jenofonte, observando la aprobación de los demás oficiales, quienes asintieron con la cabeza.

—Que así sea. Ahora, si me permiten, debo organizar a mis guerreras —dijo la amazona, saliendo de la tienda.

Artemisia regresó a sus carros, donde encontró a la pequeña Helena despierta. Tras jugar un rato con ella, que insistía en meter sus dedos en su boca, la niña se quedó dormida. Entonces, la amazona se unió a sus hermanas para una cena tardía, en la que les explicó que iban a cruzar las montañas carducas.

Antes de retirarse para bañarse en una tina de madera con agua caliente que sus sirvientas habían preparado amablemente en el interior de su pequeña tienda, la amazona instruyó a sus guerreras y a los soldados que las acompañaban para que se turnaran en el servicio de centinela y se mantuvieran alerta.

La noche sería larga y no contaría con la compañía de Perseo.

Perseo no sabía cuánto tiempo había pasado desde que se había dormido, pero de repente despertó asustado. Miró a su alrededor; las llamas de la hoguera estaban bajas, y el espartano escuchaba a Petrus roncando fuerte mientras varios compañeros dormían envueltos en sus mantos.

El espartano hizo un gesto para levantarse, pero sintió una presión en su brazo. Miró a su lado, alarmado, y vio a Diomedes observándolo desde el suelo, sosteniéndole el brazo, haciendo un gesto para que el joven guardara silencio.

El corazón de Perseo latía con fuerza en su pecho. Miró a su alrededor y observó que, aunque sus compañeros parecían inmóviles, todos estaban despiertos. El joven apretó con más fuerza el mango de su espada y miró de nuevo a su alrededor, intentando entender lo que estaba sucediendo. De repente, su sangre se heló en sus venas. Varios hombres se acercaban caminando en cuclillas, algo brillaba en sus manos, sus rostros parecían oscuros y se movían furtivamente, tratando de no hacer ruido.

Perseo controló el miedo que amenazaba con dominarlo. Los intrusos se acercaban cada vez más a la hoguera. El primero de ellos alcanzó a un soldado griego envuelto en su manto; Perseo no pudo identificar quién era. El hombre levantó el brazo y una espada corta brilló en sus manos, pero antes de que pudiera asestar el golpe, el soldado, en un movimiento rápido, apartó su manto y clavó su espada en la garganta del invasor. Al mismo tiempo, se puso de pie, tomó su escudo y gritó con toda su fuerza:

—¡Alarma!

Era Laertes, quien, gritando, se lanzó contra los demás atacantes que aún estaban en cuclillas. Le dio una patada en la cabeza a uno y golpeó a otro con el borde de su escudo. Los demás soldados alrededor de la hoguera se levantaron, gritando, y avanzaron contra los enemigos. Perseo se levantó rápidamente, tomó su escudo y sacó su espada de la vaina.

Georgios organizaba el pelotón mientras varios enemigos avanzaban hacia el campamento. Los soldados griegos se levantaban, listos para el combate, y los gritos de alarma recorrían las filas.

Un enemigo avanzó contra Perseo y le asestó un golpe con un hacha de guerra, que él detuvo con su escudo. Por encima del borde del escudo, el espartano arremetió con su espada contra el rostro de su adversario, acertándole entre los ojos. Petrus agarró a otro invasor que intentaba huir y aplastó su cabeza con un golpe del mango de su espada. Diomedes, armado con su lanza, luchaba contra dos enemigos que lo rodeaban con espadas en mano. Uno de ellos avanzó, pero Diomedes pudo detener su golpe, clavando la lanza en el vientre de su atacante. El otro soldado enemigo intentó atacar por el lado desprotegido, pero antes de que pudiera asestar su golpe, Perseo ya estaba a su lado, clavando la espada entre sus costillas.

Georgios logró reunir a varios soldados dispersos en una línea defensiva.

—¡Agrupar! —gritó.

—¡Vamos! —gritó Diomedes mientras corría hacia la línea.

Perseo lo siguió rápidamente, aprovechando para tomar su lanza que había quedado en el suelo. Laertes y Petrus también se unieron a ellos. Varios enemigos se acercaron en desorden, en un silencio ominoso. Por un momento, miraron la formación defensiva en fila. Uno de ellos, soltando un rugido, avanzó, y eso fue suficiente para que todos los demás corrieran en dirección a los espartanos, gritando como fieras.

—¡Preparar! —ordenó Georgios.

Ajustando o escudo, Perseo apuntó la lanza hacia adelante. Con un sonido sordo, los soldados enemigos chocaron contra la fila, y él sintió cómo la hoja atravesaba carne blanda, por

lo que la retiró con violencia y la lanzó de nuevo hacia adelante.

Un invasor se acercó corriendo hacia Perseo. Con un salto, el guerrero bárbaro intentó saltar sobre el escudo del espartano, pero Perseo aprovechó su impulso, lo lanzó hacia el aire, haciendo que cayera en la retaguardia, donde fue inmediatamente abatido. Otro intentó acercarse, pero el joven le clavó la lanza en el vientre, retirándola con un movimiento violento, listo para lanzarla contra otro enemigo.

Después del primer choque, los soldados enemigos retrocedieron unos pasos, dudando. Nunca habían combatido contra tropas en formación de falange. Georgios aprovechó ese momento de indecisión y gritó:

—¡Avanzar!

—¡Por Ares y Zeus! —gritó Laertes.

—¡Ahuu! —respondieron al unísono.

Los espartanos avanzaron corriendo contra los enemigos, sorprendiéndolos. Perseo golpeó con violencia su escudo contra el pecho de un bárbaro, lanzándolo hacia adelante. El espartano avanzó rápidamente y clavó la lanza en su pecho mientras el enemigo intentaba levantarse. Al lado de Perseo, sus compañeros avanzaban, matando a todos los que alcanzaban.

De repente, los invasores comenzaron a desbandarse y los espartanos comenzaron a perseguirlos, pero ellos eran rápidos y conocían el terreno. Pronto desaparecieron en la oscuridad de la noche, tan silenciosos como habían aparecido. Georgios ordenó que todos se detuvieran y retrocedieran hacia las hogueras.

Se enviaron mensajeros a la vanguardia para alertar sobre el ataque. Los espartanos pasaron el resto de la noche despiertos, listos para la lucha.

Durante la parte final de la madrugada, mientras Artemisia estaba en el servicio de centinela con algunas guerreras, aparecieron mensajeros provenientes de la retaguardia informando que los carducos habían atacado, pero fueron repelidos con grandes bajas.

Con el corazón acelerado, corrió hacia la retaguardia con sus guerreras, para brindar apoyo y encontrar a Perseo. *Dioses, que esté bien*, oró silenciosamente mientras corría. La amazona lo localizó en compañía de sus compañeros, todos parecían estar bien.

—¿Estás bien? —preguntó ansiosa.

—Estoy —respondió, apretando discretamente sus manos.

—Gracias a los dioses, cuando llegaron los mensajeros avisando, me preocupé —la amazona correspondió al gesto, apretando sus dedos de vuelta.

—¿Cómo está la pequeña Helena? —preguntó, observando a la amazona con una mirada absorta, lo que siempre la hacía sonrojar como una adolescente.

—Está bien, está con nuestras sirvientas en las carretas.

Las amazonas permanecieron el resto de la madrugada con los espartanos, sentados alrededor del fuego, atentos a los movimientos en las sombras. Artemisia se sentó junto a Perseo, quien discretamente tomó su mano. Ella lo miró y sonrió. Durante la madrugada, la amazona contó que los carducos cortaron la cabeza de un mensajero enviado por los generales con una propuesta de paz.

El día amaneció sin ser molestados. Cuando el sol surgió, descubrieron que los carducos habían realizado un ataque sorpresa. Las centinelas avanzadas fueron encontradas con las gargantas cortadas, y varios hoplitas muertos, aún envueltos en sus mantos, fueron hallados asesinados silenciosamente mientras dormían. Si no hubiera sido por Diomedes y Petrus, quienes presintieron la aproximación del enemigo y despertaron silenciosamente al mayor número

posible de soldados griegos, la masacre habría sido aún mayor.

Examinando los cuerpos de los carducos muertos, encontraron que sus rostros estaban ennegrecidos con carbón y estaban armados con pequeñas espadas y hachas de guerra.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Perseo a Diomedes.

—Tengo buen oído, aprendí en los callejones de Atenas a estar alerta incluso mientras dormía —se encogió de hombros—. Luego deslicé por el suelo despertando a todos los que pude.

—Fue una buena estrategia —reconoció Laertes a regañadientes, mientras limpiaba la hoja de su espada.

—Sí, los sorprendimos —Atreu bostezó con aire cansado.

Georgios y los demás sargentos hicieron el conteo de los muertos. Los griegos habían perdido cuarenta y cinco soldados.

El ejército griego tendría que atravesar las montañas luchando.

CAPÍTULO 14

Artemisia regresó junto a sus hermanas a la vanguardia del ejército. Apenas salió el sol, la marcha se reinició bajo la vigilancia de los carducos, que observaban a los griegos desde la distancia.

Al anochecer, el ejército acampó con el doble de centinelas apostados. Después de lo ocurrido, todos permanecían en alerta. Miraran donde miraran, los soldados divisaban innumerables hogueras que ardían en la lejanía, iluminando la oscuridad. Estaban rodeados.

A la mañana siguiente, la marcha se reanudó al amanecer. El cielo estaba cubierto de pesadas nubes, y un viento gélido soplaba entre las montañas. Apenas habían comenzado a avanzar cuando empezó a caer una llovizna que helaba hasta los huesos. No tardó en convertirse en una tormenta. Las Amazonas desmontaron, sujetando las riendas de sus monturas mientras temblaban de frío, empapadas por la lluvia. *Al menos Helena está bien abrigada en el interior de una de las carretas*, pensó Artemisia.

Las Amazonas continuaron a la vanguardia, avanzando por un sendero que se adentraba en un desfiladero alto entre las montañas. El camino era angosto, flanqueado por enormes paredes rocosas que se alzaban hasta ocultar el cielo. Relámpagos cruzaban las alturas, seguidos de truenos que retumbaban en el aire y resonaban contra las piedras.

Era el único paso entre las montañas lo suficientemente amplio para un ejército de ese tamaño. Los demás caminos eran apenas senderos estrechos, más aptos para cabras montesas que para soldados.

A primeras horas de la tarde, la lluvia se intensificó aún más. Apenas se podía distinguir el camino bajo el aguacero torrencial. Los truenos continuaban resonando con estruendos ensordecedores. Un arroyo que corría por el sendero lo había convertido en un lodazal donde los soldados resbalaban y caían, dificultando también el avance de las pocas carretas del convoy de suministros.

De repente, algunos soldados de la columna comenzaron a desplomarse, alcanzados por flechas y piedras que provenían de las cumbres del desfiladero.

—¡Alerta! —gritaron voces desde todas partes.

—¡Allí! —exclamó Hircania, señalando las rocas a la derecha del desfiladero, donde se veían guerreros disparando flechas con enormes arcos, lanzando dardos y arrojando piedras.

—¡Cubríos! —ordenó Artemisia mientras corría hacia un lado de la pared rocosa, refugiándose detrás de una gran roca mientras escuchaba el silbido de las flechas cruzando el aire.

Desde donde estaba, sacó una flecha de su aljaba, la colocó en su arco y apuntó hacia un guerrero que se preparaba para lanzar una gran piedra sobre la columna. Antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo, Artemisia disparó. La flecha voló directa, alcanzándolo en el pecho. Con un grito, el guerrero soltó la piedra y se desplomó desde las alturas, cayendo al suelo con un golpe sordo.

El caos en la vanguardia era total. Los soldados griegos se protegían tras sus escudos, mientras los arqueros disparaban flechas contra los guerreros carducos que se escondían en las grietas de la montaña.

Tras un tiempo de feroz combate, los carducos desaparecieron. Ahora, los gemidos de los heridos se mezclaban con el sonido de la lluvia golpeando el suelo. Algunos soldados griegos

yacían muertos sobre el lodo.

Las Amazonas avanzaron con cautela varios pasos hasta encontrar el cuerpo de un guerrero carduco que había caído desde la montaña. Sus huesos estaban rotos en ángulos imposibles, y su rostro era una masa informe. Una flecha que se le había clavado en el cuello se había partido durante la caída.

Comenzaron a escucharse órdenes para que los soldados avanzaran con rapidez.

Artemisia tomó la delantera junto a sus guerreras, avanzando a pie y dejando los caballos atrás. El sendero, convertido en un lodazal, era más fácil y rápido de recorrer sin monturas.

Tras un tiempo corriendo y vigilando cada sombra entre las paredes del desfiladero, las Amazonas salieron a una pequeña llanura rodeada de montañas.

—Este lugar parece ideal para descansar —comentó Hircania.

—De acuerdo. Volvamos y avisemos a los griegos —ordenó Artemisia, girando sobre sus talones y corriendo de regreso hacia la columna.

Al llegar, vieron que el ejército avanzaba lentamente.

—¡Tras este desfiladero hay una llanura! —gritó Artemisia a los oficiales que lideraban la columna, alzando la voz por encima de los truenos que seguían resonando entre las montañas.

—¡Avanzad más rápido! —comenzaron a gritar los oficiales, instando a los soldados a apurar el paso.

Con un ritmo algo más acelerado, la columna prosiguió a través del desfiladero. Artemisia ordenó a dos de sus Amazonas que regresaran para proteger la carreta donde Helena se refugiaba, mientras ella y las demás avanzaban nuevamente en la vanguardia.

No pasó mucho tiempo antes de que avistaran nuevamente a los carducos, encaramados en las rocas del desfiladero. Ágiles como lo habían sido tantas veces en las montañas de Escitia, las Amazonas treparon por algunas piedras, se refugiaron en las grietas y dispararon sus flechas contra ellos.

Después de un combate encarnizado, los carducos volvieron a desaparecer. Artemisia estaba segura de que al menos cinco de ellos habían sido alcanzados por las flechas de sus guerreras.

La vanguardia seguía avanzando rápidamente. En medio del caos y los combates, Artemisia elevó una plegaria a los dioses para que protegieran a Perseo y sus compañeros en la retaguardia.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, el ejército salió del desfiladero y llegó a la pequeña llanura. Los rayos de sol comenzaban a abrirse paso entre las oscuras nubes de tormenta, y la lluvia, por fin, había cesado.

El campamento fue establecido en el centro de la llanura, lo suficientemente lejos de las montañas circundantes y fuera del alcance de los arcos carducos.

Artemisia comprobó que Helena y las sirvientas estaban bien. Aunque algunas flechas habían golpeado la carreta, la madera resistente con la que estaba construida había impedido que la atravesaran.

¿Cómo estará Perseo en la retaguardia? pensó, preocupada, mientras miraba hacia el lugar del que habían venido, luchando contra el impulso de ir a buscarlo.

La tormenta sorprendió a los espartanos en la retaguardia mientras atravesaban el desfiladero. El sendero que seguían, convertido en un lodazal interminable tras el paso de la vanguardia y del convoy de suministros, dificultaba cada movimiento. Los soldados chapoteaban

en el barro, resbalaban y caían repetidamente, mientras los relámpagos cruzaban el cielo, seguidos de truenos que hacían vibrar el aire.

—Zeus no está contento —murmuró Atreu, temblando de frío.

Todos lo miraron en silencio; nadie tenía ánimo para conversar. La marcha continuó entre caídas y resbalones, los hombres cubiertos de lodo y entumecidos por el frío. Al llegar a un desfiladero alto, donde un estrecho sendero serpenteaba entre sus paredes, el ritmo de avance se redujo drásticamente.

Por la tarde, la lluvia, que no había cesado, arreció aún más, dificultando la visibilidad y convirtiendo la tormenta en un enemigo tan peligroso como cualquier ejército.

De repente, algunos soldados comenzaron a desplomarse, alcanzados por flechas y piedras que llovían desde las alturas del desfiladero.

—¡Alarma! —gritaron algunos soldados, intentando advertir a sus compañeros.

En las cimas del desfiladero, a ambos lados, los guerreros carducos disparaban flechas y lanzaban piedras hacia la columna. Perseo levantó su escudo justo a tiempo, pero una flecha atravesó la madera. Aquello era inesperado para los griegos; sus escudos solían resistir las flechas enemigas, pero estas eran más grandes y poderosas que las usadas por griegos y persas.

Los oficiales intentaban organizar una defensa, pero las opciones eran pocas con los carducos dominando las alturas. Algunos soldados griegos comenzaron a correr hacia la vanguardia, intentando escapar del lugar. Los oficiales gritaban órdenes para imponer disciplina, pero el pánico se extendió rápidamente. Solo algunos pelotones espartanos mantuvieron sus posiciones.

De repente, un grupo de guerreros carducos apareció por la entrada del sendero. ¡Era una trampa!

Los griegos no podían avanzar; la vanguardia marchaba lentamente debido al ataque sorpresa. Tampoco podían retroceder, pues los carducos bloqueaban la entrada del sendero. Desde las alturas, más guerreros carducos comenzaron a descender para unirse al grupo que avanzaba hacia los espartanos, gritando con furia.

—¡Formad una línea defensiva! —gritaron los oficiales, intentando mantener la compostura mientras la amenaza se cernía sobre ellos.

Georgios organizó su pelotón. El desfiladero, al ser estrecho, solo permitía una línea defensiva de veinte soldados, con varias filas de profundidad. El general Jenofonte asumió el mando. Detrás de la última fila, arqueros cretenses y honderos rodios disparaban flechas y proyectiles contra los carducos encaramados en las salientes del desfiladero. Dos compañías de peltastas escalaban las paredes empinadas con el objetivo de desalojar a los enemigos.

Perseo estaba en la quinta fila de la formación defensiva junto a sus compañeros, observando cómo los enemigos corrían hacia ellos. Más que ver, escucharon el impacto de los carducos contra la primera fila. Con dificultad, debido al suelo resbaladizo, los soldados ejercían presión con sus escudos para resistir el avance del enemigo.

Las dos primeras filas arremetían con sus lanzas. Los gritos de guerra y los alaridos de los heridos se perdían entre el estruendo ensordecedor de los truenos y la lluvia torrencial que no cesaba de caer. Perseo y sus compañeros esperaban la orden de relevar a los soldados de la primera línea, pero antes de que lograran llegar, los carducos retrocedieron, dejando atrás a sus muertos.

Jenofonte dio la orden de retirada a paso acelerado. Los peltastas que habían comenzado a escalar retrocedieron y se unieron al resto del contingente. Avanzaron lo más rápido posible, mientras flechas llovían sobre ellos, alcanzando a muchos soldados. Los griegos socorrían a los

heridos que aún tenían posibilidades de sobrevivir. Sin embargo, aquellos gravemente heridos eran sacrificados por sus propios compañeros con un golpe certero al corazón. Algunos no tuvieron esa suerte y sus gritos de auxilio resonaron antes de ser acallados por las flechas de los carducos.

Tras una hora de agotadora marcha, los espartanos lograron salir del desfiladero y alcanzaron una pequeña llanura rodeada de montañas por todos lados.

Llegaron a la vanguardia del ejército, que había acampado en el centro de la llanura, lejos de las montañas y fuera del alcance de los arqueros carducos. Sin embargo, el camino que atravesaba la llanura conducía a otro sendero estrecho entre las montañas.

Finalmente, la lluvia cesó, y el ejército recibió la orden de montar el campamento. Mientras Diomedes, Petrus y Laertes preparaban la hoguera, y Georgios se reunía con los demás oficiales, Perseo y Atreu salieron en busca de comida en el convoy de suministros. Apenas consiguieron unos trozos de carne salada de vaca y un poco de pan.

Perseo y su compañero aprovecharon la oportunidad para buscar a las amazonas.

Mientras Artemisia organizaba la instalación de su campamento, con la pequeña Helena en brazos, Perseo y Atreu aparecieron. La amazona sonrió aliviada al ver al joven espartano. Al acercarse, él la besó delicadamente en la frente. Perseo estaba empapado y helado, pero no se quejó. Al ver a la pequeña Helena, jugó con ella mientras sonreía bajo la atenta mirada de Artemisia. *Parece que le gustan los niños... ¿Se arrepentirá de haber dejado a un hijo atrás?*, pensó ella.

—Parece que está bien —comentó Atreu, extendiendo un dedo hacia Helena, quien lo agarró con fuerza.

—Sí, la cuidamos bien. Incluso en esta situación tan terrible, ella nos trae alegría —respondió Artemisia, devolviendo la sonrisa a la pequeña.

—Si necesitas algo, solo avísanos —ofreció Atreu.

—Te lo agradecemos.

—¿Puedo? —preguntó Atreu, extendiendo los brazos.

—Claro —contestó Artemisia, entregándole a la niña.

Mientras Atreu jugaba con Helena bajo la atenta vigilancia de las demás amazonas y sus sirvientas, Artemisia tomó a Perseo de la mano y lo llevó al interior de su tienda. Allí, lo besó con ardor. La añoranza la consumía, y ambos sabían que no tenían mucho tiempo para saciar el hambre que ardía en sus cuerpos y corazones.

Con rapidez, Artemisia se despojó de su túnica, mientras Perseo desabrochaba su coraza y se desnudaba también. Pronto estuvieron entrelazados sobre la cama de pieles. El espartano contempló a la amazona: su cuerpo era firme, su piel, a pesar de las cicatrices, era suave y tenía un aroma a flores silvestres; su tacto era delicado. Todo en ella lo encendía, y se amaron con urgencia, sus labios ávidos buscándose con desesperación. No pasó mucho tiempo antes de que alcanzaran el clímax, sus cuerpos sudorosos fundidos en un instante de felicidad. *¿Puede haber algo más perfecto que esto?*, pensó Perseo.

Artemisia se acurrucó en el pecho de Perseo.

—¿Cómo fue la travesía? —preguntó la amazona, apoyándose sobre él después de recuperar el aliento.

—Complicada. Perdimos a buenos hombres —respondió Perseo con una sombra de tristeza cruzando su rostro—. ¿Y vosotras?

—Tuvimos una escaramuza con los carducos apostados en las alturas. Pero, tras abatir a

algunos con nuestras flechas, el resto huyó —contestó Artemisia, acariciando el rostro del joven.

—Prométeme que te cuidarás. Me preocupa lo que pueda pasarte —dijo Perseo con intensidad, deseando que ella comprendiera lo importante que era para él.

Artemisia se sonrojó al notar la sinceridad en sus palabras y sonrió feliz.

—Solo si tú también lo prometes.

Perseo la besó largamente, como si fuera el último beso. Su deseo era pasar toda la noche al lado de Artemisia, pero sabía que eso era imposible. *¿Llegará un día en que esta retirada termine y podamos vivir en paz, lejos de la guerra y sus horrores?*, se preguntó, rezando a los dioses por ello.

—Tengo que volver —suspiró el espartano mientras se apartaba—. Solo los dioses saben cuánto quisiera quedarme aquí contigo.

—Lo sé, mi amor. Cuídate mucho —respondió Artemisia antes de besarlo.

—Tú también, mi amor —añadió Perseo, dándole un último beso en la frente.

Ambos se levantaron y comenzaron a vestirse. Luego salieron juntos de la tienda, donde encontraron a Atreu intentando conversar con las sirvientas cilicias. Al verlos, Atreu entregó a la pequeña Helena a una de las mujeres y se despidió de Artemisia. La amazona se quedó observando cómo ambos hombres se alejaban del campamento.

Poco después de la partida de Perseo, un oficial griego llegó al campamento convocando a Artemisia para una reunión con los oficiales. Ella lo siguió apresuradamente, cruzando varias tiendas y hogueras, hasta llegar al lugar donde Jenofonte recriminaba a Quirísofo por no haberlo esperado durante la travesía del desfiladero.

—Nos hemos sostenido en condiciones terribles, propias de una retirada en marchas forzadas y combates constantes contra el enemigo —gruñía Jenofonte con evidente irritación.

—Tenía que avanzar y proteger el convoy de suministros y a los heridos —respondió Quirísofo con mal humor.

—Hemos perdido en la lucha a varios soldados valientes, y ni siquiera pudimos darles sepultura ni los honores fúnebres que merecían —continuó Jenofonte, cada vez más enfadado.

Gracias a los dioses, Perseo está bien, pensó Artemisia mientras saludaba a los generales, notando la palpable tensión entre ambos líderes.

—Mira allá arriba —dijo Quirísofo, señalando las laderas de las montañas por donde el camino serpenteaba cuesta arriba.

Jenofonte alzó la vista hacia las montañas que rodeaban el valle. Eran imponentes, con picos que parecían tocar el cielo, algunos cubiertos de nieve.

—Es inaccesible, ¿no? Pues no tenemos otro camino que este. Mi intención fue apresurarme antes de que el enemigo ocupara las alturas, pero llegué demasiado tarde. Desgraciadamente, según los guías, no hay otro sendero entre las montañas —explicó Quirísofo con resignación.

—Tengo aquí a dos carducos que capturamos hace poco, mientras nos atacaban. Además de tomar prisioneros, logramos abatir a varios enemigos y hacerlos retroceder. ¿Quieres interrogarlos? —preguntó Jenofonte, señalando a los prisioneros que estaban siendo vigilados por un grupo de soldados.

Los oficiales separaron a un prisionero del otro y los sometieron a interrogatorio. Uno de ellos, a pesar de las amenazas y agresiones, respondió que no conocía otro camino más que el que atravesaba las montañas. Al llegar a la conclusión de que no podían obtener nada más de él, llevaron al otro prisionero frente a su compañero, y un oficial lo degolló sin titubear.

—Esto es lo que te espera si no colaboras —dijo un guía persa, también prisionero, que servía como traductor.

El otro prisionero, aterrorizado, juró por sus dioses que no existía otro camino, salvo los senderos que serpenteaban entre las rocas de las montañas.

—Si logramos desalojar a los carducos de las laderas, quizá podamos cruzar el resto del ejército sin grandes pérdidas —opinó Quirísofo con seriedad.

Los generales finalmente acordaron enviar un grupo de combate por los senderos de la montaña, mientras el resto del ejército avanzaba por el camino principal que pasaba entre ellas.

Convocaron a los oficiales, y Jenofonte se dirigió a los presentes con voz firme y persuasiva:

—Debemos atravesar las montañas por el único sendero disponible. Para ello, tendremos que enfrentarnos a los carducos que están atrincherados en las alturas. ¿No hay entre vosotros, comandantes y oficiales, hombres de buena voluntad dispuestos a llevar a cabo una acción que requiere, sobre todo, audacia y determinación? ¿Quién se ofrece para subir por los senderos, hostigar a los carducos y permitir que el resto del ejército, con su convoy de suministros y heridos, cruce con relativa seguridad?

Los primeros en ofrecerse fueron los oficiales hoplitas arcadios Aristónimo, de Metridia, y Agasias, de Estínfalo. Poco después, otro oficial, Calírrico, de Parrasia, se unió, decidido a no quedarse atrás. Admeto, por su parte, ofreció todo su regimiento para la arriesgada misión.

—También sería conveniente enviar un destacamento de infantería ligera con su respectivo comandante. ¿Alguno se ofrece? —preguntó Jenofonte, mirando a los oficiales reunidos.

—¡Yo! Aristeas, de Quíos, me ofrezco —dijo un oficial, dando un paso al frente con determinación.

—Puedo ir con mis amazonas. Estamos acostumbradas a escalar montañas en Escitia —propuso Artemisia, recordando las altas montañas que rodeaban su aldea natal, donde solían escalar para cazar cabras montesas.

—Artemisia, conoces a este pueblo mejor que nosotros. Sería de gran ayuda que continuases liderando a los exploradores a través de la montaña —solicitó Jenofonte con respeto.

—Será un placer, general. Solo quisiera pedir que refuercen la vigilancia alrededor del convoy de suministros. Si los perdemos, estaremos en serias dificultades —sugirió Artemisia, pensando en la pequeña Helena.

—Así se hará. Sin embargo, necesito que partas de inmediato. Nuestros exploradores están temerosos de avanzar por esos senderos —admitió Quirísofo, visiblemente incómodo.

—Entonces está decidido. Partiréis al anochecer —ordenó Jenofonte, poniendo fin a la reunión.

Mientras los oficiales se dispersaban, Quirísofo se volvió hacia Artemisia, pero antes de que pudiera decir algo, ella se adelantó.

—Partiré de inmediato.

Con un gesto respetuoso, Artemisia abandonó la tienda y caminó rápidamente hacia su campamento. Mientras avanzaba entre las filas de soldados y las fogatas que iluminaban la noche, sus ojos se fijaron en las imponentes montañas frente a ella. Las sendas eran traicioneras, y los carducos conocían aquel terreno como la palma de su mano.

¡Dioses, proteged a Perseo y a sus compañeros!, rogó en silencio. Si Admeto había ofrecido su regimiento, era casi seguro que el pelotón del sargento Georgios participaría en la

peligrosa empresa.

No habría tiempo para que la pareja se despidiera.

CAPÍTULO 15

Tras despedirse de Artemisia, Perseo y Georgios regresaron a sus posiciones. Las hogueras para la noche estaban siendo encendidas con dificultad, ya que la leña estaba húmeda. Mientras los soldados afilaban sus espadas y enderezaban los escudos, Georgios fue llamado a una reunión. Regresó al anochecer con nuevas órdenes.

Reunió a su pelotón a su alrededor y, con un tono serio, comenzó a hablar:

—¡Atención! Parece que hay un sendero entre las montañas que podría llevarnos a la cima. Es nuestra oportunidad de desalojar a esos bárbaros del cumbre y permitir que el resto del ejército pueda pasar. La ruta que está siguiendo el ejército subirá entre las montañas, y es casi seguro que seremos atacados de nuevo —explicó.

—¿Y nosotros somos voluntarios para esta locura? —rió Diomedes, irónico.

—Sí, Admeto se ofreció voluntariamente, y nosotros iremos bajo su mando. Nuestro regimiento participará junto a unos quinientos soldados, comandados por oficiales hoplitas arcadios: Aristónimo, de Metridia; Agasias, de Estínfalo; y Calírrico, de Parrasia. Además, nos acompañarán una compañía de infantería ligera peltasta, dirigida por Aristeas, de Quíos, y una unidad de honderos y arqueros.

—Señor, solicito permiso para no participar en esta aventura. Tengo miedo a las alturas —bromeó Petrus, riendo.

—¡Cállate, idiota! —espetó Georgios con severidad—. Partiremos en breve. Preparad vuestras armas y reunid toda la comida que podáis cargar.

Georgios se apartó para dirigirse a otros grupos con las órdenes, mientras Diomedes soltaba una carcajada resignada.

—Ahí vamos otra vez...

Perseo, en silencio, pensó en Artemisia. No la vería durante varios días y no había tenido la oportunidad de despedirse.

Esta es nuestra vida, reflexionó. Entramos en combate sin previo aviso, sin despedidas. ¿Volveré a verla? ¿O el cruel destino me espera en estas montañas?

Apretó los dientes, apartó esos pensamientos oscuros de su mente y se dispuso a preparar su equipo.

Una hora después, se encontraron con el capitán Admeto, quien los condujo hasta el resto de la tropa de asalto que aguardaba. Un prisionero carduco, con las manos atadas, sería su guía. A su lado, otro prisionero, esta vez un persa que, a diferencia del carduco, no estaba atado y esperaba pacientemente; actuaría como traductor.

La tropa de asalto inició la marcha retrocediendo por el camino que habían recorrido horas antes. Sin embargo, antes de entrar en el desfiladero, aquel que ya había costado tantas vidas griegas, giraron hacia la derecha y se dirigieron al pie de una montaña.

Avanzaron durante dos horas a paso rápido, aprovechando la luz de la luna llena que, entre las nubes, iluminaba el sendero. El camino, azotado por un viento helado, dificultaba el avance. Finalmente, hicieron una parada de una hora para descansar y comer, mientras los oficiales se reunían para deliberar la mejor estrategia.

Finalmente se decidió que Calírriaco, de Parrásia, comandaría a unos ciento cincuenta hombres que asumirían la vanguardia, mientras que el resto de la columna seguiría atrás, en caso de ser emboscados, actuando como reserva táctica. Calírriaco eligió a Admeto y su regimiento

para acompañarlo. Una compañía de peltastas, algunos arqueros y fundíbulos les seguirían para proporcionar cobertura.

Calírriaco preguntó a Admeto:

—¿Quién debemos enviar a la vanguardia?

—Georgios es uno de los mejores sargentos que tengo. Vamos a enviar su pelotón, algunos peltastas, arqueros y fundíbulos como exploradores —respondió, haciendo una señal para que el sargento se acercara.

Calírriaco estuvo de acuerdo y entregó el prisionero a Georgios, ordenando que su pelotón tomara la delantera en el sendero.

—Eres responsable de él. Cualquier señal de emboscada o traición, ejecútalo —ordenó Georgios, dirigiéndose a Laertes, mientras el persa traducía en lengua carduca para el temeroso prisionero que los miraba aterrorizado.

Laertes tomó la cuerda que mantenía al carduco atado y, con violencia, lo arrastró hacia sí. La contradicción era enorme: el bárbaro era moreno, bajo, con el cabello y la barba largos y negros, y sus ropas eran de piel de oveja. Laertes, en cambio, era rubio, alto y esbelto. Su armadura brillaba y su penacho de crin de caballo lo hacía parecer aún más alto. Con una sonrisa fría y mirada maligna, se dirigió al prisionero:

—Haz algo o llévanos a una emboscada, te cortaré el cuello lentamente y luego te tiraré desde los acantilados —gruñó.

El prisionero carduco abrió los ojos de miedo al escuchar la traducción del persa. Al terminar, lanzó una ráfaga de palabras en su lengua bárbara. El traductor, con rostro impassible, dijo:

—Jura por sus dioses que no nos traicionará, dice que tiene esposa e hijos esperándolo en su aldea.

—Muy bien, vamos —ordenó Georgios, tomando la delantera en la fila, seguido por Laertes, que arrastraba al guía con la cuerda. El traductor caminaba al lado del prisionero carduco, y el resto cerraba la formación.

El sendero por la montaña era empinado, accidentado y estrecho, permitiendo el paso de un solo hombre a la vez. Si no fuera por el guía, los griegos jamás lo habrían encontrado. Subieron por un camino serpenteante, y en algunos tramos tuvieron que apretarse contra las rocas para evitar caer. Los soldados usaban los mangos de sus lanzas para apoyarse.

Perseo miró hacia abajo, por encima del borde del acantilado. En la llanura, el ejército griego estaba acampado y sus hogueras brillaban a lo lejos. Se preguntó dónde estaría Artemisia. *Debe estar cenando con sus hermanas*, pensó, mientras decidía si tomaba un trozo de queso de su morral, pero el espartano se contuvo. *No sé cuándo encontraremos comida nuevamente.*

Después de horas escalando, que parecieron una eternidad, el sendero se ensanchó un poco y pudieron detenerse unos minutos para descansar y beber agua. El resto de la columna había quedado atrás. La luna ya recorría su última etapa en el cielo. Calírriaco, Admeto y Georgios se reunieron y discutieron entre sí. Después de algunos minutos, llamaron a Diomedes y conversaron en voz baja durante unos instantes.

Diomedes regresó a donde estaban los demás y, en voz baja, convocó:

— Atreu, Petrus, Perseo, vamos a formar un grupo de combate para avanzar. Según el guía, justo después de la cresta que tenemos delante, hay una pequeña meseta que sirve de campamento y base para los carducos que están en las salientes de la montaña. Avancen, que convocaré a otros soldados —ordenó.

El grupo avanzó en silencio, pasando por Laertes y los prisioneros. Georgios los detuvo y

recomendó cautela. Caminó unos pasos más y esperaron a Diomedes, quien pronto se unió a ellos con veinte hoplitas, diez arqueros y diez fundíbulos. Tomando la delantera, avanzó silenciosamente, y el grupo lo siguió, listos para entrar en combate.

Después de un tiempo avanzando cautelosamente entre las piedras, se acercaron a una pequeña cresta que bloqueaba el sendero. Diomedes hizo una señal para que se detuvieran y ordenó que dos peltastas avanzaran a rastras para verificar lo que había adelante. Tras media hora, regresaron y hablaron con él en voz baja.

Diomedes reunió a todos y, murmurando, informó:

—Hay un campamento justo después de la cresta, no hay centinelas, son unos cien soldados alrededor de una fogata, la mayoría dormidos. Dejen el equipo pesado aquí, avanzaremos lo más silenciosamente posible y caeremos sobre ellos — ordenó, señalando la dirección a seguir.

El grupo se despojó de sus corazas y grebas, dejaron las lanzas en el suelo y avanzaron solo con espadas y escudos. Se acercaron en silencio. Una gran fogata ardía, y varios soldados dormían alrededor de ella, algunos sentados cerca del calor del fuego, otros más alejados. Tres soldados estaban de centinelas, pero por el ángulo de sus cuerpos, sentados y apoyados en sus dardos, enrollados en sus pieles de oveja, los griegos notaron que estaban cabeceando, observándolos como depredadores listos para atacar.

La noche estaba fría, las pocas estrellas en el cielo titilaban entre las nubes. Diomedes dio la señal y tres arqueros se acercaron, apuntando sus arcos a los centinelas. Con un movimiento de la mano, les indicó que dispararan. Con un suspiro casi inaudible, las flechas volaron, alcanzando a sus objetivos. Los cuerpos de los centinelas cayeron hacia un lado, silenciosamente.

Los griegos esperaron un instante, pero todo permaneció tranquilo. Diomedes hizo una señal para que avanzaran en silencio, y caminaron con pies sigilosos.

A pocos pasos de la fogata, Diomedes dio la señal, y los demás corrieron hacia los soldados carducos que dormían. Perseo avanzó contra uno que estaba sentado frente al fuego. Al acercarse, el guerrero escuchó el gemido de los soldados siendo asesinados y se giró, asustado. En ese momento, la espada del espartano atravesó su garganta, y su grito de alerta murió antes de salir.

Perseo miró alrededor. Sus compañeros mataban silenciosamente a los soldados enemigos que dormían. En poco tiempo, no quedaba ninguno con vida. Se reunieron alrededor de la fogata, y un fundíbulos corrió hacia el resto de la tropa de asalto para avisar que podían avanzar.

Revisaron a los muertos; eran tan pobres como los griegos. Una oveja asada estaba en la fogata, consumida a la mitad. Los soldados aprovecharon y se saciaron con su carne antes de la llegada del resto de la tropa de asalto. Encontraron algunos odres con una bebida alcohólica transparente que quemaba la garganta al ingerirla.

— Peor que el coque de una mula —rió Petrus mientras vertía el contenido de un odre.

Georgios llegó con el resto de la tropa y ordenó que el intérprete preguntara al prisionero si había otros campamentos en la montaña. El hombre respondió rápidamente, con los ojos fijos de terror en Laertes, que aún sostenía la cuerda que lo mantenía atado.

—Él dice que más adelante, no muy lejos, hay otro campamento más grande, que se puede alcanzar por un sendero —tradujo el intérprete.

—¿Cuántos carducos caben en el lugar? —preguntó Georgios.

—Unos quinientos —tradujo calmadamente el intérprete.

—No somos más de sesenta, si contamos con Admeto y el resto del grupo de combate,

seremos unos ciento cincuenta —comentó Atreu.

—Mejor esperar al resto de la columna —recomendó Petrus.

—Están muy atrás y no queda mucho para el amanecer —dijo pensativo Georgios — Cuando lleguen, el sol ya estará alto y perderemos el factor sorpresa.

—Debemos aprovechar el momento —afirmó Laertes, que estaba impaciente por entrar en combate.

—Los dioses favorecen a los audaces —comentó Atreu.

—Al menos esperemos a Calírriaco y Admeto —sugirió Perseo.

—Muy bien, avanzaremos e intentaremos sorprenderlos. ¡Tú! —dijo señalando a un peltasta— Corre hasta el comandante Calírriaco y avísale que avance, vamos a esperar aquí.

El peltasta asintió con la cabeza y corrió de regreso a la retaguardia. Aprovecharon para recuperar su equipo. Después de casi una hora, el peltasta regresó acompañado de Calírriaco y los demás, se enviaron mensajeros para avisar a Aristónimo y a los otros líderes para que avanzaran.

Cuando Calírriaco fue informado sobre el próximo campamento, ordenó el avance. Nuevamente, Georgios y su pelotón tomaron la delantera. Partieron siguiendo al guía que mostró un pequeño sendero escondido entre las piedras, el cual siguieron durante casi una hora.

El camino era aún más empinado y los griegos tuvieron que aferrarse a las rocas para continuar subiendo. El amanecer no tardaría y una niebla comenzó a cubrir la montaña; si no llegaban pronto, quedarían inmovilizados, pues no podrían ver el camino.

Después de mucho esfuerzo, los griegos superaron una cresta rocosa. Doscientos pasos montaña abajo avistaron un plató aún mayor que el anterior, su borde terminaba en un acantilado. Varias fogatas ardían, había cientos de soldados carducos dispersos, la mayoría dormidos. Calírriaco y Admeto se acercaron y conversaron con Georgios sobre la mejor estrategia para atacar el campamento, finalmente el líder ordenó:

—Bajen lo más silenciosamente posible, cuando lleguen al plató griten como si estuvieran poseídos —dijo dirigiéndose a los hoplitas y los peltastas que esperaban ansiosos.

—Arqueros y fundíbulos, un momento antes de alcanzar el plató, disparen a su antojo, intenten acertar a las centinelas y luego apunten a los soldados más alejados —agregó Admeto.

—Toma —dijo Laertes, entregando el guía carduco a un fundíbulos—. Si intenta huir, mátalos.

El grupo de ataque comenzó a descender silenciosamente la montaña, la niebla ya estaba llegando al plató. Algunas centinelas fueron alertadas por las piedras que se movían con la aproximación de los griegos, pero antes de que pudieran dar la alarma, cayeron al suelo con flechas en el pecho o cabezas quebradas por los proyectiles de los fundíbulos. Al llegar a la base del plató, Georgios gritó:

—¡Por Ares y Zeus!

—¡Ahuu! —respondieron los soldados gritando al unísono.

Corrieron gritando como poseídos, los carducos se levantaban asustados, pero los griegos cayeron sobre ellos como lobos hambrientos. Corriendo, Perseo pateó la cabeza de un soldado que intentaba levantarse y oyó el sonido de huesos rompiéndose, continuó sin detenerse hacia otro guerrero que estaba de rodillas levantándose, con un golpe descendente, el espartano acertó el cuello del carduco con violencia, sintiendo la espada cortar carne y cartílago. Al subir, la hoja estaba manchada de sangre.

Perseo avanzó unos pasos más y arremetió con su escudo, golpeando con fuerza a un carduco que se preparaba para lanzar un dardo, haciéndolo caer unos pasos más adelante. Antes

de que pudiera alcanzarlo, Petrus lo superó y saltó con los dos pies sobre la cabeza del infeliz, aplastándola.

Los gritos eran ensordecedores, gritos de guerra y de dolor se confundían, algunos intentaban retroceder, pero eran alcanzados y arrojados por el acantilado con el impacto de los escudos griegos en sus cuerpos.

Petrus levantó a un carduco por encima de su cabeza y lo arrojó por el acantilado. Laertes luchaba contra dos enemigos que avanzaban al mismo tiempo. Interceptó el primer ataque con su escudo y arremetió su espada contra el cuello del segundo atacante, y en un rápido movimiento, sacó su hoja y la arrojó por debajo de su escudo, acertando el vientre del primero.

Perseo sintió un movimiento a su izquierda y apenas tuvo tiempo de levantar el escudo que interceptó un violento golpe de hacha, el soldado carduco era veloz y continuó golpeando con violencia mientras el espartano retrocedía, defendiéndose. No podía contraatacar, tal era la fuerza y la velocidad del guerrero. De repente, el pie de Perseo resbaló y se vio deslizándose acantilado abajo, en un movimiento reflejo soltó la espada, que cayó golpeando las piedras, y consiguió aferrarse a una saliente en el borde del acantilado.

El escudo pesado le dificultaba el intento de mantenerse firme en la saliente, el espartano trató de subir de nuevo al plató, pero al mirar hacia arriba, el carduco lo miraba con una enorme sonrisa y levantó su hacha, preparándose para golpear la mano del espartano. *Este es mi fin, no habrá honor ni gloria para mí, mi cuerpo roto servirá de pasto para las aves carroñeras.* Pensó. *¿Cómo recibirá Artemisia la noticia de mi muerte? Con suerte, mis compañeros le avisarán a mi hermano y a mi madre sobre mi destino, dirán que luché con valentía y morí como un verdadero espartano.*

Perseo miró a su verdugo, no mostraría miedo en el momento final, la hoja comenzó a descender en su dirección, pero antes de alcanzarlo, el carduco voló por encima de él, golpeado por un escudo espartano. Sus miradas se cruzaron por un breve instante, terror y desesperación estaban estampados en el rostro del carduco que, con un horrible grito, cayó hacia el fondo del acantilado.

Perseo miró hacia el borde, Diomedes con una enorme sonrisa lo observaba desde el lugar donde había estado el carduco. Extendió su lanza, que Perseo agarró con fuerza para levantarse de nuevo al plató.

—¿Quieres conocer la casa de Hades antes que nosotros? —rió Diomedes.

—Gracias —murmuró Perseo mientras intentaba reunir sus fuerzas para que sus rodillas dejaran de temblar y el mareo que sentía cesara.

—¡Vamos, vosotros dos! —gritó Atreu— ¡Los carducos se reagruparon y están regresando!

—¡Formen línea! —ordenó Georgios.

Perseo y Diomedes corrieron hacia el sargento, en el camino el joven espartano encontró una espada caída y la levantó. Los hoplitas formaron una línea defensiva, detrás de ellos, los peltastas se prepararon para lanzar sus dardos. Los carducos, en mayor número, que habían retrocedido, ahora gritaban para animarse y avanzaban contra los griegos.

Corriendo, los carducos se chocaron violentamente contra la fila griega, que logró mantener el impacto. Un guerrero se lanzó contra el escudo de Perseo, quien con una estocada por encima de él lo acertó entre los ojos. Otro intentó golpearlo con una espada, pero el espartano se defendía de sus golpes con el escudo, hasta que Diomedes, a su lado, aplastó la tráquea del bárbaro con un golpe del borde de su escudo.

La presión era enorme, los peltastas lanzaban sus dardos a corta distancia, muchas veces

por encima de los hombros de los hoplitas, que no aguantarían mucho más tiempo sosteniendo el ataque. De repente, oyeron gritos en la retaguardia, los carducos se detuvieron confundidos, Admeto había organizado varios soldados y se unió a la línea defensiva reforzándola.

La noche ya terminaba, y los primeros rayos de sol alcanzaban el pico de las montañas, la niebla subía desde el pie, pronto los combatientes no podrían ver nada más. Los carducos intentaron una vez más romper la línea griega, que sostuvo el ataque causando grandes bajas a los bárbaros. De repente, los bárbaros dieron la vuelta y comenzaron a huir, los griegos intentaron perseguirlos, pero los carducos eran rápidos y escalaban las rocas como cabras monteses, pronto desaparecieron.

Ir tras ellos sería un riesgo muy grande con la niebla cubriéndolo todo, los griegos miraron alrededor y no vieron más enemigos vivos, solo muertos y heridos caídos en el suelo.

Habían conquistado el plató.

Los griegos saquearon los cuerpos, los heridos fueron ejecutados con golpes secos en sus corazones, luego fueron arrojados al abismo. La niebla dificultaba la visión, y se dieron órdenes para que todos permanecieran juntos. Después de un tiempo, el sol calentó el aire, disipando la niebla.

La vista era deslumbrante, el sol iluminaba las montañas alrededor, los soldados miraron por el borde del precipicio, en el fondo un sendero serpenteaba entre las montañas, si todo salía bien, pronto el ejército griego pasaría por allí.

Pasamos el día en aquel plató cuidando a los heridos y esperando al resto del grupo de combate. Cuando el sol comenzó a inclinarse en el horizonte, las sombras de las montañas se alargaron haciendo que la temperatura descendiera.

Aristónimo y el resto del grupo de combate llegaron con el inicio de la noche, él felicitó al grupo de combate por la conquista de los dos campamentos. Una parte de ellos permaneció en el primer campamento conquistado, bajo el mando de Agasias. Se encendieron fogatas para que los griegos pasaran la noche en el lugar.

La luna llena iluminó las montañas, la temperatura descendió aún más y los griegos duplicaron el número de centinelas.

Durante la madrugada, los carducos atacaron, pero fueron repelidos con grandes bajas.

Esa sería la rutina de los soldados en las alturas.

CAPÍTULO 16

A la mañana siguiente, los griegos avanzaron por los senderos de la montaña, manteniendo siempre a la vista el precipicio que terminaba en el camino por donde el resto del ejército griego cruzaba.

El grupo de combate se dividió, tomando diferentes rutas. Con Anaxandro al mando, Perseo y sus compañeros subieron aún más; el aire se volvió más frío y los soldados respiraban con dificultad, a excepción del guía carduco, acostumbrado a las grandes alturas.

Águilas volaban cerca de los soldados; Atreu pensaba que era una señal de los dioses, ya que esas aves estaban consagradas a Zeus. Llegaron a la cima de la montaña que escalaban alrededor del mediodía. El sol brillaba con fuerza, calentándolos, y ahora sudaban bajo los cascos y las corazas. Algunos, como Petrus y Diomedes, se quitaron el equipo y lo llevaron descuidadamente sobre los hombros. Otros siguieron su ejemplo, pero Perseo no se atrevió: en caso de un ataque, no quería perder tiempo preparándose.

El grupo recibió órdenes de descansar. Exhaustos, los soldados sacaron de sus morrales carne seca, frutas y agua, y almorzaron mientras observaban el paisaje deslumbrante. Montañas aún más altas los rodeaban, con sus picos nevados. Anaxandro, Georgios, Menelao y el guía discutían.

Tras una hora de descanso, el teniente los reunió:

—Hombres, vamos a descender de nuevo. Nuestro guía afirma que el sendero es peligroso, manteneos atentos —ordenó.

—¿Qué en esta montaña no es peligroso? —dijo Diomedes con una sonrisa irónica.

Los griegos se pusieron en marcha y, con el guía al frente, comenzaron a descender desde la cumbre de la montaña. El sendero era casi inexistente, oculto entre las rocas. En algunos tramos, los soldados tenían que pegarse a la pared de la montaña; un paso en falso, y caerían al precipicio, directo al fondo, al camino donde marchaba el grueso de la columna griega.

—Imagina el susto que se llevarían nuestros compañeros si cayéramos sobre sus cabezas —gritó Diomedes a Petrus, que iba varios pasos detrás de él, aferrándose a las rocas para no caer.

—¡Se harían en sus calzones! —gritó Petrus, riendo a carcajadas y gesticulando con una mano, mientras con la otra se agarraba a las rocas.

—¡Por Zeus! ¡Son unos irresponsables! —murmuró Atreu justo detrás de Perseo.

El joven espartano no respondió; toda su concentración estaba en el sendero. Se sentía tenso: un paso en falso, y caería. *Ni siquiera los dioses podrían salvarme de una caída así*, pensó, mirando al vacío.

Después de más de una hora descendiendo, el sendero empezó a ensancharse, permitiendo que los soldados caminaran con más tranquilidad. El crepúsculo llegó, y con él unas nubes cargadas que anunciaban lluvia.

—Debemos acampar antes de que nos caiga encima —dijo Georgios.

Finalmente, llegaron a una meseta lo suficientemente amplia para albergar al grupo de combate compuesto por cincuenta hoplitas, quince peltastas y veinte arqueros.

Anaxandro autorizó montar el campamento, y los soldados inspeccionaron la zona. Algunos troncos carbonizados indicaban que el lugar era usado con frecuencia por los carducos. Encendieron una hoguera con la leña que cargaban, una tarea en la que todos debían colaborar,

ya que era raro encontrar árboles en esas alturas, y sin leña no podrían mantener el fuego durante las gélidas noches.

Perseo caminó hasta el borde del precipicio y miró hacia abajo. A lo lejos, distinguía varias hogueras del campamento del ejército griego, ya cubierto por las sombras de las montañas.

—El campamento griego —afirmó Laertes mientras sacaba su miembro y orinaba hacia el vacío.

—Espero que estén bien —dijo Perseo, pensando en Artemisia.

—Están mejor que nosotros —respondió Laertes con una sonrisa irónica, guardando su miembro de vuelta en la túnica.

La noche cayó rápidamente, y con ella, la temperatura. Los soldados se sentaron alrededor de la hoguera, envueltos en sus mantos, muy juntos para calentarse. Se colocaron centinelas en las entradas de la meseta; solo había dos caminos: el que los griegos habían recorrido y el que continuaba entre las montañas.

La cena consistió en trozos de carne seca y agua. Algunos pocos tenían bebidas carducas saqueadas de los muertos.

—¡Por los dioses, esto apesta! —exclamó Atreu al probar un trago del odre que Diomedes le ofrecía.

—Pero calienta todo el cuerpo —rió Diomedes, recuperando el odre y bebiendo otro trago antes de pasárselo a Petrus.

El ánimo de los soldados era sombrío. Pronto, los víveres se acabarían, y tendrían que depender de lo que lograran saquear a los carducos o de la caza de algún cabrito montañés, animales ágiles y veloces. Cómo conseguían sobrevivir a esas alturas seguía siendo un misterio para los griegos.

La noche avanzó. Nubes densas ocultaron las estrellas, y los relámpagos comenzaron a cruzar el cielo en el horizonte. A lo lejos, los griegos escucharon los truenos reverberar entre las montañas.

Durante la madrugada, la temperatura descendió aún más. El aire estaba húmedo, presagio de la tormenta que se acercaba. La noche fue terrible: los soldados durmieron envueltos en sus mantos, lo más cerca posible de la hoguera. El suelo duro era incómodo, y cuando logran dormir, eran despertados para cumplir su turno como centinelas.

El amanecer llegó, pero sin claridad. Pesadas y bajas nubes cubrían las montañas, ocultando la luz del sol. Incluso antes de ver los rayos caer sobre las montañas, los griegos los sentían en el aire.

Anaxandro decidió permanecer en el lugar hasta que pasara la amenaza de la tormenta. De repente, escucharon un grito, y una de las centinelas cayó desde su posición con una flecha clavada en la garganta.

—¡Alarma! —gritaron todos.

Los griegos corrieron a armarse mientras las centinelas retrocedían gritando:

—¡Carducos! ¡Cientos de ellos!

Anaxandro palideció e, indeciso, permaneció inmóvil. Todos lo miraron, esperando órdenes.

Georgios se adelantó y gritó:

—¡Formación defensiva! ¡Espalda contra la pared, ahora!

Los soldados se colocaron en una línea defensiva: los hoplitas al frente, los peltastas y arqueros detrás, todos con las espaldas pegadas a la montaña. Frente a ellos, a cien pasos de

distancia, se encontraba el borde del precipicio, lo que impedía que los griegos pudieran caer por él.

De ambos lados del sendero, los carducos avanzaban gritando, animándose mutuamente, armados con hachas y espadas. Los arqueros griegos comenzaron a disparar flechas de inmediato, derribando a algunos, pero eran cientos los que habían alcanzado la posición griega durante la noche.

—¡Preparados para el impacto! —gritaron Georgios y Menelao.

Perseo afirmó su escudo y apuntó su lanza hacia adelante. Sintió a los peltastas tras él, preparando sus dardos. *Si rompen nuestra formación, estamos acabados*, pensó mientras los carducos, gritando, se lanzaban contra los escudos griegos. El joven espartano sintió cómo su lanza penetraba carne blanda y la retiró con violencia para volver a lanzarla hacia adelante.

La masacre había comenzado.

Escudo contra escudo, los griegos resistían a los carducos. Los golpes de hachas y espadas explotaban contra el bronce, soltando chispas. Perseo y sus compañeros afirmaban los pies en el suelo para no retroceder mientras lanzaban sus armas hacia adelante. Una confusión de armas, espadas y rostros se desató; eran tantos los enemigos que los griegos no podían distinguir sus caras barbadas. Los peltastas lanzaban sus dardos por encima de los hombros de los hoplitas, aumentando el caos. Los arqueros disparaban a corta distancia, directamente al rostro de los atacantes.

Los gritos eran ensordecedores.

La presión aumentó. Los carducos de las filas traseras empujaban a sus compañeros al frente. Cuerpos cubrían el suelo; cuando los griegos perdían a un compañero, rápidamente cubrían su posición, reduciendo el círculo defensivo.

El suelo estaba empapado de sangre y vísceras.

Un carduco asestó un violento golpe de hacha contra el escudo de Laertes, quien estaba al lado de Perseo. Por un momento, su compañero quedó desprotegido, y otro enemigo avanzó con la espada en ristre. Perseo clavó su lanza en el pecho del atacante, atravesándolo por completo. Al mismo tiempo, el carduco que había lanzado el golpe volvió a atacar, pero Laertes lo interceptó, hundiendo su lanza entre los ojos del desafortunado, quien cayó sobre la lanza de Perseo, rompiéndola.

De inmediato, el joven desenvainó su espada. Ahora el combate era cuerpo a cuerpo. Se defendía con el escudo mientras atacaba a los carducos, por encima del borde o por debajo, siempre apuntando a sus gargantas o al bajo vientre.

De repente, escucharon un grito, y los enemigos retrocedieron varios pasos.

—¡Mantengan la posición! —gritó Menelao.

—¡Es una trampa, quédense donde están, levanten los escudos! —exclamó Georgios.

En ese instante, una lluvia de flechas cayó sobre los griegos, quienes se refugiaron tras sus escudos. Gracias al refuerzo de varias pieles de buey curtidas, las flechas no los atravesaron, pero aun así, se escucharon gritos en las filas griegas.

Los carducos avanzaron de nuevo, gritando, y chocaron contra los escudos griegos. En el momento del impacto, Perseo hundió su espada en la garganta de un enemigo por encima del borde. Tiró de ella con violencia, y la sangre brotó del corte.

La presión aumentaba. Los griegos no resistirían mucho más. Perseo sintió un ardor en el brazo cuando una espada le cortó la piel, pero no había tiempo para verificar la profundidad de la herida. En ese mismo instante, Diomedes, a su lado, hundió su espada entre los ojos del atacante que había herido al joven espartano.

Perseo estaba exhausto. El escudo comenzaba a pesar en su brazo, y sus golpes perdían velocidad. *En breve seré uno más tendido en el suelo, muerto o gravemente herido**, pensó. *¿Será este nuestro fin? ¿Morir luchando en lo alto de la montaña? ¿Nuestros cuerpos sirviendo de alimento para las aves de rapiña o siendo arrojados desde el precipicio?*

El pensamiento de Artemisia cruzó por su mente. *¿Qué hará cuando no regrese? ¿Continuará la retirada con el ejército griego o intentará buscarme?* La posibilidad de que la amazona escalara las montañas para buscarlo, arriesgándose a ser capturada o asesinada, le llenó de vigor. Perseo gritó con todas sus fuerzas mientras desataba una secuencia de golpes contra los innumerables carducos que se abalanzaban sobre la fila griega.

En el momento más desesperado, un rayo cruzó el cielo y alcanzó a algunos carducos que estaban a pocos pasos de la fila griega. Todos quedaron deslumbrados por el resplandor, y el trueno resonó entre las montañas, estremeciendo las rocas del altiplano y mezclándose con los gritos de los heridos.

Griegos y carducos se detuvieron por un segundo, atónitos ante el rayo que había caído.

—¡Zeus salvador! —gritó Atreu con todas sus fuerzas.

—¡Avancen! —ordenó Georgios.

—¡Ahuu! —fue el grito de respuesta.

Era la oportunidad de los griegos. Presionando con sus escudos, empujaron a los carducos hacia atrás mientras gritaban como poseídos. Perseo lanzó su escudo hacia adelante, aplastando la garganta de un adversario al mismo tiempo que hundía su espada en el pecho de otro. Sus compañeros también avanzaron, asestando golpes una y otra vez.

Los griegos entraron en un frenesí de muerte y asesinato, luchando con lo que tenían a mano.

Diomedes había perdido su espada y utilizaba su escudo como arma, empleando ambas manos para golpear a los carducos que se cruzaban en su camino. El pesado escudo de bronce rompía huesos y cartílagos. Petrus había perdido su escudo y sus armas, pero había tomado su casco y lo usaba como un arma, golpeando la cabeza de los enemigos que alcanzaba. Cada golpe producía el sonido seco de huesos quebrándose.

Laertes había dejado caer su escudo y ahora empuñaba una espada en cada mano. Sus movimientos eran rápidos y precisos, dejando tras de sí un rastro de miembros cercenados. Perseo golpeó la frente de un carduco, y su espada quedó clavada en el cráneo del enemigo. Intentó retirarla, pero no lo logró. En ese momento, percibió un movimiento y levantó el escudo justo a tiempo para defenderse de otro atacante que chocó contra él, derribándolo al suelo.

Un hoplita griego se abalanzó sobre el carduco que había atacado a Perseo, derribándolo. Perseo se arrastró rápidamente hasta el enemigo caído, se subió sobre su pecho para inmovilizarlo y levantó su escudo con ambas manos por encima de la cabeza. En ese instante, un rayo cruzó el cielo iluminando el altiplano. Cuando el trueno retumbó, el espartano bajó el escudo con toda su fuerza, aplastando el cráneo del desgraciado.

En ese momento, la tormenta se desató con una violencia inusitada, acompañada de vientos que aullaban entre las rocas, empapando a los combatientes. Los relámpagos seguían cayendo, iluminando las montañas, y los truenos resonaban, haciendo temblar las rocas. Perseo nunca había visto una tormenta tan furiosa. Los rostros de los carducos reflejaban miedo y horror.

La carnicería era inmensa. El suelo pronto se llenó de charcos de agua teñida de rojo, que rebosaban y corrían por las rocas mezcladas con vísceras y miembros amputados.

Los carducos retrocedieron varios pasos, intentando alcanzar la salida del altiplano.

Estaban peligrosamente cerca del borde del precipicio.

—¡Atacad! ¡Acabad con ellos! —gritó una voz.

Los griegos, aunque en menor número, avanzaron con valentía, buscando el último vestigio de energía en sus cuerpos. Perseo solo tenía su escudo, pues había perdido la espada y la lanza en la batalla. Los griegos corrieron hacia los carducos que huían, golpeándolos con los pesados escudos.

Perseo embistió violentamente contra un soldado, lanzándolo por el borde del precipicio. Escuchó su grito de terror mientras caía. Sus compañeros, a su lado, empujaban a los carducos con sus escudos, lanzas y espadas, arrojándolos al vacío.

La batalla había sido ganada.

La lluvia continuaba cayendo. Perseo, exhausto, se dejó caer al suelo. Miró a su alrededor: el altiplano estaba cubierto de cuerpos mutilados, griegos y carducos, tendidos en el suelo, olvidados de sus diferencias. A su lado, un joven peltasta lloraba desesperadamente, pero Perseo lo ignoró y se fijó en su propio brazo, que ardía por un corte superficial.

Buscó a sus compañeros. Atreu parecía estar en trance, con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia el cielo y los labios moviéndose en una plegaria. Diomedes y Petrus registraban los cadáveres en busca de algo de valor. Laertes intentaba, sin éxito, limpiar su escudo y su coraza, manchados de sangre. Georgios ayudaba a los soldados griegos heridos.

Perseo se quitó el casco con dificultad y lo dejó a un lado. Miró sus manos, teñidas de rojo, que temblaban incontrolablemente. Sintió ganas de vomitar, pero se contuvo, cerró los ojos y respiró profundamente mientras abría y cerraba los dedos hasta que el temblor cesó.

Las bajas griegas habían sido importantes; solo quedaban veinticinco soldados, pero el número de carducos muertos era tres veces mayor. Laertes y varios hoplitas recorrieron el altiplano ejecutando a los enemigos gravemente heridos. Cinco de ellos fueron tomados prisioneros, ya que sus heridas no eran graves. Atreu los reunió al borde del altiplano y les obligó a arrodillarse.

Los griegos rodearon a los carducos expectantes; muchos querían ejecutarlos, otros deseaban arrojarlos por el precipicio. Atreu levantó los brazos, pidiendo silencio. La tormenta seguía cayendo, aunque con menor intensidad. Con la mirada vidriosa, como si estuviera en trance, se dirigió a todos:

—¡Compañeros! ¡Zeus Salvador nos ayudó hoy! ¡Lanzó su rayo en el momento de mayor peligro! —gritó.

Algunas voces murmuraron en señal de acuerdo.

—Que estos carducos sean sacrificados en su honor —sugirió Atreu con un brillo fanático en los ojos.

De nuevo, murmullos de asentimiento.

Atreu desenvainó su daga y se acercó por la espalda de los carducos, que lo miraban aterrorizados. Tirando del cabello del primero hacia atrás para exponer su garganta, proclamó:

—¡Zeus Salvador! ¡Acepta este sacrificio en tu honor! —gritó, al tiempo que cortaba la garganta del desafortunado, que cayó al suelo convulsionándose mientras su sangre se derramaba.

Entonces Atreu entonó un cántico:

—Zeus padre, que conduces el alto curso del fulgurante cosmos, resplandeciente en el sublime esplendor de tu rayo etéreo. Vibras con truenos divinos en la morada de los bienaventurados, abrasando las nebulosas corrientes de agua con tu relámpago flamígero, desatando tormentas, lluvias y furiosas tempestades. Relámpagos que oscurecen la tierra con

flechas llameantes, todas ardientes, implacables, devastadoras. Arma terrible que estremece el corazón, irresistible, flecha pura e invencible. Descendente en llamas, con su fulgor hace temblar la tierra, el mar y las bestias aladas. ¡Tiemblan al oír tu fragor! Tu luz ilumina los cielos; el trueno retumba en los valles del Éter, rompiendo el velo que reviste el firmamento. Tú lanzas el relámpago de fuego. ¡Oh, Zeus venturoso! En las olas del mar y en las cimas de las montañas, todos conocemos tu poder. ¡Alégrate con las libaciones que ahora te ofrecemos, en honor a habernos salvado!

Uno por uno, los prisioneros fueron degollados. Al final, con la ayuda de algunos soldados, los cuerpos fueron arrojados por el borde del altiplano, cayendo al vacío. Perseo estaba impactado, no por las muertes en sí —pues los prisioneros iban a morir de todas formas, ya que no podían permitirse mantenerlos—, sino porque había sido Atreu quien los ejecutó. Jamás había visto a su compañero actuar de esa manera. Después del sacrificio, Atreu pasó horas murmurando oraciones a Zeus.

Solo al día siguiente, Atreu volvió a ser el de antes, y sus compañeros le contaron lo que había hecho.

—¡Por todos los dioses del Olimpo, no lo recuerdo! —exclamó horrorizado, mirando sus propias manos.

Atreu era, entre todos ellos, el más devoto. Criado en un santuario, siempre había sido piadoso, incluso con los enemigos. Su actitud al sacrificar a aquellos desdichados no había sido normal.

—No te culpes —afirmó Georgios, dándole una palmada en el hombro—. Iban a morir de todas formas. Si no lo recuerdas, es porque actuaste bajo la voluntad de los dioses.

—Lo único que recuerdo es que estaba convencido de que íbamos a morir, cuando un rayo cayó sobre los carducos. Recuerdo el fulgor y el trueno retumbando en las montañas. Después de eso, lo siguiente que sé es que desperté esta mañana —dijo, con una mirada asustada.

Todos guardaron silencio. Lo cierto era que, de no haber sido por aquel rayo, todos habrían muerto.

Los griegos permanecieron en el altiplano hasta el día siguiente, cuando otro grupo de combate los alcanzó y se unió a ellos. Este grupo traía varios heridos leves y moderados, pero tres de ellos estaban demasiado graves para caminar. Anaxandro, Georgios, Menelao y el teniente que lideraba al grupo recién llegado se reunieron para decidir qué hacer.

Tras una larga discusión, concluyeron que lo más piadoso sería sacrificar a los heridos graves. Sus posibilidades de sobrevivir en la montaña eran nulas, y los demás no podían cargar con ellos sin poner en riesgo sus propias vidas. Además, por la gravedad de sus heridas, no resistirían mucho tiempo.

Georgios y Menelao, como los oficiales de mayor rango, asumieron la responsabilidad. Atreu hizo que los heridos bebieran tanto aguardiente carduca como fuera posible, hasta que se durmieron. Solo entonces, Georgios y Menelao los mataron con un golpe certero al corazón.

—No deja de ser una buena muerte —murmuró Diomedes, frotándose el pecho.

Recogieron los cuerpos de sus compañeros caídos y, tras abrir una pequeña fosa en el terreno duro del altiplano, los enterraron, colocando pesadas piedras encima que servirían como lápidas. Atreu pronunció una oración fúnebre, mientras los demás permanecían de pie, perdidos en sus pensamientos. *¿Cuántos de nosotros terminaremos vivos esta jornada?* pensó Perseo.

Después del funeral, retomaron la marcha por el sendero, en busca de los carducos.

Artemisia lideraba a sus guerreras por el sendero que cruzaba las montañas, dejando las monturas junto a las carretas conducidas por las siervas cilicias, ya que no serían útiles en el terreno accidentado del camino. La amazona instruyó a las siervas a no confiar en nadie y a que, ante el menor indicio de problemas, buscaran a Quirísofo o Jenofonte.

Tras besar a la pequeña Helena, que dormía plácidamente, Artemisia y las demás amazonas partieron hacia la vanguardia con la misión de explorar el terreno y regresar para alertar de cualquier problema al resto de la columna.

Avanzaban rápidamente durante un tiempo y luego volvían para informar al ejército de que no habían encontrado nada. Solo entonces la columna continuaba su marcha lentamente.

Durante siete días, Artemisia no tuvo noticias de Perseo. Sabía que Admeto había liderado su regimiento montaña arriba y oraba a los dioses para que protegieran a Perseo y a sus compañeros.

De vez en cuando, algunos griegos heridos llegaban a las carretas del hospital de campaña, llevados por sus camaradas. Cada día, la amazona aparecía buscando a Perseo o a alguno de sus amigos. Las pocas noticias que lograba obtener de algunos soldados que los conocían le confirmaban que estaban vivos y luchando, pero que las condiciones en las cimas de las montañas eran terribles, con un combate despiadado y sin tregua.

Durante toda la travesía, el ejército tuvo que luchar por cada paso del camino. Por lo general, los carducos no atacaban cuando las amazonas avanzaban explorando el terreno; esperaban a que la columna griega se aproximara por el sendero al pie de las montañas para hostigarla. Los carducos parecían surgir de las salientes rocosas, arrojando piedras y lanzando flechas y dardos contra el ejército en marcha.

Con horror, los griegos descubrieron que las flechas de los carducos podían atravesar sus escudos de bronce.

En el segundo día, Artemisia recibió el mando de una compañía de unos cincuenta arqueros cretenses, a quienes lideró en la vanguardia, apenas unos cientos de pasos delante del inicio de la columna. Al menor indicio de movimiento en las salientes, la amazona ordenaba a los arqueros dispersarse y resguardarse entre las rocas. Entonces comenzaba un encarnizado combate: los carducos intentaban alcanzar a los griegos y a la columna del ejército, que se detenía mientras las amazonas y los arqueros disparaban sus flechas, obligándolos a retroceder.

Artemisia y sus hermanas, habituadas a escalar las montañas de su tribu, ascendían rápidamente por las rocas, acercándose a los carducos y lanzando sus certeras flechas contra ellos. Sorprendidos, los carducos se retiraban dejando atrás a sus muertos.

Otras tropas de asalto fueron enviadas para escalar las montañas y desalojar a los carducos de sus cimas, mientras el ejército seguía avanzando por el sendero.

Artemisia pensaba constantemente en Perseo. ¿Cómo estará? Sentía una nostalgia atroz, no había tenido tiempo de despedirse y sabía que el combate en las alturas era feroz. A veces, las amazonas encontraban en el camino los cuerpos de guerreros carducos muertos; en una ocasión, hallaron a dos griegos. Artemisia corrió hacia ellos. *Gracias a los dioses, no es Perseo ni sus compañeros*, pensó aliviada.

Finalmente, al séptimo día, las montañas disminuyeron de tamaño y el ejército salió del desfiladero, entrando en una vasta llanura. A lo lejos, observaron los rayos del sol brillando sobre las aguas de un río. Era el Centritas, que marcaba el límite entre las tierras de los carducos y los armenios.

Las amazonas recuperaron sus monturas junto al convoy de suministros y, junto con lo que quedaba de la caballería griega, avanzaron rápidamente por la llanura hacia el río.

A lo lejos divisaron varias aldeas en las orillas y, al galope desenfrenado, se acercaron a ellas. Artemisia y sus guerreras con flechas listas en sus arcos, pero al llegar constataron que estaban abandonadas.

Desmontaron y, junto con los soldados de la caballería griega, entraron en las viviendas hechas de madera y paja, pero no encontraron señales de sus habitantes. Habían huido, aunque dejaron atrás una gran cantidad de suministros almacenados en depósitos junto al río, utilizados como puestos comerciales entre ambas naciones.

Quirísofo ordenó al ejército dispersarse y acampar alrededor de las aldeas. Después de montar puestos de vigilancia en la retaguardia, distribuyó los víveres encontrados entre los soldados.

Las amazonas instalaron su pequeño campamento cerca del río, en la aldea principal. La pequeña Helena corría y jugaba sobre la hierba bajo la mirada atenta de las guerreras y de las siervas cilicias. Artemisia la observaba; la niña corría con pasos tambaleantes, recogía trozos de hierba con sus manitas y se los entregaba a la amazona con una hermosa sonrisa en los labios.

El corazón de Artemisia se encogía en esos momentos y oraba a Artemisa para que le concediera la gracia de quedarse embarazada de Perseo. El deseo de ser madre, de sentir a un hijo creciendo en su vientre, la perturbaba durante los momentos de tranquilidad que pasaban en el lugar.

Quirísofo y Jenofonte decidieron permanecer en las aldeas uno o dos días para descansar y esperar a que los diversos grupos de combate, que habían permitido la travesía del desfiladero entre las montañas, regresaran.

Artemisia observaba las montañas a lo lejos, rezando a los dioses para que protegieran a Perseo y a sus compañeros, mientras aguardaba su regreso.

CAPÍTULO 17

El grupo de combate de Perseo se dividió en pequeñas tropas de asalto. Las órdenes eran buscar y destruir a los carducos.

Los soldados se convirtieron en expertos en combate de montaña, avanzando por los senderos con la ayuda de guías capturados. Aquellos que se negaban a guiarlos eran lanzados al precipicio. El combate era brutal, sin clemencia por parte de ninguno de los bandos.

Los griegos atacaban los campamentos de los carducos cuando los localizaban, pero estos generalmente huían escalando las rocas con una habilidad insuperable, perseguidos por las flechas, lanzas y proyectiles de hondas. Los carducos respondían atacando durante la madrugada, como fantasmas lanzaban dardos, piedras y flechas contra los griegos y huían al amanecer, obligándolos a intercambiar el día por la noche.

Cuando no encontraban senderos, los griegos escalaban las rocas tras los carducos, intentando desalojarlos de las salientes con el apoyo de arqueros y honderos. Los carducos respondían haciendo caer una lluvia de flechas sobre los griegos, que no causaban más bajas gracias a que sus escudos estaban reforzados con cuero curtido de buey.

Los arqueros y honderos, con gran valentía, escalaban junto a los hoplitas, brindándoles cobertura y permitiéndoles acercarse. Sin embargo, al llegar a las salientes, los griegos solían encontrar pocos cadáveres o heridos por los proyectiles; la mayoría de los carducos desaparecía en las montañas. Eran como cabras montesas: ágiles y veloces. Raramente los griegos lograban alcanzarlos, pero los carducos siempre regresaban para atacarlos por la retaguardia.

Era un combate sin tregua ni cuartel. La noche era aún peor; los griegos dormían entre las rocas de la montaña o en salientes que antes utilizaban los carducos. Durante la madrugada, eran atacados por los arqueros enemigos, que aprovechaban la oscuridad. Los griegos dejaron de encender hogueras para no convertirse en blancos fáciles. El frío era intenso, y se envolvían en mantos, sentados juntos, tratando de calentarse y atentos a cualquier ruido.

Perseo pensaba constantemente en Artemisia. *¿Cómo estará?*

Todos estaban agotados, muchos perdieron la vida cayendo desde las rocas, varios tuvieron miembros rotos, las bajas griegas fueron pesadas, y la evacuación de los heridos hacia la retaguardia era laboriosa, muchas veces siendo necesario sacrificar a los heridos. Los soldados trataban de mantenerse cerca del sendero que recorría las montañas, protegiendo al ejército griego.

Finalmente, en el séptimo día, las montañas disminuyeron su tamaño y avistaron una llanura, y, brillando con los rayos del sol del atardecer, un río.

¡Será nuestra última noche en estas malditas montañas! Pensó Perseo.

A la mañana siguiente, observaron desde las alturas al ejército saliendo del sendero entre las montañas, dirigiéndose hacia el río, donde probablemente acamparían. Era el turno de la tropa que luchaba en las alturas de iniciar el descenso para unirse al ejército.

Perseo y sus compañeros estaban en un plató desde el cual se podía ver toda la llanura y el río. Los guías dijeron que debían descender por un sendero entre piedras y rocas, y luego bajar por una pendiente empinada a través de un bosque de pinos. Todos miraron curiosos al borde del precipicio, pero no vieron ningún sendero.

—¡Por los testículos de Zeus! —exclamó Petrus—. ¡No veo una mierda de sendero!

El grupo estaba siendo comandado por el teniente Anaxandro. La tropa de asalto inicial se había dividido en varios grupos de combate, y ahora eran alrededor de cincuenta hoplitas, veinte arqueros y quince peltastas.

—¿Estás seguro de este camino? —preguntó Anaxandro al guía.

El guía nativo gesticuló señalando hacia el borde del plató, y hacia la llanura a lo lejos, hablaba en su lengua bárbara y gesticulaba mucho, parecía irritado.

—¿Alguien entendió algo? —preguntó el teniente exasperado.

—Parece que quiere que lo sigamos —Diomedes sonrió—. Pero puede que me haya equivocado y nos esté mandando al Hades.

Anaxandro miró irritado a Diomedes, se rascó la barba que ya había crecido y miró alrededor pensativo. Todos estaban sucios, con barba y apestando, pues tenían que racionar el agua. El único que aún estaba razonablemente presentable era Laertes, que todos los días usaba trozos de tela para limpiar su equipo y su cuerpo, bajo la mirada divertida y las burlas del resto del grupo.

—¡Muy bien! Georgios, tú y tu pelotón bajan primero —ordenó Anaxandro bruscamente.

—¡Sí, señor! —respondió el sargento, fulminando a Diomedes con la mirada.

Diomedes se encogió de hombros y sonrió, se acercó al guía y conversó con él en una mezcla de griego, persa y algunas palabras en la lengua de los carducos que había aprendido, ya que el traductor persa había muerto durante un combate. El guía sonrió, se encogió de hombros y se dirigió al borde del plató, como una cabra montesa comenzó a descender ágilmente por el borde mientras los demás observaban aterrados.

—¡Que Atenas tenga piedad! —murmuró Atreu.

—¡Escucharon al teniente! Diomedes, Petrus y Perseo, sigan al guía, vamos justo detrás —ordenó Georgios.

Diomedes y Petrus se pusieron sus escudos y cascos a la espalda y ágilmente comenzaron a descender por los roquedales siguiendo al guía. Las lanzas ya habían sido perdidas hace mucho, y solo llevaban sus espadas. Perseo se acercó al borde y miró hacia abajo, Diomedes y Petrus ya se estaban distanciando, aferrándose a las piedras.

El joven miró con duda. *¿Lo conseguiré? Que Hércules me conceda fuerzas.* Oró en silencio.

Perseo puso el escudo en la espalda, pero no se quitó el casco. *Si caigo, tal vez me proteja la cabeza.* Pensó, poniéndose de rodillas al borde y, sujetando el borde, bajó el pie derecho buscando un punto de apoyo, imitando a Diomedes. Encontró una saliente y bajó el otro pie. Aferrándose entre las rocas, bajó paso a paso. El descenso era empinado, casi vertical, sus dedos estaban doloridos y sangrando, y sudaba profusamente, arrepintiéndose de no haber atado el casco a su espalda.

El descenso demoró un largo tiempo que pareció una eternidad. Perseo miraba hacia arriba y veía a sus compañeros bajando con cautela, si alguno de ellos caía, podría arrastrarlo junto al abismo. Con cuidado, el joven miró hacia abajo, a unos pocos pasos el guía, Diomedes y Petrus estaban de pie al pie del precipicio, mirándolo y haciendo señales, animándolo a bajar. Por fin, Perseo sintió una mano sujetando sus piernas, luego estuvo a salvo. El descenso aún no había terminado, pero ahora, en lugar de piedras y rocas, un declive cubierto por un bosque de pinos conducía hacia la llanura.

Esperaron a que todo el grupo de combate descendiera y luego descansaron un poco hasta que Anaxandro ordenó que avanzaran nuevamente.

—Georgios, lidera la vanguardia con tu pelotón, Menelao quédate con la retaguardia, arqueros y peltastas en el centro—ordenó.

—Siempre nosotros —suspiró Diomedes.

—Vamos, rápido —ordenó Georgios, tomando la delantera.

Descendieron lentamente entre los pinos, con los escudos firmes en los brazos, las espadas en las manos, atentos a cualquier movimiento en el bosque. El sol que brillaba entre las hojas ya se acercaba al centro del cielo, pero la temperatura era fresca dentro del bosque, los pájaros cantaban y algunos ardillas corrían entre los árboles. Diomedes vio un ciervo.

—¡Allí! Por Zeus, si tuviera una lanza o un arco, hoy comeríamos carne asada —se quejó.

—Nada de caza, ¡presten atención! —ordenó Georgios.

—Siempre malhumorado —rió Petrus.

Continuaron descendiendo, Diomedes, que los lideraba, se detuvo de repente y levantó un brazo. Todos se detuvieron en silencio, los escudos protegiendo sus cuerpos. Perseo miró a su alrededor, no vio nada más que a sus compañeros alejados a unos pasos, se concentró en los sonidos del bosque, tratando de oír algo anormal, pero no escuchó nada, incluso los pájaros habían cesado de cantar. El joven apretó con más fuerza la correa del escudo.

Diomedes estaba parado, escrutando el bosque, con el escudo adelante, él era el mejor rastreador del pelotón. De repente, escucharon un silbido y un soldado gritó al recibir una flecha clavada en el pecho.

—¡Levanten los escudos! —gritó Georgios.

Perseo levantó su escudo y miró por el borde, no vio nada más que árboles, de repente otro silbido, con un movimiento reflejo, el joven se escondió tras el escudo y sintió el impacto de una flecha clavándose en él. Nuevos silbidos y una lluvia de flechas cayó sobre el pelotón.

—¡Formación! ¡Murallas de escudos! ¡Rápido! —ordenó Georgios, gritando.

Los soldados se agruparon corriendo, ocultándose tras sus escudos. De repente, escucharon gritos; varios soldados carducos salieron de entre los árboles corriendo cuesta arriba, en dirección a los griegos, blandiendo amenazadoramente sus espadas y hachas de guerra. Los peltastas se situaron detrás de la línea defensiva y lanzaron sus dardos, varios carducos cayeron al suelo, alcanzados. Nuevos gritos llegaron desde la retaguardia, el pelotón de Anaxandro también estaba siendo atacado.

Estaban rodeados.

Los carducos, en mayor número, chocaron contra la barrera de escudos. Por encima del borde, Perseo acertó a uno de ellos entre los ojos y la espada atravesó su cráneo.

—¡Avancen! —ordenó Georgios.

Los griegos empujaron sus escudos contra los carducos, obligándolos a retroceder. Perseo golpeó a uno de ellos con el borde de su escudo, escuchando el crujido de huesos rotos. Decapitó el brazo de otro que intentaba asestarle un golpe con su hacha. Petrus empujó con su escudo a un enemigo, presionándolo contra el tronco de un árbol y, con un movimiento rápido, cortó su cuello. Laertes se movía como un rayo, su espada brillaba en un borrón plateado, cortando miembros y cabezas.

Los carducos huyeron, desapareciendo entre los árboles, dejando atrás a sus muertos y heridos.

El grupo escuchó gritos en la retaguardia y fue alcanzado por el pelotón de Menelao, que bajaba corriendo por la ladera de la montaña. Un hoplita ayudaba a cargar a Anaxandro, quien tenía una flecha clavada en su muslo.

—¡Georgios, tenemos que correr, estamos rodeados! —gritó Menelao.

—Avanza con tus hombres y lleva a los heridos, yo cubriré la retirada —ordenó Georgios, mirando hacia atrás.

Menelao asintió con la cabeza y ordenó a sus hombres que lo siguieran con los escudos preparados. Anaxandro, cojeando y apoyado por el hoplita, pasó junto a Georgios y le sonrió tristemente.

—¡Arqueros y peltastas conmigo! ¡Pelotón en formación de línea! —ordenó Georgios, gritando.

Los soldados formaron rápidamente y se prepararon, levantando los escudos y empuñando sus espadas. Comenzaron a retirarse lentamente, siguiendo al pelotón de Menelao, que ya se encontraba a cierta distancia. De repente, oyeron silbidos y una lluvia de flechas cayó sobre la posición griega, obligándolos a esconderse detrás de la barrera de escudos mientras los peltastas y arqueros se protegían tras los troncos de los árboles.

Los gritos comenzaron a resonar por el bosque y los griegos avistaron un gran grupo de soldados carducos descendiendo rápidamente por la ladera, blandiendo sus armas amenazadoramente sobre sus cabezas.

Los arqueros griegos comenzaron a disparar, causando varias bajas, pero los carducos eran muchos más y pronto chocaron contra la barrera de escudos. Los peltastas lanzaron sus dardos, causando más bajas, y los hoplitas soportaron el impacto y entraron en combate. El metal se chocó contra el metal, los gritos de guerra y los lamentos de los heridos resonaron entre los árboles del bosque.

Los carducos eran valientes y feroces, pero no sabían luchar de manera organizada como la infantería espartana. Los griegos resistieron el ataque y los obligaron a retroceder tras sufrir muchas bajas, perdiendo, sin embargo, a cinco soldados en el combate. Perseo miró a su alrededor; sus compañeros estaban bien, Laertes cortaba el cuello de los enemigos heridos, Diomedes y Petrus bebían de sus odres y Atreu consolaba a un hoplita herido que pronto murió.

—¡Vámonos! ¡Rápido! ¡Arqueros y peltastas al frente! —ordenó Georgios.

El grupo corrió cuesta abajo entre los árboles, y pronto los arqueros y peltastas, con equipos más ligeros, se distanciaron de los hoplitas. Estos oyeron gritos entre los árboles, señal de que los carducos los estaban persiguiendo nuevamente.

Las flechas comenzaron a caer sobre los griegos, clavándose en el suelo o en los troncos de los árboles. Un hoplita gritó y cayó al suelo con una flecha clavada en su cuello. Perseo se detuvo para ayudarlo, pero al acercarse, dos flechas se clavaron en la espalda del herido. El joven espartano levantó su escudo a tiempo para defenderse y, con un sonido metálico, una flecha se clavó en su escudo. Continuó corriendo cuesta abajo.

La ladera se volvió más empinada, Perseo tropezó y salió rodando entre las hojas y ramas que cubrían el suelo. El joven se levantó maldiciendo a los carducos y siguió corriendo. Diomedes lanzó su escudo al suelo y se tiró sobre él, deslizándose cuesta abajo con el impulso. Se deslizaba a una velocidad impresionante, controlando la bajada con su peso corporal, tratando de no estrellarse contra los árboles. Petrus lo imitó deslizándose sobre su escudo, alejándose de los demás.

—¡Estáis locos! —gritó Atreu, corriendo al lado de Perseo.

Perseo no tuvo el valor de seguir el ejemplo de sus compañeros. Finalmente, el grupo alcanzó a los arqueros y peltastas que estaban escondidos entre los árboles, los adelantaron, pero antes de que se distanciaran, Georgios ordenó:

—¡Alto!

Todos se detuvieron, jadeando. Diomedes, que había llegado antes, reía como un loco. Petrus, que había chocado contra un árbol y tenía el rostro cubierto de sangre, atacaba furiosamente el árbol con su espada, maldiciéndolo con las peores palabrotas.

—¡Formación de barrera de escudos! —ordenó Georgios entre respiros entrecortados; la carrera desenfadada lo había agotado.

Los soldados se alinearon rápidamente, uno al lado del otro, escudo con escudo. Poco después, escucharon el bullicio de los carducos acercándose. Bajaban la pendiente a toda velocidad. Cuando llegaron al alcance de los arqueros y peltastas, estos lanzaron sus proyectiles, causando bajas pesadas.

—¡Avanzad! —gritó Georgios.

—¡Ahhuuu! —respondieron los soldados mientras corrían contra los enemigos.

Los carducos se detuvieron por un momento, indecisos; no esperaban el ataque griego. Luego dieron la vuelta y huyeron, excepto algunos que decidieron enfrentarse a ellos, pero fueron rápidamente abatidos.

Los griegos se detuvieron de nuevo para tomar aire. Perseo afinó el oído; el bosque estaba en silencio, salvo por los gemidos de los enemigos heridos, que estaban siendo ejecutados por Laertes.

—Parece que se han rendido —dijo Atreu, escudriñando el bosque.

—¡Vámonos rápido! —ordenó Georgios.

Corrieron cuesta abajo entre los árboles. Tras un tiempo, finalmente alcanzaron a Menelao y su pelotón, que estaban en formación de barrera de escudos en el borde del bosque, esperándolos. Perseo y sus compañeros cayeron a su lado, jadeando, seguidos por los arqueros y peltastas.

—¿Estás bien, Georgios? —preguntó Menelao.

Georgios, tirado en el suelo y respirando con dificultad, hizo un gesto para que Menelao esperara. Tras respirar profundamente y con calma, logró hablar:

—Estoy demasiado viejo para estas carreras —respondió, cerrando los ojos por un momento.

Menelao sonrió y le extendió la mano, ayudándole a levantarse. Anaxandro se acercó cojeando.

—Buen trabajo, sargento —elogió el teniente, visiblemente avergonzado.

—Gracias, señor, pero si me permite, es mejor que nos unamos al ejército cuanto antes —Georgios miró hacia el bosque.

—Sí, sí, hagámoslo —respondió Anaxandro, pálido.

El grupo de combate avanzó a paso rápido por la llanura; habían logrado dejar las montañas atrás, pero perdieron a diez hoplitas y algunos peltastas durante el descenso.

Mientras corrían para alcanzar al ejército, encontraron otros grupos de combate descendiendo de las montañas.

Finalmente, llegaron a la retaguardia del ejército griego al principio de la noche. Las centinelas los dejaron pasar y cayeron al suelo, exhaustos.

Las aldeas, a orillas del río, servían de campamento para las tropas griegas.

Las tropas de asalto recibieron raciones dobles y se les permitió descansar. El pelotón pudo alimentarse de verdad y dormir, después de días de privaciones en las montañas. Georgios les autorizó a acampar cerca del convoy de suministros.

Cuando Artemisia supo que los grupos de combate habían descendido de las alturas, esperó ansiosa a Perseo, decidida a buscarlo si no aparecía.

De repente, lo vio caminar acompañado de sus compañeros. Estaban sucios, con barbas crecidas y parecían agotados. La amazona corrió hacia el joven espartano y lo abrazó sin importarle las risas de sus amigos y las sonrisas discretas de sus hermanas.

La pareja se besó apasionadamente frente a todos.

—Estaba preocupada —dijo Artemisia, abrazándolo con fuerza—. Cuando supe que habían enviado grupos de combate a las montañas, te busqué, pero no te encontré.

—No tuve tiempo de avisarte —respondió Perseo—. Pero gracias a los dioses, regresé, y con muchas ganas de verte.

—Yo también, pero hueles a cabra montesa —rió mientras arrugaba la nariz.

Estar en su presencia me hace olvidar todas las dificultades que pasé en las montañas, pensó Perseo, feliz como un niño.

La amazona sonrió de vuelta, pero se dio cuenta de que los ojos del espartano tenían profundas ojeras, su barba estaba larga y enmarañada, su equipo tenía varias abolladuras y su túnica y manto estaban rotos y sucios de polvo y sangre seca.

—¡Vengan! Acampen a nuestro lado —invitó Artemisia dirigiéndose a los compañeros de Perseo, quienes se alegraron al ver a Helena, que ya se vestía como una pequeña guerrera y crecía a ojos vista.

Artemisia los obsequió con un barril de vino armenio tomado de los depósitos carducos, y les contó que, a pesar de la dura travesía por las montañas, gracias a las tropas de asalto, el ejército había sufrido pocas bajas y llegó con seguridad a la orilla del río, donde se encontraron con grandes depósitos de suministros.

Perseo y sus compañeros comieron y bebieron como lobos hambrientos, bajo la mirada divertida de Artemisia. Todos estaban sucios y con barbas largas tras siete días en las montañas, excepto Laertes, quien se mantuvo el rostro libre de barba usando su afilado cuchillo, y era el más limpio y presentable de todos, mientras el resto se parecía a bárbaros.

Después de comer y beber con sus compañeros, bajo las miradas divertidas de las Amazonas, Artemisia llevó a Perseo a su tienda, donde unas siervas cilicias habían preparado una tina de madera con agua caliente. El joven solo quería dormir, pero la amazona lo obligó a quitarse la ropa. Entró en el agua caliente, sintiendo una sensación agradable al esparcirse el calor por su cuerpo, que Artemisia frotó con fuerza utilizando una esponja.

—Estás hecho un asco —rió la amazona feliz.

—Me imagino —respondió él somnoliento.

Con delicadeza, usando un cuchillo afilado, Artemisia cortó la barba de Perseo. Después del baño, se recostó sobre la esterilla, y ella se tumbó a su lado, acariciando su cabello. Sin embargo, a pesar de la nostalgia que sentía, el joven se durmió de inmediato.

Artemisia salió de la tienda para verificar que todo estuviera en orden y escuchó a los compañeros de Perseo roncando, tumbados alrededor de las fogatas.

A la mañana siguiente, Artemisia salió de la tienda y, después de jugar con la pequeña Helena y asegurarse de que todo estuviera preparado para una posible partida, volvió y se quedó observando a Perseo mientras dormía. Cuando pensó que él había dormido lo suficiente, comenzó a acariciar su rostro y su pecho.

Perseo despertó con la sensación y abrió los ojos, encontrándose con la mirada y la sonrisa de la amazona. En un movimiento brusco, la atrajo hacia su cuerpo y escuchó la risa

cristalina y musical de Artemisia mientras lo besaba apasionadamente.

—¿Es todo esto nostalgia, mi valiente guerrero?

Perseo la giró sobre la esterilla, quedando sobre su cuerpo, y la miró, viendo cómo sus ojos azules estaban aún más claros.

—Te amo —se declaró.

—Lo sé —murmuró Artemisia sonriendo, mientras por dentro estallaba de felicidad.

Se besaron nuevamente, una sonrisa flotaba en los labios de la amazona. Sus cuerpos se entrelazaron en la sinfonía del amor, sus bocas hambrientas y anhelantes se recorrían mutuamente, sus cuerpos encontrándose en un largo beso.

Hicieron el amor hasta que Artemisia sintió el placer recorrer su cuerpo, haciéndola estremecer mientras sentía la semilla de Perseo en su interior. *Artemisa, concédeme la gracia de concebir un hijo. Más que nada en la vida deseo tener un hijo con Perseo.* Rezó mentalmente en medio de la felicidad que sentía.

—Afrodita debe haberme maldecido, ¿cómo puedo amar a alguien así? —preguntó la amazona entre un beso y otro, mirándolo a los ojos con su mirada cautivadora.

Es cierto, nunca experimenté un sentimiento tan fuerte y arrollador por alguien. En nuestro primer encuentro en un bosque en la ciudad de Oleiros, fui dominada por una pasión devastadora que solo aumentó con el paso del tiempo. Con Perseo a mi lado, me olvido del dolor por la pérdida de mis seres queridos. En su ausencia, mi espíritu se vuelve inquieto, preocupada por que algo le suceda y yo no esté a su lado. ¿Será egoísmo de mi parte desearlo solo para mí? Un pensamiento egoísta cruzó por su mente. ¿Por qué no huir con él lejos? Olvidar mi obligación hacia mis hermanas, olvidar mi deseo de venganza por la muerte de Ciro y mis guerreras. Pero tan pronto como ese pensamiento apareció, desapareció, haciéndola sentir avergonzada. Jamás sugeriré algo tan atrevido, estoy segura de que Perseo jamás abandonará a sus amigos, no hasta saber que estarán bien, así como yo jamás abandonaré a mis compañeras. Es por eso que lo amo, su sentido del honor y la amistad es similar al de las Amazonas.

—Entonces somos dos malditos —Perseo sonrió y correspondió al beso.

De repente, escucharon los gritos de Georgios ordenando que sus soldados se bañaran en el río. Perseo salió de la tienda, y el sargento se dirigió a él:

—¡Tú también, Perseo, al río! —ordenó en un tono que no admitía discusión.

Artemisia sonrió y, con un gesto, animó al joven espartano a seguir a sus compañeros, que se dirigían gruñendo hacia el río, a excepción de Laertes. Maldiciendo mucho por el agua fría, el pelotón se bañó y lavó sus equipos y túnicas, que dejaron secando al sol mientras quedaban solo con taparrabos, para regocijo de las Amazonas, que reían y decían obscenidades en su lengua escita que los harían sonrojar si pudieran entenderlas.

Los soldados volvieron a estar presentables después de que todos se cortaran las barbas. Tras el baño y el desayuno con las Amazonas, llegaron mensajeros con órdenes: el pelotón debía tomar posición en la retaguardia de la columna griega nuevamente.

Perseo y sus compañeros se despidieron de las Amazonas y de la pequeña Helena. El joven besó a Artemisia una vez más antes de partir.

—Cuídate —pidió la Amazona.

—Tú también —respondió el espartano con un último beso y se alejó para alcanzar a sus compañeros, que ya se distanciaban.

El pequeño momento de paz había terminado nuevamente.

Artemisia se quedó observando cómo Perseo desaparecía entre los soldados que

circulaban por el campamento griego. *¿Cuándo llegará el fin de nuestro arduo trabajo?
¿Cuándo podré vengarme de Tisafernes y del renegado griego que mató a mis seres queridos y
me violó, para poder vivir en paz al lado del hombre que amo?*

CAPÍTULO 18

Después de que Perseo partió, un mensajero de Quirísofo llegó solicitando la presencia de la amazona en una reunión. Ella se dirigió hacia una casa grande construida con piedras, en lugar de madera como las demás, situada al lado de un depósito de víveres frente al río, que servía como puesto de mando del ejército griego.

En un gran salón iluminado por las amplias ventanas que daban al río, Jenofonte, Quirísofo y varios oficiales estaban reunidos discutiendo sobre los próximos pasos a seguir, alrededor de una mesa grande, con odres de bebida y platos con carne y pan dispuestos.

Los griegos habían vencido las montañas carducas y, al otro lado del río, se encontraba el territorio de Armenia y sus diversos pueblos, y más allá, Escitia.

—Artemisia, qué bien que te uniste a nosotros —saludó Jenofonte amablemente, extendiéndole una jarra de vino a Artemisia.

—¿En qué puedo ser útil? —la amazona aceptó la jarra y dio un sorbo del fuerte vino armenio.

—¿Conoces el territorio de Armenia? —preguntó Quirísofo.

—Lo conozco, ya he viajado por él en otras ocasiones e hice algunas incursiones cuando lideraba a las amazonas —Artemisia recordó los viajes que había hecho con Ikarnas y algunas incursiones de saqueo contra los armenios.

—Nos gustaría que explorases el terreno en la otra orilla del río —pidió Jenofonte.

—Pensamos cruzarlo mañana o pasado mañana —dijo Agasias, un oficial griego que servía junto a Jenofonte.

—Puedo partir ahora mismo.

—Puedes llevar a los soldados que quieras —ofreció Quirísofo.

—Prefiero ir solo con mis amazonas —Artemisia los miró y dejó el vaso sobre la mesa.

—Muy bien, esperaremos tu regreso, no es necesario que te adentes demasiado en el territorio armenio, solo verifica si hay algún ejército esperándonos para sorprendernos mientras cruzamos el río —explicó Jenofonte.

—Partiré ahora mismo y al caer la noche estaré de regreso —hizo una inclinación a los oficiales y salió del lugar.

Artemisia regresó a su campamento y reunió a sus guerreras, además de dar instrucciones a las sirvientas cilicias de que, en caso de algún problema, debían buscar a Perseo y a sus compañeros. Después de despedirse de ellas y de la pequeña Helena, las amazonas partieron en sus monturas, descendiendo por el río en busca de un punto en el que pudieran vadearlo.

Poco después encontraron un lugar no muy distante que atravesaron, al otro lado del río había un afloramiento de rocas, y con cuidado de no dañar las patas de los caballos, las cruzaron, saliendo a la llanura que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Galoparon un buen rato sin avistar nada, pero al subir a una pequeña elevación vieron a lo lejos, en el horizonte, un ejército marchando lentamente en dirección al río.

—Armenios —murmuró Hircania al lado de su líder.

—Deben estar viniendo a detener a los griegos —Artemisia apretó la mandíbula.

Cuando giraron sus monturas para regresar, observaron que desde el lado izquierdo de la llanura se acercaba un grupo de diez caballeros galopando en su dirección. *Deben ser exploradores del ejército armenio*, pensó la amazona.

—Preparen los arcos —ordenó Artemisia, sacando su arco y colocando una flecha en él.

La líder amazona fijó la vista en el caballero que galopaba al frente, calculó la trayectoria, y cuando vio que estaba al alcance, soltó la flecha y la vio cruzar el cielo, clavándose en el pecho del hombre, haciendo que cayera de su montura. Las demás amazonas la imitaron, pero los caballeros, al ver caer a su líder, dieron media vuelta y se alejaron rápidamente, no sin antes dejar atrás a tres de ellos, caídos en el suelo, con las espaldas llenas de flechas.

—Retrocedamos antes de que envíen refuerzos —ordenó Artemisia, golpeando el flanco de su montura, que disparó hacia la posición griega.

Regresaron tarde en la noche y, tras pasar las centinelas, la amazona ordenó que sus hermanas regresaran al campamento, mientras ella se dirigía a la casa de mando del ejército griego.

Artemisia encontró a Quirísofo y Jenofonte cenando con varios oficiales. En la mesa había carne y verduras en fuentes, además de ánforas con bebidas. Recordó que no había comido nada desde el mediodía y sintió una punzada de hambre en el estómago.

—Siéntate, Artemisia —pidió Jenofonte, señalando un banco a su lado.

La amazona se sentó cansada, y Quirísofo le extendió una copa que llenó con cerveza, además de una fuente con carne y verduras, junto con un pan que Artemisia partió y mojó en salsa, luego de colocar la carne dentro del pan, lo comió con voracidad, sin importarle las miradas de los soldados reunidos.

—¿Cómo fue el reconocimiento? —preguntó Jenofonte, observando a la amazona mientras comía otro trozo de carne que ayudaba a tragar con un trago de cerveza.

—Encontré al ejército armenio, vienen en nuestra dirección, mañana temprano deberían estar al otro lado del río —respondió, tragándose otro trozo de pan.

—¿Crees que intentarán impedirnos cruzar el río? —preguntó Quirísofo, con aire preocupado.

—Lo creo, el sátrapa de Armenia es Tiribaz, es fiel como un perro a Artajerjes, seguro intentará impedirnos o engañarnos —Artemisia recordó al hombre bajo y desagradable que había conocido en la corte persa años antes.

—Gracias, Artemisia, mañana reuniremos las tropas y forzaremos el cruce del río —dijo Quirísofo.

Después de terminar de cenar, la amazona pidió permiso y regresó a su campamento, donde sus hermanas ya habían cenado y ahora descansaban. Antes de retirarse a su tienda, jugó un poco con la pequeña Helena, quien sonrió al verla.

A la mañana siguiente, Artemisia despertó con agitación en el campamento. Hircania le informó que un ejército carduco había bajado de la montaña y se había posicionado en formación de batalla en la retaguardia. De la misma manera, al otro lado del río, el ejército armenio también estaba en posición, en un claro intento de impedir que los griegos cruzaran, ya que no hacían mención de cruzar hacia la otra orilla.

Se transmitieron órdenes, y el ejército griego se dividió en dos: uno en una línea de combate frente a los carducos y el otro, a orillas del río, listo para repeler a los armenios en caso de que intentaran cruzarlo.

El día pasó y ninguno de los dos bandos tomó la iniciativa. Durante la tarde, en compañía de sus guerreras, todas armadas para el combate, Artemisia fue a inspeccionar la retaguardia griega. A lo lejos, una fila de soldados carducos cantaba y gritaba desafiando a los griegos.

Encontró la posición de Perseo, quien sonrió feliz al verla. Las amazonas pasaron un tiempo con él y sus compañeros. La tensión era palpable, Jenofonte y Quirísofo no se decidían a

dar combate, pero algo debía hacerse, pues la posición griega era insostenible entre dos ejércitos y sin ruta de escape.

Artemisia regresó al campamento, preocupada por Helena y las sirvientas cilicias. Si el ejército griego era atacado, no sabía cómo protegerlas.

—Si ocurre un combate, pongan ropa caliente a la pequeña Helena y traten de esconderse dentro del río, huyan hacia el sur, lleven provisiones, y cuando logren cruzar a la otra orilla caminen hacia el oeste. Después de varios días de marcha, deben llegar a Escitia, y allí usen mi nombre para conseguir ayuda —instruyó Artemisia, aunque sabía que el plan era pésimo, pero era la única oportunidad para las sirvientas y Helena.

Perseo y sus compañeros pasaron el día afilando sus armas, reparando los escudos y grebas. Las órdenes eran quedarse en sus posiciones, ya que los exploradores habían notado movimientos de tropas en el pie de las montañas que habían dejado atrás, lo que impidió al espartano visitar a Artemisia.

Al día siguiente, despertaron con los primeros signos del amanecer. Las centinelas corrían agitadas, los mensajeros partían hacia la vanguardia de la columna griega. *Algo está pasando*, pensó Perseo.

—¡Despierten! —ordenó Georgios, caminando entre las fogatas del campamento, pateando a aquellos que tardaban en levantarse.

—¡Por Zeus! —exclamó Diomedes— ¿A quién debo matar para poder dormir y descansar en paz?

—Después de siete días luchando con esas bestias en las montañas, tenemos derecho a un poco de descanso —se quejó Petrus mientras se levantaba.

—¡No tienen ningún derecho! Prepárense, un gran ejército está dispuesto en formación de batalla al otro lado del río, y nuestras centinelas han traído noticias de que los carducos han bajado de las montañas y se están concentrando en la llanura para atacarnos, ¡estamos rodeados! —ordenó Georgios, molesto.

Todos se prepararon y tragarón lo que pudieron encontrar de la cena de la noche anterior, mientras corrían hacia el límite del campamento. Georgios y otros sargentos gritaban para que sus tropas entraran en formación de batalla. A lo lejos, en el pie de las montañas, una gran formación de carducos dispuestos en una línea de batalla agitaba espadas, lanzas y hachas de guerra hacia el aire, pero no avanzaban.

Los mensajeros provenientes de la vanguardia informaban que un ejército armenio, en la otra orilla del río, se mantenía en formación de batalla, pero tampoco hacía movimiento para cruzar, tratando de intimidar a los griegos para que no entraran en su territorio.

Pasaron dos días en este estancamiento, los soldados dormían en la línea de batalla, viendo a lo lejos las fogatas de los carducos. Los griegos comían comida fría y había poca leña para encender fogatas. Los días eran largos y llenos de expectativas por la batalla que no llegaba. Los carducos y armenios no avanzaban para enfrentarlos, y los soldados no recibían órdenes ni para retroceder y enfrentar a los carducos, ni para avanzar y cruzar el río para enfrentarse a los armenios.

Perseo no podía ir al campamento de las amazonas a visitar a Artemisia, pero ella pasaba algunas horas con él en su posición, sus amazonas la acompañaban armadas para el combate.

Por la tarde del segundo día, Jenofonte convocó a los oficiales para discutir un plan de acción y llamó a Artemisia para reunirse con ellos en la casa que servía como puesto de mando. Los rostros de los oficiales denunciaban la preocupación que sentían.

—Artemisia bajó por el río y encontró un punto que pudo vadear cuando fue a inspeccionar el terreno. Envié a dos soldados ayer, y afirmaron que en ese punto no hay tropas armenias estacionadas, y el terreno es desfavorable para la caballería. Mi plan es sencillo; Quirísofo avanzará con la vanguardia hasta el punto en que se puede cruzar el río, yo lideraré la retaguardia en la travesía del río en el punto en el que estamos. El río aquí es más profundo, pero no llega a cubrir a un hombre. Si los armenios siguen en la otra orilla del río para impedir que la tropa de Quirísofo cruce, quedaremos libres para cruzar y envolverlos por la retaguardia —explicó Jenofonte.

—¿Y los carducos? —preguntó la amazona, preocupada por Perseo.

—Avanzaremos en partes, algunas compañías avanzan y se colocan en posición, luego la que está en la retaguardia retrocede y toma una posición más atrás, hasta llegar al río, contaremos con cobertura de arqueros y fundíbulos —respondió Jenofonte.

—Pondremos el plan en acción mañana antes del amanecer. ¿Alguna duda? —preguntó Quirísofo mirando alrededor.

Todos permanecieron en silencio, no había otra salida, los griegos no podían quedar atrapados en la trampa entre los dos ejércitos.

—Reúnan a los oficiales y transmitan el plan —ordenó Jenofonte.

Durante la noche, Artemisia preparó a sus guerreras para el combate y esperó ansiosa la llegada de la aurora, mientras velaba el sueño de la pequeña Helena, que dormía plácidamente en su cama de pieles junto a la de ella. Siempre que podía, la amazona se aseguraba de que la niña durmiera a su lado, pues estaba muy apegada a ella. *Es un error, lo sé, pero no puedo evitarlo, al igual que no puedo dejar de amar a Perseo*, pensó acariciando el cabello de Helena.

Al día siguiente, antes del amanecer, las Amazonas despertaron en silencio y se prepararon. Las sirvientas organizaron la carreta con la pequeña Helena, ellas seguirían a las tropas de Quirísofo. Con unas monedas de oro, Artemisia consiguió que varios soldados griegos del convoy de suministros se ofrecieran a ayudarlas a cruzar las carretas, no sin antes amenazarlos con los peores suplicios si las traicionaban y no cumplían con lo acordado.

Georgios, que había sido llamado por Jenofonte junto con todos los comandantes y oficiales para una reunión, regresó a su pelotón con las noticias:

—Dos soldados bajaron por el río, encontraron un punto no muy lejos en el que se puede cruzar fácilmente. Dicen que en la otra orilla hay afloramientos rocosos y manglares que dificultan la acción de la caballería armenia —explicó—. El plan es el siguiente: Quirísofo avanzará con la vanguardia hasta el punto en el que se puede cruzar el río, Jenofonte nos liderará en la travesía del río en el punto en el que estamos, el río aquí es más profundo, pero no llega a cubrir a un hombre. Si los armenios siguen del otro lado de la orilla, la tropa de Quirísofo los detendrá para impedir que crucen, mientras nosotros quedamos libres para cruzar y envolver a los armenios por la retaguardia.

—No está mal —dijo pensativo Diomedes.

—Eso, si los carducos no avanzan y nos detienen aquí —respondió Atreu.

—Avanzaremos en partes, algunas compañías avanzan y se colocan en posición, luego la que está en la retaguardia retrocede y toma posición más atrás hasta llegar al río. Esas son las órdenes. Partiremos mañana un poco antes del amanecer, coman lo que puedan y descansen —

concluyó Georgios.

Al día siguiente, antes del amanecer, los soldados despertaron y, en silencio, se prepararon para abandonar sus posiciones. A lo lejos, observaban las fogatas de los carducos, pero no oyeron el bullicio que solían hacer todas las noches, ya que estaban durmiendo.

En la retaguardia, Artemisia y sus amazonas observaban a la infantería hoplita, donde Perseo luchaba, comenzando a retroceder en orden. Al otro lado del río, veían las fogatas de los armenios, que comenzaban a prepararse para tomar posiciones nuevamente.

Los espartanos se pusieron en formación y marcharon hacia el río, dos veces tuvieron que esperar a que las compañías en la retaguardia los superaran, tomando posición detrás de ellos. Así, lograron acercarse a la orilla. Al otro lado, el ejército armenio descendía por la orilla opuesta, siguiendo a la vanguardia liderada por Quirísofo, con el convoy de suministros cerrando la columna.

Los primeros rayos de sol iluminaron la llanura cuando los espartanos alcanzaron las orillas del río. En la orilla opuesta, la caballería armenia galopaba para interceptar a la vanguardia liderada por Quirísofo, que había comenzado a cruzarlo, seguida de la infantería.

Con la orilla opuesta libre, Jenofonte lideró a una parte de las tropas atravesando el río nadando, o incluso caminando, ya que el lugar no era profundo, utilizando balsas improvisadas o con la ayuda de mulas de carga.

Artemisia trató de encontrar a Perseo, pero había demasiados soldados tratando de cruzar el río y no lo vio en las primeras tropas. *Debe estar aún en la retaguardia*, pensó ansiosa. De repente, un gran alboroto llegó desde la dirección de las líneas carducas. Ellos se dieron cuenta de la retirada y avanzaban contra los griegos cantando, gritando y agitando sus armas, sin ninguna disciplina, pero con valentía.

Perseo y sus compañeros esperaban su turno para cruzar el río. Habían quedado en la retaguardia cubriendo la travesía de sus compañeros y oyeron el alboroto de los carducos.

Se dieron órdenes para que los soldados formaran en línea de batalla, formando una línea con doscientos hoplitas y tres filas de profundidad. El pelotón de Perseo estaba en la segunda fila. El resto de la columna ya había cruzado el río.

Jenofonte, que después de organizar las tropas al otro lado del río regresó, ordenó:

—¡Compañeros! —gritó—. Hay arqueros y honderos en la otra orilla del río. Cuando suene la trompeta, avancemos en carga contra los carducos, no resistirán nuestro avance. En cuanto empiecen a huir, no los persigan, vuelvan corriendo y crucen el río. El primer soldado que llegue al otro lado será considerado el más valiente y recibirá los honores correspondientes.

Los soldados respondieron al unísono:

—¡Ahuu! ¡Ahuu!

Los carducos se acercaban rápidamente en total desorden, gritando en su lengua bárbara, agitando sus armas sobre sus cabezas. Cuando estaban a cien pasos de las líneas griegas, las trompetas sonaron el toque de avanzar y se escuchó un grito:

—¡Por Zeus, Ares y Hércules!

De nuevo los soldados respondieron al unísono:

—¡Ahuuu!!!!

Avanzaron a paso acelerado, la primera fila con las lanzas apuntando directamente contra los carducos, que aún corrían. La segunda y tercera fila mantenían las lanzas erguidas para no golpear accidentalmente a sus compañeros.

Los griegos avanzaron rápidamente contra los carducos. Artemisia aún no lograba ver a Perseo y su corazón se comprimió en su pecho. *Que Ares lo fortalezca*, oró mentalmente,

mientras sus hermanas esperaban su regreso pacientemente, con sus arcos ya preparados, sus monturas inquietas por el estrépito de la batalla.

Las piernas de Perseo se movían rápidamente, los carducos en un primer momento disminuyeron su carrera, indecisos, pero pronto, gritando aún más fuerte, aceleraron el paso. Con un estruendo, las dos fuerzas se chocaron, de un lado los carducos desorganizados en una línea imperfecta, del otro lado la infantería pesada hoplita, armada con escudos, cascos, corazas y grebas, organizada y disciplinada.

Los griegos rompieron el ímpetu de los carducos con su barrera de escudos y lanzas.

Perseo comenzó a trabajar como había sido entrenado durante años, retrocedía y lanzaba su lanza con fuerza, por encima de los hombros de los hombres de la primera fila que sostenían el choque de los carducos contra sus escudos.

La matanza fue sangrienta.

Perseo acertó a un carduco entre los ojos, y al retirar la lanza, fragmentos de huesos y cerebro salieron junto con ella. Los carducos podían ser excelentes arqueros, y en las montañas eran casi imbatibles, pero en la llanura, enfrentándose a la falange griega de los hoplitas, no tenían ninguna oportunidad y numerosos guerreros valientes cayeron muertos.

No pasó mucho tiempo para que los carducos se dieran la vuelta y huyeran. Los griegos avanzaron corriendo contra ellos, gritando lo más fuerte posible, pero un toque de trompeta sonó anunciando la retirada. Los soldados dieron media vuelta, tomaron a los heridos que pudieran salvar y corrieron de vuelta al río lo más rápido posible.

Laertes se distanciaba hacia el río, a pesar de llevar toda su armadura, corría veloz como un corcel, el corazón de Perseo parecía explotar con el esfuerzo, el equipo se había doblado en peso. Tropezó con un montículo de tierra y cayó al suelo, su escudo lo protegió del impacto. Antes de que pudiera levantarse, sintió una patada en sus glúteos. Era Petrus, que pasó corriendo a su lado y gritó sin detenerse:

—¡Levántate, burro, ¿quieres convertirte en comida para las bestias?!

A lo lejos, Artemisia se dio cuenta de que Perseo había caído. Su corazón se disparó y estuvo a punto de azotar a su montura para ir a socorrerlo.

Perseo se levantó con dificultad y sintió que alguien lo ayudaba, miró hacia un lado y vio a Georgios.

—Vamos, hijo, rápido, antes de que esos animales descubran nuestra maniobra — el sargento lo empujó hacia adelante.

Corrieron como si Hades mismo estuviera detrás de ellos y alcanzaron el río junto con varios rezagados. Georgios y Perseo se detuvieron para ayudar a dos soldados heridos que ya no podían seguir corriendo. La mayoría de la tropa ya había cruzado al otro lado, los arqueros y honderos esperaban en la otra orilla, listos para cubrirlos.

Perseo vislumbró a Artemisia y sus Amazonas, montadas a caballo con los arcos preparados, esperando en la orilla. Aún no habían cruzado el río.

Finalmente, llegaron al río, Atreu, Diomedes y Petrus los esperaban impacientes.

—Vamos, ¿quieren almorzar hoy en la casa de Hades? —preguntó Diomedes empujándolos hacia el río.

Perseo miró a su alrededor y encontró la mirada de Artemisia, quien le sonrió. Al ver que él estaba a salvo, la Amazona salió galopando con sus hermanas, entrando al río y cruzándolo para unirse a la caballería griega que iba a atacar el campamento armenio.

Los soldados cruzaron el río. Perseo miró atrás y no vio señales de los carducos. *Parece que la maniobra surtió efecto*, pensó aliviado. Al llegar a la otra orilla, cayó de espaldas al suelo,

jadeando por el esfuerzo, mirando el cielo azul sin nubes y escuchando el bullicio feliz de los soldados. Habían logrado cruzar el río.

Mensajeros llegaron anunciando que Quirísofo y Jenofonte, con su maniobra, habían puesto en fuga a los armenios. Cuando se dieron cuenta de que el general ateniense había cruzado el río por su retaguardia, temieron ser cercados y decidieron retirarse.

La caballería griega había avanzado y saqueado el campamento armenio, tomando una gran cantidad de suministros. Jenofonte organizó las tropas y, después de que entraron en formación, anunció que el primer soldado que había logrado cruzar el río después de sonar el toque de retirada había sido Laertes. Ante todos, lo obsequió con una copa de oro, y luego marcharon hacia las tropas de Quirísofo.

Acamparon cerca del río, donde cuidaron a los heridos y cremaron a los muertos que lograron recuperar. Después del almuerzo, el ejército reinició la marcha para alejarse de la frontera carduca. Mientras caminaban, Artemisia, seguida por sus amazonas, se acercó y trotó al lado de Perseo y sus compañeros.

—¿Estás bien? —preguntó la amazona controlando las ganas de desmontar y caminar a su lado.

—Sí, ¿y tú y tus amazonas? —Perseo acarició el cuello del hermoso animal sobre el que ella montaba.

—Todas bien, la pequeña Helena sigue con el convoy de suministros en nuestra carreta, fuimos asignadas para actuar como exploradoras en la vanguardia —afirmó.

—Ten cuidado —recomendó Perseo mirándola.

—Hasta pronto, mi amor —la amazona sonrió y galopó hacia la vanguardia de la columna, seguida por sus hermanas, mientras el espartano la observaba alejarse.

CAPÍTULO 19

Las tierras de Armenia eran más aptas para marchar, se componían de llanuras con pequeñas colinas onduladas, más fáciles que la región montañosa de los carducos. Debido a la proximidad con la frontera de este pueblo belicoso, no había aldeas ni ciudades en las que los griegos pudieran descansar.

El ejército pasó la noche en la llanura, solo se encendieron unas pocas fogatas para economizar leña, y se dispusieron centinelas en todas las direcciones para evitar ser sorprendidos por los armenios que se retiraban.

Esa noche, Perseo fue al convoy de suministros y localizó la carreta de las amazonas. Las esclavas cilicias cuidaban de la pequeña Helena, que crecía rápidamente. Las guerreras no habían regresado y él se preocupó.

El espartano sabía que Artemisia y sus hermanas eran excelentes guerreras, pero ese sentimiento de preocupación era más fuerte que él.

A la mañana siguiente, el ejército reinició la marcha. A media tarde, una gran ciudad fue avistada a lo lejos, y se enviaron mensajeros con órdenes de que el gobernante proporcionara alimentos y provisiones o la ciudad sería saqueada e incendiada. Horas después, una gran caravana tirada por bueyes se acercó al campamento del ejército griego con gran cantidad de provisiones, suministros e incluso vino.

El gobernante local no quería que su ciudad fuera arrasada.

Las amazonas, después de dejar el ejército griego, galoparon sin descanso. Su misión era encontrar aldeas donde el ejército griego pudiera acampar. Pasaron al lado de una ciudad amurallada con las puertas cerradas, pero las guerreras continuaron sin detenerse hasta tarde en la noche, cuando desmontaron y encendieron una fogata para preparar la cena y calentarse. Las noches cada vez eran más frías y las primeras nieves del invierno no tardarían en caer.

Después de organizar los turnos de centinelas, Artemisia descansó un poco.

Al amanecer continuaron galopando hasta el comienzo de la tarde, cuando a lo lejos avistaron un grupo de aldeas cerca de un río.

—Es un buen lugar para acampar —observó Hircania.

—Estimo que en cinco días de marcha el ejército llegará aquí, están lentos debido al convoy de suministros y los heridos. Regresaremos a avisar a los generales —ordenó Artemisia.

Las amazonas regresaron galopando sin detenerse hasta que alcanzaron el ejército griego al día siguiente. Acamparon cerca de la ciudad por la que ellas habían pasado.

Artemisia volvió con sus amazonas, aunque cansada, después de comprobar cómo estaba Helena y las sirvientas, buscó a Perseo en su posición.

Perseo vio a la amazona acercarse, aún llevaba su armadura completa y sostenía su yelmo en una de sus manos. Quería abrazarla, pero no sería apropiado, lamentablemente no había mucha privacidad en un ejército en retirada.

—¿Cómo fue tu misión? —preguntó el espartano, sosteniendo discretamente la mano de la amazona.

—Satisfactoria, pero cansada, localizamos un conjunto de aldeas junto a un río a cinco

días de marcha —sonrió con una expresión fatigada.

—Me gustaría estar contigo —murmuró Perseo.

—Ven esta noche a mi tienda —la amazona sonrojó.

Perseo asintió con una sonrisa y Artemisia se alejó. *Cómo quisiera que esta campaña terminara para que pudiéramos ser libres para hacer lo que quisiéramos, pensó el joven observando a la amazona alejarse. Deseo llegar pronto a Grecia, podríamos viajar a un lugar lejano donde no haya más guerra, comprar una finca y vivir en paz, criar una familia con hijos. Estoy dispuesto incluso a no buscar a Elana y a mi hijo Hipócrates, no quiero que él crezca de la misma manera que yo, en una agogé, bajo un entrenamiento intensivo e inhumano. Sé que haré sufrir a Elana, pero no fue por mi voluntad que me enamoré de la amazona, ahora ya no puedo evitar amarla, aunque aún siento un gran cariño por Elana, después de todo, fue mi primer amor y es la madre de mi hijo.*

Artemisia regresó junto a sus hermanas al lado de las carrozas donde estaba la pequeña Helena.

Al caer la noche, las guerreras encendieron una fogata donde cenaron. El ambiente era alegre, las Amazonas conversaban animadamente y algunas jugaban con la pequeña Helena. Estaban cada vez más cerca de Escitia, pero para Artemisia, esa proximidad le causaba inquietud. *¿Cómo seré recibida? pensó. Partí en contra de la voluntad del rey y de los líderes tribales, ¿podré ser considerada una traidora? Si eso ocurre, ¿qué pasará con la pequeña Helena y mis hermanas? ¿Y Perseo? ¿Permitirán los escitas que el ejército griego atraviese nuestro territorio? ¿Debo permitir que siga a mi lado? Por mucho que lo desee, no puedo alejarme de Asia, no sin antes vengarme de Tisafernes y del hombre que me violó.*

Con estos pensamientos, la amazona se retiró a su tienda para esperar a Perseo. Solo llevaba una túnica y dejó caer sus cabellos sueltos, sabiendo que al espartano le gustaban así. Mientras lo esperaba, caminaba de un lado a otro, removiendo en su mente las dudas que tenía sobre el futuro.

Georgios autorizó a Perseo a buscar a Artemisia, siempre y cuando regresara antes del amanecer. Al llegar al campamento, las Amazonas sonrieron desviando la mirada.

Artemisia observó a Perseo entrar en la tienda con una gran sonrisa. Aún llevaba su coraza, grebas y su capa roja. La amazona sonrió al espartano, quien la tomó en sus brazos y la besó con fervor.

—¿Todo esto es por nostalgia? —Artemisia sonrió.

—Sí —respondió animado, devolviendo la sonrisa—. He estado pensando, ¿por qué no vienes conmigo a Grecia? Podríamos comprar una finca y vivir el resto de nuestros días en paz, ya estoy harto de la guerra, ¿quién sabe? Tal vez tengamos un hijo —preguntó esperanzado.

Un dolor atravesó el pecho de Artemisia y un leve temblor sacudió sus manos. *¡Dioses! Concededme fuerzas para contar lo que debe ser contado.* Oró mentalmente.

—¿Por qué haces planes para el futuro? —preguntó la amazona, aún indecisa sobre si debía o no contar su doloroso secreto—. Aprovechemos el momento, dejemos el futuro en manos de las Parcas y los dioses.

¿Perseo me amará menos si sabe que nunca podré tener un hijo suyo? La pregunta danzó en la mente de la amazona. La duda que la había estado corroyendo durante tanto tiempo parecía exigir una respuesta.

—¿No te gustaría tener hijos? —preguntó Perseo, con una mirada dolida.

—¡Sí! ¡Pero no sé si puedo! —exclamó Artemisia, estallando en llanto. *Ya no soporto más guardar este secreto, no quiero mentirle a Perseo, él merece saber que nunca podré*

engendrar un hijo suyo, pensó.

Perseo se sorprendió, las lágrimas caían por el hermoso rostro de la amazona, no era común verla tan frágil. El espartano la abrazó con ternura, ella ya le había contado sobre las violaciones que sufrió cuando era niña en Halicarnaso, pero nunca había mencionado la imposibilidad de tener hijos.

—¿No te das cuenta? Nunca me protegí en nuestros encuentros, si pudiera tener un hijo ya lo habría tenido —afirmó la amazona con el corazón destrozado por el dolor, alejándose del espartano y dándole la espalda, sin querer enfrentarse a su mirada. *No soportaré ver en su mirada decepción o ira, pensó*—. Las sacerdotisas de Afrodita que me cuidaron, y luego los médicos persas que continuaron el tratamiento, fueron unánimes en decir que no podría tener hijos —explicó con voz quebrada, entre sollozos que no podía controlar.

Perseo la abrazó por detrás, pegando su cuerpo al de ella, luego la besó suavemente en el cuello.

—¡No importa! Te amo igual, aunque no puedas tener hijos, podemos criar a Helena como si fuera nuestra hija, no tiene que ser en Grecia, podemos quedarnos en Escitia —murmuró suavemente, tratando de calmarla.

Los sollozos de la amazona fueron cesando hasta que el llanto terminó, entonces se acostaron sobre la estera y permanecieron abrazados por mucho tiempo en silencio, hasta que Perseo se dio cuenta de que Artemisia se había quedado dormida en sus brazos.

Aunque me sorprendió que no pudiera tener hijos, y tal vez estoy un poco decepcionado en mi interior, eso no disminuye el amor que siento por ella, al contrario, su infancia trágica solo aumenta mi deseo de protegerla y amarla. Pensó mientras acariciaba los cabellos de la amazona.

Antes del amanecer, la besó suavemente, luego se levantó y salió de la tienda. Algunas Amazonas lo miraron, como si estuvieran de centinela, Perseo las saludó con un movimiento de cabeza y volvió a su posición.

Artemisia despertó sola y se sintió aliviada por haber contado su secreto, y feliz de darse cuenta de que a él no le importaba, eso demostraba el hombre honorable que él era y solo hizo que lo amara aún más.

Al día siguiente, el ejército griego reinició la marcha.

Durante cinco días, los soldados marcharon hasta llegar a las orillas de un pequeño río llamado Teléboas, con muchas aldeas en sus márgenes, las mismas que las Amazonas habían encontrado días antes.

Perseo pasaba las noches con Artemisia, amándose, no había vuelto a hablar sobre tener un hijo, pero seguía pensando en regresar a Grecia con la amazona y llevar consigo a la pequeña Helena.

Los exploradores y guías informaron que el ejército estaba en la Armenia Occidental, gobernada por Tiribaz, uno de los sátrapas favoritos de Artajerjes.

Durante el amanecer del quinto día, el ejército armenio avanzó y tomó posición de batalla en la llanura, precedido por una gran tropa de caballería.

Las centinelas dieron la alarma y en poco tiempo, los griegos estaban despiertos y armados.

El ejército griego se desplegó y tomó posición, los espartanos que estaban en la retaguardia fueron desplazados hacia la vanguardia y colocados en la primera línea de combate, seguidos de los peltastas, arqueros y honderos. La caballería quedó a la derecha.

La tensión era palpable, una vez más el ejército griego se veía cara a cara con fuerzas enemigas.

El sol brillaba sobre la llanura, a pesar del aire gélido, presagio del invierno que se acercaba. Nubes cargadas comenzaban a acumularse en el cielo. Perseo sentía el perfume de las flores silvestres. *¿Un día tan hermoso sería un día de carnicería y masacre?* Pensó.

El corazón del joven espartano latía violentamente en su pecho, estaba en la primera fila, a su izquierda estaban Diomedes y Petrus, y a su derecha Laertes y Atreu. *¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dejé Esparta con sueños de riqueza y gloria? Ahora lo que más quiero es llegar a Grecia con Artemisia. ¿Será en esta batalla donde perderé la vida? O ¿escaparé una vez más?*

Esos pensamientos cruzaban su mente mientras intentaba parecer fuerte, escuchando a Diomedes y Petrus conversar animadamente sobre la noche anterior, cuando ganaron en los dados a un grupo de arqueros cretenses. Laertes a su lado parecía la estatua de un dios, impávido y sereno, Atreu a su lado murmuraba una oración.

Georgios circulaba entre los soldados del pelotón, animando a unos, reprimiendo a otros. De repente, un grupo de diez caballeros se acercó lo suficiente para ser oído. Uno de ellos, que parecía ser un oficial, gritó alto para que todos lo escucharan:

—¡Griegos! Represento a nuestro gobernante, Tiribaz, y él ofrece los siguientes términos: libertad para atravesar su territorio y suministros suficientes, a cambio de que ningún pueblo o ciudad de Armenia sea saqueada o incendiada.

Quirísofo y Jenofonte, con una pequeña escolta de caballeros tracios y amazonas, lideradas por Artemisia, se adelantaron para parlamentar con el oficial armenio.

—¿Qué sabes de Tiribaz? —preguntó Jenofonte a Artemisia cuando ella emparejó a su lado y se dirigieron hacia el oficial armenio.

—Supo hacer amistad con Artajerjes hasta convertirse en uno de sus sátrapas favoritos. Cuando se encontraban en la corte, tenía el honor de sostenerle el estribo al rey, en aquella época príncipe, para que él montara —explicó la amazona—. Pero es pérfido como todos los amigos de Artajerjes.

Al llegar, el oficial armenio se dirigió a los generales.

—Tiribaz, sátrapa de Armenia, habiendo tomado conocimiento de que ustedes han entrado en nuestro territorio, propone lo siguiente: libertad para atravesar el territorio y tomar los víveres que necesiten, siempre que no prendan fuego a nada —ofreció el armenio.

—Dile a Tiribaz que aceptamos esas condiciones y cumpliremos nuestra parte en el acuerdo —respondió Quirísofo.

—Como muestra de buena voluntad dejaré un guía que los llevará a algunas aldeas donde podrán abastecerse —afirmó el oficial armenio.

—Que así sea —respondió Jenofonte.

El armenio asintió con la cabeza y miró fijamente a Artemisia por un momento, ella sostuvo su mirada con firmeza.

—Debes ser Artemisia, la guerrera que lidera las amazonas citas.

—Sí, lo soy, ¿y quién eres tú? —preguntó Artemisia, apretando la mandíbula.

—Solo un oficial subalterno, no tuve el honor de ser presentado a ti, pero te vi algunas veces en la corte persa, cuando mi maestro estuvo allí, hace años —explicó el hombre—. Tu fama te precede.

Artemisia lo observó atentamente, el oficial debía tener unos cuarenta años, con el cabello negro que comenzaba a encanecer y los ojos llenos de arrugas. No recordaba haberlo

visto, pero sí había conocido a Tiribaz, y recordaba que el sátrapa solía frecuentar la corte con una gran comitiva de oficiales y nobles armenios.

—Mi maestro me ordenó que te expresara su respeto y estima si te encontraba entre los griegos. Tu valentía en la batalla de Cunaxa llegó hasta nosotros —hizo una leve reverencia y luego se alejó hacia su ejército, dejando a un caballero que serviría de guía.

Artemisia, sin saber por qué, sintió una inquietud premonitória.

El oficial armenio se dirigió a su ejército, con la excepción de un caballero que se quedó atrás para servir de guía.

Quirísofo, que había observado todo atentamente, regresó y se dirigió a las tropas griegas:

—¡Camaradas! —gritó— ¡Hemos sellado un acuerdo de paz! ¡Se prohíben saqueos y pillajes bajo pena de muerte! Nos han proporcionado un guía que nos llevará a un conjunto de aldeas donde hay suministros suficientes para que el ejército se reabastezca.

Se transmitieron las órdenes para entrar en formación de marcha, esta vez la infantería pesada hoplita avanzaría en la vanguardia.

Las tropas marcharon todo el día siguiendo al guía armenio, mientras Artemisia y sus guerreras avanzaban batiendo el terreno en busca de señales de traición por parte de los armenios, pero no encontraron nada sospechoso, y pronto el ejército armenio quedó atrás.

Al atardecer llegamos a una llanura ondulada, la tierra estaba desnuda, las innumerables plantaciones ya habían sido cosechadas, ahora que el invierno se aproximaba.

No muy distantes entre sí, las varias aldeas armenias parecían pacíficas bajo la luz del crepúsculo. El ejército instaló su campamento en la llanura, el aire que al principio de la mañana estaba gélido, se enfrió aún más. Comenzaron a barrer la llanura vientos fuertes, nubes cargadas se acumulaban en el cielo, presagiando que podría nevar en cualquier momento.

Las Amazonas montaron un campamento dentro de una de las aldeas y procuraron ropa de abrigo. Por un precio exorbitante consiguieron mantos de piel, botas de fieltro y túnicas gruesas de los aldeanos. La pequeña Helena aumentó de tamaño con la cantidad de ropa que le pusieron.

Perseo y sus compañeros fueron asignados para montar guardia en una aldea donde prepararon una fogata en la plaza central. La plaza no era más que un espacio abierto con un pozo en el centro, rodeado de chozas de madera y barro.

La noche prometía ser helada y Diomedes entregó a Perseo una capa de piel de oveja que había pillado de un soldado carduco.

—Llévasela a la pequeña Helena, creo que va a nevar hoy —dijo, mirando el cielo cargado.

—La llevaré y veré cómo está —respondió Perseo alegremente, pensando en ver a Artemisia.

—Y aprovecharás para ver a la amazona —añadió Petrus, riendo.

Los compañeros de Perseo rieron al verlo avergonzado, no era un secreto que Artemisia y él mantenían un romance.

—¿Creéis que respetarán este acuerdo de paz? —desvió Perseo el tema.

—Apuesto a que no —suspiró Diomedes—. Lucharemos hasta llegar a Grecia.

—No me importa, los poetas cantarán nuestra jornada —dijo Laertes.

—Pues yo preferiría que los poetas cantaran en una taberna donde yo pudiera escuchar —rió Petrus.

—Sea como sea, estad preparados —advirtió Georgios—. Iré a ver a los oficiales para saber cuáles son nuestras órdenes. Perseo, ve, pero vuelve rápido —ordenó, dirigiéndose hacia la

tienda de los oficiales.

Perseo corrió hacia el campamento de las amazonas.

La temperatura continuaba cayendo rápidamente, la respiración de todos se condensaba en el aire. En el campamento de las guerreras, grandes fogatas estaban encendidas y las tiendas montadas; todas ahora vestían pesados mantos de piel de lobo. Artemisia era la única que llevaba un manto hecho de piel de oso.

Las amazonas habían reunido los dos carromatos y, con varias tiendas y pieles, habían montado un solo refugio, con grandes fogatas alrededor, que las mantendrían calientes durante la noche, además de la tienda de Artemisia para sus encuentros privados con Perseo.

La amazona sonrió al ver al espartano con el rostro sonrojado por el frío. Al acercarse sonriendo, él le entregó el manto de piel de oveja, diciendo que era un regalo de Diomedes.

—Es para la pequeña Helena —explicó mientras le daba un tierno beso en los labios a Artemisia.

—¿Vas a poder pasar la noche? —preguntó esperanzada.

—Desafortunadamente no, mi amor, debo regresar a mi puesto —suspiró desanimado.

Artemisia se acercó y lo besó delicadamente en los labios. A pesar de lo que ella le había contado sobre no querer más hijos, la actitud del espartano hacia ella no había cambiado.

—Gracias por ser comprensivo, te amo —murmuró la amazona en su oído.

—Yo también te amo —respondió alegre—. Ahora tengo que regresar.

Perseo dejó el campamento envuelto en su manto mientras Artemisia lo observaba partir y regresó a su puesto, esta vez aprovechando un carro de suministros que se dirigía al pueblo donde el pelotón estaba acampado.

Los armenios cumplieron su parte del acuerdo de paz y una gran cantidad de suministros fue enviada; trigo, pasas, uvas, vegetales e incluso odres con un vino dulce y perfumado.

Perseo encontró a Georgios en el camino, regresando de la reunión con los oficiales, y saltó del carro para caminar juntos.

—¿Cómo está la pequeña Helena? —preguntó interesado el sargento.

—Está bien cuidada.

Georgios asintió con la cabeza y caminaron en silencio. Encontraron a sus compañeros calentándose junto a una fogata.

—Las órdenes son las de siempre, puestos de centinela y patrullas, saqueos y pillajes están prohibidos bajo pena de muerte —advirtió Georgios mirando con severidad a Diomedes y Petrus.

—Jamás pensaría en robar algo —rió Diomedes.

—Hoy estamos de centinela en el tercer turno de la noche —avisó Georgios—. Mañana haremos una patrulla en la retaguardia.

Durante la noche, la nieve comenzó a caer lentamente, y con el paso de las horas se convirtió en una tormenta de nieve. El pelotón se acurrucó alrededor de la fogata que intentaban mantener encendida con dificultad, estaban sentados muy juntos unos a otros, intentando calentarse sin éxito.

En la madrugada, fueron enviados a los puestos de centinela donde intentaron calentarse en una pequeña fogata dejada por los soldados que relevaron, estos salieron sin siquiera despedirse, ansiosos por conseguir un refugio más cálido.

—¡Por Hades! —exclamó Atreu, golpeando sus pies para calentarse—. Mañana estaremos muertos y congelados.

Nadie tenía fuerzas para responder. Los dientes de Perseo castañeaban violentamente y

sentía escalofríos por todo el cuerpo. Fue una de las peores noches de su vida, ni siquiera en los entrenamientos al aire libre de la agogé había sentido tanto frío.

Después de dos horas de servicio de centinela, el pelotón regresó a la fogata en el pueblo, que era más grande y constantemente alimentada con leña, y con mucho esfuerzo, Perseo durmió un sueño ligero y lleno de sobresaltos.

El día amaneció, el sol estaba escondido detrás de pesadas nubes, anunciando nuevas tormentas de nieve. La llanura estaba cubierta de nieve, una hermosa vista, siempre que estuvieras dentro de una choza calentita, mirando por la ventana. Los que estaban al aire libre sufrían.

Los soldados recibieron autorización para buscar refugio en las chozas y establos de los pueblos, hasta los gallineros eran disputados. El pelotón de Georgios no encontró ningún lugar en la aldea, y el sargento terminó llevándolos a una aldea más alejada en la retaguardia, donde se refugiaron en una pequeña granja.

El propietario no estuvo feliz al verlos, pero el acuerdo de paz había sido anunciado a los aldeanos, y a regañadientes cedió su establo para que los soldados se acomodaran. Era un lugar amplio y cubierto, y en su interior había una gran cantidad de heno y varias vacas lecheras.

El pelotón se acomodó, extendiéndose por el establo. Perseo y sus compañeros se instalaron en un pesebre vacío junto a una vaca que los miraba con cara de sorpresa. Diomedes, riendo, llenó una odres vacía con leche de la vaca, mientras la ordeñaba, ella mugió tristemente.

—¿Quién quiere un poco de leche calentita? —rió mientras daba un gran trago al odre, pasando el resto a los demás.

El grupo bebió leche caliente y comió pasas y vegetales, aprovecharon y encendieron un pequeño fuego donde calentaron un gran trozo de carne de cerdo que devoraron como lobos hambrientos.

Alimentados y calentados, comenzaron a sentirse felices.

El viento aullaba fuera del establo, una fuerte tormenta de nieve caía. Pasaron todo el día en el lugar, la oscuridad llegó rápidamente con la tormenta de nieve.

Al anoecer, Georgios dio la orden de prepararse para una patrulla en la retaguardia. Gruñendo, todos se armaron y se pusieron sus mantos de invierno que habían recibido junto con los suministros.

Perseo se ató tiras de tela en las piernas y los brazos, además de forrar el interior de su armadura con trozos de piel de oveja, se sentía pesado, pero al menos estaría lo suficientemente caliente para no morir congelado.

Salieron del establo y la tormenta de nieve los golpeó con fuerza, incluso con la piel protegida por las telas parecía que la nieve les perforaba la piel con mil agujas. Se dirigieron a la aldea donde encontraron el puesto de mando de la patrulla. Demócrates, de Témeno, era el oficial encargado, él estaba enviando pelotones en todas direcciones, el objetivo era retroceder hacia la ciudad que habían dejado atrás y verificar si había movimientos hostiles del ejército armenio, que no se había visto desde el acuerdo de paz.

El pelotón de Georgios avanzó cautelosamente por los campos. Utilizando antorchas para iluminar el camino, con dificultad podían ver unos pasos, ya que la tormenta constantemente amenazaba con apagar las antorchas.

Llegaron a los límites de una aldea donde Georgios ordenó que se detuvieran.

—Caven un agujero y enciendan un fuego, nos vamos a proteger de esta tormenta —ordenó mientras temblaba bajo su capa de piel de oveja.

—¡Por los infiernos de Hades! —murmuró Petrus mientras usaba un trozo de madera

para cavar la nieve—. Este frío va a hacer que se me caiga.

—El mío está tan encogido que va a tardar años en salir de la cueva —se rió Diomedes.

—¡Idiotas, callen la boca y caven! —regañó Georgios.

Los soldados cavaron en silencio, cuando consiguieron un agujero lo suficientemente grande para albergar a los treinta hombres del pelotón y encendieron una fogata con la leña que trajeron, preparándose para pasar la noche acurrucados en sus capas. Las centinelas en el borde del agujero debían ser relevadas a intervalos cortos de tiempo.

Georgios ordenó que salieran en tríos fuera del agujero, tenían que avanzar varios pasos en la oscuridad y estar de centinela contra cualquier ataque sorpresa. Durante la madrugada, Diomedes, Petrus y Perseo fueron designados para la patrulla.

La tormenta de nieve había cesado, y salieron lejos del fuego acogedor, gruñendo y arrastrándose hacia el borde, miraron alrededor, la noche estaba oscura y no veían casi nada, el viento helado cortaba sus rostros como una cuchilla.

Diomedes señaló al frente y siguió arrastrándose, Petrus lo siguió y Perseo fue detrás, sentía el frío subir por su cuerpo mientras se arrastraba por la nieve en silencio, siguiendo de cerca los pasos de Petrus que se deslizaba delante de él.

Después de un tiempo que pareció una eternidad, Diomedes se detuvo y Petrus se colocó a su lado derecho.

Perseo avanzó y se detuvo junto a ellos, se cubrieron con la nieve blanda para intentar calentarse, permanecieron tendidos en el suelo, uno cerca del otro, cubiertos por sus capas, protegiendo sus rostros, solo sus ojos estaban descubiertos tratando de ver algo.

El tiempo pasó en un silencio absoluto.

Perseo ya estaba casi pensando que regresarían al calor del fuego cuando Diomedes tocó su brazo y señaló hacia la oscuridad, el joven espartano forzó la vista, pero no vio nada mientras intentaba escuchar algo, sin éxito, y sintió la tensión comenzar a aumentar.

Diomedes desenvainó silenciosamente su espada, Perseo palpó el mango de la suya con fuerza, pero seguía sin ver nada, de repente, desde la oscuridad, escuchó el sonido de nieve crujir. *¿Es mi impresión o un pequeño montículo de nieve se mueve hacia nosotros?* Pensó mientras se quedaban inmóviles mirando, de repente el montículo se levantó y un soldado vestido con ropas blancas dio algunos pasos y se agachó mirando a su alrededor, pero no vio a los espartanos cubiertos por la nieve.

El soldado entonces hizo una señal con la mano y más cinco soldados se levantaron veinte pasos detrás de él, avanzaron agachados acercándose al líder, murmuraron algunas palabras y se preparaban para reanudar su camino.

Con un grito, Diomedes se levantó seguido por Petrus, con las espadas en alto, los soldados enemigos miraron a los dos con expresión sorprendida, dos fueron inmediatamente muertos con golpes contra sus cabezas.

Perseo se levantó y avanzó en silencio, su garganta parecía estar congelada y no emitía ningún sonido, interceptó a un soldado que intentaba huir y le clavó la espada en la espalda, con un gemido el soldado cayó con el rostro en la nieve.

Diomedes y Petrus mataron a otros dos soldados antes de que pudieran reaccionar. Lo que parecía ser el líder levantó los brazos diciendo en un griego vacilante.

—Piedad, por los dioses —suplicó el armenio, mientras gemía y caía de rodillas cubriéndose la cabeza.

—Maldito, apuesto a que eres un espía —gruñó Petrus, pateando la costilla del desafortunado.

—Todos de blanco, intentando infiltrarse en las aldeas —afirmó Diomedes mientras examinaba a los muertos y saqueaba las pocas pertenencias que tenían.

—Vamos a llevarlo para interrogarlo —sugirió Perseo.

—Puede ser —respondió Diomedes pensativo—. Vamos, hijo de perra, levántate —decidió, pateando al soldado armenio.

Petrus agarró al desafortunado por el cuello y lo puso de pie con una amenaza:

—Intenta huir y te clavo la espada en el culo —gruñó amenazadoramente.

A trompicones, los espartanos llevaron al soldado armenio hasta el campamento improvisado, arrojándolo a los pies de la fogata para asombro de los demás. Diomedes explicó cómo habían capturado al prisionero.

—¿De dónde vienes y cuál era tu objetivo? —preguntó Georgios al prisionero, que respondió en un griego vacilante.

—Soy parte de los exploradores del ejército de Tiribaz, estábamos mapeando los lugares donde ustedes están acampando.

—¿Vamos a ser atacados? ¿Tiribaz romperá la tregua? —preguntó nuevamente Georgios.

—No lo sé —respondió el prisionero.

—Laertes, haz que se acuerde —ordenó Georgios.

Laertes, como un rayo, estaba junto al prisionero apretándole la garganta con las manos. El prisionero intentó defenderse, pero sus manos estaban atadas, su rostro empezó a ponerse morado por la falta de aire, sus ojos giraban en sus órbitas. Con un gesto de cabeza de Georgios, el prisionero fue liberado por Laertes.

—No voy a preguntar otra vez, ¿vamos a ser atacados? —preguntó el sargento.

El prisionero tosió intentando respirar, el color de su rostro volvió a la normalidad, pasó la lengua por sus labios y miró a los espartanos, rostros duros lo observaban. Laertes, con una sonrisa maligna, flexionaba los dedos de las manos. De forma vacilante, el prisionero se dirigió a Georgios.

—Mis órdenes eran mapear las aldeas donde ustedes los griegos están alojados, y el tipo de tropas que tienen, si era posible capturar un prisionero para interrogarlo, no sé si Tiribaz romperá la tregua, pero nos ha mantenido movilizados y hace planes para superar al ejército griego.

—Vamos a llevarlo al capitán —sugirió Atreu.

—Vamos a desollarlo y dejarlo para los lobos —se rió Petrus.

—Llévenlo al capitán Demócrates —decidió Georgios dirigiéndose a Diomedes, Atreu y Petrus.

Salieron arrastrando al prisionero hacia el pueblo donde Demócrates mantenía su puesto de mando. Pasó el tiempo y no regresaron. Al amanecer, Georgios llevó a todos de vuelta al pueblo donde encontramos a los tres durmiendo en el establo donde el pelotón se había alojado.

—Pandilla de vagos —murmuró Georgios, pateando a Diomedes.

—¡Eh! —exclamó Diomedes abriendo solo un ojo— ¿Así que se despierta a alguien?

—¿Por qué no volvieron? —se quejó el sargento.

—El interrogatorio terminó hace poco —respondió Atreu adormilado.

—Nos dieron permiso para acompañar —se rió Petrus—. Ese Demócrates sabe cómo sacar una confesión.

—Sí, el infeliz al final estaba entregando hasta a su madre —afirmó Diomedes—. Parece que Tiribaz está pensando en armar una emboscada para nosotros en un desfiladero que tendremos que cruzar.

—¿Vamos a movernos? —preguntó Perseo.

—Nosotros, no lo sé —se rió Diomedes—. Pero los mensajeros fueron enviados a los comandantes y vimos una gran movilización de tropas.

—Iré a buscar nuestras órdenes —avisó Georgios malhumorado, saliendo del establo y pateando un montículo de nieve acumulada en la puerta—. Intenten no causar problemas.

—Claro que sí —se rió Diomedes—. Me quedaré aquí bien quieto en el calorcito —agregó, metiéndose hasta el cuello en la paja.

Durante la noche, la nieve comenzó a caer lentamente, con el paso del tiempo se transformó en una tormenta de nieve, el viento aullaba moviendo la lona de la tienda, pero estábamos abrigados en su interior.

CAPÍTULO 20

Las Amazonas permanecieron resguardadas en su tienda, la pequeña Helena saltaba de una col a otro, alegrando el día de las guerreras. Artemisia la observaba en silencio. *La amo y quiero criarla como si fuera mi hija*, pensó. *Sé que Perseo adoraría la idea, pero, ¿estoy dispuesta a renunciar a mi venganza contra Tisafernes?* La amazona meditaba sobre esos pensamientos mientras el viento aullaba y una fuerte tormenta de nieve caía nuevamente fuera de la tienda. Pasaron el día dentro de la tienda, mientras la oscuridad de la noche llegaba rápidamente con la tempestad que no cesaba.

Durante la madrugada, antes del amanecer, un oficial gritó por Artemisia, quien asomó la cabeza fuera de la tienda.

—Artemisia, el general Quirísofo solicita su presencia —avisó el oficial griego, envuelto en un pesado manto.

La líder amazona entró, se puso un manto de piel de oso y, colocando las espadas en su cintura, salió de la tienda bajo la mirada vigilante de sus guerreras. La pequeña Helena dormía tranquilamente entre ellas.

—Hircania, encárgate de todo —pidió Artemisia mientras se alejaba.

La amazona caminó siguiendo al oficial griego hasta una casa donde se había instalado el puesto de mando. El viento aullaba con fuerza, trayendo ráfagas de nieve, lo que la hizo encogerse dentro de su manto de piel de oso.

Las centinelas, envueltas en mantos, la dejaron entrar en la casa. En una sala iluminada por varios candiles de barro y con un brasero lleno de leña ardiendo, que esparcía calor por el ambiente, Jenofonte, Quirísofo y otros oficiales la esperaban alrededor de una gran mesa, sobre la cual se encontraba desplegado un mapa.

—Gracias por haber venido —agradeció Jenofonte con una sonrisa.

—¿Acepta un vaso de vino caliente? —preguntó Neon, entregando a la amazona una taza.

—Gracias —respondió Artemisia mientras tomaba un sorbo del vino calentado con hierbas.

—Una patrulla detuvo a un espía que estaba observando nuestras líneas —comenzó Quirísofo, señalando a un oficial que Artemisia no conocía.

—Este es Demócrates, encargado de las patrullas y de interrogar al espía —presentó Jenofonte.

Demócrates sonrió y la amazona le devolvió el gesto como forma de saludo.

—Tiribaz, además de su ejército armenio, cuenta con muchos mercenarios cálibes y taocos. Su intención es atacarnos en este desfiladero —señaló Demócrates hacia un punto en el mapa desplegado sobre la mesa—. Es el único camino que tenemos para salir de esta región.

—Necesitamos confirmar dónde está el campamento de Tiribaz —dijo Jenofonte, observando el mapa.

—Según el prisionero, no está lejos, a unas dos horas a caballo, por aquí —señaló Demócrates un punto en el mapa.

—Podría ir a verificar. Si salgo ahora, tal vez pueda regresar antes del mediodía —se ofreció Artemisia para la misión.

—Si confirmamos la ubicación exacta, podríamos atacar pasado mañana al amanecer —

dijo Quirísofo, mirando alrededor en busca de aprobación—. En esta situación, atacar es el mejor plan. Tiribaz no nos estará esperando.

—Eso nos daría tiempo para preparar el ejército. Estamos con las tropas dispersas en las aldeas, muchos no están en condiciones de marchar —dijo Jenofonte, rascándose la barba mal afeitada.

—Entonces, partiré ahora mismo con dos amazonas —dijo Artemisia, haciendo una reverencia.

—Buena suerte —desearon los generales mientras la amazona salía de la sala.

Artemisia regresó a su campamento improvisado y eligió a dos amazonas experimentadas para acompañarla, dejando a Hircania encargada de las demás. Se pusieron mantos de piel blanca que les ayudarían a camuflarse en la nieve que se acumulaba en los campos.

—Hircania, tú te encargas. Si algo nos sucede y no regreso, lidera a las amazonas y vete a nuestra tribu con la pequeña Helena —instruyó Artemisia mientras se ponía las espadas en la cintura.

—¿Qué le digo a Perseo si aparece? —preguntó Hircania.

—Que salí en una misión, y si no regreso, explícale lo que sucedió y dile que lo amo —respondió Artemisia, sonrojándose al mostrar sus sentimientos.

—Así lo haré —respondió Hircania, haciendo una reverencia.

Artemisia y las dos amazonas salieron del campamento, y después de tomar sus caballos, que estaban atados en un cercado cubiertos con mantas para protegerlos del frío, galoparon por los campos nevados siguiendo la dirección indicada en el mapa por el capitán Demócrates.

El amanecer no tardaría en llegar, pero el cielo aún estaba oscuro, cargado de nubes pesadas. Caía una fina nevada constantemente, y la respiración de las amazonas y sus caballos se condensaba en el aire helado. Finalmente, a lo lejos, observaron luces de fogatas encendidas contra la claridad de la mañana oscura.

—Ipiaxa, espera aquí con los caballos, mientras Dexima y yo nos acercamos al campamento —ordenó Artemisia desmontando de su caballo.

Con Dexima a su lado, caminaron cautelosamente por la llanura. Cuando se acercaron lo suficiente, comenzaron a arrastrarse, usando las pieles blancas para camuflarse en la nieve. Lentamente se acercaron hasta que subieron una pequeña colina desde donde tuvieron una visión más amplia del campamento.

Incontables tiendas estaban armadas, fogatas ardían por todas partes y los soldados ya se movían por el campamento preparando el desayuno, la mayoría alrededor de las fogatas buscando algo de calor. No había señales de que el ejército fuera a moverse. A lo lejos, observaron un gran cercado de madera donde numerosos caballos estaban atados.

—Debe haber cerca de veinte mil soldados —murmuró Artemisia a Dexima.

—¡Mira! —susurró la amazona señalando a cuatro infantes que caminaban hacia ellas.

—Deben ser una patrulla de centinelas, escóndete en la nieve —susurró Artemisia mientras se hundía aún más en ella.

Miró por encima de su hombro, su rastro había sido borrado por la nieve y el viento que continuaba soplando helado.

—Solo atacemos si nos descubren —murmuró Artemisia a su compañera mientras sacaban sus espadas.

Los cuatro soldados se acercaron hasta donde estaban las amazonas. Llevaban mantas de piel, pantalones y botas de fieltro, y sus rostros estaban cubiertos con pieles, dejando solo los ojos visibles. Llevaban escudos de mimbre, largas lanzas y espadas en la cintura.

Se detuvieron en la cima de la colina donde las amazonas se encontraban, a unos diez pasos de distancia, y observaron la llanura. El corazón de Artemisia se aceleró y apretó con más fuerza el mango de sus espadas.

La nieve parecía congelar sus huesos. Pudo escuchar algunas frases en armenio llevadas por el viento. Los soldados se quejaban del frío, de sus superiores y de la campaña. Una vez, Artemisia los escuchó reír mientras comentaban que la emboscada aniquilaría al ejército griego y que los oficiales planeaban partir hacia el desfiladero tan pronto como el tiempo mejorara un poco.

Después de lo que pareció una eternidad, los soldados se alejaron de vuelta al campamento, quejándose del frío inclemente. En ese momento, Artemisia comenzó a arrastrarse de regreso, junto con Dexima, hacia donde estaban sus caballos. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, se levantaron y corrieron rápidamente.

Encontraron a Ipiaxa esperándolas y regresaron galopando al campamento griego, donde Artemisia desmontó frente al puesto de mando.

Con sus hermanas, entró en la casa. En la sala de reuniones, varios oficiales conversaban y comían guiso de carne que sacaban de un gran caldero que ardía en un brasero en una esquina de la habitación.

—Qué bueno que volviste, Artemisia —dijo Quirísofo, levantándose y señalando a los demás oficiales que cedieran un lugar alrededor de la mesa para las amazonas.

Artemisia y sus hermanas se quitaron las pieles y las protecciones de los rostros. Estaban congeladas por el frío y hambrientas. Un oficial les sirvió grandes tazones con guiso caliente, lo que les ayudó a calentarse.

—¿Lograste encontrar el campamento armenio? —preguntó Jenofonte.

—Sí —respondió Artemisia, tomando otro trago del caldo—. La información del espía es cierta, están acampados y planean dirigirse al desfiladero tan pronto como el tiempo mejore. Estimo que hay unos veinte mil soldados.

—Nuestros números son mucho menores, la mayoría de nuestros soldados no pueden combatir —gruñó Jenofonte.

—Pero si no los atacamos, tendremos que enfrentarlos en el desfiladero, en una posición desventajosa —explicó Artemisia mientras calentaba sus manos en el tazón con el caldo caliente.

—Artemisia tiene razón —dijo Quirísofo.

—¿Con cuántos soldados podemos contar? —preguntó Jenofonte.

—Según mis cálculos, unos tres mil, entre hoplitas, peltastas, arqueros y toda nuestra caballería —respondió Agasias.

—Los armenios están tranquilos y despreocupados, casi no se ven patrullas de centinelas. Podemos sorprenderlos y masacrarlos —sugirió Artemisia después de tomar otro sorbo del guiso.

—Entonces debemos atacar durante la madrugada —decidió Quirísofo.

—Las órdenes ya han sido transmitidas para que el ejército se prepare. Sofeneto, de Estínfalo, quedará en la retaguardia con la misión de organizar la partida del convoy de suministros y de los soldados que no están en condiciones de luchar, mientras nosotros atacamos el campamento armenio y luego marchamos para alcanzarlos —decidió Jenofonte.

—Entonces prepararé a mis guerreras —dijo Artemisia, levantándose.

Las amazonas regresaron a su campamento y dieron instrucciones a las sirvientas cilicias sobre la inminente partida. Pasaron el día preparándose para la batalla, afilando sus espadas y preparando las flechas.

Perseo y sus compañeros esperaron el regreso de Georgios durante un largo tiempo. Bebieron leche de vaca y asaron un pernil de cerdo que Petrus había robado de la tienda del capitán Demócrates durante el interrogatorio. Estábamos todos de buen humor, calentados y saciados. El sargento llegó al anochecer, congelado por el frío y de mal humor. Al pasar por la puerta, una ráfaga de viento llevó cristales de nieve al interior del establo.

—Iremos a atacar al ejército de Tiribaz. Los comandantes prefieren adelantarse a una posible emboscada —anunció secamente.

—¿Y nuestras órdenes? —preguntó Laertes.

—¿Qué opinan? —respondió irritado—. Prepárense, vamos a unirnos a los otros regimientos hoplitas para formar un grupo de combate. Peltastas, arqueros, fundíbulos y caballería... será todo el maldito ejército, solo algunas compañías se quedarán en sus posiciones protegiendo el convoy de suministros y heridos.

—¿Y a qué hora atacamos? —preguntó Laertes, ya preparando su equipo.

—No me dieron muchos detalles —respondió Georgios, cortando un trozo de cerdo y dando una gran mordida—. Pero creo que será antes del amanecer.

Los soldados salieron a la noche helada y se unieron al teniente Anaxandro, quien los lideraría. Los espartanos saludaron a sus compañeros, que estaban bajo las órdenes de Menelao, y marcharon hacia el punto de encuentro. Otras compañías se fueron uniendo a ellos.

Llegaron al punto de encuentro durante la madrugada. El ejército se alineó frente a grandes fogatas. Eran alrededor de mil hoplitas, mil peltastas, seiscientos arqueros, doscientos fundíbulos y doscientos caballeros. La infantería pesada hoplita estaba al frente, en una fila de cien por diez de profundidad. El pelotón de Georgios estaba en la cuarta fila, al lado derecho e izquierdo, los peltastas se posicionaron en dos divisiones de quinientos soldados. Detrás de ellos, se encontraban los arqueros y los fundíbulos.

La caballería, en la vanguardia, actuaría como exploradores y guardaespaldas de los comandantes Jenofonte y Quirísofo, quienes liderarían el ataque. Perseo distinguió a Artemisia y sus amazonas junto a ellos.

Jenofonte se dirigió a la tropa reunida:

—¡Compañeros! Nos hemos enterado de que Tiribaz tiene malas intenciones hacia nosotros. De manera traicionera, planeaba atacarnos durante nuestra marcha de regreso a la querida Grecia, pero no nos dejaremos vencer en nuestros propósitos. Atacaremos su campamento y le demostraremos nuestro valor —concluyó Jenofonte.

—¡Ahuu! ¡Ahuu! —fue la respuesta.

—El plan es simple: avanzamos, y cuando encontremos el campamento, caeremos sobre él. Maten a todos los que encuentren y saqueen el lugar —explicó Quirísofo, haciendo la señal para avanzar.

Marchamos durante un largo tiempo siguiendo a la caballería. El tiempo estaba frío, pero no nevaba. Caminábamos sobre la nieve, que pronto se convirtió en barro debido a los pasos repetidos. Cuando la claridad comenzó a asomarse en el horizonte, indicando que el día se aproximaba, vimos a lo lejos señales del campamento armenio: fogatas encendidas y algunos soldados caminando.

Con un grito de guerra, Quirísofo ordenó el ataque:

—¡Por Zeus, Ares y Atenea! ¡Atacar! —golpeando los flancos de su caballo, el general avanzó, seguido por unos cincuenta caballeros y por Artemisia y sus amazonas.

Las otras compañías de caballería avanzaron descontroladamente, sus caballeros armados con pequeños escudos, lanzas y espadas, arremetieron apuntando sus armas hacia el campamento

armenio. Con un estruendo, la infantería comenzó a correr en la misma dirección, tratando de mantener la formación de falange hoplita, a pesar de la dificultad de correr con nieve hasta casi las rodillas.

La velocidad y la sorpresa eran esenciales para el ataque.

Galopando, Artemisia sacó su arco, siendo imitada por sus guerreras, y avanzaron hacia el campamento. Ya podía distinguir a los soldados corriendo de un lado a otro, algunos huyendo, otros armándose. Los soldados adormecidos salían de sus tiendas con miradas asustadas.

Aún galopando, la líder amazona apuntó a un oficial que gritaba órdenes tratando de organizar una defensa. Soltó la flecha y, con satisfacción, vio cómo se clavaba en el pecho del hombre.

Varios soldados cayeron heridos por las flechas de las Amazonas. Después de disparar cinco veces más, todas acertando en sus objetivos, Artemisia guardó el arco y sacó sus dos espadas, ya estaban a pocos pasos del campamento.

La caballería invadió el campamento trayendo caos y destrucción. Los gritos de alarma comenzaron a resonar. Artemisia cruzó el lugar seguida por sus guerreras, atropellando soldados, derribando tiendas y asestando golpes con las espadas a derecha e izquierda.

La líder amazona controlaba su montura con la presión de las piernas, y al pasar junto a un soldado, asestaba un golpe circular siempre apuntando a su cabeza y cuello.

Las tropas de infantería ligera peltasta comenzaron a alejarse de los hoplitas, quedando solo los arqueros y honderos en la retaguardia, bajo su protección. La caballería invadió el campamento trayendo caos y destrucción, los gritos de alarma comenzaron a resonar. La infantería peltasta se posicionó y comenzó a lanzar sus dardos contra el campamento. Luego, los hoplitas invadieron el lugar derribando todo lo que encontraban a su paso.

La formación de falange se disolvió y los soldados se dispersaron por el campamento, matando a todos los que encontraban. Los arqueros y honderos se posicionaron en la retaguardia para dar cobertura en caso de necesidad, pero el ataque fue rápido y sorprendió a los armenios, quienes empezaron a huir por los campos, abandonando todo lo que poseían. Fueron perseguidos por la caballería y las Amazonas, que se acercaban a los fugitivos y, con una estocada firme en sus nuca, mataban a todos los que alcanzaban.

Perseo intentó ver a Artemisia, pero no la vio.

Los soldados corrieron por el campamento saqueando todo lo que fuera útil. Perseo encontró en una tienda una rica túnica armenia con piedras que parecían preciosas. La envolvió rápidamente y siguió a sus compañeros. Ropa, armas, vino, provisiones, nada escapó del saqueo.

La caballería regresó de la persecución junto con Jenofonte y Quirísofo, con Artemisia a su lado, quien sonrió a Perseo cuando sus miradas se cruzaron.

Quirísofo se dirigió a los soldados:

—¡Victoria! —gritó—. ¡Tiribaz huyó como el cobarde pusilánime que es!

—Pasarán días antes de que pueda reagrupar sus fuerzas —gritó Jenofonte—. Regresaremos a nuestro campamento y reiniciaremos nuestra marcha para alejarnos de él.

Artemisia emparejó su montura junto a la de Quirísofo, que estaba exultante con la victoria.

—Voy a recorrer los alrededores para ver si los armenios están intentando reagruparse o si se han dispersado por los campos huyendo —avisó la amazona mientras se alejaba sin esperar

respuesta, seguida de sus guerreras.

Ninguna amazona resultó herida, la victoria fue completa.

Los griegos incendiaron lo que no pudieron cargar y, en marcha acelerada, regresaron al campamento, lo dismantelaron y, a paso rápido, pasaron junto al convoy de suministros. Perseo y sus compañeros entregaron lo saqueado a las siervas cilicias de las Amazonas para que lo guardaran en sus carromatos. Como Artemisia aún no había regresado con las Amazonas, Perseo y sus compañeros jugaron un poco con la pequeña Helena antes de regresar a la retaguardia.

Las Amazonas recorrieron los campos alrededor del campamento y no encontraron señales de agrupamiento de soldados. Finalmente, Artemisia ordenó que regresaran a la columna del ejército, que ya se estaba moviendo.

La retirada se reinició.

La columna del ejército reinició la marcha.

La llanura y las montañas estaban cubiertas de nieve, el viento frío producía cristales de hielo en los escudos y las puntas de las lanzas, las hojas de las espadas se congelaban dentro de las fundas si no se untaban con sebo de cerdo. Las monturas tenían dificultad para caminar, al igual que los infantes, que se hundían casi hasta las rodillas en algunos tramos. Con gran dificultad, los conductores lograban hacer que las carretas avanzaran lentamente, usando constantemente tablones de madera que colocaban bajo la nieve para que avanzaran algunos pasos.

La temperatura caía vertiginosamente con la llegada de la noche, los griegos, no acostumbrados a ese frío intenso, caminaban a paso vacilante, envueltos en sus mantos. Usaban los cascos como una tentativa de protegerse del frío, forrando el interior con trozos de piel de oveja; era incómodo, pero ayudaba a soportar el frío extremo, porque de lo contrario el metal helado al contacto con la piel se pegaba y, al arrancarlo, pedazos de la piel quedaban adheridos.

Las Amazonas, en cambio, conocían el rigor del invierno, también presente en Escitia, y estaban acostumbradas.

La pequeña Helena estaba calentita en el interior de la carreta, forrada con varias pieles. La columna marchó durante dos días a paso lento, y al final de la tarde del segundo día se acercaron al desfiladero donde Tiribaz había planeado emboscarlos.

Artemisia avanzó con sus guerreras y unos diez exploradores peltastas al frente. Se acercaron cautelosamente a la entrada del desfiladero, pero no encontraron señales de soldados ni de una emboscada. El ataque preventivo había surtido efecto.

El ejército griego atravesó el desfiladero ya entrada la noche, pero solo acampó después de haberlo dejado atrás, con una tropa de peltastas y arqueros encargados de emboscar un posible avance de Tiribaz.

A la mañana siguiente reiniciaron la marcha, el ejército siguió siempre que fue posible la orilla del río Éufrates. Por la noche acampaban y encendían grandes fogatas para calentarse.

La temperatura no aumentaba, y muchos animales morían congelados. Cuando esto ocurría, los soldados cortaban grandes trozos de carne de las carcasas y los guardaban, ya que el frío extremo ayudaba a conservarla.

Las Amazonas cuidaban sus monturas, cubriéndolas con pieles y asegurándose de que no faltara cebada y avena para su alimentación. *Gracias a los dioses, lentamente acumulamos forraje para alimentar nuestras monturas.* Pensó Artemisia, observando el forraje que era transportado en fardos enrollados en gruesos tejidos, amarrados en los techos de las carretas con

cuerdas.

La situación en el ejército se deterioraba rápidamente debido a la falta de suministros, los esclavos capturados morían por la desatención de sus captores. Sus cuerpos congelados eran arrojados a la llanura. Los espartanos en la retaguardia pasaban junto a ellos y lanzaban una mirada indiferente, demasiado cansados para preocuparse por algo más que por su propia supervivencia.

El ejército marchó durante tres días más sin encontrar aldeas donde pudieran resguardarse. Los soldados morían congelados, algunos desistían de marchar y simplemente se acostaban al borde del camino. Sus compañeros intentaban levantarlos, pero pronto desistían, abandonados para dormir sin despertar nunca más.

Al amanecer del tercer día, comenzó a soplar un fuerte viento contra el ejército, los soldados cubrían sus rostros con trozos de tela o lo que pudieran encontrar, dejando solo pequeñas aberturas para los ojos. Avanzar contra el viento era un sacrificio, parecía como si una barrera invisible impidiera sus pasos. Las monturas de las amazonas eran guiadas por las riendas, siempre cerca de las carretas, por temor a que fueran sacrificadas para convertirse en comida.

Alrededor del mediodía, el ejército detuvo su marcha para almorzar y descansar. Los sacerdotes decidieron realizar sacrificios a Bóreas^[9], el dios del invierno, para que amainara el viento. Se sacrificó un cabrón, pero el sacrificio no calmó al dios, y el viento fuerte continuó durante todo el día.

Los suministros comenzaron a escasear, y la ración diaria se redujo a menos de un tercio de lo normal. El hambre comenzó a azotar al ejército, y los soldados suplicaban por una miga de pan. Algunas peleas violentas estallaron debido a la comida.

Gracias a los dioses, fui previsora y almacené una buena cantidad de víveres en una de las carretas, que ahora están custodiadas por mis guerreras, pensó Artemisia.

Aquellos que tuvieron la suerte de haber almacenado algún suministro, como Diomedes y algunos soldados del pelotón de Georgios, miraban con lástima a los desafortunados, pero nada podían hacer, pues ellos también pasarían hambre pronto si no encontraban víveres.

Finalmente, al final de la tarde, se dio la orden de detenerse, y Jenofonte junto a los demás comandantes decidieron repartir los víveres que quedaban entre aquellos que no tenían nada. Este acto elevó un poco la moral del ejército, que estaba bastante baja, pero Artemisia sabía que si las cosas seguían deteriorándose, la disciplina del ejército se desmoronaría. Si eso llegaba a suceder, se vería obligada a separarse de él y probar suerte por su cuenta, acompañada de sus guerreras y sirvientas, si era posible con la ayuda de Perseo.

Las amazonas levantaron una tienda al caer la noche, apoyada en las dos carretas que disponían, con una gran hoguera encendida cerca para ayudarlas a calentarse, y una pequeña hoguera dentro de la tienda. Dormían todas juntas, cerca unas de otras, con la pequeña Helena acurrucada en medio de ellas, excepto las centinelas, que permanecían atentas a cualquier movimiento fuera de la tienda, vigilando los caballos y la aproximación de soldados, ya que no podían confiar en nadie.

Artemisia estaba preocupada por Perseo en la retaguardia, pero sabía que si no la buscaba era porque probablemente estaba en alerta. Aún existía la posibilidad de que Tiribaz hubiera reagrupara sus fuerzas para perseguir al ejército griego.

Perseo y sus compañeros pasaban la noche alrededor de enormes fogatas comunitarias, donde se apretaban unos contra otros en un intento por mantenerse calientes. Alrededor de ellas, la nieve se acumulaba, sirviendo de débil protección contra el viento frío.

Al día siguiente, el tiempo no mejoró. En cualquier dirección que miraran, solo veían el

blanco de la nieve cubriendo la llanura. Un viento fuerte levantaba copos de nieve que se mezclaban con la que caía constantemente del cielo. En sus años en Escitia, Artemisia nunca había visto un invierno tan riguroso como el que enfrentaban.

Los soldados empezaron a sufrir de ceguera provocada por la nieve. Para evitarlo, todos se ataban pequeñas franjas de tela frente a los ojos. La gangrena causada por el frío extremo hizo numerosas víctimas, y el olor a carne podrida que emanaba de esas heridas resultaba insoportable incluso para los más fuertes.

El hospital de campaña estaba lleno de soldados que no se habían cuidado y ahora sufrían con las extremidades de sus miembros congeladas. Los médicos optaban por amputar los miembros afectados. Si la lesión alcanzaba los miembros inferiores, las posibilidades de supervivencia eran mínimas, pues la víctima no podría caminar. En las carretas utilizadas para transportar a los heridos ya no había espacio, y debían contar con la piedad de sus compañeros, quienes se turnaban para arrastrar una camilla hecha de ramas y pieles.

El hambre y el frío atroz estaban minando la moral del ejército. Las amazonas, que servían como escolta de Quirísofo, recibían suministros suficientes, lo que aseguraba una alimentación adecuada para la pequeña Helena, que viajaba en la carreta de las guerreras con las sirvientas cilicias. Sin embargo, esto no impidió que, en dos ocasiones, tuvieran que golpear a soldados griegos que intentaron robar sus provisiones.

Diomedes y Petrus se apartaban constantemente de la columna para cazar. Diomedes usaba su honda con una precisión envidiable, siempre lograba abatir una liebre o algún ave, e incluso consiguió cazar una zorra. Tras quitarle la carne, limpió la piel y dijo que la regalaría a la pequeña Helena.

Esa noche, Perseo consiguió permiso para ir al campamento de las amazonas y llevó el regalo de Diomedes.

Artemisia lo observó caminar envuelto en un manto de piel, con las plumas cubiertas por trozos de tela, al igual que sus brazos. Estaba sentada con sus hermanas, calentándose alrededor de la fogata. La amazona se acercó a él sonriendo. El espartano retiró la tela que cubría su cabeza, dejando solo sus ojos al descubierto.

—¿Has venido a calentarme? —preguntó Artemisia sensualmente, intentando animarlo al ver cómo su hermoso rostro estaba quemado por el frío y sus labios agrietados.

—Solo por unas horas —Perseo intentó sonreír mientras entregaba la piel de zorra—. Es un regalo de Diomedes para la pequeña Helena.

—Vuestros amigos son amables —agradeció la amazona mientras observaba la piel, que entregó a una de sus guerreras.

—Son hermanos de armas, como tú y tus amazonas —respondió, y se arrepintió de inmediato al ver que una sombra cruzaba el rostro de la amazona.

La mención de las amazonas hizo que Artemisia recordara que quedaban pocas de las que partieron con ella hacia Ciro, y que sobrevivieron a la batalla de Cunaxa, algo que nunca olvidaría.

—Lo siento —se disculpó, avergonzado por su insensibilidad.

—No es nada, ven —Artemisia lo tomó de la mano y lo condujo hacia su tienda privada, que había levantado junto a la tienda colectiva para tener privacidad con el espartano.

En lugar de una estera, ahora había varias pieles dispuestas sobre el suelo. Se arrodillaron en ellas y comenzaron a despojarse lentamente, primero de la coraza, las grebas y las sandalias, luego de las túnicas. Se quedaron desnudos, con la piel erizada por el frío y la excitación del momento. Se metieron bajo las pieles para calentarse.

El cuerpo de Artemisia estaba caliente, mientras que el de Perseo estaba helado.

La amazona se giró de lado y Perseo la abrazó, acercando su cuerpo al de ella. Pronto comenzaron a amarse lentamente, hasta alcanzar el clímax. Mientras la amazona lo sentía relajarse después del clímax, apretó los brazos del espartano alrededor de su cuerpo y oró mentalmente.

Artemis, de las tierras salvajes, señora de los animales salvajes y de la caza, diosa de la luna y de sus fases, que controlan el ciclo femenino, diosa protectora de la virginidad y del parto, permite que conciba un hijo, imploró.

Durante la madrugada, Perseo despertó, se vistió y se preparó para regresar al campamento, lo que hizo que Artemisia despertara también. Desde debajo de las pieles, lo observó.

—Ten cuidado, Perseo —murmuró somnolienta.

Perseo terminó de colocarse el manto de piel y se arrodilló junto a Artemisia, besándola suavemente en los labios.

—Lo haré, tú también cuídate.

Artemisia tomó las manos de Perseo, y él notó una sombra cruzar el hermoso rostro de la amazona. Por un momento, ella pensó en contarle todos los secretos que aún no le había revelado. Con cada despedida, temía que fuera la última, pero le faltó valor. Sonrió y lo atrajo hacia ella, besándolo apasionadamente en la boca.

Sonriendo, Perseo se levantó y se despidió de ella.

Ambos ignoraban que pasarían días sin verse.

CAPÍTULO 21

La vanguardia del ejército, junto con el convoy de suministros, comenzó a distanciarse de las tropas que cubrían la retaguardia. El avance era lento, ya que los espartanos se veían obligados a entrar en formación de batalla cada vez que los exploradores informaban sobre la presencia del ejército enemigo.

Tiribaz había reagrupado sus fuerzas y dado inicio a una persecución. Los espartanos en la retaguardia permanecían movilizados durante horas, pero los armenios nunca se presentaban para combatir directamente. En su lugar, preferían atacar el final de la columna con pequeñas tropas de arqueros e infantería ligera durante la noche. Estos ataques relámpago, seguidos de rápidas retiradas, causaban numerosas bajas y minaban tanto la moral como las fuerzas de los griegos.

Tras varios días caminando por la gélida llanura, la disciplina comenzó a flaquear. Pequeños grupos de soldados rezagados quedaban atrás, y cuando algún voluntario se ofrecía a buscarlos, solo encontraba sus cuerpos mutilados por el enemigo.

En cada pausa para descansar, aumentaban las quejas de los soldados, que amenazaban con abandonar a Jenofonte. Este recorría la retaguardia constantemente, intentando animar a sus hombres y recordándoles que estaban siendo perseguidos. Les advertía, con firmeza, que aquellos que se quedaban atrás eran masacrados sin piedad por los enemigos.

Perseo y sus compañeros reanudaron la marcha, murmurando de mal humor. Tenían que abrirse camino por la llanura, donde la nieve les llegaba hasta las rodillas. Los pocos caballos que los acompañaban eran los que más sufrían, ya que no quedaba ni heno ni pasto para alimentarlos. No tardaron en ser sacrificados, y su carne fue repartida entre los soldados más débiles y heridos.

Las quejas y las amenazas de motines y desertiones aumentaban en la misma medida en que los ataques nocturnos se volvían más audaces.

Finalmente, Jenofonte reunió a las tropas de la retaguardia y las exhortó a resistir:

—¡Camaradas! —comenzó con voz firme—. El ejército enemigo nos persigue con furia y sed de sangre. No tienen el valor de enfrentarnos cara a cara; atacan a nuestros compañeros rezagados, masacrándolos sin piedad. Como cobardes, se aprovechan del manto de la noche para emboscarnos. ¡Debemos seguir avanzando, o pereceremos en esta llanura helada!

—¡Pueden matarnos, pero nos negamos a continuar! —gritaron varias voces con determinación.

—¡Entonces, que muramos luchando! —bramó Jenofonte en respuesta—. ¡Sois griegos! Y muchos de vosotros sois espartanos, los mejores soldados de Grecia. ¿Quién se ofrece a acompañarme para enfrentarnos a los enemigos? ¿Quién se atreve a darles una lección a esos bárbaros? Os lo aseguro: son perros cobardes que nos atacan pensando que estamos tan débiles como gacelas recién nacidas. Pero si mostramos nuestros dientes y garras, como los leones que somos, ¡dejarán de molestarnos!

Un grito débil salió de las gargantas heladas de las tropas reunidas, pero Jenofonte logró formar un grupo de asalto con cerca de quinientos soldados, en su mayoría hoplitas, reforzados por algunas decenas de arqueros y honderos. Georgios fue uno de los varios sargentos que se ofrecieron como voluntarios.

—No estoy obligando a nadie a venir conmigo —explicó al pelotón reunido—. Solo

quiero voluntarios y únicamente aquellos que aún estén en buena forma —concluyó mientras miraba a su alrededor.

De los treinta y seis soldados estándar de un pelotón, el grupo se había reducido a veintiocho. Entre ellos, cuatro sufrían de gangrena en los pies y se arrastraban con dificultad, ayudados por sus compañeros. Otros seis padecían ceguera por la nieve, y ocho más estaban demasiado débiles por la inanición como para participar en un combate.

Al final, Georgios seleccionó solo a diez de sus hombres, entre ellos Diomedes, Petrus, Laertes, Atreu y Perseo, para unirse al grupo de combate.

Jenofonte reunió a los sargentos y oficiales, dividiendo las tropas en grupos de cien soldados bajo el mando de los oficiales más experimentados. El propio general lideraría personalmente a los grupos de asalto. Las órdenes eran claras: el resto de la tropa debía continuar la marcha, ayudando a los débiles y heridos, mientras que el grupo de asalto permanecería en la retaguardia. Divididos en escuadrones diseminados por la llanura, al caer la noche atacarían el campamento de sus perseguidores.

Al atardecer, después de que el resto de la tropa se hubiera alejado, los espartanos encendieron fogatas dispuestas en círculo, simulando un campamento. Los grupos de combate se dispersaron por las inmediaciones, camuflándose entre la nieve. El grupo bajo el mando de Georgios se ocultó en un pequeño bosque, donde aguardaron la llegada de la noche para emboscar a los enemigos.

Los soldados se escondieron entre los árboles cubiertos de nieve. Desde la llanura podían observar las fogatas del falso campamento. Las horas transcurrieron y la oscuridad llegó rápidamente. La noche era helada, aunque, al menos, el viento había amainado, y dentro del bosque la temperatura era algo más soportable que en la llanura.

El aire salía de las narices de los hombres en nubes de vapor. Tiritaban de frío dentro de sus corazas heladas. No tardaron en escuchar pasos que rompían el silencio entre los árboles: un grupo de unos cincuenta soldados armenios avanzaba con sigilo. Sus mantos blancos los camuflaban en la nieve, pero el sonido del choque metálico de sus armas y el crujir de las ramas bajo sus botas los delataba.

La luna llena iluminaba el paisaje, haciendo brillar la nieve. Los armenios estaban casi encima de los griegos y aún no los habían detectado. Cuando pasaron junto a ellos, Georgios gritó:

—¡Ahora! ¡Por Zeus! —bramó, dando la orden de ataque.

Los arqueros y honderos lanzaron sus proyectiles, causando numerosas bajas. A continuación, los hoplitas se levantaron, gritando como enloquecidos, y cargaron contra los armenios, que quedaron completamente sorprendidos por la emboscada.

Avanzando con Diomedes y Petrus a su lado, Perseo alcanzó a uno de los armenios y lanzó su lanza con fuerza, atravesándolo de lado a lado. La violencia del impacto empaló al soldado contra el tronco de un árbol. Perseo intentó recuperar la lanza, pero al no lograrlo, tuvo que abandonarla al darse cuenta de que otro enemigo se acercaba hacia él, blandiendo un hacha de guerra.

Perseo soltó la lanza y desenvainó su espada. El armenio lanzó un golpe que el espartano interceptó con su escudo, que resonó con un estruendo. Sin perder tiempo, Perseo arremetió con su espada contra el vientre desprotegido de su atacante, perforándolo. Torció y arrancó la hoja con violencia, haciendo que el armenio cayera de rodillas. Con un rápido movimiento, el espartano retiró la espada y la hundió en la garganta del soldado, acabando con su vida.

Petrus aplastó la cabeza de un armenio contra un árbol, mientras Diomedes empalaba a

otro que intentaba huir. Por todas partes, los espartanos avanzaban, masacrando a los armenios.

Días de rabia y frustración se descargaron sobre los desafortunados soldados enemigos. Georgios y Atreu lograron capturar a dos prisioneros, evitando que fueran ejecutados.

—¡Los necesitamos vivos para que nos guíen hasta el campamento armenio! —bramó Georgios, apartando a sus hombres, enloquecidos por la furia.

Entre murmullos de descontento, los soldados comenzaron a registrar los cadáveres de los caídos. Perseo encontró un odre con algún tipo de bebida. Probó un sorbo, sintiendo cómo el líquido descendía quemándole la garganta y el calor reconfortante se extendía por su cuerpo. Le pasó el odre a Diomedes, quien tomó un largo trago antes de entregárselo a Petrus. Mientras tanto, Laertes, con su habitual frialdad, ponía fin a la vida de los heridos con certeros golpes al corazón.

Abandonaron el bosque y se reunieron con Jenofonte, que lideraba otro grupo de combate en la llanura.

—Venían por el bosque, mi general —informó Georgios—. Capturamos a dos prisioneros.

—Reuniremos a todos los grupos de combate. Solo vosotros habéis tenido contacto con los armenios —respondió Jenofonte, mientras enviaba mensajeros para avisar a los demás grupos dispersos por la llanura.

Los grupos se reunieron en el campamento falso, y los prisioneros fueron interrogados por medio de un guía nativo que acompañaba al ejército. Al principio, se negaron a responder a las preguntas, pero solo después de que un arcadio cortara lentamente el cuello de uno de ellos hasta decapitarlo, el segundo prisionero, aterrorizado, confesó que una tropa armenia de aproximadamente dos mil soldados, compuesta por infantería ligera y arqueros, estaba acampada a unas tres horas del bosque del que habían venido. Su misión era seguir al ejército griego a cierta distancia y atacar su retaguardia durante la noche. El resto del ejército armenio estaba a varios días de distancia, y tras el ataque preventivo griego, habían tenido que reagruparse.

Jenofonte se dirigió a todos los soldados que se habían reunido a su alrededor:

—¡Compañeros! Aunque somos menos en número, tenemos la oportunidad de asestar un duro golpe a nuestros perseguidores. Están desprevenidos, durmiendo y los atraparemos por sorpresa!

Liderados por el general, los griegos siguieron al prisionero capturado que les indicó el camino. Atravesaron el bosque cubierto de nieve, saliendo a otra llanura con varias elevaciones en el terreno. La noche avanzaba rápidamente y no tardaría en amanecer.

De repente, los griegos recibieron la orden de dispersarse; según el prisionero, el campamento armenio estaba cerca. Honderos fueron enviados al frente para eliminar a posibles centinelas. Tras un tiempo, regresaron con la noticia de que habían liquidado a cinco centinelas y que el campamento parecía estar dormido.

Jenofonte ordenó avanzar en silencio. Las instrucciones eran claras: caer sobre el campamento y eliminar a todos. Los soldados atravesaron dos elevaciones en la llanura y, al llegar a la segunda, protegidos del viento, divisaron el campamento armenio. Varias hogueras ardían entre las tiendas de piel.

Con una señal del general, los soldados corrieron hacia el campamento tan silenciosamente como les fue posible, repitiendo la estrategia empleada días antes en el campamento de Tisafernes.

Los griegos atacaron a los armenios mientras dormían, matándolos y prendiendo fuego a sus tiendas. El silencio fue roto por gritos de alarma cuando se percataron de la presencia

enemiga, pero el caos ya se había desatado.

—¡Por Zeus Tonante! —bramó Jenofonte.

Los griegos respondieron al unísono:

—¡Ahuu!

Avanzaron por el interior del campamento, que despertaba en medio de una pesadilla de bronce y fuego. Los soldados armenios intentaban defenderse del ataque, pero fueron completamente sorprendidos.

Perseo avanzó y arrojó su lanza contra el vientre de un soldado que se acercaba armado con una espada corta. La empujó con toda su fuerza mientras, al mismo tiempo, asestaba un golpe con su escudo contra la cabeza del armenio, haciéndolo caer al suelo con la lanza aún clavada en su cuerpo. Rápidamente, el espartano desenvainó su espada y, con un movimiento circular, cortó la garganta de otro soldado que también intentaba atacar.

Los combatientes luchaban bañados por la luz de las hogueras y los incendios. La nieve blanca se manchó de sangre roja. De reojo, Perseo veía a sus compañeros luchar como fieras, mientras los gritos de terror llenaban la noche.

Petrus, con un golpe de espada, cortó la cabeza de un armenio. Esta voló por el aire y el cuerpo permaneció unos segundos en pie antes de desplomarse al suelo. Laertes aplastó la cabeza de otro con el borde de su escudo. Diomedes atravesó la espalda de uno que intentaba huir con su lanza.

Tras lo que parecieron horas, Perseo miró a su alrededor y ya no vio más enemigos; o estaban muertos o caídos, heridos. Ninguno escapó.

Se oyeron gritos de júbilo por todo el campamento. Solo quedaban algunos armenios con vida, heridos y suplicando por su vida. A través del intérprete, fueron brutalmente interrogados antes de ser ejecutados. Confirmaron que el ejército armenio se encontraba a varios días de distancia.

Los griegos registraron el campamento y saquearon todo lo que encontraron: trigo, pan y vino. Aunque no era suficiente para alimentar a todo un ejército, sí serviría para repartir entre los soldados y el resto de la tropa que intentaba encontrar la vanguardia del ejército griego.

—¿Y el armenio que nos trajo aquí? —preguntó Laertes dirigiéndose a Jenofonte.

—Él y sus compañeros masacraron a nuestros soldados enfermos y debilitados por el frío y el hambre. No necesitamos más prisioneros —sentenció el general.

Laertes, con una sonrisa maliciosa y rápido como un rayo, cortó la garganta del prisionero con un golpe de su puñal, dejándolo caer al suelo. Perseo apartó la mirada, aún no se acostumbraba a la frialdad que su compañero demostraba cuando arrebatava la vida de un ser humano.

Los griegos recogieron todo lo que encontraron y regresaron al falso campamento, donde Jenofonte distribuyó el saqueo entre la tropa de asalto y ordenó que avanzaran para encontrar al resto de la columna.

Los soldados marcharon rápidamente sin descansar y encontraron varios grupos de soldados griegos esparcidos por la llanura cubierta de nieve. No pudieron avanzar mucho debido a la debilidad y el frío.

Jenofonte distribuyó lo mejor que pudo de los suministros saqueados y ordenó que todos se agruparan. Luego organizó una defensa alrededor del campamento improvisado.

Pasaron la noche helados. Después de compartir lo poco que quedaba del saqueo, no sobró mucho para cada uno. Los exploradores informaron que Quirísofo y la vanguardia del ejército estaban a gran distancia. Se enviaron mensajeros pidiendo socorro, pero aún no habían

regresado.

Al amanecer, una tormenta de nieve comenzó. Vientos cortantes, acompañados de ventiscas, azotaron el pobre campamento.

Perseo y sus compañeros cavaron agujeros en la nieve y, con el uso de mantas, forraron el techo. Dentro de las pequeñas cavernas, se enroscaron unos a otros, tratando de calentarse. Por fuera, el viento aullaba sin cesar, y la visibilidad no pasaba de cinco pasos. Cualquier persona que quedara fuera de los refugios moriría congelada.

Durante dos días, la tormenta no cesó. De vez en cuando, los soldados tenían que desobstruir la entrada de sus guaridas, o la nieve se volvería tan dura como piedra y quedarían atrapados, muriendo por la falta de aire.

Los suministros se agotaron rápidamente. O seguían avanzando en busca de la vanguardia del ejército, o morirían de hambre y frío.

—Tanto trabajo para nada —suspiró Diomedes mientras comía un trozo de pan armenio duro. Miró a su alrededor y vio los rostros hambrientos de sus compañeros. Luego pasó el pan a Petrus, quien mordió un trozo y lo pasó a Georgios. Fue suficiente para que todos dieran un bocado.

—Qué nostalgia del sol —murmuró Petrus—. Hasta mis pelotas están congeladas.

—Tenemos que salir de esta tierra congelada —dijo Georgios, desesperado, entre un ataque de tos—. Si seguimos así, no quedará ninguno de nosotros al final del viaje.

—Eso si llegamos al final del viaje —suspiró Atreu.

La tormenta aumentó, al igual que la desesperación del grupo. No temían a la muerte, se les enseñaba que, si era necesario, debían morir en combate, pero esa muerte lenta, silenciosa y helada no era digna de un espartano.

La noche llegó y la temperatura bajó aún más. Perseo sentía sus miembros rígidos y helados, pensó en Artemisia y rezó a los dioses para que ella estuviera a salvo del infierno helado en el que él se encontraba.

—Creo que esto es todo —suspiró Diomedes con voz débil—. Si la tormenta no cesa, moriremos de hambre.

Todos guardaron silencio, no tenían fuerzas ni para sonreír. Petrus era el que más sufría, los rugidos de su estómago hambriento sonaban como truenos.

Pasaron una noche terrible, pero gracias a los dioses, al amanecer, la tormenta había pasado.

Con gran esfuerzo, Perseo y sus compañeros despejaron la entrada de la cueva y salieron al exterior. El aire puro y frío golpeó sus pulmones, provocando tos. Miraron a su alrededor; el paisaje era hermoso, la nieve cubría toda la llanura, los primeros rayos de sol caían sobre ella, haciéndola brillar. El cielo estaba azul y despejado, pero la respiración de todos se condensaba al salir por la boca y las narices.

Los oficiales y sargentos hicieron que todos salieran de sus refugios, iban a reiniciar la marcha, quedarse en ese lugar era una muerte segura. Georgios, entre todos, era el más debilitado, con mucho esfuerzo lograba mantenerse de pie, pero aún así no eludió sus responsabilidades y organizó a sus hombres para reanudar la marcha.

Jenofonte distribuyó a los soldados heridos y debilitados entre los más fuertes, las órdenes eran simples: tenían que avanzar y alcanzar al resto del ejército que se había alejado o morirían, ya no podían esperar más.

Marcharon por la llanura congelada en una larga fila. Perseo guiaba a un soldado ciego por la nieve, que en todo momento le agradecía por la ayuda. Petrus llevaba sobre sus hombros a

un soldado que tenía ambos pies congelados, cuando sus pies tocaban su cuerpo, emitía terribles gritos de dolor.

Diomedes ayudaba a otro que caminaba apoyado en una lanza, su pierna derecha, herida por un golpe de espada de un soldado armenio en la batalla anterior, exhalaba un olor pútrido, otra víctima de la gangrena. Atreu caminaba junto a Georgios, pero este se negaba a cualquier tipo de ayuda.

La columna tambaleaba por la llanura congelada.

Al final del día recibieron la orden de detenerse, y todos cayeron al suelo exhaustos, apenas tenían fuerzas para encender una hoguera, la leña era escasa y no había árboles a la vista.

Georgios terminó el día tambaleándose, ya que, siendo el más viejo del pelotón, sufría más con el frío y la falta de alimento. Tenía úlceras provocadas por el frío y sus pies mostraban signos de congelación. El sargento simplemente se tumbó junto a una hoguera que, con mucho esfuerzo, Diomedes había encendido, y se sumió en un sueño pesado y profundo. Cubrieron su cuerpo con varios mantos de piel y colocaron piedras calentadas en el fuego alrededor de sus pies.

En plena madrugada, Georgios comenzó a gemir continuamente durante su sueño, todos se turnaron para cuidarlo, porque si moría, estarían perdidos, ya que era él quien mantenía unido al grupo y cuidaba de todos como si fueran hijos.

Al día siguiente, Perseo y sus compañeros despertaron y se prepararon para la marcha. Ya no quedaba nada en sus morrales y alforjas, solo Diomedes tenía algunos trozos de carne de ciervo congelada que había cortado de la carroña semi-devorada por lobos que había encontrado el día anterior, además de una bebida fuerte que había saqueado de un armenio muerto.

Ahora Georgios ardía en fiebre, Diomedes lo obligó a comer y beber. A pesar de sus protestas, hicieron una camilla con mantos de piel y lanzas, y se turnaron para arrastrarla por la nieve. Incluso Laertes se mostró preocupado, siendo el primero en ofrecerse para tirarla.

Caminaban todo el día. Perseo miraba la llanura cubierta de nieve y se desesperaba. *¿Moriré de frío? ¿Seré encontrado en la primavera, mi cuerpo sirviendo de alimento para las bestias? No es una muerte digna. ¿Artemisia volverá a buscarme arriesgando su vida? Temo por ella y su impulsividad.* Pensaba mientras marchaba un paso tras otro, cuando sentía sed ponía nieve en la boca y la sentía derretirse lentamente, un hambre violenta le devoraba el estómago que roncaba sin cesar, quejándose. Perseo recordó el desierto en el que se había perdido, parecía que había sucedido en otra vida, y sintió nostalgia de aquel calor insoportable.

Al final de la tarde, divisaron a lo lejos una tropa avanzando en su dirección, su marcha levantaba nubes de nieve.

Jenofonte ordenó formar en batalla, los soldados dejaron a los heridos en la retaguardia. Georgios intentó levantarse, pero fue impedido.

—Déjenme mi espada, no quiero ser capturado por esos bárbaros —gemía en su camilla.

Diomedes colocó la espada a su alcance y apretó sus manos. Luego, con una sonrisa triste, se levantó mientras Atreu se acercaba y murmuraba:

—Si este es nuestro fin, nos encontraremos en el Hades, amigo mío —se despidió del sargento, apretándole los hombros.

—Asume el liderazgo, cuida de ellos —gimió Georgios, dirigiéndose a Atreu, quien asintió con la cabeza.

Los soldados se formaron lentamente, agotados física y mentalmente. La esperanza había desaparecido, pero el sentimiento era el de vender caras sus vidas.

—Juré que dejaría que me mataran —rió Diomedes—. No aguanto más el hambre y el

frío.

—Ellos llenarán tu barriga —rió Petrus—, pero de bronce.

—Cállense —ordenó Atreu, quien había asumido el cargo de sargento del pelotón, en la fila de atrás.

—Ve a defecar pendientes de hielo —se burló Petrus.

Perseo pensó en Artemisia. *Ojalá hubiera podido verla una última vez. ¿Estará bien? ¿Y la pequeña Helena? ¿Será que después de todo lo que hemos pasado, los dioses serán tan crueles?*

Todos se prepararon, cansados y debilitados por el hambre y el frío, sin creer que esta vez lograrían sobrevivir al ejército que se acercaba en formación de batalla.

CAPÍTULO 22

Después de la despedida de Perseo, Artemisia ya no pudo dormir. Al amanecer, la columna comenzó la marcha. Durante dos días marcharon y la vanguardia se distanció de la retaguardia.

El tercer día, Artemisia dejó a diez Amazonas vigilando las carrozas bajo el mando de Hircania y se llevó a las otras cinco con ella.

Iban a avanzar y explorar el terreno.

Quirisofo estaba preocupado por encontrar lugares donde el ejército pudiera reabastecerse de suministros y atender a los heridos, cuya cantidad aumentaba a diario. También llegaban informes de la retaguardia afirmando que Tiribaz había logrado reagrupar sus fuerzas y había comenzado a perseguir al ejército griego, lo que retrasaba constantemente a la retaguardia, que era hostigada por los armenios, alejándose del resto del ejército.

Las Amazonas avanzaron galopando por la llanura helada durante todo el día, llevando en sus monturas trozos de leña y carne seca. El tiempo estaba nublado, pesadas nubes oscuras cubrían el cielo, dejando que solo una luz difusa del sol llegara a la tierra.

Las guerreras se detuvieron cuando comenzó a oscurecer y la visibilidad disminuyó.

Después de alimentar a las monturas con avena y maíz, las Amazonas cubrieron sus lomos con mantos de cuero de vaca y pieles de oveja, atándolos con las riendas a estacas clavadas en la nieve. Cavaron un agujero en el que las seis guerreras pudieran caber y se acomodaron una junto a la otra para calentarse, tras encender una hoguera con los trozos de leña y paja seca que llevaban.

Las Amazonas comieron la carne seca, y sus odres contenían vino y agua, pero los líquidos estaban congelados, por lo que saciaban su sed colocando nieve en la boca, la cual dejaban derretir lentamente, mientras los odres quedaban al lado de la hoguera para que la bebida se descongelara.

Un viento helado barría la llanura, haciendo que cristales de hielo cayeran sobre el borde del agujero. Todas llevaban gruesas pieles de oso y lobo, además de pantalones y botas de fieltro.

No pasó mucho tiempo antes de que las Amazonas comenzaran a roncar suavemente, después de establecer un turno de centinela. La nieve que cubría la llanura impedía que alguien se acercara en silencio.

Artemisia se encargó de la última vigilia y fue despertada de un sueño ligero por una de sus hermanas. Se acomodó al borde del refugio y miró al cielo oscuro, algunos copos dispersos de nieve caían suavemente sobre su rostro. *¿Dónde estará Perseo? Pensó, observando a sus hermanas dormidas. Ellas han recorrido un largo camino a mi lado, ¿qué me depara el destino? ¿Conseguiré salir con vida de esta jornada?*

De repente, la Amazona oyó un susurro en la nieve, como si algo se estuviera arrastrando para no hacer ruido. Cogió su arco y colocó una flecha en él, al mismo tiempo que tocaba a una de sus hermanas, que abrió los ojos y, al verla con el arco, entendió y despertó a las demás silenciosamente.

Ahora todas estaban con flechas en los arcos. El susurro aumentó, como si alguien o algo se estuviera acercando a su posición desde el oeste.

Artemisia miró a sus hermanas, estaban todas preparadas, listas para seguirla. La líder Amazona se levantó de repente, quedando por encima del borde del refugio, la cuerda del arco

tensada con una flecha lista para disparar. Rápidamente miró a su alrededor, algunos montones de nieve a varios pasos de distancia que no estaban allí cuando abrieron el agujero. *Parecen sospechosos*, pensó, e inmediatamente disparó una flecha hacia el más cercano de ellos.

La flecha alcanzó el montículo y un grito se oyó, inmediatamente las amazonas dispararon mientras otros montículos se levantaban, esparciendo nieve a los lados. Eran soldados vestidos con mantos blancos de camuflaje que intentaban acercarse sigilosamente a su posición. Eran veinte guerreros, y ahora corrían hacia la posición de las amazonas. Rápidamente, Artemisia disparó dos flechas más, alcanzando a los objetivos, que cayeron con las flechas clavadas en sus pechos.

No había tiempo para disparar más, así que dejó el arco y desenvainó sus espadas, justo a tiempo para interceptar a un soldado que saltaba hacia ella. La amazona se agachó y, en el momento en que el guerrero pasaba por encima de ella, clavó ambas espadas en su vientre, utilizando el impulso de su cuerpo para lanzarlo hacia atrás.

Las demás amazonas desenvainaron sus espadas y comenzó un combate encarnizado en el estrecho agujero de nieve, las guerreras tenían la ventaja de estar relativamente protegidas. Un soldado logró saltar dentro del refugio y se enfrentó a Artemisia, intentando estrangularla. Ella sostuvo los brazos de su atacante y le dio una rodillazo en los genitales, lo que lo hizo soltarla y doblarse de dolor. En ese momento, una amazona le clavó su espada en la espalda al guerrero.

Artemisia empujó al hombre y miró alrededor, no había más atacantes vivos y todas sus hermanas estaban bien, excepto una que tenía un corte en el brazo. Tras limpiar la herida, utilizaron un trozo de carbón al rojo vivo para cauterizar el lugar mientras la Guerrera contraía la mandíbula de dolor, mordiendo un trozo de madera, pero era la única forma de evitar los peligros de la gangrena provocada por el frío.

Las amazonas registraron a los atacantes y contaron veinte de ellos, todos usaban pantalones, botas de fieltro y túnicas, además de capas blancas de piel. Parecían persas, no armenios, como se esperaba. Encontraron a uno de ellos aún con vida, el hombre tenía una flecha clavada en su vientre, siendo uno de los primeros en ser alcanzado.

—¿Quién los envió? —preguntó Artemisia en persa.

Los ojos del atacante brillaron por un momento, revelando que conocía el idioma. Permaneció en silencio, mirando a la amazona que sostuvo el asta de la flecha clavada en su vientre y lentamente la forzó hacia el interior de su cuerpo mientras la torcía. El persa gritó de dolor, mientras intentaba liberarse de las amazonas que lo sujetaban por los brazos y las piernas.

—¿Quién los envió? —preguntó de nuevo.

El persa ahora tenía lágrimas corriendo por su rostro, su dolor era insoportable, pero permaneció en silencio nuevamente. Con un suspiro de decepción, ya que odiaba tener que torturar a alguien, Artemisia introdujo aún más el asta de la flecha y la torció, haciendo que el hombre gritara aún más fuerte.

—Tengo toda la noche y puedo hacer que dure mucho tiempo, dime quién los envió y acabaré con tu sufrimiento —murmuró la amazona con voz tranquila.

El persa la miró con los ojos desorbitados de terror y dolor. Artemisia volvió a sujetar el asta de la flecha, lista para torcerla.

—¡Tisafernes! ¡Fue Tisafernes quien nos envió con órdenes de asesinar a las amazonas y capturarte con vida! —gritó.

¡Tisafernes! *El sátrapa que causó la muerte de mi padre adoptivo y de mi amigo Ciro. ¡Maldito! ¡Cómo deseo encontrarlo cara a cara, lo haría pagar por todo el mal que me causó y a los griegos!* Pensó, sintiendo la rabia burbujear en su alma.

—¿Dónde está? —preguntó, aún sosteniendo el asta de la flecha.

—En la retaguardia del ejército de Tiribaz, a varios días de aquí —el hombre jadeó de dolor.

—¿Cuántos más envió? —Artemisia lo miró con mirada feroz.

—Muchos, somos unos cien soldados, estamos bajo el mando del capitán Otanixos —el hombre gimió.

—¿Dónde está ese capitán? —Artemisia observó la nieve bajo el hombre manchada de sangre.

El persa permaneció en silencio, jadeando de dolor. Artemisia lo miró y torció la hoja de la flecha en su interior, haciendo que él gritara.

—¿Dónde está? —gruñó con una sonrisa feroz en los labios.

—En una aldea al oeste —respondió el hombre temblando—. Son dos, él está en la aldea del lado derecho, en una gran casa de piedra.

Artemisia tradujo la conversación a las amazonas que la acompañaban. Si ellos estaban en dirección oeste, estaban frente a ellas. La amazona observó el cielo, el amanecer no tardaría en llegar, decidió que regresaría para buscar al resto de sus hermanas y avanzaría hacia el grupo de aldeas.

La amazona miró al persa que sufría, el sudor le escurría por el rostro, a pesar del frío, hizo una señal a una amazona que estaba cerca de la cabeza del infeliz y con un movimiento rápido y preciso, la guerrera cortó su cuello.

—Volvamos y busquemos refuerzos —ordenó Artemisia.

Cuando llegó el amanecer, partieron de regreso hacia la columna del ejército griego, llegando al anochecer. Mientras las amazonas que la acompañaban avisaban a Hircania y las demás para que se prepararan, Artemisia se dirigió hacia la tienda de Quirísofo para solicitar refuerzos, lo encontró envuelto en un manto, intentando calentarse al lado de una fogata.

—General, estamos cerca de un grupo de aldeas donde el ejército podrá refugiarse —avisó y explicó lo que había descubierto con el soldado persa.

—¿Qué sugieres? —preguntó el general, temblando de frío.

—Concédeme cincuenta caballeros y dominaré la aldea.

—Son tuyos, Neon te acompañará —decidió Quirísofo, mirando a su subordinado, que estaba dentro de la tienda, quien asintió con la cabeza.

—Partiremos antes del amanecer, si cabalgamos rápido podremos llegar a las aldeas pasado mañana antes del amanecer y sorprenderlos —explicó a Neon.

—Muy bien, la encontraré en su campamento, voy a reunir a los caballeros —el oficial asintió saludándola con un movimiento de cabeza y salió de la tienda.

—¿Alguna noticia de Jenofonte y sus tropas? —preguntó la amazona a Quirísofo.

—Nada aún, estoy empezando a preocuparme, pero no puedo retroceder, nuestros suministros están por agotarse, tenemos que alcanzar esa aldea o todos moriremos, voy a ordenar que la columna se ponga en marcha.

—Muy bien, general, voy a preparar a mis guerreras, solo te pido que dejes algunos soldados de confianza vigilando mis carros y la niña que está en ellos —pidió, pensando en la seguridad de Helena y de las sirvientas cilicias.

—No te preocupes, voy a proporcionar una guardia de confianza.

Artemisia asintió con la cabeza y regresó a su campamento.

La amazona tenía el corazón apretado por la preocupación. *¿Cómo estará Perseo? Si nosotras, que estamos al frente, sufrimos con la falta de suministros, ¿qué pasará con las tropas*

en la retaguardia, combatiendo sin cesar, sin suficientes provisiones? Mi deseo es partir en busca de Perseo, pero tengo responsabilidades y no puedo permitir que la persecución contra mí y mis guerreras continúe. ¡Maldito Tisafernes! Pensó furiosa. *Aún desde lejos sigue causándome problemas, lo que daría por estar lo suficientemente cerca de él.*

Artemisia durmió preocupada. Antes del amanecer, sus guerreras ya estaban listas para partir. Una hora después, Neon, al mando de un grupo de cincuenta caballeros, apareció en el campamento de las guerreras.

Con una señal partieron hacia el oeste. Galoparon todo el día, superando el lugar donde las Amazonas habían sido atacadas, los cuerpos de los persas yacían en la nieve, congelados, y algunos lobos huían con la aproximación de la tropa, llevándose trozos de ellos.

Al anochecer continuaron un poco más, hasta que el frío los obligó a detenerse. Con dificultad encendieron una gran fogata dentro de un hoyo que cavaron y, después de cuidar los caballos y poner turnos de centinelas, se sentaron al lado del fuego para calentarse y descansar.

—¿Crees que estamos lejos? —preguntó Neon, sentado junto a Artemisia, mientras le entregaba una odre de cuero de buey que había calentado junto al fuego.

La Amazona dio un trago y sintió el vino caliente calentando su cuerpo helado. Devolvió el odre con una sonrisa de agradecimiento.

—Creo que no —respondió la Amazona, recordando las instrucciones que el persa había dado bajo tortura—. Si salimos antes del amanecer, podemos llegar con las primeras luces —concluyó.

—Sería bueno llegar antes de que salga el sol o cuando empiece a aclarar el día —Neon extendió las manos cerca del fuego.

—Sí, sorprenderemos a los persas cuando aún estén durmiendo. No deben ser más de cien —Artemisia pensó si lograría capturar a Otanixos, el capitán de los persas, él podría dar información sobre Tisafernes.

—Mejor dormimos un poco entonces —sugirió Neon, enrollándose en su manto.

Artemisia hizo lo mismo e intentó dormir mientras observaba las llamas titilando en la fogata. El viento seguía helado, pero al menos no estaba nevando. *¿Cómo estará Perseo?* Pensó nuevamente, hasta que finalmente se quedó dormida.

La Amazona se levantó antes del amanecer y comenzó a despertar a sus guerreras y los griegos. Pronto todos estuvieron listos y partieron al trote hacia el oeste. *Si todo sale bien, encontraremos las aldeas pronto*, pensó, y envió a seis exploradoras al frente para intentar localizarlas.

Al poco tiempo, las exploradoras regresaron a la columna, que continuaba trotando por la llanura congelada.

—¡Las encontramos! —dijo una de las Amazonas.

—No están lejos, son dos aldeas separadas por unos pocos miles de pasos —explicó la más experimentada de las guerreras—. Hay concentración de caballos en ambas aldeas.

—Vamos a dividir nuestras fuerzas en dos —sugirió Artemisia a Neon, que escuchaba atentamente a su lado lo que ella traducía.

—Si caemos sobre ellos por sorpresa, compensaremos nuestra inferioridad numérica —el oficial estuvo de acuerdo con la idea.

Dividieron las fuerzas en dos y, siguiendo a las exploradoras, se desplazaron por la llanura helada. Al este, la claridad indicaba que el sol estaba saliendo por detrás de las pesadas nubes grises que cubrían el cielo.

Después de un tiempo, avistaron a lo lejos las dos aldeas y se separaron. Artemisia se

dirigió con sus Amazonas y veinte caballeros griegos hacia la aldea de la derecha, mientras Neon y los demás seguían hacia la izquierda.

Las Amazonas golpearon el flanco de los caballos para imprimir más velocidad. Artemisia sacó su arco y preparó una flecha. A la distancia, observó a las centinelas persas corriendo y gritando la alarma. Al acercarse, la Amazona apuntó y disparó, acertando a uno de ellos en la espalda. Sus hermanas la imitaron y pronto no quedaba ninguna centinela viva.

Artemisia desenvainó sus espadas e invadió la aldea a galope desenfrenado. Los soldados persas salían aterrados de las casas, muchos aún intentando ponerse sus armaduras y yelmos. Pasó junto a uno de ellos y con un golpe circular cortó su cuello, casi decapitando la cabeza. La sangre salpicó, tiñendo los brazos y la armadura de la Amazona.

Los caballeros griegos galopaban, apuñalando con sus lanzas a los persas aterrados, mientras otros desmontaban e invadían las casas con espadas en mano. Artemisia desmontó y con cuatro Amazonas corrió hacia una gran casa de piedra, la más grande que había visto. *Debe ser aquí donde está alojado Otanixos*, pensó.

La puerta se abrió de repente y cinco persas salieron de la residencia armados. Corriendo, Artemisia chocó contra el escudo de uno de ellos, pateándolo con fuerza. Su adversario perdió el equilibrio y dio tres pasos atrás. Cuando intentó levantar su escudo y espada, la Amazona atravesó su cuello expuesto.

Las demás Amazonas entraron en combate cuerpo a cuerpo con los otros cuatro persas, mientras Artemisia se adentraba cautelosamente en el interior de la residencia. Afuera, el estrépito de la batalla dificultaba su intento de identificar algún sonido dentro del edificio.

Con cautela, entró en un gran salón sin iluminación. A lo lejos, pudo distinguir una mesa en la penumbra, sobre la cual había platos, copas y ánforas. Los restos de comida indicaban que los soldados se habían alimentado en ese lugar.

De repente, Artemisia escuchó un ruido detrás de ella y, en el mismo instante, rodó hacia adelante, esquivando un hacha que pasó cortando el aire. Se levantó rápidamente y encaró a su atacante. Era un persa de casi dos metros de altura, con barba y cabellera negra, y una musculatura imponente.

¡Dioses! ¡Es el mismo persa que estaba junto a Tisafernes cuando invadimos su campamento para intentar matarlo! Fue él quien alcanzó a Perseo desde una distancia imposible, casi causándole la muerte, y quien luchó contra Laertes y Diomedes al mismo tiempo. ¡Es él el responsable de la muerte de mi familia y quien primero me violó! ¡Jamás olvidaré su mirada bestial! Pensó Artemisia, mientras lo miraba, sintiendo que el odio consumía su alma. *Tengo que mantener la calma, porque mi vida depende de eso.*

—Tisafernes quería que estuvieras viva, pero ahora no tengo otra opción que matarte — gruñó el guerrero persa, mirando a la Amazona con ojos maliciosos.

Otanixos avanzó rápidamente, asestando un golpe descendente con el hacha, apuntando a la cabeza de Artemisia, pero ella saltó hacia atrás, alejándose de su alcance. El estrépito de la batalla aumentaba fuera de la casa, y la Amazona sabía que no podía contar con la ayuda de nadie.

El guerrero avanzó de nuevo, girando el hacha y lanzando un golpe lateral. Artemisia saltó sobre la mesa, esquivando la hoja, y asestó una patada en la cabeza de Otanixos, golpeándolo en la nariz. Oyó el sonido de huesos quebrándose y un gruñido de dolor, pero eso no lo detuvo. Él lanzó otro golpe con el hacha, pero la Amazona volvió a saltar al suelo y la hoja se clavó profundamente en la madera, partiéndola en dos.

Con un golpe violento, Otanixos liberó su hacha de los restos de la mesa y la encaró.

—Ahora entiendo la obsesión de Tisafernes, te has vuelto aún más hermosa y hábil en la guerra con el paso de los años —dijo el guerrero, sonriendo de manera salvaje. La sangre que manaba de su nariz manchaba sus dientes, dándole un aire aún más bestial—. Creo que no te mataré, sino que te capturaré. Después de divertirnos un poco, tal vez te entregue a él.

¿Qué quiere decir con eso? No recuerdo haberme encontrado con él antes, salvo cuando me violó. Artemisia apartó ese pensamiento, el odio nubló su mente y, mirándolo fijamente, corrió hacia él. Con un salto hacia adelante y hacia un lado, clavó la espada derecha contra su cabeza, pero Otanixos fue ágil y esquivó el golpe, contraatacando con el asta de su hacha, golpeando a la amazona en la costilla, haciéndola caer pesadamente al suelo y apretar la mandíbula para no gemir de dolor.

El gigante avanzó con el mango del hacha listo para golpear a la amazona, pero antes de que la alcanzara, Artemisia le asestó una patada en los genitales, lo que solo le hizo gruñir de dolor, mientras él también golpeaba con el cabo de su arma el estómago de la amazona, dejándola sin aliento.

Manos fuertes como garras apretaron los puños de Artemisia, haciéndola soltar las espadas. Luego, una de sus manos la agarró por el cuello, levantándola violentamente. La amazona golpeó con los puños el rostro del persa, pero él solo se rió, acercando su rostro al suyo.

—Sí, nos vamos a divertir mucho —gruñó, lamiéndose los labios manchados de sangre.

En ese momento, con un fuerte golpe, la puerta de la casa se abrió y cuatro amazonas entraron al lugar, dos de ellas con arcos. Otanixos miró por encima de su hombro, y Artemisia aprovechó ese instante para clavar sus uñas en su ojo izquierdo. Con un rugido de dolor, el persa la lanzó, como si fuera un pedazo de tela, contra sus hermanas, haciéndola chocar violentamente con ellas y derribándolas al suelo.

—Nos encontraremos de nuevo, Artemisia —gritó el guerrero mientras la amazona intentaba levantarse del suelo, donde se enroscó con sus hermanas.

Una de las amazonas logró tensar una flecha en su arco, pero en ese momento, riendo como un poseído, Otanixos avanzó contra la pared del fondo de la habitación y la destrozó con su hombro, corriendo hacia el exterior de la casa. La flecha disparada pasó a pocos centímetros de su cabeza.

Artemisia corrió hacia el agujero que el persa había hecho en la pared y miró hacia afuera. El caos seguía siendo grande; los soldados griegos recogían a los aldeanos y liquidaban la resistencia de algunos pocos persas.

—¡Necesito uno vivo! —gritó la amazona, con sus hermanas a su lado, quienes inmediatamente salieron para inmovilizar a un persa antes de que fuera ejecutado por los griegos, mientras Artemisia tosía, ahogada por la presión de las manos de Otanixos en su cuello.

Artemisia entró en la habitación, localizó una ánfora con cerveza y dio un gran trago. *¡Dioses! ¡Casi fui derrotada!* Pensó mientras intentaba recomponerse. *Odio admitirlo, pero Otanixos es realmente un guerrero muy bueno.* En ese momento, Neon entró en la habitación, con su escudo y espada manchados de sangre.

—Liquidamos a los persas de las otras aldeas y liberamos a los aldeanos —sonrió mientras recibía la ánfora con cerveza de las manos de la amazona, y la vació de un gran trago.

—Esas aldeas podrán servir de refugio para las tropas —murmuró Artemisia, cansada.

—Enviaremos mensajeros avisando a Quirísofo —dijo, mirándola— ¿Estás bien?

—Solo estoy cansada —sonrió.

En ese momento, Hircania y cuatro amazonas entraron en la habitación con un soldado persa que cojeaba, y lo arrojaron brutalmente al suelo. Neon observó al prisionero, pero salió de

la casa sin decir nada.

Hircania cerró la puerta detrás de él. El persa las observaba en silencio. Artemisia se acercó a él, sacó una silla y se sentó frente a él.

—Si quieres vivir, solo tienes que responder a mis preguntas —dijo en persa, mirándolo fijamente.

El soldado asintió con la cabeza.

—¿Quién es Otanixos?

—Recibimos órdenes de ponernos bajo su mando. Él es un oficial encargado de la seguridad de Tisafernes y su asesino personal —respondió el soldado.

—¿Cuáles eran sus órdenes? —preguntó la amazona en persa, tras traducir la conversación a Hircania.

—Capturarte con vida —dijo él—. Llévartela hasta Tisafernes.

Artemisia miró a Hircania y volvió a traducir la conversación. Su hermana contrajo la mandíbula con rabia.

El persa que las observaba sonrió.

—Se escapó, ¿verdad? No lo conoces como yo. Serví bajo sus órdenes algunas veces. Es implacable, despiadado y astuto. Nunca abandona un objetivo. Lo vi perseguir a un hombre que Tisafernes mandó asesinar, recorriendo casi la mitad del imperio. Es tan fiel como un perro al sátrapa —dijo, con una sonrisa irónica.

Hircania le propinó un puñetazo en la cara al percibir el tono irónico, rompiéndole la nariz.

—Ese animal merece morir —gruñó.

—Cálmate —pidió Artemisia.

La líder amazona se giró hacia el persa, que ya no sonreía y resoplaba sangre que le escurría de la nariz.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Estábamos instalados aquí, en esta aldea, y antes de ella, junto al ejército de Tisafernes.

—¿Volverá a Tisafernes? —preguntó, esperanzada.

—No, no se detendrá hasta matarla o capturarla.

—¿De dónde viene? —Artemisia intentó parecer simpática y le entregó una bota de aguardiente al hombre.

El persa dio un gran trago, luego de limpiar su boca con la mano, la miró fijamente.

—Voy a confiar en ti. Sé que cumplirás tu palabra.

—Cuéntamelo todo y te liberarás fuera de la aldea.

—Otanixos fue criado en los confines del imperio persa, en una tribu cuyo nombre ya nadie recuerda. Cuando era niño, fue vendido o capturado y se convirtió en esclavo. Su amo notó su fuerza y ferocidad, y pronto lo puso a luchar en arenas clandestinas —comenzó el persa.

Artemisia escuchó atentamente, cualquier información sobre el pasado de su adversario podría ser útil.

—Cuando era aún joven, Tisafernes lo vio luchar y quedó impresionado, por lo que lo rescató a cambio de una pequeña fortuna. Pero el sátrapa no fue movido por un sentimiento de piedad, lo contrató con los mejores instructores para entrenar al joven. Pronto se convirtió en tan buen guerrero como sus maestros. Si hubiera sido medo o persa de nacimiento, lo habrían admitido en la guardia real —explicó.

La guardia real, o como los griegos la llamaban “Inmortales”, la élite del ejército persa, solo aceptaba a nobles medos o persas en sus filas.

—Tisafernes no se conformó con convertirlo en un guerrero, quería un asesino y un guardaespaldas, y permitió que Otanixos entrenara asesinando esclavos. A cambio, le dio todo lo que nunca había tenido: mujeres y una vida lujosa donde podía satisfacer todos sus deseos. Pronto asesinó a la primera persona por orden de Tisafernes, y se convirtió en su verdugo personal y encargado de “misiones especiales” —continuó el persa, después de beber otro trago del odre.

—¿Qué tipo de misiones? —preguntó Artemisia, enfadada, sabiendo ya qué tipo de misión se trataba.

—No sé los detalles, me reuní con él hace poco tiempo, pero escuché algunos rumores de que actuaba como agitador por orden de Tisafernes en las ciudades de la costa jónica, atacándolas, haciéndose pasar por espartanos o atenienses.

¿Será que odié a los griegos de manera indebida? ¿Serán los persas los que invadieron mi hogar? Tiene sentido, si Tisafernes jugaba a dos bandas con Esparta y Atenas durante la guerra entre ellas. Y como Halicarnaso era aliada de Atenas, si los espartanos o sus aliados atacaban la costa jónica, y Atenas no podía socorrerla, no sería nada ilógico que Halicarnaso buscara apoyo en el Imperio Persa. Pensó. Nunca hablé en detalle con Perseo sobre los hombres que atacaron mi hogar. Nunca tuve el valor de acusar a los espartanos o sus aliados por miedo a herirlo. Solo dije que era un grupo de soldados griegos desconocidos, y ahora parece que los odié sin razón.

¿Qué clase de criatura ha creado Tisafernes?

—Cuando se compromete a cumplir una misión, nada lo detiene para terminarla, no importa a quién tenga que matar en el camino. Es brutal y carece de escrúpulos. Hace años, violó y luego asesinó a sangre fría a la esposa y la hija de Artapates, uno de los hombres más ricos de Sardes —el soldado la miró con una sonrisa irónica.

Artemisia contrajo la mandíbula al oír el nombre de Artapates. Era uno de los hombres más ricos del Imperio, y había sido traicionado y encarcelado por Tisafernes cuando este asumió su satrapía. La amazona sabía que su mujer y su hija habían muerto, pero no conocía los detalles.

Él fue mi amigo y general de confianza de Ciro. Pensó, sintiéndose triste por la pérdida de tantas vidas a causa de Tisafernes.

—Conociste a Artapates, ¿verdad? Era el general de la guardia personal de Ciro —el persa amplió su sonrisa.

La amazona miró al hombre con odio, su impulso era destrozarlo, pero se contuvo.

—Tisafernes le prometió una fortuna y la libertad para que te capture y te entregue a él. Otanixos es obediente como un perro y no desistirá. Solo la muerte lo detendrá, y matará a cualquiera que se ponga en su camino —concluyó el persa, encogiéndose de hombros.

Controlando el deseo de cortarle el cuello, Artemisia se dirigió hacia Hircania, que estaba a su lado, impassible.

—Libéralo fuera de la aldea.

Hircania asintió con la cabeza.

—Lleva un mensaje para Otanixos de mi parte, dile que si vuelve a buscarme, lo mataré —Artemisia se volvió hacia el persa, quien la miró sorprendido.

—Su fama es justificable —hizo una reverencia y se levantó con dificultad.

Hircania ordenó, y dos Amazonas lo arrastraron fuera de la casa.

—¿Crees que es prudente soltarlo? —preguntó Hircania cuando se quedaron solas.

—Él solo no es peligroso, pero ese Otanixos... siento que nos encontraremos de nuevo —Artemisia sintió un escalofrío de preocupación y premonición recorriendo su espalda.

Nunca he enfrentado a un guerrero tan bueno. Si no fuera por la llegada de mis hermanas, estaría muerta o capturada. Pensó. ¡Perseo! No puede saber sobre la existencia de este asesino, o no se alejará de mí para intentar protegerme, y no creo que sea rival para Otanixos. Incluso temo por sus compañeros. Vi al persa enfrentarse a Laertes y Diomedes, dos de los mejores soldados del ejército griego. ¡No! Ni mis hermanas, ni Perseo ni sus amigos deben saber que fue Otanixos quien causó la destrucción de mi familia. Si Perseo se entera de que fue este persa quien me violentó, querrá ir en busca de él.

Cuando las dos guerreras regresaron, Artemisia las instruyó a no hablar sobre Otanixos. De igual manera, la amazona no le contó nada a Neon.

Las Amazonas se acomodaron en la casa, que era espaciosa, pues además del salón principal, había una gran cocina y dos habitaciones más. Los aldeanos contaron que vivieron bajo un régimen de terror bajo las órdenes de Otanixos, quien había llegado unos días antes. El persa había violado a diversas mujeres y jóvenes, incluso a niños.

Al día siguiente, cuando se acercaba el crepúsculo, se avistó la columna del ejército de Quirísofo, que pronto se instaló entre las cinco aldeas de la región. Las Amazonas encontraron a las sirvientas y las instalaron junto con ellas. La pequeña Helena estaba bien y saludable; no le faltaba nada, ya que las sirvientas y las guerreras preferían dejar de comer antes que verla pasar hambre.

Los emisarios del gobernador local buscaron a Quirísofo para ofrecerle sumisión y hospitalidad.

Pasaron la noche en la casa. Artemisia tardó en dormir, pensando en Otanixos, mientras acunaba a la pequeña Helena en una cama improvisada en un cesto de mimbre cubierto con pieles. El persa estaba al acecho en algún lugar. *¡Dioses! ¡Que los lobos lo encuentren o que muera congelado!* Oró mentalmente.

Dos días después, los mensajeros de Jenofonte llegaron a las aldeas y relataron la desesperante situación de sus tropas, que estaban sin suministros y siendo perseguidas por el ejército de Tiribaz. Se habían librado innumerables combates, y hubo muchas pérdidas debido a heridas, pero principalmente por el frío extremo.

¡Perseo! El corazón de Artemisia se apretó en su pecho. *¡Que los dioses lo protejan a él y a sus compañeros!* Oró mentalmente.

Quirísofo ordenó la movilización de todos los soldados que estuvieran en condiciones, y en menos de dos horas, estaban marchando hacia Jenofonte y sus tropas, siguiendo a los mensajeros.

Artemisia avanzó con sus guerreras en la vanguardia, pisando el terreno, cuando, en medio de la llanura helada, no muy lejos de las aldeas, encontraron el cuerpo de un hombre desnudo. Había sido empalado; la lanza había entrado por el orificio anal y salido por la garganta. Artemisia se acercó a caballo y vio que era un hombre, su nariz estaba rota y tenía una herida en la pierna.

—Es el persa que liberamos —murmuró Hircania.

La líder amazona observó más detenidamente. Los ojos del persa habían sido extraídos, su boca estaba abierta y había una masa sanguinolenta en ella; su lengua había sido arrancada y estaba tirada en la nieve junto al cuerpo. Sus rodillas presentaban fracturas expuestas.

—¡Dioses! ¿Quién hizo esto? —preguntó una de las Amazonas, sorprendida.

—Otanixos —murmuró Artemisia a Hircania—. Está enviando un mensaje.

—¿Cuál?

—Que no va a rendirse —Artemisia sintió nuevamente un escalofrío recorrer su espina

dorsal.

—¡Maldito! Debemos cazarlo —gruñó Hircania.

—¡No! No arriesgaré a ninguna de ustedes. Su misión y la de nuestras hermanas es proteger a Helena —ordenó en un tono que no admitía objeciones.

Hircania guardó silencio.

—Entiérrenlo en la nieve. No quiero que los griegos sepan de él —ordenó Artemisia mientras miraba por encima de su hombro y veía a lo lejos a los mensajeros y la columna de Quirísofo avanzando hacia ellas.

Rápidamente, sus hermanas derribaron la lanza y cubrieron el cuerpo con nieve. Solo en primavera, con el deshielo, sería encontrado, probablemente por los lobos y zorros.

Las Amazonas continuaron avanzando hasta que, al día siguiente, al final de la tarde, avistaron a lo lejos una tropa avanzando por la nieve.

¿Será Tiribaz y su ejército o Jenofonte y sus tropas? Pensó Artemisia, preocupada por Perseo.

Esperaron la columna del ejército que avanzaba cautelosamente en formación de batalla.

Perseo y sus compañeros observaban cómo se acercaba el ejército enemigo, pero antes de que se lanzara cualquier flecha, escucharon un grito desde las filas:

—¡Es la tropa de Quirísofo!

Un grito de felicidad se extendió por las filas al confirmar que sus compañeros habían regresado para ayudarlos. Los soldados cayeron de rodillas, muchos rezaron agradeciendo a los dioses, entre ellos, Atreu. Perseo observó cómo la caballería se acercaba, liderada por Artemisia y sus Amazonas.

Los caballeros y las guerreras desmontaron y se unieron a los soldados, abrazándolos, mientras la infantería avanzaba para ayudar a socorrer a los numerosos heridos.

Artemisia corrió hacia Perseo y se lanzó a sus brazos, su rostro estaba sonrojado por el frío.

Bella como una diosa. Pensó el espartano, intentando sonreír, pero solo una mueca salió de sus labios agrietados.

—Qué preocupada estaba —la Amazona apretó al espartano entre sus brazos, tratando de disimular las lágrimas de alivio. *Ahora también tengo que preocuparme por Otanixos, pero tendré que esconderlo de Perseo.* Pensó.

—Estoy bien —respondió con un hilo de voz—. Ré a los dioses para que me permitieran verla de nuevo.

Estaban juntos nuevamente.

CAPÍTULO 23

La tropa de Quirísofo acudió en auxilio de los soldados de Jenofonte y distribuyó los víveres que llevaba. Sin embargo, al acercarse la noche, los generales decidieron pasarla en aquel lugar. Georgios estaba delirando y con fiebre alta; sería necesario trasladarlo lo antes posible a las aldeas.

Perseo relató a Artemisia todo lo que habían enfrentado. Mientras tanto, la amazona se negaba a separarse de él. Pasaron la noche abrazados bajo un manto de piel de oso junto a una hoguera.

A la mañana siguiente, el ejército reanudó la marcha hacia las aldeas, auxiliando a los heridos. Esta vez, avanzaban con la moral alta, sabiendo que al final del trayecto encontrarían comida y refugio, escapando con vida de aquel infierno helado.

Al caer la tarde, llegaron a un conjunto de aldeas dispersas en la vasta llanura. Recibieron órdenes de instalarse en ellas respetando el acuerdo de no saquear ni incendiar el lugar ni los campos, y de tratar con respeto a sus habitantes. Perseo y sus compañeros se alojaron en una pequeña villa, donde ya se habían establecido varias tropas, y localizaron un hospital de campaña donde médicos griegos y curanderos nativos atendían a los heridos.

Ordenaron que colocaran a Georgios en un rincón y lo examinaron.

El médico griego se dirigió a los compañeros del sargento:

—Tu amigo sobrevivirá. Estos nativos conocen bien los males provocados por el frío extremo. Aplicaremos ungüentos en sus heridas y le daremos a beber pociones hechas con hierbas.

El pelotón decidió turnarse para cuidar de Georgios y lo instalaron en gruesas tiendas de piel, proporcionadas por los nativos, cerca del puesto médico. Había abundancia de comida y vino, y pronto todos recuperaron el buen humor.

El ejército permaneció en aquel lugar durante una semana para recuperarse. Los soldados de Jenofonte estaban débiles y desnutridos, además de muchos heridos por los efectos del frío extremo.

Durante el día, Perseo se mantenía con su pelotón, mientras Artemisia aprovechaba para cabalgar por los campos en busca de señales de Otanixos. Sin embargo, aparte de los restos de una hoguera que encontró cerca de la aldea, no halló rastro alguno de él.

Por la noche, Perseo la buscaba en su tienda, ya que las Amazonas habían decidido abandonar la casa que habían ocupado. Era el mejor momento del largo día, pues podían amarse tranquilamente bajo los mantos de piel que los mantenían cálidos.

En el quinto día, Georgios fue dado de alta por los médicos. Apareció en la tienda del pelotón acompañado de Laertes, quien se había quedado con él en el puesto médico. El sargento cojeaba un poco, ya que le habían amputado un dedo debido al inicio de una gangrena.

—¡Por los dioses! —rió Diomedes—. Pensé que ya no tendríamos que ver tu cara fea.

—Los dioses no nos quieren tanto —gargajeó Petrus.

—Bienvenido, Georgios —dijo Perseo.

—¡Vosotros! ¡Malditos villanos, se acabaron las vacaciones! —Georgios sonrió, tratando de ocultar la emoción—. Es bueno estar de vuelta.

El viejo sargento se sentó entre sus hombres, quienes lo felicitaron. Era uno de los oficiales más queridos de la tropa. Su pelotón tenía el índice más bajo de bajas en todo el

ejército, ya que Georgios siempre los lideraba con la mayor prudencia posible, evitando que algún oficial superior los enviara en misiones suicidas.

El ejército reanudó la marcha, guiado por uno de los hijos del administrador local, quien les mostraría el camino hacia la tierra de los Cálibes. La temperatura había subido, y los soldados ya no sufrían los estragos del frío extremo.

Tras siete días de marcha, el ejército llegó a las orillas de un río que los nativos llamaban Faso. Estaba congelado, lo que facilitaba su travesía.

Artemisia y sus hermanas ahora luchaban junto a la caballería griega, sirviendo como exploradoras para Quirísofo. Las amazonas cabalgaban durante el día buscando señales de emboscadas, y su líder, Artemisia, buscaba rastros de Otanixos, pero no encontraron nada.

Regresaban cerca del crepúsculo, cuando el ejército ya había acampado, y se instalaban junto a las carretas de sus sirvientas, que cuidaban de la pequeña Helena.

Por la noche, Perseo la buscaba en su tienda, donde se amaban y dormían juntos hasta el amanecer. Entonces, él regresaba al lado de sus compañeros.

Cada noche que terminaba, Artemisia sentía que estaba más cerca de Escitia. No había decidido aún qué hacer, pues ahora debía considerar la amenaza que Otanixos representaba para ella. Sin embargo, no había encontrado más rastros de él, lo que le daba esperanzas de que el guerrero estuviera muerto o hubiera partido. Por otro lado, la líder amazona sabía que podría ser acusada de traición por sus compatriotas al llegar a su patria adoptiva.

Artemisia reunió a sus guerreras mientras las sirvientas cuidaban de la pequeña Helena para decidir los próximos pasos.

—Nos estamos acercando a Escitia —comenzó—. Sabéis que partimos de nuestra patria sin la autorización del rey.

Las guerreras la miraron en silencio.

—Debo presentarme ante el rey y ser juzgada por traición, ya que desobedecí la decisión del consejo de líderes de mantener la neutralidad y luché bajo las órdenes de Ciro —continuó, sintiendo un nudo en el pecho al recordar a su querido amigo.

—No temo ese juicio, por eso quiero que vosotras, al llegar a Escitia, vayáis a nuestra tribu y llevéis a la pequeña Helena —ordenó.

Las amazonas se miraron entre sí. Hircania se levantó y se acercó a su líder.

—No te abandonaremos; entraremos contigo en Gímnias —dijo, abrazándola.

Artemisia sintió ganas de llorar, pero se contuvo.

—Gracias, mis hermanas —agradeció en un murmullo.

Después, Artemisia se retiró a su tienda. En soledad, meditó sobre su futuro.

Seré acusada de traición. No temo el juicio; tengo grandes posibilidades de ser absuelta. Los escitas no se someten al poder del imperio, aunque mucho oro persa esté siendo entregado por agentes de Tisafernes y Artajerjes a los líderes tribales, pensó. Pero existe la posibilidad de que me ejecuten antes incluso de ser juzgada. Mi presencia y mi postura contra Artajerjes inquietan a los líderes que optaron por mantener la neutralidad o incluso apoyar al rey persa.

Además, el ejército griego necesita cruzar el territorio escita. ¿Qué ocurrirá si Cnéias no lo permite? Los ejércitos persas aún persiguen a los griegos desde la retaguardia; si los escitas les impiden continuar, quedarán atrapados entre dos fuerzas. Por más valientes que sean, no lograrán abrirse paso luchando.

Debo reunirme con Cnéias e intentar convencerlo de permitir que los griegos crucen Escitia, pero no puedo llevar a Perseo conmigo. Si soy apresada y acusada de traición, él podría ser capturado también, y su destino podría ser la esclavitud o, peor aún, ser sacrificado al dios

Ares en la ceremonia anual.

¡Dioses! No me perdonaré si algo le sucede. Por más que esto le cause dolor, debo partir sola, rezando para que no intente seguirme. Pero, ¿tendré el valor de contarle mis planes?

Durante horas, Artemisia meditó. Cuando la madrugada estaba avanzada, llegó a una decisión:

Cuando llegaran al río Hárpaso, en la frontera de Escitia, dejaría al ejército griego y, junto a sus guerreras, buscaría a Cnéias para presentarse ante él.

Sé que Perseo sufrirá, pero no puedo arriesgarme a que lo capturen, esclavicen o maten por seguirme.

Con estos pensamientos, la amazona finalmente se quedó dormida. Sentía una atroz añoranza por su único amor y una tristeza profunda por la decisión que había tomado.

El ejército continuó su marcha y se acercó a una sierra, pero antes de cruzarla aparecieron delante los cálibes con sus aliados taocos y fasianos, instalándose en las cumbres.

Los soldados recibieron la orden de formarse en posición de combate. Mientras esperaban, se distribuyó comida para la cena, ya que la noche se acercaba rápidamente.

Quirísofo reunió a los oficiales y comandantes para elaborar un plan, y Artemisia fue invitada a participar en la reunión.

—Como podéis ver, el enemigo ocupa las cumbres de la sierra. Veamos cuál es la mejor decisión a tomar. Por mi parte, creo que deberíamos acampar, permitir que el ejército cene y, mientras tanto, decidir si atacamos al enemigo hoy o mañana —dijo Quirísofo.

—Yo opino —intervino Cleanor—, que los soldados deben comer y, acto seguido, se les debe dar la orden de atacar. El enemigo tiene sus ojos puestos en nosotros; si esperamos hasta mañana, ganará audacia y probablemente reunirá más fuerzas.

—¿Queréis saber mi opinión? —preguntó Jenofonte— ¿Es necesario combatir? Hagámoslo con toda la valentía. Pero si nuestro objetivo es únicamente cruzar, entonces enfoquémonos en lograrlo sacrificando el menor número posible de soldados. La cordillera tiene más de sesenta estadios de extensión, y los enemigos que vigilan solo están en los puntos más altos. ¿No sería mejor avanzar por un camino que no esté defendido, sin que el enemigo se dé cuenta, en lugar de atacar una posición naturalmente fortificada donde ya se concentran tropas dispuestas a resistir?

Hizo una pausa antes de continuar.

—Es más fácil ascender un monte escarpado sin enemigos que atravesar un terreno llano cuando nos atacan por todos los flancos. Incluso de noche, cuando no hay amenazas, podemos ver mejor dónde pisamos que de día en medio de una batalla. Y, además, el cansancio es menor al recorrer un suelo pedregoso si no hay inquietudes, en comparación con hacerlo cuando nuestra vida está en peligro. En nuestro caso, no me parece imposible cruzar sigilosamente sin alertar al enemigo, especialmente si estamos dispuestos a dar un rodeo considerable. También podríamos simular un ataque en las cumbres para atraer a todas las tropas que se encuentran en la cordillera hacia un punto determinado.

Jenofonte dirigió entonces una mirada burlona a Quirísofo.

—Ahora bien, fijaos, me atreví a hablar de pasar inadvertidos delante de un espartano como tú, Quirísofo. ¡Qué herejía la mía! ¿No es cierto que desde niños sois educados en el arte del engaño, o, mejor dicho, de la destreza? Los hurtos, que la ley de Esparta no prohíbe, son para vosotros motivo de gloria en lugar de deshonor. Para convertirlos en maestros del escamoteo y el sigilo, os ganáis una buena flagelación si la lección no está bien aprendida.

Jenofonte esbozó una sonrisa antes de concluir:

—Esta es la oportunidad perfecta, Quirísofo, para demostrarnos los frutos de esa educación que recibiste. Pero cuidado, no vayamos a ser nosotros quienes terminemos sorprendidos al intentar engañar al enemigo.

—Tampoco es un secreto para nadie —replicó Quirísofo, irritado por la observación maliciosa de Jenofonte—, que los atenienses son expertos en saquear las arcas públicas, sin importar lo grandes que sean los riesgos. Y, de hecho, los más distinguidos son los que se destacan en esa "noble" arte, ya que en vuestra república elegís como magistrados a los más destacados en tales habilidades. Así que, Jenofonte, tienes la misma magnífica oportunidad que yo para demostrar tus talentos.

Artemisia observó a los dos generales. La larga retirada y los constantes desacuerdos sobre la estrategia estaban desgastando la relación que antes era amistosa entre ellos.

—Señores, esta discusión no nos lleva a ninguna parte. Tenemos que enfrentar el problema y cruzar estas montañas —intervino la amazona, intentando apaciguar a ambos generales.

—Está decidido —respondió Jenofonte—. En cuanto cenemos, estoy dispuesto a liderar una fuerza para engañar al enemigo, frustrar sus cálculos y ocupar una posición que no esté defendida. He capturado a algunos exploradores que seguían nuestro rastro. Por ellos sé que hay varios caminos para atravesar la sierra. Por esas sendas pasan rebaños de cabras y manadas de vacas desde los pastos; cualquier sendero nos servirá para cruzar. Estoy convencido de que, en cuanto el enemigo nos vea en una de las cumbres, huirá y nos abrirá el paso, pues no se sentirá con fuerzas para enfrentarse a nosotros en campo abierto.

—¿Y por qué has de ser tú quien vaya, dejando la retaguardia? Destaca una fuerza, en caso de que no se presenten voluntarios —dijo Quirísofo.

Se ofrecieron para la misión los oficiales Aristónimo, de Metidria, con sus hoplitas; Aristetas, de Quíos; y Nicómaco, de Eta, con los peltastas. Acordaron que, en cuanto alcanzaran la cima, darían una señal mediante una hoguera. Una vez decidido todo, se ordenó a las tropas que cenaran.

Quirísofo, para dar la impresión de que el ataque se haría por ese lado, ordenó avanzar al ejército hasta las proximidades del inicio de la sierra, bajo la atenta mirada del enemigo.

Los espartanos aguardaron en la retaguardia. Tras una larga espera, un oficial llegó y conversó en privado con Georgios. Todos miraron curiosos hacia él, cuya expresión se tornó seria. Poco después, el oficial se retiró, y el sargento pidió que todos se acercaran:

—He recibido órdenes. Nos uniremos a algunos pelotones de hoplitas y compañías de peltastas bajo el mando de Aristónimo, de Metidria; Aristetas, de Quíos; y Nicómaco, de Eta —comenzó diciendo—. Algunos nativos que acompañan al ejército conocen senderos que flanquean estas montañas. Tomaremos una de las cumbres durante la noche y, en cuanto la aseguremos, daremos una señal mediante una hoguera para que el resto del ejército avance.

—¡Siempre nosotros! —murmuró Petrus.

—¡Por el infierno de Hades! ¡Acabamos de escapar de la muerte y ya quieren que la enfrentemos de nuevo! —protestó Diomedes, visiblemente molesto.

—Prepárense, saldremos después de la cena —ordenó Georgios, ignorando los comentarios.

Los soldados comieron en silencio y de mal humor. Al terminar, se unieron a las demás

tropas: unos cuatrocientos hoplitas, quinientos peltastas, cincuenta arqueros y veinte honderos. Sin hacer ruido, retrocedieron por el camino por el que habían venido, liderados por los guías nativos. En la oscuridad de la noche flanquearon la sierra y llegaron a su base en el lado este.

Comenzaron el ascenso. La pendiente no era tan pronunciada como las montañas de los carducos, sino más suave, formada por pequeñas sierras interconectadas. Al superar la segunda cumbre, divisaron a lo lejos las hogueras y antorchas del ejército griego, que avanzaba en la misma dirección.

Los soldados recibieron órdenes de acampar en aquella sierra, pero se les prohibió encender fogatas. Desde su posición, pudieron observar al ejército griego establecer su campamento. Al mirar a su alrededor, vieron que en varias cumbres de las sierras que rodeaban el sendero empezaban a encenderse hogueras. Los enemigos, que vigilaban al ejército, no se dieron cuenta de que un grupo de asalto había comenzado la escalada.

Se colocaron centinelas, y los griegos se acomodaron para descansar. Antes del amanecer, Georgios los despertó, y la tropa de asalto avanzó hacia la siguiente sierra, donde habían avistado una hoguera.

Silenciosamente, los arqueros liquidaron a las pocas centinelas enemigas, y el grupo de asalto cayó sobre el campamento, masacrando a todos los que encontraron. Los cálibres murieron mientras dormían, enrollados en sus pieles. Un peltasta, usando una capa, emitió señales a través de una de las hogueras encendidas para el ejército griego, que se encontraba acampado entre las fogatas al pie de la sierra.

El alba comenzó a asomar en el horizonte.

No pasó mucho tiempo antes de que el ejército comenzara a avanzar por el sendero entre las sierras. Gritos de alarma fueron dados por las centinelas en las sierras vecinas. Los griegos aprovecharon la confusión y avanzaron hacia la siguiente.

Al ver las señales, el ejército griego, ya preparado, se reunió. Cuando los primeros rayos del sol iluminaron los picos de las montañas, Quirisofo ofreció un holocausto a los dioses y ordenó el ataque contra las posiciones enemigas al frente.

Artemisia y sus Amazonas se unieron a los griegos y atacaron directamente las posiciones principales de los cálibres y sus aliados. Dejaron sus caballos de lado y avanzaron junto a los arqueros cretenses.

A medida que subían la montaña, disparaban sus flechas contra los guerreros enemigos. Pronto, la infantería pesada hoplita chocó violentamente contra las posiciones enemigas. Artemisia y sus guerreras, justo detrás de la línea griega, disparaban sin cesar hasta que se quedaron sin flechas.

Desenvainando sus dos espadas, Artemisia gritó para que sus Amazonas atacaran. Sin temor, las guerreras siguieron a su líder y se lanzaron contra las posiciones enemigas, que ya comenzaban a retroceder al darse cuenta de que también estaban siendo atacados por los flancos por la tropa de asalto que había avanzado por la retaguardia y los sorprendió. Corriendo y gritando como locos, los griegos se estrellaron contra ellos.

En la retaguardia, un cálibre se giró y miró sorprendido a Perseo. Antes de que pudiera hacer algún movimiento, el espartano lo atravesó en el abdomen con su lanza. Los compañeros de Perseo avanzaban rápidamente, matando a todos los que alcanzaban. Los peltastas lanzaban sus dardos contra los cálibres más adelantados, mientras los arqueros y honderos disparaban sus proyectiles.

El terror se extendió entre las filas enemigas, atacadas por dos frentes, lo que causó su

desbandada. Los griegos avanzaron hacia la siguiente sierra.

El combate fue encarnizado. Los enemigos atacaban con valentía, pero sin disciplina, mientras que el ejército griego luchaba de manera ordenada, a pesar de no poder formar líneas de combate. Combatían en parejas o en grupos de entre cinco y diez soldados. La desbandada enemiga se hizo general: los enemigos, al huir, dejaron atrás numerosos muertos y heridos, quienes fueron ejecutados.

Al final, se recogió una gran cantidad de escudos y armas del campo de batalla. Quirísofo y Jenofonte reunieron los escudos y, después de destruirlos para evitar que los cálibres los usaran nuevamente, los utilizaron para encender una enorme hoguera en la cima de la sierra más alta. Un macho cabrío y un buey fueron inmolados y sacrificados a los dioses en honor a la victoria alcanzada.

Jenofonte entonó un cántico en honor a Palas Atenea, la patrona de la ciudad de Atenas, donde había nacido, seguido por varios soldados atenienses.

—¡Palas Atenea, ilustre diosa! Comienzo a cantar, la Glaucópida multiversátil que posee un corazón sin dulzura; virgen venerable, protectora de ciudades, poderosa Tritogenia, engendrada por el propio Zeus desde su insigne cuello, portando armas de guerra doradas, que resplandecen con luz omnipotente. Al verla, reverencia tomaron los inmortales: ante Zeus Egífero, irrumpió impetuosamente desde su cabeza inmortal, blandiendo el afilado dardo: retumbó el vasto Olimpo terriblemente por la fuerza de la Glaucópida. La tierra alrededor gritó con miedo, y el alto mar se agitó con ondas púrpuras, conteniendo el agua de repente. El espléndido hijo de Hiperión mantuvo a sus corceles veloces hasta que la doncella tomara de los hombros inmortales las armas divinas, ¡Palas Atenea! Se alegró Zeus, el providente. Así también, ¡salve, hija de Zeus Egífero, a quien honro y dedico esta victoria!

Esa noche, el ejército celebró, y Artemisia y Perseo pudieron encontrarse después de varios días de separación, desde que la amazona decidiera partir sola hacia Escitia.

Cuando estaban desnudos, en el interior de la tienda, Artemisia observó a Perseo por un momento, mientras pasaba sus uñas por su pecho y abdomen. No se cansaba de admirarlo. Sus músculos eran firmes, y algunas cicatrices en su cuerpo mostraban el resultado del duro entrenamiento al que había sido sometido desde los siete años, además de los innumerables combates que había enfrentado.

La amazona lo empujó hacia la cama de pieles, donde lo amó con pasión, como si fuera la última vez, consciente de que, con cada encuentro que compartían, el día de la separación se acercaba más.

¡Dioses, permitidme más momentos en su compañía! Oró mentalmente Artemisia, después de alcanzar el clímax, mientras sentía a Perseo acariciar su cuerpo.

El espartano sintió que algo no estaba bien, pero ella no se abrió sobre lo que ocurría en su interior.

Artemisia se acurrucó en el pecho de Perseo mientras él le contaba sobre la marcha en la retaguardia, pero el pensamiento de la amazona estaba distante, más específicamente en el día en que debería entrar en Escitia. *¿Se sentirá Perseo traicionado cuando lo abandone? ¿Entenderá que lo hago por amor a él?*

Al día siguiente, el ejército descendió por el conjunto de colinas y se dispersó nuevamente por la llanura. Diversas aldeas y pueblos fueron saqueados.

Los espartanos marchaban nuevamente en la retaguardia del ejército, cruzando campos y aldeas incendiadas, cuyos habitantes habían sido muertos o esclavizados por los soldados de la vanguardia. Todo esto causaba el disgusto de Artemisia, que presenciaba esos actos inhumanos,

observando cómo los pocos habitantes que sobrevivieron eran agrupados como ganado y enviados junto al convoy de suministros, donde seguirían al ejército como esclavos.

La esclavitud era algo común, y acompañando el convoy de suministros había numerosas mujeres y jóvenes apresados por los soldados como esclavos. Esto era permitido por los comandantes, que también lo practicaban. Mantener a estos prisioneros resultaba costoso, ya que su dueño debía alimentarlos y pagar a los soldados o intendentes del convoy para que los cuidaran y los vigilaran.

El pelotón de Perseo no tenía esclavos prisioneros, ya fuera por convicción personal o por no tener las condiciones para mantener a uno, pero muchos soldados sí mantenían esclavas, algunos llegaban a encariñarse con ellas e incluso se casaban. La vida de los esclavos en el ejército dependía de la disponibilidad de suministros. Cuando había abundancia, eran bien alimentados y cuidados; pero cuando los suministros escaseaban, los desafortunados pasaban hambre, y algunos, en los peores momentos de la retirada, morían de inanición.

El ejército marchó durante cinco días, saqueando todos los pueblos que encontraba en su camino. Finalmente, los guías informaron que habían entrado en las tierras de los Taocos.

Continuaron avanzando por una planicie desolada, y a pesar del intenso frío, ya no había nieve en su camino, pues la poca nieve que aún caía se derretía cuando el sol calentaba.

Cuando acamparon al caer la noche, los exploradores informaron que, en no más de tres días, alcanzarían la ciudadela principal de los Taocos.

CAPÍTULO 24

Artemisia y sus guerreras, junto con veinte caballeros griegos que habían sido entrenados como exploradores, avanzaron por el territorio taoco. Siempre que localizaban una aldea, la amazona enviaba a un explorador para avisar a la columna del ejército que las aldeas estaban abandonadas.

La líder amazona conocía bien a ese pueblo; eran pastores que vivían en pequeñas aldeas que se trasladaban según las estaciones o el estado de los pastos. Solo tenían una ciudad amurallada, que era la capital de su país, donde realizaban sacrificios a los dioses y solían refugiarse con sus rebaños en caso de invasión.

Artemisia lideró al grupo hacia el oeste, tenía una noción aproximada de la ubicación de la capital y pronto sus sospechas se confirmaron, ya que a lo lejos observó una larga columna de personas caminando. Cerca de ellas, había una enorme cantidad de ganado y carneros, guiados por varios caballeros.

Cerca de treinta caballeros se separaron de la columna y se dirigieron hacia el grupo de las Amazonas.

—¡No se muevan! —gritó Artemisia a los caballeros griegos.

Estaban en menor número, pero ella sabía que los taocos respetaban la valentía, por lo que decidió esperar. No pasó mucho tiempo antes de que los caballeros redujeran el galope hasta detenerse, observándolos desde lejos.

Artemisia esperó algunos minutos y, cuando consideró que era suficiente, giró su montura hacia el este y lideró a su tropa de regreso al campamento griego.

El ejército había hecho una parada para pasar la noche. Después de pasar por sus carromatos para ver cómo estaba la pequeña Helena, Artemisia se dirigió a la tienda de comando, donde encontró a Quirísofo reunido con algunos oficiales.

—¡Artemisia, qué bueno verte! —saludó el general sonriendo—. ¿Qué tenemos por delante? ¿Cómo es el pueblo de estas tierras?

—Se llaman taocos, son guerreros valientes y prefieren morir antes que ser esclavizados o capturados. Son un pueblo nómada que cría ganado en las llanuras, cambian de aldea según las estaciones y el estado de los pastos. Ya saben que estamos cerca y se dirigen hacia su ciudadela.

—¿Y cómo es esa ciudadela? —preguntó curioso Neon.

—Nunca he estado allí, pero sé que está ubicada en la cima de una colina en medio de la llanura. La subida es empinada por tres lados y en el cuarto es imposible, ya que la subida es prácticamente vertical —recordó Artemisia lo que Himósia e Ikarnas le habían contado sobre una visita que hicieron a la ciudadela hace muchos años.

—Pregunto porque estamos nuevamente con pocos suministros y probablemente tendremos que saquearla —Neon se rascó la barba.

—Será difícil, ya deben estar encerrados tras sus murallas —respondió la amazona mientras aceptaba una copa de vino que le ofreció un oficial.

—No tenemos otra opción. Si logramos robar su ganado, podremos llegar a Escitia con buenos suministros —afirmó Quirísofo.

—En dos días de marcha podremos llegar a la ciudadela —advirtió la amazona con una punta de pesar por las muertes que se producirían.

Los planes fueron trazados, y a la mañana siguiente, el ejército avanzaría.

Artemisia regresó a su campamento y aprovechó para descansar el resto del día, pidiendo a una de las amazonas que avisara a Perseo que ella lo esperaba esa noche.

Después de cenar con sus hermanas y ayudar a alimentar y bañar a la pequeña Helena, la amazona se quedó observando a la niña mientras pasaba de brazo en brazo, siendo mimada por todas.

Mientras la observaba, algo la sorprendió. Con las constantes misiones de reconocimiento, había olvidado sus reglas lunares, y al calcular la fecha, se dio cuenta, con asombro, de que estaba retrasada aproximadamente tres semanas.

¿Será posible? ¿Artemisa habrá escuchado mis plegarias? ¿Estoy generando una vida en este momento? Pensó emocionada, acariciándose discretamente el vientre.

Esto lo cambia todo. *¿Cómo podría entregarse para ser juzgada por traición, llevando una vida en su vientre? Si realmente estaba embarazada, no podría arriesgar la vida de su hijo.* Entonces, decidió rápidamente: *Convenceré a Perseo para que me acompañe. Juntas, con mis hermanas, nos dirigiremos directamente a mi tribu. Allí estoy segura de que no seré traicionada ni entregada a Cnéias, y él no sería tan loco como para iniciar una guerra contra las amazonas.*

Mientras sus pensamientos tomaban forma, el corazón de Artemisia latía con fuerza, no solo por la revelación de su posible embarazo, sino también por el peso de las decisiones que tendría que tomar en los días venideros. El futuro de ella y de su hijo, así como el destino de su amor por Perseo, dependían ahora de sus elecciones.

Sintiendo un nuevo tipo de felicidad, Artemisia se retiró al interior de su tienda, donde se sumergió en una tina con agua caliente que las sirvientas habían preparado. Mientras se bañaba, pasó suavemente la mano sobre su vientre, imaginando cómo crecería con una vida en su interior.

Después de su baño, la amazona se acostó desnuda bajo las pieles que servían de manta, esperando a Perseo, quien no tardó en aparecer.

Sonriendo, Perseo entró en la tienda. Artemisia apartó las pieles bajo las que estaba acostada, mostrando su cuerpo desnudo. Rápidamente, él también se desnudó y se recostó a su lado, bajo las pieles.

—Qué ganas de verte —murmuró al oído de la amazona, mientras aspiraba el aroma de su cuello, haciendo que su piel se erizara.

Ella lo besó tiernamente en los labios y acarició su rostro. Él la miró fijamente y, sonriendo, respondió al beso con suavidad, mientras sus manos recorrían el cuerpo de Artemisia.

Artemisia lo atrajo hacia sí y se amaron lentamente. Cuando alcanzaron el clímax, la amazona oró en su mente mientras se acurrucaba en el pecho de Perseo, con una sonrisa danzando en sus labios. *Artemisa, diosa protectora del parto, concédeme la gracia de concebir un hijo.*

Poco después, ella comenzó a dormir suavemente.

Una esperanza se encendió en el corazón de Perseo mientras la observaba. Ella parece tranquila en su sueño, como hacía tiempo no la veía. *¿Habrá olvidado su deseo de venganza?*

Al amanecer del día siguiente, el ejército reanudó la marcha, esta vez en dirección a la ciudadela de los taocos. Artemisia lideraba a las amazonas y la tropa de exploradores griegos, guiando el camino para la columna.

Durante dos días avanzaron hacia el oeste. Cuando se detenían para pasar la noche, ella se perdía en sus pensamientos, soñando despierta con la posibilidad de estar gestando una vida,

imaginando cómo le contaría a Perseo. *¿Cómo reaccionará él? ¿A dónde iremos?* La amazona pasaba horas trazando mil planes, sintiéndose completamente realizada y feliz.

En la tarde del segundo día, el ejército acampó en la llanura, mientras las amazonas avanzaban marcando el terreno. Durante dos horas cabalgaron sin detenerse hasta que avistaron a lo lejos la ciudadela taoca.

Estaba situada en una gran elevación de la llanura, rodeada por un lado por un pinar y, por el otro, por un terreno accidentado, lleno de piedras y guijarros. En la cima de la elevación, se alzaba una gran ciudad rodeada por un muro hecho de troncos de árboles, tal como Himósia e Ikarnas le habían descrito a Artemisia. En la retaguardia de la ciudad, el terreno era escarpado, casi como un precipicio. El único camino libre era una senda que ascendía por la ladera.

Las amazonas sorprendieron a cuatro pastores que guiaban su ganado hacia la ciudadela y los capturaron, así como a unos cincuenta carneros. Mientras las guerreras y los griegos llevaban a los prisioneros y el ganado de regreso a la columna del ejército, Artemisia observaba a distancia la ciudadela, pero ninguna tropa enemiga salió a ofrecer combate.

Cuando giró su montura para reunirse con sus hermanas, Artemisia sintió un dolor agudo en su vientre que la hizo gemir y encorvarse sobre la silla. Hircania, que estaba cerca, emparejó Su montura al lado de su líder.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—No lo sé —respondió Artemisia, respirando lentamente mientras el dolor desaparecía—. Vamos a regresar pronto.

Galoparon hasta alcanzar al resto del grupo, que, acompañado por los griegos, llevaba los carneros capturados. Mientras cabalgaba, Artemisia intentaba no desesperarse, orando a los dioses para que no la castigaran de esa manera, pero sentía algo húmedo en sus partes íntimas que mojaba la tela que protegía sus genitales.

La amazona trató de contener las lágrimas. Ya imaginaba lo que había ocurrido, hasta que finalmente alcanzaron al ejército.

—Hircania, lleva a los pastores ante Quirísofo para que los interroguen —pidió mientras desmontaba de su caballo. Tras entregarlo a una de las sirvientas que la recibió, corrió hacia su tienda.

Entrando rápidamente, Artemisia se quitó la coraza y la túnica. Con lágrimas cayendo por su rostro, desató su tanga y notó que estaba empapada de sangre.

Mis reglas han bajado, no estoy embarazada. ¿Habrá sido un aborto? ¿Seré culpable? ¿Debería haber dejado de montar y de liderar a mis hermanas? Pensó desolada, aunque sabía que las amazonas, cuando estaban embarazadas, continuaban cabalgando hasta el final de la gestación.

Llorando en silencio, se limpió y, tras pedir a las sirvientas que trajeran agua caliente, se bañó. Mientras lo hacía, la amazona sintió una tristeza profunda. *Tenía esperanza de estar esperando un niño, pero los dioses no escucharon mis oraciones. Gracias a Artemisa que no se lo conté a Perseo, eso solo lo haría sufrir, igual que yo sufro ahora. Menos mal que él no aparecerá esta noche, no podría mirarlo sin ponerme a llorar.*

Más tarde, al recomponerse, Artemisia salió de la tienda para cenar con sus hermanas. Hircania contó que los griegos interrogaron a los pastores, quienes confirmaron que los taocos, al enterarse de la aproximación del ejército griego, huyeron al interior de la ciudadela, llevando consigo sus rebaños.

Pero nada de eso importaba a la amazona en ese momento. Pasó horas sentada frente al fuego, observando las llamas danzar, en absoluto silencio. Sus hermanas notaron su estado de

ánimo y la dejaron sola, no sin antes que Hircania apretara suavemente el hombro de su líder mientras se retiraba para dormir.

Al verse sola, una lágrima solitaria recorrió el rostro de Artemisia. *¿Cómo podía amar tanto a un niño que ni siquiera había comenzado a desarrollarse en mi vientre? Esto es culpa de Otanixos y de la violencia que sufrí a manos de él. Maldito sea, y maldito sea Tisafernes, su maestro!* Pensó, sintiendo el odio burbujear en su interior, dejando un sabor amargo en su boca.

Artemisia terminó dormida junto al fuego, enrollada en su manto. Soñó con sus padres y su hermano. Estaban en la granja, riendo, jugando felices con un niño que no era ella. La vieron y la llamaron, pero cuando Artemisia intentó acercarse, se convirtieron en humo y desaparecieron, dejándola sola una vez más.

Artemisia despertó sintiéndose más solitaria que nunca.

Ese día, el ejército alcanzó la ciudadela.

Perseo avistó una gran elevación en la llanura, rodeada por un lado de un pinar y por el otro de un terreno accidentado lleno de piedras y guijarros. En la cima de la elevación se erigía una gran ciudad rodeada por una muralla construida con troncos de árboles. Por la parte trasera, el terreno era tan escarpado como un precipicio, dejando solo un sendero libre que subía por la ladera.

Los exploradores capturaron a algunos pastores que conducían su ganado hacia la fortaleza. Tras ser interrogados, confesaron que, al enterarse de la aproximación del ejército griego, los pastores nómadas que vivían en las afueras habían huido al interior de la ciudad amurallada, llevándose consigo sus rebaños.

Los suministros del ejército comenzaban a escasear. Este acampó cerca de la ciudadela, bloqueando el acceso al camino que subía hasta la cima de la elevación.

Quirísofo ordenó que cuatro divisiones de la vanguardia, con aproximadamente dos mil cuatrocientos soldados, avanzaran. La tropa griega empezó a subir por el sendero que conducía a la gran puerta de la muralla, que permanecía cerrada.

Cuando los soldados estaban a mitad de camino, enormes piedras comenzaron a rodar colina abajo, lanzadas por los soldados taocos que se encontraban fuera de las murallas. Desde las almenas, arrojaron dardos y flechas. Las piedras causaron numerosas bajas: soldados con piernas y brazos rotos, y algunos con los cráneos aplastados.

Las rocas impedían que la tropa mantuviera la formación de combate y dispersaban a los soldados. Muchos caían bajo las flechas y los dardos lanzados desde los muros. A pesar del valor y la determinación griegos, el grupo de asalto tuvo que retroceder.

Jenofonte y Quirísofo se reunieron con varios oficiales para discutir la mejor estrategia para tomar la ciudadela. Artemisia fue invitada a la reunión, aunque prefería quedarse en el interior de su tienda, sumida en el dolor por la criatura que no había logrado llevar en su vientre.

—Llegas en buen momento —dijo Quirísofo a Jenofonte—. ¿Ves esta fortaleza? Si no conseguimos tomarla, moriremos todos de hambre.

—¿Por qué no habríamos de tomarla? —preguntó Jenofonte.

—Solo tiene este maldito acceso. Apenas nuestras tropas dan un paso, esos desgraciados hacen rodar piedras colina abajo que aplastan a quien encuentran. ¿Quieres verlo? —preguntó Quirísofo señalando a dos griegos que estaban siendo atendidos a pocos metros, con costillas y piernas fracturadas.

—Si se quedan sin piedras, ¿habrá otros obstáculos que nos impidan tomar la ciudadela?

—preguntó Jenofonte—. Solo veo una media docena de hombres armados. El espacio expuesto a las piedras no es muy grande, y dos tercios de él están cubiertos por el pinar. Si los hombres se refugiaron tras los árboles, seguramente no serían alcanzados por las piedras, tanto las que los enemigos lanzan desde las almenas de la empalizada que rodea la ciudadela, como las que ruedan ladera abajo. Así, solo quedaría como espacio peligroso una pequeña distancia que deberíamos atravesar corriendo, en cuanto cesaran de llover las piedras.

—Pero hasta llegar al pinar, ¿quién nos libra de ellas? —preguntó Quirísofo.

—Escucha, cuantas más piedras nos lancen hasta llegar al pinar, menos tendrán para lanzarnos después. Todo se reduce, luego, a avanzar desde el pinar hasta las murallas. En las murallas debemos atacar el punto más cercano, minimizando así el espacio tanto para el asalto como para la retirada.

Quirísofo y Jenofonte, tras ponerse de acuerdo, asignaron la misión a Calímaco, de Parrasia, quien ese día estaba al mando de las tropas de retaguardia.

—Me uniré a él —decidió la amazona, saliendo en busca de sus guerreras.

Artemisia reunió a sus hermanas y se dirigieron al lugar donde Calímaco había reunido a la tropa de asalto y estaba dando instrucciones. Perseo y sus compañeros estaban entre los soldados elegidos para participar en el ataque.

—Vamos a apoyarnos —avisó la amazona, dirigiéndose a Calímaco.

—Toda ayuda es bienvenida —respondió el oficial griego.

Perseo se acercó sonriendo y Artemisia le devolvió la sonrisa, aunque lo que realmente deseaba era caer en sus brazos y llorar.

—¿Cómo estás? —preguntó Perseo con preocupación.

Hacía días que la pareja no se encontraba, desde la noche en que la amazona había pensado que estaba esperando un hijo. Aunque estaba profundamente desilusionada al constatar que no había quedado embarazada, no lo había buscado; temía no poder ocultar su tristeza.

—Estoy bien. Ten cuidado —respondió la amazona, apretándole discretamente el brazo mientras intentaba disimular la melancolía que sentía.

—Tú también —murmuró él.

La tropa llegó al pinar y todos se refugiaron entre los árboles. Desde allí comenzaron a avanzar en pequeños grupos, atentos al movimiento en la cima del cerro, donde podían ver a los soldados taocos manejando piedras, listas para ser lanzadas contra ellos.

Calímaco ordenó que se mantuvieran bajo cobertura y luego avanzó por la ladera empinada, saliendo de la protección de los árboles. Intentó parlamentar con los taocos, pero la única respuesta fueron piedras lanzadas en su dirección, ya que estaba fuera del alcance de las flechas y los dardos. El oficial daba dos o tres pasos hacia adelante, y los taocos respondían con una lluvia de rocas, obligándole a retroceder rápidamente y resguardarse entre los árboles.

Las piedras impactaban con fuerza en los troncos, pero estos eran fuertes y anchos, ofreciendo excelente protección. Calímaco repitió la maniobra varias veces, y cada vez los taocos lanzaban piedras que no lograban alcanzarle.

Varios soldados empezaron a impacientarse; todos querían avanzar contra la fortaleza. Un oficial llamado Agasias observó que Calímaco, siendo el centro de todas las miradas, probablemente agotaría las piedras de los taocos, y decidió ser el primero en llegar a las murallas. Avanzando, exclamó:

—¿Quién viene conmigo? ¡Por Zeus! —y se lanzó al ataque.

Calímaco intentó detener a Agasias sujetándole por el borde del escudo, pero no tuvo éxito. Varios soldados se unieron al avance. Laertes fue uno de los primeros en correr colina

arriba. Inspirados por su valentía, Perseo, sus compañeros y el resto de la tropa se precipitaron hacia la fortaleza.

Desde lejos, Quirísofo, al observar el ataque, ordenó que sus tropas avanzaran por el sendero que conducía a la puerta de la ciudadela.

Los griegos corrían colina arriba por el terreno irregular, esquivando las piedras que caían desde la cima de la elevación. Diomedes y Petrus corrían delante de Perseo, mientras que, a su derecha, Atreu le acompañaba. Georgios avanzaba con dificultad debido a las heridas en sus pies causadas por el frío, mientras las amazonas les seguían en la retaguardia. Al llegar a una distancia adecuada, comenzaron a disparar sus flechas contra la fortaleza.

Artemisia corría no muy lejos de Perseo. Cada vez que veía a un enemigo en la empalizada, a punto de disparar su arco, lanzar un dardo o arrojar una piedra, se detenía, apuntaba cuidadosamente y disparaba una flecha.

Una gran roca fue lanzada colina abajo en dirección a Perseo. Él se lanzó hacia un lado para esquivarla, pero la piedra impactó contra un hoplita, aplastándole las piernas. El griego giró la cabeza al escuchar el espantoso grito de dolor del desdichado y vio a Artemisia corriendo justo detrás de él.

Dardos y flechas llovían desde la empalizada. Los proyectiles lanzados producían un silbido agudo al pasar cerca de los soldados que avanzaban.

Artemisia y sus guerreras formaron una línea y comenzaron a disparar nuevamente. Algunos soldados taocos cayeron desde la empalizada, abatidos por las flechas de las amazonas. Artemisia, mientras disparaba para proteger a Perseo, observó cómo Laertes llegaba a la cima del cerro y arrojaba su lanza contra un arquero que intentaba acertarle desde la empalizada.

Los taocos que estaban fuera de los muros, lanzando piedras, desenvainaron sus espadas para tratar de detener el ataque. Laertes se defendió con su escudo de un soldado que se abalanzó sobre él con una espada y, con un solo golpe, le decapitó. Diomedes y Petrus llegaron al lugar y se unieron al combate en medio de una lluvia de lanzas y dardos arrojados por ambos bandos.

Perseo alcanzó la cima junto con Atreu y lanzó su lanza contra un taoco que intentaba atacar a sus compañeros con dardos. Mientras tanto, Laertes, quien había sido el primero en escalar la empalizada, luchaba en su cima contra dos enemigos.

Petrus apoyó su espalda contra la empalizada y, usando las manos como soporte, impulsó a Diomedes hacia arriba hasta que alcanzó la empalizada. Diomedes entró de inmediato en combate contra los defensores. Animados por Petrus, quien exclamaba:

—¡Vamos! ¡Por aquí, por Zeus y Hércules!

Varios soldados siguieron el ejemplo y comenzaron a escalar. Perseo corrió hacia Petrus, colocó su pie derecho en las manos entrelazadas de este y, con un fuerte impulso, logró agarrarse al borde de la empalizada, trepando hasta la cima.

Varios soldados griegos ya habían escalado la empalizada y comenzaban a saltar dentro de la ciudadela. Perseo miró a su alrededor y no vio más enemigos en la empalizada, por lo que ayudó a Georgios y a Petrus a subir. Acto seguido, ambos saltaron junto con él al interior de la ciudadela.

Desde la distancia, Artemisia observó a Perseo saltar dentro de la fortaleza junto con sus compañeros.

¡Artemisa, protégelo!, oró mentalmente.

La líder amazona miró a su alrededor. Dos de sus hermanas yacían en el suelo. Corrió hacia ellas y vio que ambas tenían flechas clavadas en el pecho. Palpando sus cuellos, confirmó lo que temía: estaban muertas.

Artemisia sintió un nudo en el corazón. *Nuestros números disminuyen cada vez más*, pensó, sintiéndose cansada y triste. No había nada que pudiera hacer por ellas en ese momento, así que ordenó a sus hermanas que escalaran los muros para seguir combatiendo.

Hircania se colocó de espaldas al muro, entrelazando los dedos para ayudar a que todas subieran. Una vez que alcanzaron la empalizada, la tomaron de las manos y la ayudaron a subir.

Desde lo alto, Artemisia observó la ciudadela. Los gritos de dolor y el ruido de la batalla se mezclaban en el aire. Algunas casas ardían en llamas, y, a lo lejos, distinguió a Perseo y sus compañeros luchando contra un grupo de taocos.

Saltando junto a sus hermanas, Artemisia se dirigió al portón principal de la ciudadela, que las tropas de Quirísofo debían estar intentando derribar desde el exterior.

—¡Hacia los portones! —ordenó con un grito a un grupo de hoplitas que las seguían.

Mientras se acercaban, un grupo de soldados taocos, que desde las murallas lanzaban dardos y piedras contra las tropas de Quirísofo, descendió para enfrentarlos, blandiendo espadas y hachas pequeñas.

Artemisia desenvainó sus espadas, imitada por sus hermanas, ya que las flechas se habían agotado.

—¡Ataquen! —ordenó, gritando mientras corría hacia los taocos.

—¡Ahuu! —respondieron los hoplitas que avanzaban junto a las amazonas.

El choque contra los soldados taocos fue brutal. Estos eran valientes, pero carecían de la disciplina griega, y sus ataques eran desorganizados.

Un taoco intentó golpear a Artemisia en la cabeza con su hacha, pero ella se agachó a tiempo y hundió una de sus espadas en el vientre de su adversario. Con la otra espada, que llevaba en la mano derecha, le asestó un golpe en la cabeza, partiéndole la mandíbula.

Miró a su alrededor. Sus hermanas luchaban al lado de los griegos.

—¡Hircania! ¡Los portones! —gritó, señalando una gran tranca de madera que bloqueaba la puerta.

Las amazonas corrieron hacia la tranca y, con la ayuda de dos hoplitas que las acompañaron, lograron retirarla, abriendo los portones. Las tropas de Quirísofo, que esperaban fuera, avanzaron rápidamente dentro de la ciudadela, dispersándose por las calles.

El general entró poco después. Al ver a la líder amazona, sonrió.

—Buen trabajo, Artemisia —la felicitó, mientras sus ojos recorrían la ciudadela conquistada.

Artemisia miró a su alrededor. Ya no había taocos luchando cerca de los portones; la batalla ahora se concentraba en el interior de la ciudadela. Los soldados griegos buscaban a los taocos heridos y, cuando los encontraban, les hundían las lanzas en el pecho. Algunos griegos, también heridos, eran evacuados hacia la retaguardia.

No quedaba nada más que Artemisia pudiera hacer allí. Llamó a sus amazonas, quienes se reunieron con ella. Todas estaban bien, aunque algunas tenían cortes superficiales sin gravedad. Artemisia les ordenó que regresaran para recuperar los cuerpos de sus dos hermanas caídas en combate.

Cuando Georgios saltó al interior de la ciudadela, comenzó a gritar órdenes para que los soldados formaran una fila de combate, pero solo unos pocos hoplitas se unieron a él, entre ellos Perseo, que corrió hacia la línea acompañado de Atreu. La formación contaba apenas con seis hoplitas.

Más y más soldados griegos seguían saltando al interior de la ciudadela.

El sargento ordenó avanzar contra quince taocos que corrían desde el centro de la ciudadela, blandiendo hachas pequeñas y espadas. Los griegos marcharon a paso rápido, manteniendo la formación de escudo con escudo, interceptando a los enemigos y chocando violentamente contra ellos.

Con un impacto brutal, Perseo se defendió con su escudo de un golpe de hacha, y arremetió con su espada contra el pecho desprotegido de su atacante, que cayó al suelo muerto. Otro taoco intentó atacarlo con una lanza, pero Atreu la desvió con su escudo, y Perseo atravesó el cuello descubierto del enemigo con un golpe violento, haciéndolo caer mientras se sujetaba la garganta ensangrentada.

El pelotón eliminó al grupo enemigo con solo un herido, que fue arrastrado cerca de la empalizada. Georgios ordenó avanzar en parejas, ya que el laberinto de casas, muchas con gallineros y corrales anexos, impedía mantener una formación de combate.

Perseo se unió a Atreu y avanzaron juntos. Vieron a Diomedes y Petrus luchando contra cinco taocos, y corrieron hacia ellos. Perseo golpeó a uno de los atacantes con un violento empujón de su escudo. El taoco, que blandía una espada, cayó de espaldas al suelo, y Atreu rápidamente le pisó el pecho y le asestó un golpe mortal en el cuello con su espada.

Otro taoco lanzó un dardo hacia Perseo, quien levantó su escudo y escuchó el sonido metálico del impacto. Antes de que el enemigo tuviera tiempo de desenvainar su espada, el espartano ya estaba sobre él, clavándole la espada en el vientre, torciéndola y tirando de ella con violencia. El taoco gimió fuerte y cayó al suelo sujetándose el abdomen.

Mientras tanto, Diomedes y Petrus eliminaron a sus atacantes. Todos se miraron un momento y rieron aliviados, para luego continuar avanzando hacia el centro de la ciudadela.

Otra oleada de atacantes corrió hacia ellos: hombres armados con espadas y mujeres portando grandes tridentes para recoger heno y hachas de cortar leña.

Perseo quedó inmóvil por un instante. Una matrona se abalanzó contra Petrus, quien, con una sonrisa triste, se defendió del torpe ataque y le cortó la garganta. Una adolescente se lanzó contra Perseo con una pequeña hacha usada para decapitar gallinas. Con furia, descargaba golpes contra el escudo del espartano, que retrocedía o se desviaba mientras la joven intentaba cercarlo.

¡Nunca he matado a una mujer! pensó Perseo, indeciso sobre qué hacer mientras observaba a su alrededor. Sus compañeros combatían contra hombres y mujeres taocos que luchaban desesperadamente.

Perseo no sabía qué hacer con la adolescente; no tenía valor para matarla. De repente, sintió un violento empujón en el hombro y cayó desequilibrado hacia un lado. Laertes agarró la mano de la joven, torciéndole el brazo. El hacha cayó al suelo, y su espada atravesó el pecho de la muchacha. La mirada de ella reflejaba sorpresa.

Laertes dejó caer el cuerpo sin vida como si fuera un trapo. Con una expresión de desprecio, reprendió a Perseo:

—Sigue teniendo piedad de los enemigos y acabarás despertando en el Hades —gruñó antes de avanzar nuevamente.

Perseo sintió rabia; rabia por su propia compasión; rabia por no haber tenido el coraje de hacer lo que debía, y rabia por la estupidez de la joven al atacar a soldados tan experimentados. Miró el rostro de la chica; era muy joven y hermosa. Su cabello era negro y ondulado, y el espartano sintió una profunda tristeza por su destino.

El estruendo de la batalla continuaba. Las tropas griegas avanzaban sin detenerse ni por un instante a lamentar la pérdida de una vida tan joven. Perseo sintió una mano en su hombro;

era Georgios:

—Vamos, tenemos que hacer lo que debemos. Murió luchando con valentía y coraje —dijo con una mirada apenada.

Perseo asintió con la cabeza y siguió avanzando detrás de sus compañeros. La matanza continuaba indiscriminadamente: hombres, mujeres, adolescentes, ancianos, incluso algunos niños intentaban atacar a los griegos y eran abatidos sin piedad.

Un niño, de poco más de diez años, se lanzó contra Perseo con un cuchillo. Su mirada reflejaba puro odio, y gritaba como un lunático en su lengua bárbara. Su intención era clara: si Perseo lo permitía, el muchacho lo mataría sin dudar. Pero el espartano no tuvo el corazón para matarlo. Esquivó el golpe y le propinó una violenta bofetada que lo hizo caer al suelo inconsciente.

Perseo continuó avanzando sin mirar atrás.

Las casas ardían en el interior de la ciudadela. Un clamor procedente de las puertas anunciaba que Quirísofo y sus tropas habían logrado entrar.

Llegaron cerca del precipicio que delimitaba el fondo de la ciudadela y presenciaron un espectáculo terrible: las mujeres lanzaban a sus hijos desde lo alto del acantilado y después se arrojaban detrás de ellos. Algunos soldados griegos intentaron detenerlas, pero ellas luchaban desesperadamente, intentando arrastrar a los soldados con ellas. Las pocas que fueron detenidas se comportaban como verdaderas furias desquiciadas; solo la muerte o la inconsciencia lograban detenerlas.

Los soldados taocos luchaban para impedir el rescate de estas desdichadas. Hombres, mujeres, adolescentes y ancianos se arrojaban al precipicio. Un soldado llamado Eneas, de Estínfalo, con quien ya habíamos compartido comidas, avistó a un bárbaro taoco ricamente ataviado, adornado con varias joyas y cadenas de oro. El hombre corría hacia el precipicio. Eneas intentó sujetarlo, quizás con la intención de apoderarse de su lujoso botín, pero el taoco se aferró a él y lo arrastró hacia el abismo. Escuchamos su grito desesperado mientras caía hacia la muerte.

Calímaco, que se había reunido con el grupo, ordenó formar un perímetro defensivo para impedir que los taocos escaparan y dejarlos en paz.

—Si quieren matarse, que lo hagan —dijo el oficial—. Pero no permitiré que se lleven a ningún soldado griego bajo mi mando.

Al final, solo cinco soldados taocos permanecieron al borde del precipicio, gritando en su lengua bárbara lo que parecían ser insultos y maldiciones, antes de lanzarse al abismo y encontrar la muerte.

Perseo y sus compañeros se acercaron al borde. A unos ciento cincuenta pasos más abajo, entre un caos de rocas de todos los tamaños y formas, yacían esparcidos casi un centenar de cuerpos.

—Zeus y Eusebia^[10], tened piedad —rezó conmovido Atreu al mirar el fondo del precipicio.

—Locos y bárbaros —afirmó Laertes con desprecio.

—Luchaban por sus hogares y por sus hijos. ¿Quién de nosotros sería capaz de semejante valor? —preguntó Georgios.

Todos guardaron silencio, reflexionando. Lo cierto era que los taocos habían combatido con una valentía desesperada. Incluso Laertes quedó impresionado por el coraje de ese pueblo. Pocos prisioneros habían sido capturados, y cuando tenían oportunidad intentaban suicidarse o atacaban a sus captores buscando la muerte.

Los griegos encontraron en los establos, situados en el centro de la ciudadela, un gran número de animales: ovejas, vacas y bueyes, que fueron enviados al convoy de suministros. Después, registraron las casas en busca de algo de valor. Sin embargo, salvo unas pocas viviendas más grandes y mejor construidas, que fueron saqueadas por las tropas de Quirísofo, no hallaron nada que valiera la pena.

Preocupado por saber si Artemisia estaba herida, Perseo fue a buscar a la amazona.

Saliendo por la puerta abierta de la ciudadela, las Amazonas rodearon la empalizada hasta llegar al lugar donde habían dejado a sus hermanas muertas. Las colocaron una al lado de la otra.

Sus semblantes parecen tan tranquilos en el momento de la muerte, pensó Artemisia. *¿Encontraré yo la muerte con la misma paz?*

La líder amazona puso la mano sobre los ojos de sus hermanas y los cerró con suavidad. Luego, con el corazón pesado, agarró los astiles de las flechas y los extrajo de sus cuerpos.

Que Hades las reciba en los Campos Elíseos, oró en silencio. Eran dos guerreras de unos veintiocho años, Lieba y Criselia, siempre de buen humor incluso en los momentos más difíciles. *Las echaré de menos, como extraño a todas las demás que cayeron antes que ellas cumpliendo su juramento.*

Artemisia permaneció largo rato arrodillada junto a los cuerpos, recordando los momentos compartidos.

De repente, sintió una mano en su hombro, apretándola con suavidad. Al girarse, encontró la mirada triste de Perseo. El espartano estaba cubierto de polvo y su coraza manchada de sangre.

—Ahora solo quedamos catorce —murmuró la amazona, pensando en las incontables hermanas que había perdido desde que salió de Escitia para luchar por Ciro.

Con la ayuda de Perseo y sus compañeros, las Amazonas llevaron a sus hermanas de vuelta a su pequeño campamento.

Antes de partir, los griegos incendiaron la ciudadela.

El ejército acampó al pie de la colina. Las llamas del incendio iluminaban los campos circundantes cuando cayó la noche. Los médicos atendían a los heridos, y los cuerpos de los soldados griegos muertos en combate fueron cremados en una ceremonia fúnebre.

Al llegar al campamento, las Amazonas prepararon a sus hermanas. Artemisia agradeció con una sonrisa la solidaridad de los espartanos, quienes se retiraron salvo Perseo.

Primero, las Amazonas lavaron los cuerpos de sus hermanas; luego, tras secarlos, los ungieron con aceites aromáticos. Finalmente, los envolvieron en lino y los colocaron sobre una pira funeraria construida con leña y madera de las cabañas de la ciudadela.

Lideradas por Artemisia, las Amazonas cantaron durante toda la noche una triste melodía en su lengua escita. La canción hablaba de la vida y la muerte, de la gloria de morir en combate, de la nostalgia por su tierra natal, del amor fraternal y del honor, de la amistad y el sacrificio.

Cuando la aurora comenzó a teñir el cielo y a colorear las nubes en tonos rosados, una de las Amazonas entregó una antorcha a Artemisia. La líder se acercó a la pira y, por un momento, permaneció inmóvil, mirando los cuerpos de sus hermanas muertas. *¿Lograré alguna de nosotras regresar a nuestra tribu? ¿O estamos todas condenadas a morir lejos de la patria?* Pensó, y con un suspiro, acercó la antorcha a la pira, prendiéndola.

Las llamas consumieron la pira, haciendo que los cuerpos de las Amazonas ardieran

durante largo tiempo, mientras sus hermanas seguían entonando la triste melodía hasta que el fuego se extinguió. Después recogieron los huesos calcinados y, tras reducirlos a cenizas, los guardaron en un pequeño vaso de barro.

—Esparciremos sus cenizas cuando llegemos a Escitia —explicó Artemisia a Perseo, quien intentaba consolarla.

—Lamento mucho lo de tus hermanas —dijo el espartano con una mirada compasiva.

Perseo intentó confortar a la amazona abrazándola, pero ella estaba demasiado triste: triste por la muerte de sus hermanas, triste por no haber quedado embarazada, y triste por el dolor que sabía que le causaría a él. Por eso Artemisia evitó su abrazo.

—Necesito estar sola, Perseo —murmuró la amazona.

—Te amo, lo sabes —las palabras del espartano cortaron el corazón de Artemisia, quien lo miró fijamente.

Sé que los sentimientos de Perseo son sinceros, y lo amo aún más por ello, pero siento que mi destino es morir en combate. No quiero arrastrarlo por el camino que inevitablemente me llevará a un final sangriento. Además, la amenaza de Otanixos sigue pesando sobre mí. No sé si seré capaz de vencerlo, ni siquiera con la ayuda de Perseo y sus compañeros. Necesito protegerlo. Lo amo demasiado como para desear que comparta mi destino. Si al menos estuviera esperando un hijo suyo, sabría que es la voluntad de los dioses que abandone mi senda de venganza. Pero, con cada día que pasa, siento que el momento de nuestra despedida está más cerca.

—Estamos cerca del territorio escita. ¿Qué has decidido? —preguntó Perseo, rompiendo el silencio de Artemisia.

—No lo sé, Perseo. Solo déjame sola, por favor —respondió la amazona con lágrimas en los ojos, incapaz de decirle la verdad.

—Recuerda que, si así lo deseas, abandonaré el ejército y me quedaré contigo en Escitia —afirmó él, inquieto. La esperanza que había nacido en su pecho durante la última noche junto a la amazona comenzaba a desvanecerse.

Artemisia no respondió ni lo miró.

Perseo sintió que algo no estaba bien.

CAPÍTULO 25

Al día siguiente, el ejército reanudó su marcha, adentrándose en el territorio de los Cálices. Según los guías, eran un pueblo belicoso, cuyos soldados llevaban corazas de lino que llegaban hasta la cadera, cascos extraños que no protegían el rostro como los de los griegos, espadas y una larga daga curva que llevaban a la cintura, además de lanzas.

Perseo buscó a Artemisia en su campamento durante la noche, pero las sirvientas cilicias, en un griego vacilante, le informaron que ella había partido con sus hermanas en una misión. El espartano jugó un poco con la pequeña Helena y regresó a su posición, preocupado por la mujer que amaba.

Al segundo día, el ejército se encontró con una ciudad. Sus muros estaban hechos de barro y troncos de árboles.

Los campos estaban deshabitados, todos los aldeanos de las pequeñas aldeas y granjas se refugiaban en las ciudadelas cuando los griegos se acercaban, y los soldados cálices, apostados en las murallas, lanzaban lo que parecían ofensas y desafíos. El ejército continuó su marcha y acampó a cierta distancia de ellas.

En la mañana del tercer día, el ejército reanudó la marcha. A principios de la tarde, una tropa cálice avanzó contra la retaguardia griega, que formó una línea de batalla de doscientos hoplitas con una profundidad de tres filas. Los cálices se detuvieron a una distancia segura, fuera del alcance de los honderos y arqueros.

Una compañía de caballería, con cincuenta tracios, avanzó contra los cálices, pero estos lanzaron una lluvia de dardos contra los caballeros, quienes retrocedieron. Los hoplitas recibieron la orden de avanzar a paso rápido, y cuando se acercaron lo suficiente, los cálices lanzaron sus dardos, obligándolos a protegerse detrás de sus escudos. Los arqueros y honderos griegos en la retaguardia respondieron lanzando sus flechas y proyectiles, lo que hizo que los cálices retrocedieran corriendo y se repositionaran fuera de su alcance, donde comenzaron a cantar y gritar sus ofensas y desafíos.

Los hoplitas recibieron la orden de avanzar nuevamente, y los cálices retrocedieron fuera de su alcance. Los griegos ejecutaron la misma maniobra cuatro veces, y en todas ellas los cálices retrocedieron. Finalmente, se dio la orden de que los soldados regresaran a la columna del ejército griego, bajo la cobertura de la caballería tracia y los arqueros y honderos. Los cálices los siguieron a distancia durante un tiempo, luego regresaron a su ciudadela.

Durante cinco días, el ejército recorrió el territorio de los Cálices. Su estrategia era siempre la misma: se encerraban en sus ciudadelas y, una vez que los griegos pasaban, intentaban atacarlos por la retaguardia, pero cuando el ejército se desplegaba en formación de batalla, no ofrecían combate directo.

Quirísofo y Jenofonte decidieron atravesar el territorio sin entrar en combate, ya que el ejército estaba bien abastecido con el ganado saqueado de los taocos, lo que permitiría ahorrar vidas griegas.

En el sexto día de marcha, una compañía de cincuenta forrajeadores salió del campamento antes del alba para buscar alimento para el ganado. Después de tres horas de espera, solo dos de ellos regresaron, informando que habían sido sorprendidos por los Cálices.

Jenofonte y Quirísofo reunieron al ejército en una asamblea.

Levantando los brazos y pidiendo silencio, Quirísofo dijo:

—Compañeros, nuestra intención era atravesar el territorio de los Cálices sin entrar en combate, sin embargo, ellos no desean la paz. Los que están aquí presentes pueden confirmar esto —señaló a los dos forrajeadores.

Uno de ellos se adelantó y, mirando a los soldados reunidos, dijo:

—Nuestra compañía salió en busca de forraje para el ganado y los caballos, encontramos un pasto rico en cebada. Estábamos cosechándola cuando fuimos sorprendidos por un escuadrón de caballería cálice. Nos rodearon, pude escapar escondiéndome entre los cultivos. Varios de mis compañeros no tuvieron esa suerte, oí sus gritos desesperados mientras los Cálices les cortaban la cabeza. Son bárbaros. Después de cortarles la cabeza, cantaron y bailaron alrededor de los cuerpos, agitándolas. Finalmente se marcharon llevando las cabezas y dejando los cuerpos tendidos en el suelo. —concluyó el soldado.

Una ola de indignación recorrió el ejército, los soldados exigían una represalia. A pesar de no querer entrar en combate directo con los Cálices, Jenofonte y Quirísofo prometieron arrasar una ciudad como venganza.

Admeto se ofreció para recuperar los cuerpos de los forrajeadores con su regimiento. Jenofonte lo autorizó y la tropa partió inmediatamente siguiendo a uno de los sobrevivientes. Tras tres horas de caminata, llegaron a una pradera cubierta de pasto, era allí donde sus compañeros habían estado cortando las gramíneas para alimentar el ganado.

Perseo se quedó atónito al encontrar los cuerpos esparcidos, todos sin cabeza. Un sentimiento de revuelta se apoderó del regimiento, maldiciones y amenazas se escuchaban por doquier.

Usando sus mantos, los soldados envolvieron los cuerpos de sus compañeros y los llevaron de regreso al campamento donde el ejército aguardaba. Al llegar, los muertos fueron lavados y colocados en una gran pira que se había construido durante la ausencia del grupo de rescate. En presencia de todos, los sacerdotes rezaron a Hades, pidiendo que los muertos fueran recibidos en el inframundo como héroes.

Después del sacrificio, Jenofonte y Quirísofo, usando antorchas, incendiaron la pira funeraria. En honor a los muertos, los comandantes decidieron que el ejército reiniciaría la marcha al día siguiente.

A la mañana siguiente, el ejército se movió. Antes de la hora del almuerzo, la columna pasó junto a una ciudad, cuyos muros eran de troncos, pero de una altura equivalente a dos hombres uno sobre el otro. Era la oportunidad que los generales esperaban.

La columna de la vanguardia y el convoy de suministros continuaron su camino, mientras el grueso de las tropas hoplitas de la retaguardia se posicionaba frente a la ciudadela.

Se transmitieron las órdenes y el ejército se desplegó en una extensa línea de combate con cinco filas de profundidad: la infantería hoplita al frente, los arqueros y los fundíbulos en la retaguardia y la infantería ligera peltasta en los flancos.

El ejército avanzó hasta la distancia que permitía disparar las flechas contra la ciudad, encendieron varias hogueras detrás de la infantería, los arqueros se acercaron y Perseo se dio cuenta de que las puntas de sus flechas estaban atadas con trozos de tela empapados en aceite.

Todos esperaron ansiosos mientras los oficiales comenzaron a gritar órdenes:

—¡Arqueros! ¡Flechas incendiarias!

Los arqueros acercaron las puntas de las flechas a las llamas, incendiándolas.

—¡Apuntar! —ordenó un oficial.

Los arqueros, alineados, tensaron la cuerda de sus arcos con las flechas ardiendo.

—¡Disparar! —gritó el oficial.

Los arqueros soltaron la cuerda de sus arcos, las flechas volaron hacia la ciudad, los soldados siguieron su trayectoria, algunas cayeron cerca del muro, otras más allá del muro, pero la mayoría se clavaron en los troncos de la muralla.

—¡Disparar a voluntad! —gritó el mismo oficial.

Salva tras salva, los arqueros dispararon sus flechas. Cuando terminaron, los muros de la ciudadela ardían en varios puntos, con incendios descontrolados, a pesar de los esfuerzos de los Cálices por apagarlos. El ejército esperó alrededor de dos horas hasta que las llamas se extinguieron, y varios puntos del muro se derrumbaron con un fuerte estruendo debido al fuego.

—¡Infantería, avanzar! —gritó Jenofonte.

La trompeta sonó con el toque de avance, y las órdenes comenzaron a gritarse por los oficiales y sargentos:

—¡Avancen, paso lento, mantengan la línea y la formación! —gritaba Georgios.

Perseo y sus compañeros estaban en la tercera fila, sudaba bajo el yelmo, la temperatura aumentaba a medida que se acercaban al muro destruido. A pesar de que las llamas se habían extinguido, los troncos se habían transformado en carbón, que aún ardía en brasas.

La trompeta sonó el señal de parada.

Estaban a cincuenta pasos de los muros.

—¡Alto! —gritaron oficiales y sargentos.

Los griegos podían ver a través de las aberturas del muro el movimiento de los soldados y de los habitantes de la ciudad.

—¡Atacar! —gritó Jenofonte.

La trompeta tocó el señal de ataque en paso acelerado. Los oficiales gritaban órdenes para que los soldados avanzaran rápidamente.

Los hoplitas corrieron a paso acelerado hacia las aberturas más grandes, no sería posible atacar en formación de falange, por lo que se fueron agrupando entre las aberturas mientras flechas, dardos y piedras comenzaban a caer sobre ellos.

—¡Levanten los escudos! —gritaban los sargentos.

Finalmente, Perseo y sus compañeros entraron en la ciudadela, los soldados griegos ya se esparcían por su interior y un humo ocre cubría el lugar.

—¡Pelotón, síganme! —ordenó Georgios, avanzando hacia el interior.

Los soldados corrieron siguiéndolo, soldados cálices y habitantes avanzaron armados con espadas, hachas y lanzas. El combate fue feroz, el ejército griego luchaba movido por la venganza, los cálices luchaban por sus vidas y por las de sus seres queridos.

Perseo corrió hacia un soldado armado con una lanza, éste la arrojó contra el tronco del espartano, quien se defendió con el escudo y, con un salto hacia adelante, clavó la espada en el pecho del cálice, atravesándolo. Con un tirón violento, Perseo la retiró, empapada en sangre. Diomedes, a su lado, partió la cabeza de otro soldado con un golpe de su espada.

Los griegos siguieron avanzando hacia el interior de la ciudadela, mujeres y niños gritaban, algunas intentaron atacarlos. Perseo se desvió de ellas, una mujer intentó arañarle los ojos, pero él le dio una bofetada, tirándola al suelo.

Laertes evisceró a un anciano que avanzaba contra él armado con un rastrillo de trigo. Perseo desvió la mirada, no entendía cómo su compañero podía ser una máquina de matar sin sentimientos.

Después de un breve, pero encarnizado combate, los pocos cálices que sobrevivieron

fueron dominados y arrojados al suelo. Las casas fueron registradas y todo lo que tuviera valor o fuera comestible fue saqueado. Perseo contó cerca de cien prisioneros, entre soldados, mujeres, adolescentes, niños y ancianos.

Jenofonte y Quirísofo conversaron con algunos oficiales en el centro de la aldea. Varios soldados griegos más exaltados exigían que la ciudadela fuera arrasada en respuesta a la masacre de los forrajeadores.

Finalmente, Quirísofo se dirigió al centro de la plaza y llamó la atención de todos:

—¡Compañeros! Todos sabemos lo que los cálices hicieron con nuestros forrajeadores, los decapitaron y llevaron sus cabezas como trofeos. En ningún momento atacamos sus ciudades ni incendiábamos sus campos, nuestra intención era solo seguir adelante.

Varios soldados comenzaron a gritar exigiendo justicia. Quirísofo levantó los brazos pidiendo calma y continuó:

—Jenofonte y yo estamos en desacuerdo sobre lo que debe hacerse y preferimos dejar que ustedes decidan. Jenofonte está de acuerdo en que debemos vender a los prisioneros como esclavos en la primera oportunidad y quemar esta ciudadela, pero yo opino lo contrario, los cálices deben saber que no pueden enfrentarnos. Estoy de acuerdo en que la ciudadela sea arrasada y todos los prisioneros sean ejecutados, sus cabezas cortadas y clavadas en estacas sobre lo que quede de la muralla, ¡que experimenten lo mismo que sentimos cuando nuestros compañeros fueron encontrados sin sus cabezas!

El bullicio fue intenso, la mayoría de los soldados estaba a favor de masacrar a todos. Perseo miró hacia un lado, Georgios tenía la mandíbula tensa, claramente en contra de la masacre de inocentes. Atreu gritaba con todas sus fuerzas que no era piadoso actuar de esa manera. Laertes, por su parte, gritaba que debían masacrar a todos. Diomedes y Petrus, indiferentes, bebían tranquilamente de una botella que encontraron en una choza. Perseo miró a los prisioneros, tenían una mirada apática, los niños lloraban consolados por sus madres.

Perseo se sintió indignado.

—¡Somos griegos, nos consideramos civilizados, pero estamos actuando como bárbaros! —gritó con todas sus fuerzas en contra de la masacre.

—Levanten la mano aquellos que deseen seguir la opinión de Quirísofo —ordenó Jenofonte, claramente contrariado.

Muchos brazos se levantaron acompañados de ofensas hacia los cálices. Del pelotón de Perseo, varios levantaron los brazos liderados por Laertes. Perseo, Georgios, Atreu, Diomedes y Petrus no levantaron los brazos, pero la gran mayoría de los griegos estuvieron a favor de masacrar a todos.

—Entonces, quien haya decidido la sentencia, que la cumpla —ordenó Jenofonte, indignado, dirigiéndose fuera de la ciudadela.

Perseo vio a Laertes con una sonrisa asesina sacar su cuchillo y, acompañado de varios soldados, se dirigieron hacia los prisioneros. Por un momento, el joven espartano siguió horrorizado lo que sucedió a continuación: los soldados griegos decapitaban a los prisioneros atados, cortando sus cabezas, las cuales levantaban como trofeos hacia el cielo. Los gritos de las mujeres y los niños fueron ensordecedores.

Laertes decapitó a un soldado cálice, no sonreía, pero mostraba una frialdad absoluta. Un peltasta griego agarró a un niño de poco más de cinco años y comenzó a cortar su garganta mientras reía. La madre del niño gritaba tratando de salvarlo, pero fue detenida por otro griego. Perseo apretó el puño de su espada y estuvo a punto de intervenir, pero sintió dos manos presionando sus hombros. Al mirar hacia un lado, vio a Diomedes y Petrus mirándolo con una

expresión triste.

—Déjalo, Perseo, solo conseguirías morir a manos de ellos —dijo Diomedes, sin quitar la mano de su hombro.

—Vamos a irnos de aquí —ordenó Georgios, visiblemente repugnado.

Empujaron a Perseo fuera de la ciudadela, y los gritos de las mujeres y los niños lo acompañaron. Lágrimas de frustración e impotencia bañaron su rostro. *Nunca olvidaré esta barbarie*, pensó amargado. Quería correr y esconderse, pero ante todo, era un soldado espartano, por lo que se alejó con sus compañeros y se sentó en la hierba, de espaldas a la ciudadela, lo más lejos posible, tapándose los oídos en un intento de ahogar los gritos de los inocentes.

Sintió una mano en su hombro y miró para ver quién era. Petrus le tendió una cantimplora de cuero de carnero. Perseo la tomó de su mano y bebió el líquido que bajó quemando su garganta. Quería emborracharse hasta caer, pero Diomedes le quitó la cantimplora.

—Tranquilo, hermano, esto es fuerte —advirtió, tomando un trago.

Perseo asintió con la cabeza, ya sentía los efectos de la bebida. El grupo pasó la tarde sentado de espaldas a la ciudadela. Laertes y los otros soldados del pelotón que participaron en la matanza se unieron a ellos.

Laertes estaba cubierto de sangre y limpiaba tranquilamente sus brazos con trozos de tela, mientras los demás reían y conversaban sobre la masacre.

¿Cómo pueden ser tan insensibles? Una cosa es matar soldados en una guerra, otra es matar niños. Pensó Perseo, sintiendo un sabor amargo en la boca y una furia apoderándose de él, con el deseo de destrozar a sus compañeros.

—¡Sois bárbaros, peores que los animales! ¡¿Cómo podéis matar a niños?! —gritó Perseo, indignado, levantándose y sorprendiendo a todos.

—No te debo explicaciones, pero para que lo sepas, yo no mato niños —respondió Laertes fríamente, y era cierto, Perseo nunca lo había visto masacrar niños, pero asesinar hombres, mujeres, adolescentes y ancianos no le parecía que violara sus principios.

—Mira quién habla, un remedo de soldado, amante de una perra bárbara. ¿Por qué no cambias de bando con tu amante? —dijo un soldado que se había unido recientemente al pelotón.

Con un gruñido, Perseo saltó sobre el hombre y lo golpeó. Él intentó defenderse, pero el joven espartano estaba fuera de sí y le estampó los puños en la cara sin parar hasta que la sangre brotó de su nariz rota. Perseo lo habría matado si Petrus no lo hubiera agarrado, sujetándolo con sus fuertes brazos.

—Tranquilo, hermano, no vale la pena. Podrías acabar en corte marcial si lo matas —dijo Petrus, con voz triste.

—Petrus y Diomedes, llévenlo hasta que se calme. El resto de ustedes, no quiero escuchar ni una palabra sobre esta vergonzosa masacre. ¡Pónganse en formación! —ordenó Georgios—. Y que alguien socorra a este imbécil —apuntó hacia el soldado, que yacía inconsciente en el suelo.

Mientras Petrus y Diomedes llevaban a Perseo lejos, él pasó al lado de Laertes, quien seguía limpiando tranquilamente su equipo. *Por los dioses, cómo desearía poder golpear su perfecto rostro*, pensó, aún enfurecido.

Cuando se alejaron lo suficiente, Petrus soltó a Perseo, que se sentó cabizbajo sobre la hierba, escondiendo su cabeza entre los brazos bajo la mirada vigilante de los dos.

Cuando el sol comenzó a descender hacia el horizonte, se dieron órdenes para que el ejército reiniciara la marcha. Georgios puso a su pelotón en formación, y al pasar junto al muro destruido de la ciudadela, todos vieron las cabezas de los prisioneros, hombres, mujeres y niños,

empaladas en estacas, clavadas en lo que quedaba del muro. Los ojos de Perseo se llenaron de lágrimas y desvió la mirada.

Este día me atormentará por el resto de mi vida, pensó amargado.

—Que los dioses nos perdonen —murmuró Atreu.

—Deberían habernos maldecido por lo que hicimos —respondió Perseo, sintiendo que la ira crecía dentro de él nuevamente.

—Cállense los dos —ordenó Georgios, de mal humor.

Los soldados marcharon durante dos horas hasta alcanzar la vanguardia del ejército y el convoy de suministros, momento en que recibieron órdenes de montar el campamento.

Esa noche, Perseo buscó a Artemisia. Necesitaba desesperadamente su presencia, pero desde que habían entrado en el territorio de los cálices, ella había salido en una misión y no había regresado con sus hermanas.

Regresó a su puesto, desolado, y se sentó frente al fuego, mirando las llamas. Perseo no podía olvidar lo que había presenciado, estaba harto de la guerra, su único deseo era poder huir con la amazona al lugar más lejano posible.

Cuando se dio cuenta, el campamento estaba silencioso. Miró a su alrededor; todos dormían, excepto Georgios y Atreu, que conversaban en voz baja. Cuando se dieron cuenta de que el joven los observaba, el sargento se dirigió a él:

—Perseo, trata de no pensar demasiado en lo que pasó. He visto muchos soldados, especialmente jóvenes, que no soportaron la presión de lo que presenciaron o hicieron, y acabaron desertando o suicidándose. Somos soldados, somos espartanos, fuimos criados para la guerra. No tienes que estar de acuerdo ni tomar parte en la masacre de inocentes, muchos de nosotros no compartimos el pensamiento de Quirísofo o Laertes, pero la disciplina debe mantenerse —explicó, mirándolo atentamente.

Perseo asintió con la cabeza.

—Laertes es frío e insensible, pero es un excelente soldado, al menos nunca lo he visto asesinar niños —dijo Atreu.

—Nuestro grupo lleva años juntos, hemos pasado y visto muchas cosas. Al principio es difícil, pero te acostumbras o enloqueces —murmuró Georgios.

—Nunca me acostumbraré, estoy harto de la guerra, estoy harto de las masacres. Cuando regresemos me iré de Esparta con Artemisia, buscaré un lugar donde no haya guerra, nunca más quiero empuñar una espada —respondió, amargado.

—Ojalá lo consigas —Atreu fijó una mirada perdida en las llamas.

—Tu padre estaría orgulloso de ti —dijo Georgios, sorprendiendo al joven.

Perseo lo miró con expresión interrogante.

—Sí, conocí a tu padre —afirmó el sargento, manteniendo su mirada.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Cuando leí tus registros en la intendencia reconocí el nombre de tu padre y el tuyo. Cuando me contaste sobre tu vida en la ciudad de Dana, estuve seguro —Georgios esbozó una media sonrisa cansada.

Perseo recordó aquella noche lluviosa en la ciudad de Dana, cuando Evandro y él contaron sus vidas y aventuras. *Parece que fue en otra vida*, pensó.

—¿Cómo conociste a mi padre?

—Tuve el honor de servir con él, tu padre Xeron era un buen soldado. No era un asesino nato como Laertes, Diomedes o Petrus, pero era un excelente líder que inspiraba a sus hombres. Aprendí mucho de él, antes que nada era un gran amigo, sentí mucho su muerte.

Perseo se quedó imaginando al sargento sirviendo con su padre, había algo en Georgios que le recordaba a él.

—Él me habló de ti, te amaba mucho y temía que no sobrevivieras al entrenamiento de la agogé —continuó.

—Yo no era uno de los mejores alumnos, como mi hermano —dijo, amargado, pensando en la decepción que debió haber sido para su padre.

—No, Perseo, tu padre te amaba y se enorgullecía de los dos, pero tenía un cariño especial por ti. Tu forma de pensar era idéntica a la suya, él nunca permitió la masacre de inocentes, siempre fue justo y piadoso —afirmó Georgios.

Perseo avivó el fuego con una rama, observando las chispas. *Mi padre nunca me dijo que sentía orgullo de mí*, pensó.

—Cuando pasaste la prueba de la agogé a los doce años, él estaba muy orgulloso.

Los ojos del joven espartano se humedecieron, y miró las llamas del fuego, tratando de disimular la emoción.

—Tu padre estaría orgulloso de saber en qué tipo de soldado y hombre te has convertido.

—¿Estuviste con él en Atenas? —preguntó Perseo.

—Sí, luchamos juntos en el cerco de la ciudad. Algunas compañías de hoplitas estaban atrincheradas en la Acrópolis, que estaba rodeada. Desesperados, los atenienses lanzaron un ataque sorpresa, nuestra línea casi fue rota. Pero, tu padre valientemente dejó su posición y avanzó luchando con coraje, cerrando la brecha en nuestra línea. Por un momento lo perdí de vista, pero finalmente logramos hacer que los atenienses retrocedieran, tomando la Acrópolis —contó Georgios.

Una lágrima solitaria recorrió la cara del joven espartano.

—Después de que tomamos la Acrópolis, busqué a tu padre y lo encontré debajo de tres hoplitas atenienses. Todavía respiraba con dificultad, pero estaba gravemente herido. Sus últimas palabras, mientras yo sostenía sus manos, fueron los nombres de su madre, de su hermano y el tuyo —concluyó.

Levantándose, Georgios apretó el hombro de su joven subordinado cuando pasó junto a él en dirección a su cama improvisada.

—Tu padre era un gran hombre, un soldado ejemplar y un gran amigo, igual que tú. Ahora ve a dormir —ordenó con calma.

Georgios y Atreu se enrollaron en sus mantas y pronto estaban roncando levemente.

Perseo continuó mirando las llamas y dejó que las lágrimas corrieran libres, lágrimas por su padre, que nunca tuvo la oportunidad de decirle que estaba orgulloso de él, lágrimas por no haber tenido la oportunidad de decirle cuánto lo amaba y lo idolatraba, y lágrimas por las víctimas inocentes de la guerra.

Le costó mucho tiempo quedarse dormido.

Después de la masacre de la ciudadela, los cálices ya no atacaron a los griegos. Se escondían en sus ciudades y no les molestaban, y el ejército atravesó su territorio sin más contratiempos.

Mientras el ejército griego se preparaba para avanzar por el territorio de los Cálices, Artemisia fue convocada por Quirísofo para comparecer en su tienda y saber si los Cálices serían hospitalarios y permitirían su paso, ya que, después del saqueo contra el taocos, había suficiente provisión para llegar a Escitia sin necesidad de nuevas incursiones.

—Los Cálices hacen frontera con Escitia, generalmente nuestros guerreros realizan incursiones de saqueo contra su territorio, sus aldeas y ciudades —recordó Artemisia, dándose cuenta de que ella misma había liderado una incursión contra los Cálices después de la guerra contra los macrones.

—¿Son hostiles? —preguntó Neon, el oficial auxiliar de Quirísofo.

—Sí, no suelen recibir a extranjeros ni comerciar con ellos —respondió la amazona.

—¿Y los citas? ¿Nos recibirán con hospitalidad o tendremos que luchar? —Quirísofo fue directo.

—No sabría decirlo, cuando partí para unirme a Ciro, el rey y los líderes tribales habían optado por mantenerse neutrales en la cuestión de la sucesión del trono. Pero sé que hay embajadores persas en la capital y su oro es abundante, muchos líderes tribales se han enamorado del oro y la opulencia del estilo de vida persa —explicó la amazona, recordando las caravanas persas que descargaban productos en la ciudad.

—Jenofonte nos informó que los exploradores de la retaguardia dicen que Tiribaz aún no ha desistido de alcanzarnos —Quirísofo extendió a Artemisia una copa de madera con vino, que vertió de una ánfora que estaba sobre la mesa.

—Necesitamos saber cómo será la recepción de los citas, sabemos que su pueblo es belicoso y valiente, nos gustaría atravesar su territorio en paz —explicó Neon.

—Puedo avanzar y tratar de establecer contacto —respondió la amazona, sabiendo que podría ser tomada prisionera por traición.

—Lo agradeceríamos mucho —dijo Quirísofo sonriendo.

—Partiré inmediatamente —decidió Artemisia.

La amazona salió de la tienda del general y regresó a su campamento, donde reunió a sus guerreras y les explicó que avanzarían por el territorio de los Cálices y tratarían de establecer contacto con los escitas.

Avanzaron durante tres días, evitando siempre las aldeas y ciudades de los Cálices. Galopaban durante el día, guiadas por una amazona experimentada que ya había realizado varias incursiones en el territorio cuando sirvió bajo las órdenes de Himósia, la predecesora de Artemisia, y acampaban por la noche, siempre en pequeños bosques o entre colinas, intentando ocultarse. No encendían fogatas, comían carne seca que habían tomado del convoy de suministros y frutas. Durante la noche, se envolvían en sus mantas para calentarse y se relevaban en el servicio de centinela.

Cuando no dormía o vigilaba atentamente la llanura, Artemisia observaba el cielo nocturno, donde una miríada de estrellas brillaba. En esos momentos, una tristeza insoportable por Perseo la invadía.

Afrodita, perdóname y protégelo, que me olvide de mí y regrese a los brazos de la madre de su hijo. Oraba mentalmente, tratando de evitar que las lágrimas se desbordaran de sus ojos.

El hecho de que no pudiera mantener una vida en su vientre solo aumentaba su determinación de abandonar al espartano. Prefería verlo feliz en los brazos de la madre de su hijo, que verlo seguir su camino y morir por ello.

En el cuarto día, comenzaron a galopar al amanecer. Según los cálculos de Artemisia, llegarían a la frontera con los escitas cuando el sol estuviera en el cenit. Cerca de esa hora, finalmente, a lo lejos, observaron el río Hárpaso, que servía como frontera entre los dos territorios.

En ese momento, una de las Amazonas gritó, llamando la atención de su líder. Al mirar por encima de su hombro, Artemisia vio un grupo de jinetes acercándose a gran velocidad.

—¡Son cálices! —gritó Hircania sobre el trote de los caballos.

Artemisia pensó rápidamente: claramente los perseguían y se acercaban cada vez más. Las monturas de las amazonas estaban cansadas de cabalgar toda la mañana, mientras que las de los cálices, por el contrario, parecían más descansadas.

Miró nuevamente por encima de su hombro y contó unos treinta jinetes, empuñando espadas, algunos con lanzas. Las amazonas no llegarían al río a tiempo. Los cálices estaban en mayor número, y las guerreras serían derrotadas fatalmente si intentaban cruzar al otro lado.

Solo había una decisión que tomar.

—¡Arcos! —gritó Artemisia en voz alta mientras giraba su montura hacia la derecha, cabalgando en un largo arco en dirección a los cálices que seguían avanzando.

No necesitaba mirar atrás para ver si la seguían sus guerreras. Controlando la montura con la presión de sus piernas, la líder amazona colocó una flecha en el arco y apuntó al primer jinete del grupo que se acercaba.

En cuestión de segundos, con una habilidad adquirida en años de entrenamiento, Artemisia calculó la velocidad de su montura, la de sus enemigos y la fuerza del viento que soplaba suavemente a su favor. Contuvo la respiración por un segundo, abrió los dedos y soltó la cuerda. Con velocidad, la flecha voló y, con satisfacción, la amazona vio cómo el guerrero caía de su caballo con la flecha clavada en su pecho.

Luego, varias flechas volaron hacia los jinetes, que ahora, confundidos, redujeron su galope. *¿Pensaban que éramos griegas?* Pensó Artemisia al ver a algunos cálices caer de sus monturas, alcanzados por las flechas, además de dos caballos heridos que cayeron al suelo, llevándose a sus jinetes con ellos.

Ahora estaban casi igualados en números, pero las amazonas no podrían seguir galopando alrededor de sus adversarios para eliminarlos uno por uno.

—¡Avanzar! —ordenó Artemisia, gritando, mientras guardaba su arco y sacaba sus espadas.

Los cálices estaban a unos cincuenta pasos de distancia. Artemisia dirigió su montura contra un jinete. Pudo ver la expresión de sorpresa en su rostro cuando los reconoció como amazonas citas.

Con violencia, los caballos se chocaron. Artemisia quedó con su lado derecho expuesto, y el jinete intentó estocarla con su espada, pero ella desvió el golpe con su espada derecha, mientras que con la espada de la izquierda lo golpeó en el cuello con una estocada, derribándolo al suelo.

En ese momento, un jinete galopando se acercó por delante, con una lanza apuntada directamente al pecho de Artemisia. Con un rápido movimiento, inclinó su cuerpo hacia atrás hasta que su espalda tocó el lomo de su montura. Sintió el desplazamiento del aire producido por la lanza de su atacante, que falló su objetivo. Al erguirse, el jinete ya se había distanciado, pero fue interceptado por una amazona que alcanzó su caballo por el cuello, derribando al animal. Un grito y el sonido de huesos rotos indicaron que el caballo había quedado incapacitado. La amazona, con un ágil movimiento, se inclinó sobre su montura y cortó el cuello del cálice con su espada.

Artemisia miró a su alrededor. Cuatro jinetes galopaban por la colina intentando escapar, seguidos por dos amazonas que ya colocaban flechas en sus arcos. Cuatro disparos certeros y los jinetes cayeron al suelo, con las flechas clavadas en sus espaldas.

Ya no quedaba ningún jinete vivo. La líder amazona volvió a mirar alrededor. Todas sus hermanas seguían vivas y ahora sonreían, felicitándose unas a otras.

Hircania se acercó trotando hasta emparejarse al lado de su líder.

—Parece que los griegos no tendrán facilidad para cruzar su territorio —dijo Hircania, haciendo un gesto de desprecio hacia los jinetes caídos en el suelo.

—Por eso tengo que convencer a Cnéias de que permita a los griegos pasar en paz por Escitia —respondió Artemisia, observando el río, que no estaba muy lejos.

—Entonces partamos mientras haya luz del día —sugirió Hircania.

Las Amazonas galoparon hasta la orilla; aunque ancha, el río era lo suficientemente poco profundo para que pudieran cruzarlo, con el agua mojando el vientre de sus monturas. Cuando llegaron al otro lado, Artemisia sintió una mezcla de sensaciones y emociones. *Después de tanto tiempo, regreso a mi patria adoptiva, ¿cómo seré recibida en la capital? ¿Y en la tribu de las Amazonas? ¿Cómo enfrentaré a las ancianas y a mis hermanas? Partí con quinientas guerreras, y ahora regreso con trece Amazonas, cuatro sirvientes y una pequeña niña.*

Mientras trotaban en dirección a la ciudad de Gímnias, Artemisia observaba la extensa llanura escita. El viento de la tarde hacía que la hierba ondeara suavemente y el sol brillaba entre las nubes. Las Amazonas decidieron no detenerse a comer y continuaron a paso lento, permitiendo que sus caballos descansaran.

Cuando llegó el crepúsculo, se detuvieron y encendieron una fogata con trozos de madera que llevaban en sus monturas. Artemisia no podía creer que los cálices se atrevieran a invadir Escitia detrás de ellas. Mientras observaba a sus hermanas cenando felices por estar de vuelta en su patria, se preguntó qué estaría haciendo Perseo. Hacía días que no lo veía, desde que había cremado a sus hermanas muertas en la ciudadela taoca.

Artemisia terminó durmiendo bajo el cielo estrellado y despertó con Hircania moviendo su hombro suavemente. Los primeros signos del amanecer ya aparecían en el horizonte, mientras que las demás Amazonas eran despertadas rápidamente por unas a otras.

—Se acercan jinetes —avisó Hircania.

Artemisia se levantó rápidamente y miró el horizonte hacia el oeste. Veinte jinetes se acercaban lentamente, trotando con cautela.

—¡Agarren sus arcos! —ordenó por precaución.

Artemisia tensó una flecha en su arco y esperó mientras sus hermanas se dispersaban a su alrededor, listas para disparar a su orden. Sus monturas pastaban tranquilamente no muy lejos.

Los jinetes se detuvieron fuera del alcance de las flechas. Uno de ellos se adelantó levantando una mano en señal de paz. Artemisia le permitió acercarse. Era alto y fuerte, con el cabello rojizo y una larga barba que llegaba al pecho. Vestía ropa de pieles y en su cintura llevaba una espada y un puñal.

Con una media sonrisa se acercó.

—Artemisia, líder de las Amazonas, qué placer verte de nuevo —saludó el guerrero con una sonrisa.

La Amazona lo observó en silencio, estudiando su rostro que le resultaba familiar. Finalmente lo reconoció como uno de los oficiales de Cnéias, llamado Druso. Era un guerrero valiente y leal a su líder, ambos habían bebido juntos en algunas ocasiones y siempre había sido amable con ella.

—Druso —respondió la Amazona, mirándolo fijamente, pero sin bajar el arco.

El guerrero, tras observar a las demás guerreras con sus arcos, desmontó con una sonrisa.

—Parece que has regresado con muchas menos guerreras de las que partiste —dijo ahora en un tono serio.

—¿Qué deseas? —preguntó la Amazona, contrayendo el maxilar.

—Yo te pregunto, ¿qué deseas tú? Sabemos que el ejército griego viene tras vosotros —dijo mirándola fijamente.

—Quiero encontrarme con Cnéias y pedirle paso libre para los griegos —respondió Artemisia, manteniendo la mirada del guerrero.

—Siempre te he considerado valiente, una excelente líder, pero no sabía que eras tonta. Si regresas, serás detenida por traición. ¿Olvidaste que los líderes habían decidido la neutralidad? —preguntó con una sonrisa cínica en los labios.

Artemisia controló su deseo de romperle los dientes al guerrero. No ganaría nada atacándolo; solo comenzaría una lucha sangrienta con los escitas que esperaban a la distancia.

—No lo olvidé, y estoy lista para ser juzgada por la asamblea de los guerreros, pero pensando en nuestro pueblo, es por eso que quiero buscar a Cnéias. Los griegos son soldados valiosos y han vencido varias veces a los ejércitos enviados contra ellos por Artajerjes. Si se les impide el paso, atravesarán Escitia arrasando todo a su paso —respondió, temiendo el sangriento enfrentamiento que podría ocurrir si los citas no permitían el paso de los griegos.

—Siempre me caíste bien, Artemisia, y como amigo te aconsejo: no entres a la ciudad. Cnéias, aunque te admire, está presionado por los embajadores persas y por los líderes tribales que han aceptado el oro de Artajerjes. Todos saben lo que ocurrió en Cunaxa y te admiran por tu valentía y lealtad, pero aún así desobedeciste una orden de tu rey y de los demás líderes —dijo sin sonreír.

—Estoy lista para ser juzgada —insistió nuevamente, sabiendo que solo la asamblea del pueblo y de los guerreros podría condenarla o liberarla.

—Y creo que serías absuelta —dijo el guerrero—, pero no creas que será fácil. Los embajadores exigen que te entreguen y que Cnéias impida que los griegos avancen.

Artemisia se quedó sorprendida. ¿Por qué exigirían algo así? ¿Qué importancia tengo yo? Pensó, mientras una sospecha comenzaba a surgir en su mente, provocando que la ira burbujeara en su interior.

—¿Por qué exigirían mi prisión? —preguntó, mirando fijamente al oficial.

El guerrero sostuvo su mirada por un momento y se rascó la larga barba, como si meditara antes de responder.

—Tisafernes envió mensajeros a Cnéias. Sabe que acompaña al ejército griego y amenaza con invadir Escitia si no te detienen. Él dice que desobedecer esta orden es declarar la guerra a Artajerjes —suspiró—. Si quieres un consejo de quien te admira, no regreses.

¡Maldito! Pensó ella. Usa el poder del sátrapa para satisfacer sus propios deseos personales. Si regreso, podrían arrestarme y entregarme a los persas antes de que me juzgue la asamblea de los guerreros. Pero debo intentar dialogar con Cnéias, necesito convencerlo para que permita el paso del ejército griego.

—Hay mucho oro persa derramándose en Escitia. La mayoría de nuestros líderes tribales están corrompidos por él. No encontrarás muchos aliados entre nuestra gente —continuó Druso.

—Avísale a Cnéias que el ejército griego solicita permiso para atravesar Escitia. No desean luchar —dijo Artemisia, mientras una idea surgía en su mente.

—¿Volverás a tu tribu? ¿O acompañarás a los griegos?

—Ni una cosa ni otra. Regresaré y avisaré a los griegos que no deben cruzar el río sin autorización. Les aconsejaré que envíen una embajada al rey solicitando permiso. Luego entraré en Gímnias solo con mis guerreras, para que Cnéias haga lo que considere mejor. Tal vez mi arresto lo convenza de permitir el paso de los griegos en paz. Transmite mis palabras a él —la amazona miró al guerrero, esperando que entendiera lo que ella pretendía y convenciera al rey

cita.

—Te arriesgas mucho, pero lo haré —Druso sonrió y se alejó.

—¿Y ahora? —preguntó Hircania mientras Artemisia observaba al guerrero caminar hacia sus compañeros que lo esperaban a la distancia.

—Volveremos. Después de hablar con los generales, partiremos hacia Gímnias con nuestras carretas y la pequeña Helena.

—Podrías ser detenida —dijo Hircania, con expresión preocupada.

—Si eso sucede, vuelve a nuestra tribu con la niña y nuestras hermanas, y cuéntales todo lo que hemos pasado —respondió con una sonrisa triste.

Las Amazonas se montaron en sus caballos y galoparon de regreso al río Hárpaso, llegando a sus orillas cuando el sol comenzaba a ponerse en el oeste. A lo lejos, vieron tiendas y el ajeteo de soldados; el ejército griego había alcanzado la orilla opuesta.

Cruzaron el río y, mientras las Amazonas iban en busca de sus carretas con las sirvientas y la pequeña Helena, Artemisia se dirigió hacia la tienda de Quirísofo.

Lo encontró en el exterior, conversando con varios oficiales. Al verla, hizo un gesto para que la Amazona lo siguiera hacia el interior de la tienda, que estaba iluminada por lámparas de barro.

—¿Cómo fue el cruce? —preguntó la Amazona, curiosa.

—Terrible, tuvimos que arrasar una ciudad, pero después de eso nos dejaron en paz —el general se encogió de hombros mientras se servía un vaso de vino de una odres—. ¿Y tú?

—Logré establecer contacto con un oficial de Cnéias, nuestro rey. Los persas exigen que él impida su paso por Escitia —respondió, recibiendo un vaso con vino.

—¿Tendremos que cruzar Escitia por la fuerza? —una expresión preocupada apareció en el rostro del general mientras tomaba un sorbo de su copa.

—Te aconsejo que envíes emisarios solicitando autorización para entrar en Escitia. Creo que el rey apreciará ese gesto y permitirá que se desplacen hasta Gímnias para negociar —respondió la Amazona, recordando las instrucciones que le había dado a Druso.

—Así lo haré —asintió—. ¿Y tú? ¿Nos acompañarás o te quedarás en Escitia?

—Mañana, antes del amanecer, parto hacia Gímnias, donde intentaré convencer al rey para que autorice el paso seguro de ustedes. Tal vez no nos volvamos a ver —Artemisia sintió un nudo en el pecho al pensar que, al hacer eso, estaría abandonando a Perseo.

—Te agradezco mucho tu ayuda. Echaremos de menos tus sabios consejos, fue un honor luchar a tu lado —Quirísofo extendió su mano.

Artemisia le estrechó el antebrazo, de la misma forma en que él apretó el suyo, un saludo común entre comandantes.

Con una sonrisa triste, la Amazona salió de la tienda en dirección a su campamento, donde sus hermanas la esperaban. Al encontrarlas, ya había una hoguera encendida y estaban preparando la cena. Con alegría, Artemisia tomó a la pequeña Helena en brazos. Sonrió al reconocerla, y la niña intentó tirar de su cabello con sus pequeñas manos. ¡Dioses! *Permitan que llegue a la tribu de las Amazonas con seguridad*, oró mentalmente.

Mientras jugaba con la niña en brazos, la Amazona ordenó que todas se prepararan, pues antes del amanecer del día siguiente cruzarían el río hacia la ciudad de Gímnias.

Artemisia entregó a la pequeña Helena a las sirvientas y pidió que Hircania fuera a buscar a Perseo y le avisara lo que deseaba.

Esta será nuestra última noche juntos.

CAPÍTULO 26

El ejército griego llegó al río Hárpaso, al otro lado comenzaba el territorio Escita.

Los soldados acamparon en la margen occidental, mientras que se enviaron emisarios con regalos para que los citas autorizasen el paso del ejército.

Perseo recibió el mensaje de Artemisia para que la encontrara, y con la autorización de Georgios, se dirigió al campamento de las amazonas.

Mientras esperaba la llegada del espartano, la líder amazona observaba las aguas del río, que brillaban bajo las luces de las fogatas que ardían y de la luna menguante que resplandecía en el cielo.

Al otro lado de la orilla está Escitia, parece que dejé mi patria adoptiva hace siglos. ¿Cómo estarán las aldeas de las amazonas? ¿Cómo seré recibida por Cnéias? Me comprometí a intentar un acuerdo para garantizar el paso libre del ejército griego. Mi plan es presentarme en la ciudad y conseguir así un juicio ante la asamblea de los guerreros, cuando entonces podré hablar en favor de mí misma y de los griegos. Si los guerreros se enteran de que embajadores persas están interfiriendo en la política y soberanía de Escitia, me apoyarán. Pensó inquieta. Pero este plan es complejo y muchas cosas pueden salir mal. Puedo ser asesinada por orden de Cnéias o incluso ser capturada y entregada a los persas. Sin embargo, estoy dispuesta a arriesgarlo todo para salvar a Perseo y a los griegos. Decidí dejarlo sin avisarle. No podría hacerlo. Temo no tener fuerzas para abandonarlo. Él podría intentar seguirme y no quiero arriesgar su vida cuando ni siquiera sé qué me espera al otro lado de la orilla.

Suspirando, Artemisia entró en su tienda, donde se bañó en una tina preparada por las sirvientas. Después de secarse y peinarse, dejando su cabello suelto, las despidió y aguardó a Perseo, desnuda, ansiosa por que esa fuera su última noche juntos.

—¿Artemisia? —preguntó Perseo, asomándose a la entrada de la tienda.

Él llevaba puesta su coraza pectoral, grebas y el manto tradicional espartano.

—Ven, Perseo —dijo Artemisia, sintiendo el corazón acelerado de emoción.

Perseo entró en la tienda. El interior estaba oscuro, iluminado solo por una suave luz producida por las fogatas de las amazonas en el exterior.

Artemisia lo esperaba desnuda, con su cabello rubio suelto, que caía sobre sus hermosos pechos, mientras se acercaba y se acurrucaba en el pecho de Perseo.

El espartano intentó hablar, quería contar lo que había presenciado y su decisión de dejar Esparta y el ejército para siempre, pero la amazona puso un dedo sobre sus labios, silenciándolo. Luego, retiró la coraza pectoral de Perseo, despojándolo lentamente y, tomando su mano, lo hizo acostarse sobre la estera que cubría el suelo.

Esa noche, Artemisia lo quería solo para ella. Se acurrucó sobre su cuerpo, besándolo con ardor y amándolo por última vez con urgencia, hasta que ambos alcanzaron el clímax.

Dioses inmortales, ¿por qué me hicieron amarlo tanto? Pensó la amazona. Sé que le causaré un dolor enorme cuando me vaya, pero no hay otra opción. No puedo condenarlo a seguirme, cuando ni siquiera sé cuál será mi destino.

Perseo la abrazó con fuerza. Una mala presagio rondaba su mente, como si sintiera que ese pudiera ser el último encuentro entre ellos, al ver lo introspectiva que se había vuelto

Artemisia, como si estuviera perdida en sus pensamientos. A pesar del deseo del espartano de contar lo que había presenciado en el territorio de los cálices, había decidido esperar otra oportunidad.

—¿Cómo son los escitas? —preguntó Perseo, rompiendo el silencio.

Artemisia permaneció en silencio, y el joven pensó que quizás se había quedado dormida, o que no lo había oído. Pero después de un instante, ella lo miró con sus hermosos ojos, que ahora tenían un tono azul oscuro.

—Te lo contaré —decidió Artemisia. Al fin y al cabo, él merecía saber cómo era el pueblo que ella había adoptado.

Artemisia comenzó a contarle la historia de los Escitas y sus costumbres. Habló sobre la elección del rey y los cultos que practicaban.

Perseo, curioso, preguntó sobre la ceremonia del sacrificio anual y los demás sacrificios realizados por las amazonas, pero Artemisia prefirió no entrar en detalles.

¿Qué diría él si supiera que yo sacrificué vidas humanas a Ares? Pensó, recordando al hombre que sacrificó cuando Mardoc murió y a los demás durante la guerra.

En cuanto al origen de los escitas, la amazona contó la leyenda de Hércules y Equidna.

Los escitas eran descendientes de Hércules y Equidna, un ser híbrido que habitaba una región llamada Hilea. Ella era mujer desde la cabeza hasta la cintura, donde sus piernas se unían en una cola de serpiente. Una vez, cuando Hércules atravesó Escitia, Equidna se apoderó de sus caballos y solo los devolvió cuando Hércules aceptó poseerla. De esta relación nacieron tres hijos, pero solo uno de ellos logró tensar el arco que Hércules había dejado. Este hijo recibió el nombre de Cintio, y sus descendientes serían los escitas.

Explicó que su tribu creía ser descendiente de las míticas amazonas que lucharon contra los griegos y fueron derrotadas a orillas del río Termodonte^[11].

Según la leyenda, los griegos llevaron tres barcos con todas las amazonas que pudieron capturar, pero ellas atacaron a sus captores, asesinándolos. Los barcos llegaron a Asia, donde desembarcaron y avanzaron por las tierras bárbaras saqueándolas hasta llegar a Escitia.

Los escitas quedaron admirados con guerreras tan valientes y ordenaron que jóvenes acamparan cerca de las amazonas para observar sus costumbres, con órdenes de evitar el combate. Con el tiempo, los escitas se fueron acercando y finalmente fueron recibidos por las amazonas, con quienes se acostaron y engendraron hijos. Por eso, algunas tribus aún mantenían la costumbre de entrenar a las mujeres para la guerra.

Artemisia relató finalmente cómo Darío, el rey persa, intentó someter a los Escitas en su camino para invadir Grecia, ochenta años antes, pero sin éxito.

—Tu pueblo es fascinante, me gustaría mucho conocer tu tribu. Ahora que estamos cerca de tu nación, ¿qué piensas hacer? —preguntó Perseo, sondeando a la amazona, tratando de descubrir cuáles eran sus planes ahora que Escitia estaba al otro lado del río.

—Primero vamos a esperar que el rey autorice que ustedes crucen el río —desvió Artemisia. *No puedo contarle que tal vez seré capturada y ejecutada.* Pensó. — Luego veremos...

Perseo asintió con la cabeza, aunque su rostro denunciaba preocupación.

La amazona mantuvo la mirada fija en él.

—Perseo, recuerda que te amo, no importa lo que pase —lo besó, sintiendo una profunda tristeza en su corazón al saber que su partida lo lastimaría.

—Y yo te amo. Por ti dejé el ejército griego y voy adonde tú vayas.

Perseo se sentía desesperado y, aunque había decidido no contar lo que había

presenciado, no resistió y narró lo que sucedió en la ciudadela Cálice y su decisión de abandonar Esparta para nunca más empuñar una espada. Habló de las pesadillas que atormentaban su sueño, de los gritos de los inocentes que no podía olvidar.

—Te necesito a mi lado, solo tú puedes calmar el dolor que siento en mi alma.

Artemisia lo abrazó con fuerza, tratando de consolar a su amado, mientras se controlaba para no contarle su decisión de abandonarlo.

—Mi dulce Perseo —murmuró la amazona mientras lo mecía en sus brazos, intentando contener las lágrimas. Se sentía terrible. *Él abrió su corazón y yo estoy a punto de traicionarlo y abandonarlo, en lugar de estar a su lado para consolarlo.* Pensó.

Perseo la besó, deseando olvidar sus pesadillas en los brazos de su amada, y pronto se entregaron al amor nuevamente, con cariño. En medio de la placentera sensación del amor, una tristeza infinita se apoderó del alma de Artemisia.

Mi noble y bello espartano, pensó. Espero que puedas perdonarme.

En medio de los espasmos de su cuerpo, cuando alcanzó el clímax, Artemisia disimuló una lágrima solitaria que escapó de sus ojos.

Permanecieron abrazados durante mucho tiempo, Perseo acariciando el cabello de Artemisia mientras ella acariciaba su pecho, hasta que él comenzó a roncar.

Dormía plácidamente, y la amazona se quedó observándolo el resto de la noche. Antes del amanecer, asegurándose de que Perseo estaba en un sueño profundo, Artemisia se levantó y se vistió. Después de tomar su armadura, salió en silencio tras una última mirada.

—¡Te amo! —susurró mientras salía al exterior.

Hircania la esperaba en la orilla del río, sosteniendo las riendas de su montura. Las dos carrozas guiadas por las sirvientes ya habían cruzado con algunas de las guerreras.

Cruzaron el río y, al llegar a la otra orilla, Artemisia se detuvo mirando hacia atrás. El campamento griego se veía a lo lejos, iluminado por los primeros rayos del sol del amanecer.

Parto hacia Gímnias dejando una parte de mí atrás, pensó.

—Perdóname, Perseo —murmuró mientras sus hermanas seguían al lado de las dos carrozas donde la pequeña Helena dormía.

La amazona quedó mirando el campamento griego a lo lejos, y entonces, con un suspiro que surgió desde lo más profundo de su alma, se dio vuelta y, azotando el costado de su montura, galopó sin mirar atrás, en dirección a sus hermanas que se alejaban.

Tendrían tres o cuatro días de viaje hasta llegar a la capital Escita.

Perseo despertó con los primeros rayos de sol que iluminaban el interior de la tienda a través del tejido. Miró a su alrededor y no encontró a Artemisia.

El espartano salió de la tienda y vio que el campamento de las Amazonas había desaparecido. Incluso las carrozas con las sirvientes cilicias y la pequeña Helena se habían ido. Solo quedaban la tienda de Artemisia y la fogata que usaban, ahora apenas con algunas brasas, indicando que allí había habido un campamento.

Perseo las buscó por todas partes, pero no las encontró. Algunos soldados griegos afirmaron que antes del amanecer, las dos carrozas seguidas por las Amazonas habían salido del campamento y cruzado el río en dirección al territorio escita.

Corriendo hacia la orilla, Perseo intentó entender lo que había sucedido. Se detuvo y

observó el otro lado del río. La llanura escita se extendía hasta perderse en el horizonte, y no vio señales de Artemisia ni de sus amazonas.

¡Nos abandonaron! Pensó incrédulo.

El espartano regresó junto a sus compañeros, cabizbajo, y le contó a Georgios que Artemisia y sus amazonas se habían ido.

—Me gustaría buscarlas —afirmó.

—No, Perseo, si vas podrías ser considerado desertor, ¿y cómo las encontrarías? No conoces el territorio ni el idioma escita. Probablemente te matarían o te esclavizarían —Georgios rechazó su solicitud.

—¿Cómo pudo abandonarme? —preguntó entre triste e irritado.

—Tal vez prefirió irse sin despedirse. ¿Quién sabe qué pasa por la cabeza de una mujer? Pero al menos está en su casa. Tal vez, después de que volvamos, puedas regresar y encontrar su tribu —aconsejó, condolido por su subordinado.

Perseo quedó destrozado. Aunque Georgios tenía razón, no podía conformarse. *¿Cómo pudo Artemisia irse sin despedirse?* Pero se dio cuenta de que ella sí se había despedido la última noche, solo que él no lo había notado.

¿Dónde estará? ¿Podré encontrarla nuevamente? La amazona se había ido dejándolo atrás, y Perseo sentía que una parte de su alma se había ido con ella.

Días después, emisarios regresaron informando que el rey escita permitiría que el ejército griego entrara en sus dominios y se dirigiera hasta su capital, Gímnias, donde recibiría a los comandantes griegos.

Después de echar un último vistazo al campamento griego, Artemisia y las amazonas cabalaron todo el día a paso lento, lo que permitía que las carrozas las acompañaran. Solo paraban al caer la noche para descansar a los caballos y alimentarse, y antes de que el sol se levantara, ya estaban nuevamente en marcha.

En tres días llegaron a la ciudad. La mañana ya casi había terminado, y el movimiento en los mercados alrededor de las murallas era intenso. Las amazonas cruzaron las puertas abiertas bajo las miradas curiosas de la población.

Artemisia escuchaba los murmullos admirados y las miradas respetuosas de hombres y mujeres. La noticia de su regreso ya había llegado a la capital. Algunos guerreros escitas las acompañaron a distancia hasta la casa de la antigua amazona, quien se mostró encantada de recibir a sus hermanas y ayudar a cuidar de la pequeña Helena.

—Seguramente vendrán a buscarme para hablar con el rey. No sé qué sucederá, pero si no regreso quiero que ustedes se vayan a la tribu y lleven a la pequeña Helena —instruyó Artemisia a Hircania y a las demás guerreras.

No pasó mucho tiempo antes de que unos guerreros escitas golpearan la puerta. Artemisia salió para atenderlos, ordenando a sus hermanas que se quedaran dentro de la casa.

—Artemisia, de la tribu amazona, el rey Cnéias solicita tu presencia —anunció Druso sin sonreír.

La amazona miró a su alrededor. Diez guerreros la rodeaban, con las manos descansando despreocupadamente sobre los mangos de sus espadas, a pesar de que ella estaba desarmada.

—Con una invitación tan amable no hay forma de rechazarla —sonrió con desdén mientras los miraba.

Artemisia siguió a Druso, caminando por el centro de un círculo formado por los guerreros. Caminaba erguida, sin temor a ser arrestada o juzgada por traición por no haber

mantenido la neutralidad en la cuestión de la sucesión persa.

No me arrepiento de nada. La única pena que siento es por la pérdida de mis hermanas y por la muerte de mi amigo Ciro. Pensó.

Los habitantes observaban el extraño cortejo y Artemisia escuchó algunos murmullos admirados. Algunos más valientes incluso gritaron.

—¡Artemisia! ¡Reina guerrera!

—Su fama la precede —dijo Druso, que comandaba la escolta—. Todos conocen la historia de su valentía y la de sus guerreras en la batalla de Cunaxa.

La amazona permaneció en silencio, tal vez aún tuviera una oportunidad de escapar con vida del juicio al que sería sometida.

Entraron en el palacio real y Druso la condujo por pasillos hasta una habitación en la que ella había estado hacía más de un año, cuando Cnéias fue coronado rey. Parecía que habían pasado siglos.

El rey la esperaba de pie, mirando a través de la rendija en la pared que servía como ventana.

Druso se retiró cerrando la puerta tras de sí. Artemisia permaneció en silencio observando la habitación, en una pequeña mesa de madera, con dos sillas alrededor, había dos copas y una pequeña ánfora de metal con grabados persas.

Cnéias se giró para mirarla. Estaba con un abdomen mucho más prominente de lo que la amazona recordaba en su última conversación con él, y más arrugas alrededor de los ojos. Llevaba una capa de piel de lobo, pantalones y botas de fieltro. Una espada ancha y un puñal colgaban de su cintura, sujetos por correas de cuero que cruzaban su pecho.

—Artemisia —dijo el rey después de mirarla por un momento— ¿Qué haré contigo? —preguntó mientras llenaba dos copas de vino, vertido de la ánfora, entregándole una a Artemisia—. No deberías haber regresado.

Ella recibió la copa y dio un sorbo, manteniendo la mirada de Cnéias.

—Te fuiste sin nuestra autorización, sabiendo que serías juzgada por traición, y te presentaste aquí ante todos, a pesar de que Druso te aconsejó no regresar —continuó el rey, haciendo un gesto para que la amazona se sentara en una de las sillas.

—Asumo mis actos y estoy lista para ser juzgada —Artemisia ignoró la invitación.

—Lo sé, y también sabes que serías absuelta, tu fama te precede, todos hablan de las valientes guerreras Amazonas que cayeron en Cunaxa y de su intrépida líder —murmuró de mal humor—. Algunos se atreven a decir que deberías ser nuestra próxima reina.

—Los griegos están con su ejército a orillas del río. Prometí adelantarme contigo para presentar su petición de cruzar Escitia en paz. Sus emisarios deberían llegar pronto —Artemisia ignoró el comentario, mirando al rey con indiferencia.

—Lo sé, Druso me avisó, y también sé que Tisafernes manda un ejército que los persigue —Cnéias vació su copa y la llenó nuevamente.

—¿Y cuál será tu respuesta? —preguntó la amazona, temiendo por los griegos y, en especial, por Perseo.

—Aún no he decidido, los embajadores persas exigen que impidamos que los griegos crucen nuestra frontera, bajo amenaza de considerarnos enemigos del rey Artajerjes —respondió con un gesto de desprecio.

—Podríamos unimos a los griegos y derrotarlos, ¿desde cuándo somos sumisos al imperio persa? —Artemisia se irritó— ¡Mis guerreras en las tribus me seguirían, al igual que muchos otros líderes!

—Y eso causaría una guerra civil entre nuestro pueblo. Puede que no seamos sumisos al imperio, pero su oro fluye entre nosotros, y muchos líderes no te seguirían —respondió el rey con un gesto vago de las manos.

—Los griegos son soldados valientes y han derrotado a Artajerjes y Tisafernes varias veces. Si se ven obligados por las circunstancias, cruzarán Escitia con hierro y fuego —explicó la amazona.

—Lo sé, pero debes saber que se unieron al ejército de Tisafernes las fuerzas del ejército armenio de Tiribaz, ellos están a la retaguardia de los griegos y esperan que nosotros los detengamos en Escitia, momento en el que nos atacarán — el rey dio un gran trago y volvió a llenar su copa.

Artemisia meditó sobre la información; los griegos serían atrapados entre dos fuerzas, ni siquiera su valentía podría evitar su aniquilación. *¡Perseo! ¡Dioses, no permitáis que eso ocurra!* Rezó mientras imaginaba al único hombre que había amado tendido en el suelo, muerto.

—Pero aún así los escitas sufrirían grandes pérdidas —explicó—. Pérdidas tan grandes que bastaría con que Tisafernes quisiera y lograría someter toda Escitia al dominio de Artajerjes.

—Lo sé, pero hay una posibilidad de que pueda dejarlos pasar libremente por nuestro territorio —el rey desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Y cuál sería esa posibilidad? —preguntó Artemisia, aunque ya sospechaba la respuesta.

Cnéias permaneció en silencio.

—¿Cuál sería, Cnéias? —la amazona fue más incisiva.

—Entregarte a Tisafernes, sé cuánto te desea, de hecho, sus embajadores fueron enfáticos en decir que te querían detenida y entregada a ellos —el rey se levantó de la silla en la que estaba sentado y se dirigió hacia la puerta del cuarto, abriéndola.

Cuatro guerreros con armaduras completas, armados con lanzas y escudos, entraron.

—¡Exijo ser juzgada por la asamblea de las tribus! —Artemisia se dirigió a Cnéias.

—Lo siento, Artemisia, eso no será posible, no te deseo mal, pero tampoco deseo una guerra civil en Escitia, ni apoyar a griegos ni a persas. Solo quiero paz para nuestra gente — respondió con una sonrisa triste.

Los guerreros rodearon a la amazona, apuntando sus lanzas amenazadoramente hacia su pecho, no había manera de que ella escapara de allí con vida.

—Llévenla al calabozo hasta que decida qué hacer con ella —ordenó el rey sin mirarla.

—¿Y mis hermanas, Cnéias? Déjalas libres, hay una niña entre ellas —Artemisia gritó mientras los guerreros la sacaban de la habitación.

—También están prisioneras —respondió el rey mientras cerraba la puerta tras ella.

—¡Maldito! —Artemisia rugió y se lanzó contra la puerta.

Uno de los soldados la golpeó con el mango de su lanza en el estómago, lo que la hizo caer al suelo. Luego, Artemisia sintió un golpe en su nuca y la oscuridad la envolvió.

CAPÍTULO 27

El ejército griego marchó durante cuatro días por el territorio de los escitas. El paisaje era hermoso, vastas llanuras verdes se perdían en el horizonte, terminando en montañas lejanas. Perseo pensó en Artemisia. *Ella debe haber recorrido esta llanura galopando con sus hermanas cuando era joven, ¿dónde estará ahora? ¿Dónde estará la tribu de las amazonas? ¿Podré ir solo en su búsqueda?* El espartano no conocía el territorio ni el idioma, por lo que decidió que en Gímnias intentaría contratar un guía. Ya no le importaba ser considerado un desertor.

Iré en su busca.

El cuarto día, cuando el sol estaba en su cenit, los griegos llegaron a la ciudad de Gímnias y acamparon fuera de sus murallas, donde recibieron una gran cantidad de provisiones.

Jenofonte y Quirísofo fueron invitados a un banquete por la noche, ofrecido por el rey Cnéias, mientras que el resto del ejército griego fue autorizado a entrar en la ciudad y visitar el mercado, con la recomendación expresa de no involucrarse en conflictos.

Georgios, que había estado en una reunión con los oficiales, regresó y encontró al pelotón animado por la expectativa de entrar en la ciudad para divertirse. Sin embargo, las intenciones de Perseo eran otras. Había hablado con Diomedes sobre sus planes. Al principio, su compañero intentó disuadirlo, pero cuando se dio cuenta de que no lo lograría, le entregó a Perseo varias monedas de oro.

—Para que contrates un guía —dijo sonriendo.

Perseo intentó devolverlas, pero Diomedes no aceptó.

—Úsalas, yo las iba a gastar de todos modos en bebidas y mujeres. Al menos las usarás para algo más noble —afirmó categóricamente, negándose a recibirlas.

—Muchas gracias —Perseo agradeció emocionado.

Georgios reunió a todos.

—Chicos, no irán a la ciudad. Estamos asignados para acompañar a Jenofonte y Quirísofo en el banquete de esta noche como su escolta personal —avisó, dando las malas noticias.

—¿Y las mujeres y las bebidas? —gruñó Petrus.

—Tendrán oportunidad de divertirse después del banquete —respondió Georgios en un tono que no admitía discusión—. Ahora prepárense, nada de lanzas, solo escudos y espadas, lávense y traten de lucir presentables.

Todos se miraron en silencio, sus corazas, cascos y escudos estaban llenos de abolladuras y arañazos, los mantos y túnicas desgastados, las suelas de las sandalias gastadas, solo Laertes parecía más presentable.

Los soldados se prepararon, limpiaron y pulieron las corazas, cascos, grebas y escudos. Un herrero experimentado les ayudó a quitar las abolladuras del equipo. Afilaban las espadas y puñales, limpiaron lo máximo posible los mantos rojos y túnicas, y finalmente se bañaron con agua fría, recortaron sus cabellos. Finalmente, se alinearon: treinta hoplitas espartanos, orgullosos con el resultado obtenido.

Georgios los observó satisfecho con el resultado, y bajo sus órdenes los guió hasta la tienda de los generales, donde encontraron al teniente Anaxandro esperándolos, quien los inspeccionó con mirada crítica y severa.

—Están horribles, descuidados, ni parecen espartanos, con excepción de Laertes —gruñó

irritado.

Georgios apretó la mandíbula, sabía que sus hombres se habían esforzado para verse presentables.

Los soldados esperaron dos horas, alineados, mientras el crepúsculo se acercaba. Jenofonte, Quirísofo y otros oficiales, incluyendo al capitán Admeto, salieron de la tienda de comando, ataviados con sus armaduras. No llevaban escudos, y junto a ellos, un oficial escita se vestía con ropas al estilo persa, aunque un manto griego cubría sus hombros.

Guiados por el oficial escita, el grupo atravesó las puertas de la ciudad. Las callejuelas estaban iluminadas por antorchas, grupos de soldados griegos deambulaban por las calles conversando animadamente. Las casas eran de piedra caliza, con techos de madera cubiertos de barro y juncos.

Siguieron por una amplia avenida de tierra batida que desembocaba en una plaza espaciosa, donde varias casetas vendían diversos productos, anunciados por los vendedores. Atravesaron el lugar, respirando los aromas de especias y carnes que se cocinaban en pequeñas fogatas. Algunas casas parecían tabernas, y desde su interior se escuchaban voces griegas cantando alegremente.

—Y nosotros aquí, haciéndonos pasar por amas de cría —resmungó Petrus, mirando con envidia uno de los establecimientos.

Anaxandro se giró, fulminándolo con la mirada, y luego miró a Georgios, frunciendo el ceño.

—Cállate, Petrus —ordenó Georgios.

Petrus abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó dos veces y tragó saliva.

Entraron en un barrio donde las casas eran mejor construidas, las calles pavimentadas con piedras. Llegaron a los portones de un palacete, donde soldados escitas, altos, fuertes y con largas barbas, custodiaban la entrada. Vestían ropas de piel, llevaban espadas y hachas de guerra a la cintura, pero no portaban escudos, solo grandes lanzas.

Las centinelas abrieron los pesados portones de madera para permitir el paso de los griegos. El grupo entró en un salón amplio, iluminado por antorchas en las paredes. Colgados del techo, enormes candelabros de madera con velas ayudaban a iluminar una gran mesa baja en forma de "u", con la parte principal orientada hacia el fondo del salón. A su alrededor, había almohadones de colores. La mesa estaba vacía, salvo por jarras y vasos de madera, indicando dónde debían sentarse los invitados.

El oficial escita indicó el lado derecho de la mesa para Jenofonte, Quirísofo y los demás oficiales, incluidos Anaxandro. Señaló la pared del lado derecho para Georgios, quien condujo a los soldados de la escolta hasta el lugar, donde se alinearon en perfecto orden.

Los soldados esperaron algunos minutos observando el entorno, mientras los oficiales griegos conversaban en voz baja, cuando otro oficial escita entró en el lugar por una puerta lateral acompañado de tres hombres ricamente vestidos al estilo persa. Sus largos cabellos negros estaban trenzados y caían por sus espaldas, sus barbas largas y negras estaban sujetas por anillos de oro. Se sentaron en el lado izquierdo de la mesa, frente a los griegos, con una sonrisa de desdén dirigida a ellos, quienes los observaron en silencio.

—¿Persas? —murmuró Atreu.

—Lo parecen —respondió Diomedes.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Perseo, intrigado.

—No lo sé, pero estén atentos, podría ser una emboscada —recomendó Georgios.

Los persas, de manera afectada, se sirvieron del contenido de los jarros, un vino oscuro.

Los griegos también se sirvieron en medio de un absoluto silencio en el recinto.

Perseo aprovechó para examinar el salón. Localizó cuatro puertas: la principal por la que entraron, la lateral izquierda por la que entraron los persas, una puerta lateral en el lado derecho y otra puerta más grande en el fondo de la sala, ambas cerradas. Pequeñas rendijas en la pared de la entrada permitían la circulación del aire.

De repente, la puerta doble en el fondo de la sala se abrió, dos escitas la sostenían mientras un hombre alto, fuerte, pero con una prominente barriga, entraba seguido por otros cinco escitas, conversando animadamente en su lengua bárbara. Todos tenían grandes cabelleras negras y barbas largas, se vestían de manera confusa, con ropas persas y griegas, uno de ellos solo llevaba pieles, y todos portaban espadas y hachas de guerra en la cintura.

Los persas se levantaron e inclinaron la cabeza de manera sumisa hacia el primer escita, quien se sentó en el lugar de honor en el centro de la mesa, entre sus cuatro compañeros. Los oficiales griegos solo se levantaron y asintieron discretamente con la cabeza hacia el hombre, quien, con un gesto, indicó que todos podían sentarse.

Un hombre de mediana edad entró después de los escitas, permaneciendo de pie detrás de su líder. Vestía una túnica verde al estilo griego. El escita dijo algo en su lengua bárbara, mientras el hombre asentía con la cabeza en señal de acuerdo. Cuando el escita dejó de hablar, sonrió a los invitados y el hombre se dirigió a todos en un griego sin acento:

—Cnéias, rey de los escitas, les da la bienvenida y les ofrece la hospitalidad de Escitia. Soy Eneas, intérprete de su majestad —dijo, haciendo una pequeña inclinación ante los oficiales griegos.

Criados entraron por la puerta de la pared izquierda, junto a donde los soldados de la escolta estaban alineados, llevando panes y un cuenco con una sustancia blanca, que colocaron sobre la mesa entre los dos grupos.

—Pan y sal, símbolo de la hospitalidad tan cara a los dioses —continuó Eneas—. Mientras sean invitados de su majestad, las enemistades deberán dejarse de lado.

El rey escita comenzó a hablar en su lengua, mientras Eneas traducía inmediatamente sus palabras.

—Griegos y persas aquí presentes, sois mis invitados, cualquier enemistad debe dejarse de lado mientras estéis en mis dominios. Vosotros, griegos, que estáis aquí solicitáis paso seguro por nuestras tierras, vosotros, persas, que estáis aquí, tenéis una solicitud que hacer, ambas demandas serán juzgadas esta noche, pero primero comed y bebed —dijo el rey con una enorme sonrisa a través de su intérprete.

Inmediatamente, varios sirvientes entraron en el recinto por la puerta izquierda, llevando vasijas de barro con carnes, guisos, frutas y verduras. Otros cargaban pesados odres de bebida, sirviendo la mesa. Los persas comieron alegremente, ignorando a los oficiales griegos, quienes comían en silencio. Cnéias y sus compañeros bebían y comían con apetito.

Varias bailarinas entraron por la puerta izquierda, vestían sedas que cubrían sus cuerpos, pero dejaban entrever sus formas y senos. Eran hermosas, rubias y morenas, todas jóvenes. Se dirigieron al espacio en el centro de la mesa donde comenzaron a bailar sensualmente al ritmo de flautas y címbalos tocados por los sirvientes que las seguían.

—Por los testículos de Zeus —murmuró Petrus—. Hacen que hasta un eunuco recuerde lo que tenía entre las piernas.

—Estos bárbaros saben cómo divertirse —respondió Diomedes.

—Cállense los dos —murmuró Georgios con el rostro sombrío.

La cena de la cena transcurrió con animación por parte de los escitas y los persas, quienes

disfrutaban de la comida, bebida y danza. Sin embargo, los oficiales griegos mantenían expresiones serias. Pasada una hora, Jenofonte se dirigió a Eneas:

—¿Podría preguntar a su majestad si podemos tratar el asunto que nos ha traído aquí?

—¿Tienen prisa por salir de los dominios de su alteza, Artajerjes? —preguntó en un griego perfecto uno de los oficiales persas al otro lado de la mesa.

—¿Y por qué deberíamos? —interrumpió Quirísofo—. Por lo que recuerdo, los derrotamos en Cunaxa, y por lo que sé, Artajerjes no tiene poder aquí.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué huyen como perros golpeados por su dueño? —respondió otro oficial persa, con una sonrisa burlona.

Mientras discutían, Eneas traducía la conversación para Cnéias, que los observaba divertido. Levantando los brazos para pedir atención, el rey escita habló a través del intérprete:

—Vosotros que estáis aquí, griegos y persas, he considerado vuestras demandas; a vosotros griegos, os concederé un guía que os llevará hasta el mar, además de provisiones y suministros suficientes, siempre y cuando os abstengáis de saquear e incendiar mis tierras, y siempre que me prestéis un pequeño favor.

El rey escita observó la reacción de los griegos, luego continuó:

—A vosotros persas, embajadores del rey Artajerjes, mi igual, aún estoy en duda sobre vuestra demanda, por eso os invité esta noche, ya que debo escuchar lo que mis invitados griegos tienen que decir.

Con un gesto del rey, uno de sus compañeros ordenó que las bailarinas salieran del recinto, mientras otro se dirigía a la puerta trasera gritando algunas palabras hacia el interior del edificio y regresaba a su puesto.

El recinto quedó en silencio, los persas con el rostro cerrado, los griegos curiosos. Dos corpulentos soldados escitas entraron con una mujer entre ellos. Ella vestía una túnica blanca y sus manos estaban atadas con gruesas cuerdas; su cabeza estaba agachada, y sus largos cabellos rubios cubrían su rostro.

Los guerreros llevaron a la mujer hasta el centro de la mesa.

El corazón de Perseo latió rápidamente en su pecho.

—¡Artemisia! —murmuró.

Tras desmayarse al intentar atacar a Cnéias, Artemisia despertó en el suelo duro y húmedo de una celda en el calabozo ubicado en los subterráneos del palacio real.

Examinó el lugar en busca de una forma de escapar; no había cama, solo algunas pieles en el suelo sucio que podrían servir para recostarse, un pequeño agujero en una esquina servía para las necesidades fisiológicas. No había ventanas que dejaran pasar la luz, gruesas rejas fijadas a la roca, que servían como puerta, impedían cualquier intento de fuga. En los pasillos, algunos antorchas fijados a la pared iluminaban débilmente el lugar.

La amazona no sabía si era de día o de noche. Tres veces al día, siervos escoltados por guerreros le entregaban cuencos con comida y odres con agua. Artemisia calculó el tiempo por la llegada de los sirvientes y constató que al menos habían pasado cuatro días desde que fue capturada.

A pesar de las ganas de desmembrar a Cnéias por su traición, la amazona comprendía sus motivos. Contaba con el juicio del pueblo para que pudiera sublevar a los escitas contra el dominio persa. El juicio atraería a sus hermanas guerreras, que harían lo que fuera para liberarla. Tras conseguir la libertad, Artemisia planeaba reclutar un ejército para continuar la guerra contra el imperio, pero el rey había anticipado sus planes y la había capturado.

Seguramente él detuvo a mis hermanas y a la pequeña Helena. ¡Dioses! rezó. Que esté bien y sea entregada a alguna mujer de buen corazón.

Las horas pasaban lentamente en su cautiverio. Cuando Artemisia no dormía, pensaba en formas de escapar; si la entregaban a Tisafernes, intentaría matarlo, y si no lo lograba, encontraría una forma de suicidarse.

Cuando la soledad era más profunda y la desesperación amenazaba con apoderarse de ella, la amazona pensaba en Perseo y en los momentos que habían compartido. *¿Estará él herido por mi partida? ¿Intentará buscarme?* rezaba para que no. *Él, solo entre los escitas, podría ser asesinado o esclavizado.*

¡Artemisa! Protégelo y devuélvelo a su patria y a su hijo, oraba fervorosamente.

En el cuarto día de su cautiverio, Artemisia despertó en medio de una pesadilla, en la que estaba nuevamente en Halicarnaso y veía a Otanixos violándola. Junto a él, en lugar de sus padres y hermano, estaba Perseo. La amazona despertó, pero no abrió los ojos, sintió una presencia en la celda y permaneció con los ojos cerrados, sintiendo que alguien la observaba.

—Sé que estás despierta —Artemisia escuchó una voz dura en persa.

La amazona abrió los ojos y vio, agachado al otro lado de la pequeña celda, a Otanixos, quien la miraba con una expresión cruel.

Artemisia se sentó, apoyando su espalda contra la pared. Rápidamente observó a su alrededor; solo estaban ellos dos en el lugar, la reja de gruesas barras de metal que servía como puerta estaba cerrada.

Otanixos la observaba con una media sonrisa que danzaba en sus labios finos. Su ojo izquierdo estaba cubierto por una venda que atravesaba su rostro.

—Finalmente nos encontramos de nuevo —susurró con una voz desagradable que hizo que Artemisia lo comparara con una serpiente siseando.

La amazona permaneció en silencio, mirándolo mientras flexionaba su cuerpo contra la pared, lista para saltar hacia él.

—Sabes, es una pena tener que entregarte a Tisafernes. Mi amo solo te quiere para compartir su cama contigo —dijo con una risa gutural.

El gigante persa se levantó y miró a la amazona desde la altura de sus casi dos metros.

—Yo, en cambio, aprecio tu salvajismo y tus atributos como guerrera —avanzó lentamente.

—Parece que te dejé un recuerdo —dijo Artemisia con desdén, mirando la herida que le había causado en su ojo.

—¿Esto? No es nada —sonrió señalando su propio ojo.

—¿Por qué mataste a tu propio guerrero? —preguntó la amazona, intentando ganar tiempo.

—Era un cobarde, prefirió hablar contigo antes que temer mi ira —el guerrero soltó una sonrisa perversa.

Artemisia lo observó, él estaba casi sobre ella, mirándola con su ojo brillante.

—Después de que mi amo se canse de tu presencia, le pediré que me entregue a ti —amenazó, lamiéndose los labios.

Con un movimiento rápido, usando toda su fuerza y apoyándose en la pared donde estaba, Artemisia saltó hacia él, asestando un golpe con la palma de su mano contra su quijada, mientras le daba una patada en la rodilla. Pero Otanixos solo soltó una carcajada y le dio una bofetada con la mano abierta, lanzándola lejos.

Artemisia rodó por el sucio suelo de la celda y se puso de pie, lista para luchar de nuevo.

—Sé todo sobre ti, Artemisia, incluso sé que tienes un amante griego, es el mismo que golpeé cuando atacaron el campamento de Tisafernes, ¿verdad? —preguntó, mirándola con una sonrisa irónica.

—¡Maldito perro! —gruñó la amazona, desesperada por el hecho de que Otanixos supiera tanto sobre ella.

La sonrisa de Otanixos se amplió.

—Y sé que fuiste responsable de la muerte de la esposa y la hija de Artapates —acusó, mientras la amazona sentía el odio acumulándose en su pecho, mientras intentaba ganar tiempo.

—No solo de ellos, sino también de Mardoc —el guerrero soltó una carcajada.

Artemisia permaneció muda de asombro, y su sonrisa perversa aumentó.

—Sí, envié a los asesinos para matar a Ciro. Solo que no lo hice personalmente, porque la reina Parisátides sospechó de mí al verme junto a Tisafernes y Artajerjes, y logró detenerme en el palacio por unos días, lo suficiente para que Ciro se uniera a Artapates en Nínive —explicó, sonriendo como si estuviera recordando algo placentero.

Con odio, Artemisia avanzó asestando una serie de golpes hacia la cabeza del guerrero, pero el persa solo esquivó y sujetó sus puños, tirándola hacia él.

—No imaginas lo feliz que me hizo saber que Mardoc era tu padre adoptivo, y ahora tendré aún más placer en matar a tu amante griego en cuanto te entregue a mi amo —siseó.

—¡Maldito perro! —gruñó.

Con un esfuerzo sobrehumano, la amazona pateó con toda su fuerza la rodilla del guerrero y, con la otra pierna, le dio una patada en el mentón. La fuerza del golpe lo hizo tambalear dos pasos hacia atrás, soltando las manos de Artemisia.

La amazona dio un salto hacia atrás y se preparó, prefería morir luchando que someterse. *Tengo que matar a Otanixos, no permitiré que vaya tras Perseo.* Pensó.

Con una sonrisa de satisfacción, el guerrero se giró hacia Artemisia, sus enormes manos se cerraron, pero en ese momento, el sonido de una puerta abriéndose y unos pasos lo hizo detenerse.

Druso se colocó frente a la celda, acompañado de otros cuatro guerreros escitas, además de algunas sirvientas.

—Se requiere la presencia de Artemisia —informó de mal humor, dirigiéndose a Otanixos.

—Volveremos a vernos, princesa guerrera —prometió el persa, usando una llave para abrir las rejas.

Con brusquedad, Otanixos empujó a Druso y a los guerreros que estaban frente a la celda y salió del lugar.

—Lo siento mucho —se disculpó Druso, avergonzado—. Deberías haber aceptado mi consejo y no haber venido aquí.

—Soy una guerrera amazona, no una cobarde —replicó irritada, palpando su rostro dolorido.

Druso hizo una señal a las sirvientas que lo acompañaban. Ellas entraron, mientras los guerreros cerraban la celda y se apartaban unos pasos, dándoles privacidad.

—Mi señora, debe limpiarse y ponerse esta túnica —informó la más vieja, mostrando una túnica blanca en los brazos.

Las otras sirvientas, que parecían adolescentes, llevaban un cubo con agua y telas.

—¿Por qué? —preguntó la amazona, sintiendo la ira crecer en su pecho.

—No sabemos, señora, solo nos pidieron que la limpiáramos y la vistiéramos —

respondió la mayor, de manera impasible.

Discutir con ellas no serviría de nada, y resignada, Artemisia permitió que la ayudaran a desnudarse. Con un pedazo de tela humedecida en agua, limpiaron su cuerpo. No era un baño como a la amazona le habría gustado, pero al menos, después de que le lavaran el cabello y la vistieran con la túnica, estaba más presentable y limpia.

—Terminamos —dijo la mayor, llamando a los guardias que estaban apartados.

—Buena suerte, señora —murmuró la más joven rápidamente.

Los guardias dejaron que las mujeres salieran y volvieron a cerrar la puerta, saliendo del lugar y dejando a Artemisia sola con sus pensamientos. *¿Qué está pasando? ¿Por qué me bañaron y cambiaron mi ropa? ¿Me entregarán a los persas? Según mis cálculos, los griegos ya están a las puertas de la ciudad. ¿Qué decidió Cnéias? ¿Qué hace Otanixos aquí? ¿Es él uno de los emisarios de Tisafernes?*

Después de un rato, los guardias regresaron, esta vez apuntando sus espadas hacia el pecho de la amazona, entraron en la celda.

—Artemisia, por favor, extiende los brazos —pidió el guerrero más viejo.

Sin otra opción, Artemisia extendió los brazos. Dos guerreros rápidamente ataron sus manos con gruesas cuerdas e hicieron señas para que los siguiera.

Salieron por el pasillo y subieron una escalera. En la cima, una pesada puerta de roble estaba abierta, y al lado de ella, otro guerrero hacía guardia. Caminaron por los pasillos del palacio, y Artemisia se dio cuenta de que se dirigían hacia la sala de audiencias y banquetes.

Antes de entrar, se detuvieron frente a una puerta. Dos enormes guerreros con expresiones feroces esperaban. El guerrero que había buscado a la amazona en la celda la entregó a los dos centinelas, quienes abrieron la puerta y la empujaron hacia el interior del salón.

Resignada, Artemisia bajó la cabeza, dejando que su cabello cubriera su rostro. Intentaba desesperadamente encontrar una forma de escapar, pero ninguna idea le venía a la mente. La llevaron hasta el centro de una larga mesa usada en los banquetes, y en el lugar de honor, en la cabecera, Cnéias estaba sentado.

De un lado de la mesa, había tres hombres que, por su vestimenta, Artemisia identificó como persas. Del otro lado, mirándola con expresiones sorprendidas, estaban Jenofonte, Quirisofo y otros oficiales, entre ellos Admeto y Anaxandro.

El corazón de la amazona latía con fuerza en su pecho. *¿Perseo está en la sala?* De reojo, miró alrededor, aún con la cabeza agachada, y entre sus cabellos, la amazona localizó a Perseo y sus compañeros en uno de los lados de la sala, sirviendo como escolta de los oficiales griegos.

¡Dioses! ¿Por qué me castigan de esta manera? ¿No era suficiente ser prisionera y humillada, ahora mi destino será decidido frente al hombre que amo?

Perseo apretó con fuerza la empuñadura de su espada, listo para desenvainarla, pero una mano sujetó su muñeca. Diomedes lo miró fijamente mientras negaba con la cabeza.

—No actúes de manera imprudente —murmuró.

Todos reconocieron a Artemisia y se miraron entre sí, desconcertados. *¿Por qué estaba siendo mantenida como prisionera?* Se preguntaban.

—No hagan nada estúpido y esperen —murmuró Georgios.

En la mesa, los griegos mostraban su indignación. Todos conocían a Artemisia y sabían de su valor como comandante y guerrera.

—¿Qué significa esto? —preguntó Jenofonte—. Artemisia es nuestra aliada y nos ha ayudado en varias ocasiones. Su coraje y valentía en la batalla de Cunaxa y durante nuestro

trayecto son conocidos por todo el ejército griego. Nos acompañó hasta Escitia, su tierra natal, donde nos despedimos. La consideramos una amiga de los griegos.

Mientras hablaba, Eneas traducía sus palabras.

—Para nosotros es una traidora. Se levantó contra Artajerjes, soberano de Persia. Nuestro señor Tisafernes tenía planes de entregarla al rey después de capturarla en Cunaxa, pero soldados griegos la rescataron —afirmó uno de los persas.

—Tan pronto como supimos que Artemisia había sido vista en la ciudad, acudimos ante su alteza para solicitar que fuera detenida. Es una traidora a su propio pueblo, del cual el rey Artajerjes es amigo. Entregarla será considerado un gesto de amistad —añadió otro persa.

—¿Qué tiene que decir, Artemisia? —preguntó Cnéias con una sonrisa irónica.

Artemisia levantó lentamente el rostro, miró a los persas con desprecio y luego se volvió hacia los griegos, dedicándoles una sonrisa triste. La amazona alzó la vista y observó a Perseo y a sus compañeros alineados junto a la pared. Por un momento, sus miradas se cruzaron, y Artemisia se sorprendió al notar la expresión de dolor en el rostro del espartano. Vio cómo él intentaba avanzar, pero fue detenido por Diomedes.

¡No! pensó. Si intenta rescatarme, lo matarán. Mirándole fijamente, la amazona negó discretamente con la cabeza, tratando de hacerle entender que no debía intentar salvarla. Luego, enfrentó con altivez a Cnéias.

—Sabes que no soy traidora a nuestro pueblo. Me conoces, Cnéias. Luchamos juntos. También conoces mis motivos para unirme a Ciro contra Artajerjes, así como sabes la razón de mi odio hacia Tisafernes —dijo en griego, para que todos entendieran sus palabras.

—Sí, te conozco. También conozco tu valía y la de tus Amazonas, pero te uniste a Ciro sin nuestra aprobación. Habíamos decidido no interferir en la cuestión persa —respondió el rey a través de su intérprete.

—Os aseguro, majestad, que Artemisia y sus Amazonas son guerreras valientes y honorables. Son verdaderamente descendientes de las míticas Amazonas. Como favor adicional, solicito que se le conceda la libertad, ya sea para permanecer en su tierra natal o para acompañarnos de regreso a Grecia —intercedió Jenofonte, intentando defenderla.

Cnéias conversó con sus consejeros en escita. Artemisia se dio cuenta de que discutían si debían entregarla o no a los persas. Sus consejeros opinaban que entregarla era la mejor solución: al hacerlo, permitirían que los griegos atravesaran Escitia, evitando un enfrentamiento, y al mismo tiempo apaciguarían a Tisafernes.

Un destello de esperanza iluminó el pecho de Artemisia. *Al menos Perseo tendría más posibilidades de llegar vivo a su patria.* Para ella, eso era suficiente. Aunque lo amaba, no deseaba que siguiera sus pasos hacia una muerte segura.

Finalmente, Cnéias se levantó y se dirigió a todos a través de su intérprete:

—Confirmo la promesa que os hice, valerosos griegos. Proveeré un guía que os llevará a un lugar desde donde podréis ver el mar que tanto anheláis. Uno de mis hijos será vuestro guía. También os proporcionaré alimentos y suministros suficientes. A cambio, no incendiaréis ni saquearéis las tierras escitas —concluyó, observando la reacción de los griegos.

Jenofonte se levantó e inclinó la cabeza.

—Os agradezco, majestad —dijo, sentándose de nuevo.

—Y a vosotros, embajadores persas de Tisafernes, tras sopesar vuestros argumentos, he decidido lo siguiente...

De reojo, Artemisia percibió que Perseo volvía a inquietarse.

El espartano sintió su corazón acelerarse. *Si el rey escita entrega a Artemisia a los persas, su destino será acabar en manos de Tisafernes. Si eso ocurre, intentaré liberarla, aunque me cueste la vida.*

—Artemisia llegó a nuestra ciudad con otras trece amazonas y una niña. Las amazonas y la niña son libres de irse o quedarse, según lo deseen.

Los persas asintieron, y un alivio inundó el alma de Artemisia. *Al menos mis hermanas y la pequeña Helena estarán a salvo*, pensó.

—A Artemisia la entrego como muestra de mi respeto hacia Artajerjes. Pero deberán partir mañana. Es conocida por su valía entre los escitas, y su destino podría no ser aceptado por parte de mis súbditos —advirtió el rey, dirigiéndose a los persas.

Dándose la vuelta, Cnéias abandonó la sala acompañado por sus consejeros y su intérprete. Los guerreros escoltaron a Artemisia por la puerta trasera por la que había entrado al salón.

Al pasar junto a los griegos alineados, su mirada se cruzó con la de Perseo. Murmuró en griego, de forma inaudible, esperando que él captara sus palabras:

—¡Te amo!

CAPÍTULO 28

Los guerreros llevaron a la amazona fuera del salón y la entregaron a los guardias, quienes la escoltaron nuevamente hasta el calabozo del palacio. A pesar de la tristeza por saber que su destino era ser entregada a Tisafernes, Artemisia mantenía la esperanza de poder matarlo. También sentía alivio al pensar que Perseo y sus compañeros podrían continuar su viaje sin enfrentarse a los escitas, y alegría al saber que sus hermanas regresarían a la tribu junto con la pequeña Helena.

La encerraron en la celda y, después de cortarles las cuerdas que ataban sus muñecas, Artemisia se sentó en un rincón, frotándose los brazos para aliviar el dolor. Desde allí, observó fijamente la entrada, esperando el momento en que sus captores vinieran a buscarla. Por un instante, consideró golpearse la cabeza contra la pared de roca; quizás moriría con el impacto. Pero descartó esa idea rápidamente: no tendría oportunidad de matar a Tisafernes y, para ella, el suicidio debía ser la última opción.

Tras un largo rato, escuchó el estruendo de una puerta de roble al abrirse en lo alto de la escalera, seguido del sonido de pasos descendiendo por el corredor.

Resignada, Artemisia se levantó.

Los tres persas que había visto en el salón de reuniones bajaron las escaleras y se detuvieron frente a la celda, observándola con miradas burlonas. Detrás de ellos, cinco soldados persas —a quienes reconoció por sus atuendos: túnicas, pantalones, botas de fieltro y corazas de mimbre— permanecían en guardia. Todos iban armados con lanzas y espadas. Poco después apareció Cnéias, que la miró con gesto sombrío.

—Aquí tenéis a vuestra presa —dijo el rey con un matiz de amargura en la voz—. Espero que mi gesto sea del agrado de Tisafernes y del rey Artajerjes.

—Por supuesto —respondió el persa más anciano—. Hoy mismo enviaré mensajeros para informar a Tisafernes de que los griegos atravesarán Escitia sin ser molestados y de vuestra generosidad al entregarnos a la traidora Artemisia.

—Os la dejo en vuestras manos —Cnéias dio media vuelta y salió por donde había venido, evitando mirar a la amazona.

—¿Así que tú eres Artemisia? —preguntó el más alto de ellos, con una sonrisa irónica.

—¿Y quién desea saberlo? —respondió la amazona, sintiendo cómo la ira crecía en su pecho mientras buscaba una forma de escapar del lugar.

—Abarxes, embajador de Tisafernes —el hombre hizo una exagerada reverencia.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Artemisia, conteniendo el impulso de lanzarse contra ellos.

—Nosotros, nada. Pero Tisafernes tiene grandes planes para ti —respondió Abarxes con una sonrisa maliciosa.

—Deberías estar agradecida. Ha ordenado que te entreguemos intacta —intervino otro de los embajadores, un hombre delgado con ojos de cerdo.

—Y ahora, si tienes la amabilidad de acompañarnos... —Abarxes hizo un gesto hacia uno de los soldados persas, que se acercó con una gruesa cuerda en las manos.

Los demás soldados abrieron la puerta y entraron en la celda. Artemisia se pegó a la pared, intentando mantener la distancia. Los guardias la rodearon, y uno de ellos intentó sujetarle los brazos, pero la amazona lo golpeó en el rostro con un puñetazo al mismo tiempo que lanzaba

una patada a la entrepierna de otro. Rápidamente, se abalanzó contra un tercer guardia que estaba frente a la puerta, chocando su hombro contra el pecho del persa y empujándolo contra los embajadores, haciendo que todos cayeran al suelo enredados.

Aprovechando el caos, Artemisia salió al corredor. Pero antes de que pudiera alcanzar las escaleras que la llevarían fuera del calabozo, sintió algo que venía hacia ella. Por reflejo, miró por encima del hombro y alcanzó a ver la sonrisa irónica de Otanixos, que había estado escondido tras una columna.

Un golpe seco impactó en su nuca, haciéndola caer al suelo. La visión de Artemisia se oscureció, y pronto se sumió en la negrura absoluta.

Los persas, tras la salida de Artemisia y su escolta, se retiraron por la puerta de la derecha con una sonrisa arrogante. Perseo no pudo contenerse y corrió hasta la mesa donde se encontraban Jenofonte y los demás oficiales.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Jenofonte—, ¿no podemos permitir que los persas se lleven a Artemisia!

—¡Soldado! ¡Vuelva a su posición! —gritó Anaxandro.

Georgios y los demás compañeros de Perseo se acercaron. El resto del pelotón permaneció en posición de firmes, observándolos con miradas atónitas.

—Perseo tiene razón, señor —intervino Georgios, ignorando a Anaxandro—. Hemos luchado varias veces junto a Artemisia y sus amazonas.

—¿Anaxandro, Georgios, qué significa esto? —preguntó Admeto, irritado.

—Déjalos, capitán —dijo Quirísofo—. Lo que han dicho es cierto. Todos conocemos el valor de Artemisia, aunque creo que el joven soldado tiene un interés particular en este asunto.

—Sí, mi general, y estoy dispuesto a cualquier sacrificio —respondió Perseo.

—Lo siento, muchacho, pero no podemos arriesgarnos a entrar en guerra con Cnéias. Sabes muy bien lo valerosos y valientes que son esos escitas —explicó Jenofonte.

Perseo abrió la boca para responder, pero en ese momento la puerta trasera del recinto se abrió, y Eneas entró. Todos lo miraron en silencio mientras se acercaba a la mesa y se dirigía a Jenofonte y Quirísofo:

—Mis señores, su majestad Cnéias me ha encargado transmitirlo lo siguiente: por cuestiones políticas, su majestad no puede rechazar la petición de los embajadores persas. Sin embargo, os informa que la comitiva de los embajadores tomará el camino hacia la satrapía de Tisafernes en Caria al amanecer. Si fueran atacados y Artemisia liberada, por bandidos, por ejemplo, no será problema de su majestad, siempre y cuando Artemisia no permanezca en Escitia ni sea vista en vuestra compañía. Como prueba de sus buenas intenciones, las compañeras de la amazona han sido llevadas a vuestro campamento. Ellas conocen la ruta que tomarán los persas. —Tras decir esto, Eneas se inclinó en señal de respeto y salió del recinto.

—¡Esto es una locura! —exclamó Admeto.

—No, es política. Cnéias es astuto; ha contentado a griegos y a troyanos —rió Jenofonte.

—Entonces, muchacho —dijo Quirísofo, volviéndose hacia Perseo—, ahí tienes tu oportunidad de liberar a la amazona. No ordenaré un rescate, pero te autorizo a intentarlo si logras reunir voluntarios.

—No está solo; iré con él —se ofreció Georgios.

—Cuenta conmigo —dijo Atreu.

—No será nuestro primer rescate —rió Diomedes—. ¿Qué dices, Petrus? ¿Te animas a

acabar con más persas?

—Ya empezaba a aburrirme —respondió Petrus con una carcajada.

—Yo también iré —añadió Laertes.

—Entonces será mejor que os apresuréis. El amanecer no tardará —ordenó Jenofonte.

—Id, yo lideraré al resto del pelotón de regreso —dijo Anaxandro.

El grupo salió corriendo del salón y atravesó la ciudad sin detenerse. Llegaron a sus posiciones para recoger las lanzas y encontraron las carretas de las amazonas, donde las sirvientas cilicias estaban junto a la pequeña Helena en su interior. Afuera, las trece amazonas restantes aguardaban el regreso del grupo.

Con un griego vacilante, explicaron que habían sido liberadas una hora antes, lo que confirmaba que Cnéias ya planeaba traicionar a los persas.

Una de ellas preguntó:

—¿Artemisia, rescate?

—Sí —respondió Perseo con una sonrisa.

La amazona se dirigió a sus hermanas en escita, y estas respondieron lanzando sus gritos de guerra. Diomedes consiguió monturas para todos con los tracios, y antes del amanecer, el grupo cabalgaba liderado por una de las amazonas.

Cuando los primeros rayos de sol bañaron el horizonte y la llanura, se detuvieron y desmontaron. A ambos lados del camino había campos de trigo que cubrían la planicie con tallos que llegaban por encima de la cintura de un hombre. Era un lugar perfecto para tender una emboscada.

—Escuchadme ahora —dijo Georgios—. No sabemos cuántos soldados escoltan a los embajadores. Esta llanura no tiene muchos lugares adecuados para una emboscada, así que sugiero que llevemos los caballos lejos y nos ocultemos entre el trigo a ambos lados del camino. Cuando la comitiva pase, las amazonas atacarán a los soldados de la vanguardia con sus arcos, y nosotros atacaremos a los de la retaguardia para impedirles retroceder. Debemos ser rápidos y precisos.

Todos estuvieron de acuerdo con el plan y, con una mezcla de persa y griego, hicieron que las amazonas entendieran lo que planeaban. Estas sonrieron ferozmente; todas iban armadas con sus tradicionales espadas dobles y arcos. La más joven de ellas llevó los caballos lo más lejos posible, mientras sus hermanas se dispersaban a ambos lados del camino.

El grupo de rescate se escondió entre el trigo alto.

¿Lograremos rescatar a Artemisia? pensó Perseo, intentando no desesperarse. *¿Y si le ha pasado algo en el palacio y no lo sabemos? ¿Y si toman otra ruta? ¡Dioses, protegédla!*

Artemisia despertó en una habitación, acostada en una cama cómoda. Sus manos estaban atadas con una cuerda por delante de su cuerpo. Se levantó sintiendo un dolor horrible en la nuca y examinó el aposento. No había ventanas, y la habitación estaba iluminada por candiles de barro. Además de la cama, había una mesa de madera sobre la cual descansaban un plato con carne guisada y verduras, un odre de barro y un vaso. Sin embargo, no había cuchillo para cortar la carne. Al lado de la mesa había un taburete para sentarse.

La amazona caminó hasta la puerta y trató de abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Resignada, Artemisia se sentó en el taburete. Aunque no tenía hambre, comió todo lo que había en el plato y bebió un trago de vino del odre. A pesar de que sus manos estaban atadas, podía comer llevándolas juntas a la boca.

Necesito fuerzas para intentar escapar, pensó mientras se obligaba a comer.

El tiempo transcurrió, aunque no sabía si era de día o de noche. Su mayor preocupación era Perseo; temía que hiciera algo imprudente para intentar liberarla.

De repente, la puerta se abrió y entraron dos soldados persas. El embajador Abarxes apareció acompañado de cinco soldados. Mientras uno recogía el plato, el odre y el vaso, los demás la vigilaban con las espadas en las manos.

Salieron en silencio tras cerrar la puerta, excepto el embajador, que se quedó observándola con ojos lascivos. Artemisia sostuvo su mirada y aprovechó para ver si llevaba alguna daga, pero el hombre estaba desarmado.

—Eres realmente hermosa —dijo por fin el persa tras un momento de silencio.

Artemisia le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—Realmente muy hermosa, como una diosa —el persa caminó hacia la amazona.

Artemisia permaneció inmóvil, esperando su movimiento. Abarxes se acercó y la sujetó por la cintura.

—Si lo deseas, puedo dejarte escapar —murmuró insinuante—. Seré amable, no te arrepentirás, tal vez hasta lo disfrutes.

—Prefiero la muerte.

—No sabes lo que te espera —amenazó el hombre con voz áspera y una mirada llena de deseo.

Él tiró de Artemisia de forma violenta hacia su cuerpo, intentando besarla en los labios. La amazona permaneció inmóvil, con los labios contraídos, y luego él trató de besar su cuello y bajar hacia sus pechos, mientras sus manos apretaban el cuerpo de la guerrera. Era la oportunidad que ella esperaba, y con un movimiento rápido, Artemisia mordió la oreja del persa, arrancando un trozo.

Con un grito de dolor, Abarxes la soltó, dándole un puñetazo en la boca, lo que la hizo caer al suelo.

—¡Maldita bárbara! —se quejó, llevándose la mano a la oreja, con su sangre escurriendo entre los dedos.

Artemisia sonrió de manera irónica, aunque sentía el sabor de sangre en la boca.

Los guardias entraron apresuradamente en la habitación. La amazona escupió el trozo de oreja de Abarxes con desdén.

—¡Maldita! ¡Te entregaré personalmente a Tisafernes! —rugió mientras salía del lugar.

Los soldados observaron a la guerrera atentamente y salieron detrás del embajador, cerrando la puerta. Tras un tiempo, regresaron a la habitación y, de forma brusca, llevaron a Artemisia por los pasillos hasta un amplio patio donde esperaban dos grandes carruajes cerrados.

La luz del día cegó los ojos de Artemisia después de tanto tiempo sin ver la luz solar. Antes de ser arrojada al interior de uno de los carruajes, notó que varios soldados persas aguardaban alrededor de ellas. Serían su escolta.

Sentado junto al conductor del carruaje en el que la habían colocado, Otanixos observaba a la amazona con una sonrisa irónica.

Tras unos minutos en el interior oscuro, Artemisia notó que el carruaje comenzaba a moverse. Todavía estaba atada y observaba su nuevo cautiverio. Era de madera gruesa, con pequeñas rendijas en el techo que dejaban circular el aire, pero no había manera de espiar hacia el exterior.

¿Entonces este será mi destino? ¿Ser conducida como cautiva hasta la presencia de Tisafernes? ¿Ser su esclava hasta que se canse y me pase a su perro guardián? Prefiero morir. Si no logro matar a Tisafernes, me arrojaré desde lo alto de alguna torre o aplastaré mi cabeza

contra las rocas en la primera oportunidad, pensó amargamente.

Dioses, que Perseo no cometa ninguna locura tratando de venir a rescatarme. Tendría que atravesar la mitad del Imperio, y temo por su vida.

Con estos pensamientos sombríos, Artemisia permaneció encogida en un rincón, escuchando el sonido de las ruedas mientras avanzaban por el camino.

Las horas pasaron, el sol ascendió en el cielo calentando la temperatura. Perseo sudaba profusamente, dentro del yelmo la temperatura aumentaba, y no podía levantarse sin denunciar la posición.

Dos caballeros persas, a juzgar por sus ropas, pasaron trotando por la carretera, atentos a cualquier movimiento.

Deben ser avanzadillas, pensó Perseo, y miró a la derecha. Diomedes le guiñó un ojo, a su izquierda, Laertes se concentraba en la carretera y en los exploradores, que se iban alejando.

Quince minutos después, otros dos persas pasaron por la carretera, se detuvieron frente a la posición del grupo, observando atentamente ambos lados de la vía. Para Perseo parecía que los miraban directamente. El sudor le escurría por los ojos, nublando su vista, y una loca necesidad de rascarse la nariz lo asaltó, seguida de la tentación de reírse. Sonrió mentalmente. *Los persas se llevarían un susto si me levantara.* Por eso se concentró en quedarse inmóvil.

Satisfechos, los persas regresaron trotando por la carretera, el grupo de rescate esperó casi una hora. Nuevamente los caballeros persas regresaron trotando y se alejaron, continuando por el camino. Esta vez, los espartanos no esperaron mucho, y una nube de polvo denunció que un grupo grande se aproximaba por la carretera.

Perseo apretó el mango de la lanza con más fuerza, y miró el escudo que estaba a su lado.

Diez caballeros armados con lanzas trotaban lentamente por la carretera, detrás de ellos venían veinte soldados de infantería pesada con escudos que cubrían casi todo su cuerpo y lanzas, seguidos por dos grandes y lujosas carrozas de madera. Justo detrás de ellos, más soldados de infantería y cerrando el cortejo, diez caballeros.

Perseo calculó que alrededor de cien soldados persas, entre infantería y caballería, se acercaban lentamente al lugar de la emboscada. Cuando los caballeros de vanguardia pasaron por la posición de las amazonas, los griegos oyeron el silbido agudo de las flechas cruzando el aire. Casi al mismo tiempo, trece caballeros cayeron al suelo con flechas clavadas en sus cuerpos. Era la señal que esperaban.

— ¡Ares! —gritó Georgios.

Los espartanos se levantaron, gritando el grito de guerra:

— ¡Ahuu!

Perseo y sus compañeros corrieron hacia los caballeros que cerraban el cortejo. Los persas los miraron asustados, intentando controlar las monturas que, sorprendidas, se levantaban sobre sus patas traseras y trataban de galopar, obligando a sus jinetes a dominarlas con gran esfuerzo.

Perseo se acercó y hundió la lanza en las costillas expuestas de un caballero, tirando de ella con violencia. El hombre cayó al suelo con un grito. Otro intentaba controlar su montura al mismo tiempo que golpeaba al espartano con su lanza. Perseo esquivó el golpe torpe y arremetió la lanza en el pecho del persa, derribándolo.

Los soldados de infantería que acompañaban a los caballeros se volvieron contra los griegos. Perseo arrojó su lanza con violencia, acertando a uno en el pecho y haciendo que cayera hacia atrás. Sacó su espada y sintió un movimiento en su espalda. Por reflejo, se agachó y saltó

hacia un lado a tiempo de evitar el golpe de una espada contra su cabeza, desferido por otro caballero. Perseo lo golpeó en la espalda con el borde de su escudo, desequilibrando al caballero, que, al caer al suelo, tuvo su cabeza decapitada por la espada del espartano, que aplicó un golpe circular.

Perseo miró a su alrededor. La confusión era total. Los espartanos habían sorprendido a los persas. En el primer ataque, desintegraron la caballería que estaba en la retaguardia. Diomedes y Petrus avanzaron contra los soldados de infantería, mientras Laertes liquidaba al último caballero. Petrus pateó el abdomen de un persa, lanzándolo lejos, al mismo tiempo que desfería un golpe circular con su espada, decapitando el brazo de otro. El infeliz miró su muñón sangriento antes de gritar de dolor. Diomedes lo golpeó con el borde de su escudo, rompiéndole el cuello.

— ¡Vamos! —gritó Atreu, corriendo junto a Perseo, seguido por Georgios.

Perseo se unió a sus compañeros, arrojando su escudo contra dos persas que avanzaban, derribándolos al suelo. Georgios avanzó, atravesando el pecho de uno con su lanza, mientras Atreu hundía su espada en el pecho de otro. Laertes se unió a ellos, avanzando. Con un movimiento circular de su lanza, cortó el rostro de dos persas. En un movimiento rápido, hundió la lanza en el pecho de uno de ellos, al mismo tiempo que aplicaba un golpe con el borde de su escudo en el otro.

Los persas retrocedieron hacia las carrozas. Perseo oyó gritos al frente. Los soldados de infantería persas corrían hacia el grupo, seguidos por las flechas de las Amazonas. Muchos cayeron a los pies de los espartanos con flechas clavadas en sus espaldas. El grupo formó una línea defensiva, escudo contra escudo. Unos diez persas los miraban asustados, atrapados entre los griegos y las carrozas.

— ¡Atacar! —gritó Georgios en el centro de la formación.

El grupo avanzó en formación, chocando los escudos contra los infantes persas. Perseo arremetió su espada contra la garganta de uno de ellos, atravesándola con precisión. Petrus rompió el cuello de otro con el pomo de su espada. Pronto, no quedaba más con quien luchar.

Todos se miraron, estaban vivos y cubiertos de sangre. A su alrededor, los cuerpos mutilados de los persas se esparcían por el suelo. Uno de ellos gimió con fuerza. Laertes se acercó y le clavó su lanza en el pecho, asegurándose de que no quedara nadie con vida.

Los caballos heridos relinchaban, y los espartanos avanzaron hacia la vanguardia. No había más enemigos, solo soldados persas muertos, con flechas clavadas en sus cuerpos.

Las Amazonas se acercaron con los arcos tensados y las flechas preparadas. *Son arqueras fenomenales, dignas de Apolo*, pensó Perseo observándolas. Ninguna Amazona había sido herida; Atreu tenía un corte en el brazo, pero sin gravedad, y Georgios cojeaba de una pierna.

Sonrieron unos a otros, felices con el éxito, y rodearon las dos carrozas. Eran grandes cajas de madera, con una puerta en el lateral y frisos en el techo que permitían la circulación de aire, tiradas por caballos que yacían en el suelo, muertos por las flechas de las Amazonas, de la misma forma que sus conductores, sentados en sus asientos, atravesados por las mortales flechas.

Los espartanos rompieron las puertas de las carrozas. En una de ellas, dos persas estaban encogidos al fondo de los bancos, y con violencia fueron arrojados al suelo. Perseo corrió hacia la segunda carroza y rompió su puerta.

Artemisia, que había oído gritos de dolor y guerra, mezclados con los relinchos de los caballos heridos, aún estaba sentada con las manos atadas por gruesas cuerdas. Se sintió aliviada al ver a Perseo aparecer en la puerta.

El espartano notó que los labios de la Amazona estaban agrietados y manchados de

sangre, y la sacó suavemente de la carroza, cortando las cuerdas con su daga y luego la abrazó fuerte, sintiendo el alivio inundar su alma.

—¡Por los dioses! ¡Cómo temí por ti! —exclamó Perseo, besando suavemente los labios heridos de la amazona.

— Estoy bien, mi amor, pero ¿por qué actuasteis de esta forma? Cnéias no va a permitir el paso de vosotros por Escitia cuando se entere.

Perseo le contó lo que Eneas había dicho.

—¿Y estos dos? —preguntó Diomedes, pateando a uno de los embajadores que estaba en el banquete, haciéndolo gemir.

—¿Te hicieron daño? —Perseo tocó con cariño los labios heridos de Artemisia.

—Lo intentó —la amazona señaló al persa—, pero le dejé una marca. Por eso, me abofeteó y dijo que me entregaría a Tisafernes.

Perseo miró al persa y vio que le habían arrancado la oreja. Rió mentalmente. *Las Amazonas son terribles en su ira*, pensó, acercándose al hombre con el puñal en la mano. Su sangre parecía hervir, tal era la furia que lo acometía al pensar que ese persa había intentado abusar de Artemisia. El espartano lo agarró por las vestimentas, acercando su rostro al de él, y lo miró a los ojos, que estaban desorbitados por el terror.

—¿Te gusta abusar de mujeres, maldito persa? —dijo Perseo, apoyando el puñal en el vientre del persa.

—¡Eso es una locura! ¡Somos embajadores! ¡Viajamos bajo la protección de Cnéias y de los dioses! —balbuceó el hombre en griego.

Perseo miró alrededor, sus compañeros lo observaban, y Artemisia, la mujer que amaba, estaba a su lado.

¡Herida por este animal! gritó su mente. El joven volvió a mirar al persa y gruñó.

—Te voy a responder lo que Leónidas, nuestro rey, respondió hace ochenta años, cuando mató a los embajadores persas de Jerjes que vinieron a exigir tierra y agua a Esparta^[12].

Perseo introdujo la hoja del puñal lentamente en el vientre del embajador, observando el terror y el dolor en sus ojos.

—¡Esto es Esparta! —gruñó bajo, enterrando el puñal con fuerza en el vientre del persa, tirando de él con violencia hacia el esternón, abriendo el abdomen del infeliz y haciendo que sus entrañas saltaran fuera, liberando un olor nauseabundo.

Con un grito, el persa cayó al suelo en medio de convulsiones, y no tardó mucho en morir. Laertes cortó el cuello del otro embajador con una sonrisa asesina en los labios. Perseo no sintió remordimiento por el acto, solo pensó: *Esta es la primera vez que asesino a alguien desarmado, actué movido por puro odio.*

—Te estás convirtiendo en un verdadero soldado espartano —dijo Laertes dirigiéndose a Perseo con una sonrisa fría.

El joven no respondió. *Admiro la habilidad en combate de Laertes, pero juro que nunca me convertiré en el tipo de soldado que él es, un asesino sin piedad*, pensó.

—Vámonos de aquí, llevad todo lo de valor para que piensen que fueron salteadores —ordenó Georgios.

Antes de partir, Artemisia miró alrededor, pero no vio el cuerpo de Otanixos en el lugar donde había estado sentado, junto al conductor de la carreta. *¿Será que logró escapar?* pensó, observando tres flechas clavadas en la madera donde él había estado.

Los griegos buscaron sus monturas mientras las Amazonas se acercaban a su líder para

preguntarle si estaba bien.

Rápidamente, el grupo se montó y galopó de vuelta hacia el campamento griego, pero antes de llegar, Artemisia detuvo las monturas e hizo una señal para que todos desmontaran.

Debo decidir mi destino. Ahora estoy prohibida de permanecer en Escitia. El único camino por el momento es seguir a Perseo y los griegos, al menos por ahora. No deseo que mis hermanas me acompañen; el camino hasta el mar es largo y lleno de peligros, especialmente para una niña pequeña como Helena. Debemos separarnos, por doloroso que sea. Pensó, reuniéndose con sus hermanas para hablar en su lengua, bajo la mirada de los griegos.

—¿Alguna de ustedes vio a Otanixos durante el combate? —preguntó Artemisia, con la esperanza de que hubiera sido herido.

—Lo vi en la carreta en la que estabas prisionera, junto al conductor. Mi primera flecha fue dirigida hacia él, pero logró detenerla con las manos, algo que nunca había presenciado antes —respondió Hircania, impresionada.

¡Dioses! ¿Todavía está vivo? pensó Artemisia.

—Después lancé tres flechas más, pero él había desaparecido. Lo busqué después de la batalla, pero no encontré su cuerpo. Debe haber huido, el cobarde —resmungó Hircania.

—¿No deberíamos avisar a los griegos? —preguntó una de las Amazonas.

—¡No! Si Perseo lo sabe, intentará ir tras Otanixos. No puedo arriesgar su vida —afirmó Artemisia, preocupada.

Sé que Perseo y sus compañeros harían todo lo posible por protegerme, pero no puedo arriesgar sus vidas. Debo encontrar a Otanixos y matarlo, pero no sé cómo. Pensó.

—Pero eso ya no importa, deben regresar a nuestra tribu —explicó Artemisia.

—¿Y tú? —preguntó Hircania, con una mirada preocupada.

—Iré con Perseo y los griegos —la Amazona sintió un apretón en el corazón.

—¿Por qué no vuelves con nosotras? —preguntó Epamina, una Amazona de mediana edad, con el cabello comenzando a encanecer.

Artemisia la miró por un momento. Cuando partieron, el cabello de la Amazona era negro, ahora algunas canas eran visibles. *¿Qué otras marcas llevará por el resto de su vida después de nuestra aventura?* Un sentimiento de culpa invadió a la líder Amazona.

—No puedo. Si regreso, Cnéias y los persas podrían tener un pretexto para atacar nuestra tribu —respondió Artemisia, explicando el juego doble del rey.

—Nosotras te seguiremos —dijo una joven Amazona, recién salida de la adolescencia, pero que había luchado como una leona en todas las batallas.

—Gracias, mis hermanas, pero no puedo ser responsable de la destrucción de nuestra tribu. Ya me pesa la culpa por la muerte de todas las que cayeron en combate —Artemisia intentó contener las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos.

—¿Y la pequeña Helena? —preguntó Hircania.

—Llévenla con ustedes y entréñenla. Si demuestra ser digna, que se convierta en una Amazona. Cuéntenle su historia y cómo la encontramos —respondió, pensando en la pequeña Helena, a quien amaba como a una hija que nunca podría tener—. Díganle quién fui y que la amé como a una hija, pero el destino nos separó.

Las Amazonas asintieron en silencio.

—Pediré a los griegos que la escolten, junto con las sirvientas, hasta ese grupo de árboles —Artemisia señaló hacia un pequeño bosque a lo lejos—, donde podrán esperarla.

—¿Quién nos liderará? —preguntó Hircania, siendo práctica.

—Ebana debe liderar a las Amazonas hasta que las ancianas decidan si es digna o no —

orientó Artemisia, pensando en Ebana. Sabía que la guerrera era feroz y leal al código de las Amazonas. *Mis hermanas estarán bien con ella.* Pensó.

—¿Nos encontraremos nuevamente? —preguntó Hircania, ahora con lágrimas en los ojos.

Artemisia las miró, una por una.

Partimos juntas, quinientas hermanas de armas, y ahora solo quedan trece de ellas. Mi corazón está roto en quinientos pequeños pedazos, uno por cada una de ellas, pensó con tristeza. *No sé qué me depara el destino; el sueño que tuve con los dioses sigue siendo claro en mi mente: servir a Ares o vivir el amor que conocí con Perseo, aunque fuera por poco tiempo. Elegí la primera opción, el camino de la venganza y la guerra, pero nuevamente Afrodita lo puso a mi lado.*

—Volved a nuestra tribu, a nuestros valles y llanuras. Yo no os acompañaré, pero siempre seréis mis hermanas de armas. Juntas hemos atravesado campos de muerte y destrucción; la mayoría de nosotras descendió al Hades combatiendo con valor. Solo nosotras hemos sobrevivido, aunque desearía haber caído junto a ellas. Vuestros sufrimientos fueron los míos, y, incluso cuando la batalla se tornó feroz y fui gravemente herida, en medio del miedo, la muerte y el pánico, ninguna de vosotras me abandonó, mis hermanas de armas. Ahora debo deciros adiós. Toda guerrera debe morir, pero la peor muerte es la que se vive en vida, y así me siento: una parte de mí muere hoy por no poder acompañaros. Aunque nunca vuelva a nuestra tierra, aunque jamás contemple las montañas escitas o me siente junto a vosotras alrededor de una hoguera o en el consejo de las ancianas, está escrito en las estrellas y en las líneas del inexorable destino trazado por las Moiras que siempre seremos hermanas de armas —dijo Artemisia mientras las lágrimas corrían libremente por su rostro.

Las Amazonas la abrazaron emocionadas, y sus lágrimas se mezclaron. Finalmente, se separaron, y Artemisia, con el corazón destrozado, se reunió con Perseo, que la esperaba.

—Deben regresar a nuestra tribu —explicó Artemisia mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas.

—¿No vas con ellas? —preguntó Perseo.

—No puedo. Cnéias y Tisafernes no me dejaron elección. Si me encuentran en mi tribu, podrían destruirla —respondió con dolor en el corazón.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué nos ayudó? —preguntó Atreu.

—Política. Antes de partir a Sardes con mis hermanas para ponerme al servicio de Ciro, ayudé a Cnéias a ser elegido rey. En Escitia hay líderes tribales que están en contra de Artajerjes y otros que lo apoyan. Cnéias se equilibra entre ambos bandos. Si me quedo, podría ser motivo de una guerra civil. Debo partir por el bien de mi tribu —respondió Artemisia con tristeza.

—¿Y qué será de la pequeña Helena y las siervas? —preguntó Georgios.

—Si podéis escoltarlas hasta aquí, os lo agradecería mucho. La pequeña Helena debe ir con ellas. Será entrenada como una Amazona. Mis hermanas se esconderán en aquel bosque —dijo Artemisia, señalando el conjunto de árboles que se veía en el horizonte.

—Las escoltaremos —concordó Georgios.

—Artemisia, debes vestir una armadura espartana para que nadie te reconozca —sugirió Perseo mientras sacaba un paquete atado a uno de los caballos.

Desenvolvió de un manto rojo espartano una coraza, grebas y un yelmo con crin de caballo, y se los entregó a la Amazona, quien se equipó rápidamente.

—Ahora vamos, antes de que alguna guarnición encuentre la caravana en la carretera —ordenó Georgios.

Artemisia abrazó nuevamente a sus hermanas, despidiéndose de ellas. Luego, el grupo montó sus caballos y se alejó, mientras las amazonas se dirigían al bosque. Con el corazón dolido, la líder amazona no miró atrás.

Al llegar al campamento griego, Artemisia encontró a las siervas cilicias y les explicó lo que debían hacer. Estas lloraron al recibir la orden de partir.

—Debéis encontrar a mis hermanas. Ellas os llevarán a salvo hasta nuestra tribu, donde seréis tratadas con el respeto que merecéis —les dijo emocionada, abrazándolas una por una.

Perseo y sus compañeros se despidieron de la pequeña Helena con un beso en la frente. Diomedes entregó a las siervas varias monedas de oro.

Artemisia tomó a la pequeña Helena en sus brazos. Sus manitas intentaron sujetar sus cabellos; sus ojitos brillaron al reconocer a la amazona, y una sonrisa iluminó su hermoso rostro mientras decía: “mamá”. El corazón de Artemisia se rompió de nuevo, y las lágrimas fluyeron libremente por su rostro.

Me he encariñado con esta pequeña niña. La amo como si fuera la hija que nunca tendré. En mis momentos de soledad soñé con criarla junto a Perseo, pero los dioses nunca están de acuerdo con nuestros planes, y ahora debo dejarla partir. Sé que será bien cuidada y criada por mis hermanas, y, cuando llegue el momento, será una amazona, pensó, mientras, a regañadientes, entregaba a la niña en brazos de una de las siervas. Helena comenzó a llorar, desconsolada, mientras era mecida por los brazos gentiles de la cilicia, que subió con ella a una de las carretas.

Con el corazón destrozado, Artemisia observó cómo partían, acompañadas de Diomedes, Petrus y diez soldados seleccionados por Georgios, hasta que desaparecieron en el horizonte.

Perseo abrazó a Artemisia mientras ella lloraba desconsoladamente.

Estoy desterrada de mi patria y no puedo quedarme con la pequeña Helena. Solo me queda Perseo, pensó entre sollozos.

CAPÍTULO 29

Tras ver desaparecer a las sirvientas en el horizonte, Artemisia, cubierta por el manto rojo espartano que envolvía su cuerpo y con el yelmo de crin de caballo, atravesó el campamento junto a Perseo hasta llegar al lugar donde el pelotón del espartano estaba apostado, sin despertar sospechas. Al llegar, Perseo la condujo a una pequeña tienda que Georgios había puesto a su disposición.

—Debes evitar salir de la tienda. Si necesitas hacerlo, usa el yelmo y el manto —le aconsejó Perseo, aunque no creía que algún griego fuera a traicionarlos.

Artemisia asintió en silencio y permaneció el resto del día en el interior de la tienda, absorta en sus pensamientos. Perseo aparecía de vez en cuando trayendo comida y bebida, pero la amazona no tenía apetito y apenas probaba unos trozos tras mucha insistencia por parte de él.

Durante la noche, Jenofonte fue convocado al palacio para una audiencia con el rey escita, y decidió elegir nuevamente al pelotón de Georgios como escolta, ya sospechando cuál sería el motivo de la reunión.

—Quédate aquí y no te preocupes —le indicó Perseo antes de salir de la tienda.

—Cuídate —murmuró Artemisia, besándolo en los labios.

Durante el trayecto hacia el palacio para la audiencia con el rey, Jenofonte murmuró a Georgios:

—Espero que hayáis hecho bien vuestro trabajo.

En el recinto se encontraban el rey Cnéias, Eneas, su intérprete, y dos embajadores persas que habían asistido al banquete la noche anterior, aunque no formaban parte de la escolta.

A través del intérprete, el rey escita se dirigió a Jenofonte con una expresión severa:

—Estos señores os acusan a vosotros, los griegos, de haber rescatado a Artemisia, violando la ley de hospitalidad y las sagradas leyes relativas a heraldos y embajadores.

—Somos inocentes, noble rey. Si nos acusan de algo, invito a estos señores embajadores a entrar en nuestro campamento y revisar nuestras tropas. Si lo prefieren, pueden hacerlo acompañados del propio Tisafernes —respondió Jenofonte con una sonrisa fría.

Los persas intercambiaron palabras entre ellos, visiblemente nerviosos. Finalmente, uno de ellos dio un paso adelante y, en griego, respondió:

—Alteza, confiamos en vos para que inspeccionéis el campamento griego. No nos corresponde a nosotros adentrarnos en territorio enemigo.

—Muy bien. Mañana al amanecer inspeccionaré personalmente las tropas griegas. Si están ocultando a Artemisia, lo consideraré un acto de guerra. Ahora, si me permitís, tengo otros asuntos que atender. Solicito a los griegos que abandonen mi ciudad una vez concluida la inspección —concluyó el rey, despidiendo a todos con un gesto.

—Así será, mi señor —respondió Jenofonte, liderando a la escolta fuera del palacio.

—Malditos cobardes —gruñó Petrus mientras regresaban al campamento.

—Habéis escuchado. Aunque creo que la inspección será una mera formalidad, recomiendo que escondáis a Artemisia hasta que reanudemos la marcha —ordenó Jenofonte.

—Así se hará, mi general —respondió Georgios.

Cuando llegaron al campamento, Perseo se dirigió a la tienda donde Artemisia lo

esperaba con ansiedad.

—¿Cómo ha ido? —preguntó tan pronto como él entró.

—Bien. Los persas estaban enfadados, pero no tuvieron valor para aceptar la invitación de inspeccionar nuestras tropas. Cnéias dijo que vendría, pero no creo que tenga verdadero interés en encontrarte —respondió Perseo mientras se quitaba la coraza y las grebas.

Artemisia lo ayudó. Vestía solo una túnica y llevaba el cabello suelto. Perseo suspiró al sentir los dedos de la amazona rozar su cuerpo mientras le quitaba la túnica. Él la tomó en sus brazos, besándola con pasión, y la presionó contra sí para que ella sintiera su necesidad de tenerla.

La amazona sonrió y, rozando su cuerpo con el de él, lo provocó con sensualidad. Después de pasar el día atormentada por sus pensamientos, necesitaba el calor de su cuerpo junto al suyo.

Solo él puede calmar la tormenta que azota mis sentimientos y alejar la tristeza que consume mi alma, pensó mientras lo besaba con ardor. *Necesito desesperadamente sentirme viva.*

Se desnudaron y pronto sus cuerpos estuvieron unidos. Perseo aspiró el cuello y el cabello de Artemisia, embriagándose con su fragancia almizclada que le recordaba a flores silvestres.

—Ven, mi amor —susurró la amazona.

Se amaron hasta quedar saciados, y luego permanecieron tumbados, extasiados, mientras sus corazones recobraban la calma y el sudor se secaba en sus pieles.

Artemisia descansó su rostro sobre el pecho de Perseo, acariciándolo suavemente con una de sus manos.

—¿Por qué tú y tus hermanas nos abandonasteis? —preguntó Perseo, incapaz de contener la duda que lo había atormentado desde aquel día en que despertó solo en la tienda de la amazona—. No te imaginas el dolor que sentí al no encontrarte.

—Lo siento, mi amor. Para mí también fue doloroso, pero tuve que hacerlo. Durante una de mis incursiones para averiguar las intenciones de Cnéias, descubrí que los persas estaban presionándolo para que los recibiera y luego los traicionara, masacrándolos. Me presenté ante Cnéias con la esperanza de que honrara la deuda que tenía conmigo. Él sabía que, aunque venciera a vuestros hombres, las pérdidas serían irreparables —explicó ella.

—¿Pero entonces por qué te apresó? —preguntó Perseo, aún intrigado.

—Me ofrecí. Él necesitaba entregar algo valioso a los persas a cambio de que cruzaran Escitia en paz. Los embajadores estaban más interesados en capturarme para Tisafernes que en obligar a Cnéias a entrar en guerra con vosotros —Artemisia contrajo la mandíbula.

—¿Te sacrificaste por todos nosotros?

—Por ti, mi amor. Solo por ti. Tu vida es lo único que me importa —respondió Artemisia con una sonrisa.

Perseo la besó tiernamente, comprendiendo la magnitud del sacrificio de la amazona. *Si los persas hubieran logrado su objetivo, su destino habría sido la muerte o algo mucho peor.* Reflexionó un momento. Necesitaba hacerle una pregunta que llevaba tiempo aplazando:

—¿Por qué Tisafernes quiere tanto capturarte? —preguntó, fijando su mirada en la de ella.

Una sombra atravesó los ojos azules de Artemisia, que se oscurecieron de repente. Los recuerdos asaltaron su mente, haciendo que apretara la mandíbula.

Perseo pensó que no iba a responder, pero finalmente la amazona dijo:

—Tisafernes me desea como su esclava desde hace mucho tiempo. Probablemente habría entregado a mis hermanas a Artajerjes cuando nos capturó, pero a mí me habría mantenido como su cautiva. Tú me libraste de un destino peor que la muerte.

Artemisia contó que, al final del año que pasó en la corte del rey Darío, Tisafernes y otros sátrapas fueron convocados para rendir cuentas de sus administraciones ante el rey. Durante uno de los grandes banquetes ofrecidos, ella fue presentada a él.

Tisafernes quedó prendado de un amor platónico por la joven y suplicó a Artajerjes, de quien era íntimo amigo, que intercediera ante el rey para que se la concediera en matrimonio. El príncipe, que deseaba tomar a Artemisia como concubina, aceptó. Pero nuevamente fue Ciro quien intervino, y el rey permitió que ella decidiera sobre la petición.

—Prefería volver a Halicarnaso y morir a manos de los hombres que destruyeron a mi familia antes que casarme con Tisafernes —dijo Artemisia con repulsión.

Tisafernes, humillado, juró que algún día tendría a Artemisia, por las buenas o por las malas. Poco antes de que venciera el plazo de un año que Darío le había dado para decidir si quería ser una guerrera o si prefería que le arreglasen un matrimonio en la corte, caminaba por uno de los innumerables jardines del palacio real cuando él la sorprendió, suplicando su amor y humillándose de todas las maneras posibles. Ante su rechazo, Tisafernes se tornó violento.

—Yo era solo una niña. Luché con todas mis fuerzas, pero logró dominarme. Estaba a punto de violentarme cuando Ciro apareció y lo impidió —relató Artemisia con el hermoso rostro contraído por el recuerdo.

Ciro detuvo a Tisafernes propinándole una paliza y salvó a Artemisia. Poco después, Darío la llamó, y ella eligió la vida de guerrera, siendo enviada a una tribu de amazonas en los confines de Escitia.

Perseo escuchaba atentamente.

¿Debería contarle que Tisafernes fue el responsable de la muerte de Mardoc? ¿Que Otanixos era su ejecutor y el encargado del asesinato de mi familia y de la violación de mi cuerpo? ¿Que durante años culpé injustamente a los espartanos y a sus aliados? pensó la amazona.

—Lo demás ya lo sabes: el rey Darío enfermó y llamó a sus hijos a la corte. Tisafernes intentó destruir a Ciro, pero fracasó gracias a la ayuda de su madre, Parisátides, y de la mía —concluyó Artemisia.

—¿Tú y Ciro erais solo amigos? —preguntó Perseo, sintiendo una punzada de celos.

—Ya me lo preguntaste una vez —respondió Artemisia con una suave risa, aunque por dentro temblaba ante la pregunta—. Solo éramos grandes amigos; él me tenía un cariño de hermano.

Perseo asintió con la cabeza, reflexionando sobre cuánto de la historia de Artemisia aún ignoraba. Pensó en su año en la corte, su entrenamiento, su convivencia con las amazonas, cómo había impedido que los escitas se unieran a Artajerjes... Pero decidió no presionarla. *Si algún día quiere, me contará más sobre su vida.*

Artemisia observó a Perseo, que parecía perdido en sus pensamientos. *¡Dioses! ¿Y si le contara que besé a Ciro hace mucho tiempo, en una torre abandonada de Nínive? ¿Que Ciro me ofreció su corazón y deseaba hacerme su reina? ¿Que, por un momento, estuve tentada a aceptar? ¿Que sus últimas palabras fueron una declaración de amor eterno hacia mí? ¿Lo entendería?*

La amazona guardó silencio. *No es el momento de hablar de esa parte de mi pasado.*

Terminaron durmiendo entrelazados; a partir de ahora compartirían una tienda.

Al amanecer, el ejército griego se alineó tras desmontar el campamento, listo para partir.

Cnéias apareció acompañado por una escolta de escitas, junto a Jenofonte y Quirísofo. Conversaban alegremente a través del intérprete Eneas y no prestaron atención a las tropas formadas.

El pelotón de Georgios estaba situado en medio de las tropas hoplitas. Artemisia, junto a Perseo, llevaba una armadura espartana y escondía su cabello recogido dentro del yelmo con crin de caballo.

Tras la partida de Cnéias, Jenofonte y Quirísofo se dirigieron al ejército reunido:

—¡Compañeros! Nuestra travesía se acerca a su fin. El rey escita nos ha proporcionado un guía, uno de sus hijos, quien ha jurado con su propia vida que en cinco días nos llevará a un lugar desde donde podremos avistar el mar.

—¡Ahuu! ¡Ahuu! —rugió con entusiasmo el ejército reunido.

Artemisia observó la felicidad de Perseo y sus compañeros.

Ahora saldremos de Escitia. ¿Qué nos deparará el destino? ¿Y Otanixos? ¿Dónde estará? La amazona pensó con inquietud mientras marchaba al lado de Perseo y de sus camaradas.

La última etapa de la travesía por Asia estaba llegando a su fin.

CAPÍTULO 29

El ejército reanudó la marcha, avanzando durante todo el día. Artemisia caminaba junto a Perseo, quien, de forma discreta, rozaba su mano con la de ella, provocándole una sonrisa que intentaba ocultar inclinando la cabeza.

Al caer la noche, el ejército se había alejado lo suficiente de la ciudad como para que la amazona pudiera quitarse el yelmo.

El campamento se estableció y se preparó un gran banquete para celebrar la proximidad del mar. Primero, los sacerdotes sacrificaron un toro en honor a Zeus; después, repartieron varios animales entre las tropas para asarlos, y distribuyeron ánforas de vino, un regalo de Cnéias.

Perseo y sus compañeros encendieron una hoguera en un lugar algo más apartado. Diomedes había conseguido un cabrito que asaba lentamente sobre las llamas, junto con una ánfora de vino.

—¡Por fin! —exclamó Atreu con entusiasmo—. Estamos cerca de llegar a Grecia.

—No te precipites —respondió Georgios—. Aún tendremos un largo camino después de llegar al mar.

—Siempre tan pesimista —rió Petrus.

—Al menos estaremos cerca de las colonias griegas —añadió Diomedes.

—Quizá tengamos una oportunidad de sobrevivir a esta travesía —reflexionó Georgios.

—Para mí, esta jornada ya ha valido la pena —dijo Perseo, mirando a Artemisia, que estaba sentada a su lado.

He perdido a mis hermanas, pero he sido aceptada en este pequeño grupo que ha forjado un vínculo que solo los soldados que han luchado juntos y han presenciado cosas terribles pueden entender. El lazo de la camaradería es tan fuerte como el de la sangre, y me siento honrada de haber sido aceptada como una de ellos, pensó la amazona, devolviéndole la sonrisa.

—¡Un brindis por vosotros, mis hermanos! Hemos pasado por mucho juntos, y buenos compañeros nos han dejado para descender a la casa de Hades —comenzó Georgios, dirigiéndose al grupo.

Los soldados respondieron levantando sus copas y bebiendo su contenido.

—Y un brindis por la nueva integrante de nuestra pequeña hermandad —continuó Georgios, mirando a Artemisia, quien alzó su copa en respuesta.

—¡Un brindis por Perseo, que llegó entre nosotros como un virgen y ahora se ha convertido en un auténtico guerrero! —concluyó Laertes, levantando también su copa.

Con risas, todos levantaron sus copas, las rellenaron y vaciaron de un trago. Perseo hizo lo mismo, pero al beber el fuerte vino se atragantó, lo que desató las carcajadas de sus compañeros.

—Aún tienes mucho que aprender —gritó Petrus, ya embriagado, mientras daba a Perseo una palmada en el hombro que casi lo disloca.

La celebración continuó animada. Perseo llevó a Artemisia hasta un tronco de árbol algo apartado, donde se sentaron. Pasó su brazo izquierdo por encima del hombro de la amazona, abrazándola, mientras su mano derecha descansaba sobre la rodilla de ella.

La pareja se besó como dos adolescentes enamorados.

—¡Te amo! —murmuró Artemisia con una sonrisa, tras una breve pausa.

—Y yo te amo a ti —respondió Perseo, sintiéndose el hombre más feliz del mundo.

Las celebraciones continuaron durante toda la noche. Perseo no dejaba de mirar a Artemisia con ojos llenos de amor, lo que la llevó a reflexionar:

¡Por los dioses! Lo amo de una manera tan intensa. Su amor está logrando sanar las heridas de mi corazón, causadas por las incontables muertes que he presenciado desde mi infancia. Solo su presencia a mi lado evita que me consuma en la tristeza tras separarme de mis hermanas y de la pequeña Helena.

Perseo dirigió la mirada hacia Artemisia, que estaba sentada a su lado.

Hermosa como una diosa, pensó, mientras recordaba todo lo que habían vivido juntos hasta ese momento. Observó el poco habitual, pero relajado, gesto sonriente de la amazona.

Desde la batalla de Cunaxa sonrío menos. Parece siempre preocupada, como si una sombra oscureciera sus ojos, reflexionó. Artemisia se dio cuenta de que él la observaba y lo miró de vuelta. Sus ojos azules mostraban un tono claro, en marcado contraste con el habitual azul oscuro que revelaba su ánimo sombrío.

Ella esbozó una sonrisa y arqueó una ceja, intrigada por los pensamientos que rondaban la mente del espartano.

Amo a esta mujer como nunca antes he amado a nadie, ni siquiera a Elana. No la amo solo por su belleza, sino por su espíritu indomable, su energía, su valentía y su honor. No puedo imaginar mi vida sin su presencia. Por ella enfrentaría incluso a los dioses.

De pronto, una idea iluminó la mente de Perseo como un relámpago. Ahora sabía lo que debía hacer.

—Cásate conmigo —pidió el espartano, con una convicción que jamás había sentido antes.

—¿Qué? —la amazona se quedó atónita.

—Quiero tomarte como mi esposa, ¿aceptas? —insistió, elevando el tono de su voz

Los compañeros de Perseo escucharon su petición y comenzaron a gritar y a silbar, mientras lágrimas resbalaban por los ojos de Artemisia y una sonrisa iluminaba su rostro como hacía mucho tiempo que el espartano no veía.

—Acepto —dijo ella, arrojándose a los brazos del joven y besándole apasionadamente en los labios. La amazona estaba sorprendida; nunca habían hablado de casarse. Perseo le había contado que los espartanos solo podían contraer matrimonio al cumplir los treinta años.

El alboroto entre los compañeros de Perseo fue enorme y estruendoso, mientras volvían a llenar las jarras para continuar celebrando.

Bebieron durante toda la noche, y al amanecer todos cantaban canciones obscenas, apoyándose unos en otros. Como ellos, el ambiente general en el ejército era de alegría; pronto zarparían, lo que los acercaría más a casa.

Aunque eso signifique que yo me aleje cada vez más de Escitia... Artemisia apartó ese pensamiento de su mente. Al menos por esa noche, quería celebrar sin preocuparse por el futuro.

Artemisia y Perseo se retiraron a su tienda, donde se desnudaron y se recostaron juntos, abrazados en el lecho de pieles.

Mientras el joven acariciaba el cabello de la amazona, un pensamiento asaltó su mente con fuerza: *El sueño que tuve con los dioses y las palabras de Afrodita afirmando que conocería el amor por un breve tiempo, solo para perderlo. Temo esa sombría profecía; mi mayor pesadilla es que Perseo me sea arrebatado de forma violenta, como sucedió con todos los que amé antes.*

Se incorporó, apoyando los brazos en el pecho del espartano, y lo miró con una mezcla de dulzura y preocupación en los ojos.

—Tengo miedo —murmuró la amazona, mientras un escalofrío recorría su espalda y erizaba su piel.

—¿Miedo de qué? ¿De que no logremos llegar al mar? Por ti, me quedo aquí en Escitia —respondió, intentando tranquilizarla, ya imaginándose como un guerrero escita.

—No, por ahora debemos partir. Tengo miedo de que los dioses sientan envidia de nuestra felicidad y nos impidan estar juntos —dijo la amazona, con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Y por qué razón habrían de ser tan envidiosos?

Artemisia bajó la mirada y guardó silencio. *¿Debería contarle el sueño que tuve? ¿Mi relación con Ciro? Dioses, hay tanto que aún no le he confesado*, pensó, mientras Perseo esperaba pacientemente, notando la batalla interna que se libraba en el corazón de su amada.

—Cuando los griegos atacaron Halicarnaso y destruyeron mi hogar, arrebatándome a mis seres queridos y mi inocencia, un noble persa enviado para combatirlos me rescató. Esto ya te lo conté —comenzó Artemisia, mirando al joven nuevamente.

—Sí —respondió Perseo, asintiendo con la cabeza y recordando la conversación que habían tenido mientras el ejército avanzaba.

—Lo que no te conté es que buscó refugio en un templo dedicado a Afrodita, donde sus médicos me atendieron con la ayuda de las siervas de la diosa. La primera noche ardía en fiebre, estaba entre la vida y la muerte. Lo recuerdo como si fuera hoy: tuve un sueño. En él, una mujer hermosísima vestida con una larga túnica blanca que brillaba al moverse se acercó a mí, acompañada por un guerrero imponente, con una armadura completa. Su aspecto inspiraba temor y fuerza. Ambos se detuvieron a mi lado y me observaron; podía sentir el poder que emanaba de ellos. Conversaron entre sí; no entendía lo que decían, pero la gracia y el encanto de la mujer hacían que el guerrero sonriera, algo que nunca habría esperado de una figura tan aterradora. Entonces comprendí que eran Afrodita y Ares.

Perseo continuó acariciando el cabello de Artemisia mientras recordaba las leyendas y cuentos que decían que Afrodita y Ares eran amantes.

—Afrodita entonces se giró hacia mí y dijo con una voz suave como el canto de los pájaros: “—Mi niña, sírveme, y por medio de los misterios femeninos pondré a hombres poderosos a tus pies. A través de ellos, conquistarás gran poder y honor, vivirás largos años y tendrás hijos que fundarán una dinastía”. Me asusté. ¿Cómo podía una diosa aparecerse a una mortal tan insignificante como yo? Ares me miró fijamente; de sus ojos parecían brotar llamas, y podía escuchar gritos de guerra y de heridos en la lejanía. Su voz, con el timbre del trueno, me dijo: “—Sírveme, y serás poderosa. Comandarás soldados en batalla y dominarás naciones. A través de mí, podrás vengarte de aquellos que te causaron dolor”. Ambos dioses se quedaron mirándome, esperando mi decisión. Al mirar a los ojos de la diosa, me vi en un palacio rodeada de niños hermosos, con un esposo a mi lado gobernando naciones. Pero cuando miré a Ares, me vi liderando tropas; sangre y devastación serían mi legado. Pensé en los hombres que destruyeron mi vida. Quería matarlos con mis propias manos. Con osadía, me dirigí a Ares: “—¡Dios de la guerra! Os serviré. Hacedme lo suficientemente fuerte para liderar. Os juro que no me acostaré con ningún hombre por voluntad propia. Para mí, los misterios del amor permanecerán desconocidos. Repudio los dones femeninos, repudio a Afrodita y sus misterios”. Ares me sonrió. Su sonrisa, en lugar de inspirar simpatía, causaba miedo. Se giró hacia Afrodita, y su sonrisa se transformó en la de alguien enamorado. “—¿Lo ves, mi bella? La venganza y el odio superan al amor”, dijo sonriendo. La diosa me miró fijamente. Sus hermosos ojos despedían chispas, y sentí miedo. Entonces pronunció unas palabras que quedaron grabadas en mi mente

como fuego: “—¡Niña insolente! Desprecias los misterios del amor, así que te digo: llegará un día en que amarás como nunca antes lo has hecho y serás correspondida de igual manera. Pero tendrás que elegir: vivir largos años sirviendo a Ares y alcanzando la venganza que tanto ansías, o vivir ese amor por un breve periodo de tiempo”. En ese momento desperté asustada. La fiebre había pasado y empecé a recuperarme. Nunca olvidé aquel sueño.

—Solo fue un sueño —dijo Perseo, abrazando a Artemisia con más fuerza, intentando disipar sus temores.

—Cuando te vi en aquel bosque, sentí algo que nunca antes había experimentado. Un deseo encendió mi cuerpo y mi alma. Resistí todo lo que pude, pero no me contuve. Necesitaba probar lo que tantas mujeres que conocí describieron: los misterios del amor. Después de nuestro encuentro, intenté olvidarte de todas las formas posibles, pero cuando te vi en aquella aldea de Laconia, comprendí que las palabras de la diosa se habían cumplido. Debía elegir entre la venganza y el amor. Tenía la esperanza de que no te enamoraras de mí, pero cuando me dijiste que me amabas, sentí una mezcla de felicidad y miedo, porque sabía que, si estábamos juntos, mi destino quedaría sellado. Cuando desperté en el campamento griego y supe que había sobrevivido a mis hermanas, comprendí que había traicionado la promesa hecha a Ares. ¿Por qué fui salvada yo y no ellas? Temí por ti. ¿Y si la diosa había predicho tu muerte, Perseo? No podría soportarlo. Intenté cambiar nuestros destinos alejándome de ti, pero cuando estuviste a punto de morir, recé a Ares y a Afrodita para que me dieran más tiempo contigo. Que si alguna vida debía ser tomada, fuera la mía y no la tuya. ¡Yo soy quien rompió sus promesas! —concluyó la amazona, estallando en un llanto silencioso.

—Fue solo un sueño, mi amor. Nunca te dejaré, y si morir en combate es mi destino, te esperaré en las puertas del Hades —afirmó el joven con convicción.

Artemisia lloró silenciosamente en los brazos de Perseo hasta quedarse dormida. El espartano permaneció largo rato meditando sobre aquel sueño. Tenía sus dudas sobre la existencia de los dioses, pero si realmente existían, debían de ser crueles y mezquinos para condenar un amor de esa manera.

Después de mucho reflexionar, también acabó durmiéndose.

Artemisia despertó y observó a Perseo respirando tranquilamente. Su hermoso rostro, que tanto amaba, transmitía una sensación de paz.

Le amo, pensó, acariciando suavemente los cabellos del espartano. Siempre me he preguntado en mi interior si aquel encuentro en el bosque no fue obra de algún encantamiento de una diosa vengativa. Solo algo así justificaría mi decisión de entregarme a un hombre al que había visto únicamente en una visión. Pero si alguna vez dudé, después de lo ocurrido en la aldea de los laconios, todas mis dudas se disiparon. Perseo demostró ser un hombre honorable y noble, incapaz de cometer crueldades. Fue por su espíritu que me enamoré. Incluso Ciro, mi querido amigo, tenía su lado cruel, que utilizaba contra sus enemigos o contra quienes se interponían en sus objetivos. Pero Perseo no. Él es incapaz de hacer daño o de ser falso, y eso es lo que más amo de él. No tengo ninguna duda de que nuestro amor es verdadero y no una maldición o el hechizo de alguna diosa.

Con el corazón lleno de amor, Artemisia despertó a Perseo con besos.

—¡Buenos días! El campamento ya está en movimiento, es hora de partir —dijo la amazona con una sonrisa al espartano.

No queda ni rastro de miedo en su voz, pensó Perseo.

—Buenos días, espero que hayas dormido bien —respondió él, feliz—. Sobre tu sueño, he reflexionado mucho al respecto.

Artemisia colocó los dedos en los labios de Perseo.

—Dejemos todo en manos de los dioses. Soy la mujer más feliz del mundo, y eso es lo que importa —dijo, antes de besarlo.

Tras desmontar el campamento, el ejército reanudó la marcha. Perseo caminaba con alegría junto a Artemisia. Ella llevaba una coraza, grebas y un casco espartano. Portaba su arco y flechas, además de dos espadas en la cintura. La amazona había sido aceptada en el pelotón, y todos la respetaban, tanto por saber que se casaría con Perseo como por el temor a su destreza con la espada.

Al tercer día, llegaron a una región de densos bosques. Desde el borde de la espesura, divisaron a varios soldados observándolos desde la distancia. El guía les advirtió que tendrían que atravesar el bosque, habitado por una tribu que se extendía en su interior. Esta tribu no se consideraba escita, ya que era una mezcla de macrones y esclavos escitas fugitivos. A pesar de los intentos de los reyes escitas, nunca habían logrado someterlos. Estos habitantes vivían en lo profundo del bosque y, de vez en cuando, salían para realizar incursiones de saqueo.

Ese era el favor especial que el rey había solicitado: los griegos debían someter a esa tribu.

Varios grupos de combate fueron enviados al interior del bosque para atacar a los nativos. Los soldados avanzaban abriéndose paso entre la maleza con sus espadas. Dentro de la espesura, el calor era asfixiante, y la humedad empapaba las túnicas bajo las corazas. Pero Artemisia era una guerrera escita entrenada, y no tardó en encontrar un sendero utilizado por los nativos, tan bien oculto que los griegos jamás lo habrían descubierto sin su ayuda.

Después de horas, encontraban pequeños poblados que saqueaban, incendiando después las casas simples construidas al pie de los árboles, algunas incluso entre sus ramas. Sin embargo, nunca lograban encontrar a sus habitantes, quienes huían hacia el interior del bosque al percibir la proximidad de los griegos.

Al caer la noche, los nativos se aproximaban en silencio, lanzaban dardos y flechas y se retiraban rápidamente al amparo de la espesura. Los griegos los perseguían, pero apenas lograban matar a unos pocos y nunca conseguían tomar prisioneros.

Artemisia luchaba al lado de Perseo, quien la protegía con su escudo. Muchos enemigos caían bajo sus flechas.

Los nativos evitaban enfrentarse directamente a los griegos, prefiriendo tender emboscadas en la selva. Por ello, los soldados avanzaban con cautela por los senderos que atravesaban el bosque. Al oír un silbido agudo, se refugiaban tras sus escudos para protegerse de la lluvia de flechas y dardos, mientras la infantería ligera se internaba en el bosque, seguida de arqueros y honderos. Sin embargo, nunca encontraban a los atacantes.

El ejército tardó días en atravesar la selva. Las noches eran tensas, siempre bajo la amenaza de un ataque sorpresa. Pero Perseo estaba más feliz que nunca en su vida. Incluso en medio de la guerra, el amor parecía prevalecer. Nada parecía inquietar a Perseo y Artemisia. Compartían la misma tienda, comían y bebían juntos y luchaban codo a codo.

La segunda noche en el bosque, Artemisia tomó a Perseo de las manos y lo llevó a la pequeña tienda que compartían. En su interior, iluminado tenuemente por las llamas de las hogueras del exterior, la amazona, con urgencia, se despojó de su coraza, grebas y túnica, ayudando también a Perseo a quitarse la suya.

—¿Dónde está tu juicio? Podríamos ser atacados en cualquier momento —dijo Perseo con una risa incrédula.

—No me importa, te he echado de menos —respondió ella, devolviéndole la risa

mientras se quitaba la túnica, quedándose completamente desnuda bajo la penumbra de la tienda.

Artemisia siempre lograba sorprender a Perseo.

—Y parece que tú también me has echado de menos —añadió ella con una sonrisa maliciosa al observarlo.

—¡Por los dioses! No sé cuál de los dos es más insensato —replicó él, feliz, mientras la estrechaba en sus brazos.

Se amaron con prisa, pero antes de alcanzar el clímax, escucharon gritos provenientes del exterior.

—¡Alarma!

El campamento estaba siendo atacado. Dos flechas atravesaron la tienda de lado a lado. Perseo miró a Artemisia, indeciso.

—Deja que Ares recoja su cosecha ahí fuera. Aprovechemos el momento; no sabemos cuándo las Moiras cortarán el hilo de nuestras vidas —murmuró ella, sujetándolo firmemente entre sus brazos.

Se amaron mientras los gritos de batalla y las flechas volaban fuera de la tienda.

Al terminar, se levantaron apresuradamente y, entre risas, comenzaron a vestirse con sus ropas y corazas. Salieron de la tienda rápidamente; Perseo sostenía su escudo, protegiendo a Artemisia detrás de él. Ella, con su arco en la mano, ya tenía una flecha preparada para disparar.

Soldados griegos avanzaban hacia el interior de la selva en busca de los atacantes, pero estos se habían desvanecido en las sombras.

Perseo miró a su esposa con una amplia sonrisa.

—Eres adorablemente insana —susurró en su oído, provocando que ella se sonrojara.

Al final del tercer día, el ejército logró salir del bosque, dejando tras de sí varias aldeas incendiadas. Los pocos prisioneros que habían capturado fueron ejecutados por orden del hijo del rey escita, quien actuaba como guía.

Marcharon durante otros tres días hasta llegar a una colina conocida por los nativos como Tches. Los soldados en la retaguardia observaban cómo la vanguardia comenzaba a ascender la pendiente. De repente, un gran clamor surgió entre las tropas adelantadas y se extendió rápidamente hasta los soldados que escoltaban el convoy de suministros. Perseo y sus compañeros en la retaguardia pensaron que la vanguardia había sido emboscada.

Jenofonte reunió a la pequeña compañía de caballería tracia que los acompañaba y avanzó, ordenando a los espartanos que lo siguieran. En formación cerrada, los hoplitas corrieron tras él, listos para entrar en combate. Pronto superaron el convoy de suministros, custodiado por una compañía de peltastas encargada de proteger las carretas.

Comenzaron a escalar la colina mientras los clamores y gritos aumentaban a medida que se acercaban a la cima. Finalmente, lograron distinguir las voces y entender la razón del alboroto:

—¡El mar! ¡El mar! —gritaban innumerables voces entre risas, lágrimas y votos de agradecimiento a los dioses.

Perseo y Artemisia alcanzaron la cumbre. Al mirar hacia el horizonte lejano, bañado por el sol de la tarde, vieron un mar azul que brillaba como el oro, con los rayos solares reflejándose en sus aguas tranquilas.

Perseo abrazó a Artemisia, contemplando asombrado el mar a la distancia. *Ahora estamos más cerca de casa*, pensó.

Para Artemisia, sin embargo, aquello era un presagio de que pronto tendría que dejar su patria adoptiva, quizás para siempre. Un sentimiento de melancolía amenazó con apoderarse de

ella, pero al observar a Perseo a su lado, emocionado y feliz, decidió ocultar sus sentimientos. Le devolvió la sonrisa, fingiendo compartir su alegría.

Georgios dejaba escapar algunas lágrimas discretas, Atreu agradecía a los dioses, Laertes simplemente observaba el horizonte con una expresión serena, mientras Diomedes y Petrus gritaban como niños y vaciaban el contenido de sus odres llenos de vino escita.

La vista del mar infinito fue un delirio para todos. Tras meses luchando por cada paso en las tierras del imperio persa, el ejército estaba cerca de las colonias griegas de Asia.

Soldados experimentados saltaban, cantaban, lloraban como niños y besaban a sus capitanes y oficiales. La exaltación no tenía límites. De repente, sin que nadie diera una orden, comenzaron a buscar piedras y apilarlas en el centro de la cima, levantando un montículo sobre el que depositaban las armas conquistadas a los enemigos: escudos, espadas, lanzas y cascos.

Algunos soldados llevaron dos bueyes hasta la cima, y los sacerdotes los sacrificaron en honor a los dioses. Jenofonte y Quirísofo recompensaron al guía con una copa de plata, un semental persa, diez daricos de oro y varios anillos que muchos soldados entregaron con gusto. Se permitió al guía marcharse, pero antes de partir les indicó el camino hacia una aldea donde podían acampar, así como la dirección que los conduciría a la tierra de los Macrones.

Perseo y Artemisia pasaron el resto del día en la cima admirando el mar, mientras todos compartían comida y bebida.

Al anochecer, el guía los dejó. Al pie del monte, el ejército seguía celebrando, pero el pequeño grupo de Perseo decidió pasar la noche en la cima. Encendieron una hoguera junto al altar improvisado. Un viento frío soplaba, pero contemplar la luna brillando sobre el mar lejano hacía que valiera la pena el sacrificio.

Comieron y bebieron tranquilamente, conversando sobre las aventuras vividas y los planes para el futuro.

Abrazados, Perseo y Artemisia contemplaban el mar en la distancia.

—¡Cásate conmigo mañana, aquí, en este lugar! —exclamó Perseo con entusiasmo.

Artemisia lo miró con sus hermosos ojos azules, mientras el viento agitaba su cabello suelto.

—Una vez me dijiste que los espartanos solo pueden casarse a los treinta años. ¿No estarías faltando a tus propias leyes? —preguntó con esa sonrisa irónica que tanto lo había desconcertado en el pasado.

Perseo pensó en el matrimonio espartano; incluso este era diferente al de las demás ciudades griegas. En Esparta, el matrimonio estaba impregnado de violencia: durante la ceremonia, el hombre, desnudo y armado, agarraba firmemente el brazo de su prometida y la llevaba "a la fuerza", mientras ella bajaba la cabeza, dejándose llevar en sumisión.

No era un rapto real, sino un símbolo de que solo con fuerza y valentía, tras haber superado durísimas pruebas, un espartano demostraba ser digno y capaz de tomar a su pretendida. Sin embargo, esto no significaba que la mujer fuera sumisa al hombre. Una espartana era libre de elegir a su consorte; la riqueza, el consentimiento paterno, los arreglos matrimoniales, la oratoria, la seducción o las palabras falsas no valían nada. Solo un espartano honorable era merecedor de una espartana.

Aun así, el matrimonio espartano resultaba sombrío y casi siniestro comparado con el de otras ciudades. Después del ritual, la novia era llevada a la casa de los suegros. Allí le rapaban la cabeza y la vestían como a un hombre. Luego, la dejaban en un cuarto oscuro, donde debía esperar la llegada del novio.

Artemisia no era espartana, pero su nobleza igualaba la de cualquiera de ellas. Aunque su

matrimonio no sería reconocido en Esparta, eso ya no le importaba a Perseo, quien solo deseaba estar al lado de la amazona.

—Ya no me importa. Pienso dejar el ejército cuando esta travesía termine. Mi deseo es estar contigo, ya sea en Escitia, en Grecia o en cualquier otro lugar del mundo —respondió con firmeza.

—¿Y tu hijo? —preguntó Artemisia, con una sombra cruzando por su mirada.

Perseo reflexionó por un momento. *Amé a Elana, tenemos un hijo juntos. Pensé en reconocerlo, pero me di cuenta de que su destino sería igual al mío: entrenado para la guerra desde los siete años. No quiero eso para él. Tampoco quiero privar a Elana de su compañía. Puede que ya no la ame, pero siento un inmenso cariño por ella.*

—Deberá quedarse con su madre. No lo reconoceré ante los éforos de Esparta; no quiero que tenga el mismo destino que yo.

Artemisia lo besó con dulzura.

—La guerra no es en absoluto lo que nos enseñaron en la agogé. Estoy harto de ella, de las matanzas, de las víctimas inocentes, de ser manipulado por éforos y generales —declaró el espartano con determinación.

—¡Acepto! —respondió la amazona con una sonrisa, mientras sus ojos brillaban como el mar a la distancia.

La pareja se abrazó y se besó nuevamente, luego les contaron a sus amigos que querían casarse al día siguiente en la cima de la montaña. Todos los felicitaron, y Diomedes dijo que se encargaría de todos los detalles.

Qué curioso es el destino, pensó Artemisia. Yo, que juré nunca amar a ningún hombre, ahora me casaría al día siguiente.

EPÍLOGO

Antes del alba, unas esclavas enviadas por Quirísofo llegaron a la tienda y echaron a Perseo, indicándole que buscara a sus compañeros para prepararse para la boda. Rápidamente, él tomó su equipo y salió tras darle un beso de buenos días a la amazona.

Las esclavas trajeron cubos con agua caliente, y después de que Artemisia se desnudara, la ayudaron a bañarse con telas suaves. Luego de secarla, le cepillaron el cabello y le aplicaron unas gotas de aceite aromático para dejarlo sedoso y brillante.

Una de las esclavas le entregó una túnica blanca de estilo griego que llegaba hasta los pies de Artemisia, quien la vistió sintiendo el suave tejido contra su piel. Otra esclava colocó frente a la amazona un espejo de metal, y la joven se admiró en él; su cabello caía suelto cubriéndole los hombros y, después de haber sido peinado numerosas veces por las esclavas sonrientes, brillaba. Una corona de flores silvestres adornaba la cabeza de la guerrera, sus labios estaban rojos y su rostro sonrosado.

—Eres muy bella —dijo una de las esclavas en un griego vacilante.

—Gracias —murmuró, esforzándose por evitar que las lágrimas le llenaran los ojos.

Artemisia pensó en sus padres y en su hermano. *Ojalá estuvieran a mi lado.* Luego pensó en Mardoc, su padre adoptivo, quien soñaba con verla casarse con un persa, para que viviera en Susa y estuviera siempre cerca de él. Pero el destino se rió de sus planes. Pensó también en Ikarnas y en sus hermanas. *¿Qué dirían al verme casarme? Yo, que juré nunca conocer los misterios de Afrodita?*

Una sonrisa apareció en los labios de Artemisia. *Estoy segura de que Ikarnas estaría feliz por mí.* Finalmente, los recuerdos de su querido amigo Ciro invadieron su mente: su bondad, su honestidad y su amor por ella, y un sentimiento de tristeza atravesó su alma. *¿Qué habría sucedido si hubiera aceptado su amor? ¿Habría cambiado su triste destino? Pero no podemos seguir múltiples caminos al mismo tiempo, y las Moiras del destino me guiaron a conocer a Perseo.* Pensó en el espartano, y su sonrisa creció al reflejarse en el espejo. *No me arrepiento de nada, conocerlo ha valido toda la pena que experimenté en mi vida. Él es honesto y honorable, y ha demostrado más que suficiente que me ama como nunca fui amada, incluso cuando intenté apartarlo de mí. Aceptó el hecho de que no podía darle hijos, aunque ese fuera mi mayor deseo.*

Con un suspiro, Artemisia apartó esos pensamientos y se concentró en la ceremonia de su boda. Agradeció a las esclavas, y pronto otra entró en la tienda avisando que ya era la hora.

Acompañada por ellas, la amazona salió del campamento y ascendió hasta la cima de la montaña, bajo la mirada asombrada de algunos soldados griegos que preparaban el desayuno para las tropas acampadas al pie de la montaña. Al llegar a la cima, contempló el paisaje, que era deslumbrante; al este, los primeros rayos del sol teñían las nubes de varios tonos de rosa y rojo, iluminando la cumbre.

Perseo la esperaba junto al altar montado con las armas tomadas a los enemigos y vendidas por los griegos. Él llevaba su coraza y grebas, las piezas estaban pulidas y brillaban como nuevas, un nuevo manto rojo cubría sus hombros, regalo de Diomedes, y ella lo encontró tan bello como el propio dios Apolo, sonriendo en su interior al sentir el calor de la pasión incendiar su cuerpo y alma.

Un sacerdote aguardaba mientras avivaba las brasas en un brasero sobre el altar. Los compañeros de Perseo estaban a su alrededor: Georgios y Atreu con sonrisas discretas en los

labios, Diomedes y Petrus con amplias sonrisas, y Laertes con una expresión seria. Jenofonte, Quirísofo, y varios oficiales, entre ellos Admeto y Anaxandro, también asistían a la ceremonia.

Artemisia sintió una nueva punzada de nostalgia en el pecho. *Ojalá mis hermanas estuvieran presentes. ¿Mis padres y mi hermano, Ikarnas, Mardoc, Ciro, estarán felices por mí? ¡Dioses! Permitan que vislumbren mi felicidad, aunque sea fugaz.* Rezó silenciosamente.

La amazona se acercó y se colocó al lado de Perseo, quien sonrió como un joven enamorado, y ella respondió con una sonrisa igualmente apasionada. Ambos miraron al sacerdote, quien los observaba con una mirada complaciente y una sonrisa tímida en el rostro.

En voz alta, el sacerdote dijo:

—¡Hera^[13], reina del Olimpo, querida esposa de Zeus, bendice este matrimonio! ¡Himeneo, hijo de Apolo, bendice a esta pareja! ¡Afrodita, diosa del amor, bendice esta unión! ¡Eros, bendice a esta pareja! —entonó, levantando los brazos hacia el cielo.

El sacerdote se acercó a Artemisia y, con un puñal, cortó un pequeño mechón de su cabello, señalándolo hacia el cielo azul.

— ¡Oh diosa Hera, Himeneo, Afrodita y demás dioses inmortales del Olimpo, acepten esta humilde ofrenda que representa la despedida de la niñez y el comienzo de una nueva vida! ¡Ahora sois uno, vuestros caminos se han convertido en un único camino, que viváis siempre en armonía y podáis engendrar descendencia! —concluyó el sacerdote, arrojando el mechón de cabello en el interior del brasero, que chisporroteó y se retorció mientras se consumía en las brasas.

El sacerdote y dos jóvenes acólitos entonaron cánticos en honor a las diosas:

—A Hera, la de los ojos de vaca, hermana y esposa gloriosa de Zeus, reina de los dioses inmortales, que honra a los venturosos en el vasto Olimpo, al igual que Zeus, el alegre del rayo, ¡bendice esta unión!

El sacerdote ofreció una copa para que la pareja bebiera un sorbo. Primero Artemisia, luego Perseo.

—¡Ciprogénia Citerea^[14] cantaré, quien a los mortales concede dones dulces! Su rostro siempre sonríe y sobre él recorre la flor del deseo. Salve, diosa, guardiana de la bien construida Salamina y de toda Chipre: Concede la deseada canción para honrarte. ¡Bendice esta unión!

El sacerdote luego derramó un poco de vino de la copa sobre las brasas, que chisporrotearon y liberaron un humo que ascendió hacia el cielo.

—Invoco al gran, puro y dulce Amor, poderoso con su arco, alado, corriendo como fuego en su impulso divino, jugando con dioses y hombres mortales; inventivo, biforme, que posee las llaves de todo: del cielo etéreo, del mar, de la tierra; eres el dios del aliento de toda la vida, que la diosa de los frutos verdes nutre; eres dios de todo lo que hay en el vasto Tártaro y de lo que resuena en el salado mar: Eres tú, solo tú, quien reina, sobre todo. ¡Ven, venturoso! Únete con un pensamiento puro a tus iniciados, aparta de tus siervos los impulsos bajos y absurdos, ¡y concede tus bendiciones a esta pareja! —concluyó el sacerdote, y sus acólitos.

Sonriendo, Perseo tomó a Artemisia en sus brazos y la besó dulcemente. *Estamos casados*, pensó feliz.

Todos felicitaron a Perseo con abrazos, mientras las esclavas aplaudían.

Varias pieles y mantas fueron extendidas en el suelo, los sirvientes traían grandes platos de barro con carne, verduras y frutas, algunos llevaban ánforas de vino, de donde vertían el líquido rojo en los vasos de los invitados. Perseo contó que el banquete de bodas había sido ofrecido por los generales.

Comenzaron el banquete nupcial ofrecido por los generales. Un soldado conocido de

Diomedes tocaba la flauta, otro tocaba un címbalo, el ambiente era festivo y el banquete transcurrió alegre durante todo el día. Los invitados se alternaban haciendo discursos en honor a la pareja.

Perseo solo tenía ojos para Artemisia, ella estaba hermosa y radiante, su sonrisa era encantadora, hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz, su cabello suelto y espeso caía sobre sus hombros y pechos, y el espartano sentía una felicidad inmensa. *Ojalá mis padres y mi hermano estuvieran presentes*, pensó. También pensó en el viejo Hipócrates. *¿Qué diría si me viera casándome? ¿Recordaría lo que me dijo hace muchos años sobre el amor que sentía por Elana, que era un amor infantil?* Pensó en Elana. *Las Moiras del destino no entrelazaron el hilo de nuestras vidas, separándonos, pero en compensación entrelazaron irremediablemente mi vida con la de la guerrera amazona. Siento que ni la muerte podrá separarnos.*

Artemisia se sentía feliz como hacía mucho tiempo no se sentía y sonreía a los invitados mientras disfrutaba de la fiesta. Petrus, ya visiblemente borracho, con mucho esfuerzo estaba pronunciando un discurso sobre la amistad, el amor y otros temas, con una oratoria confusa, lo que la hizo reír.

La amazona miró hacia un lado y sorprendió a Perseo observándola con una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa, Perseo? —sonrió ella de vuelta.

—Te amo, Artemisia, te amo tanto que me duele el corazón, te amo como nunca amé a nadie en mi vida —respondió él.

—Y yo te amo, Perseo, te amo tanto que ni la muerte podrá impedirme de seguir amándote, incluso si estuviera en el reino de Hades, seguiría amándote y te esperaría —Artemisia sabía que aquella promesa era la más cristalina verdad.

Se besaron apasionadamente bajo las risas de sus amigos e invitados, y la fiesta transcurrió hasta casi llegada la noche, en la más absoluta alegría; después de meses de arduo trabajo, todos necesitaban festejar.

En el crepúsculo, mientras el sol se ponía en el mar lejano al oeste, un cortejo compuesto por los compañeros de Perseo y las sirvientas los acompañó hasta una tienda levantada en un rincón de la cima de la montaña. Según la tradición, debían consumir el matrimonio.

Con risas y bromas, los dejaron a solas en la tienda. Un candil iluminaba suavemente el ambiente, un pequeño brasero en un rincón ardía con madera aromática y varias pieles tratadas de lana de cordero servían como cama. El alboroto fuera era grande, pero la pareja lo ignoró, concentrándose solo en ellos mismos.

Perseo no podía quitarle los ojos de encima a Artemisia, ella estaba preciosa, el espartano nunca la había visto con un vestido largo y formal, y ella se sonrojó sonriendo.

Acercándose lentamente, el joven retiró las tiras del vestido de los hombros de la amazona, dejándolo caer a sus pies; debajo, ella estaba desnuda, y Perseo la admiró con pasión. Luego, él se quitó su coraza, grebas y túnica, quedando desnudo.

Sonriendo, Artemisia se acercó, y Perseo la abrazó, besándola con ardor, sus manos acariciándose mutuamente. El espartano recostó suavemente a la amazona sobre la cama de pieles y se amaron por primera vez como marido y mujer.

Después de saciarse, permanecieron con los cuerpos pegados durante varios minutos, sintiendo la respiración del otro. Perseo buscó la mirada de Artemisia y se dio cuenta de que sus ojos tenían un tono azul claro, como nunca los había visto.

—Te amo —murmuró Artemisia.

—Y yo te amo —sonrió Perseo.

Despertaron al día siguiente al amanecer, después de un desayuno de queso, pan y frutas, acompañado de un vino dulce como la miel. Salieron de la tienda y fueron golpeados por un viento frío que soplaba. Envolviéndose en el manto de Perseo, se sentaron en el borde de la cima y miraron a lo lejos, en el horizonte, los primeros rayos de sol haciendo brillar el mar.

La amazona apoyó su cabeza en el hombro de Perseo, y él la abrazó, acercándola más a sí. El espartano sabía que la retirada no había terminado, aún debían atravesar tierras habitadas por pueblos hostiles y, cuando llegaran al mar, necesitarían varias embarcaciones para llegar a Grecia. Pero al menos ahora tenía esperanzas de salir con vida de la jornada.

Artemisia está a mi lado, pensó feliz.

Artemisia observaba el paisaje sumida en sus pensamientos. *¿Qué nos depara el destino? Pronto saldremos del territorio de Escitia, ¿podré regresar algún día? ¿Veré a Helena y mis hermanas? ¿O el cruel destino me aguarda en tierras extranjeras? ¿Y Otanixos, aún está buscándome? ¿Debo contarle a Perseo sobre él? ¿Y sobre lo que ocurrió entre Ciro y yo? Fue solo un beso, y de mi parte, lo amaba solo como a un hermano. ¿Lo entenderá Perseo? Esas dudas asaltaban su mente, y ella se acurrucó aún más en el espartano. Pero nada de eso importa, mientras tenga a Perseo a mi lado.*

Por un momento, la amazona olvidó sus preocupaciones y aprovechó la felicidad que los dioses le proporcionaban.

Fin del libro II

- [1] Helesponto es el antiguo nombre del estrecho de los Dardanelos, que conecta el mar Egeo con el mar de Mármara.
- [2] Estadio (en latín: stadium) era una unidad de medida de longitud utilizada en la Grecia clásica. El estándar para esta medida era la pista de carreras de Olimpia, donde se celebraba la carrera del estadio. Medía aproximadamente seiscientos pies.
- [3] En la mitología griega, Estigia es una ninfa y también un río infernal del Hades dedicado a ella. Era hija de Tetis. Ayudó a Zeus en la guerra de Titanomaquia contra los Titanes y fue recompensada con una fuente de aguas mágicas que desembocaba en el Tártaro. Estigia es también el nombre del río de la invulnerabilidad, uno de los ríos del Tártaro. Según una versión de la leyenda de Dioniso, una promesa hecha desde la Estigia es el voto más sagrado que se puede hacer. Ni siquiera los dioses pueden romper una promesa hecha desde la Estigia.
- [4] Cerbero (en griego antiguo: Kerberos - trad.: «demonio de la fosa»; en latín: Cerberus), en la mitología griega, era un monstruoso perro de tres cabezas que custodiaba la entrada al inframundo, el reino subterráneo de los muertos, dejando entrar a las almas pero nunca salir y despedazando a los mortales que se aventuraban allí. Cerbero era hijo de Tifón y Equidna, hermano de Ortos y de la Hidra de Lerna. De su unión con Quimera nacieron el León de Nemea y la Esfinge.
- [5] Jenofonte (griego antiguo: Xenophōn; ca. 430 a.C. - 355 a.C.) fue un soldado, mercenario y discípulo de Sócrates. Fue autor de numerosos tratados prácticos sobre temas que van desde la equitación a la fiscalidad, y conocido por sus escritos sobre la historia de su propia época y sus discursos de Sócrates. Siendo joven, Jenofonte participó en la expedición contra Artajerjes II, dirigida por el propio hermano del emperador persa, Ciro el Joven, en el año 401 a.C. Jenofonte dice que pidió consejo al veterano Sócrates sobre si ir o no con Ciro, y Sócrates le remitió al oráculo de Delfos. Su pregunta al oráculo, sin embargo, no era si aceptar o no la invitación de Ciro, sino «a cuál de los dioses debía rezar y sacrificar, para que pudiera completar su viaje y regresar sano y salvo, con buenos resultados». El oráculo le dijo a qué dioses. Cuando Jenofonte regresó a Atenas y contó a Sócrates el consejo del oráculo, éste le reprendió por haber formulado al oráculo la pregunta equivocada, pero le dijo: «Ya que has hecho esa pregunta, debes hacer lo que haga feliz al dios.» (Este es el único relato de contacto personal entre Sócrates y Jenofonte en todos sus escritos). En la incursión de Ciro contra el Sha aqueménida, utilizó a muchos mercenarios que se habían quedado sin trabajo como consecuencia del final de la Guerra del Peloponeso. Ciro luchó contra Artajerjes en la batalla de Cunaxa. Los griegos vencieron, pero Ciro fue asesinado, y poco después su general, Clearco de Esparta, fue invitado a una conferencia de paz, traicionado y ejecutado. Los mercenarios, llamados los Diez Mil, se encontraron en territorio hostil, cerca del corazón de Mesopotamia, lejos de los mares y sin líderes. Eligieron nuevos líderes, entre ellos el propio Jenofonte, y lucharon hacia el norte contra los persas. El relato de Jenofonte sobre esta expedición y el viaje de regreso se tituló Anábasis («La expedición» o «La marcha a través del país»). La disertación histórica de Jenofonte en la Anábasis es uno de los primeros ejemplos de un historiador que analiza el carácter de un líder.
- [6] Sócrates (del griego Sōkrátēs; Alopec, c. 469 a.C. - Atenas, 399 a.C.) fue un filósofo ateniense del periodo clásico de la Antigua Grecia. Acreditado como uno de los fundadores de la filosofía occidental, es hasta hoy una figura enigmática, conocida sobre todo a través de los relatos en las obras de escritores posteriores, especialmente dos de sus alumnos, Platón y Jenofonte, así como a través de las obras de teatro de su contemporáneo Aristófanes. Muchos sostienen que los diálogos de Platón son el relato más completo de Sócrates que ha sobrevivido desde la Antigüedad hasta nuestros días.
- [7] Honderos, soldado que utiliza una honda como arma. Una honda es un arma arrojadiza formada por una correa o cuerda doblada, en cuyo centro se coloca el objeto que se desea lanzar. También se denomina honda, catapulta o tirachinas, aunque algunos de estos nombres pueden referirse a tipos específicos de armas arrojadizas. Es una de las armas más antiguas y primitivas fabricadas por el hombre, y se tiene constancia de su uso entre los primitivos australianos y diversos pueblos de la antigüedad, como los griegos y los hebreos.
- [8] En la mitología griega, la Esfinge era una criatura mítica de destrucción y mala suerte, que se representaba con rostro de mujer, cuerpo de león y alada. Era mitificada como traicionera y despiadada, y capaz de matar y comer a aquellos que no fuesen capaces de responder a su acertijo.¹ Esta versión mortal de una esfinge aparece en el mito y drama de Edipo. A diferencia de la esfinge griega, representada en forma femenina, la esfinge egipcia se muestra típicamente como un hombre, una androsfinge. Además, era vista como benévola aunque con una fuerza feroz similar a la malévola versión griega. En ambos mitos fueron consideradas guardianes y, a menudo, flanquean las entradas a los templos.
- [9] Bóreas, en la mitología griega, es el viento del norte que trae el invierno o el devorador y, según Hesíodo, hijo de Astreu y Eos, y hermano de Héspero, Euro, Céfiro y Noto. Vive en una cueva del monte Haemon, en Tracia. En las leyendas del Ática, raptó a Orithia, hija de Erecteo, con la que tuvo varios hijos, entre ellos las Boreadas, Zetes y Calais, Quione la diosa de las nieves, Aura la hermana gemela de Quione y Cleopatra, esposa de Fineo.
- [10] Eusebia, en la mitología griega, era un daimonion que personificaba la piedad, la lealtad y el respeto filial. Era la esposa de Nomos, la ley, con quien fue madre de Diceosine, la justicia natural, así como de Etos, la personalidad, Noús, el pensamiento, y Sophia, la sabiduría, y podía ser hija de Nix o de Zeus. Su daimonion opuesto era Dissebia, la impiedad.
- [11] Temiscira, en la mitología griega, era una ciudad situada en la punta del Euxino, en la desembocadura del río Termodonte, donde se encontraba el palacio de las Amazonas. Sus habitantes lucharon contra Heracles durante el noveno trabajo (robando el cinturón de Hipólita) y fueron derrotados. La mayoría de las Amazonas fueron asesinadas, otras huyeron y las supervivientes fueron esclavizadas, de modo que la raza de las Amazonas fue exterminada. Según Hegias de Trezena, Heracles capturó

Temiscira en Termodonte gracias a la traición de la amazona Antípoda, que se enamoró de Teseo, que estaba con el ejército de Heracles asediando la ciudad, y abrió las puertas de la fortaleza.

[12] Tras la muerte de Darío I, su hijo Jerjes I llegó al poder en Persia, continuando con sus preparativos para atacar a los griegos. Previamente había enviado embajadores a Grecia para pedirles tierra y agua, símbolos de sumisión. Muchas islas y ciudades aceptaron, pero Atenas y Esparta no. Se dice que Esparta respondió a los embajadores: «Tendréis toda la tierra y el agua que queráis», arrojándolos a un pozo. Fue una declaración de intenciones definitiva.

[13] Hera, es la diosa tutelar del matrimonio y la protectora de las mujeres en su papel de esposas en la sociedad civil. Como hermana y a la vez esposa de Zeus en el panteón olímpico era la reina de los dioses y la más importante de las diosas. Era una de los Cronidas o hijos de Crono y por lo tanto tenía el mismo abolengo y dignidad que su esposo.

[14] otro nombre por el que se conocía a la diosa Afrodita